SAN JERÓNIMO

# Comentario a Ezequiel

*Commentariorum in Ezechielem*

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentariorum in Ezechielem · Comentario a Ezequiel

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

# CATORCE LIBROS DE LOS COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA EZEQUIEL DE SAN EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBÍTERO. (C)

## *LIBRO I.*

1-2 Habiendo terminado los dieciocho volúmenes de Explicaciones sobre Isaías, deseaba pasar a Ezequiel —lo cual te prometí a menudo a ti, y a tu madre Paula de santa memoria, oh Eustoquio, virgen de Cristo— y poner, como dicen, la última mano a la obra profética: y he aquí que de repente me fue anunciada la muerte de Pamaquio y de Marcela, el asedio de la ciudad romana y la dormición de muchos hermanos y hermanas. Y quedé tan consternado y estupefacto que de día y de noche no pensaba en otra cosa más que en la salvación de todos; y me consideraba cautivo en el cautiverio de los santos, ni podía abrir mis labios antes, hasta saber algo más cierto; mientras pendía ansioso entre la esperanza y la desesperación, y me torturaba 3-4 con los males ajenos. Pero después que se extinguió la luz más brillante de todas las tierras, o mejor dicho, que la cabeza del imperio romano fue decapitada: y, para decir más verdad, el mundo entero pereció en una sola Ciudad, enmudecí y fui humillado, y guardé silencio de lo bueno, y mi dolor se renovó: mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encendió un fuego (Sal 38:4 [39:3]): ni pensé que debía descuidarse aquella sentencia: La música en el luto es relato inoportuno (Ecle 22:6). Pero como tú demandas esto incesantemente y

al gran vacío se le va cubriendo poco a poco una cicatriz: y el Escorpión entre Encélado y Porfirión es aplastado por la tierra de Trinacria, y la Hidra de muchas cabezas contra nosotros ha cesado de silbar finalmente: y se nos ha dado un tiempo en el cual no debemos responder a las insidias de los herejes, sino aplicarnos a la exposición de las Escrituras, abordaré al profeta Ezequiel, cuya dificultad prueba la tradición de los hebreos. Pues a menos que alguien entre ellos haya cumplido la edad del ministerio sacerdotal, es decir, el año trigésimo, no se le permite leer ni los principios del Génesis, ni el Cantar de los Cantares, ni el exordio y el final de este volumen, para que a la ciencia perfecta y a los intelectos místicos acceda el tiempo pleno de la naturaleza humana. Si, por la misericordia del Señor, llevo esta obra hasta el talón, pasaré a Jeremías, quien en sus Lamentaciones, bajo el tipo de Jerusalén, llora las cuatro partes del mundo con un cuádruple alfabeto.

(Cap. I.---Vers. 1.) Y aconteció que en el año trigésimo, en el cuarto, en el quinto del mes. El año trigésimo no se dice, como estiman muchos, de la edad del profeta, ni del Jubileo, que es año de remisión; sino desde el año duodécimo de Josías, rey de Judá, cuando se encontró el libro del Deuteronomio en el templo de Dios, hasta el quinto año del cautiverio de Joaquín, de sobrenombre Jeconías, el cual fue llevado a Babilonia con su madre, y con Daniel y los tres jóvenes, y Ezequiel (la cual es la primera cautividad de la tribu de Judá) cuando destiló la ira de Dios sobre Jerusalén (4 Reyes 22; 2 Par 34; 4 Reyes 24). Según

la anagogía, sin embargo, se prefigura el Señor y Salvador, que de treinta años nacido vino al bautismo (Lucas 3), que en el hombre es la edad perfecta. De donde también en el volumen de los Números, según los hebreos, los sacerdotes no empiezan a ministrar en el tabernáculo desde el año vigésimo quinto de edad, como se contiene en los Setenta, sino desde el trigésimo (Num 4). Para cuya señal precedió también José, cuando distribuyó trigo al hambriento pueblo en Egipto (Génesis 41), y Juan el Bautista vino a las corrientes del Jordán y predicó el bautismo de penitencia (Lucas 3). Y lo que está escrito 5, en el cuarto, colgando de esta sentencia, se sobrentiende mes. Pues inmediatamente sigue, en el quinto mes. Lo cual agregaron los Setenta arriba para hacerlo más manifiesto.

(Vers. 2.) Cuando estaba en medio de los cautivos junto al río Quebar, se abrieron los cielos, y vi visiones de Dios en el cinco del mes: este es el año quinto de la transmigración del rey Joaquín. Que el pueblo se sentó cautivo sobre los ríos de Babilonia, lo profetiza David en espíritu: Sobre los ríos de Babilonia allí nos sentamos y lloramos (Salmo 137). Y Quebar, o es nombre de un río, o ciertamente, según su interpretación, que se traduce en pesado, significa el Tigris y el Éufrates, y todos los ríos grandes y muy pesados que se dice que están en la tierra de los caldeos. Y entiende los cielos abiertos no por una división del firmamento, sino por la fe del creyente: por cuanto le han sido revelados los misterios celestiales. De donde también en el bautismo del Salvador,

cuando el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, leemos que se abrieron los cielos (Mateo 3), los cuales, al abrirse, se despliegan las visiones de Dios: no una visión, sino muchas, diciendo el Señor por medio del Profeta: Yo multiplicaré las visiones, y en manos de los Profetas fui asemejado (Oseas 12:10). Estas son las visiones que tejió toda la profecía de Ezequiel. Y más significativamente, según los hebreos y demás intérpretes, se llama transmigración de Joaquín, y no cautiverio, lo cual tradujeron los Setenta. Pues no fue capturado al ser vencida la ciudad; sino que, entregándose voluntariamente, fue llevado a Babilonia. Por tanto, de Joaquín, es decir, Jeconías, se dice primera transmigración: de Sedequías, en cambio, segunda o última cautividad.

(Vers. 3.) Vino la palabra del Señor a Ezequiel hijo de Buzi, sacerdote, en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar. Y a Daniel y a Ezequiel, que estaban en Babilonia junto a los ríos, los sacramentos de las cosas futuras se les despliegan sobre las aguas, o más bien en aguas purísimas, para que se mostrara la potencia del bautismo. Por lo demás, también el apóstol Pablo, cuando fue lavado en el Señor por Ananías, cubriendo antes sus ojos con escamas, fue librado de la ceguera (Hechos 9). Y en el Génesis, las primeras cosas que vivieron, salieron de las aguas. Eso también debe entenderse, de que en el año trigésimo de su edad el Señor 6 vino al bautismo: en el cuarto mes, que entre nosotros se llama enero, y es el principio del año primero, amén del mes nuevo de Nisán, en el cual se celebra la Pascua.

Pues entre los pueblos orientales, después de la recolección de los frutos, y los lagares, cuando los diezmos se llevaban al templo, octubre era el primer mes, y enero el cuarto. Y añade el día quinto del mes, para significar el bautismo, en el cual se abrieron a Cristo los cielos, y el día de las Epifanías es venerable hasta ahora, no como algunos piensan la Natividad en la carne, pues entonces estuvo escondido, y no apareció. Lo cual concuerda con este tiempo, cuando se dijo: Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido (Mateo 3:17). Además Buzi se traduce a nuestra lengua, despreciado y menospreciado: Ezequiel, fortalecido por Dios. Lo cual se adaptará así al Señor, de modo que digamos que el Creador del mundo, que es el Padre del Salvador, es despreciado y menospreciado por todos los herejes, que no reciben el Antiguo Testamento. Ni es de admirar que el Señor sea el fuerte de Dios: siendo él mismo poder de Dios y sabiduría de Dios.

Y la mano del Señor estuvo allí sobre él. Los Setenta: Y la mano del Señor estuvo sobre mí. Para que podamos ver las visiones de Dios y entenderlas, tenemos necesidad de la mano y fortaleza de Dios sobre nosotros (1 Corintios 1). En cuya mano y brazo fue sacado de Egipto el pueblo de Israel; parte de cuya fortaleza también los Magos entendieron diciendo: Dedo de Dios es (Éxodo 8). Y el Salvador en el Evangelio: Si yo por el dedo de Dios echo fuera los demonios (Mateo 12:28). Por lo cual en otro Evangelio está escrito: Si yo por el espíritu de Dios echo fuera los demonios (Lucas 11:20).

(Vers. 4.) Y vi, y he aquí que un viento de torbellino venía del Aquilón, y una gran nube, y un fuego envolvente, y resplandor en su circuito. Y de en medio de él como la especie del electro, esto es, de en medio del fuego. Los Setenta: Y vi, y he aquí un espíritu llevándose (o levantando) venía del Aquilón, y una gran nube en él, y un fuego brillante, y resplandor en su circuito. Y en medio de él como visión de electro en medio del fuego ÷ y resplandor en él **. Para consuelo del pueblo transmigrante, y revelación de la sentencia de Dios, el profeta ve una máxima 7 visión. En la interpretación de la cual todas las sinagogas de los judíos están mudas, diciendo que excede al hombre intentar alguna cosa sobre esto, y sobre la edificación del templo, que se escribe al final de esta profecía. Nosotros, en cambio, componiendo espirituales con espirituales, según lo que recibimos de los mayores, y según la medida de nuestro pequeño ingenio, podemos más bien sospechar que explicar; confiaremos en los benevolentes y fieles lectores, suplicando perdón, para que a nuestra temeridad, o más bien fe ignorante de su medida, favorezcan más que se enojen. Y primero se debe saber, que el espíritu llevándose, o levantando, que nosotros según Áquila hemos interpretado viento de torbellino, y según Símaco y Teodoción soplo y espíritu de tempestad, por unos se toma en buena, y por otros en contraria parte. Pues la palabra hebrea RUA, según la calidad de los lugares, se toma por espíritu, o alma, o viento. Espíritu, como allí: Envía tu espíritu y serán creados (Salmo 104 [103]:30). Alma: Sal-

drá su espíritu y volverá a su tierra (Salmo 146 [145]:4). Viento: En un espíritu violento quebrarás las naves de Tarsis (Salmo 48 [47]:8). Y en otra parte: Fuego y azufre, y espíritu de tempestades, la porción del cáliz de ellos (Salmo 11 [10]:7). Los que leen viento y soplo de tempestad, sienten esto: que la ira y furor de Dios viene del Aquilón, esto es Nabucodonosor, y Jerusalén ha de ser tomada después de seis años de esta visión. Pues la visión se ve en el año quinto de la transmigración del rey Joaquín, que también era quinto para Sedequías que reinaba en Jerusalén, el cual leemos fue llevado a Babilonia igualmente después de seis años, esto es, en el año undécimo de su imperio, habiendo sido capturada la ciudad. Por lo tanto, a estos que habitaban cerca del río Quebar, y se habían entregado voluntariamente al rey, se les revela que hicieron bien en obedecer a la sentencia de Dios. Pues en breve tiempo la provincia de Judea, y la ciudad de Jerusalén, han de ser capturadas. Y el que se describe una gran nube, entendamos que ella lleva lluvias de subversiones sobre Judea, y lluvias de choques. Y el fuego envuelto muestra los castigos venideros, y los males del cautiverio. Y el resplandor en torno a él significa los juicios abiertos de Dios. Pero los que sienten en parte contraria, esto es, la buena, entienden que el espíritu llevándose, o 8 levantando, es el Espíritu Santo, que quita los vicios y pecados de los hombres, o levanta a los yacentes a las cosas sublimes, y les hace apartarse del viento muy frío del Aquilón, por el cual los males se encienden sobre toda la tierra (Eclesiástico 43);

y en Jeremías, la olla aquella terrible se enciende desde la faz del Aquilón (Jeremías 1). También refieren la gran nube a la persona de Cristo, el cual vino al Egipto de este mundo sobre una nube ligera: y que se llama propiamente grande en comparación de las menores, a saber, de los profetas, y de los apóstoles y de todos los santos, de los cuales está escrito: Y tu verdad hasta las nubes (Salmo 36 [35]:6); y: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre Israel lluvia (Isaías 5:6); y en otra parte: Las nubes son el polvo de sus pies (Nahúm 1:3); y otra vez: Nubes y oscuridad alrededor de él (Salmo 97 [96]:2). También el fuego brillante y el resplandor en torno a él, se toman según aquello que está escrito: Dios es un fuego consumidor (Deuteronomio 4:24). El cual el Salvador dice que vino a enviar sobre la tierra, y desea que arda en nosotros y en todos los creyentes (Lucas 11); quien aunque infunde terror y castigos a los pecadores, rutila sin embargo con resplandor, y está lleno de luz y fulgor. Extrayéndonos, por eso, para tributarnos a los puros y purgados cosas más alegres.

(Vers. 5.) Y en medio de él la semejanza de cuatro animales, y este era su aspecto: había en ellos semejanza de hombre. Y lo que sigue, Y el resplandor en él, debe notarse con un óbelo. Si la Escritura no hubiera añadido, diciendo: Esto es, de en medio del fuego, por la ambigüedad de la palabra podíamos errar, hasta pensar que la especie, o visión del electro estaba en medio del viento, o espíritu. Por tanto esto debe sentirse, que en medio del fuego y de los tormentos de Dios, haya la semejanza de electro, que es más

precioso que el oro y la plata; para que después del juicio y los tormentos, que a los que los padecen parecen tristes y duros, aparezca más precioso el fulgor del electro, mientras por la providencia de Dios todas las cosas son gobernadas, y lo que se piensa castigo, es medicina.

(Vers. 6.) Y en medio de él la semejanza de cuatro animales, y este era su aspecto: había en ellos semejanza de hombre. En medio de él, se sobrentiende ciertamente, del electro: pero mejor que entendamos el fuego, que para los creyentes es luz, para los incrédulos suplicio. En el medio, pues, de este fuego estaba 9 la semejanza de cuatro animales, semejanza, no naturaleza; y de los cuatro animales que después se llaman cuadriformes, es una sola la semejanza de hombre, para que todas las cosas racionales en el mundo se demuestren: Hagamos, dice, al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis 1). Ahora bien, la imagen y semejanza de Dios no es la forma del cuerpo, sino de la mente: descrita a semejanza de la verdadera imagen de Cristo, que es la imagen invisible de Dios. Estas criaturas racionales se desenvuelven en cuatro lugares, ora por los cuatro goznes del mundo, con los cuales se encierra el orbe, ora por los cuatro lugares, de los celestiales, terrestres, e infernales, y supracelestiales, de los cuales también habla el apóstol Pablo: Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los celestiales, terrestres, e infernales (Filipenses 2:10). Acerca de tres, es testimonio de Pablo. Veamos también el cuarto. Alabad al Señor, cielos de los cielos, y el agua que está sobre los cielos,

alabe el nombre del Señor (Salmo 148 [147]:5), Y de nuevo por el Apóstol se dicen unas cosas celestiales, y otras supracelestiales (1 Corintios 15).

(Vers. 7.) Cuatro caras a uno, y cuatro alas a uno, y sus pies pies rectos, y la planta de su pie como la planta del pie de un becerro, y centellas como el aspecto del bronce candente. Y manos de hombre debajo de sus alas en sus cuatro partes. Los Setenta: Y cuatro caras a uno, y cuatro alas a uno, y sus piernas rectas, y sus pies alados. Y centellas como bronce fulgurante, y sus alas ligeras, y mano de hombre debajo de sus alas en sus cuatro partes. Acerca de los cuatro animales, cuyo aspecto era semejanza de hombre (solo que cada uno tuviera cuatro caras, y cuatro alas, y pies rectos, y la planta del pie, como vestigio de pie de becerro, o, como interpretó Áquila, redonda, lo cual los Setenta omitieron por completo), acerca también de las centellas que rutilaban con el esplendor del bronce, y de sus alas ligeras, lo cual no se tiene en el hebreo, acerca también de la mano de hombre bajo sus alas en cuatro partes, y lo demás que describe la palabra profética, intentaremos decir lo que nos parece, habiendo tocado brevemente las opiniones de cada uno. Algunos piensan que los cuatro Evangelios, a los cuales nosotros también seguimos en el proemio de los comentarios de Mateo 10, se designan con los nombres de estos animales: de Mateo, porque lo describió como hombre: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Del León, lo refieren a Marcos: Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está

escrito en el profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto, Preparad el camino del Señor: enderezad sus sendas (Isaías 40:3). Del Becerro, al Evangelio de Lucas, que empieza por el sacerdocio de Zacarías. Del Águila, al exordio de Juan, quien volando hasta lo más alto comenzó: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo. Sobre lo cual, qué nos parecía, lo dijimos en la obra susodicha, y más plenamente en el Apocalipsis de Juan (Cap. 4) las especies y nombres de estos animales se refieren a los cuatro Evangelios [Al. Evangelistas]. Cómo puede adaptarse a ellos la descripción de todos los animales, intentaremos decirlo en su lugar. Pero otros que siguen la necia sabiduría de los filósofos, sospechan que los dos hemisferios en los dos querubines del templo, somos nosotros y los Antípodas, como hombres supinos y que caen. Muchos, según Platón, refieren lo racional del alma, y lo irascible, y lo concupiscible, que él llama logikon y thymikon y epithymetikon, al hombre, y al león y al becerro: poniendo la razón y el conocimiento, y la mente, y el consejo, y esta misma virtud y sabiduría en el alcázar del cerebro: pero la ferocidad y la ira y la violencia en el león, que consista en la hiel. Además la libido, la lujuria, y el deseo de todos los placeres en el hígado, es decir, en el becerro que se adhiere a las obras de la tierra. Y ponen una cuarta que está sobre estas y fuera de estas tres, que los griegos llaman synderesis, cuya centella de conciencia tampoco se extingue en el pecho de Caín, después de que fue expulsado del paraíso, y por la cual

nosotros, vencidos por los placeres, o por el furor, y a veces engañados por la misma semejanza de la razón, sentimos que pecamos. La cual propiamente diputaron al Águila, no mezclándose con las tres, sino corrigiendo a las tres que yerran, a la cual leemos que a veces en las Escrituras se la llama el espíritu, el cual intercede por nosotros con gemidos inefables (Romanos 8:26). Pues nadie sabe las cosas que son del hombre, sino el espíritu que está en él (1 Corintios 2:11). El cual también Pablo, escribiendo a los Tesalonicenses 11, ruega que se conserve íntegro con el alma y el cuerpo (1 Tesalonicenses 5). Y sin embargo también a esta misma conciencia, según lo que está escrito en los Proverbios: El impío, cuando viniere a la profundidad de los pecados, desprecia (Proverbios 18:3): la vemos precipitarse en algunos y perder su lugar, los cuales no tienen ni pudor ni vergüenza en sus delitos, y merecen oír: Rostro de ramera se te ha hecho, no quisiste [Al. no sabes] enrojecer (Jeremías 3:3). Por tanto, a esta cuadriga la rige Dios a modo de auriga, y cuando corre con pasos descompuestos la refrena, y la hace dócil, y la obliga a obedecer a su imperio. Esta disputa sobre las partes del alma, es decir, del hombre, el cual es llamado por los mismos filósofos un mundo menor, también la tocaremos. Hay quienes simplemente arbitran que en los cuatro animales, según la sentencia de Hipócrates, se muestran los cuatro elementos del mundo, de los cuales constan todas las cosas: el fuego, el aire, el agua, la tierra. Cómo se mezclan entre sí, y aunque sean singulares, parezcan unidos entre sí, y se toquen

mutuamente, y en una sola persona de los animales tengan cuatro especies y figuras, no es del propósito de la obra. También estiman las cuatro ruedas que de lo terrenal resurgen a lo sublime, unidas a los singulares y cuadriformes animales, ora como mixtura de los mismos elementos, ora como el círculo de los cuatro tiempos, que se confecciona de tres meses cada uno, y el año vertiente, que de aquello que siempre se vierte y vuelve a sí, tomó su nombre. De los cuales bellamente se dijo en un versículo:

Primavera, verano, otoño, invierno, y mes, y año.

Y lo que se dice: Había una rueda en la rueda, piensan que se significa un año en un año. De lo cual otro poeta (Virgilio, Geórgicas 2):

Y el año vuelve sobre sí por sus propias huellas.

También quieren que la semejanza del firmamento comparado al cristal se entienda este cielo que miramos hacia arriba: bajo el cual se vuelven y transitan los cuatro animales. Y el trono del color del zafiro, y al hombre que está sentado arriba bajo semejanza humana, auguran que se describe el imperio de quien rige todas las cosas y tiene todas las cosas bajo sus pies, de la omnipotencia de Dios; y que se diga al final: Esta visión es de la semejanza de la gloria de Dios: por la cual, como por una cierta pintura e 12 imagen, se demuestra la providencia. Y que los pies de los animales se digan rectos, y la planta del pie de becerro, o redonda, que todas las cosas terrenales vuelan hacia las celestiales, y cortados todos los ángulos, siguen la rotundidez, que es la

más hermosa de todas las figuras. Las centellas rutilantes, indican todas las cosas llenas de luz, y que las manos de hombre debajo de las alas tanto del mismo hombre, como del león, y del becerro, y del águila: para que la razón sustente todas las cosas, y desde la humildad terrenal las subleve a las celestiales. Esto podemos referirlo tanto a los Evangelios como a todas las cosas que hemos puesto arriba. Recuerdo haber oído que las cuatro perturbaciones, de las cuales disputa Cicerón muy ampliamente en las Tusculanas, de la alegría, de la tristeza, del deseo y del temor, de las cuales dos son presentes, dos futuras, se significan por los cuatro animales, de las cuales también Virgilio brevemente (Eneida libro 6):

De aquí temen, y desean, se duelen, y se alegran:

las cuales deben regirse por la razón, y por el poder de Dios; y a las cuales se oponen, o más bien se imponen, las cuatro virtudes, Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza, para que se gobiernen bajo el arbitrio de éstas. Cómo estas se adapten a los rostros del hombre, del león, del becerro y del águila, lo callaron por completo. Sobre las cuales disputa el mismo filósofo y orador en los tres libros de oficios para su hijo. Leí también una breve diserta de un cierto Catinas, a quien los asirios llaman lepton, esto es, agudo e ingenioso, que piensa que el orden de los campamentos de las doce tribus se describe en el desierto, a Oriente y Occidente, al Septentrión y al Mediodía, los cuales se asocian mutuamente, tanto por caridad, como por consanguinidad, y que esto es la rueda

en la rueda, que son conducidos por el espíritu, y elucidados por la nube en el yermo, y alumbrados por la columna de fuego en la noche; ni retornan a Egipto, sino que siempre se apresuran a ir a la tierra de la promesa. Además interpreta la semejanza del electro en medio, como el Santo de los santos, y refiere la cara del hombre a todo Israel; del león al cetro real de Judá; del becerro a la tribu sacerdotal y levítica: fuera de las cuales esté la cara del águila, la vindicta y venganza de Dios que de los cielos escudriña todas las cosas, y que está dispuesta a despedazar al pecador, de la cual también se diga en Oseas: Como águila sobre la casa 13 de Dios (Oseas 8:1), esto es, el templo. Y en este mismo profeta (Más abajo 17), el águila magna de grandes alas y garras, que tiene el conduto de entrar en el Líbano, se entiende Nabucodonosor, el cual también signifique ahora qué está por venir, y que Dios está sentado sobre una cuadriga de esta clase a guisa de auriga, y manda lo que ha de hacerse, o no hacerse. Esto mas, dice, se dice al pueblo, que se halla en Babilonia, que si sometiere los cuellos a Dios, y obedeciere a sus riendas, merecerá de nuevo su auxilio, y recuperará la tierra que había perdido.

(Vers. 8, 9.) Y tenían rostros y alas por sus cuatro lados: y sus alas estaban unidas [Vulg. de ellos], una con otra. No se volvían cuando andaban: sino que cada cual iba derecho delante de su rostro. Los Evangelios están unidos entre sí y se adhieren mutuamente, y volando por todo el orbe discurren de aquí para allá: ni tienen fin de vuelo, ni jamás son superados y retroceden,

sino que siempre proceden a cosas ulteriores. De donde también dice Pablo: Olvidando las cosas pasadas, y extendiéndome a las futuras (Filipenses 3:13). Esto mismo podemos decir también de las virtudes del ánimo, y del vuelo de los tiempos, y de la mezcla de los elementos, que dejando las cosas pasadas, siempre se apresuran a las primeras. Ahora bien, que los tiempos se deslizan y huyen, se demuestra en un breve versículo (Virgilio, Geórgicas 3): Pero huye entre tanto, huye el tiempo irreparable.

Y en el poema lírico (Horacio, Odas 14):

¡Ay, ay, fugaces, Póstumo, Póstumo,
Se deslizan los años!

(Vers. 10.) Mas la semejanza de su rostro, era rostro de hombre, y rostro de león a la derecha de los cuatro: y rostro de buey a la izquierda de los cuatro: y rostro de águila por encima [Vulg. calla por encima] de los cuatro. El rostro dice los principios de los Evangelios, de los cuales el hombre y el león, esto es, la natividad de Cristo, y la voz del profeta que truena en el desierto ocupan las partes derechas. En cambio, del becerro, es decir, de las víctimas y del sacerdocio de los judíos, está en la izquierda: el cual abolido pasó al sacerdocio espiritual, del cual se dijo: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo 110 [109]:4); solo así, que todas las cosas se adhieren entre sí, y se censan en un solo cuerpo. Pero el águila, que está tanto sobre la natividad como sobre la profecía, que se cumple con la venida del Señor, y sobre el sacerdocio que pasó, 14 y está fuera de todas estas cosas, refiriendo la nati-

vidad espiritual, cómo el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. De la cual rectísimamente se dice: ¿Quién narrará su generación? (Isaías 53:8) Estos son según el Apocalipsis (Cap. 4), como ya dijimos antes, cuatro animales llenos de ojos por delante y por detrás, de los cuales el primer animal es semejante a un león, y el segundo semejante a un becerro, y el tercero tiene rostro como de hombre, y el cuarto semejante a un águila que vuela. Y allí se dice que a modo de los Serafines tienen seis alas cada uno, dos que cubren su rostro, y dos sus pies, y con dos vuelan, y ni de día ni de noche cesan y dicen: Santo, santo, santo es el Señor, Dios todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir (Apocalipsis 4:8).

(Vers. 11.) Y sus rostros y sus alas estaban extendidas por encima, dos alas de cada uno se unían, y dos cubrían sus cuerpos. Y arriba dijimos que los Evangelios y los tiempos están unidos entre sí, y todas las criaturas racionales, y las cuatro virtudes, de modo que quien carece de una, carece de todas. Y que dos estén extendidas, y se eleven a lo alto, significa la predicación celestial, y que todas las cosas tienden a la majestad de Dios. Mas las dos con que se cubren los cuerpos, se excluye la ciencia humana, ni se ofrece una intuición perfecta, diciendo el Apóstol: En parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo que es perfecto, se destruirá lo que es en parte (1 Corintios 13:9).

(Vers. 12.) Y cada uno caminaba derecho delante de su rostro. Hacia donde estaba el ímpetu del espíritu, allí caminaban, ni se volvían cuando

andaban. Quien tiene la esteva del arado, no debe mirar hacia atrás (Lucas 9:62), ni imitar a la mujer de Lot (Génesis 19), no sea que caiga en la plaga del Deuteronomio (Cap. 19), y perezca de un opistótonos incurable, por el cual también cayó Elí, porque por el vicio de sus hijos había ofendido a Dios (1 Samuel 4): ¿cuánto más los cuatro animales que estaban llenos de luz y alados, que siguen al Espíritu Santo que les precede: los cuales de tal manera vuelan por el orbe, y se elevan a lo excelso, que protegen sus cuerpos con las alas de la historia, ni nos brindan una visión más plena? Mas lo que se dice en segundo lugar: No se volvían cuando andaban, indica el sacramento de uno y otro instrumento, que en estos cuatro animales, tanto la Ley como el Evangelio se apresuran a las cosas futuras; 15 y nunca reciben un movimiento hacia atrás.

(Vers. 13, 14.) Y la semejanza de los animales, y [Vulg. omite y] su aspecto como de carbones de fuego ardientes, y como aspecto de lámparas. Esta era la visión que discurría en medio de los animales, un resplandor de fuego, y del fuego salía un fulgor. Y los animales iban y volvían a semejanza de un relámpago coruscante. Los Setenta: Y en medio de los animales una visión, como de carbones de fuego ardientes, como faz de lámparas que discurrían en medio de los animales; y un resplandor de fuego, y del fuego salía como un relámpago. Y lo que sigue: Y los animales corrían y se volvían como especie de bezec, fue añadido de la edición de Teodoción a los Setenta: los cuales, para que no pareciera que el

profeta decía algo contrario a las dos sentencias anteriores, esto que pensaban que era contrario, esto es, y los animales corrían y se volvían, pensaron que debía callarse, para que no causara escándalo al que lee. Pero es mejor en los libros divinos trasladar lo que está dicho, aunque no entiendas por qué se dijo, que quitar lo que ignoras. Por lo demás, muchas otras cosas que son inefables, y el ánimo humano no puede captar, con esta licencia se borrarán. Nosotros en cambio decimos esto, que de la misma manera que en los Proverbios en el mismo lugar está escrito: No respondas al necio según su necedad, para que no te hagas semejante (Proverbios 26:4-5); y de nuevo se pone lo que nos parece que es contrario: Responde al necio según su necedad, para que no se crea ser sabio; y ambas cosas concuerdan por la diversidad de tiempos y personas, ya que tanto el necio es despreciado porque no recibe la sabiduría, como la necia soberbia es sacudida por otra necedad, según lo que también el Apóstol dice: Me he vuelto insipiente, vosotros me habéis forzado (2 Corintios 12:11): así también en este lugar debemos inquirir, por qué arriba se dijo en segundo lugar: No se volvían los animales cuando andaban; y ahora una vez, los animales corrían y se volvían. Y habría una cuestión si no siguiera, a semejanza del relámpago coruscante: lo cual en el idioma hebreo se dice BEZEC, (), y Símaco interpretó como especie de rayo de relámpago. Por tanto, así como el éter brilla con fuegos frecuentes; y en un abrir y cerrar de ojos y en un momento discurren los relámpagos y se vuelven, sin perder

su matriz, y, por así decirlo, la fuente del fuego y la materia: así también estos animales, aunque avanzan con pie inofenso, se apresuran a lo primero. Mas si ven algo sembrado en su 16 conato, no tanto se vuelven como que se contraen, para extenderse de nuevo, y para ofrecer la luz que por un poco habían escondido, de modo que den el alimento a los siervos a su tiempo, ni den lo santo a los perros, ni echen las margaritas ante los puercos (Mateo 7). De donde también Pablo dice: Os di de beber leche, no comida, pues aún no podíais captarla (1 Corintios 3:2). Y la elección de Judas, y la unción de Saúl no arguyen a Dios de ignorancia de las cosas futuras, sino que le muestran ser juez de las cosas presentes (Mateo 10). De donde también se preceptúa a los Apóstoles, que si perciben una casa indigna del saludo, sacudan antes los pies; y la paz que habían dado a la casa, se vuelva a ellos. Y los carbones de fuego ardiente y las lámparas que discurren en medio de los animales, han sido interpretadas de aquel pasaje de Isaías: Y el fuego comerá la materia como heno, y los santificaré en el fuego ardiente (Isaías 5:24). Y sobre ellos también en otra parte está escrito: Caerán sobre ellos carbones de fuego (Salmo 140 [139]:11). Y contra los labios dolosos, en otro salmo se dice: ¿Qué se te dará o qué se te añadirá a la lengua dolosa? Saetas de valiente agudas, con carbones desoladores (Salmo 120 [119]:3, 4). Y en otro lugar: Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos: estos te servirán de ayuda (Isaías 47:14). Cualquier criatura que miremos fulgura el conocimiento de Dios, ya que por las criaturas se

reconoce al Creador. Y del medio de los animales sale el resplandor de fuego, y el relámpago. Pues si colisionas entre sí los Evangelios, en medio de la letra y de la vil historia, hallarás los sacramentos del Espíritu Santo.

(Vers. 15 seqq.) Y al mirar yo los animales, apareció una rueda sobre la tierra junto a los animales que tienen [Vulg. teniendo] cuatro caras. Y el aspecto de las ruedas, y su obra, como visión del mar, y una semejanza de ellas cuatro, y su aspecto y obras, como si hubiera una rueda en medio de una rueda. Yendo iban por sus cuatro partes, y no se volvían cuando andaban. Había también estatura para las ruedas, y altura, y aspecto horrible, y todo el cuerpo lleno de ojos alrededor de las cuatro. Los Setenta: Y vi, y he aquí una rueda sobre la tierra siguiendo a los cuatro animales. Y el aspecto de las ruedas, y su hechura, como especie de tarsis. Y semejanza en las cuatro: y la obra de ellas como suele estar una rueda en una rueda. Caminaban hacia sus cuatro partes, y no se volvían, cuando andaban. Y sus espaldas, y había altura en ellas. Y las vi, y sus espaldas llenas de ojos alrededor de ellas cuatro. Hasta aquí se describe la pintura de los cuatro animales que 17 tenían cuatro caras cada uno, y que seguían al espíritu, y la nube, que estaba en medio del espíritu, ahora por cada animal se ponen ruedas singulares, las cuales no estaban unidas a los animales, sino que los seguían. O apareció una sola rueda sobre la tierra, la cual, dividida por cuatro, tenía tantas caras como animales seguía. Y había tanta semejanza de las cuatro ruedas que seguían a los

cuatro animales, que se creería con toda verdad ser una sola rueda. Y su obra y hechura era, como visión de tarsis, que nosotros traducimos por mar. Áquila puso jacinto; el cual es una piedra que tiene semejanza con el cielo. Y su aspecto era como rueda en rueda, para que no creyeras que era una sola rueda, sino una acoplada a la otra. Iban por las cuatro partes, y no eran arrastradas, ni se retrocedían. Pues, ¿cómo podía ser que se volviesen, cuando seguían a los animales, que siempre tendían hacia las cosas primeras? La estatura también de las ruedas y la altura era tanta, que causaba milagro a los que miraban. Y todo el cuerpo y las espaldas estaban llenos de luz alrededor, de modo que no mirarías a ninguno de los miembros que no tuviera ojos de luz: y tal cual los relatos de los poetas describen que fue Argos, el de cien ojos o de muchos ojos, a quien Juno convirtió en pavo real por su custodia negligente, para que lo que es portento de Dios creador, esto fuese la condena del adulterio inulto. Todas las cosas terrestres y celestiales, y cuanto cae bajo la inteligencia humana, es rodado por las ruedas del Sol. Al círculo anual del Sol, por cada mes lo recorre la luna. Lucifer, que él mismo es el véspero, mientras fulgura rutilante al Oriente y al Occidente, y templa las tinieblas de la noche con modesta lumbre, conficiona el mismo curso en dos años: y los otros cuatro astros que se llaman errantes, y cuanto refulge en el cielo, las variedades también de las mieses y de los árboles, y de las hierbas, corren por sus ruedas a través de las cuatro estaciones, y no vemos nada que no haya

existido antes. Girando el espíritu va girando, y vuelve a sus círculos. Todos los torrentes van al mar, y el mar no se llena (Eclesiastés 1:6, 7). ¿Por qué? porque vuelven a sus 18 fuentes desde la matriz del abismo. Pero de los Evangelios, esto es, de los cuatro animales que respiran, viven, entienden, si alguien considerase la rueda y el curso, en breve tiempo verá que el mundo está colmado del sermón Apostólico. También la rueda en la rueda, o es la juntura de los dos Testamentos, lo que indica la escala de Jacob (Génesis 28), y las tenazas de Isaías (Isaías 6), y la espada de dos filos: o los Evangelios que se adhieren entre sí, cuyo curso y estatura tiende hacia el cielo, y un poquito lo que toca en la tierra, y siempre apresurándose, se apresura a lo excelso. De las cuales también se dice en otra parte: Piedras santas se revuelcan sobre la tierra (Zacarías 9:16); de las cuales se edifica la Jerusalén celestial. Esto mismo juzgo que significa también aquello que se canta en el salmo: La voz de tu trueno en la rueda (Salmo 77 [76]:19). Y en otra parte: La que inflama la rueda de la natividad (Santiago 3:6). Cuáles testimonios tengan qué sentido en sus lugares, no es de este tiempo. Constatará, por otra parte, que todo el cuerpo y las espaldas están llenos de ojos, quien viere que nada hay en los Evangelios que no luzca, y no ilumine al mundo con su esplendor, para que incluso lo que se reputa exiguo y baladí, fulgure con la majestad del Espíritu Santo.

(Vers. 19 seqq.) Y cuando andaban los animales, andaban a la par también las ruedas junto a ellos. Y cuando se elevaban los animales de la tie-

rra, se elevaban juntamente también las ruedas. Hacia dondequiera que iba el espíritu, yendo allí el espíritu, también las ruedas se levantaban a la par, siguiéndolo; pues el espíritu de vida estaba en las ruedas. Con los que andaban, andaban, y con los que estaban parados, se paraban: y con los que se elevaban de la tierra, a la par se elevaban también las ruedas que los seguían: porque el espíritu de vida estaba en las ruedas. Los cuatro animales seguían al espíritu, y a la nube que estaba en el espíritu. Y a su vez las ruedas, al seguir a los animales que se elevaban de la tierra, de ninguna manera seguían a los animales, sino al espíritu, para mostrar su propia voluntad: porque el espíritu de vida estaba en las ruedas. Mas tres cosas se indican a la par tanto en los animales como en las ruedas: cuando estaban parados, cuando andaban, cuando se elevaban, las cuales hacían en común tanto los animales como las ruedas. Pues ni estando parados los animales las ruedas podían andar, ni andando los animales sobre la tierra, elevarse las ruedas, 19 sino que de quienes era una la acción, una era también la quietud, y la carrera, y la elevación. Y en segundo lugar se dice: porque el espíritu de vida estaba en las ruedas: para que de ninguna manera juzguemos que hay algún vaso de las ruedas, de las que miramos en los maderajes de los carros, carretas y cuadrigas, sino seres vivientes, es más, sobre los seres vivientes. Pues el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu. Luego estas ruedas, en las cuales estaba el espíritu de vida, hacen todas las cosas con orden y medida, y

tienen concordia con los animales, siguiéndoles, y por medio de ellos al Espíritu Santo; es más, omitiendo los medios, gozándose de la sociedad del Espíritu Santo. Todo lo cual el lector prudente podrá coaptar a varia interpretación, según la inteligencia anterior.

(Vers. 22 seqq.) Y la semejanza sobre la cabeza de los animales de un firmamento como el aspecto de un cristal horrible, y extendido sobre sus cabezas por encima. Y debajo del firmamento sus alas estaban rectas la una hacia la otra. Cada cual velaba su cuerpo con dos alas, y el otro igualmente se velaba. Y oía el sonido de las alas, como sonido de muchas aguas, como el sonido del Dios excelso. Cuando andaban, era como sonido de multitud, como sonido de campamento, y cuando se paraban, se bajaban sus alas. Pues cuando se hacía una voz por encima del firmament que estaba sobre sus cabezas, se paraban y bajaban sus alas. Y sobre el firmamento que estaba inminente a su cabeza, como aspecto de piedra de zafiro, la semejanza de un trono, y sobre la semejanza del trono, una semejanza como aspecto de hombre en lo alto. Donde nosotros pusimos, sus alas rectas, y como el sonido, o la voz del Dios excelso, los Setenta tradujeron, sus alas extendidas y volando; y como la voz del fuerte: lo cual en hebreo se dice SHADDAI (). Y muchas cosas tanto en este, como en otros capítulos han sido omitidas por ellos, las cuales por su longitud he preferido no poner. Mas lo que nosotros interpretamos más manifiestamente, del uno al otro: cada uno con dos alas velaba su cuerpo, y el

otro se velaba igualmente, en lugar de lo cual en hebreo está escrito, de la mujer a su hermana, el varón con dos alas velaba su cuerpo, y el varón se velaba igualmente: por eso después de mujer puso varón en la misma persona, no sea que pensáramos que hay sexo en las cosas celestiales: puesto que en uno y lo mismo según la propiedad hebrea, se llama igual tanto varón como mujer. Por otra parte se ve sobre 20 los cuatro animales y otras tantas ruedas, la semejanza de un firmamento, que nosotros llamamos cielo, que tiene la especie del cristal, que es purísimo, y que de aguas limpias y lucientes se dice que se cuaja por el excesivo frío: a tal grado que incluso el agua constreñida por el hielo, en el idioma griego se nombra κρύσταλλος. Mas convenía que en las cosas superiores hubiese una eximia pureza, que protegiese todas las cosas, esto es, las virtudes racionales y sabias, y el curso de los cuatro tiempos, y las regiones del mundo, y el orden de todas las cosas, y la predicación Evangélica, que en parte se entiende, y en parte se vela. Y se oye la voz de las alas que vuelan, como voz de muchas aguas, que según el Apocalipsis de Juan (Cap. 17) significan los pueblos, y adelantando paulatinamente se denomina como voz de campamentos, y como voz del Dios excelso, que en hebreo se llama SHADDAI, y según los Setenta, voz de la palabra; para que creamos que todo lo que se predica en el mundo es la voz del Hijo de Dios. Pero estando los animales parados, se bajaban sus alas. Pues no podían soportar la voz de Dios Omnipotente resonando en las cosas celestiales, sino que esta-

ban parados y se admiraban; y con su silencio, demostraban la potencia de Dios, que estaba sentado sobre el firmamento. El cual firmamento para los que estaban abajo, tenía la semejanza del cristal: mas para los que estaban arriba, se veía del tamaño de la piedra de zafiro. Cuya semejanza de zafiro, era el trono de aquel que estaba sentado en semejanza de hombre. De lo cual entendemos, que tanto el firmamento, como el cristal, y el zafiro, y el hombre se muestran en semejanza, no en verdad. Mas que se debe entender al hombre como Dios Padre lo enseñan muchos testimonios. De los cuales aquel está en el Evangelio: Cierto hombre plantó una viña, y la arrendó a labradores (Mateo 21:33). Y poco después: Envió siervos, y sobre todos a su hijo (Ibíd., 37). Y de nuevo: Cierto hombre hizo bodas a su hijo (Mateo 22:2). No porque el Hijo sea excluido del reino, de quien escribió Isaías: Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado (Isaías 6:1). Y Juan: Por otra parte, dijo Isaías, esto, puesto que [Al. cuando] vio la gloria del Hijo de Dios (Juan 12:41); sino porque en el Padre también reina el Hijo. Pues todas las cosas del Hijo son del Padre, quien es la imagen del Dios Padre invisible (Colosenses 1:15). Pues también en Daniel se introduce a Dios Padre sentado (Daniel 7), 21 y se le ofrece el Hijo del hombre, para que reciba el reino. Y en el Apocalipsis de Juan, las mismas cosas se escriben del Hijo (Apocalipsis 3, 7). Y en la pasión del primer mártir Esteban, se le percibe de pie a la diestra del Padre. De quien se canta en el salmo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra. Hasta que ponga

a tus enemigos por estrado de tus pies (Salmo 110 [109]:1, 2). Mas así como por el cristal se demuestran todas las cosas purísimas y lucientes en el cielo, que iluminan a nuestro cuerpo oculado: así en el zafiro, esto es, en el trono de Dios, y sobre el firmamento que recibimos como cielo, se muestran los sacramentos escondidos y secretos e incomprensibles de Dios: El cual puso las tinieblas por su escondite (Salmo 18 [17]:11), y se le ve en la nube y en la calígine. De donde también en el Éxodo se escribe: Y debajo de los pies de Dios había como obra de baldosas de zafiro, y como la especie del firmamento del cielo purísimo (Éxodo 24:10). De donde también la esposa describe la hermosura del esposo en los Cantares: Su vientre como tabla de marfil sobre piedra de zafiro (Cantares 5:14). Y en el Apocalipsis de Juan se escribe el primer fundamento de jaspe, el segundo de zafiro (Apocalipsis 21). Y en el racional del pontífice, en el censo y orden de cada piedra, el segundo orden tiene el carbunclo, y el zafiro, y el jaspe (Éxodo 28). De las cuales piedras hemos dicho en parte, en las Explanaciones de Isaías.

(Vers. 27, 28.) Y vi como especie de electro, como el aspecto del fuego dentro de él por su derredor, desde sus lomos para arriba. Y desde sus lomos para abajo, vi como una especie de fuego que resplandecía en derredor, como el aspecto del arco cuando está en las nubes el día de la lluvia. Este era el aspecto del resplandor por el contorno. Esta la visión de la semejanza de la gloria del Señor. La semejanza de un hombre que estaba sentado sobre la semejanza del trono, el

cual trono tenía la semejanza de una piedra de zafiro, desde los lomos y hacia arriba, se compara al electro. El cual electro, tanto por dentro como por fuera tenía como aspecto de fuego. Mas desde los lomos y hacia abajo había un fuego resplandeciente en derredor; para mostrar que aquellas cosas, que están sobre los lomos, donde mora el sentido y la razón, no necesitan fuego ni llamas, sino del metal preciosísimo, y purísimo. Mas aquellas cosas que están desde los lomos hacia abajo, donde está el coito, donde la generación, donde los incentivos de los vicios, necesitan la purgación 22 de las llamas, para que cuando sean purgadas, tengan la semejanza como del arco, que vulgarmente se llama Iris, cuando está en una nube en el día de lluvia. Pues el Iris que en la sagrada Escritura se llama arco, y en el Apocalipsis de Juan con el mismo nombre se llama Iris (Apocalipsis 4), sino en la lluvia, y en la nube acuosa no puede aparecer, de diversos colores, y hermosísimos, y que poco a poco pasan a otros. De donde también el poeta (Virgilio, Eneida 4):

Con la luz contraria mil colores varios arranca.

Pero también siguiendo la costumbre del vulgo el mismo poeta dice: Cuando el arco bebe. De lo cual significa que el arco nunca aparece, sino en la nube y en las aguas. Este arco es señal de clemencia, y del testamento de Dios, que hizo con los hombres: para que cuando apareciere en la nube, sepamos nosotros, según el ejemplo de la antigüedad, que de ninguna manera hemos de perecer por un diluvio (Génesis 9). De lo cual se muestra que después de las penas y los suplicios,

y de la purgación de los pecados, habrá misericordia futura, al menos en aquellos que hayan merecido ver a Dios reinando. De donde se dice: Este era el aspecto del resplandor por el contorno. Por el contorno de Dios, o del trono, o de todas las cosas que fueron observadas. Y esta es la visión de la semejanza de la gloria de Dios: no que haya visto la gloria del Señor, sino la semejanza de su gloria. Pues toda esta visión es esto: El espíritu que eleva, y la gran nube, y los cuatro animales, y otras tantas ruedas que siguen a los animales, y al espíritu, los cuales merecieron estar bajo el firmamento de Dios. Los cuales, después que fueron elevados, y oyeron la voz como de muchas aguas, y como de la palabra del Dios excelso, y la voz de campamentos y de ejército, bajaron las alas, y demostraron su estupor con el silencio: y apareció sentado sobre la semejanza del zafiro como una semejanza de hombre, que desde los lomos hacia arriba tenía la especie de electro, y desde los lomos hacia abajo la especie de fuego en derredor. Después de cuyo terror se da la señal de misericordia; como el aspecto del arco cuando está en la nube en el día de lluvia. De esta visión hemos hablado más prolijamente porque es oscura, y es expuesta de diversas maneras por muchos. En lo demás, en cuanto pueda hacerse sin daño de los sentidos, a causa de la magnitud del volumen estudiaremos la brevedad.

(Cap. 2.---Vers. 1.) 23 Y vi, y caí sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba. No se engrie por la magnitud de las visiones, sino que por la conciencia de la fragilidad humana se postra sobre

su rostro. De donde también el apóstol Pablo después de la ascensión del cielo y del paraíso, y de la audición de palabras inefables, dice que le fue dado un ángel de Satanás, que le abofetee, para que no se enaltezca (2 Corintios 12). Y Abraham cayó sobre su rostro, después de oír las palabras de Dios. Y sin embargo, porque no había caído por pecado, sino por humildad, es sublevado por el Señor, y se le manda oír sus palabras (Génesis 17). También hay que saber, que una cosa es caer sobre el rostro, y otra hacia atrás. Abraham, después de oír sobre la natividad de Isaac, cayó sobre su rostro, y rio (Génesis 17). En cambio Helí, que había pecado, cayó hacia atrás. Y acerca de Dan en el Génesis está escrito: Hágase Dan culebra en la senda, que muerde el talón del caballo, y caerá el jinete hacia atrás, esperando la salvación de Dios (Génesis 49:17, 18). Pues ya que por la mordedura de la culebra había caído del caballo, por eso espera el advenimiento del Salvador. Y en el Evangelio según Juan, los que habían venido para prender al Señor, después que él respondió: Yo soy, cayeron hacia atrás en tierra (Juan 18:6); no soportando en lo más mínimo la palabra de aquel que había dicho a Moisés: Ve, di a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros (Éxodo 3:14).

Y me dijo: Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y te hablaré [Vulg. contigo]. Yacente no podía oír la palabra de Dios, sino que oye con Moisés: Pero tú ponte aquí conmigo (Éxodo 34:2). Lo cual también Daniel cuenta que le aconteció a él (Daniel 10).

(Vers. 2.) Y entró en mí el espíritu, después de que me habló, y me puso sobre mis pies. Y oí al que me hablaba, y decía: Hijo de hombre. Los Setenta: Y vino a mí el espíritu, y me tomó, y me elevó, y me puso sobre mis pies: y le oí que me hablaba, y me dijo: Hijo de hombre. La palabra divina había preceptuado al profeta y le había mandado: Ponte sobre tus pies (Salmo 40 [39]:3); pero sin el auxilio de Dios y el advenimiento del Espíritu Santo no podía estar de pie: por eso entra en él, o lo toma y lo levanta, para que esté con paso firme, y pueda decir: Puso mis pies sobre la piedra (Efesios 6:14). Y a ningún pecador leemos que esté de pie, sino a los santos se dice: Estad, pues, ceñidos vuestros lomos. Mas el pecador merece oír aquello del Deuteronomio 24: No habrá vestigio estable de tu pie (Deuteronomio 28:65). Con frecuencia a Ezequiel se le dice: Hijo de hombre (Mateo 8:20), y a Daniel rara vez: y ambos en la persona de aquel que había dicho: Mas el Hijo de hombre no tiene donde reclinar su cabeza, consuela al pueblo cautivo, y lo retrae a la penitencia.

(Vers. 3.) Yo te envío a los hijos de Israel, a gentes apóstatas, que se han apartado de mí. Ellos y sus padres prevaricaron mi pacto hasta este día. De ninguna manera llama pueblo de Dios a Israel, sino gentes apóstatas, que se apartaron del Señor, no sólo los padres, sino también los hijos. Ni para que los hijos parecieran obnoxios al pecado de los padres; sino para que la impiedad tanto de los padres como de los hijos fuese par. Por lo demás lo que los Setenta tradujeron, irri-

tándome, o convirtiendo en amargura, significa aquello, que Dios quien es de naturaleza benigna y dulce se mute en amargura por nuestros vicios. Pues así como a los santos se les dice: Gustad y ved que el Señor es suave (Salmo 34 [33]:9); así los pecadores lo sienten amargo. De donde también el Apóstol refiere la bondad y severidad de Dios sobre santos y pecadores (Romanos 11). Y acerca de los pecadores que yacían, está escrito: El Señor levanta a los elisos, el Señor ama a los justos, el Señor suelta a los compedidos (Salmo 146 [145]:8). Pero a los santos que están de pie les promete premios.

(Vers. 4.) Y los hijos son de duro rostro, y de corazón indomable, a los cuales yo te envío. Esto en los Setenta no se tiene. Y es de gran clemencia enviar a Dios [o a un profeta de Dios] a tales, y no desesperar de su salvación; y de propal confianza, que tampoco tema ir a tales. Mas por corazón indomable, y duro rostro, debemos aceptar según aquello que se dice al pecador: Nervio de hierro es tu cerviz, y tu frente de bronce (Isaías 48:4). Los cuales también en lo que sigue son argüidos de corazón de piedra, que Dios dice que él arrancará, y por él devolverá uno de carne: para que con su blandura, reciba los preceptos de Dios.

(Vers. 5.) Y les dirás: Así dice el Señor Dios: Si acaso ellos mismos oyesen, y si acaso descansasen: porque es casa exasperante, y sabrán que hubo profeta en medio de ellos. Algo semejante está escrito en Jeremías: Si acaso oyesen y hagan penitencia (Jeremías 26:3). Y en el Evangelio: Quizás tendrán respeto a mi hijo (Mateo 21:37).

Mas habla estas cosas Dios con afecto de quien ambiguece, para mostrar el libre 25 albedrío del hombre, no sea que la presciencia de los futuros males o bienes haga inmutable lo que Dios haya conocido que será. Pues no porque él conoce las cosas venideras, es necesario que nosotros hagamos lo que él presabió: sino que lo que nosotros por propia voluntad hemos de hacer, él lo conoce futuro como Dios.

(Vers. 6.) Tú, pues, hijo de hombre, no les temas a ellos, ni [Vulg. no] temas sus palabras, porque son incrédulos y subversores contigo. Los Setenta: Y tú, hijo de hombre, no les temas, ni te amedrentes ante su rostro: porque enloquecerán, y se congregarán contra ti en derredor. Aunque sean de dura cerviz, y de corazón indomable, sin embargo mis preceptos son más fuertes. Ni te pienses estar engañado, si eres enviado a los que no oyen al que te habla. He aquí te predigo que enloquecerán, y se congregarán contra ti, y te circundarán, no dejándote ningún refugio. Mas esto lo harán, porque son incrédulos, y condenadores de los imperios de Dios.

Y habitas con escorpiones. No temas sus palabras, y no te amedrentes por su rostro, porque es casa exasperante. Los que puedan herir, los que percuten con herida arqueada, y con aguijón ahuecado, para que la misma plaga abra la piel, y difunda los venenos. Cada cual según sus costumbres se sortea un vocablo. A los Escribas y Fariseos se les dice: Generación de víboras (Mateo 23:33). Y de Herodes que era versipiel: Id y decidle a esa zorra (Lucas 13:32). Y los pseudo-

profetas en este mismo Profeta se comparan a las zorras. Y ahora los de corazón indomable se dice que son escorpiones. De donde también en el Evangelio leemos: Todos los que vinieron antes de mí, fueron ladrones y salteadores, y no los oyeron las ovejas (Juan 10:8). ¿Y cómo las ovejas perdidas de la casa de Israel oyeron a los adversarios? De lo cual se muestra, que aquellos que oyeron a los ladrones y salteadores, perdieron el vocablo de ovejas, y asumieron otros nombres, para que no perecieran como ovejas, sino como víboras, zorras y escorpiones.

(Vers. 7, 8.) Y les hablarás mis palabras: si acaso oyesen, y temiesen, o descansasen, porque son irritadores. Mas tú, hijo de hombre, oye lo que yo hablo [Vulg. cualesquiera cosas que hablo] a ti. No hay pues que cesar, aunque sean malos a quienes hablamos; sino que según el Apóstol (2 Timoteo 4), oportuna, inoportunamente prediquemos la palabra de Dios, porque puede 26 suceder, que tanto el duro sea corregido a la blandura, y el que es obediente, mudada la voluntad no oiga.

No seas exasperante, así como la casa es exasperante. Una vez dijimos que los Setenta ponen amargura por exasperación, o irritación. Lo que pues dice, es esto: No debes imitarlos a ellos, a quienes para corregir eres enviado, no sea que a pecado semejante merezca también pena semejante.

Abre tu boca, y come las cosas que yo te doy. Muéstrate digno, dice, a mis palabras, y recibe el alimento espiritual, para que así como en el

Evangelio se dice: El que tiene oídos para oír, oiga (Lucas 8:8); también aquí se diga: El que tiene abierta la boca para comer, coma. De donde también el Señor habla al Salmista: Abre tu boca, y la llenaré (Salmo 81 [80]:11). Y él responde: Abrí mi boca, y atraje al espíritu (Salmo 119 [118]:131). Y el apóstol Pablo, que tenía en sí los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y en quien Cristo el Señor hablaba, escribe a los Corintios: Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh Corintios (2 Corintios 6:11). Y acerca del Salvador refiere Mateo: Abriendo su boca, enseñaba a sus discípulos (Mateo 5:2).

Y vi, y he aquí una mano enviada a mí. Por mano enviada, los Setenta tradujeron extendida. Que se envía y se extiende a aquellos, que consiguen beneficios. Mas se contrae de aquellos a quienes habla por el profeta: ¿Acaso se ha abreviado y contraído la mano del Señor (Isaías 50:2)? Y en el Salmo: ¿Por qué apartas tu mano, y tu diestra de en medio de tu seno hasta el fin (Salmo 74 [73]:11)? Finalmente extendió en la pasión sus alas, y recibió a sus discípulos, y los llevó en sus hombros, y habló: Todo el día expandí mis manos al pueblo que no cree (Isaías 65:2), para congregar a los hijos de Israel, como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas: y por la extensión de las manos de Moisés, Israel supera a Amalec (Éxodo 17).

(Vers. 9.) En la cual estaba un libro envuelto, y lo expandió delante de mí, y [Vulg. el cual] estaba escrito por dentro y por fuera: y estaban escritas en él lamentaciones, y canto, y ay. Y me dijo: Hijo

de hombre, todo lo que hallares, come. Por libro envuelto, los Setenta tradujeron un capítulo [o encabezamiento] de libro. En la mano del Señor sentado sobre el trono, que fue enviada y extendida. De lo cual también en los Salmos se dice: En el capítulo [o encabezamiento] del libro está escrito acerca de mí (Salmo 40 [39]:8). Entendamos que el capítulo [o encabezamiento] 27 es el exordio. Ese libro envuelto y sellado, y escrito por dentro y por fuera, o por delante y por detrás, fue de tanta dificultad, que nadie pudo ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra abrirlo y leerlo, sino sólo el león de la tribu de Judá, la raíz de David y de Jesé, el cual dijo Juan en el Apocalipsis haber devorado (Apocalipsis 5), no todo, sino en el capítulo [o encabezamiento], esto es, en el principio. Pues ni puede ser, que la naturaleza humana devore todos los tesoros de este libro. Y lo expandió delante del profeta, y lo dio a leer y a conocer, el cual en Isaías al pueblo no creyente se le dice estar sellado (Isaías 29). Pues hasta hoy el velo se ha puesto sobre los judíos en el Antiguo Testamento. Y estaba escrito por delante y por detrás; sobre futuros y sobre pretéritos. O al menos por fuera, en la letra de la historia, por dentro, en la inteligencia espiritual, de la cual también el Salmista: Toda, dice, la gloria de la hija del rey es desde dentro (Salmo 45 [44]:14). Y estaban escritas en él tanto por dentro como por fuera lamentaciones, y canto, y ay. Lamentaciones, acerca de del los que son provocados a la penitencia, así como Samuel y el Apóstol Pablo plañían y lloraban por Saúl y los Corintios, a quienes deseaban salvar (1 Samuel 16;

2 Corintios 12). Canto sobre estos, que son dignos del testimonio de Dios, y a quienes el Salmista preceptúa: Cantad al Señor un cántico nuevo (Salmo 96 [95]:1 y 98 [97]:1). Por lo demás ay sobre aquellos de quienes penitus se desespera, y cuando han venido a lo profundo de los pecados, contemnen (Proverbios 18).

(Cap. 3.---Vers. 1.) Come ese volumen, y anda [Vulg. yendo], habla a los hijos de Israel. A no ser que antes comamos el volumen abierto, no podemos enseñar a los hijos de Israel. Finalmente también David después que él mismo ha conseguido misericordia: Enseñaré, dice, a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a ti (Salmo 51 [50]:15).

(Vers. 2.) Y abrí mi boca, y me alimentó con aquel volumen. Y me dijo: Hijo de hombre. Yo, dice, abrí mi boca, porque se me había dicho: Abre tu boca, y come. Y, abierta la boca, el Señor otorgó los alimentos; para que los principios de la voluntad estén en nosotros, y la perfección de la beatitud la consigamos del Señor. Porque no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos 9:16). Sin embargo también el querer y el correr, es de nuestro albedrío. Por abrí, los Setenta tradujeron, abrió, para que 28 se subentienda a Dios: porque él mismo tanto abrió la boca del profeta, como lo alimentó.

(Vers. 3.) Tu vientre comerá; y tus entrañas se llenarán con aquel volumen, que yo te doy. Los Setenta: Tu boca comerá, y tu vientre se llenará con este capítulo dado a ti. Los principios de la lectura, y de la historia simple, es el comer

del volumen. Mas cuando por asidua meditación hayamos escondido el libro del Señor en el tesoro de la memoria, se llena espiritualmente nuestro vientre, y se saturan nuestras entrañas, para que tengamos con el apóstol Pablo entrañas de misericordia (Colosenses 3), y se llene aquel vientre, del cual habla Jeremías: Mi vientre, mi vientre, yo me duelo: y los sentidos de mi corazón me conturban (Jeremías 4:19).

Y lo comí, y se hizo en mi boca como miel dulce. Y habla David: Cuán dulces a mi paladar son tus palabras, sobre la miel a mi boca (Salmo 119 [118]:103). Y en otra parte: Los juicios del Señor verdaderos, deseables sobre el oro y mucha piedra preciosa; y más dulces sobre la miel y el panal (Salmo 19 [18]:9-11). Y Sansón halló un panal de miel en la boca del león (Jueces 14); y el Señor después de la resurrección comió parte de un pez asado y un panal (Lucas 24 [2]). Y en los Proverbios acerca de la abeja se dice, aunque esto los ejemplares hebreos no lo tengan: Ve a la abeja, y aprende cómo es obradora, y hace su obra casta: de cuyas labores los reyes y los imperitos abusan para sanidad (Proverbios 6:8, sec. LXX): lo cual obraron Moisés y los profetas, y los evangelistas, y los apóstoles; para que cualquiera que se hiciese rey, cuyo corazón está en la mano de Dios, disfrute de dulces alimentos. Mas el que simple y sin la astucia de la serpiente tiene la inocencia de las palomas, crea con fe simple y se salve: porque en todas partes hay insidias, y a menudo el diablo se transfigura en ángel de luz (2 Corintios 11 [14]): y la miel destila de los labios de

la mujer meretriz, prometiendo cosas dulces para interserir venenos (Proverbios 5).

(Vers. 5.) Y me dijo: Hijo de hombre, ve y entra [en Vulg. no está y entra] a la casa de Israel, y les hablarás mis palabras. A quien se le dice: Ve y entra a la casa de Israel, se muestra que no estuvo con el pueblo pecador; aunque parecía morar en ellos sobre el río Quebar en los fines. Pues está escrito: Y yo estaba en medio de la transmigración junto al río Quebar. Pues la conversación del profeta estaba separada, y se ofendía por el ver de los inicuos. Esto mismo hacía también Moisés (Éxodo 33), fijando su tabernáculo lejos 29 los campamentos de la multitud: en el cual cuando había entrado, descendía la columna de nube, y estaba ante la puerta del tabernáculo.

(Vers. 5, 6.) Porque no a un pueblo de lenguaje profundo, y de lengua difícil [Vulg. desconocida] eres tú enviado, a la casa de Israel, ni a muchos pueblos, y de lenguaje desconocido, de los cuales no puedas oír la lengua. Y si a ellos te enviara, ellos te oirían. Puesto que ellos no quieren venir a ti, ve tú a ellos. Pues no tienen necesidad de médico los sanos, sino los que se hallan mal (Lucas 5:31). Tampoco puedes decir: No puedo hablarles, porque son de otra lengua, y mutuamente somos bárbaros para nosotros, ni podemos oír nuestro mutuo lenguaje. ¿Qué hablaré de un solo pueblo? Si a diversas naciones te enviara, sin embargo mi autoridad y potencia vencería toda dificultad. Y ojalá instara el tiempo en que he de enviar a todas las naciones, en el cual también he de dar las gracias de las lenguas, para que prediquen

mis apóstoles, y a todo el mundo desde la diversidad de lenguas, con una sola fe lo sometan a mi yugo; más fácilmente oirían aquellos, que son de lenguaje profundo y alto, y nada tienen de la levedad judaica, sino que con pie grave y sólido andan, y aunque sean de lengua desconocida, son de fe conocida. De donde se sigue: Y si a ellos te enviara, ellos te oirían. Finalmente después envió, y todos a la par creyeron. De donde Pablo y Bernabé hablan a los judíos [Al. a ellos]: A vosotros a la verdad era necesario que se os predicase primero la palabra de Dios; mas puesto que no la quisisteis recibir, he aquí nos volvemos a los gentiles (Hechos 13:46). Y del centurión se dice: Ni aun en Israel he hallado tanta fe (Mateo 8:10).

(Vers. 7.) Pero la casa de Israel no te querrán oír, porque no quieren oírme a mí. Pues toda la casa de Israel es de frente gastada y de duro corazón. No te contristes, dice, si no quisieren oírte. Por eso no te oirán: porque despreciarán oírme a mí: según lo que también el Salvador decía: El que no os recibe a vosotros, no me recibe a mí (Ibíd., 10:40). En lo cual abiertamente se muestra el libre albedrío. Y se rinden dos causas por las que no oyen: porque son, dice, de perversa voluntad, y de frente gastada, o, como los Setenta vertieron, son contenciosos: y se subentiende que, a menudo provocados a la salvación, no quisieron oír.

(Vers. 8, 9.) He aquí he dado tu rostro más valiente que los rostros de ellos, y tu frente más dura 30 que las frentes de ellos. Como diamante, y como pedernal he dado tu rostro. No les temas, ni te amedrentes ante su rostro, porque casa exas-

perante es. Y me dijo. La casa de Israel es de frente gastada, y de procaz audacia, y de un corazón tan duro, que se compara a los escorpiones. Por eso te he dado un rostro durísimo, y una frente que no sea superada por ningún pudor. De lo cual aprendemos que, a veces es de la gracia de Dios resistir a la impudencia, y cuando la cosa lo pidiere, chocar frente con frente. Mas esto se atribuye, no sea que nuestra reverencia y el humano pudor tema las insidias de los émulos.

(Vers. 10.) Hijo de hombre, todos mis sermones que te hablaré, recíbelos en tu corazón, y óyelos con tus oídos. Este es el alimento del volumen, y estas son las palabras con las cuales por la diversidad de los oyentes, se les habla [Al. hablamos] a los hombres o lamentos, o canto, o ay. Y sin embargo hay que notar, que antes los sermones de Dios han de ser escondidos en nuestro corazón y oídos y entendidos más diligentemente; y así ser proferidos al pueblo.

(Vers. 11.) Ve, entra a la transmigración (o cautividad), a los hijos de tu pueblo, y les hablarás, y les dirás: Así dice el Señor Dios: si acaso oyesen y descansasen: Y nuestro Señor vino al pueblo de los judíos, enviándolo el Padre, para que predicase remisión a los cautivos, y se cumpliera en él lo que está escrito: Subiendo a lo alto, llevó cautiva a la cautividad: dio dones a los hombres (Salmo 68 [67]:19).

(Vers. 12.) Y me tomó el espíritu, y oí tras mí la voz de una gran conmoción: Bendita la gloria del Señor desde su lugar. Dios, de quien está escrito: El Señor que toma a los mansos (Salmo

147:6 [146:6]), él mismo también tomó al profeta, que no estaba en la carne, sino en el espíritu, y andando en el espíritu, no cumplía las obras de la carne: pues el espíritu de Dios estaba en él. Por lo cual también contemniendo las cosas terrenas es arrebatado por el espíritu, y oye tras sí la voz de una gran conmoción, olvidándose de los pretéritos, y extendiéndose hacia el futuro, para dejar las insidias de los enemigos tras su espalda. Algo tal también leemos en el Éxodo (Éxodo 14 [24]), cuando el Faraón y todo su ejército perseguía a Israel, y el ángel en la columna de nube desamparó los frentes del campamento; y vino tras la espalda, y toda la noche estuvo entre Israel y los egipcios: 31 para que, aterrorizados los adversarios, oyese Israel: Bendita la gloria del Señor desde su lugar. Mas el lugar del Señor es todo aquel en quien halla hospedaje. O ciertamente el Hijo es lugar del Padre, así como también el Padre es lugar del Hijo, diciendo el Señor Salvador: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan 14:11). Esto mismo también Miqueas significa: He aquí el Señor saldrá de su lugar, y descenderá sobre las alturas de la tierra, y se conmoverán los montes debajo de él, y los valles se derretirán como cera ante el fuego, y como agua que se derrama por un precipicio (Miqueas 1:3, 4). Pues descendiendo el Señor Salvador, y partiendo del Padre, las alturas de la tierra y los montes se conmovieron, y los inferiores de los valles se licuaron. El lugar puede ser la gloria del Señor, y la luz inaccesible, de la cual habla el Apóstol: El único que tiene inmortalidad, y habita una luz inaccesible (1 Timoteo

6:16). Cuando revolvemos en el ánimo los juicios pretéritos del Señor, oímos tras la espalda la voz de una gran conmoción. Cuando meditamos con el corazón los futuros, se oye la voz desde los anteriores, y de estas cosas que están delante.

(Vers. 13.) Y la voz de las alas de los animales que percutían la una a la otra, y la voz de las ruedas que seguían a los animales, y la voz de una gran conmoción. Por lo que se subentiende, ἀπὸ κοινοῦ según el hebreo: oí tras mí la voz de una gran conmoción, y oí la voz de las alas de los animales, y la voz de las ruedas, añadieron los Setenta: Y vi la voz de las alas de los animales que percutían la una a la otra, y lo demás según aquello que se lee en el Éxodo: Y todo el pueblo veía la voz de Dios (Éxodo 20:18): de modo que el profeta oyó la voz que venía tras su espalda: mas la que estaba delante de sí, la vio. Pero es mejor y más verdadero haber entendido la voz oída, antes que la vista, tanto de las alas que se percutían mutuamente, como de las ruedas, de las cuales dijimos arriba, y de la gran conmoción que demostraba la ira de Dios que había de venir sobre el pueblo de Israel.

Vers. 14. Así mismo el espíritu me levantó, y me tomó, y me fui amargo en la indignación de mi espíritu. Los Setenta: Y el espíritu me elevó, y me suscepció, y me fui sublime en el ímpetu de mi espíritu. Después que es elevado por el espíritu, y tomado por él, entonces en la indignación y en la amargura de su espíritu se fue a donde era llevado, entendiendo la indignación de Dios, y retractando con la mente qué significaba la

visión. 32 O sublime era llevado por el mismo ímpetu de su espíritu, deseando ir a donde el Señor imperaba. Mas por su espíritu, no entendamos al Espíritu Santo, sino el espíritu del hombre, del cual en muchos lugares se dice, como en Isaías: De noche madruga mi espíritu a ti, oh Dios (Isaías 26:9). Y se transfiere el profeta (no como estiman algunos) en el espíritu, sino en el cuerpo mismo, lo cual también leemos de Habacuc según Teodoción (Daniel 14).

(Vers. 15.) Pues la mano del Señor estaba conmigo confortándome. Y vine a la transmigración al acervo de nuevas mieses, a los que habitaban junto al río Quebar. Y me senté donde ellos se sentaban, y me quedé allí siete días llorando en medio de ellos. Los Setenta: Y la mano del Señor se hizo fuerte sobre mí, y entré a la cautividad sublime. Y circuí a los habitantes sobre el río Quebar, que estaban allí: Y me senté allí siete días conversando en medio de ellos. Por lo que nosotros vertimos, al acervo de nuevas mieses, Áquila, Símaco y Teodoción pusieron las mismas palabras hebreas THEL ABIB (): lo cual los Setenta tradujeron, sublime y circuí; creyendo ser mejor decir algo, que imponer lo que hiciera una cuestión al lector. Mas nosotros hemos aprendido de los hebreos, que Thel abib significa, cuando los nuevos trigos, o cebadas se congregan, y después de hambre y penuria, antes de ser trillados en la era, reprometen alguna esperanza de alimentos. Así también el Israel pequeño y tenue, que habitaba en las riberas del río Quebar, como reviviscendo, y orto de la tierra, prometía la simiente

del pueblo judaico. Mas la mano del Señor se hace sobre el profeta, confortándole, para que pueda recibir el nombre de atalaya, y enseñar lo que aprendió. Y siete días primero conversa entre ellos, viendo todas las cosas que hacían, para después saber qué corregir. Mas llora, o conversa en medio de ellos, viendo las maldades, y la justa sentencia de Dios por la iniquidad de los pecadores. Por lo que nosotros dijimos, llorando, y en el hebreo está escrito MASHMIM (), Teodoción tradujo, admirándose, para que expresara el estupor del Profeta al percibir las iniquidades de ellos. Mas la segunda edición de Áquila, la cual los hebreos nombran κατὰ ἀκρίβειαν, tradujo: ἠρεμάζων, esto es, descansando, y puesto aparte, para mostrar que ciertamente había estado en medio 33 de los cautivos, pero separado de ellos con la mente.

(Vers. 16, 17.) Mas cuando pasaron siete días, se hizo la palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, te he dado por atalaya a la casa de Israel, y oirás de mi boca la palabra, y se la anunciarás de mi parte. El que ha de ser atalaya, y ha de narrar las palabras de Dios al pueblo, mucho tiempo debe aquietarse, y dolerse a las cosas que vea: y ninguna cosa tener de ellas en la conciencia, de las que ha de corregir en otros.

(Vers. 18, 19.) Si diciéndole yo al impío: De muerte morirás, no le anunciares, ni hablares para que se aparte de su camino impío, y viva: el mismo impío en su iniquidad morirá; mas su sangre pediré de tu mano. Pero si anunciares al impío, y él no se convirtiere de la iniquidad, y

de su camino impío: él ciertamente morirá en su iniquidad, pero tú has librado tu alma. Dos son los impíos, o los inicuos, como tradujeron los Setenta. Uno que nada oye del atalaya, y en su impiedad muere; cuya sangre se busca de las manos del atalaya. Otro, a quien el atalaya anuncia, y él contemniendo oír, por su vicio muere: así al menos, para que el atalaya sea ajeno de culpa. De lo cual entendemos por eso conminar el Señor al impío, y decir: De muerte morirás, para que se aparte de su camino impío, y viva. Pues la conminación no es contra los hombres, sino contra los pecados [Al. pecadores], ni contra los que se convierten de los vicios, sino contra los que permanecen en el pecado. Y es grande el peligro, callar los sermones de Dios, por triple causa: o por el temor, o por la pereza, o por la adulación. De donde también Isaías: Ay, dice, de mí mísero, porque callé (Isaías 6:5). Y lo que sigue: Mas tú has librado tu alma, suena aquello Apostólico: Si la obra de alguno ardiere, padecerá detrimento, pero él mismo se salvará: mas así como por el fuego (1 Corintios 3:15); para probar si el atalaya es externo a la causa de la muerte del que pereció, o reo. Pues la obra del maestro, es la salvación del discípulo.

(Vers. 20, 21.) Pero y si convertido el justo de su justicia hiciere iniquidad, pondré tropiezo delante de él. Él morirá, porque no le anunciaste; en su pecado morirá, y 34 no estarán en memoria sus justicias que hizo: mas yo pediré su sangre de tu mano. Mas si tú anunciares al justo, para que no peque el justo, y él no pecare: viviendo vivirá,

porque le anunciaste, y tú libraste tu alma. Así como de los impíos, o inicuos leemos dos: Uno, que no oyó, y pereció; otro, que oyó, y perseveró en la nequicia: así dos justos son, uno que no oyó, y pereció; otro que oyó, y convertido a la penitencia, salvó su alma. Y se ha de notar que puede el justo caer; y si tuviere maestro, convertirse a mejores cosas. Y las buenas obras por consiguiente necesitan de asiduo preceptor, no sea que lapsado del óptimo curso, retraiga el pie. Y el impío ciertamente, o el inicuo si no fuere convertido, en su impiedad e iniquidad morirá. Mas el justo si hiciere impiedad y pecado, no muere al instante; sino que se pone tropiezo delante de él, o tormento; y como Teodoción dijo, enfermedad: para que sea atormentado, y no halle camino llano, y se entienda lánguido, de los cuales también el Apóstol dice: Por eso muchos se enferman entre vosotros, y muchos duermen (1 Corintios 11:30). Pues le aprovecha al justo entender su delito, y el tormento de la conciencia, y decir con el Salmista: Convertido soy en mi miseria, mientras se me clava la espina (Salmo 32 [31]:4). Y del mismo modo que al impío no le obstan las iniquidades, si se aparta de su camino impío y vive: así al justo no le aprovechan las antiguas justicias, si es oprimido por nuevos crímenes. Mas lo que infirió: Él morirá, porque no le anunciaste, se subentiende, que podía él vivir, si el atalaya y maestro le hubiese enseñado.

(Vers. 22.) Y se hizo allí [Vulg. calla allí] sobre mí la mano del Señor, y me dijo: Levantándote sal al campo, y allí hablaré contigo. Lo que del hebreo

tradujimos, allí, y en los Setenta no se tiene, significativamente ha sido puesto, ni hay duda de que signifique el lugar. Pues arriba leemos: Y vine a la transmigración al acervo de nuevas mieses, a los que habitaban junto al río Quebar (Arriba, 3:15). Y rectamente a aquel a quien había dicho, me senté, se le manda que se levante. Y el que había ingresado a la transmigración, oye, sal: 35 no a valles fragosos, no a rocas escarpadas, sino a la latitud del campo que pueda caber la gloria del Señor. De donde también a los Corintios se dice: Dilataos (2 Corintios 6:13). Cuando ingresa a los cautivos, de quienes se ha dicho, que enloquecen y lo persiguen, necesita mano fuerte, para que pueda resistir, y sostener el furor de los perseguidores. Mas cuando sale al campo, se hace ciertamente sobre él la mano del Señor: porque sin la ayuda de él no podía salir, pero no se añade fuerte. Pues para ver la gloria de Dios sale, no para pugnar. Y esto se ha de animadvertir, que en medio de los cautivos sentados, el mismo Profeta sentado no vio la gloria del Señor.

(Vers. 23.) Y me levanté [Vulg. levantándome] y salí al campo, y he aquí que allí la gloria del Señor estaba de pie, como la gloria que vi junto al río Quebar. Mandando el Señor, ingresa, y mandando sale, y se sienta con los que se sientan; porque el número de los cautivos no podía oírle si estaba de pie. Y habiendo salido a la latitud del campo, vio estando de pie la gloria del Señor, la cual antes había visto andando, y elevándose, y a veces estando de pie. Porque junto al río de este siglo Quebar, que se puede interpretar [Al. se

interpreta] gravísimo, la gloria se percibía: lo cual significa, que toda la gloria de este mundo fluye más allá, y no tiene grado estable. Mas la gloria del Señor que está en pie, y persevera, con el Profeta que está en pie se ve en el campo: la cual en medio de los cautivos, ni podía estar en pie, ni verse.

(Vers. 24.) Y caí sobre mi rostro, y entró en mí el espíritu, y me estatuyó sobre mis pies: y me habló, y me dijo: Entra, y enciérrate en medio de tu casa. No sosteniendo sobrellevar la gloria del Señor que estaba de pie, cayó sobre su rostro, para que fuese levantado por el espíritu que entraba en él. El cual espíritu lo estatuyó sobre sus pies, y le habló, diciendo: Entra y enciérrate en medio de tu casa. Y el sentido es: Porque has sido corroborado por el aspecto de la majestad del Señor, a ninguno temas, ni a ninguno te amedrentes; sino vuelve a tu casa: o a las necesidades del cuerpo, como piensan algunos, o en señal del asedio futuro. Y así como Isaías descalzo y desnudo (Isaías 20), anunció la cautividad de tres años, y la desnudez 36 del pueblo, así también tú encerrado en casa, profetiza con la obra misma el asedio cercano de la urbe de Jerusalén.

(Vers. 25, 26.) Y tú, hijo de hombre: he aquí se han dado sobre ti vínculos, y te ligarán con ellos, y no saldrás de [Vulg. en] medio de ellos, y haré que tu lengua se adhiera a tu paladar (o garganta), y estarás mudo, ni como varón que los reprende [A Vulg. le falta los]: porque es casa exasperante. Que en casa se encierra, que a vínculos se liga, que no sale a ellos, entre los cuales habita, sino

que entre la multitud de los cautivos, padece la soledad de la cárcel (como dije arriba) es indicio del asedio, porque cerrada Jerusalén y circundada por el ejército de los caldeos, a ninguno de los habitantes permitirá salir fuera. Esta es la olla de la que habla Jeremías (Jeremías 1), y este mismo Profeta aquí en lo que sigue; en la cual las carnes del pueblo se consumen. Mas que la lengua del Profeta se adhiera al paladar o a la garganta y se haga mudo, no tiene autoridad de quien increpa, la causa es perspicua: porque, dice, es casa exasperante. Y el sentido es: Son de tanta amargura, y de tanta contención contra Dios, que no merecen oír al que reprende. De lo cual es perspicuo, que donde hubiere multitud de pecados, indignos son los que pecan, de que por el Señor sean corregidos.

(Vers. 27.) Mas cuando yo te hablare, abriré tu boca, y les dirás: Así dice el Señor Dios: El que oye, oiga: y el que descansa, descanse: porque casa exasperante es. Aquello que en el Eclesiastés leemos: Tiempo de callar, y tiempo de hablar (Eclesiastés 3), también en el sermón profético se comprueba: que de la misma sabiduría sea tanto callar como hablar por el tiempo, y dar a sus consiervos en su tiempo las cibarias. De donde también Isaías al pueblo no creyente: Callé, ¿acaso callaré siempre? dice el Señor (Isaías 65 [42]). El cual pues por la multitud de los pecados tuvo largo tiempo cerrada la boca: porque vio que algunos podían convertirse, de los cuales se ha dicho: El que oye oiga, y el que de los males descansa descanse, y cese: por eso a boca abierta,

y no por propia voluntad, sino por la jussión del Señor habla al pueblo. Mas lo que nosotros hemos puesto: El que oye oiga: y el que descansa, descanse: por lo cual los Setenta interpretaron: El que oye oiga: y el que es incrédulo, incrédulo sea: la segunda edición de Áquila así tradujo: El que oye 37 será oído: y el que deja, será dejado. Y el sentido es: Al que tiene se le dará: mas el que no tiene, aun lo que se ve que tiene se le quitará (Marcos 4:25).

Y tú, hijo de hombre, toma un ladrillo, y ponlo delante de ti, y describe en él la ciudad de Jerusalén, y dispondrás contra ella un asedio, y edificarás fortificaciones, y levantarás un terraplén, y pondrás contra ella campamentos, y colocarás arietes en derredor. Así como dijimos antes —«Entra y enciérrate en medio de tu casa, y he aquí que se han puesto sobre ti ataduras, y te atarán, y no saldrás»— que el profeta es un tipo del futuro asedio de la ciudad de Jerusalén, así ahora se le ordena describir con arte geométrico en el ladrillo, y que el mismo ladrillo sea puesto a la vista del profeta, para que después de que haya descrito Jerusalén en el polvo, pinte todo el asedio contra ella, esbozando las fortificaciones, los terraplenes levantados, la corona del ejército sitiador y los arietes en derredor, por todos los cuales medios las ciudades suelen ser tomadas. Se llaman fortificaciones aquello con lo que se cierra la ciudad, para que ninguno de los sitiados pueda escapar; terraplenes levantados, aquello con lo que se rellenan el vallado y los fosos; campamentos, las guardias de los soldados en

derredor; arietes, aquello con lo que se sacuden los cimientos de los muros y se deshace la unión de las piedras. Esto, sin embargo, se dice para que se signifique la cercana cautividad de la ciudad de Jerusalén bajo Sedecías, en cuyo undécimo año fueron capturados tanto el rey como la ciudad. En lugar de «ladrillo» (latere), que en griego se dice en género femenino ἡ πλίνθος, Símaco tradujo más claramente como πλίνθιον, que nosotros podemos llamar «ladrillito» (laterculum) o «tablilla» (abacum). En cuyo polvo los geómetras suelen trazar γραμμάς, es decir, líneas y radios. De lo cual algunos sostienen que no es absurdo tener también conocimiento de esta doctrina (recordando aquellos ejemplos, que Jesús hijo de Navé envió exploradores para describir la tierra (Jos. 2), lo que propiamente se llama Geometría; y que el Ángel en Zacarías tenía un cordel geométrico para medir Jerusalén (Zac. 2)). Y puesto que ahora se le ordena al Profeta describir Jerusalén en el polvo (lo que entre ellos propiamente se llama σκηνογραφία), podemos también tomar el ladrillo como una afrenta a Israel, porque sirvió al Faraón en barro y ladrillo (Éx. 1). O bien, para que la ciudad, que consideraban firme e inexpugnable, sea comparada con un fragilísimo ladrillo, que al contacto del agua se disuelve al instante; de modo que aquello que se dijo de ella antes —¿acaso la roca de la hija de Sion es una piedra durísima, o [alt. porque es] un monte del desierto?— se convierta en un ladrillo, que es corrompido por la inundación de Babilonia; conforme a lo que está escrito: «Por tanto, el Señor traerá sobre

vosotros las aguas muchas y fuertes, al rey de los asirios» (Is. 8:7).

Y tú, toma para ti una sartén de hierro, y la pondrás como un muro [Vulgata: in murum, «por muro»] de hierro entre tú y la ciudad, y afirmarás tu rostro contra ella, y estará en estado de asedio, y la rodearás. Es una señal para la casa de Israel. Lo que dijimos arriba —que tanto el profeta mismo como la descripción en el ladrillo, rodeándola con fortificaciones, un terraplén y arietes [alt. habiendo sido rodeadas estas cosas], preceden como señal del asedio venidero de Jerusalén— se dice ahora más manifiestamente, después de muchas cosas intermedias: «Es una señal para la casa de Israel». La sartén de hierro, que se pone a modo de muro entre el profeta y la ciudad, demuestra la gran ira de Dios, que no se cansa con ninguna plegaria, ni se doblega a la misericordia. Pues así como el hierro somete a todos los metales, y nada es más duro que él, así los increíbles crímenes de Jerusalén, por su propia culpa, han hecho que Dios, que por naturaleza es blando, se vuelva durísimo. La sartén también se dice que es un muro interpuesto entre el pueblo y Dios, para mostrar que toda la multitud ha de ser quebrantada en breve y reducida a la nada. Además, la afirmación del rostro contra la ciudad es indicio de severidad, conforme a aquello que leemos escrito en otro lugar: «El rostro del Señor está sobre los que hacen el mal, para raer de la tierra la memoria de ellos» (Sal. 33:17).

Y tú te acostarás sobre tu lado izquierdo, y pondrás sobre él las iniquidades de la casa de

Israel, por el número de los días que te acuestes sobre él, y asumirás la iniquidad de ellos. Pues yo te he dado los años de su iniquidad, según el número de los días, trescientos noventa días, y llevarás la iniquidad de la casa de Israel. Y cuando hayas cumplido esto, te acostarás sobre tu lado derecho por segunda vez, y asumirás la iniquidad de la casa de Judá durante cuarenta días. Un día por un año, un día, digo, por un año te he dado.

Investiguemos cuáles son los trescientos noventa años, que se computan por otros tantos días, durante los cuales el profeta durmió sobre su lado izquierdo, atado y constreñido, de tal modo que no podía moverse al otro lado, mostrando la cautividad y las miserias de las diez tribus, es decir, de Israel. Y cuáles son los otros cuarenta años, durante los cuales yació sobre su lado derecho por Judá y sus iniquidades, o como narra la Sagrada Escritura, *durmió*; acerca de Israel esto se ha de decir: que bajo el rey Pécaj, hijo de Remalías, que fue el decimonoveno en reinar en Israel durante veinte años, vino Tiglat-piléser, rey de Asiria (IV Reyes XV), y tomó Iyón, Abel-bet-maacá, Janoaj, Cedes, Jazor, Galaad, Galilea y toda la tierra de Neftalí, y los deportó a Asiria. Después de él, reinó en Israel Oseas, hijo de Elá, durante nueve años, y fue capturado con toda Samaria por Salmanasar, rey de los asirios, y fue deportado a Jalaj, y al Jabor, ríos de Gozán, en las ciudades de los medos. Ahora bien, en el sexto año del rey Ezequías, como narra la santa historia de los Reyes (Ibíd., XVII), fue capturado Oseas: a partir de lo cual, si computamos en orden cuántos años

estuvo Israel en angustia y oprimido por el yugo de la cautividad, podremos hallarlo así. Desde el sexto año hasta el vigesimonoveno (pues tantos años reinó Ezequías), se computan veinticuatro años; a él le sucedió Manasés, y reinó cincuenta y cinco años. Después de este, Amón reinó dos años. Después de él, Josías durante treinta y dos años. A él le sucedió Joacim, que también fue llamado Eliaquim, y reinó once años. Después de él, Joaquín, de sobrenombre Jeconías, que fue llevado inmediatamente al cautiverio, y en su lugar reinó Sedecías durante once años, bajo cuyo reinado fue tomada Jerusalén y destruido el templo. Así pues, desde la primera cautividad de Israel, que ocurrió bajo el rey Pécaj, hasta el undécimo año de Sedecías, en que el Templo fue desolado, hay ciento sesenta y cuatro [Var. setenta] años. Desde la segunda, cuando fue capturado Oseas y toda Samaria fue subvertida, ciento treinta y cinco [Var. ochenta] años.

Y hubo setenta años de desolación del templo, que, añadidos a la primera cautividad, suman doscientos treinta y cuatro años. Pues en el segundo año de Darío, rey de los persas, el templo fue construido por Zorobabel, hijo de Salatiel, y Josué, hijo de Josedec, mientras profetizaban Ageo y Zacarías; él [Darío] reinó treinta y seis años: y quitando uno, se añaden sus treinta y cinco años. Después de él reinó Jerjes, hijo de Darío, durante veinte años. Después de él, Artabano durante siete meses. Y Jerjes, que era apodado *Macróquiro*, durante cuarenta años. Después de él, Jerjes durante dos meses, y Sogdiano duran-

te siete [Var. cuatro] meses. A él le sucedió Darío, de sobrenombre *Noto*, que reinó diecinueve años. Después de él, Artajerjes, de sobrenombre *Mnemón* [Var. Memnón], hijo de Darío y Parisatis, reinó cuarenta años; es llamado Asuero por los hebreos, bajo cuyo reinado se narra la historia de Mardoqueo y Ester (Ester VIII), cuando todo el pueblo judío, liberado del peligro de muerte, recuperó su antigua libertad. Y desde el segundo año de Darío hasta el último año de Asuero, hay ciento cincuenta y cinco años y cuatro meses. Los cuales, añadidos a los doscientos treinta y cuatro años anteriores, suman trescientos ochenta y nueve años y cuatro meses.

Sin embargo, el dormir sobre el lado derecho, es decir, por cuarenta años, se computa fácilmente. Pues después de Eliaquim, que fue apodado Joacim, reinó su hijo Joaquín, de sobrenombre Jeconías, durante tres meses. Reinando él, «subieron los siervos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Jerusalén, y fue rodeada de fortificaciones; y vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, a la ciudad, mientras sus siervos la asediaban». «Y salió Joaquín, rey de Judá, al encuentro del rey de Babilonia, él y su madre, y sus siervos, y sus príncipes, y sus eunucos, y el rey de Babilonia lo recibió en el octavo año de su reinado, y sacó de allí todos los tesoros de la casa del Señor y los tesoros de la casa real». Y poco después: «Deportó a toda Jerusalén, y a todos los príncipes, y a todos los valientes del ejército, diez mil al cautiverio, y a todo artesano y herrero, y no quedó nada, excepto los pobres del pueblo de la tierra (Ibíd.)». Capturado este

con una infinita multitud del pueblo y todas las riquezas de Jerusalén, reinó Sedecías durante once años, bajo cuyo reinado la ciudad fue tomada y el templo destruido. Su desolación permaneció durante setenta años, hasta el segundo año de Darío.

Ahora bien, en el trigésimo año de la desolación del templo, Ciro reinó en Persia, tras derrocar a Astiages, rey de los medos; quien, según la profecía de Isaías (Isaías XLV), envió de vuelta a Jerusalén a casi cincuenta mil hombres de la tribu de Judá, y los vasos del templo que Nabucodonosor se había llevado, y las demás cosas que narra la historia de Esdras (I Esdras I). Así pues, como en el caso de Israel, es decir, las diez tribus, desde Pécaj, rey de Israel, bajo cuyo reinado Salmanasar devastó a gran parte del pueblo israelita, hasta el cuadragésimo año de Asuero, computamos trescientos noventa años, cuando se mitigó la persecución de todo el pueblo judío; así también desde el primer año de Jeconías, cuando gran parte de Jerusalén fue deportada a Babilonia, hasta el primer año de Ciro, rey de los persas, que era el trigésimo año de la desolación del templo, se computan cuarenta años, bajo cuyo reinado se relajó la cautividad de los judíos y se devolvió la libertad al pueblo.

Algunos, uniendo los trescientos noventa años de Israel y los cuarenta de Judá, suman cuatrocientos treinta años, y quieren que estos se cumplan desde el bautismo del Salvador hasta la consumación del mundo. Otros, en cambio, y especialmente los judíos, quieren que se compu-

ten cuatrocientos treinta años desde el segundo año de Vespasiano, cuando Jerusalén fue tomada por los romanos y el templo fue derribado, con el pueblo establecido en tribulación, angustia y el yugo de la cautividad; y que así el pueblo volverá a su estado anterior: de modo que, así como los hijos de Israel estuvieron en Egipto cuatrocientos treinta años, así también la cautividad final termine con el mismo número; y que está escrito en el Éxodo: *La morada de los hijos de Israel, que habitaron en la tierra de Egipto, fue de cuatrocientos treinta años.* Y de nuevo: *Sucedió que, pasados los cuatrocientos treinta años, todo el ejército del Señor salió de noche.*

Y me asombro bastante de por qué los ejemplares de la Vulgata tienen ciento noventa años, y en algunos está escrito ciento cincuenta, cuando claramente tanto el hebreo como Áquila, Símaco y Teodoción mantienen trescientos noventa años; y entre los mismos Setenta, aquellos que no han sido depravados por vicio de los copistas, se encuentra el mismo número.

Creemos haber expuesto esta dificilísima cuestión —y para no hablar con soberbia, no explicada por nadie— no tanto por nuestra ciencia, cuanto por la gracia del Señor, cumpliéndose aquello que Él mismo prometió: *Buscad, y hallaréis; pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá* (Mt. 7:7).

Pero quien quiera computar desde la primera cautividad que tuvo lugar bajo Menajén, hijo de Gadí, rey de Israel, que reinó en Samaria diez años (IV Reyes XV), cuando Pul, rey de los asirios,

vino a la tierra de Israel y recibió mil talentos de plata; y después de él los otros dos años de Pécaj, que [Var. quien] reinó en Israel, encontrará que los trescientos noventa años se cumplen en el vigésimo octavo año del rey Asuero, cuando se dice que ocurrió la historia de Ester, lo cual es también más creíble. Pues no fue al final del imperio de Asuero, sino mientras él todavía reinaba, que Israel se sacudió el yugo de la gravísima servidumbre.

(Versículo 7) Y volverás tu rostro hacia el asedio de Jerusalén, y tu brazo estará desnudo [Vulgata: extendido], y profetizarás contra ella. LXX: Y prepararás tu rostro para el cerco de Jerusalén, y fortalecerás tu brazo, y profetizarás sobre ella. Es necesaria la preparación del rostro y la fuerza, y la confirmación de un brazo desnudo y descubierto, para que el asedio de la ciudad se demuestre no solo con la voz, sino también con el gesto y la actitud del que profetiza.

(Versículo 8) He aquí que te he rodeado de cadenas, y no te volverás de un lado a otro, hasta que completes los días de tu asedio (o cerco). El lado izquierdo, porque estaban sin el templo y sin el conocimiento de Dios en Samaria, se asigna a Israel; el derecho, a Judá, en el cual [o: donde] estaban el culto y la religión de Dios. Y ha de notarse que en un lado está la pena de los pecadores, y en el otro el ejercicio de la virtud. Y no se vuelve de un lado a otro, para que no se indique ningún descanso de los tormentos, hasta que se cumpla la conclusión perfecta de los días antes mencionados. Lo que es un día para el profeta, eso

es un año para los que sufren (Génesis 29). Y los años que Labán contaba, para Jacob eran como unos pocos días. Además, no solo hay variedad en los suplicios según la diversidad de los méritos, sino también en la retribución de los buenos: los corderos están a la derecha y los cabritos a la izquierda. De donde también está escrito en otro lugar: El corazón del sabio está a su derecha, pero el corazón del necio a su izquierda (Eclesiastés 10:2). Unas son las ataduras del Señor, con las que somos atados para la salvación; otras las del diablo, con las que había atado a la mujer en el Evangelio durante dieciocho años (Lucas 13). De donde también, cada uno es apresado con las cuerdas de sus propios pecados (Proverbios 5:22). Estas las desata el Señor por medio de la figura de Lázaro resucitado, que había yacido en el sepulcro atado con vendas y tiras de tela (Juan 11).

"Y tú, toma para ti trigo y cebada, y habas y lentejas, y mijo y veza; y los pondrás en una sola vasija, y te harás panes según el número de días que dormirás sobre tu costado: durante trescientos noventa días lo comerás. Y tu alimento que comerás será en peso de veinte estateros por día: de tiempo en tiempo lo comerás. Y beberás agua por medida, la sexta parte de un hin; de tiempo en tiempo la beberás. Y lo comerás como un pan de cebada cocido bajo las cenizas, y lo cubrirás con excremento humano a la vista de ellos."

Lo que nosotros hemos traducido como "veza" (*vitiam*), por lo cual en hebreo se dice CHASAMIM, los Setenta y Teodoción pusieron *olyran*, que unos creen que es "avena" y otros "centeno".

Pero la primera edición de Aquila y Símaco lo tradujeron como *zeas* o *zeias*, que nosotros llamamos o *far* o, en el habla común de Italia y Panonia, *spica* y *spelta*.

A "en una vasija", los Setenta también añadieron "de barro", y se le ordena al profeta que demuestre con su obra el hambre futura y la indigencia del pueblo de Israel.

Pues así como en la escasez de todas las cosas no se buscan diversidades y delicias de alimentos, sino cómo llenar el vientre, así ahora el profeta pone trigo, y cebada, habas, lentejas, y mijo, y avena en una sola vasija, y hace trescientos noventa panes, para comer uno cada día; los cuales panes pesan veinte siclos, es decir, estateros.

Un siclo, es decir, un estatero, contiene cuatro dracmas. Ocho dracmas, por su parte, hacen una onza romana, de modo que se dice que un pan tiene diez onzas, con lo cual el alma es más bien prolongada que sustentada.

La escasez de agua aumenta la escasez de alimento. Pues se le ordena beber cada día la sexta parte de una medida hebrea, que se llama HIN. Además, un HIN equivale a dos *choes* áticos, que podemos llamar dos *sextarios* itálicos, de modo que un HIN es la medida de un sextario judío y de nuestro sextario militar, cuya sexta parte equivale a la tercera parte de un sextario itálico.

Este alimento y bebida, según el ínclito Orador, no da fuerzas, sino que impide la muerte.

Y lo que dice: "De tiempo en tiempo lo comerás" o "beberás", significa de tarde en tarde, aunque algunos erróneamente piensen que debe

entenderse de año en año. Y los mismos panes se hacen a semejanza de un pan de cebada cocido bajo las cenizas. Y se le dice que los cubra con excremento humano, no ignorándolo quienes han de comerlos (pues la ignorancia suele atenuar las miserias), sino viéndolo ellos, y a sus ojos, para que soporte el horror de la vista antes que la náusea del gusto.

Hay que notar también que, según el número de los días del costado izquierdo, se ordena hacer trescientos noventa panes cocidos bajo las cenizas y comerlos uno cada día; y sobre los panes de los cuarenta días del costado derecho se guarda un silencio total, para que la Sagrada Escritura insinúe ocultamente que no es la misma la pena de un pueblo pecador, si a pesar de todo tiene conocimiento de Dios, y la de aquel que se ha apartado por completo de la religión del verdadero Dios.

Podemos también decir esto, según la inteligencia espiritual (*intelligentiam spiritualem*), que el pueblo judío, después de su ofensa a Dios, come hasta hoy panes cocidos bajo las cenizas, mezclados con trigo, cebada, habas, lentejas, mijo y avena; de los cuales uno es alimento de hombres, y el otro de animales de carga.

Pues en que parecen creer en un solo Dios, tienen algo de trigo. Pero como niegan al Hijo, se alimentan con la cebada de los animales de carga y con habas, con las que se hincha el vientre de quienes las comen, y se dice que la mente se oprime, hasta tal punto que es un alimento detestable incluso para los pitagóricos.

Por las lentejas Esaú perdió su primogenitura (Gén. 25).

El mijo es alimento de rústicos, de campesinos y de aves de corral.

La avena, o la veza y la espelta, alimentan a los animales brutos.

Pero que esté escrito, según los Setenta, que Elías, huyendo de Jezabel, encontró un pan de espelta cocido bajo las cenizas (1 Reyes 19), es señal de persecución y escasez.

De ahí que también sea alimentado por cuervos, para que, como no había encontrado alimento en Israel, se alimentara con el sustento de las naciones que eran impuras.

La Ley misma que leen y no entienden es un pan cocido bajo las cenizas y cubierto de excremento humano. Por lo cual también el apóstol Pablo dice que consideró las ganancias de la Ley y la observancia de las antiguas ceremonias como estiércol, para ganar a Cristo (Fil. 3).

(Vers. 13 y ss.) Y dijo el Señor: Así comerán los hijos de Israel su pan inmundo entre las naciones, a las cuales yo los arrojaré. Y yo dije: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios! He aquí que mi alma no se ha contaminado, y desde mi infancia hasta ahora no he comido mortecino, ni despedazado por las fieras, y ninguna carne inmunda ha entrado en mi boca. Y él me dijo: He aquí, te he dado estiércol de vaca en lugar de estiércol humano, y sobre él prepararás tu pan. Según Zacarías (Zac. III), leemos frecuentemente en muchos lugares que los profetas son hombres de portento, que con sus obras presagian el futuro, y de los cuales habla Dios: He sido

representado en manos de los Profetas (Os. XII, 10). Así como Ezequiel comió pan sobre estiércol: así también los hijos de Israel, o todo el pueblo de los judíos, o, como piensan otros, las diez tribus comerán pan inmundo en las naciones: aunque la amenaza no es para los que ya han sido expulsados; sino para los que van a ser expulsados de la tierra de promisión. Cuando el Profeta se enteró de esto, según Aquila lo detestó por tercera vez, ay, ay, ay. Pero según Símaco y los LXX, respondió μηδαμῶς, que en latín se dice nequaquam (de ninguna manera). Por lo cual Teodocion tradujo: Oh Señor Dios. No pensemos que él contradice el mandato del Señor; sino que expone razones, o más bien suplica, por qué no puede hacer esto. Finalmente consigue lo que pidió, y la austeridad de la sentencia se atempera con una orden más suave. Se pregunta por qué Ezequiel rechazó cosas más fáciles: y Oseas se unió inmediatamente a una ramera (Ibíd., I), y no contradijo, ni siquiera respondió que tenía un cuerpo casto, y que no debía mancharse por la unión con una ramera, como dice el Apóstol: El que se une a una ramera, se hace un solo cuerpo con ella (I Cor. VI, 16). De lo cual se muestra que fue una figura de la Sinagoga, o de la Iglesia, y no un acto verdaderamente perpetrado según la letra: lo cual nosotros hemos discutido más plenamente al exponer al mismo profeta. Morticinium (mortecino) se llama a lo que pierde la vida sin derramamiento de sangre, y en lo cual muere el alma, laceratum a bestiis (despedazado por fieras), que en griego se llama θηριάλωτον (tomado por las fieras). Pero que se

le conceda estiércol de vaca en lugar del humano, significa males más leves: mientras que sí se les ordena comer pan cocido sobre estiércol de vaca; pero alejarse mucho de la inmundicia del estiércol humano: y hasta el día de hoy se guarda esta sentencia en el pueblo judío, de no comer su pan sobre estiércol humano. Porque no sirven a los ídolos, ni veneran los diversos portentos de los demonios; sino sobre estiércol de vaca: mientras hacen todas las cosas por causa de la carne y del vientre, y por los bienes de esta tierra, según lo que está dicho: El que las hiciere, vivirá por ellas (Lev. XVIII, 5; Deut. IV). Nosotros en cambio despreciamos lo terrenal, y no solo pisoteamos la comida de estiércol humano, y consideramos la delicias terrenales como nada, sino que comemos el pan que bajó del cielo (Juan VI), y gozamos de aquel alimento del cual canta el Salmista: El hombre comió pan de Ángeles (Sal. LXXVII, 25); no viviendo en modo alguno de las carnes egipcias, sino de la sencillez del maná.

(Vers. 16, 17.) Y me dijo: Hijo de hombre, he aquí yo quebrantaré el sustento del pan en Jerusalén, y comerán pan por peso y con angustia, y beberán agua por medida y en aflicción; para que, faltando el pan y el agua, caiga cada uno contra su hermano, y se consuman en sus iniquidades. La palabra hebrea MATE (), la primera edición de Aquila la tradujo como báculo (sustento), la segunda y Símaco y Teodocion como στερέωμα, es decir, firmamento. Y lo que había mostrado que sucedería por obra, lo demuestra también de palabra, y todo el dormir sobre el lado izquierdo y

derecho, y el pan cocido bajo cenizas, y la mezcla de la variedad de seis especies, que significan los males del mundo, tiende a esto, a atestiguar la escasez de alimentos en Jerusalén, y la increíble penuria de agua: de tal manera que cada uno caiga contra su hermano, esperando auxilio de otro, el cual no percibe [Var. prevé] en sí mismo. Porque es propio de la naturaleza de los hombres que, apremiados por los males y el peso de las angustias, tengan más confianza en el prójimo que en sí mismos: y se consumen en sus iniquidades, mientras padecen todas las cosas por sus iniquidades. Y temo que ese quebrantamiento del pan se encuentre también en nuestra Jerusalén, en la cual se divisa la visión de paz, a la que el Señor quebranta cuando se enoja, y nos juzga indignos de su pan. ¡Y ojalá al menos merezcamos recibirlo por peso y con aflicción, y que el extremo del dedo de Lázaro rocíe nuestra lengua reseca por la excesiva sequedad! (Lc. XVI). Pero cuando falta el pan y el agua de la Iglesia, el hombre caerá contra su hermano, y hay discordia en todas partes, rasgando nosotros la túnica de Cristo, la cual ni los soldados se atrevieron a rasgar en la pasión del Salvador (Juan XIX); y consumiéndonos en nuestras iniquidades, mientras no tenemos la justicia de Dios. Está escrito en Jeremías que los pequeños, es decir, el vulgo de la Iglesia, pidieron pan, y no hubo quien se lo partiera (Lam. IV, 4). Pero Pablo, que era un hombre de la Iglesia, y sabía que Cristo había partido los panes legales, y los había dado para que los repartieran los discípulos, habla con confianza: El pan que partimos,

¿no es la comunión del Cuerpo de Cristo? (I Cor. X, 16). Y no pueden comer el báculo o la fortaleza del pan, los que necesitan la leche de la infancia, ni son capaces de recibir alimento sólido. Y nada robustece tanto el ánimo del que come, como el pan de vida, del cual está escrito: Y el pan fortalece el corazón del hombre (Sal. CIII [CIV], 15).

# LIBRO SEGUNDO.

47 Del segundo volumen de las explanaciones sobre Ezequiel, oh virgen de Cristo Eustoquio, este es el exordio.

(Cap. 5.---Vers. 1 seqq.) Y tú, hijo de hombre, tómate una espada aguda, como navaja de barberos (o que rade los pelos), y pásala por tu cabeza, y tu barba, y te tomarás una balanza de peso, y los dividirás. Una tercera parte la quemarás al fuego en medio de la ciudad, un vez que se hayan cumplido los días de la conclusión [Vulg. asedio], y la tercera parte la concidirás con la espada en el circuito de ella; mas la otra tercera la dispersarás al viento, y yo desenvainaré la espada tras ellos. Y tomarás de allí un pequeño número, y los ligarás en la extremidad de tu palio, y de ellos sacarás de nuevo, y los arrojarás en medio del fuego, y los quemarás. De allí egresará fuego a toda la casa de Israel. En lugar de las tres partes de los cabellos y pelos, de las cuales una se quema en medio de la ciudad, otra se concide con la espada en su circuito, la tercera se dispersa al viento para ser arrebatada acá y allá, de la cual un poco se asume, y se liga en la orla del palio, y nuevamente un tantico de la tercera parte es emitido al fuego, del cual egresa la llama a toda la casa de Israel, los LXX interpretaron cuatro partes. Y como hubiesen dicho: Una cuarta parte la quemarás al fuego

en medio de la ciudad, y una cuarta la concidirás a espada en su 48 circuito, y una cuarta la dispersarás al viento, porque les restaba otra cuarta parte, añadieron de lo suyo: Y una cuarta parte la asumirás, y la quemarás en medio de la ciudad: como si no fuese ella misma la primera, y hubiera dicho una cosa en la primera, y otra en esa que ha sido añadida. Por último también en lo que sigue el enigma de los cabellos divididos en tres partes, el Señor mismo lo diserta por el Profeta, diciendo: Una tercera parte tuya morirá de peste, y por el hambre será consumida en medio de ti, significando que el hambre y la pestilencia son el fuego; y la tercera parte tuya a espada caerá en tu circuito, describiendo afuera matanzas y guerras. Mas tu tercera, dice, la dispersaré en todo viento, demostrando que ellos son los que han de ser conducidos a la cautividad. Tras los cuales dice que desnuda o efunde su espada, para que ni la misma cautividad sea el novísimo de los males; y tomar de los mismos dispersos y cautivos, y ligar en la cumbre de su palio a los que de la cautividad han de volver a Jerusalén, y de los mismos también sacar alguna parte, y consumirla al fuego y la llama, significando a los Macedonios, bajo 49 los cuales los habitadores de Judea, y precipuamente de Jerusalén padecieron cosas duras. Mas eso que dice, de él, esto es, del pueblo de los Judíos; o, según los Setenta, de ella; para que se subaentienda de la urbe de Jerusalén, egresará fuego hacia toda la casa de Israel: narra la historia de los Macabeos, que cierta parte de los Judíos se tradujo a Antíoco Epífanes, y lo concitó a la per-

secución del pueblo, y muchas otras cosas que en la misma historia se escriben, y en los volúmenes de Josefo, y precipuamente por la disensión de Hircano y Alejandro, por ocasión de la cual Cneo [Al. el cónsul] Pompeyo tomó Jerusalén, y la subyugó al dominio Romano: y [la cual] postea bajo Tito y Vespasiano la ciudad fue tomada, y subvertido el templo. Y después de cincuenta años, bajo Elio Hadriano hasta el suelo fue incensa y deleta la ciudad, de manera que perdió también su nombre prístino. Mas quomodo en la cesarie y la barba hay indicio de pulcritud y de virilidad, las cuales si se raden, aparece una nuda fealdad, y la parte extrema del universo cuerpo, y para decirlo así amortecida, está en cabellos y pelos: así Jerusalén y su pueblo amortecido, y separado del vivo cuerpo de Dios, es entregado al hambre y a la pestilencia y a la matanza, y a la espada, a la cautividad y a la dispersión. De cuya dispersión, bajo la figura de cabellos alguna parte se liga en la orla del palio, para que un tantico otra vez sea tradido al incendio, del cual una llama infinita y devastando casi todo, egresa hacia toda la casa de Israel.

(Vers. 5 seqq.) Estas cosas dice el Señor Dios: Ésta es Jerusalén: en medio de las gentes la he puesto, y en su circuito países; y ha contemnido mis juicios, para ser más impía que las gentes, y mis preceptos allende de las tierras que están en su circuito. Porque arrojaron mis juicios, y no deambularon en mis preceptos. Que Jerusalén está sita (situada) en medio del mundo, aquí el mismo Profeta lo testifica, demostrando que

ella es el ombligo de la tierra. Y el Salmista exprimiendo la natividad del Señor: La verdad, dice, ha orto de la tierra (Salmo 84:12). Y enseguida la pasión: Operó, dice, salud en medio de la tierra (Salmo 73:12). Pues por las partes de Oriente es cernida por la plaga que se llama Asia. Por las partes de Occidente, por la de la que es vocada Europa. Desde el mediodía y el austro, por Libia y África. Desde el Septentrión, en Escitia, Armenia, y la Pérside y por todas las naciones del Ponto. En medio pues de las gentes 50 ha sido puesta, para que aquel Dios que era noto en Judea (Salmo 75), y grande su nombre en Israel, todas las naciones en su circuito siguieran sus ejemplos, la cual, habiendo seguido la impiedad de las gentes puestas a su rededor, venció incluso a ellas mismas en su maldad. Lo cual hermosamente ha interpretado Símaco: Esta, diciendo, Jerusalén, a la cual he puesto en medio de las naciones, y las regiones cerca a ella, commutó mis juicios con las impiedades que ha dicido (aprendido) de las gentes, y mis justificaciones de las regiones que están en su circuito: porque han reprobado mis legítimas, y no deambularon en mis juicios. Mas eso que dijeron los Setenta: Mis justificaciones inicuamente de las gentes, y mis legítimas de las regiones que en su circuito, que no tiene congruencia, incluso al yo tacir, es perspicuo.

(Vers. 8, 9.) Por idcirco estas cosas dice el Señor Dios: Porque habéis superado a las gentes que están en vuestro circuito: en mis preceptos no habéis deambulado, y mis juicios no habéis hecho, y según los juicios de las gentes que en vuestro

contorno, no habéis obrado: por ello estas cosas dice el Señor Dios: He aquí yo hacia ti, y yo mismo haré en medio de ti juicios a los ojos de las gentes. Y haré en ti lo que no he hecho, y cosas a las que no haré otras símiles (semejantes), a causa de todas tus abominaciones. Por lo que nosotros hemos interpretado: Porque superasteis a las gentes que están en vuestro circuito, Símaco transladó: Porque vuestra multitud fue de las gentes, que en vuestro contorno están. La segunda edición de Áquila: En eo de que fuisteis numerados en las gentes que en circuito están. Por ende los Setenta: Porque vuestra ocasión de las gentes que están en su circunferencia. Y el sentido es, o que Jerusalén superó por sus crímenes (maldades) a todas las naciones del circuito, o que su multitud ha de decirse no ya el pueblo de Israel, sino turba de las demás gentes. O por cierto que en número de las demás gentes, que se hallan en su circuito, han sido conversos ellos, o que toda la ocasión han tenido a partir de las gentes, a las cuales más lo hubiesen debido doctorear (enseñar) hacia el bien. ¿Por qué, dice, he de causar que en mis preceptos no hayáis deambulado, y mis juicios no fecisteis, si aun a todas las naciones del circuito habéis vencido por vuestra iniquidad, y no habéis hecho lo que ellos por ley natural escrito en sus corazones frecuentemente hicieron? De consiguiente, no por Ángeles, ni tampoco por algunos ministros, sino que yo mismo haré en ti mis juicios viéndolo todos lo que antes 51 no hice, y allende de esto no haré. Y diciendo juicios, ostiende la verdad de la sentencia, no se vea la

ira exceder la mensura de los castigos. Ni fecit en ninguna nación tales como las fecit a Jerusalén: Pues el siervo que conoce la voluntad de su señor y no la hace, vapulará (será vapulado / azotado) con muchos (Lucas 12:48). Y los potentes potentemente padecerán tormentos (Sabiduría 6:7). Y cosas símiles, inquirió, ya no haré. Hermosamente lo dijo, tales símiles no haré: Pues mucho más duras está por hacedor tras la interfección de Cristo. Ya que una cosa es el haber colido entretanto los ídolos por los que han sido castigados, y otra cosa, pues haber trucidado al Hijo de Dios.

(Vers. 10.) Por lo tanto los padres comerán a los hijos en medio de ti, y los hijos comerán a sus padres: y haré en ti juicios, y ventilaré (dispersaré) a todas tus reliquias hacia todo viento. A esto que antes había dicho: Porque superasteis a las gentes que están en vuestro circuito, o bien, porque vuestra ocasión proviene de las gentes que en vuestro contorno están, no deambulasteis en mis preceptos, y no fecisteis mis juicios; por tercera vez refirió por lo tanto (ideò). Primero así: Por ello esto dice el Señor Dios: he aquí yo hacia ti, y yo mismo haré juicios en medio de ti. Segundo: Por ello los padres comerán a los hijos en medio de ti. Tercero: Por ello vivo yo, dice el Señor Dios; a no ser por eo de que violaste a mi santidad en todas tus ofensas, etc. Mas sin embargo es de notar, que en donde hay cosas decoras (decorosas) y honestas, y por el mérito de quienes las sostienen, Dios profesa el fecerlas él mismo. Mas en cambio, donde hay cosas tristes y no dignas de Dios, se dice por cierto que suceden,

pero no por él mismo, como en lo presente: Por ello los padres comerán a los hijos en medio de ti, y los hijos comerán a sus padres. Porque no dijo, yo haré para que los padres coman a sus hijos en medio de ti, y los hijos se coman a sus padres. Mas aquello que era decoro, y que ni a la majestad de Dios no se veía indigno, eso dice él mismo fecerlo. Pues se sigue: Y haré en ti juicios, y ventilaré a todas tus reliquias en todo viento. Tal qué cosa podremos invenir lo mismo en las maldiciones del Deuteronomio, y precipuamente en aquel sitio: Glorificando yo he de glorificarme en ellos, pero los que a mí me desprecian, a la nada serán deducidos (llevados) (Deuteronomio 28). Pues a los que se glorifican a él, él mismo los glorifica. En cambio el que lo desprecia, no por el Señor serán despreciados o ser deducidos a la nada (pues esto era lo que se seguía que él dijera), sino en absoluto: Serán deducidos a la nada: no por Dios, 52 sino por los méritos suyos y pecados. Leemos en el volumen de los Reyes que, cogiendo la necesidad de una hambruna, fue por una madre devorado un hijo (2 Reyes 6). También Josefo, en la asedio a Jerusalén conmemora muchas cosas fectadas (hechas) de este género. Pero en cuándo los padres han comido hijos, o los hijos a los padres, no hay historia que lo narre, a no ser que acasito en muchos daños y males de la necesidad fuera habiéndose creído este estar hecho aun. Se puede también referir este mismo hecho hacia a la nuestra Jerusalén: cuando los maestros contra los discípulos, id est (esto es), los padres contra los hijos, y los discípulos contra los

maestros, es decir, el hijo adversamente contra el padre, se incitan por motines mutuos (sedición mutua) entre ellos; entonces por el Apóstol será dicho este cumplir o ser: Pues si los unos mutuamente a sus otros se muerden y os acusáis, vete en cuidado para de que por invicem (el uno para con el orto) vayáis seros consumidos de modo mutuo (Gálatas 5:15). De ahí que e igual con místico sermón en su cántico un Profeta propiciaba: Al el haberse aproximado a mi adverso quienes me afligen p'ara que pudiesen comedir de (comer de) a mis carnes (Salmo 27:2). E igualmente un cierto parecido lo profiere muy cerca Job: Y si ya mis siervas dijeron ¿quién es aquí dador sobre de nos respecto en carnes hacia comer nosotras a aquél? (Job 31). Y también por causa además sobre todos estos en el señorío magisterial que siguen sacando lucrecios valiosos (lucro) a partir del dinero o provechos venidos mediante todos cada uno su alumno discepolario y de los que saludablemente nada ninguna un solo momento la traen ni el cuidárselo tampoco de proveer e importar en llevarse y en ejercer (llevan o toman cuidado a la salud y sanación en lo que respeta hacia de él su alma por encima a quienes): Los que es decire el devorar aquel un tal en que es el un de por mi pueblo es a similitud (al igual) comomo (como) un solo comida bocado alimenticio (sustento) en base a e igualmente hacia a unos bocados el cual a este mismo el pan (Salmo 14:4). El concerniente muy cercamente del de qué, el apóstol esto también: Y se devoran comedirán y comen la moradas y hogares todas a todo a y de sobre cada

y cualquier en de viudas las solteras ya sin su marido que las mantenga estas señoras sus casas (Lucas 20; Mateo 23). Posibilitamos también e podemos al tal para nosotros y nuestro los padres estos quién ha o sea haber los cuales habían el quienes se han poder de haber y llegaren devorar e hincar en los dientes (a comer a comidos a los de ser devorados) e e de los hacia al a a e su también hijo, las partes hijo se las haber comida por a a lo al o de a así como al e el padre en y es de Babilonia en solomo el lugar pero sino no no menos más e incluso al su propia además de las la misma también sobre al cerco Roma o cerco o asedio asediamiento. Igualmente mas lo que dice de ello de allá e ahí allí sobre a que está siendo diciéndoselo dicitado es en cuanto por tanto un poco al así esto mismo aquí dicho decido y en al a se nos ha relatándose narradamente hablado por expreso y expresa palabradería verbal el dicho es en y por de todo esto: Y ventilar y voy y también e iré haré en tal y con modo ventosiano o en base aerodinámica y de hacia y y todos y hasta dispersadora reliquias por ende ir diseminado el el reliquia a por a hasta la y en para e con o su de y total universitarismo por con de una cada parte suya que de ti o hacia la total universalidades la todo la que le resto a tus ti los del o y suyo hasta todas e al aire más en todos el al al por viento con de la a cualquier su ventar (por ende reliquia, sobre todo o para toda para sí todo o tus y viento esto o las tus partes los sobre viento a en este o viento a en sobre todas tus que le que ha su al viento hacia e o al tu que en de que a las todas

que a viento e reliquia a reliquiario). esto mismo esta magisciendo mas preferentemente e hacia al y romano captación del o prendamiento de y esclavitud del o o hacia referir, el o hacia qué lo en y del romano la romano asirse (cuando todo orbe que de todo todo es todo todo por o a lo así en orbe total del orbicularismo tierras e con orbear de el que todas ha fue a siendo han estado el o se en su todo del cual disipándose se por han del universo dispersados e están el todo en toda mundo por en tierra este mundo fueron o tierra dispersarse e se la hacia su o). Haciendo de la a y está esto esto a esta para un su así esto es por todas ellas viento disolverse en a a viento esto para y capilar piloso e pilosamente capilar cabello barba todo o dispersar su barbudo de para y de a de e su por todo barbilampiño en el hasta cabellos a y su viento es todo por así los pelo o de barbiespeso cada la todos una barbudos que viento cabello dispersión de barbas barbilampiños por e hacia al barbicerrado a barbudear cabellos o los y el barba a hacia todos y o en las un sus y del sobre vientos (al y o hacia viento vientos de todo de las los y y u a e) dispersión.

(Vers. 11.) Por tanto, vivo yo, dice el Señor Dios: ciertamente, por cuanto has profanado mi lugar santo con todas tus ofensas y con todas tus abominaciones, yo también te quebrantaré (o, según los LXX, te desecharé), y mi ojo no perdonará, y no tendré misericordia. Propiamente se dice esto a Jerusalén, porque "profanaste mis cosas santas abandonándome, y en mi templo diste culto a los ídolos; yo también quebrantaré todos tus ídolos,

y los desmenuzaré y los haré pedazos, o te desecharé, porque tú primero me desechaste: y mi ojo no perdonará cuando te vea someter tus cuellos al hambre, a la espada, a la servidumbre: ni tendré misericordia; porque no mereces mi misericordia". Pues está escrito: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mat. 5, 7). 53 Esto mismo ha de entenderse también en la Iglesia, que a los maestros y sacerdotes que hayan actuado negligentemente, puede Dios decirles diariamente: Por cuanto habéis profanado mis cosas santas en todas vuestras ofensas y en todas las abominaciones que habéis cometido, yo también os desmenuzaré y os quebrantaré, y devolveré por mí mismo lo que habéis perpetrado contra mi pueblo. Acerca de lo cual este mismo Profeta habla más plenamente aquí contra los pastores (Infra, 34), diciendo que se cubren con la lana de las ovejas y se alimentan con la leche y el queso, y no buscan al ganado herido y enfermo.

(Vers. 12, 13.) Una tercera parte de ti morirá de peste, y de hambre serán consumidos en medio de ti; y una tercera parte de ti caerá a espada en tu derredor. Mas una tercera parte de ti dispersaré a todo viento, y desenvainaré la espada tras ellos. Y cumpliré [Vulg. completaré] mi furor, y haré descansar mi indignación en ellos, y seré consolado; y sabrán que yo, el Señor, he hablado en mi celo, cuando haya cumplido mi indignación en ellos. Debido a que los Setenta habían puesto anteriormente cuatro partes, las cuales en la descripción del incendio, de la espada y de la dispersión el discurso profético demostró que eran solo tres —

de modo que una parte del incendio se dividía superfluamente en dos partes —, en este lugar también dividieron esa misma primera parte en dos, para decir: Una cuarta parte de ti será desgastada por la muerte, y una cuarta parte de ti será consumida por el hambre en medio de ti, y una cuarta parte de ti caerá en tu derredor, y una cuarta parte de ti dispersaré a todo viento: aunque esto que hemos puesto: "Y una cuarta parte de ti caerá por la espada", haya sido añadido de la edición de Teodoción bajo asteriscos. Es evidente, sin embargo, como contiene la verdad hebrea, que son tres las partes. De cuya primera se dice: Y una tercera parte de ti morirá de peste, y de hambre será consumida en medio de ti. Y mucho mejor hubiera sido traducir lo que estaba escrito, que buscar patrocinio para una cosa mal traducida. Ni decimos que esto haya sido hecho por aquellos a quienes la antigüedad dio autoridad: sino que a través de muchos siglos ha sido depravado por el vicio de escritores y lectores. Aunque Aristeas y Josefo, y toda la escuela de los judíos, afirmen que solo los cinco libros de Moisés fueron traducidos por los Setenta. Acerca de cuyo capítulo, porque hablamos arriba, parece que debe omitirse ahora. Solo añadiré lo que es necesario en aquello que dice: Y cumpliré mi furor, y haré descansar mi indignación en ellos, y seré consolado, y sabrán que yo, el Señor, he hablado en mi celo, cuando haya cumplido mi indignación en ellos; de qué modo debe entenderse el furor, la indignación y el celo de Dios, lo hemos expuesto a menudo: que Dios habla con afectos humanos — no porque Él

mismo se aire, sino porque nosotros, a través de las penas y tormentos, sentimos que Dios está airado.

(Vers. 14.) Y te convertiré en desierto; y lo que sigue: "y en oprobio para las naciones que están en tu derredor", no se encuentra en los Setenta: por lo cual añadieron de lo suyo: "y a tus hijas en tu derredor". Y de nuevo, según ambas ediciones: "a la vista de todo el que pase". Pues es provechoso para Jerusalén que todos los vicios en ella sean desolados, y reducida al desierto, y que ella conozca sus propios pecados, para que la que debió haber sido ejemplo de virtudes para las otras naciones, sea ejemplo de miserias. Sus hijas, sin embargo, podemos entenderlas como ciudades o aldeas, o las Iglesias dispersas por todo el mundo, de modo que quienquiera que sea peregrino de este siglo, y diga con el Salmista: Advenedizo soy, y peregrino como todos mis padres (Sal. 38, 13); y de quien se dice: No dijeron los que pasaban: La bendición del Señor sea sobre vosotros (Sal. 128, 8), vea su oprobio y se duela.

(Vers. 15.) Y serás oprobio y blasfemia, ejemplo y estupor en las naciones que están en tu derredor. Por lo cual en los Setenta se lee: "Y será στενακτὴ", esto es, gemible (digna de gemido). Y de Teodoción se añadió, 55 καὶ δηλαϊστὴ; del cual vocablo no tenemos conocimiento. Por lo cual otros tres intérpretes tradujeron "blasfemia", que en hebreo se dice GEDDUPHA (). Sigue: Cuando haga en ti juicios en furor, e indignación, y en reprensiones de ira que yo el Señor he hablado. Mas que Jerusalén es digna de gemido cuando ofendía

a Dios, para que Él hiciera en ella juicios en furor e indignación, también lo atestigua Pablo, quien dice: Éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás (Efes. 2, 3). Y de nuevo: Los que estamos en este tabernáculo, gemimos agravados (2 Cor. 5). Y hablamos con Jerusalén: La ira del Señor soportaré, porque pequé contra Él. Δηλαϊστὴν o δηλαίαν, algunos quieren que se entienda como infeliz y mísera: otros como manifiesta y expuesta a las miserias.

(Vers. 16.) Cuando envíe las saetas del hambre, las peores [Vulg. añade sobre ellos], las cuales serán mortíferas: y las cuales enviaré para destruiros, y reuniré el hambre sobre vosotros, y quebrantaré el firmamento (o el báculo) del pan. Que el hambre y la peste, y las bestias feroces, y cualquier otro de los males que padecemos en el siglo, vienen por causa de nuestros pecados, es manifiesto. De donde también aquel hambre, que se recuerda que ocurrió en Rut (Rut 1), y en el volumen de los Reyes bajo Elías (3 Rey. 17), cuando por tres años y seis meses el cielo se cerró, y bajo Eliseo (4 Rey. 6), cuya increíble carencia compensó una repentina abundancia, fue enviada por el juicio de Dios. Lo cual no solo sucedió entonces en Jerusalén, sino que también sucede en nuestra Jerusalén, en la cual por la magnitud de los pecados, primero se envía el hambre de oír la palabra de Dios. Después al hambre sigue la muerte; para que quienes no oímos: Gustad y ved que el Señor es suave (Sal. 33, 9), después sintamos: La muerte de los pecadores es la peor (Sal. 33, 22). Sobre el

firmamento y el báculo del pan, hablamos arriba (Supra, 4).

(Vers. 17.) Y enviaré sobre vosotros hambre, y bestias feroces hasta la destrucción: y la peste y la sangre pasarán por ti, y traeré la espada sobre ti: yo el Señor he hablado. Que se introducen bestias feroces sobre la tierra de soledad, que ha sido asolada por el hambre, la espada y la peste, también lo muestran los tiempos presentes: cuando los animales domésticos, los perros, son incitados por la rabia contra las carnes de sus dueños, y la tierra se llena de osos y lobos y de todos los otros géneros de bestias: y que la peste y la sangre pasen por ella significa la enfermedad y la espada. Pero también a nuestra Jerusalén son enviadas bestias feroces, cuando somos entregados a pasiones de ignominia, y a un sentido réprobo y a la conciencia de los pecados, que atormentan y despedazan nuestra alma (Rom. 1). Las disensiones, herejías, cismas, emulaciones, envidias, tristezas, detracciones, deseos malos, la avaricia, que es la raíz de todos los males (2 Cor. 12 [en realidad 1 Tim 6, 10]), son bestias feroces. Cuando estas se hallan en nosotros, merecemos oír: Tu prevaricación te corregirá (Jer. 2, 19). Y suplicamos y decimos: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. 73, 19).

(Cap. VI.---Vers. 1 y ss.) Y fue hecha a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon tu rostro hacia los montes de Israel, y profetizarás a ellos. Y dirás: Montes de Israel, escuchad la palabra del Señor Dios. Esto dice el Señor Dios a los montes y a los collados, a las rocas y a los

valles. Dado que en este Profeta a menudo se dice "Adonai Señor", por causa de los griegos y latinos, que no tienen conocimiento de la lengua hebrea, parece que debe ser expuesto brevemente. ADONAI es un nombre de los diez vocablos de Dios, y significa Señor, el cual a menudo usamos también entre los hombres. Finalmente también Sara, llamando a Abraham su señor, lo llamaba con este nombre (Gén. XVIII). Y donde se dice, Mi señor rey, está escrito Adonai (Éxodo XXVIII). Cuando, por lo tanto, se juntan dos nombres, Señor y Señor, el primer nombre es común, el segundo es propiamente de Dios, el cual se llama ἄῤῥητον (), es decir, inefable, el cual también estaba escrito en la lámina de oro, que estaba en la frente del pontífice. Mas los montes de Israel, que habían estado ocupados por simulacros de demonios, no con oídos, sino por el mandato y poder del Creador escuchan y entienden a su Creador. Del mismo modo que el mar vio y huyó, el Jordán se volvió hacia atrás (Sal. CXIII): ciertamente no con ojos de carne, de los cuales carecía. Y al mar se le dice: Calla, enmudece (Marcos IV, 39). Y se les da órdenes a los soplos de los vientos; y se le manda al gusano que hirió la enramada de Jonás (Jonás IV). Y acerca de la misma tierra está escrito: El que mira la tierra, y la hace temblar (Sal. CIII, 32). A los cuales el Profeta habla, indicando que los ídolos deben ser destruidos y las aras, y que todas las ceremonias 57 con las cuales antes habían servido a los ídolos deben ser aniquiladas. Podemos entender por montes de Israel también a aquellos príncipes, que sobresalían en

poder, sabiduría, ciencia y riquezas. Y esto debe ser advertido: que el rostro ciertamente se afirma, y se pone contra los montes; pero de ninguna manera habla solo a los montes, sino también a los collados, a las rocas y a los valles, en los cuales se reconoce una dignidad inferior, y un grado de prudencia y conocimiento. Alegóricamente, me parece que los montes son los que han llegado a la ciencia perfecta; los collados, los que son un poco inferiores; las rocas, los que no teniendo ninguna ciencia, y confiando solamente en su conducta, se presumen para sí alguna interpretación de las Escrituras, teniendo, según el Apóstol, celo de Dios, pero no según ciencia (Rom. X; Santiago III); mas los valles son llamados los últimos en la Iglesia, que aunque inferiores en vida y ciencia, sin embargo no se apartan de la asamblea de la familia del Señor. A todos los cuales se les manda que escuchen la palabra de Dios, para que cada uno según su medida y sentido entienda lo que el Señor prescribe.

(Vers. 4, 5.) He aquí que yo traeré sobre vosotros la espada, y destruiré vuestros lugares altos. Y demoleré vuestras aras, y vuestros ídolos serán quebrantados, y arrojaré vuestros muertos ante vuestros ídolos. Y daré los cadáveres de los hijos de Israel ante la faz de vuestros ídolos: y dispersaré vuestros huesos en derredor de vuestras aras en todas vuestras moradas. Se dice a los montes de Israel que Dios destruye sus lugares altos, en los cuales los hombres adoraban dioses fabricados, y que quebranta las aras e ídolos, y hace que sus adoradores sean muertos a la vista de los

santuarios; para que yazgan los cadáveres de los muertos donde antes yacían las víctimas; y sean dispersados los huesos, no de los montes, sino de aquellos que yacían en los montes, en el circuito de las aras, y en todas las ciudades y aldeas de Israel. Esto según la letra. Por lo demás, también sobre aquellos que se ensalzan en la soberbia, y de quienes habla el Apóstol: "La ciencia infla, pero la caridad edifica" (1 Cor. 8, 1), se trae la espada, para que todos sus ídolos, que forjaron de su propia mente, sean desmenuzados, y yazgan muertos, y sientan que están muertos, al ver que nada les aprovechan sus ídolos y ficciones. Y el que diga que dispersa los huesos de los montes en derredor de las aras, indica que todos los más fuertes de ellos han de ser separados entre sí. Pues es provechoso para la ciencia perversa que los malos sean divididos de los malos. Y así como aquellos que con un pésimo consenso edificaban la torre, fueron disipados para su propia utilidad, y sus lenguas fueron divididas (Gén. 11), para que el pésimo consenso no los hiciera peores; así los huesos de los montes serán dispersados, para que entiendan sus vanos esfuerzos. Esto que hemos puesto: "Y daré los cadáveres de los hijos de Israel ante la faz de vuestros ídolos", no se encuentra en los Setenta.

(Vers. 6, 7.) Las ciudades quedarán desiertas, y los lugares altos serán demolidos; y vuestras aras serán disipadas y perecerán, y vuestros ídolos serán quebrantados y cesarán, y vuestros delubros serán desmenuzados, y vuestras obras serán borradas. Y caerá el muerto en medio de vosotros,

y sabréis que yo soy el Señor. La causa es clara por la cual las ciudades de los montes han de ser desiertas: a saber, para que se demuelan los lugares altos, y sean destruidas las aras y los ídolos, y perezcan los delubros, y desista todo culto de los ídolos; y caigan los muertos en medio de los montes; y sepan que Él mismo es el Señor. Por lo cual se nos da ocasión de seguir más bien un entendimiento espiritual, para que las ciudades de los herejes, que se interpretan como Iglesias, y los lugares altos de su soberbia, y las aras de sus dogmas perversos sean quebrantados, y los ídolos perezcan, los cuales de su propio corazón se habían imaginado, y sean desmenuzados los delubros, no templos, que se habían levantado contra el templo del Señor, y en el discurso griego se llaman τεμένη, esto es, santuarios y delubros; y todas las obras de los montes sean desmenuzadas, las cuales no son obras de Dios, sino de los maestros de la falsa ciencia. Y cuando hayan caído los muertos en medio de los montes, ya sea aquellos a quienes los mismos montes habían matado, o los hombres eclesiásticos, que los habían matado para su propia salvación al vivir mal: entonces será el fin de los montes soberbios, para que conozcan que Él mismo es el Señor. Puede suceder, además, que de un solo pueblo de los montes de Israel, al ser unos muertos, otros conozcan. Pues castigado el hombre pestilente, el necio será más astuto (Prov. 19, 25).

(Vers. 8.) Y dejaré en vosotros a aquellos que hayan huido de la espada entre las naciones, cuando os haya dispersado por las tierras: y

vuestros liberados se acordarán de mí entre las naciones a las cuales fueron llevados cautivos. Aquello que el Señor dice a Elías: "Me he dejado siete mil hombres que no doblaron su rodilla ante Baal" (3 Rey. 19, 18): y lo que escribe el apóstol Pablo: "Y ahora en este tiempo las reliquias según la elección de la gracia han sido salvadas" (Rom. 11, 5), puede convenir a este capítulo. Pues también los Apóstoles, que eran de la estirpe de Israel y habían huido de la espada, fueron por eso reservados, para que fuesen dispersados por las tierras y predicasen el Evangelio entre las naciones, y se acordasen de Dios entre las naciones en las cuales vivían en el tiempo de la cautividad. También puede decirse esto, que por eso algunos de la cautividad judía fueron reservados: para que en las naciones se acordasen de su nombre, y predicasen su poder. También de los pueblos de los herejes, aquellos que hayan podido escapar de la espada de su perdición y de la pésima facción que había sido incitada contra Dios, dispersos por aquí y por allá, se acordarán del nombre de Dios, haciendo penitencia, y se alegrarán de haber sido capturados por hombres eclesiásticos.

(Vers. 9, 10.) Porque yo he quebrantado su corazón fornicario y que se apartaba de mí, y sus ojos fornicarios tras sus ídolos. Y se desagradarán de sí mismos sobre los males que habían hecho en todas sus abominaciones. Y sabrán que yo, el Señor, no he hablado en vano, para hacerles este mal. Mucho de este capítulo fue omitido por los Setenta, y aquella parte fue cambiada: "juré a su corazón fornicario"; por lo cual nosotros

pusimos: "quebranté su corazón fornicario". Mas juró y decretó que haría lo que mostró con la obra; o quebrantó el corazón fornicario y el que se apartaba de Dios, de aquellos de quienes por Oseas dice el Señor: "Por el espíritu de fornicación han sido seducidos" (Oseas 4, 12). Y los ojos fornicarios tras los ídolos, por cuyas ventanas se dice que entró la muerte. Por cuya causa también en Daniel los dos ancianos mandaron que se descubriese a Susana, para gozar del decoro de su cuerpo desnudo (Dan. 13). Ni en vano habló el Señor, para hacer el mal o males, cuando ante su amenaza hacen penitencia los que estaban sujetos a la sentencia. Mas si el corazón es duro e indomable, no sintiendo ni aun por las penas los beneficios del que corrige, se les dice: "En vano herí a vuestros hijos: no recibisteis la disciplina" (Jer. 2, 30). Provechoso es también para los herejes que sea quebrantado su corazón, tesoro pésimo de dogmas perversos, porque se apartó del Señor, y sus ojos fornicarios tras sus invenciones. Quienes, cuando se hayan acordado del Señor, se desagradarán de sí mismos en todas sus abominaciones, y entendiendo la verdad de la verdadera fe, sabrán que Él mismo es el Señor. Quien por eso a menudo infiere la tribulación, la cual parece perniciosa y pésima a los que la padecen, para que se conviertan a la penitencia.

(Vers. 11.) Esto dice el Señor Dios: golpea con tu mano, y golpea con tu pie, y di: ¡ay! a todas las abominaciones de los males de la casa de Israel. Se manda al Profeta mostrar la magnitud de los pecados con las manos, los pies y el discurso,

para que con el gesto del cuerpo y la indignación de la voz, muestre el hábito del que se asombra, se admira y llora. Pues así como si cuando vemos algo nuevo y admirable, nos horrorizamos tanto en el cuerpo como en el alma, de modo que chocamos las manos y golpeamos con los pies en la tierra, e inclinamos la voz al llanto; así ahora el profeta, viendo con los ojos de su mente los suplicios venideros, habla a todas las abominaciones de los males de la casa de Israel lo que sigue. Golpeamos espiritualmente con la mano cuando nos separamos de las malas obras. Golpeamos con el pie cuando no caminamos por la senda de los pecadores. Lloramos y nos lamentamos cuando nos desagrada lo que se hace. Lo cual se muestra por la palabra "ay" (heu). Por lo cual Aquila tradujo ἃ ἃ, Símaco σχετλίασον, que significa lamentar o llorar. Los LXX y Teodoción εὖγε, lo cual es más propio de quien insulta que de quien llora.

Los que han de caer por la espada, el hambre y la peste. Y esta es la causa del llanto: que los habitantes de los montes, y los adoradores de las aras y de los ídolos, han de caer por la espada, el hambre y la peste. Los que son llevados por varios errores, y diariamente cambian su fe, y son llevados en derredor por todo viento de doctrina: estos son degollados por la espada, y son divididos en partes, abandonando la unidad de la fe eclesiástica. Mas el que no tiene alimentos espirituales, muere de hambre, no conociendo a Aquel que dijo: "Yo soy la vida" (Juan 14, 6). Además, aquel que se entrega a uno solo, o a muchos vicios, y no puede ser separado de ellos, sucumbe como por

una cierta vetustez de peste [Al. una cierta peste uterina].

(Vers. 12.) El que está lejos, morirá de peste; mas el que está cerca, caerá por la espada, y el que haya quedado y esté rodeado [Vulg. y sitiado], morirá de hambre, y cumpliré [Vulg. completaré] mi indignación en ellos. El que haya huido del sitio de la ciudad y emigrado a los desiertos, morirá de peste; el que haya estado cerca, caerá por la espada de los enemigos. Mas aquel a quien haya rodeado el ejército hostil, perecerá de hambre y penuria; y en todas estas cosas se cumplirá la indignación de Dios, para que conozcan los que queden que Él mismo es el Señor. El que también se haya apartado de la Iglesia, morirá inmediatamente de peste. El que se cree sabio y diligente, si no se cuida, será herido por la espada del enemigo. El que, contento con la fe sencilla, a semejanza de los animales brutos, ciertamente habita en la Iglesia, pero sin embargo no aprovecha en ninguna obra buena, ni es imitador de la hormiga, que en la cosecha se prepara y acarrea los alimentos, este morirá de hambre, y en todas estas cosas se cumplirá la ira del Señor.

(Vers. 13.) Y sabréis que yo soy el Señor, cuando vuestros muertos estén en medio de vuestros ídolos, en el circuito de vuestras aras en el collado excelso [Vulg. en todo collado]: en todas las cimas de los montes, y debajo de todo árbol frondoso, y debajo de toda encina espesa: lugar donde encendieron inciensos olorosos a todos sus ídolos. Es evidente según la letra, y no necesita interpretación, que en los montes de Israel,

y en los altos collados, entre las mismas aras de los ídolos y los bosques, pues se llaman árboles frondosos, fue muerto el ejército israelita, para que donde habían pecado, allí fuesen castigados. Según la anagogía, sigamos el orden propuesto. Cuando los maestros de los herejes hayan sido quebrantados y superados por los hombres eclesiásticos, que están instruidos en la ciencia de las Escrituras, vemos a los muertos de los dogmas perversos yacer entre los ídolos que habían forjado, y a aquellos que se elevaban contra la ciencia de Dios, postrados en los montes y collados bajo todo árbol frondoso; los cuales tenían palabras pomposas y la sombra de las hojas, y no tenían los frutos de las buenas obras; los cuales estaban bajo toda encina espesa, que no produce frutos para los hombres, sino para los cerdos: donde encendieron inciensos olorosos no a Dios, sino a sus ídolos. Ni podían decir lo que está escrito de Noé: "Percibió el Señor el olor de suave fragancia" (Gén. 8, 21): y aquello que habla Pablo: "Buen olor de Cristo somos para Dios en todo lugar" (2 Cor. 2, 15). Mas así como el santo con su olor deleita a Dios, así el pecador, de cuya persona se canta aquel salmo: "Se pudrieron y corrompieron mis cicatrices, ante la faz de mi insensatez" (Sal. 37, 6), enciende a sus ídolos inciensos fétidos. Lo que nosotros interpretamos: "en todas las cimas de los montes", y poco después: "y debajo de toda encina espesa", los LXX lo dejaron fuera.

(Vers. 14.) Y extenderé mi mano sobre ellos, y haré la tierra desolada y abandonada desde el desierto de Deblatha, en todas sus moradas;

y sabrán que yo soy el Señor. Oh montes de Israel, cuando vuestros muertos caigan en medio de vuestras aras y de vuestros ídolos en todo collado excelso, en todas las cimas de los montes; y cuando haya llenado vuestros bosques con los cadáveres de los muertos, en los cuales antaño encendieron inciensos olorosos a sus ídolos, entonces extenderé mi mano para la venganza, que hasta ahora había sido contenida, y reduciré toda la tierra de Israel a la soledad, desde el desierto de Deblatha, que está en la tierra de Emath, la cual hoy se llama Epifanía de Siria, en todas sus moradas; para que a todos sea patente que no hay nada entre la soledad y el mar Grande que el filo hostil no haya consumido. Muchos piensan que es el mismo lugar del que está escrito en Jeremías: Y apresaron a Sedecías en el desierto que está junto a Jericó, y toda su comitiva huyó de él. Y cuando hubieron apresado al rey, lo llevaron ante el rey de Babilonia en Reblatha, que está en la tierra de Emath (Jer. 39, 5). Puede llamarse Deblatha o Reblatha debido a la cercana semejanza de la Daleth y la Res, letras hebreas que se distinguen por un pequeño trazo. Según los entendimientos místicos, sin embargo, el Señor extiende su mano sobre todos los que habían sido engañados por el error herético, para hacer que su tierra, que se interpreta como la Iglesia, sea desolada desde el desierto de Deblatha, que en nuestra lengua suena como palathên, esto es, una masa de higos, y de higos pasos compactados entre sí, para que, después de que hayan encontrado amargura en una dulzura simulada, que no era de tierra culti-

vada sino de soledad, entonces conozcan que Él mismo es el Señor. Pues miel destila de los labios de la mujer meretriz, la cual por un tiempo engorda las gargantas de los que comen, y después se encuentra más amarga que la hiel (Prov. 5, 3, 4). Esto significan también los dos canastos de higos que están puestos en Jeremías ante la faz del templo (Jer. 24): uno de higos óptimos, y otro de higos pésimos: de los cuales uno se refiere a la Iglesia de Cristo, el otro a la congregación de los malignos (malignantium).

(Cap. VII.---Vers. 1, 2.) Y fue hecha a mí palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo de hombre, así dice el Señor Dios de la tierra de Israel: El fin, viene el fin sobre las cuatro alas de la tierra. Las cuales nosotros hemos interpretado como las regiones del mundo: a saber, el Oriente y el Occidente, el Mediodía y el Septentrión. De cuyas alas habla también Isaías: Señor, desde las alas o los confines de la tierra hemos oído prodigios (Isa. 24, 16), los cuales eran realizados en todo el orbe por los apóstoles. Y de los santos está escrito: Si durmiereis entre los medios de los lotes, las plumas de la paloma plateada, y la parte posterior de su dorso en la palidez del oro (Sal. 67, 14). De donde también el Señor, cuando se hubo acercado y hubo visto a Jerusalén, lloró y dijo: ¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste! (Mat. 23, 37). Él es el que en el cántico del Deuteronomio, extendiendo sus alas, los recibió y los llevó sobre sus hombros (Deut. 32). Algunos ponen las alas espirituales de la tierra, con las cuales volamos

hacia lo celestial, como cuatro géneros de creyentes: la casa de Aarón, y la casa de Leví, y la casa de Israel, y los que temen al Señor. De los cuales también el Salmista canta: Casa de Israel, bendecid al Señor; casa de Aarón, bendecid al Señor; casa de Leví, bendecid al Señor; los que teméis al Señor, bendecid al Señor (Sal. 134, 19-21). Entendiendo en Aarón el sacerdocio; en Leví, a los guardianes del templo y ministros; en Israel, a todo el pueblo; en los que temen al Señor, a los prosélitos. Nosotros, sin embargo, pensamos que debe explicarse simplemente, que tras la conminación de los montes de Israel, el discurso profético se dirige a toda la tierra de Israel, ya sea de diez o de doce tribus; y de ningún modo el profeta prenuncia cosas futuras, sino que ya ve la cautividad inminente. Pues en el quinto año de Sedecías comenzó Ezequiel a profetizar a los cautivos en Babilonia; y en el año noveno vino Nabuchodonosor y sitió a Jerusalén, y la tomó en el año undécimo de Sedecías. Por lo cual es evidente que ha venido el fin y se ha acercado, no sobre los montes y collados y peñascos y valles, sino sobre las cuatro regiones de la tierra de cada parte de Israel: no de toda la tierra, pues si lo hubiera dicho, de todo el mundo pudiera haberse creído; sino de la tierra simplemente, que significa de Israel. Pues así había comenzado: Así dice el Señor Dios de la tierra de Israel: El fin, viene el fin sobre las cuatro regiones de la tierra.

(Vers. 3, 4.) Ahora el fin está sobre ti, y enviaré [Vulg. emitiré] mi furor en ti, y te juzgaré según tus caminos, y pondré contra ti todas tus abomi-

naciones. Y no perdonará mi ojo sobre ti, y no tendré misericordia; sino que pondré tus caminos sobre ti, y tus abominaciones estarán en medio de ti; y sabréis que yo soy el Señor. En este capítulo, según los intérpretes de los LXX, el orden ha sido cambiado y confundido: de tal modo que lo primero es lo último, y lo último es o lo primero o lo medio, y lo medio mismo se transfiere ahora a los extremos, ahora a los principios. Por lo cual, siguiendo tanto al mismo hebreo como a los demás intérpretes, hemos puesto el orden de la verdad. A la tierra de Israel, pues, se dirige el discurso: que ha venido sobre ella el fin y la consumación, y que el Señor emite su furor en ella, no un furor injusto y que venga solo de la indignación, sino lleno de equidad y de razón: para que la juzgue según sus caminos, y le muestre todas sus abominaciones, para que se acuerde de sus obras y entienda qué males ha cometido. Pero lo que dice: "No perdonará mi ojo sobre ti, y no tendré misericordia", es como si un médico clementísimo, deseando amputar las carnes podridas y quemar las heridas cariadas con el cauterio, no perdona para perdonar: no tiene misericordia para tener más misericordia; para que nada podrido que haya de corromper a las carnes vivas por su vecindad permanezca en el cuerpo. Pues el Señor hiere a quien ama, y castiga a todo hijo que recibe (Heb. 12, 6). De este entendimiento es aquello: "Yo heriré, y yo sanaré" (Deut. 32, 39). Pues toda medicina tiene por un tiempo amargura, pero después el fruto del dolor se muestra por la salud. Algo parecido habla Dios por medio de Amós: "Puesto que os

he conocido de entre todas las tribus de la tierra, por tanto me vengaré de todos vuestros pecados". Pues el Señor conoce a los que son suyos (Amós 3, 2). Y los caminos [Al. la salida], dice (2 Tim. 2), y el paso de toda aquella vida, y las abominaciones y las manchas las pondré en medio de ella: para que ante los ojos de la pecadora que es castigada por su salud, se pongan sus antiguos pecados. Y cuando el Señor haya hecho esto, sabrán los que han sido atormentados que Él mismo es el Señor. Esto mismo suena también en aquel testimonio: "Vengaré a Jacob según sus caminos, y según sus invenciones le retribuiré" (Oseas 12, 2).

(Vers. 5, 6.) Así dice el Señor Dios: Una aflicción, he aquí que viene una aflicción; viene el fin, viene el fin. Se ha despertado contra ti, he aquí que viene. Viene una contracción [Vulg. contrición] sobre ti, que habitas en la tierra. Estas cosas no se encuentran en los Setenta, sino que en la edición de ellos fueron añadidas bajo asteriscos de la traducción de Teodoción. Nosotros, sin embargo, seguimos al hebreo. Por "aflicción", la cual hemos puesto por causa de la claridad según Simaco, quien la interpretó como kakôsin: tanto en hebreo como en griego se escribe kakia o ponêria, esto es, malicia (o maldad). Se dice, pues, que ha llegado el tiempo extremo de los pecados de la tierra de Israel, para que ya no escape a la sentencia de Dios, que merecía desde hacía largo tiempo. Y porque aún no había completado sus pecados, por eso se difería el suplicio, según aquello que está escrito: "Pues aún no están completos los pecados de los amorreos" (Gén. 15, 16).

Por lo cual también el Señor dijo a los judíos: "Y vosotros, completad la medida de vuestros padres" (Mat. 23, 32). Te ha venido, pues, la miseria; ha venido la aflicción y ha venido la cautividad. Y para que no pienses que de nuevo amenazo cosas futuras, te lo muestro con el dedo y te lo señalo. He aquí que viene, viene el fin, viene el fin. Aquel que hasta ahora te parecía dormitar y descansar, se ha despertado contra ti de repente y se ha levantado. Viene la contracción, que en hebreo se llama SEPHPHIRA, y que Aquila interpretó como proskopêsin, esto es, contemplación y prospección, la cual tú, siempre pavorosa, temías que te viniera; y que Teodoción interpretó como plokên, esto es, el orden y tejido de todos los males. Además, lo que se dice "sobre ti que habitas en la tierra", debemos recibirlo según aquello del Apocalipsis de Juan: "¡Ay de todos los que habitan en la tierra!" (Apoc. 8, 13). Pues el santo no es habitante de la tierra, sino advenedizo y peregrino; y dice: "Advenedizo soy y peregrino, como todos mis padres" (Sal. 38, 13). Por lo cual también Abraham el hebreo, esto es, peratês y peregrino y el que pasa, es recordado, apresurándose a pasar del presente siglo al futuro. Podemos interpretar este lugar también espiritualmente contra el pueblo judío, sobre el cual ha venido el fin y la consumación desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual mataron entre el templo y el altar (Mat. 23). Pues mientras no pusieron sus manos sobre el Hijo de Dios, dormitó la sentencia del Señor sobre ellos y fue dilatada. Mas cuando mataron al

heredero para que pereciera la herencia, entonces Él se despertó contra ellos, y se levantó todo un orden de miserias y de perplejidad, porque no buscaron lo celestial, sino que desearon adherirse a la tierra.

(Vers. 7.) Viene el tiempo, cerca está el día de la matanza, y no de la gloria de los montes. La palabra hebrea ADARIM, que nosotros hemos dividido en dos palabras, la primera AD, la segunda ARIM, según Teodoción, la hemos interpretado como "la gloria de los montes"; Simaco la vertió como "retraso" (recrastinación), y dijo: "Y el tiempo está cerca: el día de la prisa, y no del retraso". Además, los LXX tradujeron así: "Viene el tiempo, se ha acercado el día, no con perturbación ni con dolores". Teodoción: "Viene el tiempo, cerca está el día del hambre y no de la gloria de los montes". Mas el tiempo de la matanza y del hambre se comprueba ahora también en el pueblo judío, que no tiene profetas ni palabra de Dios, con la cual se alimenta el alma de los creyentes. Entiende, pues, por "montes" a los maestros, y a los que tienen noticia de las Escrituras. De los cuales también en otro lugar se dice: "Tú iluminas maravillosamente desde los montes eternos" (Sal. 75, 5). Además, los Setenta que dijeron "no con perturbación ni con dolores", significan esto: que tienen tanta ignorancia de Dios y ceguera de ánimo, que ni se turban en sus crímenes, ni son atormentados por los dolores de la penitencia.

(Vers. 8.) Ahora de cerca derramaré mi ira sobre ti, y replicaré mi furor en ti, y te juzgaré según tus caminos. Y te impondré (o te daré) todas tus

abominaciones. Si quisiéramos calcular desde el quinto año de la transmigración del rey Jeconías hasta el año noveno del reinado de Sedecías, cuando vino Nabucodonosor y sitió a Jerusalén, habrá tres años intermedios. Por lo cual rectamente se dice: "Ahora de cerca derramaré mi ira sobre ti". De ningún modo te predicaré cosas por venir, ni amenazaré las que han de ser mucho tiempo después; ahora completaré mi furor en ti. El cual furor e ira no son de ningún modo sin juicio, sino para que retribuya tus caminos sobre tu cabeza, y te haga sentir todas tus abominaciones. Podemos también hablar de la última cautividad, que tras la muerte de Cristo, cuando les vino el fin y el pecado se despertó contra ellos, se cumplió aquello que está escrito: "Ahora ha llegado sobre ellos la ira de Dios hasta el fin" (1 Tes. 2, 16). Cuando Jerusalén fue rodeada por Tito y Vespasiano, y llegó su desolación, y se cumplió: "He aquí que se os dejará vuestra casa desierta" (Mat. 23, 38). Entonces fueron juzgados según sus caminos y las blasfemias con que negaron al Señor; y sintieron el furor de Dios, y toda su indignación fue derramada sobre ellos, y recibieron sus crímenes, para que permanezca la destrucción del templo hasta la consumación.

(Vers. 9.) Y no perdonará mi ojo, ni tendré misericordia; sino que te impondré (o te daré) tus caminos, y tus abominaciones estarán en medio de ti, y sabréis que yo soy el Señor que hiere. Las causas de la severidad y austeridad, o como piensan los herejes, de la crueldad de Dios en que su ojo no perdone ni tenga misericordia, las añadió

diciendo: "Te daré tus caminos, y tus abominaciones estarán en medio de ti", para que sientas lo que hiciste, y viendo tus abominaciones puestas o ante tu vista o en medio de todos, enmiendes el error por la penitencia, y alejándote de las obras antiguas, cuando odiares lo que hiciste, entonces sientas que Él mismo es el Señor (Heb. 12). El cual por eso hiere: para enmendar, y castiga a todo hijo que recibe.

(Vers. 10, 11.) He aquí el día, he aquí que viene, ha salido la contracción: floreció la vara, germinó la soberbia. La iniquidad se levantó en la vara de la impiedad, no de ellos, ni del pueblo, ni de su sonido; y no habrá descanso para ellos. LXX: He aquí que el día pare, he aquí que viene el fin, ha salido la complicación, y floreció la vara, germinó la soberbia, se ha suscitado la injuria y quebrantará la fortaleza del inicuo, y no con perturbación ni con prisa, y no son de ellos mismos, ni hay belleza en ellos. Se ha contraído, dice, el día y se ha abreviado, e instiga la cercana cautividad. Floreció la vara que por mucho tiempo os amenazaba, y de la flor dio a luz el fruto de las plagas. Vuestra soberbia germinó lo que merecíais, para que sobre la vara de vuestra impiedad, con la que golpeabais impíamente a los que os estaban sujetos, surja la iniquidad, que no es del pueblo miserable, ni de aquellos que como animales brutos son llevados por los maestros, ni de su clamor y sonido, con los que vociferaban en vano, seducidos por los sacerdotes y fariseos, para que con voz unánime clamaran y dijeran: "¡Crucifícale, crucifícale a tal!" (Juan 19, 6). Por lo cual no habrá

para ellos descanso, sino eterna cautividad. Además, los Setenta, según aquel sentido en que está escrito: "pues no sabéis qué parirá el día venidero" (Prov. 27, 1), dijeron: "He aquí que el día pare", lo que mucho antes había concebido; "y viene el fin, y ha salido la complicación", que abrace y retenga todos vuestros males; o como interpretó Símaco, la "inspección", para que Dios vea todas las cosas que habéis hecho, considere vuestras obras y retribuya a cada uno lo que merece. Pero en aquello que ellos tradujeron de modo similar, "floreció la vara", podemos usar aquel testimonio: "No quites la vara a tu hijo" (Prov. 13, 24). Y el Apóstol: "¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con la vara, o con caridad y espíritu de mansedumbre?" (1 Cor. 4, 21). Pero también Dios resuena por boca del Salmista: "Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados; mas mi misericordia no la quitaré [Al. dispersaré] de ellos" (Sal. 88, 33-34). Por tanto, el Señor visita e hiere, para que surja y se haga patente toda la soberbia que por largo tiempo yacía oculta y encerrada; y se suscite la injuria contra la soberbia surgida y germinante, y sea quebrantada la fortaleza del inicuo, no con perturbación ni con prisa. Pues el fin de la vara que florece es la salud y la corrección, que no viene por el mérito de los que son castigados, ni por la belleza, que no tienen en sí mismos, sino por la misericordia del Señor. Lugar difícil, y que discrepa mucho entre el hebreo y los Setenta, en los cuales se han añadido muchas cosas de la edición de Teodoción para que parecieran tener alguna consecuencia.

(Vers. 12.) Viene el tiempo, se ha acercado el día. No solo a Jerusalén se dice que le ha venido el tiempo de la cautividad y que se ha acercado el día en que ha de ser rodeada por el ejército babilonio; sino que también a aquel que se jactaba de sus graneros construidos y ensanchados, el Señor le habla: "Necio, esta noche te quitarán tu alma; y las cosas que has preparado, ¿de quién serán?" (Luc. 12, 20). Por lo cual también el Apóstol: "El tiempo", dice, "es breve" (1 Cor. 7, 29). Y en otro lugar: "Pues pasa la figura de este mundo" (Ibíd., 31). Hay que notar que no lo difirió al futuro, sino que lo dijo del presente: "pasa", y diariamente se desliza la figura del mundo. Pues nunca permanece en el mismo estado, sino que siempre vuela y cambia la figura de las cosas que crecen y decrecen. Por lo cual también el Señor: "El cielo", dice, "y la tierra pasarán" (Mat. 24, 35). Pero si estas cosas en las que se contienen todas las que hay en el mundo pasan y transcurren, ¿qué puede haber perpetuo en las cosas humanas?

(Vers. 13.) El que compra, no se alegre; y el que vende, no se lamente. Es natural alegrarse en la compra de posesiones, y lamentarse en la venta. Pero cuando instan la servidumbre y la cautividad, tanto el gozo como la tristeza en ambos casos son vanos. De donde también el Apóstol: "El tiempo es breve. Por lo demás, los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran; y los que lloran, como si no lloraran; y los que se alegran, como si no se alegraran; y los que compran, como si no poseyeran; y los que usan de este mundo, como si no lo usaran" (1 Cor. 7, 29 ss.). Pues

también el diluvio oprimió a los que compraban y a los que vendían, como el Señor habla en el Evangelio (Mat. 24).

Porque la ira está sobre todo su pueblo. Esto no se encuentra en los Setenta. Por "pueblo" puede aceptarse "multitud" y "turba" según el hebreo; pues esto es lo que significa AMONA. Y la causa es clara de por qué, por tanto, el que compra no debe alegrarse, y el que vende debe dejar de lamentarse: porque la ira de Dios ha de venir en breve sobre toda la multitud de la tierra de Judea, o de Jerusalén. Pues se entiende por lo anterior, en lo cual está escrito: "Así dice el Señor Dios de la tierra de Israel", etc.

(Vers. 13.) Porque el que vende, no volverá a lo que vendió. Habla según la costumbre hebrea. Pues toda compra volvía al vendedor en el quincuagésimo año de remisión, que entre ellos se llama jubileo. Antes, pues, de que llegue el año de la remisión, cuando las posesiones vuelven a sus antiguos dueños, sobrevendrá la cautividad, que quitará toda costumbre de la ciudad. Además, en lo que los Setenta tradujeron: "Porque el que comprare, no volverá al vendedor", aunque según la historia no guarda coherencia alguna, según la anagogía puede tener este sentido: que digamos que aquel que había sido engañado por un error herético, cuando haya comprendido la fraudulencia del maestro, de ningún modo vuelve al vendedor, esto es, al maestro, sino que lo desprecia y lo menosprecia.

70 Y aún su vida está entre los vivientes, porque la visión no volverá a toda su multitud.

Así como la posesión no volverá al antiguo dueño ante la inminente destrucción de la ciudad, así la visión y conminación profética, que se dirige a toda la multitud de la ciudad, de ningún modo volverá atrás y se hará irrita, sino que se cumplirá en los hechos, viviendo aún aquellos a quienes se dirige el discurso profético. Pero dice esto para mostrar la inminente cautividad, no fuera que, según costumbre, dijeran: "Esta visión será para largos días, y se cumplirá tras mucho tiempo". Podemos también decir esto: que después de que se haya retirado de los judíos la visión profética —pues la Ley y los profetas fueron hasta Juan el Bautista (Mat. 11, 13)—, tras la muerte del Salvador de ningún modo vuelva a ellos, ni merezcan tener más profetas. Y significativamente dice: la visión no volverá a toda la multitud. Volverá, pues, a aquellos de los judíos que creyeron en el Señor, a saber, los apóstoles y las reliquias del pueblo judío que de Israel fueron salvadas. Pero tampoco estos dos versículos se encuentran en la edición de los Setenta.

Y el varón no se fortalecerá en la iniquidad de su vida. LXX: Y el hombre en los ojos de su vida no obtendrá. Y el sentido según el hebreo es: No aprovechará al hombre su iniquidad, ni le proporcionará fortaleza alguna. Según los Setenta: Y el hombre que deseó lo que en el mundo pensó que era precioso, no lo obtendrá; sino que, al perecer la libertad, se perderá todo lo que es bello. Pero la ambigüedad de las letras hebreas Yod y Waw, que solo se distinguen por el tamaño, hizo que unos interpretaran "iniquidad" y otros "ojos".

(Vers. 14.) Tocad la trompeta, prepárense todos. LXX: Tocad la trompeta y juzgad todas las cosas. Leemos sobre el clamor y el sonido de las trompetas en muchos lugares, como allí: Alza tu voz como trompeta (Is. 58, 1); y en otro lugar: Tocad la trompeta en la neomenia, en el día señalado de vuestra solemnidad (Sal. 80, 3); y en el Apóstol: Porque el mismo Señor bajará del cielo con mando, y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios (1 Tes. 4, 15). Y en el Evangelio: No toquéis trompeta ante vosotros (Mat. 6, 2). Y la historia de Números habla de trompetas de metal batido y de plata (Núm. 10 y 31), las cuales se comparan con el discurso profético y la doctrina apostólica. Y se manda ahora que todos, a la señal del clamor y de la bocina, se preparen para las guerras. Por lo demás, lo que dijeron los LXX, y juzgad todas las cosas, a nadie le cabe duda de que conviene a la potestad de los apóstoles. Quienes, después de que haya sonado la trompeta de los ángeles, han de juzgar en doce tronos a las doce tribus de Israel. De los cuales hablaba Pablo: Juzgaremos a los ángeles (1 Cor. 6, 3); y en otro lugar: En vosotros será juzgado el mundo (ibíd. 2). Según el sentido presente, sin embargo, se manda por ironía a aquellos que están destinados a este oficio que toquen la trompeta, para que todos se preparen contra el ejército babilónico.

Y no hay quien vaya al combate. Porque mi ira está sobre toda su multitud. Y estas palabras no se encuentran en los Setenta. Dios había mandado (Núm. 10) que tocaran la trompeta para preparar el ejército que pudiera resistir la fortale-

za de los babilonios; pero de nada sirvió haberlo mandado, al no haber en el pueblo quien se atreva a salir a las guerras. Por eso el pueblo está debilitado y carece de fuerzas para luchar, porque toda la ira de Dios está sobre toda su multitud (se sobreentiende de la ciudad de Jerusalén o de la tierra de Judea). Pero también en nuestra tierra y en Jerusalén, cuando intentan superarnos o bien la persecución pública o los incentivos de diversos vicios, en vano los maestros tocan la trompeta y se apresuran a prepararnos para las guerras, al no haber fortaleza alguna en el pueblo, la cual ha sido retirada por esta razón: porque los pecados presentes merecieron la ira de Dios.

(Vers. 15, 16.) La espada fuera, la peste y el hambre dentro. Quien está en el campo morirá por la espada; y a quienes están en la ciudad, los devorarán la pestilencia y el hambre. Y se salvarán los que de ellos huyan; y estarán en los montes como palomas de los valles, todos temblorosos, cada cual en su iniquidad. Los Setenta callaron totalmente lo de palomas de los valles, o como tradujo Teodoción, meditantes. Y esto que nosotros hemos interpretado como todos temblorosos: cada cual en su iniquidad, Teodoción lo tradujo así: todos gemidores, cada cual en su iniquidad; para que, bajo la metáfora de las palomas meditantes, signifique que cada uno del pueblo llora su propio pecado, y comprende y siente por qué padece estas cosas. Ya leímos antes sobre tres partes: de otros que mueren en la ciudad por la pestilencia y el hambre, de otros a quienes la espada matará fuera, y de aquellos

que escaparon de la cautividad mediante la fuga; de los cuales, el que se salve pasará a los montes e, imitando a las palomas gemidoras, llorará tembloroso sus pecados. Tropológicamente, en verdad, debe entenderse así: que quien está en el campo y en la llanura, fuera de los confines de la ciudad del Señor, que se interpreta como la Iglesia, es herido por el filo del adversario; pero quien haya actuado negligentemente en la ciudad y no se haya preparado los alimentos de los que está escrito en los Proverbios: Quien trabaja su tierra, se llenará [Al. se saciará] de panes (Prov. 12, 11), ese morirá de hambre y pestilencia. Pero los pocos que hayan evitado o bien la espada de los herejes o el hambre y la muerte de su propia desidia, no se salvarán sino en los montes, y si no asumen alas de paloma y vuelan y descansan. Estas palomas, mientras están en los valles, tiemblan y se espantan ante cada cosa; se nos manda imitar su inocencia, y de ellas está escrito en el salmo: Si dormís entre los dos lotes, las plumas de la paloma están plateadas, y la parte posterior de su dorso con la palidez del oro (Sal. 67, 14); en cuya figura bajó el Espíritu Santo y permaneció sobre el Señor Salvador. Y bellamente, según Teodoción, llamaremos paloma meditante (Mat. 3) a aquel que en la ley del Señor día y noche...

(Vers. 17.) Todas las manos se debilitarán, y todas las rodillas fluirán con aguas. Y se ceñirán de cilicios, y los cubrirá el espanto. En lugar de rodillas que fluyen con aguas, los Setenta tradujeron: los muslos se mancharán de humedad. Pero cuando todos hayan temblado y huido a

las montañas, las manos de todos se debilitarán y nadie podrá resistir contra los enemigos, y por la magnitud del pavor, la orina manchará las rodillas; ni podrá la vejiga contener las aguas que fluyen. Se ceñirán de cilicios y el temblor lo poseerá todo. Esto sucedió en aquel pueblo, no solo bajo los babilonios, sino también bajo los romanos, cuando llegó sobre ellos la ira de Dios hasta el fin. Por lo demás, también en nuestra Judea, en la que está la confesión del Señor, cuando se hayan multiplicado las iniquidades y se haya enfriado la caridad de muchos, todas las manos de las buenas obras se debilitarán, y todas las rodillas o muslos fluirán con las aguas de aquellos que buscaron concúbitos ilícitos, y a quienes la Escritura en la Ley llama gonorrheis (γονοῤῥύεις), esto es, que sufren flujo de semen, e inmundos. Por lo cual, quienes son tales deben ceñirse con los cilicios de la penitencia y temer el juicio venidero. Quien haga esto merecerá oír a Isaías diciendo: Fortaleceos, manos debilitadas, y robusteceos, rodillas vacilantes (Is. 35, 3).

(Vers. 18.) En todo rostro confusión, y en todas las cabezas calvicie. El rubor del rostro es indicio de vergüenza, y la conciencia de los pecados brilla en la cara; y hay esperanza de salvación cuando a la falta le sigue el pudor. Por eso se le dijo a aquella que con corazón endurecido se gloriaba en sus pecados: Cara de meretriz se te ha hecho, no sabes avergonzarte (Jer. 3, 3). También la calvicie de la cabeza es signo de luto, cuando la cabellera pierde su decoro y perdemos la belleza de los cabellos. Finalmente, también se le dice

a Jerusalén: En lugar del adorno de tu cabeza tendrás calvicie, por tus obras (Is. 3, 17). Y otro profeta: Todas las cabezas, dice, en todo lugar serán rapadas, y a todos se les afeitará la barba (Jer. 48, 37). También Miqueas a la misma Jerusalén: Rápate, dice, y trasquílate por tus hijos delicados, ensancha tu calvicie como el águila (Miq. 1, 16). And baldness is commanded to be made over the dead. Pero solo los santos, esto es, los nazareos, y quienes merecieron alcanzar el sumo sacerdocio del Señor, no rapan sus cabezas (Núm. 6). Pues no tienen obras de muerte, ni son inmundos, porque son nazareos, esto es, santos del Señor. Pero si alguien muriera cerca de ellos, todos los días anteriores de su santificación no les serán computados. Samuel era santo de Dios y por eso poseyó eternos adornos de la cabeza; y escuchó aquello del Cantar de los Cantares: Tus rizos negros como el cuervo (Cant. 5, 11). Por lo demás, Sansón, porque perdió la cabellera, perdió la fortaleza (Juec. 16); y al renacerle poco a poco los cabellos, volvieron sus antiguas fuerzas, de modo que mató a muchos más al morir que en vida. Pero Eliseo, aunque tuviera calvicie corporal, sin embargo, porque era nazareo del Señor, disfrutaba de los rizos de su cabeza. Por lo cual los pequeños [Al. muchachos], porque eran pequeños y aún no habían llegado a la edad de hombre, burlándose de su calvicie y diciendo: Sube, calvo; sube, calvo (2 Rey. 2, 23), fueron despedazados por las dentelladas de las fieras, cuyo habitáculo son los matorrales y los bosques.

(Vers. 19.) Su plata será arrojada fuera, y su oro será como estiércol. LXX: Su plata será arrojada en las plazas, y su oro será para desprecio. Obligados por la fuga y la cautividad, arrojarán las riquezas y los pesos de oro y plata en las plazas: deseando salvar solo sus almas, para que no les sean de peso las cosas que antes fueron de lujo. Por lo demás, también según la anagogía, toda la plata de los fugitivos y cautivos de Jerusalén será arrojada en las plazas, en el camino ancho y espacioso que lleva a la muerte, porque abandonaron la estrecha senda de la salvación. Pero también todo el oro será para desprecio, o será reputado como estiércol e inmundicia. Pues no puede tener limpieza quien está fuera de la Iglesia del Señor. Su plata y su oro no podrán librarlos en el día del furor del Señor. Y esto no se encuentra en los Setenta. A nadie le cabe duda de que en tiempo de asedio y de hambre, el oro y la plata no libran a los hambrientos; y los dientes chocando contra el metal preciosísimo se embotan como contra una piedra durísima. Finalmente, sigue: No saciarán su alma, y sus vientres no se llenarán. Por los males presentes hemos aprendido que muchos ricos, entre sedas, gemas y pesos de oro y plata, consumidos por la indigencia, tuvieron el fin de los mendigos. Pero que la plata y el oro de quienes están fuera de la Iglesia no libra las almas de sus poseedores en el día del furor del Señor, sino que tienen hambre eterna y son atormentados con el vientre vacío, lo muestra aquel testimonio en que se dice: La redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Prov. 13, 8). Riquezas propias

son las que nos enseñó la verdad de Cristo (Lc. 16), quien mandó que nos hiciéramos amigos con el inicuo mammona, para que nos reciban en los tabernáculos eternos.

Porque se ha convertido en el escándalo de su iniquidad. Por esto, dice, ni se saciará el alma de los poseedores de oro y plata, ni se llenará el vientre, porque este mismo oro y plata se ha convertido en el escándalo de sus crímenes. Significa, además, los ídolos que, fabricados de oro y plata, condenan [Al. desprecian] a sus propios artífices. Por lo cual los Setenta tradujeron: porque fue el tormento de sus iniquidades, para que los inicuos sean atormentados en su propio error y comprendan que han convertido malamente los dones de Dios en blasfemia.

(Vers. 20.) Y pusieron el adorno de sus joyas en orgullo, e hicieron con él las imágenes de sus abominaciones e ídolos. LXX: Las cosas elegidas del mundo las pusieron en orgullo, y pusieron de ellas las imágenes de sus abominaciones y sus tropiezos. Lo que yo, dice, les había dado para adorno y riqueza de los poseedores, ellos lo convirtieron en orgullo, de modo que aquello con lo que podían librar su alma mediante limosnas y buenas obras, les sirvió de materia para la arrogancia. Finalmente, del oro y la plata hicieron ídolos y convirtieron mis dones en imágenes de demonios. Por lo demás, en cuanto a lo que dijeron los LXX, Las cosas elegidas del mundo las pusieron en orgullo, ha de referirse al oro y la plata, pues nada en el mundo se considera más precioso que ellos. Y aquello que sigue: Sus tropiezos,

sepamos que ha sido añadido de Teodoción. El sentido según la tropología es fácil: que el oro y la plata —los sentidos y los discursos de las Escrituras que son las cosas elegidas del mundo y que nos fueron dadas para adorno—, los herejes los pusieron como fomento y materia de orgullo, e hicieron de ellos imágenes de diversos dogmas y de sus abominaciones e tropiezos: de modo que con aquello por lo que podían cultivar y adorar a Dios, con ello ofendieron a Dios.

(Vers. 21.) Por eso se lo di para inmundicia; y lo entregaré en manos de extraños para ser saqueado, y a los impíos de la tierra por presa, y lo contaminarán. LXX: Por eso se las di para inmundicia; y las entregaré en manos de extraños para que las saqueen, y a los pestilentes de la tierra por presa, y las contaminarán. Porque con el oro y la plata, y los adornos de las joyas que yo les había dado, se hicieron imágenes de sus abominaciones e ídolos, por eso se los di para inmundicia y para estiércol. Por lo cual Símaco interpretó náusea, queriendo expresar la suciedad de los ídolos. Y las entregaré, dice, en manos de los enemigos, para que lo saqueen todo, y no tanto para que yo las contamine, sino para demostrar que están contaminadas las cosas que antes parecían ser santísimas. Nosotros también somos entregados en manos de enemigos y de extraños a Dios cuando hacemos de nuestros adornos imágenes de demonios, y toda nuestra gloria es poseída por los impíos, o los pestilentes de la tierra, para someternos a su potestad.

(Vers. 22.) Y apartaré mi rostro de ellos; y violarán mi secreto: y entrarán en él emisarios (o como tradujeron los Setenta, temerariamente; o como Símaco y Teodoción, irrumpientes, y pestilente) y lo contaminarán. Cuando, dice, por las causas mencionadas de las abominaciones del pueblo haya apartado mi rostro de ellos y de ningún modo los juzgue dignos de mis ojos, entonces violarán mi secreto, que significa el Santo de los Santos, por lo cual los Setenta tradujeron visitación, para demostrar que en las cosas santas de Dios había estado la presencia, e irrumpirán en ellas los impíos y pestilentes de la tierra, en las cuales ningún otro se atrevía a entrar, exceptuados los sacerdotes y solo el pontífice. Lo cual sabemos que fue hecho tanto por los babilonios como por el rey Antíoco y Gneo Pompeyo, y finalmente bajo Vespasiano y Tito, cuando el templo fue tomado y subvertido, y se perpetró todo lo que el discurso siguiente del profeta abarca. También de nuestras malas obras aparta Dios su rostro; y porque el rostro se ha apartado, por eso se viola el secreto de Dios, para que en lugar de los sacerdotes y los santos de Dios entren los pestilentes y lo contaminen todo: de modo que el lugar que debió ser de santidad se convierta en lugar de inmundicia, según aquello del Evangelio: La casa de mi Padre será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mat. 21, 13).

(Vers. 23.) Haz una conclusión, porque la tierra está llena del juicio de sangres, y la ciudad llena de iniquidad. LXX: Y traeré perturbación,

porque la tierra está llena del juicio de sangres, y la ciudad llena de iniquidades. La palabra hebrea ARETHIC, Aquila la interpretó como conclusión, Símaco y Teodoción como kathēlōsin (καθήλωσιν), esto es, fijación. Por lo cual los Setenta pusieron phyrmon (φυρμὸν), que nosotros tradujimos como perturbación. Por tanto, oh profeta, concluye en un breve discurso mi ira sobre la tierra de Judea y sobre la ciudad de Jerusalén, de modo que así como la tierra está llena del juicio de sangres —pues todos son juzgados en la sangre, derramando sangre inocente, lo cual la Escritura recuerda que los judíos hicieron también en la persona de Nabot—, así también se derrame la sangre de ellos mismos y la ciudad sea mostrada llena de iniquidad. Pues también bajo Manasés la ciudad de Jerusalén fue llenada de puerta a puerta con la sangre de los profetas (1 Rey. 21). Y les vendrá una conclusión, y perturbación y fijación, de modo que nadie pueda escapar de las inminentes miserias.

(Vers. 24.) Y traeré a los peores de las naciones, y poseerán sus casas. Y estas palabras no se encuentran en los Setenta. En lugar de sacerdotes y profetas, traeré a los babilonios, los peores de todas las naciones, para que posean vuestras casas y os sometan a la esclavitud. Pero también nuestras casas, esto es, nuestras almas (pues somos templo de Dios y el Espíritu Santo habita en nosotros [1 Cor. 6, 19]), las poseerán los peores demonios, si nuestra tierra estuviera llena de sangres y la habitación llena de iniquidad. And I will make the pride of the mighty to cease: and they

shall possess their sanctuaries. LXX: Y apartaré el estruendo de su fortaleza; y serán contaminadas sus cosas santas. Toda soberbia ofende a Dios. Por eso, los peores de las naciones poseerán las casas de los poderosos y de los soberbios, y obtendrán sus santuarios, porque el impuro entra en el lugar de la santidad y lo contamina con su inmundicia. Significativamente, sin embargo, porque habían sido contaminados los santuarios de Dios y violado su secreto, no dijo 'poseerán mis santuarios', sino sus santuarios: porque tras la contaminación dejaron de ser míos. La angustia está presente. LXX: La propiciación vendrá. Según el orden anterior, rectamente Aquila y Teodoción interpretaron que está presente la angustia; y Símaco, el pesar. Los Setenta, sin embargo, en medio de todas las cosas tristes, pusieron una palabra de alegría: para que el ánimo del que llora sea sustentado y espere, entre las adversidades, cosas mejores y un Señor propicio; de quien está escrito: El Señor levanta a los abatidos (Sal. 145, 8). Nosotros, en cambio, según Símaco, hemos unido la sentencia anterior con la posterior, para decir:

(Vers. 25.) Al sobrevenir la angustia, buscarán la paz y no la habrá. Lo cual, según los Setenta, no puede sostenerse en absoluto. Pues si la propiciación vendrá, ¿cómo buscarán la paz y no la encontrarán? Buscará, pues, la paz y no la encontrará aquel que oyó de los apóstoles: Paz a esta casa (Mat. 10, 12), y no la guardó, ni la hizo descansar en su mente, sino que, ahuyentada por las malas obras, no puede encontrarla. Es la misma

paz que sobrepasa todo sentido (Fil. 4, 7), y que el Salvador, ascendiendo victorioso al Padre, dejó a los apóstoles (Jn. 14).

(Vers. 26.) Perturbación sobre perturbación vendrá, y rumor sobre rumor. LXX: Habrá ay sobre ay, y mensajero sobre mensajero. Como se dice a los santos: Alegraos, otra vez digo alegraos (Fil. 4, 4); y de ellos está escrito: Irán de virtud en virtud (Sal. 83, 8), para que los bienes presentes se colmen con bienes futuros: así también sobre estos sobre quienes viene la angustia, y que buscaron la paz y no la encontraron, vendrá perturbación sobre perturbación, o ay sobre ay, según lo que está escrito también en el Apocalipsis: un ay pasó, y otro ay vendrá pronto (Apoc. 9, 12). Y vendrá rumor sobre rumor, y mensajero sobre mensajero; según aquello del bienaventurado Job: Cuando aún hablaba uno, vino otro mensajero (Job 1, 16), aumentando males con males y describiendo el estruendo y la turba del babilonio que se acerca.

Y buscarán la visión del profeta; y la ley perecerá del sacerdote, y el consejo de los ancianos. Propiamente, cada cosa se busca de cada persona. El vaticinio de las cosas futuras se busca del profeta. La interpretación de la ley es oficio del sacerdote. La edad madura busca el consejo prudente; según aquello que está escrito: En el consejo de los santos [Al. justos] y en la congregación, grandes son las obras del Señor (Sal. 110, 1-2). Estas cosas no solo se buscaban de los profetas, sacerdotes y ancianos en aquel tiempo en que el ejército babilónico venía contra Jerusalén,

sino que se requieren diariamente en las Iglesias. Si estas perdieran la visión, la ley y el consejo, en vano se jactan de tener profetas, sacerdotes y ancianos.

(Vers. 27.) El rey llorará, y el príncipe se vestirá de pesar, o, según los Setenta, de perdición; quienes, deseando no sé qué, callaron totalmente esto que nosotros hemos expresado del discurso hebreo: el rey llorará. Pues la sagrada Escritura recuerda que Sedequías lloró y que todos los príncipes del pueblo judío fueron consumidos por el pesar. Pero podemos decir —aunque a primera vista esto parezca blasfemo— que el rey que llora nuestros vicios y pecados es Cristo, quien habla en los Salmos: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción? (Sal. 29, 10). Y acercándose a Jerusalén lloró sobre ella y dijo: ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados a ti! ¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste! (Mat. 23, 37). Los príncipes también serán, en buena parte, los apóstoles que lloran por los pecadores; o en la contraria, aquellos a quienes se dice: Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma (Is. 1, 10). Y se vestirá, según los Setenta, de perdición quien no tiene la armadura de Dios ni está revestido de Cristo. Pues cuantos fuisteis bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gál. 3, 27). Y las manos del pueblo de la tierra se turbarán, o, según los Setenta, se debilitarán. Cuando no haya visión en el profeta, ni ciencia de la Ley en el sacerdote, ni consejo en los ancianos; y el rey

haya llorado y el príncipe haya estado en pesar o en perdición, por consiguiente también se turbarán las manos del pueblo, perdiendo su orden, o se debilitarán, al no tener su antigua fortaleza. Y bellamente no se dice 'pueblo de Dios', cuyas manos se turbarán y cuya ciudadanía no está en el cielo, sino 'pueblo de la tierra', de quien está escrito: Los que se apartan de ti, en la tierra serán escritos (Jer. 17, 13).

Según el camino de ellos haré con ellos, y según sus juicios los juzgaré, o, como tradujeron los Setenta, me vengaré de ellos. A los pecadores Dios les devuelve según sus caminos, para mantener la verdad del juicio. Por lo demás, en los santos excede la medida de la clemencia. Pues no son dignos de comparación los padecimientos de este tiempo con la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom. 8, 18). Porque la paga del pecado es la muerte (ibíd. 6, 23), que el pecador recibe según sus caminos y sus obras. En cambio, la virtud de los justos disfruta de la largueza del Señor, de la que habla Pablo: El don de Dios es la vida eterna. Y lo que añadió: y según sus juicios los juzgaré, suena a aquello del Evangelio: Con el juicio con que juzguéis, se os juzgará (Mat. 7, 1). Y lo apostólico: Pues en el juicio en que juzgas a otro, a ti mismo te condenas. Pues haces las mismas cosas que juzgas (Rom. 2, 1).

Y sabrán que yo soy el Señor. Este versículo se pone frecuentemente en este profeta, porque al suplicio y a los tormentos les sigue el conocimiento de Dios, para que a quien no comprendían por los beneficios, lo conozcan por los tormentos.

# LIBRO TERCERO.

Nada es largo si tiene fin, y toda la serie de los tiempos pasados, una vez transcurrida, no aprovecha: a no ser que tal vez uno se haya preparado el viático de las buenas obras, las cuales siempre miran hacia lo futuro, más aún, hacia lo eterno, y no se ven estrechadas por término alguno. Es una sentencia verdadera: Todo lo que nace, muere; y lo que crece, envejece. En otro lugar: Pues no hay nada hecho por el trabajo y la mano que la vejez no acabe y consuma. ¿Quién creería que Roma, construida con las victorias de todo el orbe, se derrumbaría, que ella misma se convertiría en madre y sepulcro de sus propios pueblos: que todas las costas de Oriente, de Egipto, de África, de la ciudad otrora dominadora, se llenarían con el número de siervos y esclavas: que cada día la santa Belén recibiría como mendigos a nobles de antaño de ambos sexos, y que abundaban en todas las riquezas? Ya que no podemos prestarles ayuda, nos condolemos y unimos lágrimas a lágrimas: y ocupados por la carga de una obra santa, mientras no soportamos ver sin gemido a los que acuden, hemos omitido las explicaciones sobre Ezequiel y casi todo estudio, y deseamos convertir las palabras de las Escrituras en obras, y no decir cosas santas, sino hacerlas. Por lo cual, advertidos de nuevo por ti, oh virgen de

Cristo Eustoquio, repetimos el trabajo interrumpido y, habiendo acometido el tercer volumen, deseamos satisfacer tu deseo: suplicándote tanto a ti como a los demás que han de leer esto, que no consideren nuestras fuerzas sino nuestro voto, de los cuales uno es de la fragilidad humana, el otro de la santa voluntad en el Señor.

(Cap. VIII.—Vers. 1.) Y sucedió en el año sexto, en el sexto mes, a los cinco del mes, que yo estaba sentado en mi casa, y los ancianos de Judá estaban sentados ante mí. En el quinto año de la transmigración de Jeconías, en el cuarto mes, a los cinco del mes, leímos que se produjo la visión anterior al profeta. Pero esta que ahora queremos exponer se recuerda que sucedió en el sexto año del mismo rey, en el sexto mes, a los cinco del mes. Por lo cual es evidente que estas cosas que están escritas sucedieron después de un año y dos meses, y que o bien la profecía se interrumpió durante un año y dos meses, o bien durante los catorce meses enteros se llevaron a cabo los hechos que el discurso anterior entretejió. Ahora bien, no se maravillará de que la profecía se hiciera en el sexto año y en el sexto mes y en el quinto día del mes —cuyos números se refieren a la fábrica del mundo y a los sentidos carnales que contemplan las cosas terrenas y aún no contemplan las celestiales— quien comprenda que el discurso se dirige a los presbíteros de Judá. De los cuales setenta sostenían los incensarios y veinticinco adoraban al sol en el templo; y el profeta estaba sentado en su casa huyendo de la concurrencia de la multitud; y los ancianos de

Judá estaban sentados ante él, o bien deseando oír las palabras del profeta, o bien acechando sus discursos. Y significativamente se dice 'ancianos de Judá', para que entendamos que nada se dice a Israel —esto es, a las diez tribus que antes habían sido capturadas—, sino a aquellos que de la tribu de Judá habían sido llevados a la cautividad con Jeconías.

(Vers. 2.) Y cayó allí sobre mí la mano del Señor Dios. Y vi, y he aquí una semejanza como aspecto de fuego desde el aspecto de sus lomos, y hacia abajo fuego; y desde sus lomos y hacia arriba, como aspecto de esplendor, como visión de ámbar. LXX: Y se hizo sobre mí la mano de Adonai el Señor: y vi y he aquí una semejanza como especie de hombre desde sus lomos, y hacia abajo fuego, y desde sus lomos y hacia arriba como visión de un soplo, como visión de ámbar. El discurso hebreo no contiene la palabra 'hombre'. Ahora bien, la 'visión de un soplo', que no se encuentra en los Setenta, la hemos añadido de Teodoción. Y en lugar de lo que nosotros dijimos, cayó sobre mí la mano del Señor, Símaco tradujo: me sobrevino la mano del Señor, lo cual en hebreo se dice TEPHPHOL. La mano, en cambio, significa energeian (ἐνέργειαν), esto es, obras, para que pueda conocer los sacramentos de la visión. Y debe considerarse esto: que no ve las verdades mismas, sino la semejanza del fuego, porque desde los lomos hacia abajo apareció fuego; y desde los lomos hacia arriba como aspecto de esplendor, como visión de ámbar. En lugar de esplendor, que en hebreo se dice ZOR, Teodoción tradujo 'soplo',

para mostrar los refrigerios de Dios en las cosas celestiales. Finalmente, también en el volumen de los Reyes, el bienaventurado Elías contempla la venida del Señor no en la tempestad y el torbellino, ni en los ardores del fuego, sino en el aspecto de un soplo tenue y suavísimo, para probar la mansedumbre de Dios Omnipotente. Las obras del coito, empero, que se significan en los lomos, se purgan con fuego hasta abajo. Y las obras de las virtudes, que desde los lomos se elevan a las partes superiores, tienen esplendor y fulgor, y sin embargo no se dice fuego hasta los pies ni esplendor de ámbar hasta la cabeza, sino hacia abajo y hacia arriba, para que tanto en los pecadores como en los santos, según la diversidad de los méritos, uno llegue hasta tal o cual miembro, y otro hasta tales o cuales. Y así como los que poseen la perfección de la santidad llegan hasta la cima de la cabeza, así los que están en lo profundo de los pecados se ha de creer que tocan las plantas de los pies de fuego.

(Vers. 3.) Y la semejanza de una mano enviada me asió por un mechón de mi cabeza. LXX: Y extendió la semejanza de una mano, y me tomó por el borde de mi coronilla. Y aquí se extiende la semejanza de la mano, no la mano misma, pues nada corporal hay en Dios. Y se ve la mano como miembro de un cuerpo humano y habitual para que de ningún modo aterrorice al que es tomado y asido. Pues si hubiera tocado al profeta bajo la semejanza de una culebra o de cualquier otra de las bestias, la misma disimilitud de los miembros habría aterrorizado al arrebatado. Y se asió una

parte de los cabellos, porque la naturaleza humana no soporta la presión de toda la cabeza. En lugar de mechón, los Setenta tradujeron kraspedon (κράσπεδον), esto es, 'borde' o 'franja'; de los cuales uno suele entenderse de los cabellos y el otro de los vestidos. Y me elevó el espíritu entre la tierra y el cielo. Primero es asido por la semejanza de la mano; después es elevado por el espíritu, el cual no lo eleva inmediatamente al cielo, sino entre la tierra y el cielo, para que, abandonando entre tanto las cosas terrenas, se apresure hacia el cielo. Podemos también decir esto: que por las buenas obras el profeta fue asido por la semejanza de la mano de Dios, y por el conocimiento de las cosas espirituales es elevado por el espíritu.

(Vers. 4.) Y me llevó a Jerusalén en visión de Dios, junto a la puerta interior que miraba al aquilón, donde estaba colocada el ídolo del Celo para provocar la emulación. Y he aquí allí la gloria del Dios de Israel, según la visión que yo había visto en el campo. LXX: Y me llevó a Jerusalén en visión de Dios al vestíbulo de la puerta que mira al aquilón: donde estaba la estatua del poseedor. Y he aquí que estaba allí la gloria del Señor Dios de Israel según la visión que vi en el campo. Ahora bien, esto que se encuentra en algunos códices: Y en la estatua la imagen del Celo, ha sido añadido de Teodoción. Lo demás de modo semejante. Cuando dice: me llevó a Jerusalén en visión de Dios, muestra que no fue trasladado en el cuerpo, sino en el espíritu. Según esta visión podemos contemplar tanto los cielos como los profundos del mar y los infiernos, mientras abarcamos con

el pensamiento las razones de cada uno. Primero, empero, llegó al vestíbulo que mira al aquilón, para ver allí la estatua del ídolo del Celo para provocar la emulación; para que desde aquel lugar pueda penetrar a lo interior y ver lo demás que se describe después. La historia narra, en efecto, que la estatua del ídolo Baal fue puesta en el templo de Dios. Y bellamente se llama ídolo del Celo, porque provoca al Señor a la emulación y al celo; según aquello que se dice en el Deuteronomio: Ellos me provocaron a celos en lo que no era Dios: y yo los provocaré a celos en una nación que no lo es (Deut. 32). Por lo demás, porque el celo y la posesión, que en hebreo se dice CENA, se llaman con el mismo nombre, en lugar de estatua del Celo, los Setenta tradujeron estatua del poseedor. Finalmente, cuando nació Caín, dijo el progenitor: He poseído un hombre por Dios (Gén. 4, 1), aludiendo al nombre de Caín por la posesión del hombre. Y allí estaba la gloria del Dios de Israel, no porque se deleitara con tal vecindad, sino para que con su presencia destruyera el ídolo del Celo y el templo. Por lo cual también la subversión de la ciudad y del templo sigue tras breve tiempo. Y en Isaías está escrito que el lecho estrecho de ningún modo cabe a dos, y la capa corta no puede cubrir a ambos (Is. 28); significando la Escritura aquello del Apóstol: Quien cons... [truncado]

(Vers. 5.) Y me dijo: Hijo de hombre, levanta tus ojos hacia el camino del aquilón. Y levanté mis ojos hacia el camino del aquilón: y he aquí al aquilón de la puerta del altar, el ídolo del Celo en la entrada misma. En lugar de lo que nosotros

pusimos: Al aquilón de la puerta del altar, el ídolo del Celo en la entrada misma, los Setenta tradujeron: Desde el aquilón a la puerta oriental, lo cual no se encuentra en el hebreo; dejando lo demás que allí está escrito. Me dijo, dice, o bien la gloria de Dios que había visto en el campo, o el espíritu que me elevó entre el cielo y la tierra. Y me habló, después de haberme trasladado a Jerusalén y haberme hecho ver o bien la ciudad o el templo, y mandó que levantara los ojos al camino del aquilón. Allí, en efecto, estaba colocada la estatua de Baal, a la que llama ídolo del Celo, en la entrada misma de la puerta. Quienes, empero, refieren el ídolo del Celo, o del poseedor, a la gloria de Dios o al espíritu, obran impíamente, cambiando la persona del ídolo por la majestad de Dios.

(Vers. 6.) Y me dijo: Hijo de hombre, ¿crees que ves tú lo que estos hacen: las abominaciones grandes que la casa de Israel hace aquí: para que yo me aleje de mi santuario? Y vuelto aún, verás abominaciones mayores. No pienses, dice, que injustamente deserto del templo y dejo la ciudad para ser subvertida; mira lo que hacen en el templo. Y cuando hayas visto aquellas cosas, no pienses que es el fin de los crímenes, verás aún cosas mayores. Lo cual ciertamente puede entenderse también de nuestra Jerusalén y de nuestro templo, cuando, a ejemplo de Ofni y Finés (1 Sam. 2), obramos los crímenes de los ídolos en el tabernáculo de Dios; y fornicamos con aquellas que se han consagrado a la milicia y al ministerio de Dios; y arrancamos las primicias de sus sacrificios dándolas para uso de clientes y siervos,

y lo hacemos todo por causa del lucro. Pero si estas cosas que vemos son tan grandes, ¿cuánto mayores han de estimarse las que escapan a la conciencia humana?

(Vers. 7 sigs.) Y me introdujo a la puerta del atrio; y vi, y he aquí un agujero en la pared. Y me dijo: Hijo de hombre, cava la pared. Y cuando hube cavado la pared, apareció una puerta. Y me dijo: Entra y ve las abominaciones pésimas que estos hacen aquí. Esto que he traducido: Y vi, y he aquí un agujero en la pared, no se encuentra en los Setenta. Y porque todas las cosas se muestran como en una imagen y pintura, dice que vio un agujero en la pared y que se le mandó que lo cavara y lo hiciera mayor, para que abierto el agujero pudiera entrar más ampliamente y ver lo que, puesto fuera, no podía ver. Por lo cual se muestra, tanto en las Iglesias como en cada uno de nosotros, que por pequeños vicios se muestran otros mayores, y como por ciertos agujeros se llega a las abominaciones máximas. Pues por los frutos se conoce el árbol (Mat. 12, 33-34); y de la abundancia del corazón habla la boca. Por signo del hombre interior son las palabras que irrumpen: así como a veces un discurso torpe demuestra al libidinoso, porque oculta astutamente sus vicios; y el deseo de una cosa pequeñísima significa la avaricia que late intrínsecamente. Pues por las cosas menores se muestran las mayores, y por el rostro y los ojos no puede disimularse la conciencia, mientras la mente lujuriosa y lasciva brilla en la cara; y los secretos del corazón se indican por el movimiento del cuerpo y por los gestos.

(Vers. 10.) Y entrando vi: y he aquí toda semejanza de reptiles y la abominación de animales; y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared en circuito por todo alrededor. No solo el ídolo del Celo estaba en la entrada de la puerta del aquilón, sino que también todas las paredes del Templo estaban pintadas con diversas imágenes de ídolos: de modo que no había bestia alguna que la pintura de la pared no mostrara. Esto lo vemos hasta hoy en los delubros de los ídolos y en los templos de los gentiles, que una religión necia adore a todo género de bestias. Por lo cual también Virgilio dice: Monstruos de dioses de todo género, y el ladrador Anubis, Contra Neptuno y Venus, y contra Minerva. Como si no fuesen también monstruos aquellas cosas que él alaba. Podemos también mostrar ídolos pintados en las paredes de nuestro templo, cuando estamos sujetos a todos los vicios y pintamos en nuestro corazón la conciencia de los pecados e imágenes diversas. De las cuales también se dice en el Salmo: Señor, en tu ciudad disiparás la imagen de ellos (Sal. 72, 20). Y en otro lugar: Ciertamente en imagen camina el hombre (Sal. 38, 7). A saber, que no hay hombre alguno que no tenga alguna imagen, ya sea de santidad o de pecado. Por lo cual se dice a los furiosos e iracundos: Su furor es según la semejanza de la serpiente: como el áspid sorda que tapa sus oídos, que no oirá la voz de los encantadores (Sal. 56, 5). Y de los hombres malvados: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Mat. 3, 7). Y de los versátiles y fraudulentos: Id, decid a esa

zorra (Lc. 13, 32). Y de los amantes de las mujeres: Caballos enloquecidos por las mujeres se me han vuelto: cada uno relinchaba tras la mujer de su prójimo (Jer. 5, 8). También de los brutos e insensatos: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento. Y otra vez: Con camu y freno aprieta sus mandíbulas, los que no se acercan a ti (Sal. 31, 9). Y muchas cosas de este género. Esto que hemos puesto: Y he aquí toda semejanza de reptiles y de animales, no se encuentra en los Setenta.

(Vers. 11.) Y setenta varones de los ancianos de la casa de Israel, y Jazonías hijo de Safán estaba en medio de ellos, los cuales estaban ante las pinturas, y cada uno tenía un incensario en su mano, y subía un vapor de nube de incienso. Cuando dice que hubo setenta varones de los ancianos de la casa de Israel, que tenían incensarios en sus manos, muestra que hubo muchos otros presbíteros que no hacían esto, sino que tal vez estaban retenidos por otros pecados; y que uno de nombre Jazonías hijo de Safán había estado en medio de ellos, como príncipe de su maldad y de su sacrilegio, los cuales, omitida la religión de Dios, daban culto a los ídolos, y en el templo no adoraban a Dios, de quien era el templo, sino a las pinturas de las paredes. Y bellamente se dice: Estaba Jazonías hijo de Safán, esto es, de su juicio y de su condenación en medio de los presbíteros que estaban de pie, porque tanto el príncipe como aquellos de quienes era príncipe, estaban con paso firme en sus maldades, ni vacilaban en el mal, sino que persistían robustísimamente; y el vapor de la

nube y de la confusión y del torbellino que subía del incienso, demostraba los sacrilegios de los que ofrecían. Esto se haya hecho en aquel tiempo según la letra. Por lo demás, también nosotros debemos orar para que los ancianos de la casa de Israel, multiplicando por siete décadas el número septenario, que es santo, no permanezcan en sus errores y adoren las pinturas de los ídolos, y el vapor del sacrilegio ascienda o surja resistiendo a Dios. Cuando veamos a una plebe pésima congregada, de la cual está escrito: Odié la Iglesia de los malignos (Sal. 25, 6); y a los prepósitos peores que la plebe, y a un príncipe más inicuo que ha sido puesto al frente de la plebe y de los presbíteros, digamos que Jazonías está ante las pinturas, y que cada uno tiene incensarios en sus manos, adorando no la majestad de Dios, sino sus propias sentencias, y que de ningún modo llega a Dios el olor de buena fragancia, sino el hedor a los ídolos.

(Vers. 12.) Y me dijo: Ciertamente ves, hijo de hombre, lo que los ancianos de la casa de Israel hacen en las tinieblas, cada uno en lo escondido de su habitación. Pues dicen: No nos ve el Señor; ha abandonado el Señor la tierra. Por aquello, dice, que hacen en el templo congregados igualmente, se muestra lo que cada uno hace en su habitación. Pero según la anagogía puede entenderse mejor que algunos príncipes de las Iglesias hacen en las tinieblas cosas que también son torpes de decir. Este es el hombre escondido del corazón, del cual se dice: Entra en tu aposento (Miq. 6, 4). Y de nuevo: Quien ve en lo escondido te recompensará. Recapacite cada uno su

conciencia y recuerde las obras de las tinieblas en las tinieblas, y sepa que está escrito: Todo el que obra mal, odia la luz, y no viene a la luz para no ser argüido por la luz (Jn. 3, 20; 1 Tes. 5). Y en sí mismo entenderá que se ha cumplido aquello: El que se embriaga, de noche se embriaga (cf. 1 Tes. 5, 7; Prov. 2, 25). Lo cual según la letra no puede sostenerse. Pues, ¿cuántos se embriagan en las comidas y banquetes de los días? Pero porque la embriaguez del corazón que ofende a Dios es de las tinieblas, y no de la luz, por eso cualquiera que se embriaga, de noche se embriaga. Pero cuando los ancianos de la casa de Israel hayan hecho males en las tinieblas y en lo escondido de sus habitaciones, y hayan pensado que pueden ocultarse de Dios, entonces consecuentemente dirán: No nos ve el Señor, ha abandonado el Señor la tierra. Y muchos son los pecadores y los que caminan según sus propios pensamientos, que no estiman que Dios se cuida de las cosas mortales, ni que nuestros vicios le pertenecen a Él. Ciertamente cuando pecamos, si pensáramos que Dios ve y está presente, nunca haríamos lo que le desplace. Además, lo que sigue: Ha abandonado el Señor la tierra, es también sentencia de algunos filósofos que, por el curso y la constancia de los astros, sospechan que hay en lo celestial una providencia, y que lo terreno es despreciado, mientras nada recto ni según orden se realiza en las tierras.

(Vers. 13, 14.) Y me dijo: Vuélvete aún y verás abominaciones mayores que ellos hacen. Y me introdujo por la entrada de la puerta de la casa

del Señor, que miraba hacia el aquilón; y he aquí mujeres sentadas allí llorando a Adonis. Lo que nosotros hemos interpretado como Adonis, tanto la lengua hebrea como la siria lo llaman Tamuz: por lo cual, porque según la fábula gentil, en el mes de junio se narra que el amante de Venus y un bellísimo joven fue muerto, y que después revivió, llaman al mismo mes de junio con el mismo nombre, y le celebran una solemnidad aniversario, en la cual es llorado por las mujeres como muerto, y después es cantado y alabado como quien revive.

Consecuentemente, después de que se ha mostrado lo que los príncipes y los ancianos de la casa de Israel hicieron en el templo y en las tinieblas y en sus habitaciones, se describen también los vicios de las mujeres, las cuales lloran privadas de la sociedad de sus amantes, y se regocijan si han podido obtenerlos. Y porque la misma gentilidad interpreta sutilmente esta clase de fábulas de los poetas, que contienen torpeza, siguiendo con llanto y gozo la muerte y resurrección de Adonis: de las cuales piensa que una se muestra en las semillas que mueren en la tierra, y la otra en las mieses por las que renacen las semillas muertas; llamemos también nosotros mujeres a aquellos que ante los males y bienes del mundo, o se entristecen o se regocijan, con ánimo blando y afeminado: y digamos que lloran a Tamuz, a saber, aquellas cosas que en los asuntos del mundo se piensa que son bellísimas.

(Vers. 15, 16.) Y me dijo: Ciertamente has visto, hijo de hombre: vuélvete aún y verás abomina-

ciones mayores que estas. Y me introdujo en el atrio interior de la casa del Señor, y he aquí que en la puerta del templo del Señor, entre el vestíbulo y el altar, había como veinticinco varones, que tenían sus espaldas contra el templo del Señor y sus rostros hacia el oriente, y adoraban al nacimiento del sol. Lo que nosotros hemos interpretado como vestíbulo según Símaco, que puso *propylon*, es por aquello que los Setenta y Teodoción tradujeron con la misma palabra hebrea AELAM; la primera edición de Aquila interpretó *prostada*, la segunda interpretó *AELAM* del templo, lo cual nosotros podemos expresar como el pórtico del templo: o el atrio descubierto que estaba entre el templo y el altar. Y porque arriba leímos, después del ídolo del celo que apareció en la puerta del aquilón: «Vuélvete aún y verás abominaciones mayores»; y habiéndose mostrado por la pared las pinturas de todas las bestias que adoraban los setenta ancianos y Jazonías hijo de Safán, teniendo incensarios en sus manos, se dice por segunda vez: «Vuélvete aún y verás abominaciones mayores que estos hacen», por el hecho de que estaban sentadas las mujeres llorando a Adonis; después del tercer pecado también se dice: «Vuélvete aún y verás abominaciones mayores que estas». ¿Cuál es pues la mayor abominación de los tres crímenes superiores? A saber, la cuarta que sigue: He aquí en la puerta del templo del Señor entre el vestíbulo y el altar como veinticinco varones que tenían las espaldas contra el templo del Señor y los rostros hacia el oriente, y adoraban al nacimiento del sol, por el hecho de que, despre-

ciado el Señor, esto es, el Creador, adoraban al sol, esto es, a la criatura del Señor, mandando el mismo Señor por Moisés (Dt. 12) que de ningún modo debían adorar a Dios hacia el oriente al modo de los gentiles: sino que en cualquier parte del mundo en que estuvieran, ya fuera al oriente, ya al occidente, ya al mediodía, ya al aquilón, adoraran hacia el templo, donde se creía que habitaba el Señor en el santo de los santos. Lo cual ciertamente leemos que hizo también Daniel en Babilonia (Dan. 6), quien abiertas las ventanas de su cenáculo, adoraba al Señor hacia el templo que estaba en Jerusalén.

Que esto fue un sacrilegio según la letra, nadie lo duda. Según la anagogía, que todos los heréticos son peores que los anteriores, esto es, que el ídolo del celo y las figuras de animales pintadas en la pared y el llanto de Adonis, por los cuales se muestra la idolatría y el placer, podrá saberlo aquel que entienda al profeta diciendo: Pero tú odiaste la disciplina y arrojaste mis palabras tras de ti (Sal. 49, 17). Y en otro lugar: Volvieron contra mí la espalda alejándose (Jer. 2, 27). ¿O ignoramos a Marción y a los demás heréticos que despedazan el Antiguo Testamento, y despreciado el Creador, esto es, el Dios justo, dan culto y adoran a algún otro Dios bueno que han fingido de su propio corazón? Y todos los heréticos de nuestro tiempo, que predican que el Hijo de Dios es una criatura y sin embargo lo adoran, habiendo dejado el templo de la divinidad y teniéndolo a sus espaldas, ellos mismos por su propia confesión dicen que adoran a una criatura. Pero

nosotros así adoramos al sol de justicia, de modo que adoremos a Dios en el templo del Antiguo Testamento, donde están la Ley y los Profetas, donde están los querubines y el propiciatorio. A estos que nosotros tradujimos como veinticinco varones, los Setenta pusieron veinte; y en algunos ejemplares se añadieron cinco de Teodoción.

(Vers. 17.) Y me dijo: Ciertamente has visto, hijo de hombre: ¿acaso es cosa leve para la casa de Judá hacer estas abominaciones que han hecho aquí, porque llenando la tierra de iniquidad, se han vuelto para irritarme? Y he aquí que aplican el ramo a sus narices. Por lo que nosotros dijimos: «Y he aquí que aplican el ramo a sus narices», los Setenta tradujeron: «y he aquí ellos mismos como mofándose», a lo cual se añadió de Teodoción: «Extienden el ramo»; de modo que todo sea igualmente: «Y he aquí ellos mismos extienden el ramo como mofándose». Por lo cual interpretó Símaco: «como emitiendo un sonido a semejanza de un cántico por sus narices».

Significa además que los veinticinco varones, que están fundados en un cuadrado con sólida posición, y por los cinco sentidos mediante cinco veces cinco, efectúan la figura de un cuadrángulo, no solo tienen el templo a sus espaldas, sino que al modo de los ídolos aplican el ramo a sus narices: sin duda de palmas, que en lengua griega llaman *baia*, para que por esto signifique que ellos adoran a los ídolos. Finalmente, también Job entre otras virtudes dice haber tenido esta: que nunca mirando al cielo y al sol, y a la luna y a los astros fulgurantes, «besó su mano» (Job 31), esto

es, adoró a las criaturas. Pero la interpretación de Símaco significa un sonido torpe y ronco que procede de las narices en desprecio de Dios. Y así deben ser estimados todos los heréticos que han llenado la tierra de iniquidad y se han vuelto a la ciencia de falso nombre para provocar al Señor a la ira: cuando han querido alabar a Dios, más bien blasfeman con sonido torpe, o tienen en poco al Dios del Antiguo Testamento, se burlan de Él y lo desprecian.

(Vers. 18.) Por tanto, yo también obraré con furor: no perdonará mi ojo, ni tendré misericordia. Y cuando clamen a mis oídos con gran voz, no los escucharé. Y lo que sigue: «y cuando clamen a mis oídos con gran voz, no los escucharé», no se encuentra en los Setenta. Por todas estas cosas, dice, que hicieron, yo obraré con furor, y no perdonará mi ojo, ni tendré misericordia. Al oír esto, los antiguos heréticos calumnian al Creador como si fuera cruel y sanguinario; ni consideran al apóstol Pablo, que ciertamente es apóstol del Dios bueno (como ellos mismos quieren), escribiendo a los corintios: «Si viniere de nuevo, no perdonaré» (2 Cor. 13, 2); para que corrija con la vara a los delincuentes y retire a los errantes hacia la salud. Pues a quienes no entienden lo que les conviene y piden frecuentemente cosas contrarias, les expedito que no sean escuchados por el Señor. Por lo cual también en la oración dominical decimos: «Hágase tu voluntad» (Mt. 6, 10). No nuestra voluntad, que suele errar; sino tu voluntad, que conoce las cosas futuras. Y a veces es de gran felicidad no merecer misericordia al

presente. Y a estos, por tanto, que son de la casa de Judá y se han apartado de la confesión de la Iglesia, no los perdonará el Señor. Y cuando hayan clamado con gran voz, de la cual dijo el Señor: «El clamor de ellos ha llegado hasta mí» (Gén. 18): sin embargo, el Señor no los escuchará, para que coaccionados por los males, entiendan lo que han hecho.

(Cap. IX. Vers. 1.) Y clamó en mis oídos con gran voz, diciendo: Se han acercado las visitaciones de la ciudad. Por visitaciones, los Setenta tradujeron «venganza». «Mía es la venganza y yo retribuiré, dice el Señor» (Dt. 32, 35). Y toda venganza es una visitación como la de un enfermo, como la de quien tiene heridas, como la de quien espera las manos médicas, según aquello que está escrito en otro lugar: «Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados; pero mi misericordia no la apartaré de ellos» (Sal. 88, 33-34). Y rectamente (así dijimos arriba) se dice que la visitación o venganza se acerca estando la cautividad próxima.

Y cada uno tiene un instrumento de muerte en su mano. No dijo «tenía», como tradujeron los Setenta. Pues no narra cosas pasadas, sino que demuestra las presentes y futuras. Quien, por tanto, hiere a los malos en aquello en que son malos, y tiene instrumentos de muerte para matar a los peores, es ministro del Señor.

(Vers. 2, 3.) Y he aquí seis varones venían por el camino de la puerta superior, que mira hacia el aquilón, y cada uno con su instrumento de muerte en su mano. Y un varón en medio de ellos

estaba vestido de lino, y un tintero de escribano a su cintura; y entraron y se detuvieron junto al altar de bronce. Y la gloria del Dios de Israel se elevó de sobre el querubín, que estaba sobre él, hacia el umbral de la casa. Y llamó al varón que estaba vestido de lino, y tenía el tintero de escribano en sus lomos. Por «lino», que nosotros hemos interpretado según Símaco, los Setenta tradujeron *podere* (túnica talar); Teodoción, la misma palabra hebrea *Baddim*; Aquila, «cosas selectas». De nuevo, donde nosotros dijimos: «y un tintero de escribano a su cintura», los Setenta pusieron: «Y una zona de zafiro sobre sus lomos»; Teodoción: «Un *kastu* de escriba en su mano»; Aquila: «*melanodocheion*», esto es, un tintero de escriba en sus lomos; Símaco: «tenía las tablillas de escribano en su cintura». Y donde nosotros tradujimos «umbral de la casa», los Setenta y Teodoción pusieron *to aithrion*, esto es, el vestíbulo al aire libre. Por el instrumento de muerte también, que cada uno de los varones tenía en sus manos, solo los Setenta interpretaron «hacha». Para destruir, pues, los pecados de los hombres, que fueron hechos en el sexto día de la fabricación del mundo, vienen seis varones y descienden de la puerta superior, o como tradujeron los Setenta, «excelsa», hacia el aquilón. Y cada uno tenía un hacha en sus manos, de la cual habla Juan: «Pues ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no hace fruto será cortado y echado al fuego» (Mt. 3, 10; Lc. 3, 9). Y había en medio de los seis varones uno, esto es, el séptimo, con hábito de pontífice vestido con vestiduras de lino,

y tenía el tintero de escribano a su cintura, para describir con él los pecados de todos y segregar el número de los santos de los pecadores; o una zona de zafiro del color de la piedra zafiro, que está entre los ornamentos del príncipe de los sacerdotes.

Y salieron los seis varones y se detuvieron junto al altar de bronce. Pues había dos altares: uno del incienso, de oro por dentro; y otro ante el templo, de bronce para los holocaustos. Se dice que están junto al altar preparados para el imperio del que manda, para que de quienquiera que vean que no se han perdonado allí los pecados, sepan que está sujeto a la sentencia del Señor y a la muerte. También la gloria del Dios de Israel ascendió, o se elevó de sobre un querubín, e huyó hacia el umbral, o hacia el espacio al aire libre del atrio de la casa y del vestíbulo, que de ningún modo está oprimido por un techo, sino que disfruta de la libertad del aire. La cual misma gloria del Señor llamó al varón que estaba en hábito de pontífice y tenía el tintero en sus lomos, y dijo lo que la Escritura atestigua. Algunos interpretan a los seis varones como seis Ángeles que obedecen a la voluntad de Dios; y entienden al mismo que tenía las vestiduras de pontífice como el Salvador; según aquello de que es Sacerdote y Ángel del gran consejo, y aquello que se dice: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Sal. 109, 4). Pues el *podere* que tradujeron los Setenta es una de las ocho vestiduras del pontífice, que en latín se llama *talaris* (que llega a los talones); y por el hecho

de que desciende hasta los pies ha sorteado este vocablo. Sobre la vestidura del pontífice sé que publiqué un libro hace muchísimos años, a cuya explicación remito al lector. Pues no puedo decir todas las cosas en todos los lugares. Y aquello que la primera edición de Aquila y Teodoción habían dicho, *kastu*, por lo cual en el hebreo se lee CESATH, cuando pregunté a un hebreo qué significaba, me respondió que en lengua griega se llama *kalamarion*, por el hecho de que en él se guardan las cañas (*calami*).

Nosotros decimos «tintero» (*atramentarium*) por el hecho de que tiene tinta (*atramentum*). Muchos con más propiedad los llaman «tecas» (*thecas*), por el hecho de que son estuches para las cañas de escribir. De los cuatro querubines, un querubín es enviado desde la gloria de la majestad dominica para hablar a aquel que estaba vestido con las vestiduras de pontífice. Y aunque muchísimos piensen que *ta cheroubeim* se dice en género neutro y número plural, nosotros debemos saber que en número singular es *Querub*, de género masculino, y en plural del mismo género *Querubim*: no porque haya sexo en los ministros de Dios, sino porque cada cosa, según la propiedad de su lengua, es llamada con diversos géneros. Los Ángeles se llaman en número plural *Malachim*, y *Querubim*, y *Serafim* del mismo género y número. Además, *Sabaot*, que se interpreta como «de las milicias» o «de los ejércitos» y «de las virtudes», se dicen en género femenino, número plural, y terminan en la última sílaba *OTH*. Pero quienes

quieren que bajo la figura del pontífice se entienda al Salvador, usan como ejemplo el Apocalipsis de Juan, en el cual está escrito: «Y me volví y vi la voz que hablaba conmigo. Y vuelto vi siete candelabros de oro; y en medio de los candelabros uno semejante al Hijo del hombre» (Apoc. 1, 12-13), y lo demás.

(Vers. 4 sigs.) Y le dijo el Señor: Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalén, y marca una *Tau* sobre las frentes de los varones que gimen y se duelen por todas las abominaciones que se hacen en medio de ella. Y a los otros dijo, oyéndolo yo: Pasad por la ciudad siguiéndolo a él, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Al anciano, al jovencito y a la virgen, al párvulo y a las mujeres matad hasta el exterminio. Pero a todo aquel sobre quien viereis la *Tau*, no lo matéis; y comenzad por mi santuario. Se le manda a aquel que estaba vestido con la túnica talar, o de lino, y ostentaba el hábito sacerdotal, que ponga un signo sobre las frentes de los varones que gimen y se duelen por todas las abominaciones que se hacen en medio de Jerusalén. Por «signo», que tradujeron los Setenta, Aquila y Símaco, Teodoción puso la misma palabra hebrea *THAU*, que es la última entre los hebreos de las veintidós letras, para demostrar la ciencia perfecta en los varones que gimen y se duelen. O, como afirman los hebreos, porque la Ley entre ellos se llama *Thora*, que se escribe con esta letra al principio de su nombre; recibieron este sello aquellos que habían cumplido los preceptos de la Ley. Y para venir a lo nuestro, en las antiguas letras de los

hebreos, de las cuales hasta hoy usan los samaritanos, la última letra, la Tau, tiene la semejanza de una cruz, que se pinta en las frentes de los cristianos y se marca con la frecuente inscripción de la mano. Hay quienes piensan que, por el hecho de que según el alfabeto hebreo esta sea la última letra, se demuestra que en la multitud de los que pecan, sobreviven las reliquias de los santos.

Por tanto, los que gimen y se duelen se salvan; los cuales no solo no consintieron en las malas obras, sino que también lloraron los pecados ajenos, según lo cual también Samuel lloró sobre Saúl (1 Sam. 16), y el apóstol Pablo sobre aquellos que después del pecado no hicieron penitencia. Por lo cual él mismo decía: «Los que estamos en este tabernáculo, gemimos» (2 Cor. 5, 4). Y en otro lugar: «Tengo una gran tristeza y un dolor incesante en mi corazón». Y se les manda a los seis varones que, exceptuados aquellos que pueden decir: «Ha sido marcada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor» (Sal. 4, 7), a todos los demás los maten, no perdonen al anciano, ni al joven, ni a la virgen, ni al párvulo, ni a la mujer. Según los sentidos místicos, los ancianos son en la Iglesia aquellos de quienes se dice: «La canicie del hombre es su prudencia» (Sab. 4, 9); los jóvenes, los que están prontísimos para las batallas de la fe; las vírgenes, las que conservan la pudicicia con toda su mente; los párvulos, los que beben la leche de la infancia y aún no perciben el alimento sólido; las mujeres, las que por la fragilidad del sexo testifican la imbecilidad del alma. A todos

los cuales no se les perdona si, sin el sello de Cristo, creen que son algo.

Y lo que sigue: «Y comenzad por mi santuario», o como tradujeron los Setenta, «y comenzad por mis santos», significa o bien a los sacerdotes que estaban en el templo y adoraban a los ídolos; o a aquellos que por el mérito del sacerdocio eran llamados santos en el pueblo, y que habiendo sido causa de pecado entre los pueblos, los primeros merecieron los suplicios. Pues es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (1 Pe. 4, 17).

(Vers. 7.) Comenzaron, pues, por los varones ancianos que estaban ante la faz de la casa. Y les dijo: Contaminad la casa, y llenad los atrios de muertos. Llenar los atrios de muertos. Por «atrios», que en hebreo se dicen *Aseroth*, los Setenta pusieron «caminos». Son muertos, pues, los varones ancianos de quienes arriba leímos que tenían incensarios y quemaban incienso a los ídolos. Ni hay religión alguna del templo: porque, ofendido el Dios de la religión, todo ha sido contaminado, para que de donde vino el pecado, de allí sea el juicio.

Y los atrios se llenan de cadáveres en el templo, y no los caminos, que ciertamente estaban fuera, a no ser que tal vez podamos entender por caminos las plazas de la ciudad. Ni podían los Ángeles atreverse a contaminar el templo con la sangre de los muertos, en el cual antes habitaba la gloria de Dios, si el Señor de la gloria que se retiraba no lo hubiera mandado. Todo el que ha muerto al pecado contamina los atrios del templo y los

caminos de la ciudad del Señor en los que vive; el cual resurgiendo con Cristo, deja de estar muerto.

Y salieron, y herían a los que estaban en la ciudad. O, como otros tradujeron: «herían a la ciudad»; llamando a la ciudad misma por aquellos que estaban en la urbe.

(Vers. 8.) Y completada la matanza, quedé yo; y caí sobre mi rostro, y clamando dije: ¡Ay, ay, ay!, Señor Dios, ¿acaso vas a dispersar todas las reliquias de Israel, derramando tu furor sobre Jerusalén? Postrados en la matanza todos los que no tenían el sello, cayó el profeta sobre su rostro por la multitud de los muertos, pensando que nadie había quedado fuera de él. Lo cual, porque parecía ser contrario a aquella sentencia por la que había mandado el Señor que no debían ser matados los varones de frentes marcadas, por eso fue suprimido en la edición Vulgata. Nosotros, sin embargo, siguiendo la verdad hebrea, pusimos: «quedé yo». Y debe notarse que no dijo «solo»; pues si lo hubiera dicho, parecería ser contrario; sino «quedé yo», para que se sobreentienda con los demás que tuvieron las frentes marcadas. Para que sepamos que esto fue dicho señaladamente, «quedé yo», en el libro de los Reyes, cuando Elías habla a Dios: «Tus altares han demolido, y yo he quedado solo, y buscan quitarme la vida» (1 Re. 19, 14); puso «solo», porque no sabía que otros habían quedado.

Algunos piensan que por la persona del Señor, en cuyo tipo precedió Ezequiel, puede esto entenderse del pueblo de los judíos: cuando todos se desviaron, a una se hicieron inútiles (Sal. 13). Y

el Profeta atestigua: «Sálvame, Señor, porque ha faltado el Santo» (Sal. 11, 1). Pues solo fue hallado el Señor que no cometió pecado, ni fue hallado dolo en su boca (1 Pe. 2).

Lo que además añadió: «derramando tu furor sobre Jerusalén», la palabra de derramamiento muestra la magnitud de las penas, como leemos en otro lugar: «Se derramó el desprecio sobre los príncipes» (Sal. 106, 40). Y de nuevo: «Casi se derramaron mis pasos» (Sal. 72, 2). Y en sentido bueno: «La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones» (Rom. 5, 5). Y: «Se ha derramado la gracia en tus labios» (Sal. 44, 3). Y en sentido contrario: «Derrama tu furor sobre las gentes que no te han entendido, y sobre los reinos que no han invocado tu nombre» (Jer. 10; Sal. 78, 6). Y: «Derrama la espada, y cierra el paso contra los que me persiguen» (Sal. 34, 3).

(Vers. 9, 10.) Y me dijo: La iniquidad de la casa de Israel y de Judá es excesivamente grande sobremanera. Y la tierra se ha llenado de sangres, y la ciudad se ha llenado de aversión. Pues dijeron: Ha abandonado el Señor la tierra, y el Señor no ve. Por tanto, tampoco mi ojo perdonará, ni tendré misericordia: sus caminos sobre su cabeza devolveré. Viendo el Señor a su profeta llorar por el pueblo, y admirarse de la magnitud de la indignación, devuelve las causas: no, como aquel pensaba, de un suplicio injusto o que excediera la medida, sino de una sentencia merecida y justa. La iniquidad, dice, de las diez tribus de Israel y de las dos tribus de Judá es grande, y no solo grande, sino grande sobremanera. Ni basta haber

dicho esto, sino que repite «muy», para que por la magnitud de la iniquidad, sea la magnitud del suplicio. De lo cual aprendemos que, no como muchísimos estiman, y especialmente los estoicos, los pecados son iguales; sino que son o grandes o pequeños, y según la calidad y medida de los que pecan, hay una diversidad del juicio punitivo. La tierra, dice, se ha llenado de sangres, o como tradujeron los Setenta, «de pueblos»: y la ciudad se ha llenado de aversión; o como tiene la edición Vulgata, «de iniquidad e inmundicia»: no se derramó poca sangre, sino de puerta a puerta; y toda la ciudad se desvió del culto de Dios, y en su lugar está llena de inmundicia, a saber, de las suciedades de la idolatría.

La causa de tan grandes crímenes es aquella: que pensaron que no había providencia sobre la tierra, ni que Dios se cuidaba de las cosas mortales, según aquello que leemos en otro lugar (Virgilio, Eneida, lib. IV): «Ciertamente ese es trabajo para los de arriba, ese cuidado solicita a los tranquilos».

Porque, por tanto, ellos o bien pensaron que no había providencia, o que la que antes había estado en los pueblos, en este tiempo había abandonado a su propio pueblo: por eso tampoco el ojo de Dios perdonará, ni tendrá misericordia: para que, ensañándose contra los vicios, sea aplacable para con las virtudes; y devuelva sus caminos y sus pecados sobre sus cabezas, o sobre lo principal (*hegemonikón*) del corazón, o sobre los príncipes del pueblo, según el libro de los

Números, en el cual se dice que las cabezas de los pueblos son los príncipes.

(Vers. 11.) Y he aquí el varón que estaba vestido de lino, que tenía el tintero en sus lomos, respondió diciendo: He hecho como me mandaste. Los Setenta: «Y he aquí el varón que estaba vestido con la túnica talar y ceñido con una zona sus lomos, y respondió una palabra diciendo: He hecho como me mandaste». Él mismo es el varón a quien se mandó pasar por medio de Jerusalén y poner un signo en las frentes de los varones que gimen y se duelen por todas sus iniquidades. Dice, pues, que ha cumplido los preceptos del Señor y que ha marcado las frentes de los que lloran con el sello de la letra Tau. Pero los seis varones a quienes el Señor había mandado, diciendo: «Pasad por la ciudad siguiéndolo a él, y herid; y no tengáis misericordia de nadie hasta el exterminio», nada de eso anuncian. Pues no cumplieron una sentencia de alegría, sino de dolor, la cual se prueba no con la palabra, sino con la obra.

Y en este lugar, por *podere*, esto es, la túnica talar, que interpretaron los Setenta, Teodoción puso la misma palabra hebrea *Baddim*; Símaco, «de lino»; Aquila, «selecta» o «estola». Por «zona» también Símaco puso «tablillas»; Aquila, «tintero»; Teodoción, «*kastu*».

(Cap. X. Vers. 1, 2.) Y vi, y he aquí en el firmamento que estaba sobre la cabeza de los querubines apareció sobre ellos como una piedra de zafiro, como una especie de semejanza de un solio. And habló al varón que estaba vestido de lino, y dijo: Entra en medio de las ruedas que están

debajo del querubín, y llena tus manos de carbones de fuego que están entre los querubines, y derrámalos sobre la ciudad. Sobre el firmamento que estaba sobre los querubines, y sobre la piedra de zafiro que tenía la semejanza de un trono, y sobre las ruedas que seguían a los animales, baste haber hablado arriba, y esté el lector contento con la explicación de aquellas cosas. Pero ahora lo que se manda a aquel que estaba vestido de lino, por lo cual los Setenta en este lugar interpretaron «estola», que tome carbones de fuego de en medio de los querubines, y los derrame o los esparza sobre la ciudad, me parece que muestra aquello: que después de la matanza y degollina de muchos, y de los cadáveres de los muertos en los caminos, se toman carbones de fuego para que castiguen o limpien a Jerusalén; según aquello que está escrito en Isaías: «Lo santificó en fuego ardiente, y devorará como heno la materia» (Is. 10, 17). Estos son los carbones que para remedio de la lengua y de la mentira, desolando los vicios y los pecados, desea el Profeta al ser interrogado: «¿Qué se te dará, y qué se te añadirá para una lengua mentirosa? Saetas agudas del poderoso con carbones desoladores» (Sal. 119, 3-4).

Y muchas cosas de este género podremos encontrar en las sagradas Escrituras, sobre las cuales frecuentemente hemos hablado. Solo debe notarse esto: que en Isaías, quien solo había pecado en el habla y había dicho que tenía labios inmundos, se toma un solo carbón con las tenazas para la purificación. Aquí, en cambio, porque la ciudad estaba llena de iniquidad, y después de

los suplicios con los cadáveres de los muertos, se toman más carbones de fuego, y no con una mano, sino con ambas, para que sea purificada toda Jerusalén. Aunque también deba entenderse esto: que los carbones de fuego han de ser tomados no para purificación, sino para penas y tormentos, los cuales se derramen sobre Jerusalén.

(Vers. 3 sigs.) Y entró ante mis ojos. Los querubines, empero, estaban a la derecha de la casa cuando entraba el varón, y la nube llenó el atrio interior. Y se elevó la gloria del Señor de sobre el querubín hacia el umbral de la casa, y se llenó la casa de la nube, y el atrio se llenó del resplandor de la gloria del Señor. Y el sonido de las alas de los querubines se oía hasta el atrio exterior, como la voz del Dios omnipotente cuando habla. Y habiendo mandado al varón que estaba vestido de lino, diciendo: Toma fuego de en medio de las ruedas que están entre los querubines; entró él y se detuvo junto a la rueda. Y extendió un querubín su mano de en medio de los querubines hacia el fuego que estaba entre los querubines, y lo tomó y lo dio en las manos de aquel que estaba vestido de lino. El cual, habiéndolo recibido, salió; y apareció en los querubines la semejanza de una mano de hombre debajo de sus alas.

A la vista del profeta entra el varón que estaba vestido con la túnica talar o de lino, y como los Setenta ahora cambian la interpretación, con la «estola santa», mientras que entre los hebreos se tiene una sola palabra *Baddim*, y los demás intérpretes persisten en la traducción comenzada.

Entra además, como se dice por segunda vez, en medio de las ruedas que están debajo de los querubines, para llenar sus manos con carbones de fuego. El cual, habiendo entrado, se detuvo solo junto a la rueda, y ya fuera por la tristeza de la Jerusalén que debía ser castigada, o estupefacto por la magnitud de la gloria, él mismo no puso su mano en el fuego, sino que uno de los querubines, esto es, un querubín, metió la mano y tomó el fuego que estaba en medio de los querubines y lo dio en la mano de aquel que estaba vestido con vestiduras de lino. El cual, habiéndolo recibido, salió; y sin embargo la Escritura no dice qué hizo una vez salido: para dejar la narración de un asunto triste más bien a nuestra inteligencia que someterla a nuestros ojos.

Al entrar, pues, el varón que estaba vestido con vestiduras de lino, los querubines estaban a la derecha de la casa, para que las santas y celestiales virtudes se viesen ocupar la parte derecha de la casa de Dios, y se crea que aquellas que son enviadas para los suplicios, de las cuales está escrito: «Envió por medio de ángeles malos» (Sal. 77, 49), poseen las partes izquierdas. Y habiéndose elevado la gloria del Señor de sobre el querubín que iba a entregar los carbones de fuego al varón, y habiendo pasado al umbral de la casa, inmediatamente el atrio interior se llena de nube, de tinieblas y de calígine. Pues no se ejecutan los suplicios estando presente la majestad del Señor, y la gloria del Señor se ve en el atrio, del cual está escrito: «El sonido de las alas de los querubines se oía hasta el atrio exterior».

Por «sonido», en el hebreo se pone «voz»; la cual voz tenía la semejanza de la voz del Dios Omnipotente cuando habla. Por lo cual los Setenta tradujeron: «como voz del Dios Sadai»; lo que Aquila, Símaco y Teodoción tradujeron como *hikanón*, que significa «el fuerte y potente». Nota, lector, en qué cosas la visión anterior y esta concuerdan o discrepan, para que de la colación de ambas, sin nuestra advertencia, entiendas los divinos sacramentos, y aquello que antes advertí: que tanto en el firmamento como en el trono y en la mano del hombre no se dice «verdad», sino «semejanza». Pues no contemplamos la gloria del Señor cara a cara con rostro revelado, sino que vemos todas las cosas en semejanza e imagen mientras estamos rodeados de un cuerpo frágil, corruptible y mortal (1 Cor. 13).

(Vers. 8 sigs.) Y vi, y he aquí cuatro ruedas junto a los querubines. Una rueda junto a un querubín, y otra rueda junto a otro querubín. Pero el aspecto de las ruedas era como la visión de una piedra de crisólito, y su apariencia era una sola semejanza de las cuatro, como si fuera una rueda en medio de una rueda. Y cuando caminaban, avanzaban hacia sus cuatro partes, y no se volvían al caminar; sino que hacia el lugar al que se inclinaba la primera a ir, las demás la seguían y no se volvían. Y todo su cuerpo, y cuellos, y manos, y alas, y círculos, estaban llenos de ojos alrededor de las cuatro ruedas. Y a estas ruedas las llamó «volubles» (*volubiles*), oyéndolo yo. Cada uno tenía cuatro rostros. Un rostro era rostro de querubín; el segundo rostro, rostro de hombre; en el

tercero, rostro de león; y en el cuarto, rostro de águila; y los querubines fueron elevados.

Observa qué era antes, o cuántas clases de ruedas según los Setenta: «como visión de *tharsis*»; pero ahora, según los mismos: «como visión de carbunclo»; para que se muestre la semejanza de las alas por el fuego que se entrega desde el querubín: aunque en hebreo, tanto arriba como aquí, esté escrito *THARSIS*: lo cual Aquila tradujo como «crisólito» y Símaco como «jacinto». Y de nuevo, donde vertimos: «Y todo su cuerpo», que se sobrentiende de las ruedas, en el hebreo está escrito: «Y todas sus carnes, y cuellos, y manos, y alas, y círculos». Nota que se llaman «carnes» en las potencias celestiales, para que cuando leamos: «La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios, ni la corrupción la incorrupción» (1 Cor. 15), sepamos que no se condena la sustancia de la carne, sino sus obras: pues *BASAR*, que se escribe en este lugar, no significa «cuerpo», sino «carne». Además, a los «círculos» de las ruedas los llamó «llantas» (*cantos*), con las cuales se estrecha y aprieta la redondez de las maderas. Además, estas ruedas no solo tienen carnes, o cuerpo, o miembros, sino también cuellos, y manos, y alas, para que percibamos las eficacias de las cosas en cada una, no imágenes de miembros. También las mismas ruedas son llamadas en lengua hebrea *GELGEL*, lo que Símaco interpretó como «volubles» y Aquila como «rueda». Por lo demás, lo que sigue: «Oyéndolo yo», hasta aquel lugar donde está escrito: «Fueron elevados los querubines», no se encuentra en

los Setenta, sino que fue añadido del hebreo. En lo cual se debe observar que de ninguna manera, como se dice arriba: «Rostro de hombre y rostro de león a la derecha de los cuatro, y rostro de becerro a la izquierda de los cuatro: y rostro de águila cuatro»; de modo que se crea que unos están a la izquierda y otros a la derecha: sino que se describe un orden igual de todos, diciendo la Escritura: «Cada uno tenía cuatro rostros: Un rostro, rostro de querubín; el segundo rostro, rostro de hombre; en el tercero, rostro de león; y en el cuarto, rostro de águila;» de modo que el primer, segundo, tercer y cuarto rostro no se describen por la diversidad de lugares, derecha e izquierda, sino por un solo orden por grados. Llamó «querubín» a un rostro, es decir al primero, por el cual arriba había dicho «rostro de becerro». De lo cual se entiende que el rostro de querubín es el rostro de becerro. La explicación de la visión pasada contiene el sentido de todas estas cosas.

(Vers. 15 sigs.) Este es el ser viviente que yo había visto junto al río Quebar. Y cuando caminaban los querubines, iban igualmente las ruedas junto a ellos. Y cuando los querubines alzaban sus alas para ensalzarse de la tierra, no se resistían las ruedas, sino que también ellas estaban al lado. Cuando ellos estaban parados, ellas se paraban; y cuando eran elevados, ellas se elevaban. Pues el espíritu de vida estaba en ellas. Todas las cosas viven para Dios, y sienten a su Creador. Pues no es Dios de muertos, sino de vivos (Mat. 22, 32). De donde también todos los cuerpos de las ruedas están llenos de ojos (Supra 1). Y en el salmo se

dice: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos.» El día al día rebosa la palabra, y la noche a la noche indica la ciencia (Sal. 18, 1. 2). También el sol y la luna, el mar y los ríos, los montes y los collados alaban a Dios, y los elementos se vuelven en su propio círculo a través de cada año, y descubrimos la razón de los cielos en la tierra, de modo que conservando el orden de la antigua ley se vuelven y corren; y nada nuevo vemos sobre la tierra. Por lo cual lo que se dice: «Este es el ser viviente que yo había visto junto al río Quebar» (Ecl. 1), la Escritura demuestra que debemos entender las mismas cosas en la exposición del ser viviente que entendimos arriba.

(Vers. 18 sigs.) Y salió la gloria del Señor del umbral del Templo, y se detuvo sobre los querubines. Y alzando los querubines sus alas, se ensalzaron de la tierra ante mí. Y al salir ellos, las ruedas también los siguieron. Y se detuvo en la entrada de la puerta oriental de la casa del Señor, y la gloria del Dios de Israel estaba sobre ellos. Este es el ser viviente que vi debajo del Dios de Israel, junto al río Quebar: y entendí que eran querubines. Cuatro rostros para cada uno, y cuatro alas para cada uno, y la semejanza de mano de hombre bajo sus alas; y la semejanza de sus rostros, los mismos rostros que yo había visto junto al río Quebar, y su mirada y el ímpetu de cada uno de caminar delante de su rostro. La gloria del Señor, o la majestad, que se había detenido en el umbral del templo, se detuvo sobre los querubines. Los cuales, alzando sus alas mientras el

profeta miraba, fueron ensalzados, siguiéndolos igualmente las ruedas, y se detuvo en la entrada de la puerta oriental de la casa del Señor, y poco a poco la protección de Dios dejó a Israel. Primero estuvo en el templo, luego se detuvo en el atrio del templo o umbral; al retirarse del templo, la nube y la oscuridad llenaron lo más recóndito del templo. Y de nuevo la gloria misma se sentó sobre los querubines, y al volar ellos inmediatamente y marcharse a las partes exteriores, las ruedas los siguieron. Y la gloria se detuvo en la puerta oriental de la casa del Señor, no en la entrada del templo, sino después del atrio y el umbral, en la entrada de la puerta oriental de la casa del Señor. Cuando el profeta hubo visto esto: «Este es —dijo — el ser viviente que vi debajo del Dios de Israel, junto al río Quebar, y entendí que eran querubines». ¿Pues qué cosa nueva había visto para que entendiera que eran querubines, lo que antes no había entendido? «Querubines» en nuestra lengua es «multitud de ciencia»: el conocimiento de los sacramentos de Dios, y su trono y descanso. De donde también en el salmo se dice: «Tú que te sientas sobre los querubines, manifiéstate» (Sal. 79, 2). Pues siempre la gloria del Señor se sienta en la multitud de ciencia, y entonces se manifiesta cuando se demuestra que todo es regido por la providencia; ni que algo suceda fortuitamente, ni que alguien diga: «El Señor abandonó la tierra, y el Señor no ve» (Supra 9, 9). De donde también la mirada de los querubines y su deseo es olvidar lo pasado y extenderse a lo futuro (Fil. 3).

(Cap. 11, 1) Y me elevó el espíritu, y me introdujo a la puerta oriental de la casa del Señor que mira al nacimiento del sol. Porque había salido la gloria del Señor del umbral del templo, y se detuvo sobre los querubines; y después, al volar los querubines, se detuvo la gloria misma en la entrada de la puerta oriental de la casa del Señor, y el profeta, porque por sí mismo no podía ir a ella, fue elevado por el espíritu y llevado a la misma puerta oriental de la casa del Señor, que mira al sol de justicia, del cual está escrito: «He aquí el varón: Oriente es su nombre» (Zac. 6, 12): para que de ninguna manera permaneciera en el templo, que estaba confundido por la nube de la ignorancia; sino que estando en la puerta oriental de la casa del Señor, conociera los sacramentos que siguen.

(Vers. 2 sigs.) Y he aquí en la entrada de la puerta veinticinco varones, y vi en medio de ellos a Jezonías hijo de Azur, y a Phaltías hijo de Banayas, príncipes del pueblo. Y me dijo: Hijo de hombre, estos son los varones que piensan la iniquidad y tratan un consejo pésimo en esta ciudad, diciendo: ¿Acaso no se han edificado casas hace poco? Esta es la olla, y nosotros las carnes. Por tanto vaticina sobre ellos, vaticina, hijo de hombre. Y cayó sobre mí el espíritu del Señor, y me dijo: Habla: Esto dice el Señor: Así habéis hablado, casa de Israel, y yo conozco las cogitaciones de vuestro corazón. Habéis matado a muchísimos en esta ciudad, y habéis llenado sus calles de muertos. Por tanto, esto dice el Señor Dios: Vuestros muertos, a los que pusisteis en

medio de ella, ellos son las carnes, y esta es la olla, y yo os sacaré de en medio de ella. Temisteis la espada, y yo induciré la espada sobre vosotros, dice el Señor Dios, y os echaré de en medio de ella; y os daré en mano de enemigos, y haré en vosotros juicios. Caeréis por la espada; en los términos de Israel os juzgaré, y sabréis que yo soy el Señor. Esta no os será por olla, y vosotros no estaréis en medio de ella como carnes. En los términos de Israel os juzgaré, y sabréis que yo soy el Señor. Lo que sigue no se encuentra en los Setenta, sino que fue añadido del hebreo: «Porque no habéis caminado en mis preceptos, y no habéis hecho mis juicios; sino que habéis obrado según los juicios de las gentes que están en vuestro circuito».

El profeta es asumido según aquello que está escrito: «Asumiendo el Señor a los mansos» (Sal. 146, 6); o es elevado de la tierra e introducido a la puerta oriental de la casa del Señor, para que pueda conocer los sacramentos de los veinticinco varones que estaban en la entrada de la puerta, y de Jezonías hijo de Azur, y de Phaltías hijo de Banayas, príncipes del pueblo. Estos, pues, que estaban en la entrada de la puerta oriental de la casa del Señor, desesperando de la salvación y preparados para el exterminio por la conciencia de sus crímenes, no queriendo corregir sus pecados por la penitencia, dicen: Aunque recientemente se han edificado casas que antes habían caído después de la primera cautividad, sin embargo sabemos que esta ciudad es como una olla, y nosotros como carnes, para que en ella seamos consumidos e incinerados, según aquello que

está escrito en Isaías: «Si pasare la tempestad, no nos tomará» (Is. 28, 15). Diciendo ellos estas cosas, cayó sobre el profeta el espíritu del Señor; y por segunda vez le manda que vaticine y diga: Puesto que habéis dicho esto, y no me engañan los secretos de vuestros corazones, yo os interpretaré cómo la ciudad ha de ser reputada por olla y vosotros por carnes: no según aquel sentido que habéis hablado, sino según el otro que no teméis. La ciudad es, ciertamente, a semejanza de una olla, pero no se llenará con vuestras carnes, sino con las de aquellos a quienes matasteis. Pero a vosotros, que pensáis que vais a morir en esta ciudad, os sacaré de en medio de la ciudad y os entregaré en manos de enemigos; y haré en vosotros juicios, para que cuando caigáis por la espada, de ninguna manera en la ciudad, ni fuera de los términos de Israel, sino en los confines de vuestra propia provincia, entonces sepáis que yo soy el Señor. Y por segunda vez se dice: «En los términos de Israel os juzgaré, y sabréis que yo soy el Señor». Padeceréis todo esto porque no habéis caminado en mis preceptos, y no habéis hecho mis juicios, sino que habéis obrado las maldades de las demás gentes de alrededor. Aunque según la letra sea manifiesto lo que se dice, omitidos por un momento los nombres de Jezonías y Azur, Phaltías y Banayas, que reservamos para otro tiempo, debe decirse que hasta hoy en la Iglesia, que es la casa del Señor, y ante la puerta y en la entrada, o en el camino de la puerta, que significa al Salvador por quien entramos al Padre, hay veinticinco varones que lo refieren todo a los

sentidos. Y en cuanto no escapa a mi memoria, nunca he podido encontrar este número en buena parte; aunque en el Levítico son elegidos para el ministerio sacerdotal desde los veinticinco años; pues en el hebreo no tiene este número que se dice en los Setenta, sino el de treinta, que se contiene en el exordio de este profeta y en la edad del Señor, cuando vino a las corrientes del Jordán y fue bautizado por Juan (Lc. 3). Pero si en el Evangelio se encuentran cinco vírgenes prudentes y cinco fatuas (Mt. 25), sepamos que este número está puesto en medio y, según la calidad de los que lo usan, puede atribuirse tanto a buena como a mala parte. Estos varones, pues, que todo lo refieren a los sentidos y tienen dos príncipes de los que hablamos arriba, están contenidos en el número dual, que corta la unidad, y en el número del segundo día no es visto por el Señor, según la verdad hebrea. De donde también en el Arca de Noé los inmundos son introducidos de dos en dos (Gén. 6). Pero el Señor, reduciendo la escisión a uno, hizo de ambos uno y soltó la pared intermedia, condenando las enemistades en su propia carne (Ef. 2). De donde también habla algo más augusto y sublime: «Yo y el Padre somos uno» (Jn. 10, 30), para que de la dualidad judaica nos revoque a la unión de la fe cristiana. Finalmente, perdido el pontificado de los judíos, el Señor padece de ninguna manera bajo un solo príncipe, sino bajo dos, Anás y Caifás, para mostrar el error escindido de su religión. Hay muchos en la entrada de esta puerta ante la casa oriental del Señor, que por sus vicios son comparados a las naciones

y por la conciencia de sus pecados desesperan de la salvación, y dicen: La ciudad en la que nos movemos es una olla y todos nosotros carnes, y seremos consumidos por el ardor babilónico, cuyas saetas son ígneas: no queriendo hacer penitencia y desesperando de la salvación; por tanto oyen que ellos mismos no son las carnes de la pasada y perdida ciudad, sino aquellos a quienes escandalizaron y a quienes mataron. Y por eso se induce sobre ellos la espada para que, después de que en los términos de Israel no entre las gentes, sino entre los cristianos hayan sido juzgados, entonces conozcan que él mismo es el Señor según lo que se lee en los Salmos: «Cuando los mataba, le buscaban» (Sal. 77, 34): para que a quien por los beneficios no habían sentido, lo conozcan por los tormentos.

(Vers. 13) Y sucedió que cuando yo profetizaba, murió Phaltías hijo de Banayas; y caí sobre mi rostro, clamando con gran voz, y dije: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios! ¿haces tú la consumación de las reliquias de Israel? Profetizando el profeta, muere uno de los dos príncipes, Phaltías hijo de Banayas, que se interpreta «ruina que declina», y es hijo de un «constructor» o «albañil»: pues *oikodomos* no puede ser vertido de otro modo a nuestra lengua. El otro de los príncipes es preservado incólume, Jezonías hijo de Azur. Jezonías suena a «sus oídos», lo cual se sobrentiende del alma. Pero Azur «apoyo» o «ayuda». Aquel que, pues, cayendo había declinado del Señor y era de una edificación pésima, cae rectamente mientras profetiza aquel a quien Dios confortó. Pero

aquel que obedecía los preceptos de Dios y era sustentado y apoyado por su auxilio, rectamente permanece en el mando del pueblo. Leemos en el Éxodo (Cap. 2) que, muerto el Faraón rey de Egipto, los hijos de Israel gemían por las obras de lodo, paja y ladrillos, y clamaban al Señor, a quien, mientras él vivía, no podían invocar. Isaías también (Cap. 6), muerto el rey leproso Ozías, vio al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado, y a los serafines de pie a su alrededor; y entendiendo que tenía labios impuros y habitaba en un pueblo que tenía labios impuros, merece que se envíe un carbón del altar y purifique sus labios impuros. Pero aquí, profetizando la fortaleza de Dios, el príncipe que había declinado del servicio del Señor cae para que sea elevado por Cristo. Pues si el Señor es la resurrección, el diablo es la ruina. En lo cual se pregunta cómo se dice del Salvador: «He aquí que este está puesto para la ruina y la resurrección de muchos en Israel» (Lc. 2, 34). Para la ruina de aquellos que estaban pésimamente, y la resurrección de aquellos que habían caído. Cuando el profeta hubo visto esto, cayó sobre su rostro; no por mérito de quien peca, sino por afecto de quien se duele; y con gran voz, que venía de un gran ardor de fe, clamó por tercera vez y dijo: «¡Ay, ay, ay, Señor Dios! ¿haces tú la consumación de las reliquias de Israel?». Y el sentido es: Incluso las mismas reliquias que parecía haber en el pueblo son borradas mientras tú estás indignado.

(Vers. 14 sigs.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, tus hermanos, tus

hermanos, los varones de tu parentesco y toda la casa de Israel entera, a quienes dijeron los habitantes de Jerusalén: Alejaos lejos del Señor; a nosotros se nos ha dado la tierra en posesión. Por tanto, esto dice el Señor Dios: Porque los alejé entre las gentes y porque los disipé en la tierra, les seré por una modesta santificación en las tierras a las que hayan venido. LXX: «Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, tus hermanos y los varones de tu cautividad, y toda la casa de Israel está consumada; a quienes dijeron los habitantes de Jerusalén: Os habéis alejado lejos del Señor; a nosotros se nos ha dado la tierra en herencia». Por tanto dice: Esto dice Adonai el Señor, porque los repelerré a las gentes y los diseminaré por toda la tierra, y les seré por una pequeña santificación en las regiones a las que hayan entrado allí».

Primero debe decirse sobre la variedad de la interpretación. Por lo que se tiene en el hebreo, «los varones de tu parentesco» (esto es, en efecto, lo que significa *GOOLATHACH*), los Setenta vertieron «los varones de tu cautividad». Luego donde sigue: «todos aquellos a quienes dijeron los habitantes de Jerusalén»; por «todos», ellos pusieron «está consumada», por la ambigüedad de las letras y la palabra: pues *CHULLO*, que Aquila, Símaco y Teodoción interpretaron como «todos», ellos lo vertieron como «está consumada», lo cual según el sentido no resuena en absoluto. Fue hecha, pues, la palabra del Señor a Ezequiel, que había dicho: «¡Ay, ay, ay, Señor Dios! ¿haces tú la consumación de las reliquias

de Israel?» a saber, en la muerte de Phaltías y de aquellos que con él fueron muertos, porque de ninguna manera son aquellas las reliquias que el profeta pensaba que había en Jerusalén, sino estos que parecían ser cautivos en Babilonia. Y el sentido es: Oh hijo de hombre, tus hermanos engendrados de la misma estirpe que tú, tus hermanos, digo, a quienes los habitantes de Jerusalén dijeron: «Os habéis alejado del Señor porque sois cautivos y os entregasteis con Jeconías, pero a nosotros se nos ha dado la tierra de Israel en posesión eterna». Diles, pues, a ellos que, aunque los haya alejado de la tierra de Israel y dispersado entre las naciones y mandado estar en tierras extrañas, sin embargo, porque obedecieron mi mandato, seré en ellos incluso en lugares peregrinos y hostiles por una pequeña santificación, mientras se encuentren muchísimos de ellos que de ninguna manera sometan sus cuellos a la idolatría, sino que sean memoriosos de los mandatos de Dios, como lo fueron Daniel y los tres niños, y debe creerse que otros lo fueron, a semejanza de tan grandes príncipes que la Escritura ahora conmemora (Dan. 3). De todo lo cual aprendemos que no debe insultarse a aquellos que por el juicio de Dios han sido entregados a penas; ni debe reprocharse al hombre convertido de sus pecados; ni a los penitentes y a los que han salido de la Iglesia debe decírseles alguna vez: «Lejos os habéis retirado del Señor; a nosotros se nos ha dado la tierra en posesión». Porque esto dice el Señor: Aunque los haya separado por un poco de mi Iglesia y dispersado entre las gentes, sin embargo

les seré por una modesta santificación mientras se acuerden de sus pecados, para que quienes por los vicios se alejaron de su lugar, por la penitencia se apresuren a volver a sus antiguas sedes.

(Vers. 17 sigs.) Por tanto habla: Esto dice el Señor Dios: Os recogeré de los pueblos y os uniré de las tierras en las que habéis sido dispersados, y os daré el suelo de Israel. Y entrarán allí, y quitarán todos los escándalos y todas las abominaciones de ella. Y les daré un solo corazón (o uno distinto) y un espíritu nuevo infundiré en sus entrañas. Y quitaré el corazón de piedra de su carne y les daré un corazón de carne, para que caminen en mis preceptos y guarden mis juicios, y los hagan, y sean para mí un pueblo, y yo sea para ellos un Dios. Pero de aquellos cuyo corazón camina tras sus tropiezos y sus abominaciones: pondré su camino sobre su cabeza, dice el Señor Dios.

Habla la palabra divina a aquellos que eran cautivos en la tierra de Babilonia, a los hermanos del profeta Ezequiel y a los parientes a quienes dijeron los habitantes de Jerusalén: «Lejos os habéis retirado del Señor, a nosotros se nos ha dado la tierra en posesión». Habla, pues, estas cosas que siguen: Os recogeré de los pueblos y os devolveré la tierra de Israel. Y cuando hayáis entrado, quitaréis todos los ídolos por los cuales habíais ofendido a Dios, y os daré un solo corazón de temor y de servicio de Dios, para que de ninguna manera sirváis a diversos ídolos, o uno distinto del que teníais antes. E infundiré un espíritu nuevo en vuestras entrañas, según aquello que está escrito: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,

e innova un espíritu recto en mis entrañas» (Sal. 50, 12). Y quitaré de vosotros el corazón de piedra, esto es, el corazón duro, según aquello que habla Esteban, el primer mártir en Cristo: «Duros de cerviz e incircuncisos de corazón» (Hech. 7, 51). Y se endurece el corazón del Faraón para que no deje salir al pueblo de Israel (Éx. 7). Y os daré, dice, un corazón de carne, blando y tierno, y que pueda recibir los mandatos de Dios, para que se escriban en las tablas de carne del corazón. Por esta razón, pues, se da un corazón blando y se quita el corazón duro, para que caminen en mis preceptos y guarden los juicios, y estén en el pueblo de Dios; y el Señor, que antes había sido adversario, les sea por Dios. Pero quienes de ninguna manera hayan corregido por la penitencia sus pecados anteriores, sino que hayan caminado tras sus abominaciones: les retribuiré, dice, lo que merecen, para que sus caminos sean puestos sobre sus cabezas. Muchísimos estiman que estas cosas sucedieron bajo Zorobabel hijo de Salatiel, y bajo Jesús hijo de Josedec, sumo sacerdote, y bajo Esdras y Nehemías para la tribu de Judá y para aquellos que con ellos regresaron. También que los habitantes de Jerusalén, que fueron capturados bajo Sedecías rey de Judá, o que huyeron con Jeremías a Egipto, fueron dispersados por todas las tierras y de ninguna manera regresaron a la ciudad de Jerusalén. Pero la plena conversión de aquellos que eran cautivos y de las reliquias de Israel se entiende en Cristo, cuando las reliquias fueron salvadas y en un solo día creyeron tres mil, y de nuevo cinco mil (Hech. 2); y otros

de los que habla Jacobo al apóstol Pablo: «¿Ves, hermano, cuántos miles de judíos creyentes hay? Todos estos son emuladores de la Ley» (Hech. 21, 20). Pero también diariamente los soberbios habitantes de la ciudad de Jerusalén, cuyo corazón camina tras sus tropiezos y sus abominaciones, merecen la ofensa de Dios, y aquellos que estaban fuera, quitado el corazón de piedra y recibido un corazón blandísimo, regresan a la Iglesia por la penitencia; y caminan en los preceptos del Señor y guardan sus juicios, y se convierten en el pueblo del Señor, y el Señor, a quien antes habían ofendido, se convierte en su Dios.

Los querubines alzaron sus alas, y las ruedas con ellos, y la gloria del Dios de Israel estaba sobre ellos. Y la gloria del Señor subió de en medio de la ciudad y se situó sobre el monte que está al oriente de la ciudad. Poco a poco la gloria del Señor se retira de Jerusalén. Dejando primero el templo, se detiene en el atrio o en el umbral de la casa, y después a la entrada de la puerta oriental; finalmente, alzadas las alas y seguidas de las ruedas, se sitúa sobre el monte que está al oriente de la ciudad, que sin duda significa el monte de los Olivos, desde donde el Salvador ascendió al Padre. Y la gloria del Señor, que se había alejado de la ciudad de Jerusalén, se detuvo sobre el monte de los Olivos, en señal de resurrección y de luz, para que desde allí pudiera contemplar a la Jerusalén que iba a perecer y a arder. Y lo que dice: «Subió la gloria de en medio de la ciudad» (Juan 14, 31), en otras palabras el Señor habla a los discípulos: «Levantaos, vámonos de aquí» (Luc. 13, 35). Y a

los judíos: «Se os dejará vuestra casa desierta» (Mat. 23). Josefo también relata que se oyó una voz en el templo de los ángeles y de las potestades celestiales, que antes estaban en la defensa de la ciudad: «Salgamos de estas sedes» (Josefo, Antigüedades Judías). Y de modo maravilloso hasta el presente día la gloria del Señor, que abandonó el templo, se mantiene sobre el monte de los Olivos, y resplandeciendo en el signo de la cruz, contempla el templo antes judío, disuelto en brasas y cenizas.

Y el espíritu me levantó y me llevó a Caldea a la transmigración en visión en el espíritu de Dios, y se me quitó la visión que había visto. Y hablé a la transmigración todas las palabras del Señor que me había mostrado. Por aquello que nosotros tradujimos de la verdad hebrea: «Y se me quitó la visión que había visto», los Setenta (LXX) tradujeron: «Y subí de la visión que había visto». Ambas cosas significan que el profeta no fue trasladado en cuerpo a Jerusalén desde Babilonia, sino en el espíritu, y retirada la visión que lo había llevado en el espíritu a Jerusalén y le había mostrado todas las cosas que el discurso anterior narró, regresó a sí mismo y habló a la transmigración todas las cosas que le habían sido mostradas, a saber, a aquellos de quienes arriba se escribió: «Yo estaba sentado en mi casa, y los ancianos de Judá estaban sentados junto a mí, y cayó allí sobre mí la mano del Señor Dios, y vi» (Ezequiel 8, 1). Y de modo admirable, mientras estaban sentados estos que habían venido a visitarlo, el profeta percibía visiones místicas y estaba ausente de aque-

llos que estaban sentados ante él, sin el espíritu, presente en cuerpo. Y todas las cosas se hacen para que reciban consuelo aquellos que eran cautivos, porque han de ser devueltos a la tierra de Israel, y caminarán en los preceptos del Señor, y serán para él un pueblo, y él será para ellos un Dios. Pero los que no se hubieren convertido a la penitencia, sino que hubieren caminado tras sus abominaciones, reciben lo que hicieron. Pues ya hemos advertido a menudo que en las Sagradas Escrituras se dicen frecuentemente palabras por cosas.

Y se me dirigió la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, habitas en medio de una casa provocadora: tienen ojos para ver y no ven, y oídos para oír y no oyen: porque es una casa provocadora. Por aquello que nosotros vertimos: «Habitas en medio de una casa provocadora», los Setenta (LXX) pusieron: «Habitas en medio de sus iniquidades». Pero por lo que sigue, «Porque es una casa provocadora», entendemos que también la sentencia anterior conviene a este versículo. Ya hemos enseñado frecuentemente que por provocación se dice amargura, para que el sentido sea: habitas en medio de una casa que se vuelve a la amargura, la cual hace amargo y cruel a Dios, dulce y clemente por naturaleza, por la amargura de sus vicios. Por lo demás, leemos de Dios: «Gustad y ved cuán suave», o bien «dulce es el Señor» (Salm. 33, 9). Pero el profeta habita en medio de un pueblo que provoca a Dios a la amargura, el cual tiene ojos y no ve, oídos y no oye, no por vicio de los sentidos, sino por la pertinacia de

su maldad. De donde también el Señor dijo a los judíos: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado» (Juan 9, 41): arguyendo y condenando en ellos la ceguera voluntaria. Puesto que, por tanto, tienen ojos para ver y no ven, oídos para oír y no oyen, y desprecian tus palabras, enséñales mediante una imagen y una pintura; y muéstrales mediante esquemas corporales, para que reconozcan la futura cautividad no solo por el oído, sino también con los ojos.

Tú, pues, hijo de hombre, hazte bagajes de transmigración: y transmigrarás de día ante ellos. Y transmigrarás de tu lugar a otro lugar en su presencia, por si acaso miran: porque es una casa provocadora. Los Setenta (LXX): «Y tú, hijo de hombre, hazte vasijas de cautividad; y sé llevado cautivo de día ante ellos: y sé llevado cautivo de tu lugar a otro lugar en su presencia, para que vean que es una casa provocadora». A nadie cabe duda de que toda la continuidad de este pasaje indica la futura cautividad del rey Sedecías de la tribu de Judá, que fue capturado con Jerusalén. Pero puesto que algunos quieren que la cautividad de Sedecías, que se interpreta como «Señor justo», preceda como figura del Salvador, quien descendiendo de los cielos a las cosas terrenas asumió un cuerpo humano, y que estos son los bagajes de la cautividad: por eso considero que debe ser advertido el lector prudente y cauto, y que ciertamente ponemos estas cosas para no parecer que pasamos nada por alto, pero que no las aprobamos. Pues un rey impío no puede preceder en figura de aquel que es el ejemplo de toda piedad.

Que Sedecías fue capturado por los babilonios y caldeos lo narran tanto el profeta Jeremías como la historia de los Reyes, y que fue conducido de lugar en lugar (Jerem. 39, y 4 Rey. 25), esto es, de Jerusalén a Babilonia, y lo demás que Ezequiel dice a continuación. Pero los que lo refieren al Señor Jesucristo, piensan que con su cautividad y su transmigración de lugar en lugar se significa su descenso de los cielos a lo terrenal.

Y sacarás tus bagajes como bagajes de transmigrante de día ante ellos. Pero tú saldrás por la tarde ante ellos, como sale el transmigrante ante sus ojos. Perfórate la pared y saldrás por ella ante su vista. En tus hombros cargarás: en la oscuridad huirás. Cubrirás tu rostro y no verás la tierra: porque te he puesto como portent al pueblo de Israel. Los Setenta (LXX): «Y sacarás tus bagajes de cautividad de día ante sus ojos. Y tú saldrás por la tarde en su presencia, como sale el cautivo. Perfórate la pared y pasarás por ella ante su vista. En tus hombros serás llevado, y oculto saldrás. Cubrirás tu rostro y no verás la tierra: porque te he puesto como portent al pueblo de Israel». Se manda al profeta hacer en figura lo que Sedecías hará en verdad. «Recoge», dice, «tus fardos (estos son los bagajes del transmigrante) viéndolo ellos." Y después de que hayan visto lo que vas a hacer, saldrás por la tarde a semejanza de un transmigrante. Leemos que Sedecías huyó de noche por un muro perforado hacia el desierto del Jordán, y que allí fue capturado por los babilonios, y que la pared perforada significa esto. En cuanto a lo que dice: «En tus hombros cargarás»,

se sobrentiende tus fardos, y todo lo que los fugitivos suelen cargar para el consuelo del camino. «En la oscuridad huirás», para que no seas visto por nadie. «Cubrirás tu rostro», ya sea por la ceguera que le sobrevino al serle arrancados los ojos por Nabucodonosor, o para que no se reconozca que él es el rey y se aumente el cuidado de quienes lo vigilan. Y lo que sigue: «Y no verás la tierra», significa que fue llevado ciego a Babilonia y no la vio. «Porque te he puesto como portent», dice, «al pueblo de Israel»: pues tanto las palabras como los hechos de los profetas son señal y figura. De donde también en Zacarías se les llama «hombres portentosos», porque portienden las cosas futuras (Zac. 3). Y en Oseas habla Dios: «En manos de los profetas me he asimilado» (Oseas 12, 10). Pero los que quieren que en la persona de Ezequiel se entienda a Cristo, toman los bagajes de la cautividad como el cuerpo humano, y la pared perforada por la cual...

Hice, pues, como se me había mandado: saqué mis bagajes como bagajes de migrante de día, y por la tarde me perforé la pared con la mano. En la oscuridad salí, y sobre mis hombros cargué ante ellos. Los Setenta (LXX): «Y hice así según todo lo que me había mandado: y saqué los bagajes como bagajes de cautividad de día: y al atardecer me perforé la pared con la mano, y oculto salí: sobre los hombros fui llevado ante su vista». Atestigua que cumplió en la práctica lo que arriba se le mandó hacer, y no necesita interpretación según ambas sentencias, que ya se expuso arriba. Debe notarse que al mismo tiempo Jeremías pro-

fetizaba en Jerusalén y Ezequiel en Babilonia, y la profecía de aquel se enviaba a los cautivos, y la de este a los que habitaban en Jerusalén; para que en diversas regiones se probara la providencia de un solo Dios y los oyentes entendieran que cualquier cosa que sucediera al pueblo no consistía en el poder de los ídolos, sino en el mandato del Señor.

Y se me dirigió la palabra del Señor por la mañana, diciendo: Hijo de hombre, ¿acaso no te ha dicho la casa de Israel, la casa provocadora: «¿Qué haces tú?»? Di a ellos: Esto dice el Señor Dios. Si te preguntare la casa provocadora, dice: «¿Por qué haces estas cosas?». O según los Setenta (LXX), incluso si no preguntaren, tú entra, para que sepan por qué hiciste estas cosas. Di a ellos: Esto dice el Señor Dios.

Sobre el príncipe es esta carga, el cual está en Jerusalén, y sobre toda la casa de Israel que está en medio de ellos. Di: Yo soy vuestro portent; como hice, así se les hará a ellos. Irán a la transmigración y a la cautividad. El príncipe que está en medio de ellos será llevado sobre los hombros, en la oscuridad saldrá; perforarán la pared para sacarlo; su rostro será cubierto para que no vea con sus ojos la tierra. Y extenderé mi red sobre él, y será capturado en mi sagena, y lo llevaré a Babilonia, a la tierra de los caldeos, y no la verá; allí morirá. Y a todos los que están a su alrededor, su defensa y sus tropas, los dispersaré a todo viento; y desenvainaré la espada tras ellos, y sabrán que yo soy el Señor, cuando los haya dispersado entre las naciones y los haya diseminado por las tierras. Y dejaré de ellos unos pocos hombres de la

espada, del hambre y de la peste, para que narren todos sus crímenes entre las naciones a las que entrarán, y sabrán que yo soy el Señor. Primero expliquemos la historia. Di a ellos, dice, oh hijo de hombre, ya sea que pregunten o no pregunten: «¿Por qué haces estas cosas?», que sobre el jefe es esta carga y visión, el cual está en Jerusalén, significando al jefe Sedecías. Y di: «Yo soy vuestro portent», o como tradujeron los Setenta (LXX): «Yo, el que hago portentos»; para que por las cosas presentes se conozcan las futuras. «Como hice, así se les hará a ellos», al jefe y a todos los que están en la compañía del jefe. A la transmigración babilónica serán llevados cautivos, y el jefe que está en medio de ellos será llevado sobre los hombros, ya sea de las bestias de carga, ya sea de aquellos que habían huido con él. En la oscuridad y en las tinieblas de la noche saldrá, y sus compañeros perforarán el muro para sacarlo. Su rostro será velado, ya sea por el temor del que huye, ya sea por la injuria de la ceguera, de modo que como ciego no vea la tierra de Babilonia. Y yo extenderé mi red sobre él, y será capturado en mi sagena. Pues concediéndolo el Señor, fue capturado por los babilonios; y estas cosas que permitió que hicieran los enemigos, atestigua que él mismo las hizo. Y llevado a Babilonia, no verá la tierra de los caldeos, y allí morirá cautivo.

(Vers. 17 ss.) Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, come tu pan con turbación [la Vulgata añade «pero»]; y bebe tu agua con apresuramiento y dolor. Y di [Vulgata: «dirás»] al pueblo de la tierra: Esto dice el Señor

Dios a los que habitan en Jerusalén, en la tierra de Israel: Su pan comerán con solicitud, y su agua beberán con desolación, para que la tierra sea desolada de su multitud por la iniquidad de todos los que habitan en ella. Y las ciudades que ahora son habitadas serán desoladas, y la tierra quedará desierta; y sabréis que yo soy el Señor.

LXX: Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, tu pan comerás con dolor, y tu agua beberán con tormento y angustia. Y dirás al pueblo de la tierra: Esto dice Adonai el Señor a los habitantes de Jerusalén sobre la tierra de Israel: Sus panes comerán con indigencia, y su agua beberán con disipación, para que la tierra y su plenitud sean disipadas. Pues en impiedad están todos los que habitan en ella, y sus ciudades que son habitadas quedarán en desolación, y la tierra será disipada, y conoceréis que yo soy el Señor.

Después de la profecía del príncipe y de sus compañeros, que se mostraba bajo una imagen corporal, se dirige al pueblo; y todo lo que se le dice al profeta, se refiere a través del profeta a los habitantes de Jerusalén: que en el mal del asedio, coman su pan con angustia e indigencia, y no beban su agua en abundancia, sino con tormento y tribulación. Pero estas cosas, dice, oh profeta, se te dicen a ti para que hables al pueblo de tu tierra y digas: Esto dice el Señor a los habitantes de Jerusalén, que está en la tierra de Israel: Sitiados por Nabucodonosor y por los caldeos, sufriréis el mal del hambre y de la sed; para que toda la tierra con su plenitud (Al. multitud) sea destruida, significando a los habitantes a través de la

que es habitada. Y para que no piensen que esto les sucede sin causa: diles, dice, que por sus crímenes e impiedades, todas las ciudades de Judea han de ser reducidas a la soledad, y perezca todo el cultivo de la tierra, para que conozcan a Dios enfurecido, a quien no quisieron conocer misericordioso.

Podemos, según la anagogía (anagoge), llamar habitantes de Jerusalén a los que creen en Cristo, que habitan en la Iglesia. Si por sus pecados han merecido su ofensa, coman el pan con indigencia, y beban el agua con dolor y angustia: sufriendo no el hambre de pan, ni la sed de agua, sino el hambre de la palabra y de la doctrina de Dios (Amós VIII). Pues cuando, ya sea por el vicio de los príncipes, que han de ser capturados y entregados a los babilonios, o por nuestra dureza, hayamos perdido la palabra de Dios y no hayamos merecido tener aguas útiles: entonces con dolor y penuria tomaremos nuestro alimento, y la tierra perderá la multitud de los creyentes, y las ciudades, que en todo el mundo se entienden como Iglesias, serán desoladas, y la tierra quedará desierta, para que todos sepan que hay una ofensa del Señor. Lo cual ciertamente también podemos entender en el tiempo de la persecución.

(Vers. 21 ss.) Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué proverbio es ese que tenéis en la tierra de Israel, de los que dicen: Se prolongarán los días por mucho tiempo, y perecerá toda visión? Por tanto, diles: Esto dice el Señor Dios: Haré cesar este proverbio, y no se

dirá más vulgarmente en Israel. Y hálales que se han acercado los días y toda palabra de la visión. Pues no habrá más visión vana, ni adivinación ambigua en medio de los hijos de Israel. Porque yo, el Señor, hablaré; cualquier palabra que yo hable, se cumplirá. No se prolongará más; sino que en vuestros días, casa exasperante, hablaré la palabra y la cumpliré, dice el Señor Dios. Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, he aquí la casa de Israel de los que dicen: La visión que este ve es para muchos días, y para tiempos largos este profetiza. Por tanto, diles: Esto dice el Señor Dios: No se prolongará más ninguna palabra mía; la palabra que yo hable, se cumplirá, dice el Señor Dios.

Lo que nosotros hemos llamado «proverbio», según Símaco, todos los demás intérpretes lo tradujeron como «parábola», que en hebreo se llama MASAL. Nuevamente, donde fue editado por nosotros: «Ni habrá adivinación ambigua», los Setenta tradujeron: «ni quien adivine según el favor»; por lo cual todos interpretaron «resbaladizo», que nosotros hemos llamado «ambiguo», para que conozcamos las palabras de los profetas como engañosas para sus oyentes. Pero el sentido de todo el capítulo es este: arriba había profetizado contra el príncipe que estaba en Jerusalén, luego había anunciado al pueblo que vendría el hambre y el ardor de la sed. Lo cual la multitud, no creyendo, tomaba un viejo y trillado proverbio: Por largo tiempo se difiere la amenaza de los profetas, y toda visión perecerá mientras se ve en vano; o según Símaco diapneusei, es decir, se di-

solverá en el viento y en una brisa tenue. Di, pues, dice, a ellos que de ninguna manera se difiera mi amenaza, ni se profiera a los pueblos una adivinación falsa y ambigua que tenga un fin incierto, de modo que se diga en un tiempo y se cumpla en otro; sino que ahora, viviendo tú que hablas y estos que oyen, se cumpla la palabra que he hablado. Significa además la cercana cautividad de la ciudad de Jerusalén, y que Sedecías con el pueblo de Judá está ya a punto de ser capturado. Y no solo en aquel tiempo, sino hasta el día de hoy el vulgo incrédulo y los duros corazones de los mortales no reciben la profecía de Dios; sino que estiman que todas las cosas que los profetas amenazan, las que predica el Evangelio, han de ser diferidas para otro tiempo. Y sepamos aquí que «parábola», que es puesta por los Setenta, se toma por «proverbio», según aquello que leemos en el salmo: «y me convertí para ellos en parábola» (Salmo LXVIII, 12). Y en este mismo profeta: «¿Qué significa para vosotros esta parábola en el pueblo de Israel, de los que dicen: Los padres comieron la uva agria, y los dientes de los hijos se destemplaron?» (Más abajo XVIII, 2). Tocamos cosas manifiestas para que nos detengamos en las más oscuras.

# Libro C

*UARTO.*

Desearía, si fuera posible, oh Eustoquio, tejer las explicaciones sobre Ezequiel a través de cada libro con sus propias profecías, y de ninguna manera dividir por la exposición lo que está unido en la profecía; para que fuera más fácil el curso tanto del que dicta como del que lee; y separar el largo e inmenso camino de la interpretación por espacios ciertos, para que, como por títulos e índices y, para hablar más propiamente, por argumentos, mostrara qué contenían los libros individuales. Pero, ¿qué haré, siendo unas profecías breves y otras largas, de modo que a menudo nos vemos obligados por la necesidad tanto a comprimir muchas en un solo libro, como a dividir una en muchos? Por lo cual, también ahora, contra los profetas y las profecías, también a los ancianos del pueblo de Israel y a la tierra sobre la cual se introducen cuatro plagas pésimas, y sobre la madera de la vid que, cuando ha sido cortada, es inútil entre todos los árboles de los bosques, queremos incluir también un catálogo de los vicios de Jerusalén en el cuarto libro. El cual, como no lo permite la estrechez de un solo volumen, reservamos otra parte de él para el quinto volumen; advirtiendo de antemano la solicitud del

prudentísimo lector, para que sepa qué ha de ser explicado por nosotros en esto, y qué ha de ser leído por él.

(Cap. XIII.---Vers. 1, 2.) Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza a los profetas de Israel que profetizan, y dirás a los que profetizan de su corazón: Oíd la palabra del Señor: Esto dice el Señor Dios. Esto que nosotros hemos puesto: «Que profetizan, y dirás a los que profetizan de su corazón», lo omitieron los Setenta, y en lugar de aquello que no se tiene en el hebreo, añadieron: «y profetizarás, y dirás a ellos». Pero el discurso es contra los pseudoprofetas, que engañaban al pueblo y, contra los mandatos de Dios, profetizaban otra cosa. Ni mueva a nadie el que sean llamados profetas; pues tiene la sagrada Escritura esta costumbre, la de llamar profeta a cada uno por su vaticinio y discurso; así como son llamados profetas de Baal, y profetas de los ídolos, y profetas de la confusión. Por lo cual también el apóstol Pablo llama profeta a un poeta griego: «Dijo cierto profeta propio de ellos: Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos» (Tito I). Y en Oseas leemos: «Como profeta, un hombre insano que lleva un espíritu» (Oseas IX, 7). Pero todo lo que en aquel tiempo se decía al pueblo israelita, esto se refiere ahora a la Iglesia; de modo que los profetas santos sean los apóstoles y varones apostólicos. Pero los profetas mentirosos y furiosos son todos los herejes, cuyos jefes fingen cosas de su propio corazón; y los que por ellos han sido seducidos, asienten a las mentiras de otros.

(Vers. 3.) ¡Ay de los profetas insensatos, que siguen su propio espíritu y no ven nada! LXX: ¡Ay de los que profetizan de su propio corazón y no ven absolutamente nada!, omitiendo aquello que fue propuesto por nosotros: «que siguen su propio espíritu». Dado que el nombre de profetas, según la regla de las Escrituras, es común a buenos y malos, se diferencian en esto: en que los buenos profetas son llamados sabios, pero los malos, estúpidos e insensatos; lo cual se refiere, lo uno a los varones eclesiásticos, lo otro a todos los herejes, que, abandonando el espíritu de Dios, siguen su propio espíritu: porque de ninguna manera vaticinan por instinto divino, sino por su propio corazón; por lo cual también no ven nada. Pero el que es sabio no sigue los pensamientos de su propio corazón, sino el espíritu de Dios, según aquello que también en las partes anteriores (Arriba, I) los seres vivientes y las ruedas seguían el espíritu de Dios. Y el profeta dice: «En pos del Señor tu Dios caminarás» (Salmo XXVI, 11). Y en otro lugar: «Guíame por la senda recta» (Sal. CXLII, 10). Y de nuevo: «Tu buen espíritu mismo me guiará a la tierra» (Salmo LIX). Y para el pueblo de Dios, la columna de fuego y la nube era el guía en la soledad (Exodo XIII). Y Jeremías habla: «No he trabajado siguiéndote» (Jerem. XVII, 16). Pero, ¿quién de los herejes que sigue su propio espíritu no tropieza en las tinieblas y, como ciego, guía a los ciegos al hoyo? Por lo cual, aunque les parezca que ven más en sus misterios, o más bien en sus orgías, que los doctores eclesiásticos, sin embargo no ven absolutamente nada: porque perdieron

el sol de justicia, y en vano imitan a aquellos que antes eran llamados Videntes, y a quienes se dice: «Tú que ves, vete: retírate a la tierra de Judá; y en Betel no profetizarás» (Amós VII, 12, 13). Por lo cual la visión de Isaías y de Abdías se ponen en los títulos. Y el Señor mandó a los apóstoles: «Levantad vuestros ojos y ved» (Juan IV, 35). Y el profeta suplica suplicante: «Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley» (Sal. CXVIII, 18).

(Vers. 4 ss.) Como zorras en los desiertos serán [Vulgata: «eran»] tus profetas, Israel. No subisteis de frente, ni opusisteis un muro por la casa de Israel, para que estuvierais en la batalla en el día del Señor. Ven cosas vanas, y adivinan mentira, diciendo, dice el Señor: cuando el Señor no los envió, y perseveraron en confirmar el discurso. ¿Acaso no visteis una visión vana, y hablasteis una adivinación mentirosa? Y decís, dice el Señor, cuando yo no he hablado.

LXX: Como zorras en los desiertos eran tus profetas, Israel [Otro añade: «eran» o «serán»]. No estuvieron en el firmamento, y congregaron rebaños sobre la casa de Israel. No resucitaron los que dicen en el día del Señor: viendo mentiras, adivinando cosas vanas, los que dicen, dice el Señor, y el Señor no los envió; y comenzaron a suscitar el discurso. ¿Acaso no visteis una visión falsa, y hablasteis adivinaciones vanas? Y decíais, dice el Señor, y yo no he hablado.

Hablemos primero según el hebreo. Los profetas de Israel son semejantes a las zorras, que diariamente cometen robos de aves domésticas;

que habitan, según Aquila y los Setenta, en los desiertos; según Símaco y Teodoción, en las ruinas y lugares derruidos; los cuales no pueden subir de frente, ni oponer un muro por la casa de Israel. Leemos que Aarón salió al encuentro del fuego que devoraba al pueblo de Israel y se puso en medio, y opuso un muro por la salud del pueblo (Núm. XVI). A Jeremías también se le dice que no salga al encuentro del Señor, ni se ponga contra su ira por la perseverancia de la oración (Jerem. VII). Pues así como se opone un muro al enemigo, y se suele salir al encuentro del adversario de frente y contra él cuando viene; así la sentencia de Dios es quebrantada por las oraciones de los santos. Por lo cual también se le dice a Moisés: «Déjame, y borraré a este pueblo». Pues a quien se le dice: «Déjame» (Exodo XXXII, 10), se muestra que tiene la facultad de detenerlo. Estos no pueden estar en la batalla en el día del Señor, para luchar por el pueblo con oraciones y resistir con súplicas la sentencia de Dios. Porque, por tanto, contemplan cosas vanas, y adivinan mentira, y dicen que han sido enviados por el Señor, cuando no han sido enviados por él, y perseveran en los errores, y desean confirmar su propio discurso; se les reprende porque son vanas todas las cosas que predican, diciendo que su propia mentira es el discurso del Señor.

Por lo demás, según los Setenta, este es el sentido: Todos los herejes, por su fraude y malicia, son semejantes a las zorras, de las cuales habla el Salvador: «Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos» (Mat. VIII, 20). Y de

Herodes está escrito: «Decid a esta zorra» (Luc. XIII, 32). Y de las mismas zorras que engañan a los pequeños y sencillos, y asuelan la viña de Cristo, habla Salomón: «Cazadnos las zorras pequeñas, que disipan las viñas» (Cant. II, 15). Y en el salmo se canta sobre aquellos que por su fraude son suplantados: «Entrarán en las partes inferiores de la tierra, serán entregados en manos de la espada, serán parte de las zorras» (Salmo LXII, 10, 11). Estos profetas que son semejantes a las zorras, no estuvieron en el firmamento; ni merecieron oír con Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mat. XVI, 18). Ni son semejantes a Moisés, a quien se le dijo: «Tú, en cambio, quédate aquí conmigo» (Deut. V, 31). Ni de aquel que dice: «Afianzó sobre la piedra mis pies»; sino que fluctuaron con todo viento de doctrina. Ni estuvieron en el firmamento, del cual leemos en el salmo decimoctavo: «Los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos». Estos congregaron a todos los irracionales y, por su excesiva inocencia, semejantes a las ovejas, contra la casa de Dios. Por lo cual ahora se dice: «Y congregaron rebaños sobre la casa de Israel»; ni resucitaron ellos, ni pudieron suscitar a otros; sino que todo lo que hicieron y hacen está lleno de mentiras. Y lo que sigue: «Y comenzaron a suscitar el discurso», significa que quieren ciertamente levantarse y elevarse a las alturas; pero lo que desean no pueden cumplirlo; y se les dice: «¿Acaso no visteis una visión falsa, y hablasteis adivinaciones vanas?». Y lo que sigue, «y decíais,

dice el Señor, y yo no he hablado», no se tiene en los Setenta.

(Vers. 8, 9.) Por tanto, esto dice el Señor Dios: Porque hablasteis cosas vanas y visteis mentira, por eso, he aquí que yo estoy contra vosotros; dice el Señor Dios. Y estará mi mano sobre los profetas que ven cosas vanas y adivinan mentira. En el consejo de mi pueblo no estarán, y en la escritura de la casa de Israel no serán escritos; ni entrarán en la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor Dios.

LXX: Por tanto, di: Esto dice Adonai el Señor. Puesto que vuestras palabras son mentiras, y vuestras adivinaciones vanas; por eso, he aquí que yo estoy sobre vosotros, dice el Señor Dios, y extenderé mi mano sobre los profetas que ven mentira y que hablan cosas vanas; en la disciplina de mi pueblo no estarán, ni en la escritura de la casa de Israel serán escritos, y en la tierra de Israel no entrarán; y sabrán que yo soy Adonai el Señor.

Bajo la persona de los profetas, el discurso es contra los herejes, que hablan cosas vanas y ven mentira, y perseveran en confirmar su propia doctrina: que el Señor mismo viene contra ellos y se levanta, y extiende su mano sobre ellos para herir, y no la retrae para perdonar; y amenaza con que no han de estar en el consejo del pueblo del Señor, ni en su Iglesia, sino en la sinagoga del diablo, ni serán escritos en la casa de Israel. De los cuales en otro lugar se dice: «Sobre la tierra sean escritos» (Jerem. XVII, 13); no en la tierra de Israel, que es tierra de los vivientes, de la cual se dice ahora: «ni entrarán en la tierra de Israel»;

sino en la tierra de los muertos y en la sombra de la muerte, para que después de que hayan padecido estas cosas, separados de la asamblea del pueblo de Dios, entiendan que él mismo es el Señor. En lugar de lo que nosotros tradujimos: «en el consejo de mi pueblo no estarán», los Setenta tradujeron: «en la disciplina» o «en la corrección de mi pueblo no estarán». Pues una es la corrección de los adversarios, otra la de los hijos. Por lo cual también Jeremías: «Corrígenos, Señor, pero con juicio, y no con furor, para que de ninguna manera nos reduzcas a pocos. Derrama tu furor sobre las gentes que no te conocieron; y sobre los reinos que no invocaron tu nombre» (Ibíd. X, 24, 25).

(Vers. 10 y ss.) Por cuanto engañaron a mi pueblo, diciendo: paz, y no hay paz. Y él edificaba una pared, pero ellos la recubrían con lodo sin paja. Di a los que la recubren sin templanza que caerá. Pues vendrá una lluvia torrencial, y enviaré grandes piedras que caerán desde arriba, y un viento de tormenta que la disipará. Porque he aquí que la pared ha caído. ¿No se os dirá: dónde está el recubrimiento que aplicasteis? Por tanto, esto dice el Señor Dios: Y haré que estalle un espíritu de tempestades en mi indignación; y habrá una lluvia torrencial en mi furor, y grandes piedras de ira para consumación. Y destruiré la pared que recubristeis sin templanza, y la nivelaré con la tierra; y su fundamento quedará al descubierto, y caerá y será consumida en medio de ella; y sabréis que yo soy el Señor. Y cumpliré mi indignación sobre la pared y sobre los que la recubren sin templanza; y

os diré: no hay pared, ni hay quienes la recubran. Los profetas de Israel que profetizan a Jerusalén, y ven para ella visión de paz, y no hay paz, dice el Señor Dios.

LXX: Puesto que engañaron a mi pueblo, diciendo: paz, paz, y no había paz; y este edificaba una pared, y aquellos la recubren con necedad. Di a los que recubren con necedad: caerá. Vendrá una lluvia torrencial, y pondré grandes piedras en sus junturas y caerán. Y un espíritu que arrebata, y será despedazada. Y he aquí que cayó la pared; ¿y no os dirán: dónde está vuestro recubrimiento que aplicasteis? Por tanto, esto dice Adonai el Señor: Y romperé un espíritu que arrebata en mi furor, y habrá una lluvia torrencial en mi ira; y traeré grandes piedras en furor para consumación, y socavaré la pared que recubristeis, y caerá. Y la pondré sobre la tierra, y sus fundamentos quedarán al descubierto, y caerá. Y seréis consumidos con reprensiones, y conoceréis que yo soy el Señor. Y cumpliré mi furor sobre la pared; y sobre los que la recubren, caerá; y os dije: No hay pared, ni quienes la recubran, los profetas de Israel; que profetizan sobre Jerusalén y que ven paz para ella; no hay paz para ellos, dice el Señor Dios.

Los profetas de Israel, que no estarán en el consejo del pueblo de Dios, ni serán escritos en la escritura de la casa de Israel, ni entrarán en la tierra de la promesa, padecerán estas cosas por esta razón: porque engañaron a mi pueblo, dañando el rigor de la penitencia y de la conversión al anunciarles paz y prosperidad, según aquello que

se dice en otro lugar: «Paz, paz, ¿dónde está la paz?» (Jer. VIII, 11). Así pues, Dios edificaba para ellos metafóricamente, mediante los mandatos de la ley y las palabras y amenazas de los santos profetas, una cerca (maceriam). Pues esta palabra hebrea significa HIS (); para alejar de ellos toda incursión de fieras y ataque hostil, mientras que ellos, convertidos a Dios, estaban rodeados por esto como por un muro y pared firmísimos. Pero los falsos profetas (pseudoprophetae) les prometían la paz no una vez, sino frecuentemente, pues esto es lo que significa la palabra repetida de paz. Y a la pared misma, que en lo que sigue se llama CIR, los falsos profetas la recubrían sin templanza, como interpretó Simaco, es decir, con puro lodo, y que no tenía paja, de modo que no pudiera ofrecer ninguna fortaleza. Pero según los LXX y Teodoción, la recubren con necedad; Aquila, sin embargo, interpretó la palabra hebrea THAPHEL como analō (ἀνάλῳ), que significa sin sal, pasando de una traducción a otra, de modo que así como la comida sin sal no tiene sabor alguno, así también el lodo sin paja, con la que se afirma y se une, no puede ofrecer ninguna fuerza a la pared.

Di, dice, a los que les prometen cosas vanas y les ofrecen una ayuda vana, que caerá esta pared y esta cerca, y enviaré una lluvia violentísima, a saber, enemigos ferocísimos. Pues significa a los babilonios y caldeos; y a esas mismas piedras de granizo que caen desde arriba, todo mediante metáfora, para que un torbellino repentino subvierta y socave la cerca inestable; y después se les diga a ellos, esto es, a los falsos profetas: ¿Dónde

está el recubrimiento que aplicasteis, y dónde está la ayuda que prometisteis? Además, todo lo que hemos dicho sobre los falsos profetas puede referirse también a los herejes, porque todas sus ficciones serán disueltas por la ira de Dios; y la edificación de las peores doctrinas, que no tiene el condimento del Espíritu Santo, se derrumbe y caiga hasta los cimientos y el polvo, y la cerca misma sea nivelada con la tierra, y caiga, y sean consumidos los profetas que prometían y el pueblo al que se prometía en medio de ella: para que después de que haya cumplido su indignación y les haya dicho: «no es esta la pared», esto es, no es vuestra defensa; y «no están quienes la recubren», sino que todo es vano y de ningún provecho: entonces conozcáis por la obra que yo soy el Señor. Pero para que sepamos quiénes son estos que recubren la pared, sigue: «Profetas de Israel», esto es, falsos profetas, «que profetizan a Jerusalén y ven para ella visión de paz», estos son la causa del pecado y de la ruina, y de la necia seguridad. Pues no habrá paz, dice el Señor, porque el Señor no los envió ni les ha hablado. Eso que los LXX tradujeron: «y sobre sus junturas», no se encuentra en el hebreo. Pero significa las junturas de las piedras en la pared, o los apoyos de las maderas con que se fortalecen las paredes. También aquello que leímos arriba: «él mismo edificaba la pared», la mayoría lo refiere al pueblo de Israel, que se prometía a sí mismo o bien la ayuda de los egipcios, o bien la de una paz vana.

(Vers. 17 y ss.) Y tú, hijo de hombre, pon tu rostro contra las hijas de tu pueblo que profetizan

de su propio corazón; y profetiza sobre ellas, y di: Esto dice el Señor Dios: ¡Ay de aquellas que cosen cojines bajo todo codo de la mano y hacen almohadas bajo la cabeza de toda edad para atrapar las almas! Y cuando atrapaban las almas de mi pueblo, daban vida a sus almas. Y me profanaban ante mi pueblo por un puñado de cebada y un pedazo de pan, para matar las almas que no mueren y dar vida a las almas que no viven, mintiendo a mi pueblo que cree en las mentiras. Por tanto, esto dice el Señor Dios: He aquí que yo estoy contra vuestros cojines con los que atrapáis las almas que vuelan; y los arrancaré de vuestros brazos, y dejaré libres las almas que vosotras atrapáis, las almas para que vuelen. Y romperé vuestras almohadas; libraré a mi pueblo de vuestra mano, y no estarán más en vuestras manos para ser depredadas; y sabréis que yo soy el Señor. Por cuanto hicisteis entristecer el corazón del justo mentirosamente, a quien yo no contristé, y fortalecisteis las manos del impío para que no se convirtiera de su mal camino y viviera; por tanto, no veréis cosas vanas, ni adivinaréis más adivinaciones; y libraré a mi pueblo de vuestra mano; y sabréis que yo soy el Señor.

LXX: Y tú, hijo de hombre, afirma tu rostro sobre las hijas de tu pueblo, que profetizan de su propio corazón; y profetiza sobre ellas y dirás: Esto dice Adonai el Señor. ¡Ay de aquellas que cosen almohadas bajo todo codo de la mano y hacen velos sobre toda cabeza de toda edad para pervertir las almas! Las almas de mi pueblo han sido subvertidas. Y salvaban las almas; y me

contaminaban ante mi pueblo por un puñado de cebada y un pedazo de pan, para matar las almas que no convenía que murieran y salvar las almas que no convenía que vivieran, mientras hablan a un pueblo que escucha discursos vanos. Por tanto, esto dice el Señor Dios: He aquí que yo estoy sobre vuestras almohadas sobre las que vosotras recogéis las almas, y las arrancaré de vuestros brazos. Y dejaré ir las almas que vosotras pervertís, sus almas a la dispersión; y romperé vuestros velos, y libraré a mi pueblo de vuestras manos; y no estarán más en vuestras manos para reunión; y conoceréis que yo soy el Señor. Por cuanto pervertíais el alma del justo injustamente, y yo no lo pervertía; y fortalecíais las manos del inicuo para que no se convirtiera en absoluto de su camino pésimo y viviera. Por tanto, no veréis más vuestras mentiras, ni adivinaréis adivinaciones de ninguna manera todavía; y libraré a mi pueblo de vuestra mano, y sabréis que yo soy el Señor.

Arriba el discurso divino se dirigió a los profetas que recubrían la pared con lodo que no tenía paja, ni podía dar fuerza alguna a la pared o cerca; ahora se le manda poner su rostro contra las hijas del pueblo, las profetisas, o dirigirlo, y, como tradujeron los LXX, afirmarlo. Pues así como contra los profetas, otros falsos profetas (pseudoprophetae) eran inspirados por el espíritu diabólico para subvertir los mandatos de Dios, así contra las profetisas, como fue Débora (Juec. V) y Holda (IV Reyes XXII), y en los Hechos de los Apóstoles las cuatro hijas profetisas de Felipe el

evangelista, otras eran inspiradas por el espíritu demoníaco (Hech. XXI), e incluso otras del mismo sexo, de las cuales fueron Prisca y Maximila, quienes con la vaticinación de la mentira subvirtieron la fe de la verdad. A estas dicen los hebreos que estaban instruidas en las artes maléficas mediante nigromancias y el espíritu pítico, como fue aquella que se vio que había suscitado el alma de Samuel (I Reyes XXVIII); y en los Hechos de los Apóstoles, aquella cuya adivinación proporcionaba muchas ganancias a sus señores, de la cual, por mandato del apóstol Pablo, fue expulsado el espíritu inmundo (Hech. XVI). Nosotros, en cambio, diremos así: que otros herejes predican la virtud con la falsedad de sus dogmas. De los cuales fue Pitágoras y Zenón, de quien proceden los estoicos; los brahmanes de los indios y los gimnosofistas de los etíopes, quienes debido a la continencia de su sustento, se atribuyen a sí mismos un milagro ante los gentiles. And they are rightly said to smear the wall, and to promise some strength; but because they do not have the seasoning of Christ, their labor is vain, and the building shall perish. Pues «si el Señor no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican» (Sal. CXXVI, 1). Otros, en cambio, maestros de los placeres y de la lascivia, se dice que cosen cojines y los ponen bajo todo codo de la mano, los epicúreos y los pirrónicos, y entre nosotros Joviniano y Eunomio, que dicen: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos».

Se le manda, pues, al profeta poner o afirmar su rostro contra las hijas de su pueblo. Y primero

debe decirse qué quiere decir que el rostro esté puesto, o dirigido y afirmado. Ciertamente aquello que está escrito sobre el Señor: «El rostro del Señor sobre los que hacen el mal, para dispersar de la tierra su memoria» (Sal. XXXIII, 17). Pues así como se derrite la cera ante el rostro del fuego, así perecen los pecadores ante el rostro de Dios. Según este sentido se dice en este mismo profeta: «Hijo de hombre, afirma tu rostro sobre Temán y Darom y Nageb» (Infra, XX, 46). Y de nuevo: «Vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, afirma tu rostro sobre los hijos de Jerusalén» (Infra, XXI, 2). Y poco después: «Vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, afirma tu rostro sobre los hijos de Amón» (Infra, XXV, 2). Y de nuevo: «Afirma tu semblante sobre el Faraón rey de Egipto» (Infra, XXIX, 2). Y otra vez: «Hijo de hombre, afirma tu rostro sobre Gog y Magog». Y en otro lugar: «Afirmaré mi rostro sobre aquel hombre, y lo pondré en desierto y en dispersión, y lo quitaré de en medio del pueblo; y sabréis que yo soy el Señor» (Infra, XIV, 8). ¡Ay, pues, de estas herejías y de estas doctrinas que, prometiendo descanso, engañan a toda edad y sexo para atrapar las almas de los miserables y me profanan ante mi pueblo mientras se cree que amo el placer! Y esto no por un coro y medio coro de cebada, como leemos en Oseas (Oseas V), sino por un puñado de cebada con que se alimentan los brutos animales, y un pedazo de pan. No pan entero, ni testimonios sólidos de las Escrituras, sino los que por la depravación herética han sido rotos, recortados y disminuidos; para engañar a

todos los santos y arrastrarlos a la muerte, y pretender dar vida a los pecadores con vanas promesas. Por eso el Dios clemente y misericordioso no mata a las profetisas mismas, sino que rompe sus cojines, que a semejanza de redes atrapan las almas que vuelan, para que después de que hayan sido rotos tengan la libre facultad de volar. Y rasgarán los velos, o las almohadas, en los que descansaba la parte principal del alma y con los que se cubrían las cabezas de los engañados. Ya que el Apóstol enseña que las cabezas de los varones no deben ser veladas, sino que con el rostro revelado se ha de contemplar la gloria del Señor (II Cor. III). Pues vosotras, dice, con falsos terrores quebrantabais los ánimos de los que servían a Dios, y con promesas fraudulentas manteníais encerrados a los impíos, para que, haciendo penitencia, no recibieran la vida que habían perdido. Por tanto, no veréis en absoluto visiones vanas, ni llamaré a vuestras mentiras profecías, sino adivinaciones, de las cuales está escrito: «No hay augurio en Jacob, ni adivinación en Israel» (Núm. XXIII, 23); para que libre a mi pueblo de vuestras manos y conozcáis por la obra que yo soy el Señor, que libré a los perdidos.

(Cap. XIV.---Vers. 1 y ss.) Y vinieron a mí algunos de los ancianos de Israel, y se sentaron ante mí. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus inmundicias en sus corazones, y han colocado el escándalo de su iniquidad ante su rostro: ¿acaso respondo yo cuando me interrogan? Por esto, háblales y les dirás: Esto dice el Señor Dios: Cual-

quier hombre de la casa de Israel que pusiere sus inmundicias en su corazón, y estableciere el escándalo de su iniquidad ante su rostro, y viniere al profeta interrogándole por mí, yo, el Señor, le responderé según la multitud de sus inmundicias; para que la casa de Israel sea atrapada en su propio corazón, por el cual se han apartado de mí en todos sus ídolos. Por tanto, di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Dios: Convertíos y apartaos de vuestros ídolos, y apartad vuestros rostros de todas vuestras contaminaciones. Porque cualquier hombre de la casa de Israel, y de los prosélitos que fueren extranjeros en Israel, si se alienare de mí en Israel, y pusiere sus ídolos en su corazón, y estableciere el escándalo de su iniquidad ante su rostro, y viniere al profeta para interrogarme por él, yo, el Señor, le responderé por mí mismo. Y pondré mi rostro sobre aquel hombre, y lo pondré por ejemplo y por proverbio, y lo dispersaré de en medio de mi pueblo; y sabréis que yo soy el Señor. Y el profeta, cuando errare y hablare una palabra, yo, el Señor, engañé a aquel profeta; y extenderé mi mano sobre él, y lo borraré de en medio de mi pueblo Israel. Y llevarán su iniquidad: según la iniquidad del que interroga, así será la iniquidad del profeta; para que la casa de Israel no yerre más apartándose de mí, ni se polucione en todas sus prevaricaciones, sino que sea mi pueblo y yo sea su Dios, dice el Señor de los ejércitos.

LXX: Y vinieron a mí varones de los ancianos de Israel, y se sentaron ante mi rostro. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, estos varones han puesto sus pensamientos en

sus corazones, y han puesto el tormento de sus iniquidades ante su rostro: ¿acaso respondiendo les responderé? Por tanto, les hablarás y les dirás: Esto dice Adonai el Señor: Cualquier hombre de la casa de Israel que pusiere sus pensamientos en su corazón, y pusiere el tormento de su iniquidad ante su rostro, y viniere al profeta para interrogarle en mí, yo, el Señor, le responderé en aquello por lo que su mente es retenida; para que apartara a la casa de Israel según sus corazones, que se han alienado de mí en sus pensamientos. Por tanto, di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Dios: Convertíos y apartaos de vuestros invenciones, y de todas vuestras impiedades, y convertid vuestros rostros hacia mí. Porque cualquier hombre de la casa de Israel, y de los advenedizos que peregrinan en la tierra de Israel, que se alienare de mí, y pusiere sus pensamientos en su corazón, y pusiere el tormento de su iniquidad ante su rostro, y viniere al profeta para interrogarle en mí, yo, el Señor, le responderé en aquello por lo que es retenido, y afirmaré mi rostro sobre aquel hombre, y lo pondré en desierto y en exterminio, y lo quitaré de en medio de mi pueblo; y conoceréis que yo soy el Señor. And the prophet if he shall have erred, and spoken a word: I the Lord have caused that prophet to err. Y extenderé mi mano sobre él, y lo exterminaré de en medio de mi pueblo Israel. Y recibirán su iniquidad según la iniquidad del que interroga, y la iniquidad del profeta será semejante, para que de ninguna manera yerre la casa de Israel apartándose de mí, y no se polucionen todavía en todos sus delitos. Y serán para mí un

pueblo, y yo seré para ellos un Dios, dice Adonai el Señor.

Después de haber hablado a los profetas que profetizaban de su propio corazón y recubrían la pared sin templanza, y a las profetisas que cosían almohadas y las ponían bajo todo codo de la mano y hacían velos y cubrían las cabezas de toda edad (mediante lo cual se muestra la doctrina de dogmas perversos), vinieron al profeta, no todos los ancianos, para que no pareciera que todos erraban, sino algunos de los ancianos de Israel, y se sentaron ante el profeta: por qué razón habían venido, lo aplazaron entretanto en silencio; e inmediatamente vino al profeta la palabra de Dios, indicando por qué estaban presentes. Pues no es propio de la naturaleza del hombre, por muy santo que sea, conocer los secretos del corazón. Por lo cual se dice solo del Salvador: «Mas Jesús, viendo sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?» (Mat. IX). Y el sentido es: Hijo de hombre, estos varones que se sientan ante ti han puesto sus inmundicias en sus corazones, o sus pensamientos; y, según Simaco y Teodoción, ídolos y escándalo, es decir, la ruina y el tormento de su iniquidad, han puesto ante su rostro, y así han venido para inquirir la palabra del Señor. ¿Acaso debo responder a hombres de esta clase, que vienen a mí con sus pensamientos antiguos, no dejando ni siquiera en este tiempo los crímenes de su impiedad, sino creyendo en los ídolos y en adivinaciones fraudulentas, y teniendo la ruina de la iniquidad ante su rostro y su tormento, mientras desconfían de cosas mejores

y están preparados para el suplicio, y así desean conocer mis palabras por medio de ti? Puesto que, por tanto, vinieron a ti con corazón perverso, respóndeles no en nombre de tu propia persona, para que no sea ligera la autoridad del que responde, sino por mandato mío, y les dirás: «Esto dice el Señor Dios». Toda la sentencia del lugar es esta (para comprender una amplia explicación en un discurso breve): Cualquier hombre, no de otras naciones cuyo error puede tener perdón, sino de la casa de Israel, que viniere al profeta para interrogarle con sus vicios antiguos de los que hablamos arriba, yo le responderé según su corazón y sus inmundicias, para que según lo que desea y cree, así también escuche. Pues no merece corrección quien interroga no con ánimo de aprender, sino de tentar. Pues se apartaron de mí y siguieron a los ídolos. Y breve es esta amenaza: que se aparten de los ídolos y de los pensamientos perversos, y se conviertan a mí, dejando sus crímenes anteriores. Pues no merece oír la verdad quien interroga fraudulentamente, sino que ha de ser atrapado por su propio corazón; según lo cual los escribas y fariseos que interrogan al Señor, más bien tentándole, oyen: «¿Por qué me tentáis?». Y de nuevo: «Tampoco yo os diré con qué autoridad hago estas cosas» (Mat. XXI, 27). Pero al hombre que es tal e interroga de ese modo, Dios pone su rostro sobre él, o lo afirma, para que por la austeridad del semblante se suavice la dureza de la frente, y sea de ejemplo y de proverbio, o bien para soledad y para destrucción, para que, habiendo perecido aquel de entre el pueblo

de Dios, conozcan los demás que él mismo es el Señor que conoce los secretos del corazón y entiende la perversidad de la mente, y no considera las palabras de los que hablan, sino los corazones.

Y lo que sigue y parece plantear una cuestión: «El profeta, cuando errare y hablare una palabra, yo, el Señor, engañé a aquel profeta», no pensemos que se dice del verdadero profeta, sino del falso profeta (pseudopropheta), que se llama profeta de modo sinónimo (synōnymōs). Y puede resolverse a partir de aquel lugar de las Escrituras, cuando Acab, rey de Israel, yendo a la batalla, no quiere oír a Miqueas profeta, sino que asiente a los consejos de los falsos profetas (III Reyes XII). Y dice Miqueas que vio al Señor sentado en un trono, y que el espíritu del error se ofreció espontáneamente para engañar al rey. También el diablo, rodeando la tierra en el libro de Job, se dice que está en presencia de Dios y que recibe del Señor potestad primero sobre la sustancia de Job y luego sobre su cuerpo (Job I y II). Pero también Balaam, el adivino, es enviado por el Señor para que engañe a Balac, hijo de Beor (Núm. XXII). Todo esto, sin embargo, se dice para que no se atribuya a la fortaleza de los falsos profetas el hecho de que el pueblo sea engañado y prefiera oír la mentira antes que prestar oído a la verdad, sino para que se sepa que es de la ira de Dios el que un pueblo perverso e incrédulo escuche más a los falsos profetas que a los profetas. Finalmente, extiende su mano sobre él (se sobrentiende, el profeta) y es borrado de en medio de su pueblo, para que lleve su iniquidad,

porque siendo el error semejante, semejante es también la pena: para que tanto el que interroga como el que es interrogado lleven su iniquidad, y de ninguna manera la casa de Israel de aquellos que quisieron oír las palabras de Dios sea burlada por vaticinaciones perversas, sino que sea pueblo de Dios y él mismo merezca tener al Señor. En lo que dijo: «Yo, el Señor, lo engañé», consienten las palabras de Salomón, quien disputando sobre Dios, dice: «Y se burlará de los burladores» (Prov. III, 34); y aquel testimonio: «Si caminaren hacia mí perversamente, yo también caminaré contra ellos en furor perverso» (Lev. XXVI, 27-28). Y lo que se dice por segunda vez, «un hombre, un hombre de los hijos de Israel, y de los advenedizos que se les han unido», muestra en nosotros, según el Apóstol, un doble hombre, el exterior y el interior (I Cor. XV). Pues muchos, teniendo el rostro corporal de hombre, asumen las imágenes de diversas fieras, las cuales deseando el profeta que sean dispersadas, ruega: «Señor, en tu ciudad dispersarás su imagen» (Sal. LXXII, 20). Aquellos de quienes está escrito: «El hombre, estando en honor, no entendió, fue comparado a los jumentos insensatos y se hizo semejante a ellos» (Sal. XLVIII, 21), no son hombres hombres, sino que los hombres son jumentos. De nuevo, los que en el Evangelio oyen: «Serpientes, generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?» (Mat. XXIII, 33), no son hombres hombres, sino que los hombres son serpientes. Y de quienes está escrito: «Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos» (Mat. VIII, 20); y sobre

Herodes: «Decid a esta zorra» (Luc. XIII, 32), no son hombres, sino que los hombres son zorras. Pero los que poseen ambos nombres de hombre, si erraren, por eso son corregidos mediante suplicios, para que entiendan que él mismo es el Señor. También aquello que pusimos según los LXX, «el hombre que se alienare de mí y pusiere sus pensamientos en su corazón, y el tormento» o «suplicio de su iniquidad ante su rostro», conviene con aquel testimonio que está escrito en Isaías: «Caminad a la luz de vuestro fuego y en la llama que encendisteis» (Is. L, 11). Pues cada uno se enciende para sí los ardores de las llamas y prepara los suplicios, mientras no quiere corregir sus errores con penitencia, sino que permanece en los errores, mereciendo el incendio de las llamas.

(Vers. 12, 13 y ss.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre: cuando una tierra pecare contra mí de modo que prevaricare prevaricando, extenderé mi mano sobre ella, y quebrantaré el báculo de su pan, y enviaré sobre ella hambre, e interfeciré de ella a hombres y jumentos. Y si estuvieren estos tres varones en medio de ella, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia librarán sus almas, dice el Señor de los ejércitos. Y si también indujere fieras pésimas sobre la tierra para que la devasten, y fuere invia por no haber quien transite a causa de las fieras, si estos tres varones estuvieren en ella, vivo yo, dice el Señor Dios, que ni a hijos ni a hijas librarán, sino que ellos solos serán librados; la tierra, empero, será desolada. O si indujere la espada sobre aquella tierra, y dijere a la espada: Transita

por la tierra, e interfeciere de ella a hombre y jumento, y estos tres varones estuvieren en medio de ella, vivo yo, dice el Señor Dios, no librarán a hijos ni a hijas, sino que ellos solos serán librados. Si, además, también enviare peste sobre aquella tierra, y derramare mi indignación sobre ella en sangre para quitar de ella a hombre y jumento, y Noé, Daniel y Job estuvieren en medio de ella, vivo yo, dice el Señor Dios, que no librarán a hijo ni a hija, sino que ellos por su justicia librarán sus almas. Por cuanto esto dice el Señor Dios: Que si mis cuatro juicios pésimos, la espada, el hambre, las fieras malas y la peste enviare a Jerusalén para interfecir de ella a hombre y pez, sin embargo, se dejará en ella la salvación de los que sacan hijos e hijas. He aquí que ellos saldrán hacia vosotros, y veréis el camino de ellos y las invenciones de ellos, y os consolaréis sobre el mal que induje en Jerusalén en todas las cosas que traje sobre ella. Y os consolarán cuando viereis el camino de ellos y las invenciones de ellos, y conoceréis que no en vano hice todas las cosas que hice en ella, dice el Señor Dios.

Cuatro plagas se inducen sobre la tierra prevaricadora, o, como tradujeron los Setenta, pecadora: el hambre, la fiera, la espada y la peste, de las cuales, si cada una fuere inducida por partes en cada región, y estos tres varones, Noé, Daniel y Job, cuya justicia es pregonada por las voces de las Escrituras, hubieren suplicado por la tierra pecadora, no solo no podrán salvarla a ella, sino ni siquiera a sus hijos e hijas, si hubieren perpetrado las obras de la tierra pecadora; sino que solo a sí

mismos podrán librar. Se pregunta por qué, siendo también Abraham, Isaac y Jacob, Moisés y los demás patriarcas y profetas justos, se hace mención solo de estos. Lo cual se resuelve fácilmente: pues Noé no pudo prohibir el diluvio inminente sobre el orbe de la tierra, porque toda la tierra había polucionado los caminos del Señor (Gén. VI, VII); sino que tuvo reservados para semillero del género humano a sus hijos, que tal vez eran de la misma virtud. Daniel tampoco mitigó con llanto alguno la inminente cautividad del pueblo de los judíos (Dan. I). Pero también Job, no por los pecados, sino por la prueba, no libró ni su casa ni a sus hijos (Job I). Otros, en cambio, dicen que porque solo estos tres varones vieron tanto lo próspero como lo adverso, y de nuevo lo próspero, por eso fueron nombrados a la par; y que esto se significa latente, para que así como ellos vieron tanto lo bueno como lo malo y de nuevo lo alegre, así también el pueblo de Israel, que antes había disfrutado de bienes y después sostuvo el yugo de la cautividad, si hiciere penitencia, vuelva a la felicidad antigua.

Pero si Noé, Daniel y Job congregados a la par y puestos en un solo lugar no pueden sustraer a la tierra pecadora, esto es, a los que habitan en la tierra, de la ira de Dios, ¿qué ha de decirse de los que piensan que por el mérito y las virtudes de los padres pueden los hijos pecadores ser librados de los fuegos de la gehena? Por lo cual ni el padre mártir podrá librar al hijo pecador, ni la madre de santa conversación dará a la hija impúdica los premios de la pudicicia. Y al contrario, los vicios

de los padres no dañarán a los hijos, sino que el alma que pecare, esa morirá (Infra, XVIII, 4). Lot, habitando en Sodoma, pero peregrino tanto de espíritu como de carne, no libró a su mujer porque había mirado hacia atrás, sino solo a sus hijas, que tal vez no habían pecado (Gén. XIX). Y Josías, varón santo, no solo no salvó al pueblo pecador con sus virtudes, sino que él mismo murió en los pecados de aquel (IV Reyes XXIII). Que si alguna vez el Señor promete su misericordia a la posteridad de Abraham y de David por causa de ellos, ha de notarse que no perdona a los que perseveran en los crímenes, sino a los que hacen penitencia, para que la conversación de los hijos sea ayudada por los méritos de los padres. Puesto que, dice, estas cosas se tienen así, y la deprecación de tan grandes varones no salva a la tierra pecadora de las plagas individuales, así dice el Señor Dios: porque Jerusalén pecó nefandamente, induciré a la par cuatro plagas sobre ella: la espada con que es degollada por los enemigos; el hambre que sostiene en el sitio; las fieras por las que son devorados los que huyen en los desiertos y bosques; y la peste, que siempre sigue al hambre y a la penuria. Por la cual la edición Vulgata tradujo «muerte». Estas cosas, dice, induciré sobre ella para que ni hombres permanezcan en ella ni jumentos. Y, sin embargo, por mi clemencia, siendo inminentes a la par cuatro plagas y devastándolo todo, dejaré en ella a algunos que saquen a sus hijos e hijas; y vengan aquí cautivos, esto es, a Babilonia y a Caldea, para que cuando los viereis y hubiereis examinado sus obras, entonces en-

tendáis que justamente fueron capturados y que mi sentencia fue justa, y tenga consuelo vuestra cautividad; al entender que por eso los libré de la espada, del hambre, de las fieras y de la peste: para que por su perversidad aprendáis que por su merecido fue subvertida Jerusalén, incendiado el templo y llevado cautivo el pueblo, además de aquellos a quienes la espada, el hambre, las fieras y la peste hubieren consumido.

Díganse estas cosas de aquella Jerusalén a la cual, profetizando Ezequiel entre los caldeos, se aproximaba la cautividad. Por lo demás, tanto sobre nuestra tierra a la cual se dice: «Tierra eres y a la tierra irás» (Gén. III, 19), como sobre nuestra Jerusalén y cada uno de los creyentes, si despreciaren los mandatos de Dios y merecieren ser llamados prevaricadores, se inducirá el hambre; no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios. Se inducirá también la espada de la cual leemos: «Serán entregados en manos de la espada: serán partes de las zorras» (Sal. LXII, 11). Y a María: «También tu propia alma atravesará una espada» (Luc. II, 35). Se inducirán también fieras a las cuales pide el justo que no sea entregado: «No entregues a las fieras el alma que te confiesa» (Sal. LXXIII, 19). Se inducirá también la peste (por la cual los LXX interpretaron «muerte»), de la cual está escrito: «La muerte de los pecadores es pésima» (Sal. XXXIII, 22). Y: «El alma que pecare, esa morirá». Y: «¿Así separa la amarga muerte?» (I Reyes XV). De todas las cuales cosas ni la doctrina de los padres espirituales, a quienes entendemos como maestros, ni los príncipes po-

drán librar, a no ser que hubiere el asentimiento de los hijos y estos hubieren ayudado con sus esfuerzos las obsecraciones de aquellos. Pues la justicia del justo será sobre él, y la iniquidad del inicuo morará en él mismo: «Cada uno morirá por su propio pecado, y por su justicia será salvado» (Deut. XXIV, 16). Y en vano dicen los judíos: «Abraham es nuestro padre» (Juan VIII), cuando no tienen las obras de Abraham. Que si en algo hay confianza, confiemos solo en el Señor. Pues «maldito todo hombre que tiene esperanza en el hombre» (Jer. XVII, 5), por muy santos que sean, por muy profetas. Leemos: «No queráis confiar en los hombres» (Sal. CXLV, 2). Y de nuevo: «Bueno es confiar en el Señor, antes que confiar en los príncipes» (Sal. CXVII, 6). No solo en los príncipes del siglo, sino también en los príncipes de las Iglesias, que solo librarán sus propias almas si fueren justos. A los hijos e hijas que hubieren engendrado en la Iglesia, si fueren negligentes, no podrán salvarlos, y sin embargo el Apóstol habla: «Si la obra de alguno se quemare, él mismo será salvo, pero así como por fuego» (I Cor. III, 15). La mano, empero, se extiende sobre la tierra prevaricadora para que sea quebrantado el báculo o la fortaleza del pan. La cual, extendida, amenaza con plagas, no queriendo quien la extiende, y la levanta no para herir a los pecadores, sino para aterrar con la extensión y conservar a los aterrados.

(Cap. XV.---Vers. 1 y ss.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué se hará con la madera de la vid entre todas las maderas

de los sotos que están entre las maderas de las selvas? ¿Acaso se tomará de ella madera para hacer una obra, o se fabricará de ella una clavija para que cuelgue de ella cualquier vasija? He aquí que al fuego ha sido dada como alimento; ambas partes de ella consumió el fuego, y su medio ha sido reducido a ceniza. ¿Será útil para alguna obra? Aun cuando estaba íntegra, no era apta para ninguna obra; ¿cuánto más cuando el fuego la haya devorado y quemado, no se hará de ella obra alguna? Por tanto, esto dice el Señor Dios: Como la madera de la vid entre las maderas de las selvas, la cual di al fuego para devorar, así entregaré a los moradores de Jerusalén; y pondré mi rostro contra ellos. Del fuego saldrán, y el fuego los consumirá. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando pusiere mi rostro contra ellos, y diere la tierra invia y desolada, por cuanto han sido prevaricadores, dice el Señor Dios.

En lugar de lo que nosotros interpretamos: «ambas partes de ella consumió el fuego, y su medio ha sido reducido a ceniza», los Setenta tradujeron: «el fuego consume su poda anual, y la deja hasta el fin». De nuevo, donde nosotros dijimos: «cuando pusiere mi rostro contra ellos», ellos vertieron: «cuando lo afirmare». También interpretaron prevaricación como «delito». Mediante diversas similitudes, que los griegos llaman parábolas, se prenuncia la subversión de la ciudad de Jerusalén. Y así como arriba (Al cap. IV) en la sartén en que se freían las carnes del pueblo, y en el ladrillo en que se pintaban las fortificaciones y los terraplenes de los arietes y las máquinas de las

viñas, se describió el sitio y el hambre de la misma ciudad, y después hemos de leer en este mismo libro; también en Jeremías está escrito (Jer. I, 13) que la «Olla» que se enciende ante el rostro del Aquilón significa la ciudad de Jerusalén; y el soto de Nageb, y Temán, y Darom, talado, prenuncia esto mismo: así en el presente lugar la misma Jerusalén es comparada con una viña y una vid fructífera. De la cual en otro lugar está escrito: «Yo te planté viña fructífera, toda verdadera: ¿cómo te has convertido en amargura de vid ajena?» (Jer. II, 21). Y en Isaías: «Planté», dice, «una viña sorec» (Is. V, 2), que suena como elegida y hermosa. Y en los Salmos leemos: «Trasladaste una viña de Egipto: echaste a las gentes y la plantaste: fuiste guía del camino ante su vista» (Sal. LXXIX, 9). Y más manifiestamente aprendemos, diciendo la Escritura: «Pues la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel» (Is. V, 7).

Esta viña, mientras da frutos, nada hay más precioso que ella entre todas las maderas de los sotos; pero si dejare de tener uvas, para nada será útil, sino para ser entregada al incendio con su raíz y sus sarmientos. Las demás maderas de las selvas (por no hablar de los árboles pomíferos, de los cuales ni siquiera la Escritura hace mención ahora), aunque no tengan pomos, una vez taladas ofrecen muchísima utilidad y aprovechan para toda la agricultura y para el uso de las armas: mientras se adelgazan para escudos, se raen para astas, cierran con puertas, se contienen en armarios, arcones, cajas; y proporcionan todo el ajuar de la casa. La vid, en cambio, si una vez

cesare de dar uvas, hasta tal punto es inútil que ni siquiera una clavija puede hacerse de ella de la que cuelgue algo. Y cuando hubieres cortado los sarmientos, primero el fuego arrebata ambas partes de ellos, luego la llama los consume; y de tal manera nada aprovecha cuando ha sido reducida a ceniza, que incluso cuando está íntegra, sin frutos no ofrece utilidad alguna. La ambigüedad, empero, de la palabra hebrea SENE () que se escribe con tres letras, SIN y NUN y JOD; si se lee SENE, significa «dos»; si SANE, «años». De donde resultó que, en lugar de sus dos extremidades, que nosotros interpretamos como «ambas partes de ella», los Setenta interpretaran «su poda anual»; habiendo dicho Aquila «sus dos últimas cosas»; Simaco y Teodoción, «sus dos cimas».

Y el orden es: Así como la vid infructuosa es entregada al incendio para ninguna utilidad, así también Jerusalén, o más bien sus moradores, serán entregados a los ardores, para que salgan del fuego y el fuego los consuma, es decir, aunque escapen de la ciudad, fuera serán consumidos por la espada hostil; y los que quedaren, oprimidos por el peso mismo de las miserias, reconocerán que yo soy el Señor: cuando pusiere o afirmare mi rostro sobre ellos y los entregare a una eterna soledad. Pues no fueron pecadores como las demás naciones, sino que fueron prevaricadores. Pues una cosa es descuidar lo que ignoras, otra despreciar lo que has cultivado. Podemos entender la viña y Jerusalén, según la inteligencia espiritual, como la multitud de los creyentes. La cual, si fuere negligente y perdiere el cultivo de la religión

antigua, ni diere frutos de virtudes, ni hiciere vino que alegra el corazón del hombre, será entregada a los ardores eternos y será reputada en nada. Pues «el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la hace, será azotado con muchos azotes» (Luc. XII, 47). Algo semejante habla también el Señor en el Evangelio según Juan: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el agricultor. Todo sarmiento que permanece en mí y no da fruto, el Padre lo quitará. Y todo el que da fruto, lo purgará para que dé más fruto» (Juan XV, 1-2). Si, pues, el Salvador es la vid y nosotros los sarmientos, y Dios es llamado el Padre agricultor, mientras guardamos los preceptos de Dios, siempre somos cultivados, y nuestro cultivo es una purga: pues «no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Rom. IX, 16). Que si dando fruto somos purgados por el Padre para que demos frutos más amplios, se muestra que todo nuestro esfuerzo, con el auxilio de Dios, llega al fin y da el fruto de la plenitud. El sarmiento, empero, que no hubiere dado frutos, será quitado por el Padre. Y una vez quitado, qué haga el Padre con él, la Escritura no lo dice; a no ser que tal vez la separación del cuerpo de Cristo sea pena perpetua y destrucción. Lo que entendimos en la viña y la vid, el Salvador lo enseña bajo otra figura en el Evangelio: «Bueno es el sal; pero si el sal se desvaneciere, para nada es útil, sino para que sea arrojado fuera y sea conculcado por los hombres» (Mar. IX, 49). Y el ojo que ilumina todo el cuerpo, si fuere cegado, oye del Señor: «Si la luz que hay en ti son tinieblas, las tinieblas mismas ¿cuántas

serán?» (Mat. VI, 23). Ciertamente, en comparación con el prevaricador y con el que negó a Dios a quien antes había confesado, más leve es la pena de aquellos que nunca tuvieron noticia de Dios. Las maderas de los sotos o de las selvas, empero, según la variedad de los creyentes, tienen alguna utilidad en una gran casa, en la cual no solo hay vasijas de oro y de plata, sino de madera y de barro; unas para honor, otras para contumelia (II Tim. II).

(Cap. XVI.---Vers. 1, 2.) Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, haz conocer a Jerusalén sus abominaciones, y dirás: Esto dice el Señor Dios a Jerusalén. LXX: Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, testifica a Jerusalén sus iniquidades, y le dirás: Esto dice Adonai el Señor.

En aquellos casos en que la delimitación de las profecías individuales era breve, pusimos los capítulos enteros, subyugando al punto lo que nos parecía. Aquí, empero, porque se dirige a Jerusalén un largo discurso de quien testifica y le enseña los pecados que ha cometido; y el vaticinio se extiende casi hasta el número de doscientos versos, a saber, hasta aquel lugar en que está escrito: «Cuando yo fuere aplacado contigo en todo lo que has hecho, dice el Señor Dios», tenemos necesidad de poner toda la profecía por partes; y coadaptar las debidas explicaciones a las cosas que hubiéremos propuesto.

Bajo la persona de una mujer meretriz que primero estuvo acoplada en el consorcio de un varón, se entreteje el origen, y la educación, y la

pubertad, y las nupcias, y el adulterio, y el repudio, y de nuevo la revocación de Jerusalén; para que se conozcan tanto la clemencia como el juicio del varón, y los crímenes de la adúltera y meretriz, mientras que tras todos los suplicios suscita para ella un pacto sempiterno: para que se acuerde de su iniquidad, y se confunda, y no le sea dado más abrir la boca por su confusión, cuando él hubiere sido aplacado con ella en todo lo que había hecho.

Pues mucho aprovecha a los pecadores saber qué han hecho. Por lo cual también el penitente habla: «Porque yo conozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre delante de mí» (Sal. L, 4).

Jerusalén, empero, puede entenderse de cuatro modos: o esta que fue encendida por el fuego babilonio y romano; o la celestial de los primogénitos; o la Iglesia, que se interpreta visión de paz (visio pacis); o las almas de cada uno que por la fe ven a Dios. Y aquello que muchísimos piensan que debe interpretarse sobre la Jerusalén celestial, la Iglesia no lo recibe, para que no nos veamos compelidos a aceptar que todas las cosas que se entretejen en la presente profecía se refieren a las ruinas y tormentos de las potestades celestiales, y a la restitución al estado prístino.

(Vers. 3.) Tu raíz y tu generación es de la tierra de Canaán [Vulg. cananea]. Tu padre fue amorreo, y tu madre jetea. Grande es la fe, y grande la audacia de los profetas, para que un solo hombre arguya de innoblez a toda una ciudad. Admirable Daniel, que al presbítero delincuente, y que juntaba el homicidio con el adulterio, se atrevió siendo niño a decirle: «Semilla de Canaán, y no de

Judá, la belleza te engañó» (Dan. XIII, 56). Grande también Isaías, que clama a los príncipes y al pueblo de los judíos: «Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, percibid con los oídos las palabras del Señor, pueblo de Gomorra» (Is. I, 10). Pero no menor Ezequiel, que habla con confianza a toda la ciudad: «Tu raíz y tu generación es de la tierra de Canaán: Tu padre fue amorreo, y tu madre jetea». Aunque también Esteban, primer mártir del Evangelio, habló al pueblo enfurecido (Hech. VII, 51): «Duros de cerviz e incircuncisos de corazón, vosotros siempre resististeis al Espíritu Santo».

Y aunque podemos tomar la raíz de Jerusalén, y su generación, como la tierra de Canaán, según aquello de que el pueblo fue llamado en Egipto, y allí habitó por mucho tiempo (pues Cam, padre de Canaán, fue príncipe de la gente egipcia), sin embargo, según la similitud de los crímenes, diremos que la raíz de Jerusalén es la tierra de Egipto: De donde también su padre es llamado amorreo (Amorrhaeus), que se interpreta como laloumenos (Î»Î±Î»Î¿á½»Î¼Î½Î¿Ï‚), esto es, celebrado con mucho discurso. Y tu madre jetea (Chethaea), esto es, existosa (á¼Î¾Î¹ÏƒÎ„á¿¶ÏƒÎ±), la cual o ella misma delira, o envía a otros a la demencia.

Pues todo el que hace pecado, del diablo ha nacido (Juan VIII, 54). De donde también en todo el orbe es famoso el vocablo de este antiguo padre, y vuelve a muchos a la demencia.

Y se le preceptúa a Jerusalén, ya según la letra, ya según el espíritu, que deje al antiguo padre, y se le dice: «Oye, hija, y ve, e inclina tu oído;

y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre: y el rey codiciará tu hermosura» (Sal. XLIV, 11). Y se le promete si tras el pecado quisiere volver al verdadero padre: «Te restituiré como fuiste cuando naciste».

¿De quién hubo tanta nobleza como de la ciudad de Jerusalén, que descendiendo de la estirpe de Abraham, Isaac y Jacob tuvo a Dios por padre? Y sin embargo, porque pecó, y dejó al verdadero progenitor, merece oír: «Tu raíz y tu generación es de la tierra de Canaán: Tu padre fue amorreo, y tu madre jetea».

Si ella oyó esto: «¿qué será de nosotros que, llamados de las suciedades de las gentes, perdimos toda mancha en el lavacro del Salvador, si contamináremos la vestidura de Cristo, y no tuviéremos en el convite el vestido nupcial? Ciertamente aquello, para que con manos y pies atados seamos entregados a los ardores eternos, en los cuales es el llanto de los ojos y el crujir de dientes (Mat. XXII).

(Vers. 4, 5.) Y cuando naciste, en el día de tu nacimiento no fue cortado tu ombligo, y no fuiste lavada con agua para salud, ni salada con sal, ni envuelta en pañales. No perdonó sobre ti el ojo para hacerte una de estas cosas, teniendo compasión de ti; sino que fuiste arrojada sobre la faz de la tierra, en la abyección de tu alma, en el día en que naciste.

LXX: Y tu generación, en el día en que naciste, no ligaron tus pechos, y tu ombligo no fue cortado, y no fuiste lavada en agua para salud, ni salada con sal, y no fuiste envuelta en pañales;

ni te perdonó tu ojo, para que yo te hiciera una de todas estas cosas y padeciera algo sobre ti, y fuiste arrojada sobre la faz del campo por la depravación de tu alma en el día en que naciste.

Discurramos sobre cada punto según el orden de la lectura. Cuando nació Jerusalén de padre amorreo y de madre jetea, y fue efundida del útero, no fue cortado su ombligo, por el cual se nutren los fetos en el vientre a modo de los árboles y arbustos, que se nutren por las raíces con el humor oculto de la tierra. Y así como el semillero de los varones se significa en los lomos, así las partes genitales de las mujeres se llaman con término honesto, según la costumbre de las Escrituras, ombligo, por el testimonio de Job, que bajo la figura del dragón habla del diablo: «Su virtud está en sus lomos, y su fortaleza en el ombligo del vientre» (Job XL, 11). Pues este dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, y engañó al orbe de las tierras, contra los varones tiene la virtud en los lomos, y contra las mujeres en el ombligo.

Esto, empero, significa sobre Jerusalén: que no recibió al punto la ley, ni le fueron cortados los exordios de su vergonzoso nacimiento, sino que primero vivió una vida gentil; por lo cual los Setenta interpretaron: «En el día en que naciste, no ligaron tus pechos» (Ezeq. VII), teniendo la Sagrada Escritura esta costumbre, de que por el corazón nombre el pechito (pectusculum) o el pecho (Lev. X; Núm. XVIII), y los pechos, según viere que conviene a cada lugar. Los sacerdotes, en quienes debe estar la doctrina y de cuya

boca requieren la ley, reciben el pechito. Juan se recuesta sobre el pecho del Señor, para que de la fuente uberrísima sacara los torrentes de la sabiduría (Juan XIII). En el Cantar de los Cantares los dos pechos de la Virgen son como dos crías gemelas de gacela, que pacen entre los lirios hasta que respire el día y se alejen las sombras (Cant. IV).

La madre diligente, tan pronto como naciere la infantita, liga sus pechos para que desistan de un tierno tumor y custodien la belleza virginal. Cuando, empero, llegare a la edad de la pubertad, se dirá de ella: «¿Acaso se olvidará la esposa de su ornato, o la virgen de su faja pectoral?» (Jer. II, 32).

Sigue: «Y no fuiste lavada en agua para salud». Los cuerpos cruentos de los infantes, tan pronto como se emiten del útero, suelen lavarse; así también la generación espiritual necesita del lavacro (lavacrum) salutífero. Pues nadie está limpio de suciedad, ni aunque su vida fuere de un solo día (Job XXVI, 14, 15). Y en los Salmos leemos: «En iniquidades fui concebido, y en delitos me concibió mi madre» (Sal. L, 6).

El segundo nacimiento desata el primer nacimiento. Escrito está, pues: «Si uno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan III, 5).

Y muchos son los lavacros que los étnicos en sus misterios y los heréticos prometen, los cuales lavan a todos, pero no lavan para salud. Por eso se añadió: «y en la cual no fuiste lavada para salud». Lo cual ciertamente puede entenderse no solo de los heréticos, sino de los eclesiásticos que

no con plena fe reciben el bautismo saludable. De los cuales debe decirse que recibieron el agua, pero no recibieron el espíritu, como aquel Simón Mago, que con dinero quería redimir la gracia de Dios, fue ciertamente bautizado en el agua, pero de ningún modo fue bautizado para salud (Hech. VIII).

En tercer lugar se dice: «ni salada con sal». Los tiernos cuerpos de los infantes, mientras aún retienen el calor del útero y con el primer vagido testifican los exordios de una trabajosa vida, suelen ser tocados con sal por las parteras para que estén más secos y se restrinjan. Por lo demás, Jerusalén, que nació de malos padres, nada de sabor, nada de diligencia consiguió. A los que, empero, renacen en Cristo, se les dice: «Vosotros sois la sal de la tierra» (Mat. V, 5); y se les preceptúa por el Apóstol: «Vuestro sermón sea siempre en gracia sazonado con sal» (Col. IV, 6).

De donde también en el vulgo a los sabios se les llama salados (salsi), y a los estultos se les llama insulsos (insulsi). Y en el Levítico se sanciona por ley: «Todo sacrificio vuestro será salado con sal. No cesará la sal del Testamento del Señor de vuestros sacrificios; en todas vuestras ofrendas ofreceréis sal» (Lev. II, 13). El que con esta sal hubiere sido sazonado, y hubiere secado con la admixtión de esta todo hedor y humor nocivo, no dirá más: «Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices a causa de mi insipiencia» (Sal. XXXVII, 6).

Sé que he leído en un cierto volumen sobre el Señor Salvador que él mismo es la sal celestial; y

que no solo las cosas terrenas e infernales, sino también las celestiales las sazonó con su sabor, para que se cumpla aquello que está escrito: «Gloria a Dios en las alturas, y sobre la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Luc. II, 14).

Lo cuarto es: «ni envuelta en pañales». Y el Salvador fue envuelto en los pañales de la infancia, y todo el que nace por los involucros de los pañales necesita de la protección de Dios.

Es natural, allí donde empero no falta la diligencia de los padres, que a los infantes nacidos primero se les corte el ombligo; después, para lavar la sangre, se les lave con agua. En tercer lugar, que el humor de los cuerpos de los pequeñuelos se seque con la adición de sal. En cuarto lugar, que los tiernos cuerpos de los infantes se envuelvan en pañales, por una doble causa: para que tanto se seque el cuerpo con la sal, la cual se conserva y restringe con los pañales para que no fluya, como para que los miembros tiernísimos no se depraven fácilmente. De donde también los cuerpos de los bárbaros son más rectos que los cuerpos romanos. Pues hasta el segundo y tercer año siempre se envuelven en pañales.

Pero no tal fue Jerusalén, cuyo ombligo no fue cortado, ni fueron ligados sus pechos, ni fue lavada con agua para salud, ni salada con sal, ni envuelta y constreñida con los pañales de la infancia. Por qué empero nada de esto mereció, la siguiente Escritura lo testifica. «No perdonó sobre ti el ojo para hacerte una de estas cosas, teniendo compasión de ti».

Por lo cual los Setenta pusieron: «No te perdonó tu ojo, para que yo te hiciera una de todas estas cosas». Y es necesario que la doble edición tenga una doble inteligencia. La primera significa esto: «No perdonó sobre ti el ojo para hacerte una de estas cosas, teniendo compasión de ti». Y el sentido es: Nadie tuvo compasión de ti, ofendido Dios; las vísceras de nadie se movieron sobre ti para hacerte al menos una de las cuatro cosas superiores, porque no merecías recibirlas todas a la vez.

En la otra se dice: «No te perdonó tu ojo para que yo te hiciera una de estas cosas, teniendo compasión de ti». Y tiene este sentido: De tal modo actuaste, y así en pecados naciste, y en delitos te concibió tu madre, que ni tú misma tuviste compasión de ti. Y habiendo tú obrado así, de modo que existieras cruel contra ti misma por las malas obras, ¿yo qué te pude hacer, tú que ni una sola de las cosas superiores mereciste recibir?

Porque, por tanto, nada de estas cosas que suelen hacerse a los infantes se hizo en ti; y esto no sin causa ni sin juicio, sino por tu vicio y pecado, tú que ni tú misma tuviste compasión de ti: por eso fuiste arrojada sobre la faz de la tierra, o del campo; y arrojada por la depravación de tu alma en el día en que naciste.

Oremos para que por la depravación del alma no seamos arrojados sobre la faz del campo, en el cual está la vía lata y espaciosa que conduce a la muerte; en el cual se enfurece la caballería de los caldeos. Y al mismo tiempo debe considerarse que nadie en el día en que nace puede cometer

nada depravado, sino en el tiempo del lavacro, cuando la sabia generación se asume por la fe del creyente.

(Vers. 6, 7.) Transcurriendo empero por ti: te vi conculcada en tu sangre. Y te dije cuando estabas en tu sangre: Vive; te dije, digo, en tu sangre: Vive. Te di multiplicada como el germen del campo, e ingresaste, y llegaste al mundum muliebrem (mundo/ornato mujeril). Tus pechos se hincharon y tu vello germinó; y estabas desnuda y llena de confusión.

Setenta: Y pasé por ti, y te vi mezclada en tu sangre, y te dije: de tu sangre la vida se multiplique, como el brote del campo te he dado, y te multiplicaste, y te magnificaste, e ingresaste en las ciudades de las ciudades (civitates civitatum). Tus pechos fueron erigidos y tu vello brotó; tú empero estabas desnuda, llena de ignominia.

Después de que fuiste arrojada sobre la faz del campo, o sobre la faz de la tierra, por la depravación de tu alma, no merecías ya mi auxilio; sin embargo, transcurriendo por ti te vi conculcada, o mezclada en tu sangre, esto es, rea de crímenes mortales; y te provoqué, atribuyendo penitencia, y te dije: Aunque estés en sangre, vive empero conversa; y tanta fue en ti la abundancia de todas las cosas, que tenías la similitud de un campo uberrísimo, y la bendición de Jacob con la cual le bendijo su padre, diciendo: «He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, al cual bendijo el Señor» (Gén. XXVII, 27); e ingresaras en los penetrales del Señor, y dijeras con la esposa: «Me introdujo el rey en su recámara» (Cant. I, 3);

y llegaras al mundum muliebrem, por lo cual los Setenta tradujeron: «e ingresaste en las ciudades de las ciudades»; para que así como el Cantar de los Cantares, y el siglo se dice siglo de los siglos, así las ciudades se llamen de las ciudades.

Por lo demás, lo que Símaco interpretó como «y llegaste al ornato de las mujeres», o como Teodoción, «e ingresaste al ornato de los ornatos», por lo cual nosotros, siguiendo el sentido hebreo, dijimos: «y llegaste al mundum muliebrem (mundo/ornato mujeril)», muestra el tiempo de la pubertad, cuando las niñas se llaman núbiles y pueden acoplarse en los amplexos de los maridos. Finalmente sigue: «Tus pechos se hincharon y tu vello germinó». Honestamente se indica la madurez de las adolescentulas, cuando se hinchan los pechos o se erigen, y germina el vello. Y cuando estaba preparada para las nupcias y tenía la belleza del cuerpo, no tenía los tegumentos de las vestiduras, ni era protegida por el auxilio de Dios. Si alguno no tiene el indumento de Cristo, está desnudo. Si alguno no está induto de las vísceras de misericordia, de bondad, de humildad, de pudicicia, de mansedumbre, de paciencia, yace sobre la faz de la tierra; y su belleza se turba por la confusión y la desnudez.

(Vers. 8.) Y pasé por ti, y te vi: y he aquí tu tiempo, tiempo de amantes. And extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu ignominia. Septuaginta: Y pasé por ti, y te vi, y he aquí tu tiempo, tiempo de los que se desvían (divertentium): y extendí mis alas sobre ti, y cubrí tu ignominia. ¡Cuánta clemencia! No había bastado haberla visto una vez concul-

cada en sangre y haberla provocado a penitencia, sino que visita de nuevo a la que peca, y porque estaba desnuda y llena de confusión, viene de nuevo y la visita; y he aquí su tiempo, tiempo de amantes; o según los Setenta, de los que se desvían, y según la segunda versión de Aquila y de Teodoción, de los pechos (uberum): por lo cual Símaco tradujo agapes (á¼€Î³Î±Ï€á¿†Ï‚), que suena como amor (dilectionem). Aquel tiempo era, pues, cuando pueden las mujeres asociarse a los varones y sostener el coito marital. Sin embargo, el Dios misericordioso extendió sus alas y los recibió, y los llevó en sus hombros, según aquello que está escrito en el Evangelio: «¿Cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste?» (Luc. XII, 34). O bien extendió el manto en lugar de las alas: pues esto se interpreta pterygion (Ï€Ï„Îµá½»Î³Î¹Î¿Î½), con el cual fue cubierta también Rut durmiendo a los pies de Booz (Rut III). Y en la orla, esto es, en el pterygio de nuestra vestidura, se nos manda atar franjas de jacinto. Esto empero hizo para cubrir la ignominia de Jerusalén: mostrando el genital de las mujeres bajo este nombre del cuerpo. Pues según el Apóstol: «A las partes deshonestas de nuestro cuerpo las rodeamos de mayor honor» (I Cor. XII, 13). De donde también el Salmista canta: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido remitidas, y cuyos pecados han sido cubiertos» (Sal. XXXI, 1). A la cual Cam, porque no protegió en su padre, es marcado con eterna maldición (Gén. IX). Lo que dijimos de Jerusalén, refirá-

moslo a nuestra alma, la cual mientras está constituida en la infancia, carece de pecado. Cuando empero llegare el tiempo de su edad, muchos son los amantes de los demonios y de los heréticos, y de los dogmas perversos, que desean desviarse hacia ella. Los cuales son repelidos por la protección de Dios, para que reciba no a los satélites del diablo, sino a los ministros del Salvador. Por «los que se desvían», «amor» y «pechos», en hebreo se tiene DODIM (×“×•×“×™×), lo cual según la propiedad de su lengua significa todo lo que se vertió arriba. Puede el tiempo del amor, y de los pechos o de los amantes de Dios, entenderse como Abraham, e Isaac, y Jacob: cuando les prometió el Señor tras la servidumbre egipcia que su pueblo había de ser liberado.

Y te juré; e ingresé en pacto contigo, dice el Señor Dios. LXX: Y te juré, e ingresé en testamento contigo, dice Adonai el Señor. Porque extendí mi manto, o mis alas sobre ti, y cubrí tu confusión: por eso te juré, e ingresé en pacto, o testamento contigo: para que te unieras a mí más que a los demás que hacia ti querían desviarse, según aquello: «Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Sal. CIX, 4; Heb. VI). Pues el fin de toda controversia es el juramento. «Y vivo yo», dice el Señor: «si no quiero más la penitencia del pecador que la muerte» (Ezeq. XVIII). En el tiempo de las nupcias, pues, Israel recibe el juramento de Dios, por todo don dotal. Y porque David había dicho de sí: «Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre» (Sal. CXXXI, 1): el cual juró al

Señor, y votó voto al Dios de Jacob; el mismo Señor le jura a él, diciendo la Escritura: «Juró el Señor verdad a David, y no lo frustrará» (Ibíd., 11).

(Vers. 9.) Y te hiciste mía, y te lavé con agua, y limpié tu sangre de ti, y te ungí con óleo. Porque extendí mis alas, y cubrí tu ignominia, y te juré, e ingresé en pacto contigo; por eso te has hecho posesión mía: para que tú, que eras ajena cuando parecías inmunda, comenzaras a ser mía cuando firmé mi pacto contigo con juramento. O según la costumbre de los profetas: «te hiciste mía», dice, por aquello que es: «fuiste unida a mí en matrimonio»; y «te lavé», dice, con el agua del bautismo saludable. Pues si uno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III, 5). Y en otra parte leemos: Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego (Mar. I, 8). De cuyo bautismo también habla Isaías, diciendo: El Señor lavará las suciedades de los hijos y de las hijas de Sion; y limpiará la sangre de en medio de ellos, con espíritu de juicio y espíritu de combustión (Isa. IV, 4). Cuando empero haya lavado y limpiado la sangre: como a la hemorroísa (haimorrhousan), que por doce años manaba sangre, sanó por el contacto de la franja (Mar. V): no le basta lavar con agua y limpiar con sangre, si no ungiera también con óleo: según lo cual el Samaritano, que se interpreta «guardián», primero ungió las heridas del medio muerto con la infusión de óleo, luego las reprimió con la austeridad del vino (Luc. X). Nuestro Señor, empero, fue ungido con otro óleo, que no mitigara el dolor de las heridas, sino que tribuyera alegría, diciéndole el

Espíritu Santo: Por eso Dios, tu Dios, te ungió con óleo de exultación sobre tus consortes (Sal. XLIV, 8). Tienen también las potestades contrarias la blandura de un óleo simulado, prometiendo cosas dulces a través de los heréticos; las cuales se convierten en amargura, y que el profeta detesta conmemorando: El óleo del pecador no pringue mi cabeza (Sal. CXL, 5). Si empero de la unción es llamado ungido, esto es, Cristo, mira cuánto ha aprovechado Jerusalén: para que ella misma, ungida con óleo espiritual, recibiera el nombre de Cristo; según lo cual también leemos en los Salmos sobre Abraham: No toquéis a mis cristos, y en mis profetas no obréis malignamente.

(Vers. 10.) Y te vestí de diversos colores (discoloribus). LXX: Y te induje de cosas variadas: con las ceremonias de la Ley, ocupada en cuyo estudio, abandonaras los ídolos. Estas son las variadas vestiduras con las que fue revestido José: ni pudieron los hermanos venderlo, si antes no lo hubieran desnudado de la variedad de la túnica (Gén. XXXVII). Y de la esposa se dice en el salmo cuadragésimo cuarto: Asistió la reina a tu derecha en vestido deaurado, circundada de variedad (Sal. XLIV, 10). Este es el vestimento de que también habla el Apóstol: Induíos del nuevo hombre, que se renueva en el conocimiento según la imagen del Creador (Efes. IV, 24). ¿Queremos saber cuáles sean las variadas vestiduras? El mismo Apóstol nos lo enseñe, escribiendo a los creyentes: Induíos, pues, de las vísceras de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia (Col. III, 12). ¿Qué más

bello que esta variedad? De la cual también Job hablaba: ¿Quién dio a las mujeres la sabiduría de la textura, o la disciplina de la variedad? (Job. XXXVIII, sec. LXX). Y el pontífice una vez al año, cuando por el pueblo quemaba el incienso, ingresando en el Sancta sanctorum, usaba variadas vestiduras (Éxod. XXXIX; Heb. IX). Ciertamente si las riquezas hicieran la variedad de los vestidos, y no la santidad y la diversidad de las virtudes, se escribiría que Faraón y Nabucodonosor tuvieron estas vestiduras, y no José, quien bajo un padre peregrino y pastoral, no podía tener vestidos discolores y regios.

Y te calcé de color jantino (janthino). LXX: Y te calcé de jacinto [Al. Jacintino]. Áquila y Símaco tradujeron «janthina»; los Setenta y Teodoción, «hyacinthina». Por lo cual en hebreo está escrito THAS (תחש). Y porque el discurso se dirige bellamente a Jerusalén, y bajo la persona de mujer se expresa todo su ornato, se narran los calzados jacintinos o jantinos, los cuales no convienen a las personas de los varones. Finalmente, a los que han de hacer la Pascua se les preceptúa, sin ninguna variedad de color, que estén con los lomos ceñidos y los pies calzados. Estos son los calzados de los que también escribe el Apóstol: «calzados los pies en la preparación del Evangelio de la paz». Filón, varón elocuentísimo de los judíos, compara el jacinto en las vestiduras del pontífice al aire, por el cual estima que se significan las cosas supernas y celestiales. Ni antes se calza Jerusalén con jacintinos si no se lava con agua. De donde también los pies de los Apóstoles, a

quienes antes había mandado el Señor que sacudieran el polvo de sus pies (Mat. X), son lavados por el Salvador. Y la esposa dice en el Cantar de los Cantares: «Lavé mis pies, ¿cómo los inquinando?» (Cant. V, 3). Y el divino discurso testifica de Moisés y de Josué (Éxod. III), que suelten la correa de su calzado, porque el lugar en que están es santo. Cuando empero los pies hubieren sido lavados y purgados de toda suciedad, se calzan con jacintinos o jantinos; lo cual en ambos casos es de color aéreo y cyáneo (κυανέου): para que sean arrebatados al encuentro del Señor en el aire y se apresuren a los reinos celestiales.

Y te ceñí con biso (bysso). Jerusalén no solo se viste de discolores y se calza de jacintinos, sino que también es ceñida con biso (bysso), del cual se tejen hilos muy tenues en la vestidura del pontífice. Y la esposa en Proverbios, que tejió para su marido dos clámides, tanto del presente siglo como del futuro, se dice que hizo para sí vestiduras de biso y púrpura (Prov. XXXI). Con este biso se ciñen los riñones, cuantas veces han de atenuarse los pingües incentivos de la libido, y nada de humor craso [Al. de Venus crasa] se deja en ellos; y cumplimos el precepto del Apóstol que dice: «Estad, pues, sucintos los lomos en la verdad» (Efes. VI, 14); como si con otras palabras dijera, «con biso». Y el Señor habla a los Apóstoles: «Estén vuestros lomos precintos y las lucernas ardientes en vuestras manos» (Luc. XXII, 35). Pues si no restringiéramos los fluyentes reumas de los lomos, no podemos tener las lucernas en las manos. De donde también Dios habla a Job:

«Ciñe como varón tus lomos» (Job. XXXVIII, 3). Y los que han de comer el cordero, calzados los pies, sosteniendo el báculo, estando en la verdad del Evangelio y preparados para la sangre de Cristo, se dice que tienen los lomos ceñidos (Éxod. XII). Con cuya zona mortificante de los lomos, Elías también y Juan el Bautista son ceñidos (IV Rey. I; Mar. I). De los cuales también el penitente gime flebilmente, diciendo: «Porque mis lomos están llenos de ilusiones» (Sal. XXXVII, 8).

Y te vestí de cosas sutiles (subtilibus). LXX: Y te circundé de tricapto (trichapto). Por lo cual Áquila tradujo «florido» o «palpable»; Símaco, «vestimenta»; Teodoción puso la misma palabra hebrea, MESSE (משי). Y cuando inquiriendo diligentemente qué quisiera para sí el vocablo «tricapto», que los Setenta vertieron; y de ninguno de los griegos pudiera hallar ni el uso ni la etimología del término: finalmente aprendí que fue compuesto por los Setenta (pues para cosas nuevas han de fingirse nombres nuevos) porque fue una vestidura de tanta sutilidad, que se cree que tenía la tenuidad de los pelos y de los cabellos. De donde yo también, queriendo expresar la tenuidad del vestimento, en lugar de «tricapto» traduje «sutiles», porque estaba tejido con tenue estambre y trama. Y congruentemente a aquellos de quienes increpando había dicho: «Se ha engrosado el corazón de este pueblo, y comió y bebió Jacob y se sació y se engrosó, y el amado calceó y abandonó a Dios su hacedor» (Deut. XXXII, 15), ahora se les condona la tenuidad de los vestidos. Pues también en el libro de la Sabiduría,

que por algunos se inscribe de Salomón, el espíritu de la sabiduría se llama unigénito y múltiple, tenue y mutable (Sab. VII). Y el maná de que está escrito: «Pan de ángeles manducó el hombre» (Sal. LXXVII, 25), se narra que fue tenuísimo a semejanza de la escarcha y de la semilla de cilantro (Éxod. XVI). Podemos, según la interpretación de la segunda edición de Áquila, que tradujo «vestido florido», entender por metáfora la ubertad de la tierra de Judea, o la belleza del culto divino.

(Vers. 11.) Y te orné con ornato. Generalmente pone ahora los ornatos, de los cuales enumera por partes en lo consiguiente: armillas y torques, pendientes y corona, y lo demás; cuyos ornatos atribuyó a Jerusalén, y en Isaías se dice que por su vicio lo perdió todo. Pues está escrito: «Por cuanto se elevaron», esto es, se ensoberbecieron las hijas de Jerusalén, «y anduvieron con erguida cerviz» (Isa. III, 16, 17), y lo demás: en lugar de zona, fueron ceñidas con cuerdas; y en lugar de ornato de la cabeza, fueron afeadas con calvicie; y en lugar de hermosos y blandos indumentos, fueron circundadas con la aspereza del cilicio.

Y di armillas en tus manos. LXX: Y circundé de armillas tus manos. Cuando Dios nos diere buenas obras, circunda de armillas nuestras manos. De donde también en las manos de los profetas dice que se asimiló (Oseas XIII), y frecuentemente leemos que el sermón fue hecho en la mano de Ageo o de Jeremías y de los demás (Ageo I). En Job también el labio del dragón es perforado por la armilla, y todos sus venenosos silbidos, que se

entienden en los dogmas perversos, son perforados por el círculo de las buenas obras (Job XL).

Y un torques alrededor de tu cuello. Por «torques», que nosotros interpretamos según la segunda edición de Áquila y Símaco, los Setenta y Teodoción vertieron «kathema» (κάθεμα), lo cual no solo aquí, sino también en Isaías está escrito: «Quitará el Señor la gloria de su vestimento, y las murenulas y los corimbos y los círculos y el kathema» (Isa. III, 18). Pienso empero que «kathema» fue dicho por ellos de un monile que desciende de varias gemas al pecho de las mujeres, el cual es también en sí mismo un bellísimo ornato de las mujeres.

(Vers. 12.) Y di un pendiente (inaurem) sobre tu boca, o tus narices. La palabra hebrea NEZEM (נזם), excepto Símaco, que interpretó «epirrhinion» (ἐπιῤῥίνιον), todos la vertieron «pendiente» (inaurem): no porque los pendientes se pongan en las narices, los cuales se llaman pendientes por el hecho de que penden de las orejas (aures); sino porque los círculos hechos a semejanza de los pendientes se denominan con el mismo vocablo, y hasta el día de hoy entre los demás ornatos de las mujeres, suelen pender círculos de oro desde la frente sobre la boca, y sobreminar las narices. Los cuales entonces recibimos según los místicos intelectos, cuando con el Apóstol podemos decir. Buen olor de Cristo somos en los que se salvan y en los que perecen. Para unos, ciertamente, olor de muerte para muerte; para otros, empero, olor de vida para vida (II Cor. II, 15). Cuando vivimos y de nosotros puede

decirse: «No los muertos te alabarán, Señor, sino nosotros los vivientes» (Sal. CXIII, 17), entonces Dios huele el olor de nuestro sacrificio de buena fragancia, y tenemos el círculo de oro de los sentidos y dogmas divinos en las narices. Cuando empero estamos muertos y nos versamos en el cieno y en las suciedades de las torpezas, tenemos aquel pendiente en las narices de que escribió Salomón: «Como pendiente de oro en las narices de una puerca, así la belleza en la mujer de malas costumbres» (Prov. XVI, 22).

Y círculos en tus orejas. LXX: Y rotulillas (rotulas) sobre tus orejas. El que cierra sus orejas para no oír el juicio de la sangre, y las cerca con espinas para no hacerse partícipe con los envidiosos y detractores, de los cuales está escrito: «Con los detractores no te mezcles, porque repentinamente vendrá la perdición de ellos, y la ruin de ambos ¿quién la conoce?» (Prov. XXIV, 21, 22)? tanto, a saber, la de aquel que detracta como la de aquel que de buena gana escucha: ese tiene círculos y rotulillas en las orejas, no las ruedas (rotas) que siguen a los Querubines (pues aquello es de las potestades angélicas), sino rotulillas en diminutivo, que convienen a la fragilidad humana. Por lo cual también se dice a Dios: «Voz de tu trueno en la rueda» (Sal. LXXVI, 19). Pues en aquellos que trascienden las cosas terrenas y apenas con módicos vestigios tocan la tierra, de quienes está escrito: «Piedras santas se vuelven sobre la tierra» (Zac. IX, 16), resuena la voz del trueno del Señor y de los excelsos dogmas. Los que empero son conducidos por los errores humanos y no tie-

nen sólidos vestigios, sino que son circundados por todo viento de doctrina (Efes. II), y expulsados del paraíso de la firmeza habitan en la región de Naid (Nod), que se interpreta «fluctuación», merecen llevar la sentencia de la lengua mendaz, que inflama la rueda de nuestra natividad (Gén. IV).

Y una corona de decoro en tu cabeza. LXX: Y una corona de gloriación sobre tu cabeza. El decoro, según Símaco, lo interpretamos por la elegancia del sentido. Por lo demás, tanto en el hebreo THOPHERTH (תפארת) como en los demás traductores se dice «kauchesis» (καύχησις), «gloriación». Los demás ornatos son de los miembros individuales. El ornato de la cabeza es la dignidad de todo el cuerpo. Llama empero corona al diadema de las mujeres, con el cual se estriñe y orna la ambición de los cabellos. ¿Queremos saber cuál sea la corona de decoro en la cabeza de Jerusalén? Revolvamos el Éxodo, en el cual está escrito: «Y hizo una lámina de oro, y escribió en ella letras deformadas con el sello de la santificación del Señor, y la puso sobre la cabeza de Aarón» (Éxod. XXXIX, 29). El signo de la santificación dominical es el nombre de Dios omnipotente, que se escribe con cuatro letras hebreas (יהוה), y entre ellos se llama inefable, pues su nombre no puede decirse. Cuya majestad ni siquiera la gentilidad ignora, y lo testifica el ara de los atenienses: «Al Dios Ignoto». De donde también el Apóstol: «Al que vosotros», dice, «cultiváis como ignoto, a este os anunciamos nosotros» (Hech. XVII, 23). Pienso que esta es la

corona de que también el Salmista dice: «Signada está sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor» (Sal. IV, 7). Y el Apóstol hablaba: «La carrera consumé, la fe guardé; por lo demás me está repuesta la corona de justicia, que me dará el justo juez» (II Tim. IV, 7, 8). Y en otro lugar a los creyentes: «Gozo mío y corona mía» (Fil. IV, 1). Pues gloria de los padres son los hijos. Y en Salomón se escribe: «Corona de gloria es la senectud» (Prov. XII, 6); de aquellos a saber que destruyeron las cosas que son de los párvulos, y tras la edad de varón perfecto llegaron a la senectud y a los nombres de padres, a quienes escribe Juan después de los niños (I Juan II), y los jóvenes que pueden decir: «Cuando era párvulo, hablaba como párvulo, sabía como párvulo, pensaba como párvulo; cuando empero me hice varón, destruí las cosas que son de párvulo» (I Cor. XIII, 11).

(Vers. 13.) Y fuiste ornada de oro y plata. Frecuentemente dijimos que el oro pertenece a la mente, la plata al elocuio. Y tribúyanos el Señor que merezcamos recibir el sentido divino y la sabiduría, y aquello que concebimos con la mente, proferirlo con la venustad del elocuio, y de ningún modo hacer de estas cosas un ídolo como hacen los heréticos, de quienes está escrito: «Les di plata y oro; ellos empero de la plata y del oro hicieron a Baal» (Oseas II, 8). Y esto más, según la inteligencia espiritual, es apto al ornato de las mujeres. Por lo demás, la materia más vil de la plata es ornato de las rústicas y pobres y de las esclavas, lo cual no conviene a Jerusalén, de quien se dice que progresó hasta ser reina.

Y fuiste vestida de biso (bysso), y de polimito (polymito), y de multicolores. LXX: Y tus amictos de biso, y tricaptas y versicolores. La palabra hebrea MESI (משי), y aquí Teodoción la puso igual que arriba, Áquila «anthimon» (ἄνθιμον), Símaco «polymitum». Nosotros empero lo que arriba llamamos «sutil», aquí según Símaco lo hemos dicho «polymitum» (bordado); los Setenta vertieron «trichapta», conservando la interpretación pasada: para que mostraran vestiduras tenues a semejanza de los cabellos. Todo el ornato empero se describe de las mujeres, para que se lave, se limpie, se unja con óleo y se vista de discolores, se calce de jacinto, se ciña de biso, se induzca de tricaptas o sutiles, reciba armillas y torques de oro, círculos pendientes en la boca y rotulillas en las orejas, diadema en la cabeza, se decore con oro y plata: aunque la materia de la plata sea más vil y se introduzca después de todo: «Fuiste vestida de biso y de polimito y de versicolores»; o como vertieron los Setenta, «amicto y palios», pues esto significan «peribolaia» (περιβόλαια), para que no solo estuviera ornada con el culto del cuerpo y tuviera todos los moniles de las mujeres, sino que también de su estrado y de sus lechos fuera solícita la diligencia marital, para que después de que hubiera completado estas cosas llegara a las delicias de los manjares, y ni en estas consintiera que algo le faltara. Todas las cuales cosas adaptaremos a la inteligencia espiritual según la explicación superior: para que se cubra con bisinos y sutiles, no sea que los delicados miembros de la cónyuge se

graven con el pesado peso de los palios, sino que exhiban igualmente tanto el uso como el decoro.

Flor de harina y miel y óleo comiste, y te hiciste bella vehementemente en exceso. Tras el vestido, tiene cuidado de los alimentos, para que Jerusalén coma flor de harina y miel y óleo, o bien por partes, como muchos estiman, o bien por la mixtura de los tres, un pan más dulce, el cual pan descendió del cielo (Juan VI); y bajo tres nombres, como algunos piensan, indica el sacramento de la Trinidad: no porque sea una y otra sustancia, sino porque con los diversos nombres de flor de harina y de miel y de óleo, se muestra la única dulzura del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y esto ha de advertirse: que en muchos sacrificios se ofrece flor de harina, médula del trigo y purísima, de la cual está escrito: «Y de la grosura del trigo los sació» (Sal. LXXX, 17): no de cebada, ni de harina común, que solo se ofrece entonces cuando el marido es movido por el espíritu de celotipia. En el volumen de los Jueces leemos de Débora (Jueces IV), que se interpreta «abeja», cuya profecía [Al. profecías] son mieles dulcísimas, y se refiere al Espíritu Santo, que entre los hebreos se llama de género femenino RUAJ (רוח). En el Evangelio también de los hebreos, que suelen leer los nazareos, el Salvador es introducido diciendo: «Hace poco me arrebató mi madre, el Espíritu Santo». Por lo demás la flor de harina, que se confecciona de trigo, se refiere al Señor, quien de sí mismo dice. «Si el grano de trigo no cayere en la tierra y muriere, él solo queda. Si empero muriere, mucho fruto trae» (Juan XII, 24). El óleo, empero, que

sustenta y recrea los miembros de los cansados, y es nutrimento de la luz, y por el cual en el tabernáculo de Dios se enciende el fuego perenne de la lucerna, se dice que conviene al Padre. Todas las cuales cosas tribuyen una sola gracia a los creyentes, diciendo el Apóstol: «Divisiones hay de gracias, pero uno mismo es el espíritu; y divisiones de ministerios, pero uno mismo es el Señor; y divisiones de operaciones, pero uno mismo e idéntico es Dios» (I Cor. XII, 4, 5). Quien tal comida comiere, y con este dulcísimo y suavísimo pan, refulgente con el esplendor del óleo, hubiere sido pastado y nutrido, se convertirá en decoro y se hará bellísimo: no una vez, sino repetidamente, «vehementemente, vehementemente». Pues el adverbio duplicado [añade] peso...

Y progresaste hacia el reino. Esto no se tiene en los Setenta, quienes tal vez en Alejandría, vertiendo las Escrituras de la verdad hebrea al sermón griego, temieron editar esto para no parecer que ofendían al rey de Egipto, al conmemorar que el reino era debido a Jerusalén por parte de Dios: aunque los eruditos prueban que solo los cinco libros de Moisés fueron interpretados por ellos (Vid sup cap V). Tras el ornato múltiple, pues, tras la corona, tras la abundancia de oro y plata, tras los indumentos y palios bellísimos, tras el decoro increíble, progresa hacia reina, porque es la ciudad del gran Rey, de quien está escrito: «Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey» (Sal. LXXI, 1). Y en el Apocalipsis de Juan, Jerusalén es descrita como esposa ornada y compuesta para su marido (Apoc. XXI). En los Salmos también se

dice de la misma: «Asistió la reina a tu derecha en vestido deaurado, circundada de variedad» (Sal. XLIV, 10). Todo empero lo que decimos de Jerusalén, para no detenernos en cada cosa y que la magnitud de los libros cause tedio a los oyentes, refirámoslo a la Iglesia. Pues si Jerusalén, según el Apóstol (Gálat. IV), es nuestra madre; y nuestra madre es la Iglesia: consecuentemente Jerusalén es la Iglesia, madre de los primogénitos que están descritos en los cielos.

(Vers. 14.) Y salió tu nombre entre las gentes por causa de tu especie, porque eras perfecta en mi decoro que puse sobre ti, dice el Señor Dios. LXX: Y salió tu nombre entre las gentes en tu especie; porque estaba completo en la hermosura que puse sobre ti, dice el Señor Dios. Este lugar lo interpretó más manifiestamente Símaco: «Y salió tu nombre entre las gentes, el cual era perfecto por mi dignidad, que yo había puesto sobre ti, dice el Señor Dios». Y es el sentido: Por mis beneficios y mi increíble largueza llegaste al vocablo de reina, de modo que de ti hablara el sermón de todas las gentes, y fueras perfecta no por tus méritos y virtudes, sino por mi liberalidad. «Pues si el Señor no edificare la casa, en vano trabajaron los que la edifican. si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigila el que la guarda» (Sal. CXXVI, 1, 2). Pues el que planta y el que riega nada es, si el Señor no diere el incremento (I Cor. III); porque «no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Rom. IX, 16): para que después de que hayamos hecho todas las cosas, digamos: «Siervos inútiles somos: lo

que debimos hacer, hicimos» (Luc. XVII, 10). No porque por la beneficencia de Dios se quite al hombre el libre arbitrio, sino porque la misma libertad debe tener al Señor como ayudador.

(Vers. 15.) Y teniendo confianza en tu belleza: fornicaste en tu nombre, y expusiste tu fornicación a todo transeúnte, para que fueras de él. Gran peligro es confiar en su propio decoro y no en la clemencia de Dios. Y cuanto más sublime fuera uno, debe temer no sea que caiga y fornique en su nombre. Pues las potestades adversarias desprecian los alimentos acostumbrados y desean alimentos peregrinos. De donde se dice del diablo: «Sus manjares son selectos» (Habac. I, 16). No quiere decepcionar a cualquiera. Al rey Saúl, que fue elegido por el Señor, y al apóstol Judas se apresura a suplantar. No confiemos, pues, en la propia belleza, ni pensemos que la liberalidad de Dios es nuestra virtud; sino antes bien oigamos: «No te gloríes para el mañana: pues no sabes qué parirá el día venidero» (Prov. XXVII, 1). Y en otro lugar: «Hermanos, si fuere prevenido el hombre en algún pecado, vosotros que sois espirituales, perfeccionad a tal clase en espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que también tú seas tentado» (Gálat. VI, 1). Ni expongamos, o derramemos, nuestra fornicación a todo transeúnte, para que no nos hagamos de Aquel en quien creemos, sino de aquel por quien somos polucionados. Quien recibe todos los vicios, y recibe el espíritu transeúnte de los diversos pecados en su gremio, y divarica sus pies a todo transeúnte, ese derrama su fornicación,

y comienza a sostener el dominato de aquel de quien hubiere sido huésped.

(Vers. 16.) Y tomando de tus vestidos, te hiciste lugares altos cosidos por todas partes, y fornicaste sobre ellos, como no se ha hecho ni ha de ser. LXX: Y tomaste de tus vestidos, y te hiciste ídolos cosidos, y fornicaste sobre ellos, y no ingresarás ni se hará. Símaco interpretó este lugar así: «Y cuando hubieras tomado de tus vestidos, te hiciste lugares altos multicolores, y fornicaste en ellos, cosas no hechas ni futuras». Por «cosidos» y «versicolores» y «lugares altos», o «ídolos», Áquila y Teodoción vertieron «embolismata» (ἐμβολίσματα), que significa diversos harapos cosidos aquí y allá, y un ídolo hecho a modo de emplasto, como si fuera un vestido polirrafo (ποικίλῥαφον). Te vestí, dice, de versicolores, y fuiste vestida de biso y de polimito y de variedad de muchas formas. Tú empero tus vestidos, de que por mi largueza fuiste dotada, los tomaste: y te hiciste ídolos, o lugares altos, que en hebreo se dicen BAMOTH (במות), lo cual nunca antes se hizo ni se hará; para que lo que recibiste para ornato lo transfirieras para injuria del donante. Lo cual sobre Jerusalén puede entenderse según la letra: que todos los preceptos de la Ley, y las riquezas y la abundancia de todas las cosas, los diputó a los ídolos, lo cual otra nación no hizo ni ha de hacer. Pues todas las naciones que desde el principio sirvieron a los ídolos, no son reas de tan gran crimen. Nuestra Jerusalén empero, que se interpreta «visión de paz», es rasgada por los heréticos, cuando carpendo uno y otro testimonio

de las Escrituras de sus propios lugares, intentan coserlos a aquellos a los que no pueden coaptar. A los que también leemos lo dicho arriba en este mismo profeta: «¡Ay de los que cosen almohadillas bajo todo codo de la mano, y hacen velos sobre la cabeza de toda edad!» (Sup. XIII, 18): lo cual prohibiendo el Señor que se haga, habla en el Evangelio: «Nadie asume remiendo de paño rudo en vestido viejo. De lo contrario quita de la plenitud de él, y se hará peor la cisura; ni echan vino nuevo en odres viejos» (Mat. IX, 16, 17). Tales son los nazareos, que intentan adaptar la observancia de la vieja Ley a la gracia evangélica. Y todos los heréticos...

(Vers. 17.) Y tomaste los vasos de tu decoro de mi oro y de mi plata que te di; y te hiciste imágenes masculinas, y fornicaste en ellas. Según la letra, el Señor preceptuó en la Ley que se hicieran incensarios, fialas, el candelabro, el arca del Testamento y todo lo ya áureo ya deaurado, y otras cosas de plata, todo lo cual fundió Jerusalén y lo convirtió en ídolos de Bel o Baal, de Camós y Astaroth y de Melcom. Según la inteligencia espiritual, también del oro y la plata de las santas Escrituras hacemos ídolos, cuando corrompemos la gracia del sentido y de la elocuencia con la herética pravidad, y ponemos en el cielo nuestra boca y nuestra lengua transita por la tierra. Se llaman empero imágenes masculinas en las que toda herejía fornica, por el hecho de que cada uno piensa que cultiva cosas robustísimas, y que tiene lo que fingió, ni que puede ser subvertido por ninguna impugnación. Estas son las imágenes

que de nuestro corazón confingimos, y que en la celestial Jerusalén han de ser destruidas, de las cuales el Profeta pronuncia: «Señor, en tu ciudad disiparás la imagen de ellos» (Sal. LXXII, 20). Pues cualquiera que sea hombre y haya perdido el nombre de Dios, se dice de él: «Ciertamente en imagen perambula el hombre, ciertamente en vano se conturba» (Sal. XXXVIII, 7). Nosotros empero un solo varón tenemos, y una sola imagen veneramos, la cual es imagen del Dios invisible y omnipotente.

(Vers. 18.) Y tomaste tus vestidos multicolores y las cubriste: se sobrentiende, las imágenes masculinas: para que todo el culto que había recibido para usarlo, lo convirtiera en blasfemia. Esto empero hacemos cuantas veces circundamos la herética pravidad con la prudencia, la templanza, la fortaleza, la justicia y con todas las virtudes, y bajo la ocasión de ellas decepcionamos a cualesquiera sencillos; para que viendo las mieles de las virtudes, no se precavan de los venenos de los vicios.

Y mi óleo y mi incienso pusiste delante de ellas. Y mi pan (o como vertieron los Setenta, mis panes) que te di; la flor de harina y el óleo y la miel con que te nutrí, los pusiste en el conspecto de ellas en olor de suavidad. El óleo de que hablamos arriba, y el incienso, o timiama, de que el Salmista proclama: «Diríjase mi oración como incienso en tu conspecto» (Sal. CXL, 2); y los panes de la proposición, que se nos manda ofrecer a Dios: también la flor de harina, sentido purísimo de las Escrituras, y la miel que gustó Jonatán y se

abrieron sus ojos y fue confortado (I Rey. XIV), la mísera Jerusalén los puso en el conspecto de los ídolos, o delante de las imágenes masculinas, para que fueran para estas en olor de suavidad, cosas que por su naturaleza son dulces y suavísimas; pero mientras se ofrecen a los ídolos y a las falsas doctrinas, se convierten en amargura.

# LIBRO QUINTO.

163-164 Para que el número de libros no se confunda, y para que no se vicie el orden de los volúmenes divididos entre sí por largos espacios de tiempo, he antepuesto pequeños prefacios a cada uno de los libros: de modo que por el frente del título el lector reconozca inmediatamente qué libro debe leer y qué profecía debemos explicar. En el volumen pasado, por tanto, es decir, el cuarto, diserté como pude en un breve sermón aquella parte de la profecía contra Jerusalén cuyo comienzo es este: «Tu raíz y tu generación es de la tierra de Canaán», hasta aquel lugar donde está escrito: «La flor de harina y el óleo y la miel con que te nutrí, los pusiste en el conspecto de ellos en olor de suavidad». Ahora la parte restante de la misma profecía, con las demás que siguen, se dedica al quinto volumen y a tu nombre, Eustoquio. En el cual no hallarás nada del arte retórica, nada de composición y de la belleza de las palabras: sino el cuidado de una simple y solícita diligencia, de modo que esta sea mi única y sola alabanza, si por medio de mí entiendes lo dicho por el profeta.

(Vers. 20 y ss.) Y sucedió, dice el Señor Dios, y tomaste a tus hijos y a tus hijas que me habías engendrado [Vulg. generaste]: y se los inmolaste a ellos para ser devorados. ¿Acaso es poca cosa tu fornicación, inmolando a mis hijos? y los diste

consagrándolos a ellos. Y después de todas tus abominaciones y fornicaciones, no te has acordado de los días de tu adolescencia, cuando estabas desnuda y llena de confusión, conculcada en tu sangre. LXX: «Y sucedió después de estas cosas, dice el Señor Adonai, y tomaste a tus hijos y a tus hijas que engendraste, y se los inmolaste a ellos en consumación, como si hubieras fornicado poco, y mataste a tus hijos, y los diste al ofrecerles a ellos, esto es, sobre toda tu fornicación y tus abominaciones, y no te has acordado del día de tu infancia, cuando estabas desnuda e ignominiosa: mezclada en tu sangre viviste».

Que Jerusalén haya inmolado a sus hijos y a sus hijas — de quienes está escrito: «He engendrado hijos y los he exaltado, pero ellos me despreciaron» (Is 1, 2) — a los ídolos, lo conmemora la Sagrada Escritura: «Inmolaron a sus hijos y a sus hijas a los demonios» (Sal 105, 37). Y de nuevo: «Derramaron sangre inocente» (Ibíd., 38), la sangre de sus hijos y de sus hijas, que inmolaron a las esculturas de Canaán (Éx 4, 22). Los llama «suyos» según el hebreo. Pues Él mismo había dicho de ellos: «Israel es mi hijo primogénito». O según los Setenta (LXX), «tuyos», los que engendraste de la fornicación. Pero en aquel lugar donde nosotros pusimos: «y los diste consagrándolos a ellos», por lo cual los Setenta vertieron: «y los diste para aplacar», o «expiar», Áquila, Símaco y Teodoción pusieron: «los trasladaste y los hiciste pasar»: porque los étnicos (paganos) o bien trasladan a sus niños a través del fuego, o bien obligan a pasar a los adultos. Cuando hayas

hecho estas cosas, dice, no te has acordado de tu infancia, cuando te tomé bañada en sangre y te lavé, y después de muchas cosas que narró el sermón profético, te uní a mí. También nuestra Jerusalén, si fuera suplantada por el fraude herético, arrebata a sus hijos, que son más robustos en la fe, y a sus hijas que no tienen tanta fortaleza de fe. O ciertamente a los hijos, que conocen las cosas místicas: a las hijas que siguen la historia simple; y los entrega a los demonios para ser devorados, y aunque los mata, cree vivificarlos y aplacar a los simulacros, con cuya muerte se sacian. Y lo que se dice según los Setenta, esto es, «sobre toda tu fornicación y tus abominaciones», significa que la doctrina de los demonios es peor que todos los pecados y fornicaciones: más aún, matará a aquellos que o bien había engendrado para Dios con mucho trabajo, o bien había hecho sus hijos, a los que engendró en la fornicación.

(Vers. 23 sigs.) Y aconteció tras toda tu malicia: ¡ay, ay de ti!, dice el Señor Dios. Y te edificaste un lupanar, y te hiciste un prostíbulo en todas las plazas. A cada cabecera de camino edificaste el signo de tu prostitución, y abominable hiciste tu hermosura, y dividiste [Al. despediste] tus pies a todo el que pasaba, y multiplicaste tus fornicaciones. Y fornicaste con los hijos de Egipto tus vecinos de grandes carnes, y multiplicaste tu fornicación para irritarme. LXX: Y aconteció tras todas tus malicias, ¡ay, ay de ti!, dice Adonai el Señor. Y te edificaste una habitación de fornicación, y te hiciste una prostitución en cada plaza. Y en el principio de cada camino edificaste

tus fornicaciones: y corrompiste tu hermosura, y deparaste tus muslos a todo el que pasaba, y multiplicaste tu fornicación: y fornicaste con los hijos de Egipto tus vecinos, que son de grandes carnes, y múltiplemente fornicaste, para provocarme a iracundia. Esto que se dice por segunda vez, «¡ay, ay de ti!», la edición Vulgata no lo tiene, sino que fue añadido de la edición de Teodoción. Y de nuevo donde nosotros dijimos: «Y te edificaste un lupanar», por lo cual los Setenta vertieron: «Y te edificaste una habitación de fornicación», Símaco y Teodoción interpretaron porneion; Áquila, queriendo expresar la etimología del sermón hebreo GOB, puso bathyron, lo que nosotros podemos llamar fosa (foveam): para que signifique una timba y un antro excavado y tenebroso en el que se versa la libido de las prostitutas. Y lo que sigue: «Y te hiciste un prostíbulo en todas las plazas», por lo cual los Setenta vertieron ekthema, en el hebreo tiene RAMA: y tanto Áquila como Símaco y Teodoción interpretaron «excelso» (excelsum) o «sublime». Finalmente, también en lo subsiguiente, donde está escrito: «A cada cabecera de camino edificaste el signo de tu prostitución», por «signo» y «fornicación», de nuevo en el hebreo tiene RAMA, lo que nosotros interpretamos o bien por «prostíbulo», o bien por «signo», siendo que entre los hebreos es un solo vocablo. Esto empero se pone porque es excelso (excelsus); para que el que quiera ser visto esté en un lugar excelso y prominente. Esto es también lo que está escrito: «En los montes excelsos sacrificaba a los ídolos». Y la interpretación de Egipto

es «aflicción», o «el que angustia», o «el que oprime». Jerusalén, pues, porque había sido la ciudad del gran Rey, y tras el conocimiento de la ley de Dios y del templo en ella edificado, se había prostituido a los demonios y los había invitado al abrazo de su error, se llama lupanar común y antro de fornicaciones, que están situados en cada plaza y en la cabecera de cada camino, para que nadie pasara que no se manchara con su suciedad. Y porque fornicó con los hijos de Egipto, esto es, siguió los errores de aquella provincia, cuya carne es grande, esto es, cuya obra de error es amplísima, hasta el punto de que adoran incluso a los monstruos de las bestias y las cosas más torpes del mundo: por esto se dice que multiplicó sus fornicaciones, para provocar al Señor a iracundia.

(Vers. 27.) He aquí que yo extenderé mi mano sobre ti, y quitaré tu justificación [Vulg tu derecho], y te daré a las almas [Vulg en las almas] de las que te odian, de las hijas de los palestinos, que se avergüenzan [Al se abrasan] en tu camino malvado. LXX: Si empero extenderé mi mano sobre ti, y quitaré tus cosas legítimas, y te daré en las almas de las que te odian, de las hijas de los extranjeros, que te hicieron declinar de tu camino. Y lo que sigue: esebesas, esto es, impíamente obraste, según los Setenta se acopla al capítulo siguiente, según los demás es el fin de lo superior. Extiende empero el Señor sobre Jerusalén su mano, para que corrija a la delincuente, y quite las cosas legítimas de ella, las cuales mientras guardaba los preceptos de Dios, se llamaban cosas legítimas

del Señor. Mas cuando adoró a los ídolos, y cambió la religión en impiedad, de ninguna manera se llaman cosas legítimas de ella. Lo cual no solo en la ley y las ceremonias, sino también en los sábados y días festivos y neomenias ha de recibirse. Pues dando la ley, dice: «Mis sábados y mis días festivos». Mas cuando se apartaron de Dios, se les dice: «Vuestras neomenias, y sábados, y el día grande no recibiré: El ayuno y el ocio, y vuestras solemnidades odia mi alma» (Éxod XXXI; Deut V; Isa I, 14). Lo cual también del pueblo está escrito (Deut VII). Pues el que antes se llamaba pueblo de Dios, después de que se apartó del Señor, se dice de él a Moisés: «Pecó tu pueblo a quien sacaste de la tierra de Egipto» (Éxod XXXII, 7). Esta extensión de la mano aquí, en otra parte se llama elevación, o visitación. Pues cuando Dios no corrige al que peca, contrae su mano. Mas si pecare, y en la ley de Dios empezare a enfermar, se envía a él la visitación; según aquello que en el salmo se canta: «Si sus hijos dereliquieren mi ley, y en mis juicios no ambularen: visitaré en vara sus iniquidades» (Sal LXXXVIII, 31, 32). Y en este profeta está escrito: «La tierra si pecare contra mí para que delinca un delito, extenderé mi mano sobre ella, y quebrantaré el báculo de su pan», y lo demás. En lo cual preguntamos qué haya entre la extensión de la mano y la contracción de la mano. Cuando la mano de Dios se extiende, hiere; cuando se contrae, cesa de herir. Por lo cual también dice al ángel que hería al pueblo en la era de Areuna: «Basta, ahora contrae tu mano» (II Rey XXIV, 16). Pues así como nosotros, cuando quere-

mos herir a alguno a distancia, extendemos la mano: así Dios se dice extender su mano cuando hiere a los que están lejos de Él. Y observemos que Jerusalén, que había estado fornicando con los egipcios y asirios, es entregada en manos de las hijas de los palestinos, esto es, de los filisteos, los cuales, aunque eran idólatras y extranjeros, sin embargo se avergonzaban de la maldad de Jerusalén, porque había excedido la medida de todos los errores, y en sus fornicaciones había superado incluso a las naciones más impías.

(Vers. 28, 29.) Y fornicaste en los hijos de los asirios: por cuanto aún no habías sido saciada, y después que fornicaste, ni aun así fuiste saciada. Y multiplicaste tu fornicación en la tierra de Canaán con los caldeos, y ni aun así fuiste saciada. LXX: Impíamente obraste, y fornicaste en los hijos de Asur; y ni aun así fuiste saciada: y fornicaste, y no estás llena; y multiplicaste tus testamentos hacia la tierra de Canaán y de los caldeos; y ni en estos fuiste saciada. Arriba se escribió que Jerusalén había fornicado con los hijos de Egipto sus vecinos, que son de grandes carnes: aquí se indica otra vecindad de los asirios. Y por tanto a ambas naciones son entregados, porque los simulacros de ambas veneraron, y entrando en Caldea, que es tierra de Canaán, imitaron los errores de aquellos a cuyo imperio estaban sujetos. Según la tropología, de unos pecados a otros pasamos a menudo. Y como no hubiéramos hecho penitencia de los crímenes anteriores, aumentamos los delitos con delitos, y con ningún error nos saciamos, sino que como con soga

larga y correa de yugo de ternera, arrastramos los pecados, y nuestro testamento, o fornicación, multiplicamos en la tierra de Canaán, que se interpreta «como fluctuación», y con los caldeos, que también ellos suenan con nosotros «como demonios» (Sal. XXXIX, 3). Y siempre tenemos las huellas en el salo, y nunca podemos decir: «Fijó sobre piedra mis pies». Y somos sujetos a las pravidades de los herejes, que tienen similitud de demonios: o a los mismos Demonios, de quienes Pablo escribe: «No es para nosotros la lucha contra la carne y la sangre, sino contra los rectores de estas tinieblas, contra las cosas espirituales de la nequicia en las celestiales» (Ef. VI, 12).

(Vers. 30, 31.) ¿En qué limpiaré tu corazón, dice el Señor Dios, cuando haces todas estas obras de una mujer meretriz y procaz? Porque fabricaste tu lupanar (prostíbulo) en el cabo de todo camino, y tu lugar excelso hiciste en toda plaza: ni te hiciste como meretriz aumentando el precio por fastidio. LXX: «¿Qué haré a tu corazón, dice el Señor Adonai, cuando hicieres todas estas obras de mujer fornicaria e impudente? ÷ y fornicaste triplemente en tus hijas ** cuando edificaste tu lupanar en el principio de todo camino, y tu base hiciste en toda plaza: y no fuiste como meretriz congregando mercedes». Y lo que dijeron los Setenta: «Y fornicaste triplemente en tus hijas», no se halla en el hebreo, ni ninguno de los otros Intérpretes lo puso. Pero Dios habla todas estas cosas a Jerusalén de modo controvertido (contentiose), por cuanto no halla con qué medicamento pueda curar a la enferma y semimuerta;

según aquello que escribe Isaías: «¿Qué es lo que debí hacer de más a mi viña, y no se lo haya hecho?» (Is 5, 4). Y Oseas: «¿Qué te haré, Efraín? ¿qué te haré, Judá? Vuestra misericordia es como nube matutina, y como el rocío que pasa por la mañana» (Os 6, 4). Pues tu idolatría no en oculto, sino con toda libertad fue cometida, de modo que en todos los principios de los caminos y encrucijadas pusieras aras, y tu base, o tu lugar excelso de que hablamos arriba, hicieras en toda plaza. Ni imitó a las astutas meretrices, que suelen aumentar el precio de la libido con la dificultad, y por esto provocar más a los amantes a la locura. O según los Setenta: «No fuiste como meretriz congregando mercedes», sino que diste lo que habías debido recibir, de modo que ni en aquello en que fornicaste y seguiste a los demonios, fueras protegida por su auxilio, sino que oprimida por varias cautividades, sintieras tus calamidades. Lo cual ciertamente también puede referirse a toda alma cristiana, que desierto el culto de Dios, se permitió a los vicios y a la lujuria, y seguida la vida secular, ni aun en ella obró felizmente, sino que perdió las riquezas de la religión y no recibió las riquezas del mundo: ni en su estupro hubo dificultad alguna, sino que ella misma se ingirió a sus amantes. Pero hay también otra fornicación espiritual, cuando desertando la Iglesia, nos unimos a los herejes, y edificamos nuestro lupanar en el cabo de todo camino, a quienes manda el sermón divino: «Estad en los caminos, y buscad las sendas del Señor sempiternas, y ved cuál sea el camino bueno, y caminad por él» (Jer 6, 16), a sa-

ber, en los libros de Moisés, Josué, Jueces y Reyes, e Isaías y Jeremías, y los otros profetas. En todos los principios de los caminos fabrica su lupanar el que, para perversidad de la doctrina, abusa mal de los testimonios de las Escrituras y dice: «Esto dice Isaías: esto dice Oseas: esto habló Moisés: esto Daniel». Y bellamente no en medio de los caminos, ni en los términos de los caminos pone su lupanar, sino en el principio. Pues si llegare a la ciencia y a lo profundo de los libros divinos, no podrá errar. Su lugar excelso también, o base, hace en toda plaza, permitiéndose a la lascivia y vicios de los étnicos (paganos) y de los impíos, aun entre los mismos herejes cuando por ellos fuere deturpada, no teniendo gracia, sino patente al desprecio, porque fácilmente perdió la pasada castidad de la fe. Pero esto que (como arriba dijimos) en el hebreo no se halla: «Fornicaste triplemente en tus hijas», o bien se dice a Jerusalén según la letra, que fornicó en todo género en sus pueblos y aldeas; y no quedó rincón o plaza donde no condiera los signos de la idolatría: o bien a la Iglesia y a los creyentes engañados, que no oyeron aquello del Apóstol: «Pero el mismo Dios de paz os santifique por todo, para que vuestro espíritu íntegro, y el alma, y el cuerpo se conserve sin querella en el día del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes 5, 23); sino que en todo género fornicaron tanto con el cuerpo, como con el alma y el espíritu. Leemos en los Proverbios: «Pero tú escríbelas triplemente, para que respondas palabras de verdad que se te proponen» (Prov 22, 20, 21). Y se nos manda que los elocuentes

de la verdad, esto es, las santas Escrituras, las entendamos triplemente. Primero, según la letra; segundo, mediamente por la tropología; tercero, más sublimemente, para que conozcamos las cosas místicas. Según la letra es aquello: «Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil» (1 Cor 10, 8). Y: «No queráis murmurar, como algunos de ellos murmuraron y perecieron por el exterminador» (1 Cor 10, 10). Mediamente, empero, y según la tropología, cuando retrocedemos de la letra y subimos un poco a las cosas más altas, diciendo el Apóstol: «Escrito está: No atarás la boca al buey que trilla». E inmediatamente sigue: «¿Acaso hay cuidado de los bueyes para Dios? ¿O por nosotros ciertamente lo ha dicho?» (1 Cor 9, 9). Pero la extrema, esto es, la tercera y sublime y sacra inteligencia, según aquello del mismo Apóstol: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se adherirá a su mujer.» Sacramento este grande es. Pero yo digo en Cristo y en la Iglesia» (Ef 5, 31, 32). Pero las hijas son de la Iglesia fornicante, las almas primero creyentes y después engañadas en la herejía, cuya culpa se refiere a la madre.

(Vers. 32 sigs.) Sino como mujer adúltera, que sobre su marido induce a extraños. A todas las meretrices se dan mercedes: tú empero diste mercedes a todos tus amantes, y les dabas dones para que entraran a ti de todas partes para fornicar contigo. Y aconteció en ti contra la costumbre de las mujeres en tus fornicaciones, y tras de ti no habrá fornicación. Pues en aquello que diste mercedes, y no recibiste mercedes: aconteció en

ti lo contrario. LXX: Mujer adúltera semejante a ti: de su marido recibiendo mercedes: a todos los que fornicaban con ella daba mercedes: y tú diste mercedes a todos tus amantes, y los cargabas para que vinieran a ti, por circuito en tu fornicación. Y se hizo en ti perverso contra las mujeres en tu fornicación, y tras de ti no han fornicado: en aquello que dieras mercedes, y mercedes no te han sido dadas: y se hizo en ti perverso. Esto que en los LXX está escrito, «semejante a ti», en el hebreo no se tiene, y perturba el orden de la lección, y hace no pequeña cuestión qué mujer, semejante a quién: siendo que Jerusalén misma se dice ser mujer adúltera. Tomó, pues, Jerusalén la abundancia de todas las cosas con que había sido dotada por la liberalidad de su marido, y se la dio a extraños, a saber, a los demonios e ídolos, según aquello que está escrito en Oseas: «Y esta no conoció que yo le di el trigo, y el vino, y el óleo, y la plata le multipliqué: ella empero de plata y oro hizo para Baalim» (Os. II, 8). Por lo cual airado inmediatamente infiere: «Por tanto me volveré, y quitaré mi trigo en su tiempo, y mi vino en su tiempo; y tomaré mis vestidos, y mis linos, para no cubrir más su ignominia: y ahora revelaré su inmundicia en conspecto de sus amantes, y nadie la librará de mi mano». Y como todas las mujeres fornicadoras suelen recibir mercedes de sus amantes, Jerusalén hizo lo contrario, de modo que más daba que recibía. Y para mostrar la largueza de la merced: Cargaba [Al. Honraba], dice, a los que vinieran a ella por circuito; para que

no hubiera ningún vecino que [no conociera?] su ignominia.

(Vers. 35 sigs.) Por tanto, oh meretriz, oye la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios: Por cuanto ha sido derramada tu plata (aes), y ha sido revelada tu ignominia en tu fornicación (Vulg. fornicaciones) sobre tus amantes, y sobre los ídolos de tus abominaciones en la sangre de tus hijos, los cuales les diste. He aquí que yo congregaré a todos tus amantes, con los cuales te mezclaste, y a todos los que amaste con todos los que odiaste, y los congregaré sobre ti de todas partes, y desnudaré tu ignominia delante de ellos y verán toda tu torpeza. Y te juzgaré con los juicios de las adúlteras, y de las que derraman sangre, y te daré en la sangre (Vulg. sangre) del furor y del celo, y te daré en manos de ellos, y destruirán tu lupanar, y demolerán tu prostíbulo, y te desnudarán de tus vestidos, y quitarán los vasos de tu decoro, y te dejarán desnuda, y llena de ignominia. Y traerán sobre ti una multitud, y te apedrearán con piedras, y te degollarán (Al. truncarán) con sus espadas. Y quemarán tus casas con fuego, y harán en ti juicios a los ojos de muchísimas mujeres, y dejarás de fornicar y no darás más mercedes. Y descansará mi indignación en ti, y se quitará mi celo de ti, y descansaré, ni me airaré más: por cuanto no te acordaste de los días de tu adolescencia, y me provocaste en todas estas cosas. Por lo cual también yo he dado tus caminos sobre tu cabeza, dice el Señor Dios, y no he hecho según tus maldades en todas tus abominaciones. LXX: Por tanto, oh meretriz, oye la palabra del

Señor: Esto dice Adonai el Señor: Por cuanto has derramado tu plata, y se revelará tu ignominia en tu fornicación ante tus amantes, y en todos los pensamientos de tus iniquidades, y en la sangre de tus hijos, los cuales les diste. Por tanto, he aquí que yo sobre ti congregaré a todos tus amantes, con los cuales te mezclaste, y a todos los que amaste con todos los que odiaste, y los congregaré sobre ti por circuito, y revelaré tus malicias ante ellos, y verán toda tu ignominia. Y me vengaré de ti con la venganza de las adúlteras y de las que derraman sangre, y te pondré en la sangre del furor y del celo, y te entregaré en manos de ellos: y socavarán tu lupanar, y destruirán tu base, y te desnudarán de tus vestidos, y tomarán los vasos de tu gloriación, y te dejarán desnuda y llena de ignominia, y traerán sobre ti una multitud, y te apedrearán con piedras, y te truncarán con sus espadas. Y encenderán tus casas con fuego, y harán en ti venganzas delante de muchísimas mujeres: y te apartaré de la fornicación, y no darás más mercedes: y enviaré mi furor sobre ti, y se quitará mi celo de ti, y descansaré, y no estaré más solícito: porque no te acordaste del día de tu infancia, y me contristabas en todas estas cosas. Y he aquí que yo daré tus caminos sobre tu cabeza, dice Adonai el Señor: y así hiciste iniquidad sobre todas tus iniquidades.

Primero echamos los fundamentos de la historia. Porque hiciste esto y aquello que el sermón superior comprende: por tanto oye, oh meretriz, qué has hecho y qué has de padecer. Derramaste tu plata que de mí habías recibido, y diste merced

a tus amantes, la cual debiste recibir, y mataste a tus hijos mientras los ofrecías a los ídolos: de modo que no solo como adúltera, sino también como parricida has existido. Por tanto congregaré sobre ti a todos tus amantes con quienes fornicaste, tanto a los que amaste como a aquellos que odiaste, y con la ley de las adúlteras te desnudaré, para que todos vean tu torpeza y los genitales por los cuales antes eran llevados por la demencia del amor. Todas estas cosas empero se dicen a Jerusalén por metáfora de mujer adúltera y homicida, que no solo haya fornicado contra su marido, sino que también haya matado a sus hijos; y que han de ser congregadas todas las naciones contra ella, cuyos ídolos haya adorado, y haya convertido todos los dones de Dios al culto de ellos, y sea destruido el templo de Baal, y las aras de toda la ciudad sean subvertidas por el incendio, y nada en ella permanezca. Y como suelen contra la adúltera arrojar todos piedras, y degollar a la meretriz, para que muera por las heridas de cada uno: así para que todas las mujeres vean la pena de la fornicaria: así en conspecto de las otras ciudades de alrededor, y de todas las naciones, ha de ser desamparada Jerusalén. Y que esto se haga para que deje de fornicar, y no dé más mercedes a sus amantes, y descanse la indignación de Dios, ni se aire contra ella a quien haya dejado de amar. Por lo cual percibimos que es una gran ofensa el no ser de ningún modo cuidado por Dios, sino permitir al hombre en sus maldades y pecados. Se quitará, dice, mi celo de ti, y descansaré, ni me airaré más, como con una extraña, y que de mí

se haya retirado, y a quien haya entregado a la desnudez eterna. Si empero esto padeció Jerusalén porque con los ídolos fornicó, ¿qué pensamos que ha de padecer cuando degolló al Hijo de Dios? And todas estas cosas, dice, hiciste, olvidada de los beneficios antiguos, y me provocaste a ira, o me contristaste a mí, a quien debiste provocar a gozos con buenas obras. Por tanto, también yo he devuelto tus obras sobre tu cabeza. Y cuando te subvierta, oh adúltera, con todo menos de mi ira ejerceré en ti de lo que mereciste: para que también en esto se demuestre la divina clemencia, siendo mayores los pecados que las penas.

Según la tropología, toda alma recibe de Dios dinero espiritual, según aquello del Evangelio (Mat. XXV, Luc. XIX) que se dice en las parábolas de los cinco, de los dos y del un talento, y de los diez siervos que reciben cada uno su mina. Los cuales, habiendo obrado negligentemente, se hacen deudores de cincuenta [Al. diez] denarios y de quinientos. Y por esto, en presencia de los amantes, que entendemos como los demonios y las potestades contrarias, se revela la ignominia de Jerusalén, o en el día del juicio, o en el tiempo de la penitencia cuando son reprendidos. Y primero ciertamente solo el Dios omnipotente ve lo oculto, diciendo el sermón evangélico: «Y tu Padre que ve en lo escondido» (Mat. VI, 6). Y en otro lugar: «Dios que escudriña los corazones y los riñones» (Sal. VII, 10). Y en el volumen de los Reyes: «Tú solo conoces los corazones de todos los hijos del hombre» (1 Reyes VIII). Cuando empero se haya cumplido: «No hay nada

oculto que no se manifieste, y cubierto que no se revele» (Luc. XII, 2). Y en otro lugar: «No queráis juzgar antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual iluminará lo escondido de las tinieblas y manifestará los consejos de los corazones, y entonces cada uno tendrá alabanza de Dios» (1 Cor. IV, 5); y cuando el tiempo de la reprensión haya llegado, entonces se cumplirá aquello de Oseas: «Ahora los han rodeado sus pensamientos» (Os. VII, 2). Y en otro lugar: «Acusándolos entre sí sus pensamientos, o también defendiéndolos, en el día cuando Dios juzgará lo escondido de los hombres» (Rom. II, 15). Y de nuevo: «He aquí el hombre, y sus obras delante de su faz». Y verán todos la torpeza de aquella que antes con ella habían fornicado, y la dará Dios en sangre de furor y de celo. Lleno está empero el furor del varón contra la mujer adúltera, y con ningún precio puede ser redimido. La sangre de los hijos empero así puede entenderse: que llamemos hijos de Jerusalén a los buenos pensamientos (λογισμοὺς καλοὺς), esto es, pensamientos buenos, que de Dios han sido insertados en los hombres; a los cuales mata la adúltera cuando haya declinado a las malas obras. Aprovecha también a Jerusalén que sea socavado su lupanar, y todo semillero de su fornicación sea destruido. Pues cuando esto se haya hecho, no dará más mercedes, y descansará la indignación de Dios, y de ningún modo la celará, seguro de la castidad de ella: a saber, según aquellos que toman en buena parte lo que se dice. Otros empero, como arriba dijimos, lo refieren a la parte contraria, de modo que sea

gran ira de Dios el no airarse, una vez que haya despreciado a la fornicante y haya desesperado de la salud de ella. Si empero los herejes que no reciben el Antiguo Instrumento, según la edición de los Setenta, reprendieran en este lugar aquello que fue dicho: «Y me contristabas en todas estas cosas»; por cuanto Dios no solo reciba la ira, sino que esté sujeto al dolor y a la tristeza, preguntémosles cómo reciben aquello que ciertamente es mandato del buen Dios: «No queráis contristar al Espíritu Santo de Dios, en el cual habéis sido sellados para el día de la redención» (Ef. IV, 30). Pues cualquier cosa que hayan dicho en defensa de aquel testimonio, esto lo adaptaremos nosotros para satisfacción del presente sermón.

(Vers. 44.) He aquí que todo el que dice vulgarmente un proverbio, en ti lo asumirá, diciendo: Como la madre, así también su hija. Hija de tu madre eres, la cual proyectó a su marido y a sus hijos; y hermana de tus hermanas tú, las cuales proyectaron a sus maridos y a sus hijos. LXX: Estas son todas las cosas que dijeron contra ti en parábola, diciendo: Como la madre, así la hija. Hija de tu madre eres tú, la cual repelió a su marido y a sus hijos: y las hermanas de tus hermanas, las cuales repelieron a sus maridos y a sus hijos.

Tras el catálogo (κατάλογον) de los vicios y de la reprensión de Jerusalén, por la cual es retraída a la salud, se le adapta un proverbio trillado por el sermón del vulgo, o como los Setenta tradujeron, parábola: Cual la madre, tal también la hija. La madre empero de Jerusalén, como también arriba y en los consiguientes está escrito, es llamada

Hetea (Chethaea), y se interpreta como «insana», o «que se vuelve a la demencia»: por lo cual se muestran los incentivos de este siglo, que llevan al alma cautiva a la perdición, y la separan de su marido (no hay duda de que se diga de la palabra de Dios y de la doctrina). Y hermana de sus hermanas, como poco después hemos de leer, es llamada Sodoma y Samaria: de las cuales la una significa la vida gentil y la lujuria, la otra las trampas de los herejes. Por lo demás, lo que en los Setenta se lee: «las hermanas de tus hermanas, las cuales repelieron a sus maridos y a sus hijos», no tiene sentido. Pues ¿qué otras hermanas tenían Sodoma y Samaria, que son hermanas de Jerusalén? Y esto ha de buscarse: ¿qué maridos Sodoma y Samaria hayan despedido, y qué hijos hayan proyectado? A no ser que acaso podamos decir esto: que siempre fluctúan los pies de los que erran, ni son sólidos los vestigios que están contra la verdad; sino que corren de aquí para allá, y son llevados por todo viento de doctrina, mientras pasan de una falsedad a otra falsedad (Ef. IV). Y cuando han conocido que en las primeras cosas en vano sudaron, trascienden a las segundas y terceras.

(Vers. 45 sigs.) Vuestra madre fue Hetea (Hethaea), y vuestro padre Amorrheo, y tu hermana mayor Samaria: ella y sus hijas que habitan a tu izquierda. Tu hermana empero menor que tú, que habita a tus derechas, Sodoma y sus hijas. Pero ni en los caminos de ellas anduviste, ni según las maldades de ellas hiciste poco menos: casi más esceleradamente hiciste que ellas en

todos tus caminos. LXX: Vuestra madre Hetea, y vuestro padre Amorrheo, vuestra hermana mayor Samaria: esta y sus hijas que habitan a tus izquierdas: y tu hermana menor que tú, que habita a tus derechas, Sodoma y sus hijas: y ni aun así ciertamente anduviste en sus caminos, ni según las iniquidades de ella obraste poco menos, y las transgrediste en todos tus caminos.

Arriba había dicho: «Tu padre Amorrheo, y tu madre Hetea»; aquí, cambiado el orden y el número: «Vuestra madre Hetea, y vuestro padre Amorrheo». Pues cuando las maldades han progresado, se dividen en partes; y desertada la unión, progresan hacia la turba y la multitud, la cual con Jesús no vale para ascender a los montes. Las hermanas empero de Jerusalén, Samaria y Sodoma, de las cuales la una está a la izquierda y la otra a la derecha, también según la inteligencia corporal lo aprobarás si desde el templo de Jerusalén miras al Oriente. Y mayor se dice Samaria porque primero pecó, y por los asirios fue llevada en cautividad: y menor y más joven Sodoma, que se refiere a la turba de las naciones. Por lo demás, en aquel tiempo Sodoma no existía, la cual antes de que leamos de Jerusalén en las Escrituras, había sido borrada por el fuego divino con Gomorra, Adama y Seboim (Gén. XIX). Jerusalén empero, que por otro nombre es llamada Judá, en medio entre las dos hermanas, fue llevada por los caldeos a Babilonia: y mucho más esceleradamente pecó Jerusalén que Samaria y Sodoma, adorando en el templo al ídolo del Celo, y después matando al Hijo de Dios.

Por lo demás, según la tropología, Samaria y Sodoma, esto es, los herejes y los étnicos (paganos), a menudo cometen cosas más leves que estos que se piensa ser Jerusalén, esto es, los eclesiásticos. Por lo cual se dice a los corintios, que creían ciertamente en Cristo, pero por las malas obras eran oprimidos: «De todo punto se oye entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun entre las naciones, de modo que uno tenga la mujer de su padre» (1 Cor. V, 1), y lo demás. Suelen los herejes, que sin embargo reciben el Antiguo Instrumento, entender tres naturalezas de este lugar: la espiritual, la animal y la terrenal. Y refieren la espiritual a Jerusalén; la animal a Samaria; la terrenal a Sodoma. A los cuales preguntemos brevemente: ¿cómo tres naturalezas, espiritual, animal y terrenal, que de cierto son diversas entre sí, se dice que tengan una madre y un padre? lo cual no congrega con el fingimiento de ellos. ¿Y cómo la naturaleza animal y terrenal, según este mismo profeta, sean restituidas al antiguo estado, esto es, a la espiritual? lo cual también es contrario a las razones de ellos. Que empero Samaria se entienda en las herejías, tanto en el profeta Oseas como en muchos otros lugares, se comprueba principalmente por aquel testimonio: «¡Ay de los que desprecian a Sion, y de los que confían en el monte de Samaria, vendimiaron los principios de las naciones!» (Amós VI, 1). Pues todos los herejes desprecian a Sion, que se interpreta como «atalaya» (specula) y se refiere a la Iglesia; y confían para sí en el monte de Samaria, a saber, en la soberbia de los dogmas

perversos, que piensan ser sublimes, y por estas predicaciones fraudulentas vendimian y pueblan los principios de las naciones; para que, por el milagro de las doctrinas, atraigan al error herético a cualesquiera poderosos de los gentiles.

(Vers. 48, 49.) Vivo yo, dice el Señor: que no hizo Sodoma tu hermana, ella y sus hijas, como hiciste tú y tus hijas. He aquí que esta fue la iniquidad de Sodoma tu hermana: soberbia, saturidad de pan y abundancia, y el ocio de ella y de sus hijas; y la mano al indigente y al pobre no alargaban. Y se elevaron, e hicieron abominaciones delante de mí, y las quité como viste [Al. vi]. Y Samaria la mitad de tus pecados no pecó; sino que la venciste con tus maldades, y justificaste a tus hermanas en todas tus abominaciones que obraste. LXX: Vivo yo, dice Adonai el Señor: así hizo Sodoma tu hermana esta, y sus hijas, como hiciste tú y tus hijas. Por lo demás, fue iniquidad de Sodoma tu hermana la soberbia en la saturidad de los panes, y en la abundancia, en delicias afluía ella y sus hijas ÷ esto tenía ella y sus hijas ** y la mano del pobre y del indigente no tomaban, y se gloriaban magníficamente, e hicieron iniquidades en mi conspecto, y las quité como viste. Y Samaria la mitad de tus pecados no pecó, y multiplicaste tus iniquidades sobre ellas: y justificaste a tus hermanas en todas tus iniquidades que obraste.

Lo que pusieron los LXX, «esto tenía ella y sus hijas», en el hebreo no se tiene. En el Antiguo Testamento el juramento de Dios es: «Vivo yo, dice el Señor» (Núm. XIV, 21). En el nuevo empe-

ro: «Amén, amén os digo» (Juan XIII, 16). Si empero esto es común con los demás: «El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mar. XII, 16, 27). Y en otro lugar: «Placeré al Señor en la región de los vivos» (Sal. CXIV, 9): preguntamos por qué razón el vocablo común se lo reivindica Dios propiamente para sí. Pero como se dice árbol bueno, y hombre bueno, y pastor bueno, y siervo bueno (Luc. XVIII); nadie empero es absolutamente bueno sino solo Dios: así, aunque los ángeles y las demás potestades, también los patriarcas y los profetas, y los apóstoles sean vivientes en comparación del Dios omnipotente, son llamados muertos. ¿Pues quién es el hombre que vive y no verá la muerte (Sal. LXXXVIII, 49)? Por lo cual también el apóstol Pablo dice de Dios: «El cual solo», dice, «tiene inmortalidad, y habita la luz inaccesible» (1 Tim. VI, 16). Y de la fuente de los vivientes: «Nuestra vida», dice, «está escondida con Cristo en Dios» (Col. III, 3). Este, pues, que jura y habla: «Vivo yo, dice el Señor», describiendo las maldades de Sodoma y de sus hijas, puso primero la soberbia, propio del diablo y primer pecado. Por lo cual el mismo Apóstol dice: «No sea que, inflado por la soberbia, caiga en el juicio del diablo» (1 Tim. III, 6), por la cual del cielo cayó. Pues había dicho: «En la fortaleza haré, y en la sabiduría de mi inteligencia quitaré los términos de las naciones, y el robo de ellas devastaré, y conmoveré las ciudades habitadas, y el orbe de la tierra todo lo aprehenderé con la mano como un nido, y como huevos rotos los quitaré»

(Is. X, 13, 14). Y: «Dios resiste a los soberbios; a los humildes empero da gracia» (Sant. IV, 6). Leemos también en otro lugar: «¿De qué te ensoberbeces, tierra y ceniza?». Y el Evangelio refiere la soberbia del fariseo, superada por la humildad del publicano (Luc. VIII): cuyo semillero es la saturidad de los panes, y la abundancia de todas las cosas, y el ocio; o como los LXX tradujeron, opulencia de delicias y de lujuria. Aquel rico en el Evangelio vestido de púrpura (Luc. XVI) no se refiere que haya tenido otro crimen sino que, afluyendo en riquezas y divinizas, había brotado en tanta soberbia que la mano al indigente y pobre Lázaro no alargaba: y así se olvidó de su condición, que ni aun esto daba al mísero, lo que había de ser proyectado. Por cuya causa también en otro lugar se escribe: «Todo el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado» (Luc. XIV, 11). Soberbia, saturidad de pan, abundancia de todas las cosas, ocio y delicias, es el pecado sodomítico, y por esto sigue el olvido de Dios, que piensa que los bienes presentes son perpetuos, y que nunca ha de carecer de lo necesario. Por lo cual también en la ley se preceptúa: «Atiende, no sea que comiendo y bebiendo y saturado, edificadas casas óptimas, y teniendo ovejas y bueyes, plata y oro, te olvides del Señor tu Dios» (Deut. VIII, 11). Y en otro lugar de Israel está escrito: «Comió y bebió, y fue saturado, e impinguado, y el amado calceó» (Deut. XXXII, 15). Lo cual sabiendo también Salomón, el más sabio de todos, en los Proverbios depreca: «Atribúyeme lo necesario y lo que baste: no sea que saturado me haga mentiroso y diga:

¿quién me verá? o hecho pobre, robe y perjure el nombre de mi Dios» (Prov. XXX, 8, 9). Y lo que sigue: «y justificaste a tus hermanas en todas tus abominaciones que obraste», no simplemente decreta ser justas a Sodoma y Samaria, sino por comparación de las peores: como también el Publicano, de quien arriba dijimos, no se dice absolutamente justo, sino por colación del peor. Y sin embargo, siendo tales Sodoma y Samaria, ni la mitad (dimidium) pecaron en comparación de Jerusalén. El siervo empero que sabe la voluntad de su señor, y no la hace, vapuleará con muchos» (Luc. XII, 47). Y: «Los potentes potentemente padecerán tormentos» (Sab. VI, 7). Por lo demás, que por «delicias» (divitiis) se contenga el «ocio» en el hebreo, ha de saberse que pertenece a aquel sentido: «En los deseos está toda alma del ocioso»; que a saber siempre algo ha de hacerse: no sea que el campo de nuestro pecho, cesando la mano, sea ocupado por los abrojos de los malos pensamientos.

(Vers. 52.) Por tanto tú también porta tu confusión, que venciste a tus hermanas con tus pecados, obrando más esceleradamente que ellas [Al. que de ellas]: pues han sido justificadas por ti. LXX: Y tú sostén tu tormento en aquello que corrompieras a tus hermanas en tus pecados, con los cuales inicuamente obraste sobre ellas, y las justificaste sobre ti. La segunda tabla tras el naufragio es, cuando hubieras pecado, avergonzarse (erubescere); y no subyacer a aquella increpación que contra Jerusalén se dice: «Faz de meretriz se te ha hecho: no sabes avergonzarte» (Jer. III, 3).

Porta empero su tormento quien por la propia conciencia es atormentado, y en este siglo sostiene por propia voluntad el cruciamiento, para no sostener los tormentos eternos (Gén. IV). Y corrompemos a nuestros hermanos o hermanas con nuestros pecados, cuando por nuestros pecados son provocados a mayores maldades. Lo que digo así se hará más manifiesto: Imagina a alguien constituido en la cumbre sacerdotal que no viva bien, y afee con sus obras la dignidad. ¿Acaso por la imitación de los vicios de aquel no se corrompe el hermano laico? Pues también el que escandalizare a uno de los mínimos, atada una muela al cuello, es precipitado en lo profundo (Mat. XVIII, 6). Las hermanas también de Jerusalén, Sodoma y Samaria, son justificadas: no porque por sí sean justas, sino como dijimos, por comparación del peor.

Por tanto tú también confúndete; y porta tu ignominia, que justificaste a tus hermanas. Setenta: Y tú confúndete, y recibe tu ignominia: por cuanto justificarais a tus hermanas. A la confusión sigue la ignominia: a la ignominia la reprensión: a la reprensión la consolación: a la consolación la salud: según aquello del Apóstol: «La tribulación obra la paciencia: la paciencia la probación: la probación la esperanza: la esperanza empero no confunde» (Rom. V, 3-5). No hay duda de que en el futuro: porque en el presente borró sus pecados por la confusión. Algo tal también suena aquello del Evangelio: «Hay confusión que conduce a la muerte, y hay confusión que conduce a la vida» (Eclo. IV, 25). El Espíritu

Santo también exhorta a los pecadores en los Salmos: «Confúndanse y reverénciense todos mis enemigos: vuélvanse atrás, y confúndanse muy velozmente» (Sal. XXXIX, 15). Está escrito también en otro lugar: «Di tú primero tus pecados, para que seas justificado» (Is. XLIII, 26, sec. LXX). Y de nuevo: «El justo es acusador de sí mismo en el principio del sermón» (Prov. XVIII, 17). No es, pues, maravilla si es provocada Jerusalén a la confusión y a la ignominia; la cual de tal modo haya pecado que justificara a sus hermanas: a la cual de ahí en adelante se dice: «Y tú, y tus hijas, volveos al antiguo estado».

(Vers. 53, 54.) Y convertiré restaurándolas con la conversión de Sodoma con sus hijas, y con la conversión de Samaria y de sus hijas; y convertiré tu reversión [Al. conversión] en medio de ellas, para que portes tu ignominia, y te confundas en todas las cosas que hiciste consolándolas. LXX: Y convertiré las conversiones de ellas con la conversión de Sodoma y de sus hijas, convertiré la conversión de Samaria y de sus hijas, y convertiré tu conversión en medio de ellas, para que portes tu tormento: y tengas ignominia por todas las cosas que hiciste, para provocarme a iracundia.

Grande es el progreso de Jerusalén, para que tras la confusión (vergüenza) e ignominia, la cual, inferida a sí por el juicio de Dios, de buena gana aceptó y portó diciendo: «Soportaré la ira del Señor, porque le he pecado», se le prometa la restitución al antiguo estado (antiquum statum). Pero sin embargo, ya que por la comparación de las maldades de ella, Sodoma y Samaria fueron

justificadas, de las cuales una está a la derecha y la otra a la izquierda; primero es restituida la conversión, o la cautividad (captivitas) de Sodoma, según interpretó Aquila: segundo la cautividad de Samaria, según los mismos Aquila y Símaco tradujeron: y la última será restituida Jerusalén, la cual por mayor iniquidad había sido deprimida, y había mostrado que sus hermanas pecadoras eran justas en comparación consigo misma. Pues ¿quién duda que entre tres pecadores, o mejor, impíos—el gentil, el herético y el eclesiástico (ecclesiasticus)—es digno de muchos mayores penas quien fuera de mayor dignidad? Pues los potentes, como dijimos, potentemente padecerán tormentos (Sab. VI, 7). Mas quien fuera el mínimo, es digno de misericordia. Y el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la hace, será azotado con muchos golpes (Luc. XII, 47). De donde también Pedro: «Es tiempo», dice, «de que comience el juicio por la casa del Señor» (I Ped. IV, 17). Y en este mismo profeta se manda a los que tienen segures: «Empezad por mis santos» (Supra IX, 6), para que al final Jerusalén, habiendo sido antes convertidas sus hermanas y restituidas al prístino estado, porte su ignominia, y se confunda, y se avergüence sobre estas cosas en que había pecado, y en todas consuele a sus hermanas.

(Vers. 55.) Y tu hermana Sodoma y sus hijas volverán a su antigua antigüedad (estado antiguo). Y Samaria y sus hijas volverán a su antigua antigüedad. Y tú y tus hijas volveréis a vuestra antigua antigüedad. LXX: «Y tu hermana Sodoma

y sus hijas serán restituidas como fueron desde el principio: y Samaria y sus hijas serán restituidas como fueron desde el principio. Y tú y tus hijas seréis restituidas como fuisteis desde el inicio».

Los judíos, entre otras fábulas y genealogías interminables y delirios (deliramenta) que fingen, también sueñan esto: que en el advenimiento de su Cristo, a quien nosotros sabemos que es el Anticristo, y en el reino de mil años, Sodoma ha de ser restituida al antiguo estado, de modo que sea como paraíso de Dios y como tierra de Egipto; y que Samaria ha de recibir la prístina felicidad, para que de los asirios vuelvan a la tierra de Judea (4 Rey 17, 18). Pues leemos que las diez tribus fueron tomadas por Pul, y Salmanasar y Tiglat-Pileser, reyes de los asirios, y que hasta el día de hoy están allí cautivas. También que Jerusalén ha de ser entonces fabricada, y todas sus hijas, a saber, las ciudades y aldeas y fortalezas, que han de estar bajo la potestad de ella, florecerán como florecieron antes, y que la misma Jerusalén ha de ser construida con oro y plata y piedras preciosas, de la cual 186 también Isaías vaticina: «Constituiré tus jueces como antes, y tus consejeros como desde el principio, y después de estas cosas serás llamada ciudad de justicia, madre de ciudades, fiel Sion» (Is 1, 26); y nuestra Apocalipsis lo habla (Ap 21): Y David canta: «Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, y sean edificados los muros de Jerusalén» (Sal 50, 20). Y en otro lugar: «Se edificarán las ciudades de Judá, y habitarán y morarán allí, y la simiente de ellos por siempre se dirigirá» (Sal 68, 36). Nosotros, empero, de-

jando el conocimiento perfecto de estas cosas al juicio de Dios, más aún, confesando claramente [Al. confiando], que después del segundo advenimiento del Señor Salvador, nada será humilde, nada ha de ser terreno; sino que los reinos celestiales que primero se prometen en el Evangelio, decimos esto: que en el estado de la Iglesia todas las cosas han sido completadas y se completan diariamente. Sodoma vuelve al antiguo estado cuando el alma, antes gentil e impía, restituida a su naturaleza, entiende a su Creador. Samaria recibe la antigua bienaventuranza, despreciado el error de los herejes, y unida a la doctrina y a la fe cristiana. Y cuando aquellas hubieren vuelto, también Jerusalén, «visión de paz», que se interpreta como la Iglesia, volverá al prístino estado. De la cual está escrito: «Fue hecho en paz su lugar» (Sal 75, 2); y: «Jerusalén que es edificada como ciudad: cuya participación de ella en lo mismo» (Sal 121, 3); y en el Apóstol: «Mas la que es de arriba, Jerusalén, libre es, la cual es nuestra madre» (Gál 4, 26); y en el mismo: «Os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a los miles de ángeles frecuentes» (Heb 12, 22). Y vuelve con sus hijas, que están dispersas por todo el orbe. De lo cual disertamos más plenamente en las explicaciones de Isaías.

(Vers. 56 y ss.) No fue empero Sodoma tu hermana escuchada en tu boca en el día de tu soberbia, antes que fuera revelada tu malicia, como en este tiempo para oprobio (opprobrium) de las hijas de Siria, y de todas las hijas de las pa-

lestinas en tu circuito, que te ambientan por giro. Tu maldad y tu ignominia (ignominiam) tú la portaste, dice el Señor Dios. LXX: Si no hubieran sido Sodoma tu hermana para oír en tu boca en los días de tu soberbia antes que fueran reveladas tus malicias, como ahora es [oprobio] de las hijas de Siria, y si esto no hubiera sido, ¿qué se te habría hecho a ti, y de todas las hijas de los extranjeros (alienigenarum) en tu circuito, que te circundan por giro? tus impiedades y tus iniquidades tú pórtalas.

Símaco interpretó este lugar así: Porque no fue Sodoma tu hermana en el oído por tu boca en el día de tu soberbia, antes que fuera revelada tu ignominia, como en el tiempo del oprobio de las hijas de Siria, y de todas las hijas de las palestinas que están en tu circuito, que te ambientan por giro. Tu maldad y tu nefasto tú portarás. Teodoción de este modo: Y no era Sodoma tu hermana en el oído de tu boca, en el día de tu soberbia, antes que fuera revelada tu malicia: como el tiempo del oprobio de las hijas de Siria, y de todas las hijas de los extranjeros por su circuito, que te abominan por giro. Tu fornicación y tus contaminaciones tú portaste, dice Adonai el Señor. Con la edición de Aquila concuerda nuestra traducción; las cuales puse todas, para que de la colación de todas, podamos hallar algún vestigio (vestigium) del sentido, y entretanto sin prejuicio de otros, así nos parece que debe devolverse el orden de la lección: En los días de tu soberbia, cuando pecabas, no te recordaste de la subversión de Sodoma tu hermana, antes que patiera tu malicia, la cual

en este tiempo fue revelada en tanto, que a todas las ciudades de Siria y Palestina que están en tu circuito, te hicieras oprobio. Porque por tanto venciste en la maldad a tu hermana, ni por el ejemplo de ella fuiste aterrada, para no sostener cosas similares, y prohibieras tu pie: mas ahora revelada está tu ignominia; escucha la sentencia (sententiam) de Dios.

(Vers. 59 y ss.) 188 Porque esto dice el Señor Dios: Y haré contigo como despreciaste el juramento, para que hicieras írrito el pacto. Y me acordaré yo de mi pacto contigo en los días de tu adolescencia: y te suscitaré un pacto sempiterno. Y te acordarás de tus caminos y te confundirás cuando recibieres a tus hermanas contigo, las mayores con tus menores: y te las daré por hijas, pero no por tu pacto. Y te suscitaré mi pacto contigo, y sabrás que yo soy el Señor, para que te acuerdes y te confundas, y no te sea más abrir la boca por tu confusión: cuando me hubiere aplacado contigo en todas las cosas que hiciste, dice el Señor Dios. LXX: «Esto dice el Señor Adonai: Y haré en ti como hiciste, como despreciaste estas cosas, para que traspasaras mi testamento. Y me acordaré yo de mi testamento que hice contigo en los días de tu adolescencia, y te suscitaré un testamento sempiterno, y te acordarás de tu camino, y serás despreciada cuando recibieres a tus hermanas, las mayores que tú con tus menores, y te las daré por prueba, y no por tu testamento, y suscitaré yo mi testamento contigo, y conocerás que yo soy el Señor: para que te acuerdes y te confundas, y no te sea más abrir la boca ante la faz de tu

ignominia, cuando fuere propicio contigo según todas las cosas que hiciste, dice el Señor Adonai».

Por eso te dije: lleva tu maldad y tu ignominia, o la llevaste, o la has de llevar; para que recibas lo que mereces: porque despreciaste mi juramento e hiciste írrito mi pacto. Pero cuando hubiere sido cumplido: «Yo mataré y yo haré vivir; yo heriré y yo sanaré» (Dt 32, 39): entonces me acordaré de mi pacto que antaño tuve contigo. Y te suscitaré un pacto, de ningún modo de la Ley que pasó, sino el pacto sempiterno del Evangelio: para que cuando te hubieres acordado de tus caminos y hubieres recibido a tus hermanas, las mayores o las menores, Samaria y Sodoma y las socias de ellas, te las conceda por hijas, o por prueba (pues es necesario (1 Cor 11, 19) que haya también herejías, para que los que son probados se manifiesten), no por tu mérito, sino por mi misericordia, y entonces sepas que yo soy el Señor; y te acuerdes de mis beneficios y te confundas, y digas según el Apóstol: «Que no soy digno de ser llamado Apóstol: porque perseguí a la Iglesia de Dios» (1 Cor 15, 9). Y no te sea más abrir la boca por tu confusión. Pues de los santos es abrir la boca según 189 el Apóstol, que dice: «Nuestra boca está abierta a vosotros, oh Corintios» (2 Cor 6, 11): y del Señor Salvador, que abriendo su boca, los enseñaba (Mt 5), diciendo también en el salmo: «Abriré», dijo, «en parábolas mi boca» (Sal 77, 2). Pero al pecador se le dice: «Pecaste: descansa (calla)» (Gén 4). Y: «¿Por qué tomas tú mi testamento por tu boca?» (Sal 49, 16). Y: «No es hermosa la alabanza en la boca del pecador» (Ecli 15, 9). Y el santo

merece oír: «Abre tu boca, y yo la llenaré» (Sal 80, 11). De lo cual entendemos que, aun cuando hubiéremos recibido la prístina gloria por la misericordia de Dios, o mejor, hubiéremos recibido el pacto sempiterno del Evangelio, después que se hubiere aplacado el Señor con nosotros en todas las cosas que hicimos, tenemos memoria del pecado pasado y siempre cerramos la boca, porque no por nuestras obras, sino por la gracia de Dios hemos sido salvados.

(Cap. XVII.—Vers. 1 y ss.) Y se hizo la palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, propone un enigma (aenigma), narra una parábola (parabolam) a la casa de Israel, y dirás: Esto dice el Señor Dios: Un águila grande de grandes alas, de largo alcance de miembros, plena de plumas y de variedad vino al Líbano, y tomó la médula (medullam) del cedro. La cumbre de su follaje arrancó, y la transportó a la tierra de Canaán, en una ciudad de negociantes la puso. Y tomó de la simiente de la tierra, y la puso en la tierra por simiente para que afirmara sus raíces sobre muchas aguas, en la superficie la puso. Y cuando hubo germinado, creció en una vid más ancha de humilde estatura: con sus ramas mirando hacia ella y sus raíces estaban bajo ella. Se hizo por tanto vid, y fructificó en sarmientos, y emitió vástagos.

LXX: Y se hizo el sermón del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, narra una narración, y di una parábola a la casa de Israel, y dirás: Esto dice Adonai el Señor: Águila grande de grandes alas, de largo alcance plena de uñas que tiene el alcance

de entrar en el Líbano, y tomó lo selecto del cedro. Las cumbres de su ternura arrancó, y las trajo a la tierra de Canaán. En una ciudad amurallada puso aquello, y tomó de la simiente de la tierra, y la dio en un campo por plantación sobre muchas aguas: para que fuera mirada, puso aquello: y brotó, y se hizo en una vid enferma y párvula en magnitud, de modo que solo sus ramas aparecieran bajo ella, y las raíces de aquella estaban debajo de ella. Y se hizo en una vid grande, y hizo vástagos, y extendió sus ramas.

Cuando se dice al profeta: «Propone un enigma, narra una parábola», o como tradujeron los Setenta: «narra una narración, y di una parábola», se muestra que es oscuro lo que se dice. Pues para ninguno es duda que el enigma y la parábola profieren una cosa en las palabras, y tienen otra en los sentidos. Pues también el Salvador hablaba al pueblo en parábolas, las cuales discutía en secreto con los apóstoles. Dos Águilas empero en la presente profecía de Ezequiel se proponen.

(Vers. 7 y ss.) Y se hizo otra águila grande, de grandes alas y de muchas plumas. Y he aquí esta vid como enviando sus raíces hacia ella, extendió sus sarmientos hacia ella, para que la regara desde las eras de su germen. En tierra buena, sobre muchas aguas la plantó: para que haga follaje, y porte fruto, y [Vulg. para que] sea en vid grande. Di: Esto dice el Señor Dios: ¿Acaso prosperará? ¿No arrancará sus raíces, y despojará su fruto, y secará todos los sarmientos de su germen, y se marchitará, y no con brazo grande ni con muchos pueblos [Vulg. con mucho pueblo] como para

arrancarla de raíz? He aquí está plantada, ¿acaso prosperará? ¿No cuando la tocare el viento abrasador (ventus urens), se secará, y en las eras de su germen se marchitará?

LXX: Y se hizo otra águila grande de grandes alas, de muchísimas uñas: y he aquí esta vid estaba implicada hacia ella, y sus raíces hacia ella, y extendió sus ramas hacia ella, para que la regara con el terrón de su plantación (gleba plantationis). En un campo bueno, sobre mucha agua ella fue engordada: para que hiciera gérmenes y trajera fruto, y fuera en vid grande. Por tanto di: Esto dice Adonai el Señor: ¿Si se dirigirá? ¿No las raíces de su ternura y el fruto de ella se pudrirán, y se secarán todas las cosas que de ella han nacido? Y no con brazo grande, ni con mucho pueblo, para arrancarla de sus raíces: y he aquí es engordada. ¿Acaso se dirigirá? ¿No tan pronto como la tocare el viento abrasador, se marchitará, y se secará con aridez: con el terrón de su germen se marchitará?

El águila segunda, esto es, la otra, y ella misma grande, plena de plumas, de muchas uñas por la rapacidad y la vastación de muchísimas naciones, es Faraón rey de Egipto. Y he aquí esta vid: se entiende el rey Sedecías, que por Nabucodonosor en Jerusalén había sido constituido; empezó, dice, a enviar sus vástagos hacia ella—esto es, hacia el rey de los egipcios—a dirigir legados, y de él pedir auxilio contra el rey al cual estaba súbdito. Pues esto es lo que la Escritura ahora dice, «para que la regara desde las eras de su germen».

(Vers. 11 y ss.) Y se hizo la palabra del Señor a mí, diciendo: Di a la casa exasperante (domum

exasperantem): ¿No sabéis qué significan estas cosas? Di: He aquí viene el rey de Babilonia a Jerusalén, y tomará al rey y a sus príncipes, y los llevará consigo a Babilonia. Y tomará de la simiente del reino (semine regni), y herirá con él una alianza (foedus), y recibirá de él juramento (jusjurandum): pero también a los fuertes de la tierra tomará, para que sea el reino humilde, y no se eleve, sino que custodie el pacto (pactum) de él, y lo guarde. El cual apartándose de él, envió nuncios a Egipto, para que le diera caballos y mucho pueblo. ¿Acaso prosperará, o conseguirá la salud, quien hizo estas cosas? Y quien soltó el pacto, ¿acaso escapará? Vivo yo, dice el Señor Dios: que en el lugar del rey que lo constituyó rey, cuyo juramento hizo írrito, y soltó el pacto que tenía con él, en medio de Babilonia morirá. Y no en ejército grande, ni en mucho pueblo hará contra él Faraón batalla en el lanzamiento del terraplén, y en la construcción de vallas, para que mate muchas almas. Pues había despreciado el juramento, para soltar la alianza. Y he aquí dio su mano: y habiendo hecho todas estas cosas, no escapará.

Este es el enigma (aenigma), esta es la parábola (parabola), que bajo dos águilas y una vid, la Escritura mostrase a dos reyes de Babilonia y de Egipto; y al rey Sedecías, que contra el juramento, desierta la amistad de Nabucodonosor, se trasladó al rey egipcio. Herirá, dice, con él alianza, y recibirá de él juramento, para que custodie su pacto y lo guarde. Quien disuelve, dice, el pacto, ¿acaso escapará? De lo cual aprendemos que in-

cluso entre enemigos se ha de guardar la fe, y no se ha de considerar a quién, sino por quién hubieras jurado (non considerandum cui, sed per quem juraveris). Pues mucho más fiel es hallado aquel que por el nombre de Dios te creyó y fue engañado, que tú que por ocasión de la divina majestad contra tu enemigo, o mejor ya tu amigo, has urdido insidias.

(Vers. 19 y ss.) Por tanto esto dice el Señor Dios: Vivo yo, porque el juramento que despreció, y la alianza (foedus) que prevaricó, pondré en la cabeza de él. Y extenderé sobre él mi red, y será aprehendido en mi sagena (sagena): y lo traeré a Babilonia, y lo juzgaré allí en la prevaricación con que me despreció. Y todos sus prófugos, con todo [Vulg. añade, su] agrimen en espada caerán, y los residuos en todo viento serán dispersados: y sabréis que yo el Señor he hablado.

Hay una sentencia secular: ... ¿engaño o virtud, quién preguntaría en un enemigo? (Verg. En. II, 390) La cual suelen oponernos quienes dicen que los enemigos han de ser engañados por fraude. Para que a lo cual asintamos, mucho peor hizo Sedecías: pues no engañó a un enemigo, sino a un amigo, al cual por la alianza del Señor había sido copulado. Por tanto, mientras no jures, y no entres en pacto bajo el nombre del Señor, es de la prudencia y de la fortaleza o engañar o superar al adversario de cualquier modo que pudieras. Mas cuando te hubieras constreñido por juramento, de ningún modo es adversario, sino amigo quien te creyó: y bajo la ocasión del juramento—esto es, la mención de Dios—fue engañado. Por eso la Es-

critura ahora dice: «El juramento que despreció, y la alianza que prevaricó, pondré en su cabeza». Y para que no pensáramos que el juramento y la alianza, y el pacto (pactum), eran del rey babilonio, o de Sedecías que lo había hecho, sigue: «En la prevaricación con que me despreció». Por tanto quien contemne el juramento, a aquel desprecia por quien juró: y a aquel hace injuria, a cuyo nombre creyó el adversario. Por cuya causa expandiré, dice, sobre él mi red, y será aprehendido en mi sagena, lo traeré a Babilonia, y lo juzgaré allí. Todo lo que, por tanto, contra Sedecías hizo Nabucodonosor, no lo hizo con sus fuerzas, sino por la ira de Dios, en cuyo nombre se había perjurado (pejeratum).

Según la anagogía (anagogen), aunque violenta parezca la interpretación, esto se ha de saber: que del mismo modo que los demás animales suelen referirse tanto a la buena como a la mala parte, así también del águila y del león. En la buena parte se dice: «Cachorro de león es Judá» (Gén. XLIX, 9). En la contraria: «Nuestro adversario el diablo como león rugiente circula» (I Ped. V, 8). Y aquello en el salmo: «Acecha en los escondites, como león en su cubil: acecha para raptar al pobre» (Sal. IX, 9). En la buena parte se dice del águila, que el justo hecho rico se hace para sí alas como de águila, para poder volver a la casa de su predecesor. Y en Isaías está escrito que los justos traen plumas como águilas (Is. XL): «correrán y no se cansarán; caminarán y no desfallecerán».

(Vers. 22 y ss.) Esto dice el Señor [Vulg. añade Dios]: Y tomaré yo de la médula (medulla) del

cedro sublime, y lo pondré de la cumbre de sus ramas; lo tierno arrancaré, y lo plantaré sobre un monte excelso y eminente: en el monte sublime de Israel lo plantaré. Y brotará en germen, y hará fruto, y será en un gran cedro, y habitarán bajo él todas las aves: todo volátil bajo la sombra de su follaje nidificará. Y sabrán todos los leños de la región, que yo el Señor humillé el leño sublime, y elevé (elevavi) el leño humilde, y sequé el leño verde, y hice frondecer el leño árido; yo el Señor he hablado y lo he hecho.

LXX: Porque esto dice Adonai el Señor: Y quitaré yo de lo selecto del cedro de la cumbre + y daré de la cabeza de sus ramas ** del corazón de ellos quitaré, y lo plantaré sobre un monte excelso, y lo suspenderé en el monte sublime de Israel, y lo plantaré, y traerá germen, y hará fruto, y será en un gran cedro, y descansará bajo él toda ave, y todo volátil bajo su sombra descansará ÷ y sus ramas serán restituidas ** y sabrán todos los leños del campo, que yo soy el Señor que humillo el leño excelso, y exalto el leño humile: y arefaco el leño verde, y hago germinar el leño árido. Yo el Señor he hablado y lo hago.

Esto que se lee en los Setenta: «Y daré de la cabeza de sus ramas», ha sido añadido de la edición de Teodoción. Y de nuevo lo que sigue: «Y sus ramas serán restituidas», se ha de notar con óbelo, porque no se tiene en el hebreo.

El verdadero Nabucodonosor por eso toma de la médula del cedro sublime, de la cumbre de sus ramas, para que sea su reino humilde y no se eleve. Mas el Señor Dios Padre omnipotente,

que habló a Ezequiel, toma de la estirpe regia y del género de David; y lo planta sobre un monte excelso y eminente, quien habla en el salmo: «Mas yo he sido constituido rey por él sobre Sión su monte santo» (Sal. II, 6). Pues había faltado el príncipe de Judá y el duque de Israel, hasta que viniera para quien está guardado: y él mismo será la expectativa de las naciones (exspectatio gentium) (Gén. XLIX).

# LIBRO SEXTO.

197-198 Pensaba yo que, atravesada la serpiente media, no revivirían los nuevos planteles (novella plantaria) de la hidra, y según las fábulas de los poetas, muerta Escila, de ningún modo se enfurecerían contra mí los perros de Escila (Scyllaei canes), que no cesan de ladrar: y heridos los heréticos por la mano de Dios, para que no fueran tentados, si es posible, incluso los elegidos de Dios (Mat. XXIV), la herejía misma no muere, habiendo sido dejados contra nosotros los cachorros hereditarios (haereditariis catulis) de sus odios, los cuales simulando nuestras cosas, no desertan de los venenos de su antigua progenitora y del falaz Ulises: y solo circundan sus labios con miel; y según los elocucios de las Escrituras (Sal. LIV), «suavizaron sus palabras sobre el aceite»: mas ellos mismos son dardos, y dardos encendidos (jacula ignita), los cuales han de ser repelidos y a la vez extinguidos con el escudo de la fe.

Estas cosas he dicho, hija Eustoquia, para que me ayudes con tus oraciones mientras laboro en la obra profética y resisto a los heréticos, y que el Señor explique el sexto volumen de las Explicaciones sobre Ezequiel (Explanationum in Ezechiel) por mi boca, según su propio sentido; y que por la gracia del mismo Espíritu por el

cual fueron reveladas a los profetas las cosas que leemos escritas, nos sean reveladas también a nosotros que las discutimos, para que podamos decir: «Abrí mi boca, y atraje el espíritu» (Sal. CXVIII, 131).

(Cap. XVIII.---Vers. 1, 2.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: ¿Qué es esto que volvéis entre vosotros esta parábola en este proverbio en la tierra de Israel, diciendo: Los padres comieron la uva acerba, y los dientes de los hijos sufrieron el dentera [Vulg. tienen dentera]? LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: ÷ Hijo de hombre ** ¿qué es esta parábola entre los hijos de Israel, de los que dicen: Los padres comieron la uva acerba, y los dientes de los hijos sufrieron la dentera? Eso que los Setenta (Septuaginta) dijeron, "hijo de hombre", no se encuentra en el hebreo. Advierte, además, la divina Escritura aquello que fue dicho en el Éxodo: "Yo soy el Señor tu Dios." un Dios celoso, que reclamo los pecados de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia en millares a los que me aman, y guardan mis preceptos" (Éxod. XX, 5; Deut. V, 9, 10). Y de nuevo: "Descendió el Señor en una nube y estuvo junto a Moisés, e invocó Moisés el nombre del Señor, y pasó el Señor ante su faz, y clamó él, diciendo: Señor Dios, compasivo y misericordioso, paciente y de mucha misericordia, y veraz, y que guarda la justicia, y la misericordia en millares, quitando las iniquidades, y las injusticias, y los pecados: y no limpiará las iniquidades de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de

los hijos, hasta la tercera y cuarta generación" (Éxod. XXXIV, 5 sig.), así debe ser aceptado, como un proverbio y una parábola, para que suene una cosa en las palabras, pero contenga otra en el sentido; lo cual también dijimos arriba en la parábola de las dos águilas. De donde también el Señor en el salmo setenta y siete: "Abriré", dice, "en parábolas mi boca: hablaré proposiciones desde el principio" (Sal. LXXVII, 15). Y en el Evangelio, la parábola de la semilla, y de la cizaña, y del grano de mostaza, que siendo el mínimo de todas las semillas, surge en un gran árbol (Mat. XIII), así lo propone, que pretenda una cosa en las palabras, y contenga otra en los sentidos. Y nosotros hasta el día presente pensábamos que los dos testimonios del Éxodo, que pusimos arriba (Isa. XXIX), no eran una parábola, sino que explicaban una sentencia simple. And although we did not dare to say anything, nor should the vessel of clay speak against the potter, why hast Thou made me thus, or thus: yet we suffered an occult scandal, because it seemed an injustice of God, that one should sin, and another should pay for the sins. Porque si Él reclama los pecados de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación, parece injusto que uno peque, y otro sea castigado. Pero de aquello que sigue: "a los que me odian", el escándalo de la amenaza o del precepto se disuelve. Porque no son castigados en la tercera y cuarta generación porque delinquieron sus padres, cuando más bien debieron haber sido castigados los padres que fueron pecadores; sino porque existieron como emuladores de sus

padres, y odiaron a Dios por un mal hereditario, y con la impiedad creciendo también en las ramas desde la raíz.

Suelen en este lugar los heréticos, que no reciben el Antiguo Instrumento, decir contra el Creador: ¡Cuán bueno y justo es el Dios de la Ley y de los Profetas, que, callado y en silencio ante los pecados de los padres, los reclama a los que no pecaron; más aún, cuánta es en él la crueldad, para que extienda su ira hasta la tercera y cuarta generación! A los cuales nosotros responderemos, que aun en esto se demuestra la clemencia de Dios Creador. Porque no es de truculencia y de severidad mantener la ira hasta la tercera y cuarta generación, sino signo de misericordia diferir la pena del pecado. Porque cuando dice: "Señor Dios, compasivo y misericordioso, paciente y de mucha compasión"; e infiere: "reclamando la iniquidad de los padres sobre los hijos, y los hijos de los hijos", esto indica que es de tan gran misericordia que no castiga inmediatamente, sino que difiere la sentencia del castigo. Pero si la venganza de los pecadores se difiere hasta la tercera y cuarta generación, con los justos y santos qué hace de más. Sigue: "Y guardando la justicia y la misericordia en muchos millares, a los que guardan sus mandatos, y hacen sus preceptos". Está escrito en los Proverbios: "Como la uva acerba es nociva a los dientes, y el humo a los ojos: así es la iniquidad a los que usan de ella" (Prov. X, 26). De lo cual es perspicuo que no duelen los dientes de otros ni tienen dentera, sino de aquellos que comieron la uva acerba. Es además este el sentido

de este lugar: como si alguien quisiera decir: "Los padres comieron uva acerba, y los dientes de los hijos sufrieron dentera", es ridículo y no tiene ninguna consecuencia: así es inicuo y perverso que pequen los padres, y sean torturados los hijos y nietos.

Hay quienes esto que está escrito en el Éxodo: "Reclamando las iniquidades de los padres sobre los hijos en la tercera y cuarta generación", lo explican de tal manera que refieren la sentencia al alma humana, diciendo que el padre en nosotros es un leve punto de los sentidos e incentivos de los vicios; pero el hijo, si el pensamiento concibió el pecado; los nietos, si lo que pensaste y concebiste, lo perpetraste por la obra; pero el bisnieto, esto es, la cuarta generación, si no solo hiciste lo que es malo y criminal, sino que te glorías en tus crímenes, según aquello que está escrito (Ibíd., XVIII, 3): "El impío cuando viniere a lo profundo de los males, desprecia". Dios, por tanto, en modo alguno castiga los primeros y segundos estímulos de los pensamientos, que los griegos llaman propatheias, sin los cuales ningún hombre puede ser, sino si alguien decretó hacer lo pensado, o si no quiso corregir por la penitencia las mismas cosas que hizo. De donde está escrito: "Ningún hombre sin pecado, ni aunque su vida fuera de un solo día. Pero los años de su vida son numerables" (Prov. XX, 9). Y en otro lugar: "¿Quién se gloriará de tener un corazón casto?" Y de nuevo: "Las estrellas tampoco son limpias en su presencia: y contra sus ángeles pensó algo perverso" (Job XXV, 5). Pero si aquella sublime naturaleza no carece de pecado,

qué debe decirse de los hombres, que rodeados de carne frágil, deben decir con el Apóstol: «Miserable de mí hombre, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?» (Rom. VII, 24)? Y aquello, que cuando hayamos hecho todas las cosas, debemos decir: «Siervos inútiles somos: lo que debimos hacer, hicimos» (Luc. XVII, 10). Y: «Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajaron los que la edifican: si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigila quien la guarda» (Sal. CXXVI, 1, 2).

Además, para la prueba de esto, de que en modo alguno el primer impulso del pensamiento, más aún, un pequeño instinto de la mente sea castigado por Dios, sino si lo que concebiste con la mente, lo consumas con la obra, debe ser traído aquello del Génesis: Cam pecó, burlándose de la desnudez de su padre; y la sentencia no la recibió él mismo que rió, sino su hijo Canaán: «Maldito», dice, «Canaán; siervo será de sus hermanos» (Gén. IX). ¿Qué justicia es, pues, que el padre haya pecado, y se proferir la sentencia contra el hijo? Asimismo lo que en la parte contraria pone el Apóstol (I Tim. II), que la mujer se salva si sus hijos permanecen en la fe, y santidad, y pudicicia, parece que la sentencia no tiene justicia, de modo que si los hijos y nietos fueren buenos, se salven los padres. Pues cuántos padres son santos, y tienen hijos malos: y por el contrario cuántos padres pecadores, engendran hijos justos y santos. Por tanto según este sentido debe aceptarse todo lo que dijimos arriba, que los pecados de los padres y de los que engendran, se castigan en las ramas, no en la raíz. Baste haber dicho esto entretanto de

la parábola o proverbio: que la Ley y los Profetas, esto es, el Éxodo y Ezequiel, más aún el mismo Dios que aquí y allí habló, en modo alguno parezca discrepar en las sentencias, o corregir aquí, lo que allí dijo mal. Pero si alguien pudiere encontrar o un mejor, o un otro sentido, que quite el escándalo de los testimonios contrarios entre sí, debe asentirse más bien a la sentencia de aquel.

(Vers. 3, 4.) Vivo yo, dice el Señor, no será más para vosotros esta parábola en proverbio en Israel. He aquí que todas las almas son mías: como el alma del padre, así también el alma del hijo es mía. El alma que pecare, ella morirá. LXX: Vivo yo, dice Adonai el Señor, no será más, que se diga esta parábola en Israel: porque todas las almas son mías. Como el alma del padre, así el alma del hijo es mía. El alma que pecare ella morirá. Qué signifique "Vivo yo, dice el Señor", y "parábola", o "proverbio", arriba lo dijimos más plenamente: lo cual en modo alguno se dirá en Israel, sino en aquellos que no tienen noticia de Dios, ni pueden percibir la verdad. Todas, dice, las almas son mías; según la creación, no según el mérito: como Moisés era llamado hombre de Dios, de quien está escrito: "La oración de Moisés hombre de Dios" (Deut. XXXIII, 1). And Elijah que hablaba al jefe de cincuenta soldados: "Y si hombre de Dios soy yo, descienda fuego del cielo sobre ti, y sobre los cincuenta varones" (IV Rey. I, 12). Pero el hombre del pecado e hijo de la iniquidad, no se llama hombre de Dios, así como estos son llamados los siervos y esclavos de Dios, de quienes no puede decirse: "Todo aquel que hace pecado,

siervo es del pecado" (Juan VIII, 34). Y de nuevo: "Por quien alguien es vencido, de ese también es siervo" (II Ped. II, 19). Así como los pecados de los hijos no dañan a los padres, así los pecados de los padres no redundan a los hijos; sino el alma que pecare, ella morirá: no por abolición de la sustancia, sino por su partida del consorcio de aquel que dice: "Yo soy la vida" (Juan XIV, 6). Y en otro lugar habla: "Todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente" (Ibíd. XI, 26). Y: "Amén, amén os digo: quien guardare mi palabra, no verá la muerte eternamente. Porque nuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Ibíd. VIII, 51): porque [Al. por la cual] hemos de vivir cuando Cristo nuestra vida apareciere en gloria (Colos. III, 3); y se cumplirá aquello que está escrito: "Amén amén os digo: quien oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna: y no viene a juicio, sino que pasará de la muerte a la vida" (Juan V, 24). Además aquello que es dicho por Balaam: "Muera mi alma en las almas de los justos" (Núm. XXIII, 10): este sentido tiene, que desee morir al mundo y al pecado, y vivir con las almas de los justos, cuya vida es Cristo, y pueden cantar: "Agradaré al Señor en la región de los vivientes" (Sal. CXIV, 9). "Porque no es Dios de muertos, sino de vivos" (Mat. XXII, 32). Y si Balaam, como es verosímil, traducido a nuestra lengua, suena "pueblo vano": es perspicuo que el pueblo vano de las gentes antes deseé tener consorcio con las almas de los justos, Abraham, Isaac y Jacob, que son llamados eutheÃ®s, esto

es, "rectos" y "justos". De donde también el libro del Génesis recibió su nombre de su vocablo.

(Vers. 5, 6 sig.) Y si el varón fuere justo, e hiciere juicio y justicia; en los montes no comiere, y sus ojos no levantare a los ídolos de la casa de Israel; y a la mujer de su prójimo no violare, y a la mujer menstruada no accediere; y al hombre no contristare; la prenda al deudor devolviere; por la fuerza nada rapiñare; su pan al hambriento diere; y al desnudo cubriere con vestido; y a usura no prestare; y más no recibiere; de la iniquidad apartare su mano; juicio verdadero hiciere entre varón y varón; en mis preceptos caminare, y mis juicios guardare, para hacer la verdad: este justo es, de vida vivirá, dice el Señor Dios. LXX: El hombre además que fuere justo, que hace juicio y justicia; sobre los montes no comiere, y sus ojos no levantare a los pensamientos de la casa de Israel; y a la mujer de su prójimo no contaminare, y a la mujer que fluye sangre no accediere; y al hombre no oprimiere; la prenda al deudor devolviere; y rapiña no rapiñare, su pan al hambriento diere; y al desnudo cubriere con vestido; y su dinero a usura no diere; y más no recibiere; de la iniquidad apartare su mano; justo juicio hiciere entre varón y entre su prójimo; en mis preceptos caminare, mis justificaciones guardare, para hacerlas: este justo es, de vida vivirá, dice Adonai el Señor. ¿Queréis, dice, saber esto que ha sido dicho: "Reclamaré los pecados de los padres en la tercera y cuarta generación" (Deut. V, 9), que no suena a lo que la mayoría piensa; ni es semejante a esta sentencia: "Los padres comieron la uva acerba, y los

dientes de los hijos sufrieron dentera" (Jer. XXXI, 29): oíd lo que voy a introducir: si hubiere un padre justo, que hiciere estas cosas, y aquellas no hiciere, y tuviere un hijo pésimo, que, desertadas las virtudes del padre, se entregare a los flagicios; ¿acaso no vivirá aquel de vida porque es justo; y aquel morirá de muerte, porque perpetró todas las cosas que el padre evitando se hizo justo? Veamos el catálogo de las virtudes del padre, que me parecen dividirse en diecisiete partes. De las cuales la primera es, haber hecho juicio; la segunda semejante a esta, haber acoplado al juicio la justicia; la tercera, no haber comido en los montes; la cuarta, no haber levantado los ojos a los ídolos, o como los LXX tradujeron, a los pensamientos de la casa de Israel; la quinta, no haber violado a la mujer de su prójimo. La sexta, haber evitado los complejos de la mujer menstruada. La séptima, no haber contristado al hombre, o, como los LXX editaron, oprimido por la potencia; la octava, haber devuelto la prenda al deudor; la novena, por la fuerza nada haber rapiñado, o, según los LXX, rapiña no haber rapiñado; la décima, haber dado su pan al hambriento; la undécima, haber cubierto al desnudo con vestido; la duodécima, a usura el dinero no haber dado; la decimotercera, nada de estas cosas que diere más haber recibido; la decimocuarta, de la iniquidad haber apartado su mano; la decimoquinta, que parece semejante a la primera, pero en parte es diversa, haber hecho juicio verdadero entre varón y varón, o su prójimo; la decimosexta, en los preceptos del Señor haber caminado; la decimoséptima, los

juicios y justificaciones de aquel haber guardado. Qué quiera cada una de estas, diremos en lo consiguiente.

«Si hubiere», dice, «varón justo e hiciere juicio». Está escrito en los Proverbios: «Los pensamientos de los justos son juicios» (Prov. XII, 5). Quien poseyere esta virtud, para que nada sin razón haga y juicio, puede decir aquello profético: «Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos» (Sal. XVIII, 10), y cuando rectamente todo juzgare, para que no acepte la persona del pobre en el juicio, cumplirá el precepto del Señor: «Como al menor, así también al mayor juzgarás» (Prov. XVIII), diciendo audazmente: «Deseó mi alma desear tus juicios en todo tiempo» (Sal. CXVIII, 10). Y de nuevo: «El camino de la verdad elegí, de tus juicios no me he olvidado» (Vers. 30). Y en el mismo salmo: «Conocí que tus juicios son justos» (Vers. 75); y en tanta beatitud progresará, que entienda los juicios del Señor, que son abismo mucho; y diga con el Apóstol: «Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán inescrutables son sus juicios, e investigables sus caminos» (Rom. XI, 33). Y en la oración conmemore: «Porque tus juicios son gratos» (Sal. CXVIII, 39). Después del juicio sigue la justicia, la cual quien tuviere, a Cristo claramente poseerá, quien según el Apóstol ha sido hecho para nosotros justicia, y sanctificación, y redención (I Cor. I); para que haga justicia verdadera, ni reciba personas en el juicio; sino que de la suya sepa en el juicio de los otros que debe juzgarse con justicia.

La tercera es en los montes no comer, lo cual los judíos piensan que pertenece al pecado de la idolatría. Pues frecuentemente leemos en los libros de los Reyes y de los Paralipómenos: «Sin embargo de los excelsos no se retiró. Todavía el pueblo inmolaba en los excelsos, y quemaba incienso en los lugares sublimes» (III Rey. XV, 22; Paral. XX), significando esto la Escritura, que en los montes y bosques, inmolaron hostias a los ídolos, y encendieron inciensos. Nosotros empero diremos que come él en los montes, quien dice con el fariseo: «Gracias te doy, Dios, que no soy como este publicano: ayuno dos veces en el sábado: doy diezmos de toda mi sustancia» (Luc. XVIII, 11-12), etc. Y por el contrario el Publicano oyéndole a él, que había dicho: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mat. XI, 29), golpeaba su pecho con la mano, esto es, el tesoro de los pésimos pensamientos, y los ojos al cielo no se atrevía a levantar. Pero también aquello que en otro lugar se dice: «Cosas mayores que tú no busques, y más fuertes que tú no escudriñes» (Ecli. III, 22), a todos los heréticos arguye de comer en los montes de la soberbia, y despreciar la simplicidad eclesiástica, y no saber que de ellos está escrito: «Dios a los soberbios resiste, a los humildes empero da gracia» (Sant. IV, 6).

En cuarto lugar se pone, y sus ojos no levantare a los ídolos de la casa de Israel, por los cuales los Setenta tradujeron pensamientos. Ídolos empero, esto es, simulacros que de su corazón fingieron, todos los heréticos hacen, a los cuales levantan los ojos del corazón, quienes su falsedad

y mentira hubieren pensado que es la verdad. De la casa de Israel empero se dicen los simulacros, que se encuentran en la Iglesia; y por la ocasión del falso nombre de ciencia, seducen a todos los simples, para que introduzcan los dogmas de los filósofos en la casa de Israel, de aquellos a saber que contemplan a Dios con la mente.

En quinto lugar se pone: y a la mujer de su prójimo no violare, o contaminare, lo cual abiertamente prohíbe el adulterio ciertamente; pero de aquello que se añade, de su prójimo, a no ser que todo hombre se entienda por prójimo, parece ser el precepto, que de las mujeres de los amigos nos abstengamos; de las mujeres de los enemigos empero, y de los desconocidos libremente polucionemos. El prójimo por tanto todo hombre del hombre debe ser aceptado, según la parábola del Evangelio, que por el Salvador se propone, de cierto hombre que bajando a Jericó, fue herido por los ladrones: cuando interroga el Fariseo, quién haya sido el prójimo de él, enseñando que aquel es el prójimo, que bien hiciere. Puede según los místicos intelectos entenderse por mujer del varón santo, la sabiduría, diciendo Salomón: «Ámala, y te abrazará: dilesa, y te guardará» (Prov. IV, 6). La cual desea contaminar, quien los bienes de los otros reprende, y encendido por las hachas de la envidia, lo santo viola, lo casto corrompe, lo puro contamina.

La sexta es: Y a la mujer, o esposa menstruada no accediere. Por cada mes, los cuerpos graves y torpes de las mujeres, por la efusión de la sangre inmunda se alivian. En cuyo tiempo si el

varón coiere con la mujer, se dicen los fetos concebidos contraer el vicio de la semilla: de modo que los leprosos y elefancíacos de esta concepción nazcan, y los feos cuerpos en ambos sexos, por la parquedad o enormidad de los miembros, la sanie corrompida degenere. Se preceptúa por tanto a los varones, que no solo en las mujeres ajenas, sino también en las suyas, a las cuales parecen por ley estar unidos diciendo la Escritura: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra» (Gén. I, 28), conozcan los ciertos tiempos del coito, cuándo debe coírse, cuándo de las mujeres debe abstenerse. Lo cual ciertamente tanto el Apóstol como el Eclesiastés suenan: «Tiempo de abrazar, y tiempo de hacerse lejos de los abrazos» (Ecl. III, 5). Cautele por tanto también la mujer, no sea que tal vez vencida por el deseo de coír concilie al varón, y el marido, no sea que haga fuerza a la mujer, pensando que en todo tiempo le debe estar sujeta la voluptuosidad del conyugio. De donde también Pablo: «Para que sepa», dice, «cada uno poseer su vasija en santidad y pudicicia» (I Tes. IV, 4). Bellamente en las sentencias de Sixto el Pitagórico (Xysti Pythagorici) se dice: Adúltero es de la mujer propia, el amante más ardiente. El cual libro alguien traduciendo a la lengua latina, quiso ilustrar con el nombre del mártir Sixto: no considerando en todo el volumen, que en dos partes en vano dividió, que el nombre de Cristo y de los Apóstoles del todo se calla. Ni es maravilla, si a un filósofo gentil en mártir y obispo de la ciudad romana tradujo: cuando también de Eusebio de Cesarea (Eusebii Caesariensis) el pri-

mer libro por Orígenes, con el vocablo de Pánfilo mártir conmutó, para que más fácilmente con tal laudador conciliara a los oídos romanos los libros impiísimos Sobre los principios (Peri Archon).

Sigue en el lugar séptimo: Y al hombre no contristare, o, como los LXX tradujeron, no oprimiere por la potencia. De cuyo vicio y pecado no sé quién sea ajeno. Pues también los egipcios oprimían a los hebreos por la potencia. De donde también Habacuc se queja, por qué el impío oprime al justo (Hab. I). Y ojalá de solos estos se dijera que están fuera, y no de estos que están dentro. Suelen pues también los príncipes de las Iglesias oprimir a la plebe por la soberbia. De los cuales está escrito: «Príncipe te constituyeron, no te eleves: sé entre ellos como uno de ellos mismos» (Ecli. XXXII, 1). Y el Salvador preceptuó: «Quien quiera entre vosotros ser el primero, sea el mínimo de todos» (Mat. XX, 27). Lo que además según el hebreo se dice, «y al hombre no contristare», al testimonio apostólico congruye: «No queráis contristar al Espíritu Santo, que habita en vosotros» (Ef. IV, 30). Y en el Evangelio que según los Hebreos los Nazareos suelen leer, entre los máximos crímenes se pone, quien al espíritu de su hermano hubiere contristado. Si además la tristeza del otro interfecta al contristante, qué de la iniquidad y mente tiránica debe decirse, a la cual aquello conviene: «¿Por qué se gloría la tierra y la ceniza?» (Ecli. X, 9); para que olvidado de su condición cómo está lleno de pituita, hiel, estiercol, y después de un poquito por los gusanos ha de ser arado, ponga en el cielo su boca, y su lengua

pase hasta la tierra, y diga con el verdadero Nabucodonosor: «Ascenderé al cielo, sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, y seré semejante al Altísimo» (Is. XIV, 13).

La octava es: La prenda al deudor devolviere. No a todo deudor, de otro modo a muchos la ocasión de recibir las prendas, se hará materia de riquezas: sino a aquel deudor, de quien en la ley se escribe, que pobre sea, y haya opuesto el propio vestido, y antes del ocaso del sol deba recibir el operimento (Deut. XXIV), no sea que cruciado por el frío, clame al Señor, que es vengador de aquella injuria. Si además según aquellas cosas que siguen, el pan al hambriento dar debemos, y al desnudo cubrir con vestido (Exod. II): ¿cuánto más lo suyo devolver, si sin embargo la pobreza del deudor es indubitada? Podemos también la prenda devolver al deudor, cuando a aquel, a quien por la dilección nos unimos, y que nos debe mutua caridad, devolvemos su prenda, nada de su débito ante nosotros más reteniendo.

El noveno posee el lugar: Por la fuerza nada rapiñare, o según los Setenta, rapiña no rapiñare. De los raptores también el Apóstol habla, que entre los otros pecadores ni siquiera comer con los de esta clase deba ser: y toda rapiña mezclada a la violencia está (I Cor. VI). Pues a no ser que la fuerza hubiere sido inferida, la rapiña no aprovecha. Es además también santa la violencia, y rapiña deseable, de la cual escribe también el Evangelio: «Desde los días de Juan el Bautista el reino de los cielos padece fuerza, y los violentos lo arrebatan» (Mat. XI, 12). De la cual también

Judas hermano de Santiago habla: «Y a otros ciertamente del fuego arrebatad: de otros empero que son juzgados tened misericordia» (Jud. 23). Y por el contrario las potestades adversarias en la perdición de aquellos a quienes arrebatan, la presa arrebatar festinan. Lo que significa también Jacob, diciendo: «Bestia mala lo comió: bestia mala arrebató a José» (Gén. XXXVII, 33). De donde también las ovejas del Señor que lo siguen, no son arrebatadas de sus manos. Y él mismo dice: «El Padre lo que me dio, a todos mayor es, y nadie puede arrebatar de la mano de mi Padre» (Juan X, 29). De lo cual se percibe, una sola la potestad del Padre y del Hijo, virtud y sustancia. Pues si de la mano del Hijo, que dio el Padre, nadie puede arrebatar, y estas mismas cosas en la mano del Padre están que no son arrebatadas de él, claramente se comprueba, todas las cosas del Padre y del Hijo ser comunes, y en la mano del Hijo tener el Padre, así como en la mano del Padre se tienen las que del Hijo son.

La décima es: Su pan al hambriento diere. Por lo cual somos enseñados que la limosna no a los saciados ha de hacerse, sino a los hambrientos: ni darse el pan a estos que eructan por la plenitud, sino a estos que por la inanidad se crucian. En el pan además todo alimento se contiene. Y significantemente se dice, «su»: no sea que de las rapiñas, y usuras y el mal ajeno el pan buscado, vertamos en la misericordia: «Pues la redención de la alma del varón» (Prov. XIII, 8), las propias riquezas. Lo cual vemos a muchos hacer, clientes y pobres, y agricultores; por callar de la violencia

de los militantes y de los jueces, que oprimen por la potencia, o cometen hurtos, para que de muchos cosas pequeñas a los pobres tribuyan, y en sus crímenes se gloríen. Y públicamente el diácono en las Iglesias recite los nombres de los oferentes: tanto ofrece aquella, tanto aquel ha prometido, y se placen ante el aplauso del pueblo, atormentándolos la conciencia. Y damos materia a los míseros, para que se gocen, ante aquellas cosas que tribuyen, y no lujan ante aquellas que hubieren rapiñado. Mejor empero es que entendamos que el pan del justo aquel es quien dice: «Yo soy el pan vivo, que del cielo descendí» (Juan VI, 51); y a quien en la oración que se nos tribuya deprecamos: «Nuestro pan sustancial, o superviniente danos hoy» (Mat. VI, 11); para que el que después siempre hemos de recibir, en el presente siglo diariamente merezcamos recibir. Este pan el justo a los hambrientos tribuye, de los cuales está escrito: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed» (Mat. V, 6). Porque quien justo es, el común pan de todos, suyo hace propio, que había faltado en Judea, diciendo el profeta: «Quitaré de ellos la fortaleza, o el báculo del pan». Esto que hablamos, si sin embargo de Cristo somos más bien lo que el profeta conmemora, pan de los creyentes es y de los hambrientos. El cual del todo no ha de darse a estos, que manducaron y bebieron y se saciaron, y engrosados cocearon, de los cuales se dice: «Ay de vosotros los que estáis saciados ahora, porque tendréis hambre» (Luc. VI, 25), no sea que lo vomiten, diciendo Salomón: «Pues vomitará y contaminará tus sermones buenos»

(Prov. XXIII). Lo cual en otras palabras el Salvador habla: «No deis lo santo a los perros: ni arrojéis vuestras margaritas ante los puercos» (Mat. VII, 6).

La undécima posee el lugar: Y al desnudo cubrió con vestido. El cual sermón según la explicación del versículo superior, doblemente ha de ser disertado: para que también a los desnudos tribuyamos operimento, diciendo el Salvador: «Desnudo estaba, y me cubristeis» (Mat. XXV), y a los desnudos de fe y virtudes tribuyamos el vestido de Cristo, de quien está escrito: «Pues cuantos en Cristo habéis sido bautizados, de Cristo os habéis vestido» (Gál. III, 27). Con este vestido desnudo estaba, quien no teniendo la veste nupcial, fue arrojado del convivio. De esta desnudez, también a Jerusalén el Señor habla: «Tú empero estabas desnuda y de confusión llena» (Arriba XVI, 7).

El duodécimo número tiene: Y a usura no prestare, o como los LXX tradujeron, su dinero a usura no diere. En el hebreo la usura de todas las especies se prohíbe; en los LXX tanto del dinero. Según lo cual también en el decimocuarto salmo está escrito: «Quien su dinero no dio a usura» (Sal. XIV, 5). Y cómo se dice: «A tu hermano no fenerarás, al extraño empero fenerarás» (Deut. XV, 6, y XXIII, 19-20). Pero ve el progreso: En el principio de la Ley de los hermanos tanto el feno se quita; en el profeta de todos la usura se prohíbe, diciendo Ezequiel: «Su dinero no dio a usura». Por lo demás en el Evangelio el aumento de la virtud es, preceptuando el Señor: «Fenerad

a aquellos de quienes no esperáis recibir» (Luc. VI, 35).

Sigue en el decimotercer lugar: Y más no recibiere. Piensan algunos que la usura tanto es en el dinero. Lo cual previendo la Escritura divina, de toda cosa quita la superabundancia, para que más no recibas de lo que diste. Suelen en los campos las usuras de trigo y mijo, de vino, y de aceite, y de las demás especies ser exigidas, o como llama el sermón divino, «abundancias»: por ejemplo, que en el tiempo del invierno demos diez modios, y en la mies recibamos quince, esto es, más la parte media. Quien justísimo se hubiere pensado, la cuarta parte más recibirá, y suelen argumentar y decir: Di un modio, que sembrado hizo diez modios. ¿Acaso no es justo, que medio modio de lo mío más reciba, cuando aquel por mi liberalidad, tenga nueve y medio de lo mío? «No erréis», dice el Apóstol, «Dios no es escarnecido» (Gál. VI, 7). Responda pues para nosotros brevemente el fenerador misericordioso: si al que tiene dio, o al que no tiene? Si al que tiene, ciertamente dar no debiera, pero dio como al que no tiene. ¿Por qué pues más exige como de quien tiene? Otros por el dinero fenerado suelen recibir regalitos de diverso género, y no entienden que se llama usura y superabundancia, lo que sea aquello, si de lo que diere, más hubieren recibido.

El decimocuarto grado: De la iniquidad, dice, apartare su mano, para que con toda obra huya de la iniquidad. Pues no solo con la mano, sino también con los otros miembros se comete la iniquidad, diciendo Salomón: «Los labios inicuos

lejos de ti remueve» (Prov. IV, 24). And in los Salmos: «Iniquidad en lo excelso hablaron» (Sal. LXXII, 8). El pie también corre a la iniquidad, y el ojo si a la mujer ajena concupiscente, ni sea su imitador, de quien se dice: «Iniquidad no hizo, y dolo no ha sido encontrado en su boca» (Is. LIII, 9). De donde también de la inicua mammona somos mandados hacernos amigos, que en los eternos nos reciban tabernáculos.

El decimoquinto es: Juicio verdadero hiciere entre varón y varón, o su prójimo. Lo cual parece sonar lo mismo que lo primero, donde está escrito: «Si fuere justo, e hiciere juicio»; pero añadida la verdad del juicio: que hace entre varón y varón, o su prójimo, se ve tener una epitasin (intensificación) de las virtudes. De donde también en el exordio de los Proverbios, después de muchos preceptos, la corrección se infiere del juicio. «Saber», dice, «la sabiduría y la disciplina, y entender las palabras de la prudencia, recibir las sutilezas de los sermones, y conocer la justicia verdadera, y después de todas las cosas corregir el juicio» (Prov. I, 2, 3). Por lo cual también el Apóstol (I Cor. VI) reprende a aquellos que en la Iglesia han sido constituidos, porque tengan entre sí juicios, y el mínimo es elegido, y despreciado, quien según el Evangelio es el primero, para que juzgue entre varón y varón, que destruyó aquellas cosas que de un niño son, y llegó hasta el varón perfecto; y sin embargo de mayor sentencia necesita, para que pueda a la verdad del juicio llegar.

Sigue en el decimosexto lugar: En mis preceptos caminare. Y en el decimoséptimo: Los juicios

y justificaciones mías guardare, para hacerlas, y las hechas guarde. Cada una de las cuales múltiple tiene la inteligencia, si quisiéramos todos los mandatos de la ley replicar, en los cuales los preceptos del Señor, y en los cuales las justificaciones se dicen ser. Lleno está de preceptos y justificaciones el salmo centésimo decimoctavo, y en parte el decimoctavo, en el cual está escrito: «Las justicias del Señor son rectas, que alegran los corazones, y el precepto del Señor es lúcido, que ilumina los ojos» (Sal. XVIII, 9). En el cual se busca, cómo en este mismo profeta haya dicho Dios: «Les di justificaciones no buenas, en las cuales no vivan en ellas» (Abajo XX, 25). Y fácil es la respuesta y más plena en lo consiguiente, que no vivan los judíos siguiendo la letra que mata, y vivan los cristianos entendiendo el espíritu vivificante. Largo es, si quisiéramos probar con testimonios, dónde los preceptos del Señor, y dónde las justificaciones se digan ser, y por qué cosas cada una, o por las diversidades, o por las obscuridades se involucren. De donde también en el presente lugar se infiere: «Este justo es, de vida vivirá, dice el Señor Dios». Quien estas cosas hiciere, y aquellas no hiciere, en modo alguno será castigado por los delitos del padre, sino que vivirá por sus propias virtudes.

(Vers. 10 sigs.) Pero si engendrare un hijo ladrón, que derrame sangre, e hiciere una de estas cosas (o como los LXX tradujeron: e hiciere pecados, y no hubiere caminado en el camino de su padre justo), y no hiciere ciertamente ninguna de estas cosas, sino que comiere en los montes, y

polucionare a la mujer de su prójimo, contristare (o oprimiere) al indigente y al pobre, rapiñare rapiñas, no devolviere la prenda, y a los ídolos levantare sus ojos, hiciere abominación, diere a usura, y más recibiere: ¿acaso vivirá? Puesto que ha hecho todas estas cosas detestables, morirá de muerte: su sangre será en él mismo. Por «ladrón» (latrone) el hebreo tiene PHARIS (parits), que la segunda edición de Aquila tradujo como «pecador», Símaco como «transgresor», y los Setenta y Teodoción como «pestilente» (pestilentem). Además, así como una peste crea enfermedades y suele devastar las regiones en las que se asienta, así el hombre pestilente depuebla todas las cosas.

Y hablemos primero según la historia, para que sepáis que las iniquidades de los padres no redundan en los hijos. Si el justo hubiere hecho las cosas que el discurso superior ha tejido por orden, de vida vivirá. Pero si engendrare un hijo que se aparta del servicio del Señor, y que conmuta las virtudes de su padre por vicios, para que haga lo que aquel no hizo, y no haga lo que aquel operó: ¿acaso podrá vivir? Ciertamente no vivirá, sino que será reo de su propia sangre.

Por lo demás, según la inteligencia espiritual, el varón eclesiástico justo, si hubiere predicado la fe evangélica, y su hijo y discípulo hubiere sido engañado por el error herético, será llamado «pestilente». De quien también en el primer salmo se escribe: «Y en la cátedra de la pestilencia no se sentó» (Salmo I, 1). Y en los Proverbios el hombre confiado y procaz y soberbio es llamado «pestilente» (Prov. XXI, 24). Este hombre derra-

mó la sangre de los engañados, y duplica en sí mismo todos los pecados; comiendo en los montes de la soberbia, y polucionando la Iglesia de su prójimo, contristando a los indigentes y pobres en la ciencia de las Escrituras, oprimiéndolos y suplantándolos: rapiñando la rapiña de aquellos a quienes hubiere seducido de la Iglesia: no devolviendo la prenda que había recibido de su maestro, para que cumpliera lo que está escrito: «Gratis recibisteis, gratis dad» (Mat. X, 8). Y levantando sus ojos a los ídolos y simulacros que fingió de su propio corazón, y haciendo todas las abominaciones: y dando a usura el dinero, para que la diligencia de los discípulos aumente el error del maestro; y repitiendo de aquellos a quienes atribuyó, más de lo que había dado: ciertamente no podrá vivir, sino que en su sangre morirá.

(Vers. 14 sigs.) Pero si engendrare un hijo que, viendo todos los pecados de su padre que hizo, temiere, y no hiciere de igual modo: no comiere sobre los montes, y no levantare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, y no violare a la mujer de su prójimo, y no contristare al varón, no retuviere la prenda, y no rapiñare la rapiña, su pan al hambriento diere, y al desnudo cubriere con vestido, de la injuria del pobre apartare su mano, usura y superabundancia no recibiere, mis juicios hiciere, en mis preceptos caminare: este no morirá en la iniquidad de su padre, sino que de vida vivirá. Su padre, que calumnió e hizo fuerza al hermano, y mal operó en medio de su pueblo: este ha muerto en su iniquidad.

Ni, dice, os maravilléis si el hijo de un varón justo, declinando a los vicios y pecados, muriera de muerte. Cuando por el contrario el hijo de un pecador y de un impío, si viere la perversidad de los caminos de su padre, y se convirtiere para no hacer males y hacer bienes, no sea tenido por reo de los crímenes paternos. Lo cual también en nosotros puede ser aceptado, a quienes en los Salmos se dice: «Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre: y el rey deseará tu decoro» (Sal. XLIV, 11). Y los que hemos sido engendrados de la estirpe de las naciones, para que dejemos los crímenes de los padres, e hagamos juicio y justicia, y vivamos en ella. Repite por tanto las cosas que arriba más largamente proseguimos. Y por eso brevemente recorremos todo, deseando pasar a aquellas cosas que son más oscuras y nuevas.

(Vers. 19, 20.) Y decís: ¿Por qué no portó el hijo la iniquidad del padre? A saber, porque el hijo operó juicio y justicia, todos mis preceptos guardó e hizo aquellos: de vida vivirá. El alma que pecare, ella misma morirá. El hijo no portará la iniquidad del padre: y el padre no portará la iniquidad del hijo. La justicia del justo sobre él será, y la impiedad del impío será sobre aquel. Resuelve la cuestión, que por el contrario el oyente podía oponer. Soléis, dice, decir: ¿Por qué el hijo justo no portó la iniquidad del padre? A lo cual él mismo responde: A saber, porque el hijo operó bien, y los delitos del padre no hizo. Y es justo, que como el pecador en su crimen muere; así el justo en sus virtudes viva: y muera el alma que

pecare; y viva la que los preceptos de Dios hubiere guardado.

(Vers. 21, 22.) Si además el impío hiciere penitencia de todos sus pecados que operó, y guardare todos mis preceptos, e hiciere juicio y justicia: de vida vivirá, y no morirá. De todas sus iniquidades que operó, no me acordaré. A tal grado, dice, los pecados de los padres no redundan en los hijos, ni el padre malvado agrava al hijo justo: ni otros por los crímenes de otros son castigados, que el mismo uno y idéntico que antes fue impío y pecador, si después hiciere penitencia, y convertido a cosas mejores los antiguos pecados hubiere borrado, no sea juzgado por la antigüedad del pecado: sino que sea recibido en mi grey, por la innovación de la virtud. Y al mismo tiempo debe considerarse, a qué clase de impío y pecador recibe penitente. Si de todos, dice, sus pecados que operó, se hubiere apartado, y guardare todos los preceptos del Señor, por lo cual a saber todos los crímenes abandone, y todas las virtudes siga: si hiciera todos los bienes, y desertara todos los males; y yo de todas sus iniquidades, que operó, me olvidaré.

En su justicia, que operó, vivirá. No tanto por la mía como por su propia justicia vivirá: aunque sea de mi justicia, a los buenos cosas buenas, y a los malos cosas malas devolver. ¿Acaso es de mi voluntad la muerte del impío, dice el Señor Dios: y no que se convierta de sus caminos, y viva? Por tanto de la voluntad del Señor es, que todos se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad. Donde quiera empero que se ve la severa y trucu-

lenta sentencia de Dios, no a los hombres, sino a los pecados condena.

Pero si se apartare el justo de su justicia, e hiciere iniquidad según todas las abominaciones que suele operar el impío: ¿acaso vivirá? Todas sus justicias que había hecho no estarán en memoria. En la prevaricación por la cual prevaricó, y en su pecado por el cual pecó, en ellos morirá. Así como al justo antes pecador no lo gravan los antiguos delitos: así al pecador que antes fuera justo, no lo ayudan las viejas justicias. Pues cada uno en lo que se encontrare, en ello será juzgado.

Y dijisteis: No es equitativo el camino del Señor. Oíd [pues], casa de Israel: ¿Acaso mi camino no es equitativo: y no más bien vuestros caminos son perversos? Da las causas de por qué la sentencia del Señor es justa. Me pensáis, dice, inicuo, para que los pecados de los padres devuelva a los hijos (Deut. XXIV); ¿y comiendo otros la uva acerba, los dientes de otros sufran dentera (Jer. XXXI)? He aquí que cada uno en su pecado muere, y en su justicia es vivificado: en uno y otro no por las cosas pasadas, sino por las presentes [es juzgado]. Más bien vuestra sentencia es inicua, quienes pensáis que la parábola no es parábola: sino que así la aceptáis, como la verdad de la historia, para que los crímenes de otros en otros sean castigados.

Pues cuando se apartare el justo de su justicia e hiciere iniquidad, morirá en ellos. En la iniquidad [injusticia] que operó morirá. Puede también esto entenderse: El pueblo de Israel, antes justo, se apartó de su justicia, porque al autor de la

justicia abandonó, e hizo iniquidad, al Hijo de Dios negando. En el pecado y crimen que operó morirá: no en muchos, sino en uno, matando al heredero, para que perdiera la herencia.

(Vers. 27, 28.) Y cuando se apartare el impío de su impiedad que operó, e hiciere juicio y justicia, él mismo vivificará su alma. Pues considerando se aparta de todas sus iniquidades que operó, de vida vivirá, y no morirá. Por el contrario, dice, el pueblo de las naciones no teniendo noticia de Dios, y siendo impío, si se apartare de su impiedad, la cual antes operó en la idolatría, e hiciere aquellas cosas que a Israel por la ley han sido preceptuadas: él mismo antes muerto vivificará su alma. Y viendo que pereció en las iniquidades que operó, creerá en aquel que dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Juan XIV, 6): de vida vivirá, y no morirá.

(Vers. 29.) Y dicen los hijos de Israel: No es equitativo el camino del Señor. ¿Acaso mis caminos no son equitativos, casa de Israel: y no más bien vuestros caminos son perversos? Hasta hoy Israel blasfema a Dios, por qué a su pueblo dejó, y de las naciones asumió la muchedumbre. A los cuales arguye el Señor, de que sus caminos son perversos, del Señor empero es justa la sentencia, para que perdidos los colonos anteriores, a otros en su viña envíe agricultores. Lo cual entendiendo en la parábola del Evangelio, dijeron los judíos: «No será eso» (Luc. XX, 16).

(Vers. 30.) Por tanto a cada uno según sus caminos juzgaré, casa de Israel, dice el Señor Dios. Ya sea de la muchedumbre de las naciones, ya sea

del pueblo de Israel los que son juzgados: «No hay acepción de personas ante Dios» (Coloss. III, 25), sino que cada uno por su propia fe será coronado: y por la impiedad e infidelidad será condenado.

(Vers. 31.) Convertíos y haced penitencia de todas vuestras iniquidades, y no será para vosotros en ruina la iniquidad. Arrojad de vosotros todas vuestras prevaricaciones, en las cuales prevaricasteis. Propiamente a Israel este sermón se dirige, para que hagan penitencia, y abandonen sus iniquidades, o prevaricaciones, con las cuales en Dios prevaricaron. Puede además también para ambos pueblos entenderse: para que tanto Israel como la turba de las naciones, sus vicios desertando, se convierta a aquel que pueda sanar sus contriciones. Y haced para vosotros un corazón nuevo, y un espíritu nuevo. Para que la vetustez de la letra desertando, viváis en la novedad del espíritu. El corazón nuevo de Israel, es creer en aquel a quien antes había negado. El corazón nuevo de las naciones, es desertar los ídolos y, la cultura de los muertos despreciada, creer en aquel que es el Dios de los vivientes. ¿Y por qué moriréis, casa de Israel? Mejor es, como arriba dijimos, la exhortación esta en la cual está escrito: «Convertíos, y haced penitencia», recibirla sobre la persona de los judíos, a quienes no quiere que mueran, y a quienes ahora habla: «¿por qué moriréis, casa de Israel», que tenéis por padres a Abraham, Isaac y Jacob, de los cuales está escrito: «Dios de vivos, y no de muertos» (Marc. XII, 27). ¿Por qué por vuestro vicio moriréis, quienes por el mérito de los padres y por mi misericordia debéis

vivir? (Vers. 32.) Porque no quiero la muerte del que muere (Al. del pecador), dice el Señor Dios: volved, y vivid. No quiero, dice, que muráis, a quienes para la salud engendré. «Pues hijos engendré y exalté: ellos empero me despreciaron» (Is. I, 2). Volved por tanto, y vivid. No se dice volved, sino a estos que antes con Dios habían estado, y después su compañía desertaron. Y vivid por la penitencia los que estáis muertos por el pecado. Por tanto Israel, porque no vuelve al estado antiguo, muerto debe creerse que está.

(Cap. XIX. — Vers. 1 sigs.) Y tú asume un llanto sobre los príncipes de Israel, y dirás: ¿Por qué tu madre leona entre los leones se acostó? en medio de los leoncillos nutrió a sus cachorros. Y educó a uno de sus leoncillos, león se hizo: y aprendió a capturar la presa, y al hombre a comer. Y oyeron de él las naciones, y no sin sus heridas lo capturaron, y lo llevaron en cadenas a la tierra de Egipto. La cual cuando vio que se había debilitado, y pereció su expectativa, tomó a uno de sus leoncillos, león lo constituyó. El cual caminaba entre los leones, y se hizo león. Aprendió a capturar la presa, y a los hombres a devorar. Aprendió a hacer viudas, y las ciudades de ellos a conducir al desierto, y desolada fue la tierra, y la plenitud de ella, por la voz del rugido de aquel. Y se reunieron contra él las naciones de todas partes de las provincias y extendieron sobre él su red: en las heridas de ellas fue capturado. Y lo enviaron a una jaula, en cadenas lo llevaron al rey de Babilonia, y lo enviaron a la cárcel para que no se oyera más su voz sobre los montes de Israel.

LXX: Y tú recibe un lamento sobre el príncipe de Israel, y dirás: ¿Qué tu madre cachorro en medio de los leones se hizo? en medio de los leones multiplicó sus cachorros. Y saltó uno de sus cachorros: león se hizo, y aprendió a rapiñar rapiñas: a los hombres comió, y oyeron contra él las naciones. En la corrupción de ellas fue capturado, y lo llevaron en un bozal (chamo) a la tierra de Egipto. Y vio que había sido quitado de ella, y había perecido su sustancia, y tomó a otro de sus cachorros, león lo constituyó: y conversaba en medio de los leones. León se hizo, y aprendió a rapiñar rapiñas: a los hombres comió, y se apacentaba en su audacia, y las ciudades de ellos al desierto condujo, y vastó la tierra y la plenitud de ella por la voz de su rugido. Y dio sobre él a las naciones por circuito de las regiones: y extendieron sobre él sus redes. En la corrupción de ellas fue capturado, y lo pusieron en un bozal, y en una jaula vino al rey de Babilonia, y lo introdujeron en la cárcel: para que no se oyera su voz más sobre los montes de Israel.

Sé que en este lugar he leído una múltiple explicación, e impedida por tantas oscuridades, que no tanto abrió como involucró la lectura, mientras todo lo que está escrito lo refiere a las potestades contrarias, y en la Jerusalén celestial describe leones y guerras: cómo uno de ellos fue capturado, y de nuevo en su lugar otro constituido, y pone muchos testimonios: que el diablo y sus acompañantes suelen ser llamados leones, como es aquello del apóstol Pedro: «Nuestro adversario el diablo como león rugiente circula, y

busca cómo pueda entrar» (I Ped. V, 8); y de los Salmos: «No entregues a las bestias el alma que te confiesa» (Sal. LXXIII, 19). Ciertamente cuando llega a la historia, dice que Johanán hijo de Caree fue llevado a Egipto: el cual cómo huyendo con pocos haya sido llamado león, no puedo saberlo: y al otro de los leones Sedequías, que también él mismo fue llevado a Babilonia.

Nosotros empero, dejando tales explicaciones al arbitrio del lector, diremos que con la cautividad cercana, el profeta no tanto vaticina cosas futuras, como narra las pasadas. Pues después del sexto año de Sedequías (puesto que inmediatamente en lo consiguiente leemos: «Y sucedió en el año séptimo, en el quinto mes, a los diez del mes»), se asume el llanto sobre los príncipes, o el príncipe de Israel, y se dice: «¿Por qué tu madre leona entre los leones se acostó?» El llanto por tanto es sobre los príncipes, a saber todos los que de la estirpe de Josías fueron engendrados. La madre de los príncipes, Jerusalén, es llamada leona, que leoncillos engendró y nutrió: y a uno de sus leoncillos educó, e hizo león, significando a Joacaz hijo de Josías, a quien el faraón Necao llevó a Egipto, y por él constituyó a Joacim. Muerto el cual, Jeconías su hijo constituido rey, con su madre y los optimates de la ciudad fue llevado por Nabucodonosor a Babilonia: de quien nace Salatiel, padre de Zorobabel, que por el hecho de que nació en Babilonia, recibió el nombre (IV Rey. XXIII).

Y es perspicuo que bajo la metáfora de la leona, de los leoncillos, y del león, y de nuevo

de otro león, se describen aquellas cosas que en aquel tiempo ya habían sido hechas, en el cual el profeta decía estas cosas. Pues después de que Jerusalén educó de la estirpe regia a Joacaz hijo de Josías, y lo constituyó en rey, tan cruel existió en breve tiempo, que tropológicamente se recuerda haber capturado presas y devorado hombres. Al cual cuando hubo venido el egipcio, lo capturó no sin heridas, o en una fosa (fovea), como propiamente se contiene en el hebreo: para que conserve la captura tropológica de los leones, por la cual siempre en fosas suelen ser capturados. Y lo llevó en un bozal o en cadenas a la tierra de Egipto, y allí murió. Lo cual cuando vio su madre Jerusalén, que lo había engendrado, que lo había nutrido, que lo había constituido en el reino, que había perecido su expectativa, tomó de los otros reyes a Jeconías, hijo de Joacim, y lo constituyó en rey. El cual también él mismo imitando la crueldad del predecesor, se describe bajo la ferocidad del león, de que devoró hombres, hizo muchas viudas, al desierto condujo las ciudades; y a la voz de su rugido se aterró toda la provincia, de modo que se reunieron hacia él las naciones, y extendieron sobre él su red, y en una fosa lo capturaron, y lo enviaron a una jaula, y a las cadenas, no porque esto se haya hecho a Jeconías, pues él mismo se entregó al rey babilonio, y a Caldea fue transportado; sino para que se conserve la traslación del león, que es capturado en las fosas, y con cadenas se constriñe, y en jaulas se reserva. De otro modo, según la historia: esto lo leemos de Sedequías, que después de Jeconías fue constituido rey de Je-

rusalén. Y esto hizo la ocasión, que porque se leen las cadenas, y las jaulas, y la cárcel se nombra, la mayoría entienda a Sedequías más bien que a Jeconías. Fue reservado por tanto en la cárcel, ni fue muerto, y solamente quitado del reino. Por lo demás, la historia narra que Sedequías fue llevado ciego a Babilonia, y allí inmediatamente muerto.

(Vers. 10 sigs.) Tu madre es como una viña en tu sangre, plantada sobre el agua: sus frutos y sus frondas crecieron de muchas aguas. Y se hicieron para ella varas sólidas para cetros de los que dominan, y se exaltó su estatura entre las frondas. Y vio su altura en la muchedumbre de sus sarmientos: y fue arrancada en la ira, y al suelo proyectada, y el viento ardiente secará su fruto: se marchitaron, y se secaron las varas de su fortaleza, el fuego la comió. Y ahora ha sido transplantada al desierto, en una tierra inviable y sedienta. Y salió fuego de la vara de sus ramos, que su fruto comió, y no hubo en ella vara fuerte, cetro de los que dominan: es un llanto, y será para llanto.

LXX: Tu madre como una viña, como una flor en las granadas, plantada en el agua. Su fruto y su germen se hizo de mucha agua. Y se hizo para ella una vara de fortaleza para una tribu de jefes: y fue exaltada en su magnitud en medio de los vástagos. Y vio su magnitud en la muchedumbre de sus sarmientos, y fue quebrantada en el furor: al suelo fue proyectada, y el viento ardiente secó sus elegidos. Fueron vengados, y se secó la vara de su fortaleza. El fuego la consumió, y ahora la

plantaron en el desierto en una tierra sin agua, y salió fuego de la vara de sus elegidos, y la comió, y no había en ella vara de fortaleza. Una tribu para una parábola de lamentación es, y será para llanto.

Con diversos términos se dice una sola cosa. Y como en las partes superiores leímos a Jerusalén comparada con una hermosa mujer, y de nuevo con una leona que en su cubil nutrió leones, así ahora se la compara con una vid o viña hermosísima, que sobre muchas aguas haya sido plantada, y por eso los sarmientos nutridos por el humor en tanto crecieron, que un solo sarmiento, al cual la Escritura llama vara solidísima, o fortísima, progresó en los cetros de los que dominan. Por lo cual tradujeron los Setenta, «en una tribu de jefes», para que a saber de ella se hicieran reyes. Era además la viña misma de tanta hermosura, que el esplendor de su verdor se igualaba a las flores del granado, lo cual en el hebreo se dice «como una viña en tu sangre», comparado el rubor de las flores con la sangre. Exaltada por tanto, la viña estaba erguida: «Porque Dios a los soberbios resiste, a los humildes empero da gracia» (Sant. IV, 6), fue arrancada en el furor del Señor y proyectada al suelo, para que la elegante traslación de la vid custodiara las ruinas de Jerusalén. Pues aunque sea hermosa la viña y se extienda con largos vástagos, si sustraes los astiles y las cañas, unida a la tierra, se marchita por el calor, máxime si un viento ardiente, al que los griegos llaman kausoma, secara su fruto, de modo que se marchite y como por fuego se

queme por los ardores. Además, lo que se añade en los Setenta: «Fueron vengados», por aquello que en el hebreo está escrito, «se marchitaron», qué consecuencia pueda tener, no soy capaz de saberlo. Aquella viña por tanto de tanta ubertad y frutos, y de tanta hermosura, ¿cómo ahora ha sido transplantada al desierto, en una tierra inviable y sedienta? Significa además la tierra de Babilonia a la cual fueron traslados, o Egipto, a donde se refugiaron, o la misma tierra de Judea, en la cual permanecieron unos pocos pobres, a los cuales estaba prefecto Godolías, para que congregara y rigiera las reliquias del pueblo (IV Rey. XXV). Contra el cual se levantó de la estirpe regia y de la vara de los ramos de la viña Ismael, quien lo mató en Masfa, y comió todo el fruto de la viña, y desde entonces no hubo en la viña misma vara fuerte, ni cetro de los que dominan (Jer. XL y XLI). Pues ninguno permaneció de los reyes que gobernara al pueblo, sino que con Johanán hijo de Caree se refugiaron en Egipto. Por eso es un llanto, y una parábola de lamentación, para que se lamente el género regio que en Judea más cesó, hasta que viniera aquel para quien está reservado: «Y él era la expectativa de las naciones» (Gén. XLIX, 10). De lo cual es perspicuo que tanto la lectura superior, en la cual se dice: «¿Por qué tu madre leona entre los leones se acostó?», como esta en la cual está escrito: «Tu madre como una viña en tu sangre sobre el agua plantada», pertenecen a Jerusalén, que perdió sus leones y sus sarmientos, y no permaneció en ella vara que surgiera en una tribu, o en los cetros de los que dominan. Pues desde un

llanto empieza, y en un llanto se acaba. «Asume un llanto sobre los príncipes de Israel». Esto es, al principio y ahora al final, es un llanto; y con la lamentación y el llanto de la parábola la estirpe regia debe ser proseguida.

Por lo demás, según la anagogía, que otros refieren a la Jerusalén celestial, para decir que de ella a este valle de lágrimas muchísimos cayeron, y los reyes dejaron de ser, y la viña en otro tiempo hermosísima fue secada por el viento ardiente, de modo que ninguno de los verdes sarmientos permaneció en ella, la cual después bajo la figura de la ciudad lamente Jeremías, nosotros entendemos (Mat. XXIV) sobre la Iglesia, por el hecho de que en el tiempo novísimo multiplicada la iniquidad, se enfríe la caridad de muchos: de modo que se prueben si es posible incluso los elegidos de Dios, y sus príncipes sean capturados por las redes del diablo, que no está contento con la captura de un solo rey, sino que diariamente se apresura a capturar reyes y príncipes, según aquello que está escrito: «Sus manjares son elegidos» (Hab. I, 16). Los sarmientos también de la Iglesia que hace poco a las flores y al rubor de la sangre se igualaban, después por el viento sean secados. Cuya exposición también suena en la parábola del Evangelio, en la cual salido el sol, aquellas cosas que habían germinado, se agostaron, y de repente se secaron (Marc. IV); de modo que apenas queda uno de los sarmientos que surja en una vara, y se haga digno príncipe del pueblo. Lo cual con otras palabras habla Amós: «Induciré hambre y sed sobre la tierra: no hambre

de pan ni sed de agua, sino hambre de oír los sermones de Dios» (Amós VIII, 11). De donde debemos plañir y lamentar sobre los príncipes de Israel, por cuyo vicio y soberbia Judea fue desierta y capturada Jerusalén.

(Cap. XX. — Vers. 1.) Y sucedió en el año séptimo, en el quinto [mes], a los diez del mes, que vinieron varones de los ancianos de Israel para interrogar al Señor, y se sentaron ante mí. Después de once meses y cinco días de la visión superior, de nuevo se hace la palabra al profeta, después de que vinieron varones de los ancianos de la casa de Israel para interrogar al Señor y se sentaron ante él. Que además haya sido esta la costumbre del pueblo de Israel, de que todo lo que deseaban saber del Señor, lo buscaran por los profetas, muchos ejemplos lo testifican. Saúl buscando las asnas, se dirige a Samuel, y recibió consejo del joven para que ofrezca al profeta la cuarta parte de un siclo. Estando enfermo el hijo de Jeroboam, es enviada a Silo a Ahías el profeta su mujer, llevando regalillos, panes y tortas, pasas y una vasijilla de miel, para que conociera sobre la enfermedad del hijo (I Rey. IX, III Rey. XIV). David también profeta interroga a otro profeta Natán, si debe edificar un templo al Señor (II Rey. VII). Y Acab inquiere si debe ascender o no a Ramot de Galaad (III Rey. XXII). En Isaías también (Is. XXXVII), y en el volumen de los Reyes (IV Rey. XIX), las cosas que han de venir sobre Senaquerib se anuncian. Ni es maravilla si en el antiguo Testamento, los profetas anuncian a cada uno las cosas que han de venir, cuando leímos que Ágabo profetizó las

cosas que han de venir sobre Pablo (Hech. XXI). Escrito está en el Deuteronomio: «Las naciones que el Señor ha de perder en tu presencia, estas oirán sueños y adivinaciones: a ti empero no te dio así el Señor tu Dios» (Deut. XVIII, 14). Pues de las naciones es acudir a los caldeos, haríolos, arúspices, adivinos, sortílegos, oráculos de los demonios, por los cuales se burla el error de ellas. De donde también ahora los ancianos de Israel acuden al profeta, para que interroguen por él al Señor, y sin embargo sobre la interrogación callan, sabiendo él mismo que había de ser interrogado qué interrogaran, para que también en él sea un milagro saber por qué vinieron, y responder a aquellas cosas que el sermón tácito contenía en el ánimo.

(Vers. 2, 3.) Y se hizo la palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, habla a los ancianos de Israel, y les dirás: Esto dice el Señor Dios: ¿Acaso para interrogarme habéis venido vosotros? Vivo yo, que no os responderé, dice el Señor Dios. A los santos y a los que interrogan cosas congruentes se da la promesa: «Estando tú aún hablando, diré: He aquí que estoy presente». A los con pecadores empero, cuales fueron los ancianos de Israel, y cuyos crímenes en lo consiguiente describe el profeta, no se da respuesta; sino increpación por los pecados: y añade el juramento: «vivo yo», para que sea más firme la sentencia del que niega. Lo que además dijeron los LXX: «si os respondiere», Símaco más manifiestamente tradujo: «no os responderé».

(Vers. 4.) Si los juzgas: si los juzgas, hijo de hombre. LXX: «si los hubiere vengado con venganza, hijo de hombre». Ellos ciertamente para interrogarme vinieron, deseando de estas cosas sobre las que dudan conocer también las futuras; tú empero, hijo de hombre, júzgalos, para que no sea respuesta de profeta, sino sentencia del que juzga por las iniquidades que hicieron, y han seguido los crímenes de sus padres. O ciertamente, «si los hubiere vengado con venganza», para que sea el sentido: De tanta iniquidad están cubiertos, que ni siquiera de enmienda y corrección son dignos, según aquello que se dice en el profeta: «No visitaré más a vuestras hijas, y a vuestras nueras, cuando hubieren fornicado» (Oseas IV). De donde también los pecadores, que llegaron a lo profundo del pecado, son dejados para que hagan los deseos de su corazón (Prov. XVIII). Las abominaciones de sus padres muéstrales, y les dirás. LXX: «Las iniquidades de sus padres atestíguales, y les dirás». Si los pecados de los padres no redundan en los hijos, ¿cómo las abominaciones e iniquidades de los padres ahora se ponen a los ancianos? Por esta causa a saber, para que se muestre que hacen cosas similares a los padres, y por el mal hereditario, arrastran una larguísima soga de pecados, para que de quienes imitan los vicios, teman grandemente sus suplicios.

(Vers. 5, 6.) Esto dice el Señor Dios: En el día en que elegí a Israel, y levanté mi mano por la estirpe de la casa de Jacob, y me aparecí a ellos en la tierra de Egipto, y levanté mi mano por ellos, diciendo: Yo el Señor Dios vuestro. En aquel día

levanté mi mano por ellos, para educirlos de la tierra de Egipto a la tierra que había provisto para ellos, que fluye leche y miel: la cual es egregia entre todas las tierras.

LXX: Esto dice el Señor Dios: Desde qué día elegí la casa de Israel, y conocido me hice a la simiente de la casa de Jacob, y conocido a ellos en la tierra de Egipto, y los recibí diciendo: Yo el Señor Dios vuestro: en aquel día aprehendí a ellos con mi mano, diciendo: para educirlos de la tierra de Egipto a la tierra que preparé para ellos, tierra que fluye leche y miel: panal es más allá de toda la tierra.

Por aquello que dijeron los Setenta, «panal es más allá de todas las tierras», por lo cual nosotros interpretamos, «es egregia entre todas las tierras», la primera edición de Aquila puso «firmamento» (firmamentum); la segunda, «ínclito» (inclytum); Símaco, «región» (regionem); Teodoción, «fortaleza» (fortitudinem); porque a saber de todas las tierras esta sea el fundamento, porque en ella está la religión de Dios, y el templo, y las ceremonias, y la noticia de Dios; y a tal grado el pueblo de Israel constituido en Egipto ignoraba a Dios, que enviado a ellos Moisés: «Si me interrogaren», dice, «¿quién te envió? ¿qué les diré? Di», dice, «a ellos: El que es, me envió» (Éx. III, 13, 14). En Egipto por tanto fue hecho conocido al pueblo, y a la simiente de la casa de Jacob: cuando levantó su mano por ellos contra los egipcios, y dijo: «Yo soy el Señor Dios vuestro», y los eligió para educirlos de la tierra de Egipto, a la tierra que fluye leche y miel. Pues aún no podían recibir

el alimento sólido: sino que como pequeñuelos y lactantes, de miel y leche carecían en la infancia.

Según la letra empero, que sea ínclita la tierra de Judá, y más fértil que todas las tierras, dudar no podrá quien desde Rinocorura hasta el monte Tauro, y el río Éufrates considere toda la tierra, y la potencia de las ciudades y la amenidad de las regiones, a saber Palestina y Fenicia, Arabia, Siria Caelen, Cilicia, y las demás regiones, que el Señor reprometió a Israel si los preceptos de Dios hubiere servado, las cuales porque no recibió, fue vicio de su incredulidad. Pues también en la misma Palestina y provincia de Judea muchísimas naciones permanecieron, que no fueron arrojadas. Ni pues el fiador está en el crimen, si aquel a quien se repromete, se hubiere hecho indigno de la promesa: especialmente cuando se proponga la opción del que promete: «Si quisiereis y me oyereis, los bienes de la tierra comeréis. Si empero no quisiereis, la espada os devorará». Se eligen por tanto las cosas presentes: ni inmediatamente el que es elegido, no puede ser tentado, ni perecer; porque también Saúl elegido para rey, y Judas para Apóstol, por su vicio después cayeron. La elevación además de la mano, o extensión, el hábito del que hiere muestra: para que hiriera por ellos a los egipcios, y al pueblo de Israel de Egipto liberara.

(Vers. 7.) Y dije a ellos: Cada uno las ofensas de sus ojos arroje, y en los ídolos de Egipto no queráis poluiros: yo el Señor Dios vuestro. LXX: Y dije a ellos: Cada uno las abominaciones de sus ojos arroje, y en las adinvenciones de Egipto no

se poluya: yo el Señor Dios vuestro. Por las «ofensas», que en hebreo se dicen SECUSE, Símaco interpretó como «náuseas», la segunda edición de Aquila como «abscisiones» (abscissiones), para que significaran que debían ser arrojadas de los ojos las legañas, y como náuseas, que no solo impiden la vista, sino que también crean vómito a los que miran de frente. GELULE es también palabra hebrea, la cual los Setenta interpretaron como «adinvenciones»; la primera edición de Aquila como «inquinamentos» (inquinamenta); la segunda, y Símaco y Teodoción, como «ídolos»: a los cuales nosotros también en las cosas presentes hemos seguido. Preceptúa además a los que salían primero de Egipto que se olviden de los ídolos a los que por mucho tiempo sirvieron, antes bien los arrojen de sus ojos, para que ni siquiera de la vista los tengan por dignos: y en aquello por lo cual por mucho tiempo fueron poluidos, en adelante no consientan. Yo, dice, el Señor Dios vuestro; no los portentos egipcios, no los fingimientos de varios monstruos. Pero también a nosotros, cuando salimos de Egipto, se nos manda que las ofensas de nuestros ojos arrojemos: para que a saber con estas no nos deleitemos con las que antes nos deleitábamos en el siglo, para que con los simulacros de Egipto no nos poluyamos, con las adinvenciones a saber de los filósofos y de los herejes, las cuales rectamente ídolos se nombran. De los espectáculos también, antes bien de las ofensas de Egipto, retiremos los ojos—de la arena, del circo, de los teatros, y de todas las cosas que contaminan la pureza del

alma, y por los sentidos ingresan a la mente; y se cumple lo que está escrito: «La muerte entró por vuestras ventanas» (Jer. IX, 21).

(Vers. 8.) Y me irritaron. LXX: Y se apartaron de mí. O como Símaco interpretó: No asintieron a mí. E inmediatamente llamados se apartan de Dios, para que ningún espacio haya entre la vocación y la recesión. Y esto es de notar, que nadie se aparta de Dios sino el que antes estuvo con él. De donde también el dragón en el volumen de Job es llamado apóstata, prevaricador y el que se aparta (Job XXXIV).

Y no quisieron oírme. Cada uno las abominaciones de sus ojos no arrojó, ni los ídolos de Egipto dejaron. LXX: Y no quisieron oírme. Las abominaciones de los ojos no arrojaron, y las adinvenciones de Egipto no dejaron. Por eso, dice, me irritaron y se apartaron de mí, porque no quisieron oírme, mientras al hombre se le preserva el libre arbitrio: e hicieron todas las cosas que para que no hiciesen preceptué por ley: inmediatamente desesperando de la salud, y murmurando contra Moisés, y desconfiando de las repromisiones de Dios. De donde sigue:

Y dije que efundiría mi indignación sobre ellos, e infligiría mi ira en ellos en medio de la tierra de Egipto. Inmediatamente después de que les preceptué dejar o arrojar las ofensas de sus ojos, y de ningún modo poluirse en los ídolos de Egipto, me irritaron y no quisieron oír lo que dije, sino por el contrario hicieron lo que preceptué que no se hiciera. Por eso había decretado que efundiría en ellos mi furor y mi indignación, e

infligiría mi ira que en la mente había concebido en medio de Egipto, porque aún no habían salido de Egipto. Pues sigue abajo: Los eché, pues, de la tierra de Egipto y los saqué al desierto. Por lo cual se muestra que aún no habían salido de Egipto cuando quiso efundir su indignación e infligir su ira sobre ellos, y herirlos en medio de la tierra de Egipto.

(Vers. 9.) Y lo hice por causa de mi nombre, para que no fuera violado ante las gentes en medio de las cuales estaban, y entre las cuales me aparecí a ellos para sacarlos de la tierra de Egipto. Lo que pensaba hacer por causa de la justicia, no lo hice por causa de la magnitud de la clemencia, para que no se poluyera mi nombre, y pareciera que no había podido cumplir lo que a Israel había reprometido. Perdoné por tanto a mi nombre, para que las naciones entre las cuales me hice conocido a ellos en la tierra de Egipto no tuvieran ocasión de blasfemar. Hasta aquí el profeta describe qué les prometió constituidos en la tierra de Egipto, y cómo inmediatamente ofendieron, y qué contra ellos el Señor pensó, y sin embargo no hizo. Lo que sigue, lo habló a los que habían salido de Egipto.

(Vers. 10 sigs.) Los eché, pues, de la tierra de Egipto y los saqué al desierto, y les di mis preceptos, y mis juicios les mostré, los cuales si hiciere el hombre vivirá en ellos. Además también les di mis sábados para que fueran señal entre yo y ellos, y supieran que yo soy el Señor que los santifico. Y me irritó la casa de Israel en el desierto: en mis preceptos no anduvieron, y mis juicios

desecharon, los cuales si hiciere el hombre vivirá [Vulg. haciendo el hombre vivirá] en ellos, y mis sábados violaron vehementemente. Dije, pues, que efundiría mi furor sobre ellos en el desierto, y los consumiría: y lo hice por causa de mi nombre para que no fuera violado ante las gentes de las cuales los eché en su presencia. Estas cosas se dicen a aquellos que fueron sacados de Egipto al desierto: para que, liberados de los vicios de los egipcios, más fácilmente en la soledad los preceptos de Dios cumplieran, y sus juicios hicieran, y los sábados guardaran. Los cuales en señal fueron dados entre el que dio y aquellos a quienes fueron dados, diciendo la Escritura: «Y habló el Señor a Moisés, diciendo: Y tú manda a los hijos de Israel, diciendo: Ved que mis sábados guardéis, porque es señal entre mí y vosotros en vuestras generaciones; para que sepáis que yo soy el Señor que os santifico, y guardad el sábado, porque es santo para vosotros. El que lo violare morirá de muerte. Todo el que hiciere en él obra, será muerta aquella alma de en medio de su pueblo» (Éx. XXXI, 13, 14). Por tanto, el sábado y la circuncisión en señal fueron dados del verdadero sábado y de la verdadera circuncisión: para que sepamos que nosotros debemos descansar en el perfecto y eterno sábado de las obras del siglo, y circuncidar no el prepucio, sino el corazón. Por lo cual, trabajando en seis días, el día séptimo descansamos, para que ninguna otra cosa día y noche hagamos sino que todo lo que vivimos sepamos que es debido al Señor, y al regresar la semana, todos nos consagremos a su nombre, para que por la

santificación del día nos acordemos del Señor que nos santifica. Estos preceptos y justificaciones, y la observancia del sábado dio el Señor en el desierto para que haciéndolos vivieran en ellos: no que de ellos a cosas mayores pasaran, como en el Evangelio se promete. Los cuales ellos violaron, no una vez ni poco. Sino vehementemente, para que se mostrara la intensidad (epítasis) de la violación. Dijo, pues, y en su mente decretó que efundiría su furor sobre ellos en el desierto y los consumiría, cuando habló a Moisés: «Déjame, e irado con furor contra ellos, los borraré» (Éx. XXXII, 10). Pero no quiso hacerlo, perdonando a los egipcios y a las demás naciones para que no se escandalizaran, y a ellos mismos de los cuales tuvo misericordia, esperando la penitencia de los conversos. Y es de notar que cuando hablaba a los constituidos en Egipto tras la ofensa: «Hice», dice, «por causa de mi nombre, para que no fuera violado ante las gentes» de las cuales los eché en su presencia. Entonces pues aún estaban en medio, porque aún no habían salido. Ahora empero, después de que salieron, se dice: «de las cuales los eché en su presencia».

(Vers. 15.) Yo, pues, levanté mi mano sobre ellos en el desierto, para no introducirlos en la tierra que les di, que fluye leche y miel: la principal de todas las tierras, porque mis juicios habían desechado, y en mis preceptos no habían andado, y mis sábados habían violado. Pues tras los ídolos iba el corazón de ellos, y perdonó mi ojo sobre ellos para no matarlos, ni los consumí en el desierto.

LXX: Y yo levanté mi mano sobre ellos en el desierto, para que del todo no los introdujera en la tierra que les di: tierra que fluye leche y miel: panal es más allá de toda la tierra: por cuanto mis justificaciones rechazaron, y en mis preceptos no anduvieron, y mis sábados violaron, y tras las cogitaciones de sus corazones anduvieron. Y perdonó mi ojo sobre ellos para no borrarlos, y no los maté para consunción en el desierto.

Había decretado ciertamente que efundiría todo mi furor sobre ellos, y los borraría y consumiría: pero lo hice por causa de mi nombre para que no fuera violado en las gentes, a saber los amalequitas y los demás (Éx. XVII; Núm. XIV), que contra ellos en la soledad lucharon, para que de ningún modo los indujera en la tierra que les prometí que fluye leche y miel, la cual es la *principal* de todas las tierras, o el *panal*. Mas la causa de la pena es y de esta sentencia que mis juicios habían desechado, y en mis preceptos no habían andado, y mis sábados habían violado. Y de la misma causa esta es la causa para que estas cosas no hicieran: porque el corazón de ellos los ídolos de Egipto seguía. Perdonó empero, dice, mi ojo para no matarlos y borrarlos, ni del todo consumirlos. En lo cual se pregunta cómo les perdonó a aquellos cuyos cadáveres en la soledad cayeron, y excepto Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefoné, la tierra de la repromisión nadie ingresó. Por lo cual entendemos que viven, y no para eternos suplicios fueron reservados, ni fueron borrados del libro de los vivientes, ni consumidos ante la faz del Señor. Pues si por esto que no

fueron introducidos en la tierra de la repromisión se ha de creer que perecieron: entonces también Moisés pereció, que vio solamente la tierra de la repromisión y no ingresó en ella. De quien en el libro de Josué el Señor habla: «Moisés mi siervo ha muerto» (Deut. XXXIV, 5). Y en Malaquías: «Acordaos de la Ley de Moisés mi siervo» (Mal. IV, 4). Y en Jeremías, como de un amigo y su muy familiar habla Dios: «Si estuvieren Moisés y Samuel en mi presencia» (Jer. XV, 1). Por lo demás también se ha de creer que las preces de Moisés fueron escuchadas cuando por el pueblo interpelando dice: «Si les perdonas el pecado, perdónaselo; mas si no quieres, bórrame de tu libro que escribiste» (Éx. XXXII, 32, 33). Mas para que sepamos que la sentencia de Dios en los hijos y siervos no para perdición sino para emendación se hace, oigamos los testimonios de las Escrituras. «Hijo, no te contristes ante la disciplina del Señor, ni desfallezcas cuando por él seas arguido» (Prov. III, 11). «Porque al que el Señor ama, lo corrige: y azota a todo hijo al que recibe» (Heb. XII, 6). Y en otro lugar: «Cuando los mataba, entonces lo buscaban» (Sal. LXXVII, 34). Y en el Cántico del Deuteronomio: «Yo mataré y yo haré vivir» (Deut. XII, 39). Podemos también esto según la letra decir: que no los borró ni los consumió con su estirpe y progenie, sino que muertos los padres, perdonó a los hijos, a los cuales en la tierra de la repromisión indujo.

(Vers. 18 sigs.) Dije empero a los hijos de ellos en la soledad: En los preceptos (o legítimos) de vuestros padres no andéis, ni sus juicios guardéis,

ni con sus ídolos (o cogitaciones) os poluyáis. Yo el Señor Dios vuestro. En mis preceptos andad, y mis juicios guardad, y hacedlos, y mis sábados santificad para que sea señal entre yo y vosotros, y se sepa (o para que sepáis) que yo soy el Señor Dios vuestro. Tras la interfección de los padres que en el eremo cayeron, da preceptos a los hijos en cuya salud tuvo misericordia de los padres. Y perdonó, dice, el ojo del Señor sobre ellos para no del todo matarlos y borrarlos, sino preservar a los padres en los hijos: y testifica las mismas cosas que también a los padres habló; para que después de que en sus preceptos anduvieren, y sus juicios guardaren, y la santificación del sábado que como señal fue dada reservaren: entonces sepan que él mismo es el Señor Dios de ellos. Los preceptos empero, y los legítimos de los padres, y sus juicios, el error ínclito significan: para que no los pecados de ellos imiten cuyos tormentos ven claramente.

(Vers. 21, 22.) Y me exacerbaron los hijos, en mis preceptos no anduvieron, y mis juicios no guardaron para que hicieran aquello que cuando hiciere el hombre vivirá en ellos, y mis sábados violaron. Y conminé con efundir mi furor sobre ellos e infligir mi ira en ellos en el desierto. Aparté empero mi mano, y lo hice por causa de mi nombre para que no fuera violado ante las gentes de las cuales los eché en sus ojos. Mas también los hijos, dice, los crímenes de los padres siguieron, e hicieron todas las cosas que ellos habían hecho: por lo cual también merecieron una sentencia semejante; pero por la misma magnitud de mi

misericordia por la cual también sus padres fueron reservados, y por las mismas causas por las cuales también de los padres tuve misericordia: para que como uno y mismo Creador de ambos, con semejante paciencia mi ira mitigara. Lo manifiesto recorremos, y a lo más oscuro pasamos.

(Vers. 23, 24 sigs.) Otra vez levanté mi mano contra ellos en la soledad, para dispersarlos en las naciones y aventarlos en las tierras: por cuanto los juicios míos no habían hecho, y mis preceptos habían reprobado, y mis sábados habían violado, y tras los ídolos (o cogitaciones) de sus padres habían estado sus ojos. Por eso también yo les di preceptos no buenos, y juicios en los cuales no vivirán, y los poluí en sus propios dones cuando ofrecían (o transducían) todo lo que abre la vulva por causa de sus propios delitos (por lo cual los Setenta tradujeron, *para que los borrara* y aquello que ellos omitieron): y sabrán que yo soy el Señor. En qué parte del antiguo Testamento contra los hijos de ellos que en la soledad cayeron, el Señor levantara su mano queriendo dispersarlos en las naciones, la Escritura no dice: pero por lo que aquí refiere, se ha de creer que se hizo. O esto significa que después de que la tierra de la repromisión hubieren entrado, en varios tiempos por muchos pecados a diversas naciones y reyes fueron entregados, y en aquel tiempo los que por su naturaleza buenos eran preceptos del Señor, y juicios en los cuales pudieran los creyentes vivir, hechos han sido para ellos *no buenos*, mientras de ningún modo valen en la cautividad los preceptos de la ley servar, y hacer lo que el

divino sermón mandó. Ni dijo, les di preceptos malos: sino no buenos. Pues no inmediatamente se sigue que lo que bueno no es, sea malo: como también el Apóstol enseña que bueno es al hombre esposa o mujer no tocar; mas por causa de la incontinencia cada uno posea su vaso en sanctificación y castidad (1 Cor. VII). Lo cual si no hubiere hecho, ni bueno ni malo es. Dio, pues, a ellos Dios dispersos en las gentes preceptos no buenos, esto es, los desamparó a sus cogitaciones y deseos para que hicieran lo que no conviene. Y los poluyó en sus dones: como el Sacerdote los leprosos del pueblo separando y demostrando que ellos están poluidos; mientras a los ídolos ofrecen lo que a Dios ofrecer deberían. Y transducen todo lo que abre la vulva por el fuego a Baal, esto es, los primogénitos; para que después de que hubieren sido desamparados por Dios y entregados al culto de los ídolos, entonces entiendan que él mismo es el Señor, a quien por su propio vicio a iracundia concitaron. Este lugar más manifiestamente interpretó Símaco, por el pretérito poniendo el futuro. Igitur et ego dabo eis praecepta non bona, et judicia propter quae non vivent, et polluam eos propter munera sua, quia consecrant, et transducunt omne quod aperit vulvam, ut deleam eos, et scient quia ego Dominus. Y es el sentido: Porque vi a los hijos adecuarse a los crímenes de los padres, y hacer las mismas cosas por las cuales ellos habían ofendido a Dios, quise dividirlos en las naciones, y en todo el orbe dispersarlos, y darles preceptos no buenos; y juicios en los cuales no vivieran, para que los poluyera en sus dones,

porque todos los primogénitos a los ídolos consagraban, y los borrara perpetuamente, y supieran que yo era el Señor. Por lo cual muestra que no se los dio a ellos preceptos no buenos que en el eremo moraban, sino a estos que dispersar quiso en las naciones y hacer en todo el orbe peregrinos, pensó darles lo que no dio: para que allí los preceptos de Dios buenos, por su propio vicio no buenos hicieran, mientras a los ídolos exhiben lo que Dios se había preceptuado que se exhibiera. Puede también esto decirse que antes de la ofensa el decálogo solamente recibieron; tras la idolatría empero y la blasfemia, las múltiples ceremonias de la ley, para que a Dios mejor ofrecieran víctimas que a los demonios ofrecían, y por comparación del sacrilegio más leve se hiciera lo que no era por sí bueno, y de ningún modo malo, porque a Dios se ofrecía, y sin embargo no bueno, porque al autor del bien habían ofendido.

(Vers. 27, 29 sig.) Por lo cual habla a la casa de Israel, hijo de hombre, y les dirás: Esto dice el Señor Dios: Aun en esto blasfemaron contra mí vuestros padres, cuando me despreciaron con desdén, y los introduje en la tierra sobre la cual levanté mi mano, para dársela: vieron todo collado excelso, y todo árbol frondoso, e inmolaron allí sus víctimas, y dieron allí la irritación de su oblación, y pusieron allí el olor de su suavidad, y libaron allí sus libaciones. Y les dije: ¿Qué es el lugar excelso al cual vosotros entráis? Y fue llamado su nombre "lugar excelso" (excelsum) hasta este día. LXX: Por tanto, habla a la casa de Israel, hijo de hombre, y les dirás: Esto dice Adonai el Señor:

Hasta esto me provocaron a ira vuestros padres en sus delitos, con los cuales cayeron contra mí, y los introduje en la tierra sobre la cual levanté mi mano para entregársela. Y vieron todo collado excelso, y todo árbol frondoso, e inmolaron allí a sus dioses, y pusieron allí el furor de sus dones, y pusieron allí el olor de su fragancia, y libaron allí sus libaciones. Y les dije: ¿Qué es el *abbana*, porque vosotros entráis allí? Y llamaron su nombre *abbana* hasta el día de hoy.

Quise, dice, a ellos que delinquían en la soledad dispersarlos por todas las naciones, y darles preceptos no buenos, para que lo que a mí debieron ofrecer, a los ídolos inmolasen, y todo primogénito suyo consagraran a ellos por el fuego, para que los matara y los borrara. Mas cuando dice "quise", muestra que no hizo lo que quiso. Y aquello que sigue: "Y sabrán que yo soy el Señor", en los LXX no se tiene. Pues no les parecía consecuente conocer, tras la matanza, que él mismo sea el Señor. Mas tú, hijo de hombre, de nuevo háblales, esto es, a los ancianos (seniores) de la casa de Israel, que a interrogarte vinieron: Vuestros padres, de cuya estirpe descendisteis, aun en esto blasfemaron contra mí, y me tuvieron por nada; después que los introduje en la tierra que por mi fortaleza poseyeron, la cual yo para poseer había dado, ellos se volvieron para exasperarme.

Pues habiendo visto todo collado excelso, y árbol frondoso, sacrificaban en los montes, y en los bosques y selvas, y a los ídolos víctimas inmolaban, y libaciones derramaban; lo cual habiendo visto, les dije: ¿Qué es BAMA? pues esto se inter-

preta como "excelso" (lugar alto): ¿o por qué entráis en lugar de tal clase que para vosotros en todos los collados elegisteis, de tal modo que hasta hoy lugares de tal clase se llamen BAMOTH, y el antiguo error el nombre prístino retenga? Por BAMA, que nosotros en "excelso" vertemos, en la edición de los Setenta el error obtuvo que se escriba *abbana*, lo cual en el sermón hebreo nada resuena. BAMA (*bama*) puede, si ambas sílabas en dos palabras divides, significar "en qué"; mas en el presente lugar este sentido no es congruente. Mas en cualquier parte que en los libros de los Reyes y de los Paralipómenos se escribe: "Aun el pueblo quemaba incienso, e inmolaba en lo excelso": BAMA singularmente, y BAMOTH pluralmente, significa "lugares altos" (excelsa).

(Vers. 30, 31.) Por tanto di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Dios: En la vía de vuestros padres vosotros os polucionáis, y tras sus ofensas vosotros fornicáis. Y en la oblación de vuestros dones, cuando traspasáis a vuestros hijos por el fuego, os polucionáis en todos vuestros ídolos hasta hoy, ¿y yo os responderé a vosotros, casa de Israel? Vivo yo, dice el Señor Dios, que no os responderé. De vuestros padres imitáis los vicios, y por las mismas caminais vías, para que delitos similares merezcan también similar pena, y en tanto escándolo habéis progresado, que a vuestros hijos por el fuego a los demonios consagréis: ni una vez haber hecho esto baste, sino que hasta el presente hagáis lo mismo. No que estos ancianos en la cautividad hagan esto, sino que aquellos que en Jerusalén moraban, y a los cuales la cau-

tividad amenazaba, todas estas cosas hacer no cesen. Y habiendo quedado obligados por tantos flagrindices, ¿mi respuesta, dice, buscáis? Vivo yo, dice el Señor Dios, y juro por mí mismo, que no os responderé, y lo que sigue:

(Vers. 32, 33.) Ni se hará el pensamiento de vuestra mente, de los que decís: Seremos como las gentes, y como las familias de la tierra, para que colamos madera y piedras. Vivo yo, dice el Señor Dios, porque en mano fuerte, y en brazo extendido, y en furor efuso reinaré sobre vosotros. Este tiene el sentido: No penséis que vuestros pensamientos con los cuales contra mí blasfemáis puedan cumplirse; pues decís: No queremos estar bajo el Señor, ni ser llamados su pueblo: sino como todas las naciones en todo el orbe son, y cada gente vive a su propio arbitrio, para que cole madera y piedras, y a los ídolos sirva, también nosotros seremos una gente de entre muchas. A lo cual responde Dios, y jura por sí mismo y dice: No os dejaré ni os despreciaré, como los señores que negligen a los siervos fugitivos suelen despreciar, sino que a mi imperio os retraeré, y con brazo extendido y percutiente y furor efuso, a la prístina os reduciré servidumbre, y reinaré sobre vosotros: para que, queráis o no, me tengáis por rey, y sintáis a un rey airado, cuya clemencia habéis negliciado.

(Vers. 34.) Y os sacaré de los pueblos, y os congregaré de las tierras en las cuales habéis sido dispersados: en mano válida y brazo extendido, y en furor efuso reinaré sobre vosotros. Ni os permitiré, dice, estar entre las gentes, ni ser rete-

nidos en eterna cautividad, sino que os sacaré de los pueblos, y os congregaré de las tierras a las cuales la necesidad hostil os dispersó de aquí para allá para servir. Mas estas cosas haré, no para perderos y borraros, sino para que yo sea vuestro rey. Por lo cual entendemos que aun aquello que llaman los herejes crueldad del Creador, suena a clemencia: mientras para esto se aíra, y se enfurece, y derrama todo su furor, para que retraiga a su reino a aquellos que la tiranía de los demonios eligieron para servir.

(Vers. 35, 36, sig.) Y os llevaré al desierto de los pueblos, y seré juzgado con vosotros allí cara a cara. Como en juicio contendí contra vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así os juzgaré a vosotros, dice el Señor. Y os sujetaré a mi cetro, y os introduciré en los vínculos del pacto, y elegiré de entre vosotros a los transgresores y los impíos: de la tierra de su morada los sacaré, y en la tierra de Israel no entrarán, y sabréis que yo soy el Señor. Haré, dice el Señor, a vosotros que estáis en Babilonia, y ahora servís a los ídolos, lo que hice a vuestros padres en Egipto, para que os saque al desierto de los pueblos, y allí sea juzgado con vosotros cara a cara, tal como contra ellos en juicio contendí, cuando salieron de Egipto. Y después que os haya juzgado, os sujetaré a mi cetro e imperio, e iniciaré un pacto con vosotros, y os introduciré en vuestra tierra en los vínculos de la caridad, para que ligados por mi amor, de ningún modo podáis retroceder de mí. Mas a los transgresores y los impíos, que por la dureza del corazón en las malas obras perseveran, elegiré

de entre vosotros, no para poseer, sino para desechar. Y ciertamente los sacaré de la tierra de su morada, para que sacados no entren en la tierra de Israel; sino que en diversas perezcan regiones: y por la distinción de buenos y malos, conozcáis que yo soy el Señor, que hago todas las cosas con juicio. Al resto se apresura el discurso, y brevemente recorremos cada cosa, para que el sentido solamente a los lectores ofrezcamos.

(Vers. 39.) Y vosotros, casa de Israel, así dice el Señor Dios: Cada uno tras sus ídolos camine, y sírvales. Que si ni en esto me oyereis, y polucionareis mi nombre santo más en vuestros dones y en vuestros ídolos. LXX: Y vosotros, casa de Israel, así dice Adonai el Señor: Cada uno sus adinvenciones (inventos) quite: y tras esto si vosotros me oyereis, y no polucionareis mi nombre santo más en vuestros dones y en vuestros estudios (afanes). Este lugar más manifiestamente interpretó Símaco: Cada uno a sus ídolos yendo servid, porque no quisisteis oírme: mas mi nombre santo no queráis polucionar más por vuestros dones y simulacros. En el monte empero santo mío, en el monte excelso de Israel, dice el Señor Dios, allí me servirá toda la casa de Israel. La traducción de Símaco tiene este sentido: Porque a mí servir no queréis, id y servid a los ídolos, y de vuestros simulacros pisad las huellas. Pues a mí oír no queréis, para que de ningún modo a mí víctimas inmoléis, ni queméis incienso, ni pueblo mío seáis llamados. Pues a mí de ningún modo en los bosques (lucis), y fanos, y lugares de los ídolos me servirán mis cultores, lo cual vosotros hacéis:

sino en mi monte santo, en el monte excelso de Israel. Por lo demás, los Setenta explican su propio sentido. Abandonad vuestros pensamientos prístinos, y de las malas adinvenciones quitad los pecados: y si tras esto me oyereis, y mi nombre no polucionareis en vuestros dones y simulacros: entonces en mi monte santo me ofreceréis víctimas, y serviréis, oh toda la casa de Israel. Áquila empero con Símaco en parte consintiendo, en parte discorda: Id, dice, tras vuestros ídolos, y servidles, porque indignos sois de mi imperio, ni me vuestra cultura deleita. Que si ni en esto me oyereis, sino que mi nombre santo polucionareis, mientras a mí ofrecéis fingiendo lo que ofrecéis a los ídolos, y a mi nombre solamente blasfemia hacéis, para que quienes sois cultores de los ídolos, míos os digáis ser; esto sabed, que en el monte santo mío, en el monte excelso de Israel, allí me ha de servir toda la casa de Israel, no vosotros que servís a los ídolos: sino toda la casa de Israel que después ha de creer.

(Vers. 40, 41.) En el monte empero santo mío, en el monte excelso de Israel, dice el Señor Dios: allí me servirá toda la casa de Israel: todos, digo, en la tierra en la cual me placerán, y allí requeriré vuestras primicias, e inicio de vuestros diezmos, en todas vuestras santificaciones, en olor de suavidad os recibiré, cuando os haya sacado de los pueblos, y os haya congregado de las tierras en las cuales habéis sido dispersados, y seré santificado en vosotros ante los ojos de las naciones, y sabréis que yo soy el Señor. Sobre este monte en el cual ha de servir a Dios toda la casa de Israel, Isaías

y Miqueas a una voz cantaron: En los novísimos días será manifiesto el monte de la casa del Señor en el vértice de los montes, y será elevado sobre los collados, y fluirán a él todas las naciones, e irán pueblos muchos, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus vías, y caminaremos por sus sendas. Pues de Sión saldrá la ley, y el verbo del Señor de Jerusalén (Is. II sig.; Miq. IV, 1, 2). Y de nuevo Isaías: Al monte, dice, excelso sube tú que anuncias a Sión: eleva y exalta tu voz tú que evangelizas a Jerusalén (Is. XL). Monte el cual Sión, o la Iglesia entendemos, que se interpreta como "atalaya" (specula), y en la altura de los santos dogmas está constituida: o al mismo Señor Salvador, en el cual las primicias, y los diezmos, y toda cultura en olor se vierte de suavidad: para que todas las naciones en el circuito viendo que el pueblo del Señor ha sido salvado, glorifiquen a Dios, y conozcan quienes hayan sido salvados, que él mismo es el Señor.

(Vers. 42.) Cuando os haya introducido a la tierra de Israel: a la tierra por la cual levanté mi mano, para dársela a vuestros padres. Entonces sabréis que yo soy el Señor, cuando os haya introducido, dice, a la tierra de Israel, por la cual levanté mi mano, para introducir en ella a vuestros padres, la cual ellos por su propio vicio perdieron, y vosotros no tanto por vuestro mérito, cuanto por mi clemencia recibisteis.

(Vers. 43, 44.) Y os acordaréis allí de vuestras vías, y de todos vuestros crímenes (scelera), por los cuales habéis sido polucionados en ellos: y os

desplaceréis a vosotros mismos en vuestra propia presencia en todas vuestras malicias que habéis hecho, y sabréis que yo soy el Señor, cuando os haya beneficiado (benefecero) por amor de mi nombre: no según vuestras vías malas, ni según vuestros crímenes pésimos, casa de Israel, dice el Señor Dios. No podemos acordarnos de nuestros crímenes y vicios, si no hubiéremos sido introducidos en la tierra de Israel, y allí puestos digamos con el Apóstol: Que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Y os desplaceréis, dice, a vosotros mismos en vuestra propia presencia en todas vuestras malicias que habéis hecho. O como interpretó Símaco. Y pequeñitos os pareceréis a vosotros mismos por todas vuestras malicias que habéis operado (Sant. IV), para que después que hubieren sido excelsos, se crean humildes: porque el Señor a los humildes da su gracia. Y en otro lugar está escrito: Antes de la contrición se exaltará el corazón del hombre, y ante la altura se humilla (Prov. XVIII, 12). Pues a la soberbia sigue la contrición, y a la humildad sigue la exaltación. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando os haya beneficiado. Y al Señor Salvador entonces más conocimos, cuando nos benefició, y padeció por nuestros pecados, y portó nuestras iniquidades, y por nosotros dolió; no por algún mérito de aquellos que son salvados, sino por su propio nombre. De otro modo nuestras vías, y crímenes pésimos, no misericordia merecieron, sino pena. Mas cuanto hemos dicho del pueblo de Israel, que liberado de Egipto, en la soledad muchas cosas

cometió, y ofendió a Dios, y después en la tierra de la repromisión (tierra prometida) introducido, veneró ídolos, y maderas y piedras cultivó, y después por la clemencia de Dios fue conservado: refirámoslo a aquellos que del Egipto de este siglo (saeculi hujus) por la mano excelsa del Señor han sido liberados, e introducidos en la soledad de los vicios, de nuevo suspiraron por Egipto, e hicieron aquellas cosas por las cuales debieron ser punidos: mas no obstante por la penitencia no por su propio mérito, sino por la clemencia del Señor fueron conservados.

# LIBRO SÉPTIMO.

239-240. Antaño de niños leímos: Nada hay tan fácil, que no se haga difícil, lo que hagas de mala gana. Confieso que las explicaciones sobre Ezequiel mucho tiempo antes prometí, y por la ocupación de los que de todo el orbe aquí vienen, no poder cumplir: mientras no hay hora, ni ningún momento, en que no nos encontremos con turbas de hermanos, y la soledad del monasterio, por la frecuencia de los huéspedes conmutamos: a tal punto que o ha de cerrársenos la puerta, o los estudios de las Escrituras, por las cuales han de abrirse las puertas, han de ser abandonados. Así pues en las lucrativas, más bien furtivas horas de las noches, que al aproximarse el invierno, comenzaron a ser más largas, estas cosas de cualquier clase que son dictar intentamos a la lucernita, y el tedio del ánimo ferviente por la interpretación digerir. Ni nos jactamos, como algunos por ventura sospechan, de la recepción de los hermanos, sino que las causas de las moras simplemente confesamos: especialmente cuando la huida de los Occidentales, y la constipación de los santos lugares, por la desnudez y las heridas de los necesitados, prefiera la rabia de los Bárbaros. Lo cual sin lágrimas y gemido ver no podemos, que aquella antaño potencia e ignorancia de las riquezas a tanta inopia haya llegado, que de techo

y comida y de vestimenta necesite; y sin embargo de ningún modo los duros y crueles ánimos de algunos se ablandan, mientras los trapitos de ellos y sus fardelitos discuten, buscando oro en la cautividad. Accede a esta dificultad de dictar, que con los ojos oscureciéndose por la senectud, y algo sosteniendo del bienaventurado Isaac (Gén. XXVII), al nocturno lumbre de ningún modo valemos para releer los volúmenes de los Hebreos, los cuales aun al fulgor del sol y del día, por la pequeñez de las letras se nos ciegan. Mas también los comentarios de los Griegos, solamente por la voz de los hermanos conocemos. Y para nadie es duda, que las comidas molidas por dientes ajenos, a los que las comen náusea les hagan. Por lo cual te ruego, hija Eustoquio, que estas cosas que por el estilo de los notarios forjamos, y para las cuales enmendar apenas espacio tenemos, esto es, el séptimo [libro] comiences, y como antes ya dije, si la brevedad o la longitud de los libros fueren entre sí inequales, a la brevedad de las visiones, más bien de las hipótesis (*hypotheseon*) imputes y a la longitud, mientras ni queremos separar lo unido, ni lo disonante en una sola masa coartar.

(Vers. 45 sig.) Y fue hecho el sermón del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, pon tu faz contra la vía del Austro (Sur), y destila hacia el Áfrico (Sur), y profetiza al bosque del campo meridional. Y dirás al bosque meridional: Oye el verbo del Señor: esto dice el Señor Dios: He aquí que yo encenderé en ti un fuego, y comburiré en ti todo árbol frondoso (lignum viride), y todo árbol árido: no se extinguirá la llama de la sucen-

sión (incendio), y se comburirá en ella toda faz desde el Austro hasta el Aquilón (Norte). Y verá toda carne que yo el Señor la encendí, ni se extinguirá. Y dije: ¡Ah, ah, ah!, Señor Dios: ellos dicen de mí: ¿Acaso no por parábolas habla este? LXX: Y fue hecho el sermón del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, afirma tu faz sobre Temán, y mira hacia Darom, vaticina sobre el bosque jefe de Nageb, y dirás al bosque de Nageb: Oye el sermón del Señor, esto dice el Señor: He aquí que yo encenderé en ti un fuego, y devorará en ti todo árbol frondoso, y árbol árido. No se extinguirá la llama encendida, y arderá en ella toda faz desde el mediodía hasta el Aquilón: y conocerá toda carne que yo el Señor la encendí: no se extinguirá. Y dije: De ningún modo, Señor, Señor: ellos dicen a mí: ¿No es una parábola la que se dice esta?

Qué signifique "pon", o "afirma tu faz", arriba más plenamente dijimos. Pues de la afirmación del rostro hay necesidad, y de la dureza de la frente, para que las cosas que se mandan al Profeta, las hable intrépido, máxime cuando a toda la multitud del pueblo cosas tristes han sido anunciadas. Temán empero y Darom y Nageb; y de nuevo Nageb, por lo cual los LXX interpretaron *apelioten*, qué suenen en hebreo, lo expresó nuestra traducción. Y lo que dijeron, "jefe de Nageb", mejor se tiene en el hebreo como "del campo", o "de la región meridional". Pues no es SARE, como pensaron los LXX, palabra que suena como "jefe" y "príncipe", sino que SADE está escrito, lo cual propiamente el campo y la región significa, y por la similitud de las letras DÁLETH y RES, el

error creció. Habla empero el sermón divino por la metáfora del bosque contra Jerusalén, la cual de las bestias, y de los feroces hombres es habitación: que la enciende, y todos los maderos de ella se concreman: de ningún modo llamando árboles a los que de frutos necesitaban, sino maderos como para el incendio preparados. Y primero combure en él el madero frondoso (verde), según lo que en este mismo Profeta leemos: "Y por mis santos comenzad"; y después el árido, que nada en sí podía tener vital: a los santos a saber simultáneamente y a los pecadores, para que unos los males de la cautividad huyan por la muerte; otros a los suplicios sean entregados eternos. Y lo que añade: "Desde el Austro hasta el Aquilón", esto indica, desde Jerusalén hasta Babilonia: para que todo el camino de los que van a la cautividad, de los que por la espada, el hambre, la pestilencia caen, se complete. Pues para estos que en Babilonia están, Jerusalén al Austro está situada; del mismo modo que por el contrario la olla en Jeremías que significa a Jerusalén, desde la faz del Aquilón, esto es, de Babilonia se enciende (Jerem. I). Y bellamente al principio: "destila", dice, "hacia el Áfrico"; para que no toda la ira de Dios parezca efusa, sino una cierta gota y parte. Que si una gota de tanta sevicia es: ¿qué en todos los aguaceros ha de estimarse? Para que toda carne, que ha de ver lo saludable de Dios, por el incendio de las selvas y la llama, que por el auxilio de nadie se extingue, conozca que él mismo es el Señor. Lo cual entendiendo el Profeta respondió: ¡Ah, ah, ah!, Señor Dios: o como los Setenta vertieron: de

ningún modo, Señor, Señor. Y añade: Y ellos dicen a mí: ¿Acaso no por parábolas habla este? o: ¿es parábola esta que se dice? Y es el sentido: Más llanamente habla, no entendemos por parábola qué hables: en sermón abierto la sentencia de Dios ábrenos.

(Cap. XXI.---Vers. 1 sig.) Y fue hecho el sermón del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, pon tu faz hacia Jerusalén, y destila hacia los santuarios (sanctuaria), y profetiza contra el suelo (humum) de Israel, y dirás a la tierra de Israel: Esto dice el Señor Dios: He aquí que yo a ti, y sacaré mi espada (gladium) de su vaina (vagina), y mataré en ti al justo y al impío. Por aquello empero que maté en ti al justo y al impío: por tanto saldrá mi espada de su vaina hacia toda carne, desde el Austro hasta el Aquilón. Y sabrá toda carne, que yo el Señor saqué mi espada de su vaina irrevocable (irrevocabilem). LXX: Y fue hecho el sermón del Señor a mí, diciendo: Por tanto vaticina, hijo de hombre: y afirma tu faz contra Jerusalén, y mira hacia los santos lugares de ellos, y profetiza sobre la tierra de Israel, y dirás a la tierra de Israel: Esto dice el Señor Dios: He aquí que yo a ti, y sacaré mi espada de su vaina, y mataré de ti al iniquo y al injusto (iniquum et injustum). Así saldrá mi espada de su vaina sobre toda carne desde el mediodía hasta el Aquilón, y conocerá toda carne que yo el Señor saqué mi espada de su vaina: no se volverá más.

Porque arriba había dicho: Ellos dicen de mí, ¿acaso no por parábolas habla este? y el pueblo flagitaba una sentencia abierta: por tanto aquello que el Señor por metáfora o parábola, y como

otros vertieron, proverbio, habló, ahora más manifiestamente habla, que los bosques de Nageb y Darom y Temán son Jerusalén, y el templo de ella, el santo de los santos, y toda la tierra de Judea; y que la llama que ha de comburir el bosque, se entienda la espada devoradora, que ha sido sacada de su vaina, para que mate al justo y al impío. Pues este es el madero frondoso (verde) y el madero árido. De donde también el Señor: Si en el madero, dice, frondoso tantas cosas hacen: ¿en el seco qué harán (Luc. XXIII, 31)? Por lo cual, no sé qué queriendo, los LXX "iniquo e injusto" interpretaron: como si no lo mismo ambos significasen. Y lo que allí había dicho: Y verá toda carne, porque yo el Señor la encendí, esto es, a la selva, o a la llama, ni se extinguirá, de aquí con otras palabras habla: Para que sepa toda carne, que yo el Señor saqué mi espada de su vaina irrevocable. Verdaderamente pues contra Jerusalén no ha sido la llama calmada, ni extinguido el incendio, ni revocada la espada, porque un módico tiempo en medio, y Jerusalén con su templo, por el fuego babilonio fue encendida.

(Vers. 6, 7.) Y tú, hijo de hombre, gime en la contrición de los lomos, y en amarguras gime delante de ellos. Y cuando te dijeren: ¿Por qué gimes tú? dirás: Por el oído (noticia), porque viene, y se tabescerá (consumirá) todo corazón, y se disolverán todas las manos, e infirmará todo espíritu, y por todas las rodillas fluirán aguas. He aquí que viene y se hará, dice el Señor [Vulg. añade Dios]. LXX: «Y tú, hijo de hombre, gime en la contrición de tus lomos, y en dolores gime en el conspecto

de ellos. Y será si te dijeren: ¿Por qué gimes tú? y dirás: Por el nuncio, porque viene, y será comprendido por pavor todo corazón, y se disolverán todas las manos, y se exanimará toda carne y todo espíritu, y todos los muslos se polluirán con humor. He aquí que viene y será, dice el Señor Dios».

Primero había dicho: «vaticina», o «destila hacia el Austro, el Áfrico y el Mediodía, y hacia el bosque meridional». Lo cual, porque parecía oscuro y el pueblo no sabía lo dicho por el profeta, segundo se pone más manifiestamente: que el bosque meridional es Jerusalén, y todos los árboles infructuosos a cuyas raíces está puesta la segur (Mt 3, 10; Lc 3, 9), se entienden sus habitantes; y que la espada se interpreta por el incendio. Tercero se manda al profeta que, callando ellos y no preguntando por qué vaticinó estas cosas, haga aquellas por las que sea preguntado, y responda lo que el Señor habló. Gime, 245 dice, aúlla, no con leve voz, ni con dolor moderado, sino en la contrición de los lomos, para que tu gemido sea proferido desde las ínfimas vísceras y la amargura del ánimo. Y esto harás delante de ellos: para que cuando te preguntaren por qué con tanto gemido te contristas, y qué mal te ha sucedido para que así gimas, tú les respondas con mi palabra: Por esto lloro, y el dolor de mi corazón no puedo disimular, porque el oído (noticia) que siempre en mis orejas había insonado, se completa por la obra y viene: a saber, el inminente ejército del babilonio furioso. El cual, cuando viniere y vallare a Jerusalén, entonces se

tabescerá todo corazón y se disolverán todas las manos: para que, ocupando el pavor las mentes de los hombres, ninguno ose pugnar. Pues se infirmará el espíritu de todos los guerreros, y tanta trepidación y formido ocupará a todos, que, compeliendo el temor, los miembros y las vísceras se disuelvan, y la vejiga no pueda tener el humor: de modo que con la orina se polluirán las rodillas. Es natural, pues, que compeliendo el temor, la vejiga se laxe, y contra la voluntad del hombre el humor defluya. Lo cual ciertamente también en la magnitud de las enfermedades suele suceder, que después que las fuerzas de los enfermos fallaren, no solo las rodillas, sino también los lechos se polluirán. He aquí, dice, viene lo que a menudo predije, y se completa por la obra y se hará lo que no yo, sino el Señor habló. Sé que alguien en la contrición de los lomos, y en las aguas que fluyen, replicó muchos testimonios, para que la castidad del profeta se cumpliera, y la amargura del ánimo y el dolor de la mente interno, porque las aguas de las simientes polluirán las rodillas. Pero esta exposición no pertenece al presente lugar.

(Vers. 8 seqq.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, profetiza, y dirás: Esto dice el Señor Dios, habla: La espada, la espada está afilada y pulida, para que degüelle víctimas, está afilada, y para que brille, está pulida: tú que mueves el cetro de mi hijo, has talado todo leño. Y la entregué para ser suavizada, para que sea tenida en la mano: esta espada está afilada, y esta está pulida, para que esté en la mano del que mata. Clama y aúlla, hijo de hombre,

porque esto ha sido hecho en mi pueblo, esto en todos los jefes de Israel. Los que habían huido, a la espada fueron entregados con mi pueblo: por tanto golpea sobre el muslo, porque ha sido probada, y esto cuando el cetro subvierta, y no será, dice el Señor Dios. Tú pues, hijo de hombre, 246 profetiza, y golpea mano con mano, y duplíquese la espada y triplíquese la espada de los muertos. Esta es la espada de la gran matanza, que los hace estupefactos, y desfallecer de corazón, y multiplica las ruinas. En todas las puertas de ellos di la turbación de la espada aguda y pulida para resplandecer: vestidos para la matanza. Afílate, ve a la derecha o a la izquierda, a dondequiera que esté el apetito de tu rostro. Es más, también yo golpearé mano con mano, y llenaré mi indignación, yo el Señor he hablado.

Es mucho si pongo ambas ediciones, y se extiende la longitud de los libros: máxime donde o no hay ninguna o hay una pequeña distancia. Pondré por tanto algunas cosas que discrepan. Por aquello que dijimos: Tú que mueves el cetro de mi hijo, has talado todo leño, ellos tradujeron: Mata, desprecia, repele todo leño. De nuevo, donde dijimos: Los que habían huido, a la espada fueron entregados, tanto ellos como otros tradujeron: Mis huéspedes, o habitantes. Y donde dijimos: Golpea sobre el muslo, ellos pusieron: Golpea con la mano. Y donde tradujimos: Y esto cuando el cetro subvierta, la edición de ellos tiene: La tribu ha sido repelida.

Habla además a la espada de Nabucodonosor, para que venga contra Jerusalén, para que sea

afilada y pulida, pues muchos han de ser degollados; y hace una apóstrofe a ella misma. Tú eres el que mueves y subviertes el cetro de mi hijo, a saber, el imperio del pueblo de Israel, y talas todo leño, toda la multitud del pueblo. Entregué, dice, esa espada, para que sea tenida en la mano de Nabucodonosor; y esté en la mano del varón más robusto. Por lo cual, oh profeta, clama y aúlla, y testifica con la lamentación de la voz los males instantes. Esta espada a nadie perdonó, ni dejó a ninguno experto de los males inminentes. Fue hecha en el pueblo, fue hecha en los jefes de Israel, fue hecha en mis huéspedes y sacerdotes, que habitaban en mi templo. Por tanto golpea el muslo, o la mano, y asume el hábito del que se lamenta. Pues esta espada ha sido probada por mí, y esto cuando subvierta mi cetro y mi reino, que no será más, y en el rey Sedecías terminará.

De nuevo te mando, profeta, que tú que habías golpeado el muslo por el estupor y el milagro, golpees también las manos, para que no solo una vez, sino segunda y tercera vez la espada venga para matar. Pues primero había venido Nabucodonosor, cuando se llevó a Jeconías: y segundo, cuando reinaba 247 Joacim: tercero, cuando Sedecías. Y esta es la espada triplicada, cuando se hizo la gran matanza, y de tal manera multiplicó las ruinas, que se estupefactos en el ánimo, y desfallecieran de corazón, y en todas las puertas de ellos diera turbación. Se le manda pues a ella, esto es, a la espada aguda y pulida para resplandecer, vestida y expedita, y preparada para la matanza, que vaya o a la derecha si quisiere, o a la izquierda.

A dondequiera, dice, que pluguiere a tu rostro, entra audazmente, teniéndome a mí como guía, a mí como ayudante. Yo golpearé mano con mano, para que enfureciéndote contra mis adversarios, como favorecedor tuyo y exhortador te instigue. No dudes, no temas, y temas padecer lo que padeció Senaquerib: yo el Señor he hablado, ministro eres de mi voluntad, cumple mi sentencia (IV Rey. XIX).

Podemos según la anagogía, aceptar la espada aguda preparada para la matanza como el diablo, de quien dice el Apóstol: Entregar a uno tal a Satanás para la perdición de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Cor. V, 5). Y en otro lugar: Himeneo y Alejandro: a quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). En los Salmos está escrito: Envió el furor, y la ira, y la angustia, una inmisión por los ángeles pésimos (Sal. LXXVII, 49). Algunos piensan que esta espada estuvo también en la mano del ángel, cuando bajo David era herida Jerusalén (II Rey. XXIV). Otros sin embargo sospechan que se dice también de aquella espada, de la cual en el Evangelio está escrito: No vine a enviar paz sobre la tierra, sino espada (Mat. X, 34); y dividir entre sí todo afecto de consanguinidad, para que los malos caigan, y los santos resuciten. Pero esto es impío creerlo de la espada del Salvador, y no más bien del diablo, que subvierte en la Iglesia los cetros del Señor, que mata a todos en el pueblo, y a los jefes, y a los huéspedes de Dios: y entonces es comprobado por el Señor, cuando subvierta a Judas el traidor y a los semejantes a él (Juan XIII).

Quien después de que comió el bocado, entró en él Satanás. Y se duplica y triplica la espada de los muertos, para que se suelte el pecado de Jerusalén, porque recibió de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. Se goza sin embargo el Señor y exulta, y es exhortador de la espada enfurecida, para que vaya o a la derecha, o a la izquierda, y a dondequiera que la lleve el apetito de su rostro, para que muertos los malos, permanezcan los buenos, y se cumpla aquello que está escrito: ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice el Señor (Jer. XXIII, 32).

(Vers. 18 seqq.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Y tú, hijo de hombre, pon para ti dos vías, para que venga la espada del rey de Babilonia. De una tierra saldrán ambos, y con la mano tomará la conjetura: en el cabezal de la vía de la ciudad conjeturará. Pondrás una vía, para que venga la espada a Rabbath de los hijos de Ammón, y a Judá, y a Jerusalén la más fortificada. Pues se detuvo el rey de Babilonia en la encrucijada, en el cabezal de las dos vías buscando adivinación, mezclando las saetas. Interrogó a los ídolos, consultó las entrañas. A su derecha fue hecha la adivinación sobre Jerusalén, para que ponga arietes, para que abra la boca en la matanza, para que eleve la voz en el aullido, para que ponga arietes contra las puertas, para que comporte un terraplén, para que edifique municiones. Y será como si consultara en vano el oráculo a los ojos de ellos, e imitando el ocio de los sábados, pero él mismo recordará la iniquidad para capturarlos. Por tanto esto dice el Señor

Dios: Por aquello que habéis traído a la memoria vuestras iniquidades, y habéis revelado vuestras prevaricaciones, y aparecieron vuestros pecados en todos vuestros pensamientos; por aquello, digo, que habéis traído a la memoria, con la mano seréis capturados.

Sé que en este lugar según los Setenta intérpretes, he leído la múltiple exposición de cierto alguien, que refiere Rabbath de los hijos de Ammón al pueblo de las naciones: pero a Judá y Jerusalén a aquellos que bajo el nombre de Cristo se congregan, y con los hechos dan dignidad al nombre, y que el rey de la confusión, el diablo, está en todo cabezal de las vías, y acecha en lo oculto; y que se cumple aquel versículo: Junto a la senda pusieron escándalo para mí (Sal. CXXXIX); y que está él en la encrucijada, o deseando retener a los que son suyos, o adquirir para sí un nuevo servicio; y siempre dirigirse a la derecha, a saber, a aquellos que en la parte derecha están puestos, para expugnarlos, para exultar en la matanza, para que con los arietes y la congestión de obras terrenales capture la mísera Jerusalén; y primero ciertamente, para que le parezca a ella no hacer nada, e intentarlo en vano. Pero recordando él las iniquidades de aquellos que moran en la Iglesia, o más bien con las malas obras reducen a las potencias adversarias a la memoria de los crímenes antiguos, se manifiestan todos los pecados del pueblo y los pensamientos de ellos, y por tanto son capturados, porque a los nuevos acumularon los delitos viejos. Estas cosas dijo otro; por noso-

tros debe ser perseguida la verdad de la historia comenzada.

Cuando, dice, me hubo dicho el sermón divino: Profeta, hijo de hombre, y habla a la espada y di: Espada, espada, y las demás cosas que se contienen en la profecía de la espada; por segunda vez fue hecha a mí la palabra del Señor, diciendo: ¿Quieres, hijo de hombre, saber quién sea esa espada, y aprender más claramente la persona de la espada enfurecida? Escucha lo que digo: pon dos vías, para que por ellas venga la espada del rey de Babilonia, que saldrá ciertamente por un solo camino de los caldeos, pero cuando viniere por el desierto y la soledad a la encrucijada de la tierra de Arabia, que se llama de los hijos de Ammón, de las cuales una vía conduce a Jerusalén a la parte derecha, pero la izquierda a Rabbath de los hijos de Ammón, que es la ciudad metrópolis, y hoy se llama Filadelfia: recordando, dice, la matanza que sucedió al rey asirio cuando ciento ochenta y cinco mil, en una noche fueron muertos, temerá declinar a la parte derecha, e ir contra la muy fortificada Jerusalén; pero se detendrá en la misma encrucijada, y según el rito de su nación consultará el oráculo, para que envíe sus saetas al carcaj, y las mezcle inscritas, o marcadas con los nombres de cada uno, para que vea de quién sale la saeta, y qué ciudad deba atacar primero. A esto los griegos llaman belomantían, o rhabdomantían. Interrogó pues a los ídolos; consultó las entrañas. A la derecha fue hecha la adivinación de él, para que marchara contra Jerusalén, y la expugnara, comportara terraplenes,

pusiera arietes, edificara municiones, y cerrara la ciudad, y en la matanza abriera su boca, y concitara el bramido del ejército exultante y aullante. Esto, dice, haciendo, parecerá a los habitantes de Jerusalén consultar en vano el oráculo; y como si gastara el ocio de los sábados, a saber jugar, y no perpetrar nada de obra. Pero el rey de Babilonia, no en su fortaleza, sino en la iniquidad del pueblo confiará, por la cual sabe que ellos han ofendido a Dios, y los pecados de los padres han acumulado con nuevos delitos, y las prevaricaciones de ellos a todos han sido manifiestas; y por tanto no dudará de la victoria, porque confiará en la iniquidad de Jerusalén. Esto según el hebreo, del cual los Setenta no tanto en el sentido como en las palabras en muchísimas cosas discrepan.

(Vers. 25 seqq.) Y tú, profano, impío jefe de Israel, de quien viene el día en el tiempo de la iniquidad predefinido. Esto dice el Señor Dios: Quita la mitra (cidaris): quita la corona. ¿No es esta la que elevó al humilde, y humilló al sublime? Iniquidad, iniquidad, iniquidad la pondré: y esto no se hará hasta que venga aquel de quien es el juicio, y se lo entregaré.

LXX: Y tú, profano, inicuo jefe de Israel, de quien viene el día, en el tiempo de la iniquidad del fin. Esto dice el Señor Dios: Quitaste la mitra, y pusiste la corona. Esta no será semejante. Humillaste lo excelso, y elevaste al humilde. Iniquidad, iniquidad la pondré: ni esta será tal, hasta que venga aquel a quien se le debe: y se lo daré.

Símaco interpretó este lugar así: Y tú, profano, inicuo jefe de Israel, de quien viene el día en el

tiempo de la iniquidad constituido: Esto dice el Señor Dios: Quitó la mitra, y tomó la corona: ni esto ni aquello: al humilde elevará, y al sublime humillará. Iniquidad, iniquidad, iniquidad lo haré. Y esto no fue aquel, cuyo es el juicio, a quien he de dar.

Después de la subversión de la ciudad de Jerusalén y la cautividad del pueblo, el sermón se dirige al jefe de Israel, a quien nadie duda que se significa Sedecías, en quien el imperio de los reyes de Israel de la estirpe de David terminó. Viene, dice, para ti el día, que por largo tiempo ha sido predefinido en ti, y por causa de ti el sacerdocio y el reino pereció para el pueblo de los judíos. Pues la mitra (cidaris) es la insignia del pontífice: la corona, esto es, la diadema, el indicio del rey. ¿No es esta la mitra, y esta la corona que nada hizo con juicio; sino a imitación del rey babilonio, a quienes quería exaltaba, y a quienes quería humillaba? Por tanto no una vez, ni según los Setenta dos veces, sino tercera vez pondré iniquidad para ti para siempre, la cual no inmediatamente se te imputó, sino hasta que venga Cristo, cuyo es el juicio, y le entregue el Padre el reino y el sacerdocio, o la Iglesia congregada de las naciones: Pues el Padre no juzga a nadie; sino que todo el juicio dio al Hijo (Juan V, 22). Y en otro lugar: Dios, dice, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. LXXI, 1). Este es aquel para quien está reservado el imperio, y el sacerdocio sempiterno, de quien hablaba también Jacob: No faltará el príncipe de Judá, ni el jefe de sus muslos, hasta que venga

aquel para quien está reservado: y él mismo será la expectación de las naciones (Gén. XLIX, 10).

En aquel lugar donde nosotros interpretamos: ¿No es esta?, bellamente tradujo Símaco, ni esto, ni aquello. Porque puesto que había dicho: Quita la mitra, toma la corona, subyugó, ni esto ni aquello, esto es, cesará el reino, y el sacerdocio. Por lo cual los que después hasta el advenimiento de Cristo fueron reyes a la par que sacerdotes, de los cuales uno, Hircano el pontífice, impuso la diadema a su cabeza, en vano quiso vindicar para sí y esto y aquello, cuando el reino no se le debía después de Sedecías, sino a aquel para quien estaba reservado, y que fue la expectación de las naciones, de quienes habla también Malaquías: Vosotros, sacerdotes, que contamináis mi nombre (Mal. I, 6). Y después de un poco: No es mi voluntad en vosotros, y víctimas no recibiré de vuestras manos. Pues desde el oriente del sol hasta el occidente, grande es mi nombre en las naciones: y en todo lugar se sacrifica y se ofrece a mi nombre oblación limpia. Cuya oblación limpia, sin la sangre de machos cabríos, arietes, y toros (Sal. XLIX), se cumple en el advenimiento de Cristo, cuando vino el deseado de las naciones, y nació el sol de justicia, en cuyas alas está la sanidad (Ag. II).

(Vers. 28 seqq.) Y tú, hijo de hombre, profetiza, y di: Esto dice el Señor Dios a los hijos de Ammón, y a su oprobio. Y dirás: Espada, espada, desenváinate para matar: púlete para que degüelles y resplandezcas. Cuando se te veían cosas vanas, y se te adivinaban mentiras, para que fueras dada

sobre los cuellos de los heridos impíos, cuyo día viene en el tiempo de la iniquidad predefinido. Vuelve a tu vaina, al lugar en el que fuiste creada: en la tierra de tu nacimiento te juzgaré. Y derramaré sobre ti mi indignación, en el fuego de mi furor soplaré sobre ti: y te daré en manos de hombres estúpidos, y fabricantes de corrupción (Vulg. perdición). Serás alimento del fuego; tu sangre estará en medio de la tierra: serás entregada al olvido, porque yo el Señor he hablado.

Que la espada del rey de Babilonia había estado en el cabezal de las dos vías, en la encrucijada de la derecha y de la izquierda, de las cuales una conducía a Jerusalén; la otra a Rabbath de los hijos de Ammón, y que había salido la suerte, para que marchara primero contra Jerusalén, arriba lo leímos. La cual expugnada y capturada, prenuncia que también su reino y su sacerdocio han perecido para siempre. Restaba para los hijos de Ammón, y el orden mismo de la división pedía, qué se hubiera hecho de la vía izquierda.

Por lo cual se le manda al profeta, que hable a los hijos de Ammón, y a su oprobio, de que ellos también han de ser capturados, y dirige el sermón a la misma espada: Oh espada, espada, que estás preparada para la matanza, que estás pulida, para que resplandezcas y degüelles: aunque te hayan respondido los ídolos, y sea vano todo lo que por los demonios es respondido, para que a saber de los heridos los cuellos amenazaras, y por ti se cumpliera lo que por mucho tiempo el Señor había conminado; sin embargo, cumplida tu obra, que hiciste contra los hijos de Ammón,

vuelve a tu vaina, esto es, a Babilonia, al lugar en el que fuiste hecha y creada: para que en la tierra de tu nacimiento te juzgue, y derrame sobre ti mi indignación, y por la virtud de los medos y de los persas seas capturada.

Lo cual más plenamente en el volumen de Isaías se dice, en la visión contra Babilonia: He aquí yo suscitaré sobre ellos a los medos. Y después de un poco: Y será aquella Babilonia gloriosa en los reinos, ínclita en la soberbia de los caldeos, como subvirtió Dios a Sodoma y Gomorra: no será habitada hasta el fin (Isa. XIII, 17 y ss.). Y porque una vez bajo la persona de la espada hablaba del rey, o más bien del reino de Babilonia, conserva la metáfora. En el fuego, dice, de mi furor soplaré en ti; para hacerte ser consumida por el fuego, y te entregaré en manos de hombres estúpidos e imperitos, que no tienen arte de forjar espadas y de afilar; para que de ningún modo más seas afilada, pulida, y resplandezcas para matar; sino que seas alimento del fuego, y tu sangre, que derramaste ante la vista de todos, en ti más bien redunde; y seas entregada al olvido eterno, y perezcas para siempre, porque yo el Señor he hablado, de quien el haber dicho, es haber hecho.

(Cap. XXII.---Vers. 1 ss.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: ¿Y tú, hijo de hombre, no juzgas a la ciudad de las sangres, y le muestras todas sus abominaciones? Y dirás: Esto dice el Señor Dios: Ciudad que derrama sangre en medio de sí, para que venga su tiempo, y que hizo ídolos contra sí misma, para ser contaminada. En tu sangre que por ti ha sido derramada, delinquiste, y en tus

ídolos que hiciste, contaminada estás, e hiciste acercar tus días, y trajiste el tiempo de tus años: por tanto te di como oprobio a las naciones, e irrisión a todas las tierras. Las que están cerca, y las que están lejos de ti, triunfarán de ti (o se burlarán de ti), noble en suciedad, grande en perdición. He aquí los príncipes de Israel, cada uno en su propio brazo fueron en ti para derramar sangre. Al padre y a la madre con contumelias afectaron en ti (o al padre y a la madre maldijeron). Al advenedizo calumniaron en medio de ti. Al pupilo y a la viuda contristaron (o oprimieron) ante ti: mis santuarios despreciasteis, mis sábados contaminasteis. Varones detractores (o ladrones) fueron en ti para derramar sangre, y sobre los montes comieron en ti. Maldad (o como más significativamente se dice en hebreo ZEMMA, esto es, incesto) operaron en medio de ti. Las vergüenzas del padre descubrieron en ti, y la inmundicia de la menstruada humillaron en ti, y cada uno en la mujer de su prójimo operó abominación, y el suegro a su nuera contaminó nefariamente. El hermano a su hermana, hija de su padre, oprimió (o humilló) en ti. Dones recibieron ante ti, para derramar sangre. Usura y sobreabundancia recibiste, y avaramente a tus prójimos calumniaste (o y completaré la consumación de tu malicia en tu opresión); y de mí te olvidaste, dice el Señor Dios. He aquí, golpeé mis manos una contra otra sobre tu avaricia que hiciste, y sobre la sangre que ha sido derramada en medio de ti. ¿Acaso sostendrá tu corazón, o prevalecerán tus manos en los días que yo haré para ti? Yo el Señor he hablado, y haré.

Y te dispersaré en las naciones, y te ventilaré en las tierras, y haré desfallecer tu inmundicia de ti, y te poseeré ante la vista de las naciones (o según la primera edición de Aquila, y Teodoción: Y te contaminaré: o según Símaco: Y te vulneraré ante la vista de las naciones): y sabrás que yo soy el Señor.

Y tú, dice, hijo de hombre (usaré pues del vocablo acostumbrado para contigo), juzga a la ciudad de las sangres, y muéstrale todas sus abominaciones, para que sepa que justamente sostiene la inminente cautividad, y en muchas sangres ha traído el tiempo de su ruina. El primero de todos los crímenes: en lugar de Dios veneraste a los ídolos; y adoraste las obras de tus manos, e hiciste acercar el tiempo de tus años, que por mucho tiempo se decía, y se difería, para que hicieras penitencia. Tú sin embargo, según tu corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira (Rom. II). Por tanto te di como oprobio a las naciones, e ilusión a todas las tierras, que están en tu circuito, tanto cerca como lejos: las cuales triunfarán de ti, o se burlarán de ti. Noble en suciedad, grande en perdición. Noble en suciedad, porque dejaste de ser limpia. Noble en lo malo, la que antaño en lo bueno a todas las ciudades en nobleza superabas. Grande en perdición: para que cuanto más sublime eras, tanto más fuertemente cayeras.

Y entre tanto, para que pase por alto lo demás, numeraré unas pocas cosas que hubo en ti. Tus príncipes no juzgando con justicia, sino con la fortaleza del vigor y del brazo, derramaron en ti

sangre inocente. Otros al padre y a la madre con contumelias afectaron, o maldijeron a los progenitores, diciendo la Escritura: El que maldijere al padre y a la madre, muera de muerte (Éx. XXI, 17). Al advenedizo y peregrino oprimieron en medio de ti: como si no les bastara para toda angustia la peregrinación y el exilio de la patria. Al pupilo y a la viuda contristaron, o oprimieron ante ti: para que aquellos cuyo todo predio está en la justicia de las leyes, no solo fueran contristados, sino oprimidos por ti. Mis santuarios, o cosas santas, despreciasteis, y mis sábados contaminasteis: de modo que no discernierais entre lo santo y lo contaminado, entre el día decretado para la religión, y el ocio del sábado para el culto de Dios, y los demás días, en los cuales operar y servir a las necesidades de la carne está permitido por la ley.

Varones detractores, o según Símaco y Teodoción, dolosos, lo que en hebreo se dice RACHIL, y homicidas eran en ti, para blasfemar de Dios, o hacerlo todo con dolo, o violencia. Y comieron en los montes, sabios en las cosas altas, y elevados contra Dios por la soberbia, maldad, o incesto (ZEMMA), operaron en medio de ti: para que lo que en los rincones también y en secreto raramente se hace, cuando se evitan por las malas conciencias de los hombres, esto tú en público lo hicieras. Qué sea además el incesto, el siguiente sermón lo significa: Las vergüenzas del padre desnudaron en ti, copulados con la madrastra contra lo lícito y permitido, y la inmundicia de la menstruada humillaron en ti, no perdonando a la naturaleza, ni dando treguas a la torpeza, y

relinchando tras la mujer de su prójimo. Y lo que es más criminal que esto, el suegro se abrasó en la nuera, y el hermano no conoció los derechos de la hermana: de modo que no a la uterina, sino a la hermana del mismo padre violara. Recibieron dones; para derramar sangre inocente. La necesidad de los pobres convirtieron en lucro, para recibir usura, y sobreabundancia; y por causa de la avaricia a los amigos calumniaron. Esto sin embargo, dice, oh Jerusalén, hiciste, porque de mí te olvidaste. Pues la memoria de Dios excluye todos los flagelos.

Por lo cual asumí el hábito del Señor airado, y golpeé mis manos una contra otra contra tu avaricia, y contra la sangre que ha sido derramada en medio de ti; para que entiendas, y en la mente conozcas, si acaso puedes sostener mi ira o con el ánimo, o con las manos. Yo pues el Señor he hablado, y yo haré: y después de que hayas sido capturada, Jerusalén, te dispersaré en las naciones, y te ventilaré al aire, como inútiles pajas que han de ser arrebatadas aquí y allá: y de tanta clemencia soy, que mi sevicia se convierta en misericordia. Pues todo lo haré, para que desfallezca tu inmundicia de ti, y recibas la antigua pureza. La cual cuando recibas, te poseeré ante la vista de todas las naciones: para que cuando por mí seas poseída, entonces entiendas que yo mismo soy el Señor. Pero si seguimos la interpretación de Símaco y Teodoción, de los cuales uno dice: Y te vulneraré, o traspasaré: el otro: Te contaminaré ante la vista de las naciones, a la parte mala todas las cosas han de ser referidas: aunque aquello sea

contrario a este sentido, lo que arriba se dice: Y haré desfallecer tu inmundicia de ti. Pues la deficiencia de la inmundicia, es la restitución de la pureza. Ambas ediciones por igual he disertado, para declinar la magnitud de los libros.

(Vers. 17 seqq.) Y fue hecha palabra del Señor a mí diciendo: Hijo de hombre, se me ha vuelto la casa de Israel en escoria. Todos estos, bronce, y estaño, y hierro, y plomo en medio del horno: en escoria de plata se han convertido. Por tanto esto dice el Señor Dios: Por cuanto os habéis vuelto todos en escoria: por tanto he aquí yo os congregaré en medio de Jerusalén con una congregación de plata, y de bronce, y de hierro, y de estaño, y de plomo en medio del horno, para encender en él el fuego para fundir. Así congregaré en mi furor, y en mi ira, y descansaré, y os fundiré, y os encenderé en el fuego de mi furor, y seréis fundidos en medio de él como se funde la plata en medio del horno: así estaréis en medio de él, y sabréis que 256 yo el Señor (Vulg. añade cuando) habré derramado mi indignación sobre vosotros.

La palabra hebrea SIG, Símaco la interpretó como escoria, la primera edición de Aquila como stémphylon y gígarton, lo cual ambos significan el hueso del hollejo de la uva. Pero la segunda traducción de él, y los Setenta, la vertieron como mezcla. Además escoria suena a las suciedades y purgas de los metales; de modo que consecuentemente, con la cautividad cercana, o más bien con la ya inminente destrucción de la ciudad, se aplique el fuego: para que bajo la traducción de la fundición, permanezca la plata pura, que con el

bronce, el estaño, el hierro, y el plomo había sido mezclada y violada: de los cuales tres, el bronce, el estaño, y el plomo, son de materia fusible, y se disuelven por el fuego. El hierro sin embargo entre el yunque y el martillo se ablanda y se adelgaza, y recibe diversas formas, según fuere la voluntad del artífice. Así pues como la plata que los sobredichos metales violaron, es enviada al horno, para que quitadas las suciedades, y las materias adulterinas, permanezca pura: así, dice, os congregaré en medio de Jerusalén, y os rodearé con el asedio babilonio, para encender en vosotros el fuego para fundir. Y lo que allí hace el ardor inmenso de las llamas, aquí el hambre y la pestilencia harán: para que después de que os haya congregado, y encendido en el fuego del furor, entonces descanse, y el dolor del desprecio compense con la venganza de vuestras penas. Y todo esto haré, para que después de que haya derramado mi indignación sobre vosotros, el fin de vuestro tormento sea la noticia de mí: y sepáis que yo soy el Señor juez de todos y retribuidor. Que además se diga que es fundidor, tanto en muchos otros lugares, como máxime en Malaquías e Isaías leemos, de los cuales uno dice: He aquí, el Señor sale como fuego de fundición y como hierba de lavanderos, y se sentará fundiendo como si fuera oro y plata, y fundirá a los hijos de Leví (Mal. III, 1, 3). El otro: Y lavará el Señor las suciedades de los hijos y de las hijas de Sión, y la sangre limpiará de en medio de ellos, con espíritu de juicio, y con espíritu de combustión (Is. IV, 4). Y pienso que suena aquello que en los Salmos se

dice: Pruébame, Señor, y tiéntame (Sal. XXV, 2). Después de lo cual se infiere: Quema mis riñones y mi corazón: para que toda la pituita del humor nocivo de los lomos en mí [seque] sus crímenes, y el velo que ha sido puesto 257 se seque.

Lo que entendimos de Jerusalén, entendámoslo del estado de las almas, que puras por Dios fueron creadas: y recibieron oro en el sentido y la sabiduría, y plata en el sermón y la elocuencia, para que lo que en la mente concibieran, con palabras lo explicaran. De la plata leemos: Las palabras del Señor, palabras castas: plata examinada por el fuego, probada para la tierra, purificada siete veces (Sal. XI, 5). Del oro similarmente y de la plata, el salmo sexagésimo séptimo contiene, en el cual está escrito: Si durmieseis entre medio de los lotes, las alas de la paloma plateadas, y las partes posteriores o interiores de su dorso en el verdor, o la palidez del oro (Sal. LXVII, 14). Pues toda la gloria de la hija del rey es por dentro (Sal. XLIV, 14), la cual habla en el Cantar de los Cantares: Me introdujo el rey en su alcoba (Cant. I, 3). Quien entre los dos Testamentos hubiere dormido y descansado, inmediatamente asume las alas de la paloma plateadas, e irradiará con el fulgor del oro en el tesoro del corazón. A este sentido pienso que también han de ser referidas aquellas cosas, de que para los pecadores y los que merecieron la ofensa de Dios, el cielo sea de bronce, la tierra sea de hierro, y máxime la tierra de Egipto, de la cual saca el Señor a Israel, como de un horno de hierro. En Zacarías también la iniquidad se sienta sobre un talento de plomo (Zac. V). Y

en el cántico del Éxodo se dice: Se sumergieron como plomo en el agua violentísima (Éx. XV, 10). Pues por el grave peso de los pecados eran oprimidos, y podían decir: Como carga pesada se han agravado sobre mí (Sal. XXXVII, 6). De qué modo además la adulterina similitud del bronce miente la especie del oro, así el estaño simula la blancura de la plata, la cual el hombre simple y rústico no fácilmente distingue. Y a menudo sucede, que el oro y la plata con la perversidad herética mezclados, por el fuego del Espíritu Santo y por el juicio del Señor se separen, y permanezca el oro puro y la plata, de la cual dice el profeta: Les di plata y oro; ellos sin embargo hicieron de ellos a Baal (Os. II, 8). A lo cual es similar: Los sacó en plata y oro, y no había en sus tribus enfermo (Sal. CIV, 37): y sea el fin de todas las penas, conocer que él mismo es el Señor. La piedra de estaño, o masa de estaño, también en Zacarías leemos (Zac. IV): la cual qué signifique, en su lugar lo hemos interpretado.

(Vers. 23 ss.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, dile a ella: Tú eres tierra inmunda, y no llovida en el día del furor. Conjuración de profetas en medio de ella, como león rugiente y que arrebata la presa: las almas devoraron, riquezas y precio recibieron, las viudas de ella multiplicaron en medio de ella. Sus sacerdotes despreciaron mi ley, y contaminaron mis santuarios. Entre lo santo y lo profano no tuvieron distancia, y entre lo contaminado y lo limpio no entendieron, y de mis sábados apartaron sus ojos, y yo era profanado en medio de ellos. Sus príncipes en medio de ella como lobos que

arrebatan la presa para derramar sangre, y perder las almas, y avaramente para seguir los lucros. Sus profetas sin embargo los untaban sin templanza (absque temperamento), viendo cosas vanas, y adivinándoles mentira, diciendo: Esto dice el Señor Dios, cuando el Señor no ha hablado. Al pueblo de la tierra calumniaban con calumnia (Vulg. del pueblo, y la calumnia), y arrebataban violentamente: al necesitado y al pobre afligían, y al advenedizo oprimían con calumnia sin juicio. Y busqué de ellos un varón, que interpusiera una cerca (maceriam), y estuviera opuesto contra mí por la tierra, para que no la disipara, y no lo hallé. Y derramaré sobre ellos mi indignación, en el fuego de mi ira los consumí. La vía de ellos en la cabeza de ellos devolví, dice el Señor Dios.

Podía el diligente auditor inquirir, qué fuera la escoria que violó la pureza de la plata, y con bronce, plomo, estaño, y hierro mezcló. Lo que allí pues bajo la persona de la ciudad, y del horno fue expresado, también a esta bajo la especie de la tierra, que no ha sido regada, ni lluvia recibió, se predica. Aquellas lluvias debemos entender, de las cuales está escrito: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella aguacero (Is. V, 6): el cual esperamos, cuando se nos da la lluvia temprana y tardía, de la cual está escrito: Lluvia voluntaria segregarás, Dios, para tu heredad (Sal. LXVII, 10). El día del furor es, el que para sí cada uno se concilia por la multitud de los pecados. Deseamos saber qué es la escoria de la ciudad, qué el escuálido de la tierra durísima y llena de zarzas y espinas. Conjuración, dice, de los Profetas, o según los

LXX, de los jefes en medio de ella teniendo la similitud del león, de quien escribe también Pedro: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente circunda (I Pe. V, 8). El cual león y todos sus socios no buscan devorar los cuerpos, sino las almas, y reciben mercedes, y con dinero todas las cosas dijudican. Que esto en aquel tiempo ciertamente sucedió al pueblo de los judíos, a nadie es duda. Pues por causa de los sacerdotes y príncipes y profetas trajo el Señor sobre ellos el mal. Pero en nuestra Jerusalén esto a menudo contemplamos: los que según los Setenta devoran las almas en la potencia, y reciben precio, para hacer muchas viudas, que perdieron al esposo el Señor. De estos profetas es la facción, y la conjuración, para que mutuamente sean sus propios favorecedores, y todas las cosas por gracia de torpe lucro hagan. Los sacerdotes que prelados del templo debieran ser, y de cuya boca la noticia de la Ley se inquiere, violan los santuarios, y ninguna entre lo santo y lo profano, sino la del dinero tienen distancia. Apartan los ojos de los sábados, y el descanso de Dios que en la noticia de las Escrituras está, no recogen; ni dicen con el profeta: Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley (Sal. CXVIII, 18). Ni aquello del Apóstol: Nosotros sin embargo todos con la faz revelada la gloria del Señor contemplamos (II Co. III, 18). Entre tales profetas y sacerdotes el Señor medio es inquinado, de quien está escrito: En medio de vosotros está a quien vosotros ignoráis (Jn. I, 26). Los profetas pues, o jefes, a los leones se comparan. Los príncipes sin embargo que a los hombres de inferior grado

entendemos, imitan la rapiña de los lobos, para derramar sangre no de los cuerpos, sino de las almas, y avaramente siguen los lucros, de ningún modo contentos con aquello: Los que sirven al altar, vivan del altar (I Co. IX, 13): sino que después de que al ministerio de Dios accedieron, las riquezas de Creso congregan. Los profetas también aquellos que las cosas futuras prenuncian, los untaban sin templanza (absque temperamento), de lo cual también arriba dijimos, de los profetas vaticinantes, que sin la mezcla de pajas untaron la pared, que por los aguaceros se disipa. Los de tal clase ven cosas vanas, y no tanto profetizan, cuanto adivinan mentira, diciendo a la tierra miserable: Esto dice el Señor, el Señor esto promete: cuando el Señor no ha hablado a ellos. El pueblo de la tierra sin embargo de ningún modo de Dios, sino de las obras terrenales, de los príncipes y sacerdotes emulador existiendo, por la calumnia y la potencia todas las cosas hacía: no a los ricos, sino a los pobres oprimiendo, de los cuales está escrito: El pobre sin embargo no sostiene la conminación. Y: La redención del alma de un varón son sus propias riquezas (Prov. XIII, 8). Al advenedizo también y al peregrino, que aún no ciudadano de la Iglesia había sido hecho, sino solo auditor, y teniendo los inicios de la fe, oprimían con calumnia: para que después de que circundaran el mar y la árida, hicieran un prosélito, y lo hicieran hijo de la gehenna. Entre tantos vicios sin embargo y multitud de crímenes, busqué de ellos un varón que a mi ira pudiera resistir, e instar de Moisés, y de Aarón, y de Samuel, a mi

fuego e incendio se opusiera; y no lo pude hallar. Por lo cual hablaba a Moses: Déjame, y borraré a este pueblo (Éx. XXXII, 10). Y porque a uno que me resistiera, y me retuviera, no pude hallar: por tanto toda sobre ellos derramé mi indignación, y los consumí, no sin medida y juicio, sino para devolver sus vías en las cabezas de ellos, o los propios pecados que habían hecho, a los autores atribuyendo, o ciertamente en las cabezas del pueblo del jefe, del príncipe, y de los profetas, de los cuales ninguno hubo que a Dios airado osara resistir, y por cuya causa la tierra escuálida y desierta la lluvia del Señor recibir no mereció.

(Cap. XXIII.---Vers. 1 ss.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, dos mujeres hijas de una madre fueron, y fornicaron en Egipto, en su adolescencia fornicaron. Allí fueron subyugados sus pechos, y fueron rotas las mamas de su pubertad (o, como se contiene en los LXX, Allí cayeron sus pechos, y allí fueron desvirgadas). Los nombres de ellas, Oolla la mayor (o senior), y Ooliba su hermana. Y las tuve (o fueron hechas para mí), y parieron hijos e hijas. Y los nombres de ellas, Samaria Oolla, y Jerusalén Ooliba. Fornicó pues Oolla sobre mí, e insaneó (o se fue) tras sus amantes los asirios, que se aproximaban [Vulg. aproximantes] a ella, vestidos de jacintinos [Vulg. jacinto], príncipes y magistrados, jóvenes de deseo (o electos) todos jinetes ascendores de caballos. Y dio sus fornicaciones sobre ellos todos los electos hijos de los asirios, y en todos sobre los cuales insaneó en las inmundicias (o adinvenciones) de ellos fue contaminada.

Además y sus fornicaciones que había tenido en Egipto, no dejó. Pues también aquellos habían dormido con ella en su adolescencia, y aquellos habían quebrantado los pechos de su pubertad (o y ellos mismos la habían desvirgado): y derramaron su fornicación sobre ella. Por tanto la entregué en manos de sus amantes, en manos de los hijos de Assur, sobre cuya libido insaneó. Ellos descubrieron la ignominia de ella: a los hijos e hijas de ella se llevaron; y a ella misma mataron con la espada. Y fueron hechas famosas mujeres (o fue hecha en el sermón de las mujeres); y juicios (o venganzas) 261 hicieron en ella.

Las doce tribus de Israel que fueron unidas en Egipto, que después fueran divididas en dos y diez tribus, y llamadas Judá e Israel, la Escritura de los Reyes y de los Paralipómenos lo testifica. De Judá reinó de la estirpe de David, Roboam hijo de Salomón en Jerusalén, donde estaba el templo y los sacerdotes, y gran parte de la tribu de Leví. Sobre las diez tribus sin embargo en Samaria Jeroboam hijo de Nabat de la tribu de Efraín y José; de las cuales Samaria ahora se llama Oolla, lo que en nuestra lengua suena tabernáculo: Jerusalén sin embargo Ooliba, esto es, mi tabernáculo en ella. Puesto que también en las diez tribus había un tabernáculo no de Dios, sino de los ídolos. Pues Jeroboam, para que apartara al pueblo del culto de Dios, becerros de oro había colocado en Dan y Betel.

Digamos pues de cada una. Estas dos mujeres, Samaria y Jerusalén, hijas fueron de una sola madre de la estirpe de Israel generadas, y fornicaron

en Egipto en su adolescencia. Pues no habrían recibido la Ley sacadas de Egipto en el monte Sinaí, prohibiéndoles venerar ídolos, si en Egipto no hubieran venerado los portentos egipcios. Puede sin embargo la madre de ambas ser la hetea, de la cual arriba leímos: Vuestro padre amorreo, y vuestra madre hetea (Supra XVI, 3). Pero también cuando se dice: Cada uno las abominaciones de Egipto quite de sus ojos, esto significa, que en Egipto Israel sirvió a los ídolos, y allí cayeron, o fueron quebrantados los pechos de su virginidad; y mayor Samaria se dice y senior, o por causa de la multitud de las diez tribus, o porque después de la muerte de Moisés de la tribu de Efraín, Jesús hijo de Navé prefirió al pueblo: por lo cual también Jeroboam, que las escindió, de la casa de David haber sido leemos (III Rey. XII). Y las tuvo Dios, o fueron hechas suyas, cuando gimieron de las obras de Egipto, al lodo primero y al ladrillo sirviendo. Las que después le engendraron hijos e hijas, o en la soledad, o en la tierra de la repromisión. Y primero fornicó Oolla, esto es, Samaria, sobre Dios, cuando insaneó en los asirios, que vestidos de jacintinos, y no cualesquiera del pueblo, sino jefes y magistrados, ni consumidos por la edad, sino jóvenes todos, jinetes electos, cuyos ídolos siguió, y de los cuales contra el mandato de Dios pidió auxilio. Los cuales vinieron y la contaminaron, de modo que lo que en la adolescencia había hecho en Egipto, 262 no dejara. Pues también los egipcios habían cohabitado con ella en su adolescencia, cuyos simulacros veneró; y allí desvirgada, y quebrantados fueron los pechos de

ella: y tanta fue la abundancia de la fornicación, que no fornicados con ella, sino su fornicación sobre ella haber derramado se dicen. Por tanto fue entregada a los mismos amantes suyos, Phul y Teglathphalassar, y Salmanasar, en cuya libido insaneó, y ellos descubrieron la ignominia de ella, tropológicamente, como de mujer meretriz (IV Rey. XVII y XVIII, I Paral. V). La revelación de la ciudad sin embargo es la cautividad, que a los hijos e hijas de ellas llevaron cautivos, y a ella misma con la espada trucidaron, de tal manera que en ejemplo de todas las mujeres fuera degollada; y en la parte mala de todas por el sermón sea celebrada. Los cuales juicios y venganzas hicieron en ella, para que nada en ella de salud dejaran; sino que hasta hoy las diez tribus cautivas sean tenidas en los montes y en las ciudades de los medos, a las cuales fueron trasladas. Según la anagogía en el profeta Oseas qué signifique José, Efraín, Samaria, Jezrael, e Israel, y de qué modo contrarias sean a la casa de David, y a Jerusalén, que significa la Iglesia, más plenamente disertamos. De las cuales también el salmo septuagésimo séptimo suena: Los hijos de Efraín intentando y enviando el arco, fueron convertidos hacia atrás en el día de la guerra (Sal. LXXVII, 9). Y de nuevo: Repelió el tabernáculo de José, y eligió la tribu de Judá (Ibíd., 67). Eligió pues Dios la casa de la confesión la Iglesia, y repelió el tabernáculo de José, que se interpreta aumento. Los cuales, pretermitida la Ley de Dios, becerros de oro de su cultura añadieron: y son llamados Oolla, esto es, tabernáculo, no de Dios, sino del error y de los demonios. Y

la hermana mayor y senior, por causa de la multitud y la cautividad por los asirios fornicó contra Dios, porque dejó la verdad de la fe, e insaneó en los príncipes de los heréticos amantes suyos, que vestidos estaban de jacintinos, cosas excelsas y celestiales prometiéndole; y ascendores, de los cuales fue dicho: Estos en carros, y estos en caballos (Sal. XIX, 8), electos hijos de los asirios y jefes y magistrados, que la ciencia para sí y la elocuencia reprometen. Esto sin embargo por eso hizo, que las mismas fornicaciones que había tenido en Egipto, esto es, antes de que creyera, y aún en el siglo versaba, también en la herejía ejercitó. And desvirgada fue por los varones asirios que en la malicia perseveran, 263 o los vengadores. Pues nuestro adversario el diablo, él mismo es el enemigo y el vengador (I Pe. V). Aquellos quebrantaron los pechos de Samaria; y la virginidad de ella que había tenido en la Iglesia, perdieron. Por tanto fue entregada a sus amantes, según el Apóstol que escribe: Los entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). Y: Los entregué a la perdición de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Co. V, 5). Aquellos descubrieron la ignominia de la mísera Samaria, y toda la torpeza de ella mostraron, y a los hijos e hijas, que de ella fueron generados, dotados de ciencia, y a los simples e imperitos llevaron cautivos, y a ella misma mataron con la espada espiritual: y de todo el mundo en la parte mala por el sermón son celebradas, y se hacen famosas entre todos los dogmas del siglo, para que en ejemplo de todas las mujeres la torpeza de ella sea castigada.

(Vers. 11 ss.) Lo cual cuando hubo visto su hermana Ooliba, insaneó con libido más que aquella: y su fornicación sobre la fornicación de su hermana ofreció impudentemente a los hijos de los asirios: a los jefes y magistrados que a ella venían, vestidos de diversas vestes, y a los jinetes que en caballos eran portados, y a los jóvenes de apariencia noble a todos. Y vi que contaminada estaba: y una vía hubo para ambas. Y añadió a sus fornicaciones: y cuando hubo visto varones como pintados en la pared, las imágenes de los caldeos expresadas con colores (o con sinópide), ceñidos con cinturones en sus lomos, y tiaras teñidas en sus cabezas, la apariencia de todos los jefes, la similitud de los hijos de Babilonia, y de la tierra de los caldeos, en la cual habían nacido: insaneó en ellos con la libido de sus ojos, y envió mensajeros a ellos a la Caldea. Y cuando hubieran venido a ella los hijos de Babilonia al lecho de las mamas, la contaminaron con sus fornicaciones, y contaminada fue por ellos, y se hartó [Vulg. se hastió] el alma de ella de ellos. Reveló también sus fornicaciones, y descubrió su ignominia: y se apartó mi alma de ella, como se había apartado mi alma de su hermana. Pues multiplicó sus fornicaciones, recordando los días de su adolescencia, en los cuales fornicó en la tierra de Egipto.

La hermana Ooliba, esto es, Jerusalén, cuando hubo visto lo que Oolla, esto es, Samaria, había padecido, de ningún modo del castigo de la hermana tomó ejemplo, sino con más ardiente libido insaneó, y la fornicación de la hermana excedió, dándose a los asirios, cuya belleza y diversas ves-

tes y multitud de jinetes y apariencia noble de los jóvenes admiraba. Y cuando vio Dios que estaba contaminada, y en una sola vía de la hermana caminaba, no contenta con las viejas fornicaciones, nuevas añadió: de tal manera que amara también a aquellos a quienes no había visto, sino cuyas imágenes expresadas con colores o con sinópide (lo que es un género de color rojo) en la pared había visto. Estos eran los caldeos, cuyas diversas y coloreadas vestes, y los cinturones en los lomos, y las tiaras teñidas en las cabezas, y la apariencia noble de los jefes se maravillaba, y similares a los hijos de Babilonia, en cuya tierra habían nacido, estimaba. E insaneó en ellos con la libido de sus ojos, y envió mensajeros a ellos a la Caldea, esto es, a Babilonia, para que vinieran a ella. Los cuales cuando hubieran venido al lecho de las mamas de ella, y con sus fornicaciones la hubieran contaminado, tanto de ellos se hartó, que se hastió de ellos, y se alienó el alma de ella de ellos. Ella sin embargo descubrió su torpeza, y públicamente fornicaba, y a todos mostraba su ignominia. Por lo cual también el alma del Señor se alienó de ella, como se había alienado de su hermana Samaria. Pues multiplicó sus fornicaciones, y a la antigua costumbre retornó, y recordó los días de su adolescencia, en los cuales en la tierra de Egipto había fornicado.

Y veamos si no en la Iglesia esto sucede, que vencida una herejía y habiendo perecido, otra más insana surja, y de la hermana primera las fornicaciones exceda. Ve también en las paredes, esto es, en las diversas y varias imágenes del siglo

a los caldeos, a quienes entendemos los demonios del mundo, expresados con sinópide, cuyo color de sangre es, y el pecado significa. De lo cual también se dice: Si fueren vuestros pecados como lo escarlata, como la nieve se blanquearán: y si fueren como lo bermejo, como la lana serán (Is. I, 18). Estos ceñidos están con cinturones en los lomos, y tiaras teñidas tienen en las cabezas, por lo cual se muestra la variada superstición de los errores y la soberbia de los demonios. Y se hacen famosos en la tierra de su nacimiento, esto es, en el mundo. Pues el diablo es el príncipe de este mundo. E insaneó en ellos con la libido de sus ojos, y envió mensajeros a la Caldea, a la región de los demonios, para que vinieran a ella. Los cuales después de que hubieran venido al lecho de las mamas de ella, y los pechos de su virginidad hubieran quebrantado, y la hubieran contaminado con sus fornicaciones, tanto de ellos se hartó, que se hastió de ellos, y se alienó el alma de ella de ellos. Pues el alma que de Dios se aliena, ni en los demonios puede tener estable amor. Por lo cual también el alma del Señor se alienó de ella, y el auxilio y la gracia del Espíritu Santo retiró. Pues multiplicó sus fornicaciones, y no tanto la fornicación, cuanto el número de las meretrices deseamos, y a tanta venimos rabia, que después de muchos tiempos de la servidumbre Dominica volvamos a Egipto, y hagamos aquellas cosas, que en el siglo hicimos, antes de que el nombre de la fe recibiéramos.

(Vers. 22 sigs.) Por tanto, Ooliba, esto dice el Señor Dios: He aquí que yo suscitaré a todos tus

amantes contra ti, de los cuales se ha saciado tu alma, y los congregaré contra ti en circuito: a los hijos de Babilonia, y a todos los caldeos, nobles, y tiranos y príncipes, a todos los hijos de los asirios, jóvenes de forma egregia, duques y magistrados, a todos los príncipes de los príncipes, y a los nombrados jinetes de caballos. Y vendrán sobre ti instruidos con carro y rueda, una multitud de pueblos: con loriga y escudo y galea se armarán contra ti por todas partes. Y les daré a ellos el juicio, y te juzgarán con sus juicios, y pondré mi celo en ti, el cual ejercen contigo en furor. Tu nariz y tus orejas cortarán, y lo que quedare, con la espada lo cercenarán. Ellos mismos a tus hijos y a tus hijas tomarán, y tu novísimo será devorado por el fuego, y te denudarán de tus vestiduras, y quitarán los vasos de tu gloria. Y harán reposar tu maldad de ti, y tu fornicación de la tierra de Egipto: ni elevarás tus ojos a ellos, y de Egipto no te acordarás más.

LXX: Por tanto, Ooliba, esto dice el Señor Dios: He aquí que yo suscitaré a tus amantes contra ti, de los cuales se apartó tu alma, y los traeré contra ti por circuito, a los hijos de Babilonia, y a todos los caldeos Phacud y Sue y Cut, y a todos los hijos de los asirios con ellos, jóvenes, electos, duques, y magistrados, a todos los tristatarios, y a los nombrados que cabalgan en caballos. Todos vendrán sobre ti desde el Aquilón, carros y ruedas, 266 con multitud de pueblos, escudos y peltas, y pondrán custodia sobre ti en circuito. Y daré ante la faz de ellos el juicio, y te juzgarán con sus juicios, y daré mi celo en ti, y harán contigo en ira de furor.

Tu nariz y tus orejas quitarán, y a tus restos con la espada derribarán. Ellos mismos a tus hijos y a tus hijas tomarán, y a tus residuos los devorará el fuego, y te denudarán de tu vestimenta, y tomarán los vasos de tu jactancia, y apartarán tus impiedades de ti, y tu fornicación de la tierra de Egipto, y no elevarás tus ojos a ellos, y de Egipto no te acordarás más.

Porque te has acordado de las carnes egipcias, e imitado la torpeza de la gente inmunda, que venera los simulacros de todas las bestias: por tanto traeré contra ti a tus amantes, de cuyo complejo (abrazo) saciada, te apartaste del pacto de ellos: para que cuanto antes había sido el amor, en tanto odio te convirtieras. A los hijos, digo, de Babilonia, y a todos los caldeos, nobles, tiranos y príncipes; por los cuales en el hebreo se tiene, PHACUD y SUE y CUE, que muchas gentes orientales entienden, pues nombres de esta clase ni en el volumen de los Reyes, ni en el Paralipómenos, ni en Jeremías ciertamente, que describen la cautividad de Jerusalén, o en algún lugar de la Sagrada Escritura encontramos. Ni es maravilla si los Setenta mismos pusieron nombres hebreos, pues Símaco también y Teodoción en las mismas palabras consienten. A todos, dice, los asirios, jinetes, y jóvenes, de forma egregia, duques y magistrados, o tristatarios, a quienes nosotros hemos interpretado como príncipes de los príncipes. De los cuales también en el Éxodo leemos (Éx. 15:4). A los electos jinetes, los tristatarios (tristátas), por los cuales la simplicidad latina tradujo "ternos estatores" (triple guardia).

El nombre tristatarios empero es entre los griegos del segundo grado tras la dignidad regia. De los cuales está escrito: "Sin embargo no llegó a los tres primeros, que eran príncipes de los jinetes y peones y de los tributos [Al. tribunos]" (1 Crón. 12, 2 Sam. 23): a quienes nosotros nombramos magistrados de ambas milicias, y prefectos del título annonario. Todos, dice, en carros y en caballos, armados de loriga, galea y escudo, te sitiaron por circuito, y les daré a ellos 267 el juicio, para que por aquellos a quienes habías dejado, y cuyo pacto habías hecho írrito (nulo), seas juzgada: y te juzgarán con sus juicios como a adúltera. Y pondré, dice, mi celo en ti, el cual ejercen contigo en furor. Pues mi celo está entre los enemigos, incluso por la fe no guardada. Tu nariz, dice, y tus orejas cortarán, como de adúltera y sorprendida en estupro: para que deformada dejes de gustar (agradar). Pues como en la faz toda la hermosura de la boca consiste en el decoro de las narices, y en las orejas, de las cuales en las mujeres penden uniones y margaritas (perlas): así la dignidad del rey y de los jueces, que en la boca y orejas se signa, será cortada por la espada de ellos. Ellos mismos a tus hijos y a tus hijas tomarán. Tuyos, dice, y tuyas, no míos y mías, porque de adulterio han sido generados, y lo demás será devorado por el incendio. Y te denudarán, dice, también de tus vestimentas, con las que te había adornado, y de los vasos de tu gloria, que te había concedido para las ceremonias del templo, de oro y plata, de los cuales está escrito: "Yo les di oro y plata, y ellos mismos los hicieron para Baal" (Oseas 2:8). Todo

esto empero haré, para que perdida la hermosura y el rostro venéfico [Al. veneficio/hechizo] afeado, repose alguna vez tu maldad, y la fornicación que aprendiste y ejerciste en Egipto: para que después de que hayas perdido la nariz y las orejas, de ninguna manera oses elevar tus ojos a los caldeos, y mostrar a tus amantes antiguos tu fealdad: ni te acuerdes más de la libido de los egipcios, con la magnitud de cuyas carnes te deleitabas. Todas las cuales cosas se dicen bajo la traslación de adúltera, y afeada por causa del adulterio: para que de ninguna manera se gloríe más en su decoro; sino que se avergüence en la fealdad, que por la magnitud de sus placeres mereció. Todo lo que de Jerusalén se dice tropológicamente, también al alma puede referirse, la cual, unida al complejo (abrazo) de Dios por las virtudes, después adulteró en los vicios, y se apartó de Él, y patentizados todos sus crímenes, fue denudada y afeada y mostrada a todos, para que de su maldad alguna vez desista: ni se gloríe en la dignidad del nombre, sino que por la conciencia del mal y el recuerdo de Egipto, no ose más levantar los ojos al cielo. De donde también la nariz se le corta, y las orejas se le amputan, porque había convertido el olor 268 de la buena fragancia en hedor, y había oído el juicio de la sangre, lo cual no solo del olfato y el oído, sino también de la vista entendemos, de la cual, porque mal habían abusado, Sansón y Sedequías son privados. Sordo también Dios e mudo hizo (Éx. 4:11): para que la lengua de ellos no pase hasta la tierra, y todo tacto será quitado en aquellos que perdieron penitus (totalmente) la vida. Y

estas cosas se harán, para que por el fuego todo se purgue, y perezca la fornicación de Egipto: ni pueda más alzar sus ojos a los males.

(Vers. 28 sigs.) Porque esto dice el Señor Dios: He aquí que yo te entregaré en manos de aquellos a quienes odias: en las manos de los cuales se ha saciado tu alma. Y obrarán contigo con odio, y quitarán todos tus trabajos, y te dejarán desnuda, y llena de ignominia, y será revelada la ignominia de tus fornicaciones. Tu maldad, y tus fornicaciones hicieron esto para ti: porque fornicaste tras las gentes, entre las cuales fuiste polucionada en los ídolos de ellas. En la vía de tu hermana anduviste: y daré el cáliz de ella en tu mano. Esto dice el Señor Dios: El cáliz de tu hermana beberás, profundo y ancho. Serás para escarnio y para mofa, que es capacísima: de embriaguez y dolor serás repleta, y del cáliz de moeror (tristeza) y tristeza, el cáliz de tu hermana Samaria. Y lo beberás, y lo agotarás hasta las heces, y sus fragmentos devorarás, y tus ubres lacerarás (o como los Setenta tradujeron: sus festividades y sus neomenias quitaré); porque yo he hablado, dice el Señor [Vulgata añade Dios]. Por tanto esto dice el Señor Dios: Porque te has olvidado de mí, y me has proyectado tras tu cuerpo: tú también porta tu maldad y tus fornicaciones.

Conviene a Jerusalén tener enemistades contra los asirios y caldeos, y de ninguna manera acordarse de Egipto; sino ser entregada en las manos de ellos para el castigo, quienes la odiaban: a los cuales no es entregada antes, a no ser que saciada haya sido de ellos su alma, para

que después de que se haya arrepentido de los antiguos pecados, entonces sea purgada con suplicios, y pierda todos los trabajos que con arte meretricia conquistó: y vea su desnudez e ignominia; y sepa que todo esto no lo hizo el Señor para ella, sino sus fornicaciones, con las cuales fornicó por las gentes que arriba enumeró, para que de ellas colase los simulacros. En las vías, dice, de tu hermana Samaria anduviste: por tanto debes el cáliz de aquella beber, 269 cuyos pecados has seguido. Del cáliz empero, que a menudo se acepta por las penas y suplicios, hay muchos ejemplos, de los cuales es aquel: "Cáliz en la mano del Señor de vino puro lleno de mezcla, e inclinó de este en aquel: sin embargo su hez no se ha acabado, beberán de él todos los pecadores de la tierra" (Salmo 74:9-10). Y en Isaías Cáliz de ruina, y copa de furor se dice (Isa. 51:17). Y a Jeremías habla Dios: "Recibe el cáliz de vino puro de mi mano, y darás a beber a todas las gentes a las que yo te envíe, y beberán, y vomitarán, e insanecerán" (Jer. 25:15). Como pues se dan ciertas cosas catárticas, para que el humor nocivo que está en los cuerpos se expulse: así también el Señor da el cáliz de tormentos purísimo, para que lo que haya de hiel y amargura, lo quite de los pecadores, y a la antigua sanidad los restituya. Y el cáliz mismo será profundo y ancho. Profundo, por la magnitud de las penas: ancho, por el tiempo de la cautividad. Cuando empero, dice, embriagada fueras y por el dolor comprendida, y bebieras el cáliz hasta las heces, y tanto agotaras, que los fragmentos también del mismo

cáliz devores: entonces te hastiará la fornicación antigua, y lacerarás las ubres que fracturadas habían sido en Egipto, y que por tus amantes fueron subactuadas (apretadas) y colisionadas: o todas las festividades y tus neomenias quitaré, para que en vez de la solemnidad y alegría, eterno llanto tengas y moeror (tristeza). Porque por tanto hiciste esto, y te olvidaste de mí, y me proyectaste tras tu cuerpo, o hacia atrás, por causa de los vicios del cuerpo, o tras los genitales, por los cuales la fealdad de la torpeza se indica: por tanto porta tu maldad e impiedad, a saber los suplicios que por la impiedad y maldades mereciste. Puede esto que se dice: "Y beberás hasta las heces, y sus fragmentos devorarás", significativamente entenderse sobre Jerusalén, que el cáliz de Samaria su hermana bebió la novísima, y como las heces de los tormentos de ella hasta el fondo agotó.

(Vers. 36, 37 sigs.) Y dijo el Señor a mí diciendo: Hijo de hombre, ¿acaso juzgas a Oolla y a Ooliba, y les anuncias sus crímenes (o iniquidades): porque han cometido adulterio, y hay sangre en sus manos, y con sus ídolos (o adinvenciones) han fornicado: además, incluso a sus hijos que me habían engendrado, se los ofrecieron para ser devorados (o los hicieron pasar) por el fuego. Pero también esto me hicieron: contaminaron mi santuario en aquel día, y mis sábados profanaron. Y cuando inmolaban sus hijos a sus ídolos, y entraban en mi santuario en aquel día para contaminarlo, también estas cosas hicieron en medio de mi casa. Enviaron por hombres que venían de

lejos, a los cuales habían enviado un mensajero. Y así, he aquí que vinieron, por los cuales te lavaste (o, cuando hubieron venido, inmediatamente eras lavada): y pintaste (con estibio) tus ojos: y fuiste adornada con el mundo mujeril. Te sentaste en un lecho hermoso, y una mesa fue preparada (u ordenada) ante ti. Mi incienso y mi ungüento pusiste sobre ella, y la voz de una multitud exultante estaba en ella (o y con voz compuesta resonaba); y ciertamente entre los hombres multitudes de hombres eran traídas, y venían del desierto (o ebrios del desierto): pusieron brazaletes en sus manos, y coronas hermosísimas en sus cabezas. Y dije a aquella que estaba gastada en el adulterio: Ahora incluso esta fornicará en su fornicación. Y entraron a ella: como a una mujer meretriz, así entraban a Oolla y a Ooliba, mujeres nefarias (o para que hicieran la iniquidad). Por tanto hay hombres justos: estos las juzgarán con el juicio de las adúlteras, y con el juicio de los que derraman sangre, porque son adúlteras, y la sangre está en sus manos. Porque esto dice el Señor Dios: Conduce a ellas una multitud, y entrégalas al tumulto y a la rapiña, y sean apedreadas con las piedras de los pueblos, y sean atravesadas con sus espadas: a sus hijos y a sus hijas matarán, y sus casas encenderán con fuego, y quitaré la maldad (o impiedad) de la tierra, y aprendan todas las mujeres a no hacer según la maldad (o impiedad) de ellas. Y darán vuestra maldad (o impiedad) sobre vosotras: y los pecados de vuestros ídolos portaréis, y sabréis que yo soy el Señor Dios.

Como a menudo he recordado, las pequeñas cosas en las que la edición de los Setenta discrepa del hebreo, las he acoplado desde el lateral, previendo el fastidio del lector. Era empero consecuente, que quien había descrito por separado los adulterios de Samaria y de Jerusalén, igualmente anunciara sus suplicios. Todas las cosas empero se dicen como a adúlteras, y hecha la recapitulación (anacefalaiosis), brevemente sus crímenes se proponen: para que rectamente según el imperio de la Ley en las adúlteras siga la lapidación del pueblo. Porque por tanto son adúlteras, saca la justa sentencia. Son pues amancebadas con los ídolos, y la sangre está en sus manos, a saber de aquellos que inmolaron a los ídolos: para que los hijos que me habían engendrado, los consagraran a los demonios. Ni esto hicieron fuera y en los montes, y en los bosques, como a menudo solían hacer; sino que al extremo contaminaron mi templo, para que pusieran en él la estatua de Baal. Y mis sábados profanaron: para que ni del lugar, ni del tiempo se custodiara entre ellos la religión. Pero ni con los presentes adulterios solamente estaban contentas, ni les bastó que inmolaran mis hijos a sus ídolos o demonios; sino que también lasciviando con placeres peregrinos, veneraron los simulacros de los asirios y de los caldeos. Los cuales cuando hubieron venido, oh Ooliba Jerusalén, todo el hábito de adúltera cumpliste sobre ellos, para que lavaras el cuerpo, los ojos con estibio liniaras: para que asumieras el culto mujeril, te sentaras en un lecho preparado para la libido, propusieras banquetes, con los

cuales repararas las fuerzas rotas para la libido de tus amantes; mi incienso y ungüento que especialmente había mandado que se hiciera para mí (Éx. 30), y que se exterminara aquella alma del pueblo que en usos privados esto hubiera querido hacer, tú lo ofrecieras a los ídolos; para que congregaras la frecuencia de los pueblos, o cantaras con todo género de músicos: para que no solo por la vista, sino también por el oído y el olfato, y por todos los sentidos placieras a tus amantes, que vinieron a ti ebrios: no mostrando alguna elegancia urbana, sino del desierto y la soledad, prefiriendo el hábito de rústicos y de ladrones. Y en tanta insania de placeres os encendisteis, oh hermanas pésimas, que vuestros brazaletes y pasadores de pelo (discriminalia) pusierais en las manos y en las cabezas de vuestros amantes, o en vosotras mismas, para que llenas de ornato os entorpecierais. Por lo cual dije a ella, o a Jerusalén, o a Samaria, o a ambas: Así desgastasteis la frente, para que de ninguna manera en secreto os polucionéis, o evitéis el aspecto del marido o de los hombres; sino que a semejanza de las meretrices públicamente os prostituyáis, los cuales entraron a vosotras, como a las meretrices, deseando certadamente polucionaros. Os entregaré por tanto para el castigo a estos a los cuales de grado fuisteis entregadas para el afeamiento. Justos pues hombres son, en aquello que a la adúltera y parricida, mandándolo yo, discrucian. Porque esto dice el Señor Dios: Por el monito (advertencia) de tu voz congrega a ellas, oh profeta, la multitud de los pueblos, y primero

sea dirimida toda su sustancia; después sean apedreadas y atravesadas con espadas, y sus hijos y sus hijas sean trucidados, y las casas ardan. Y todas estas cosas se harán, para que se quite de la tierra la impiedad; y aprendan todas las mujeres y todas las provincias puestas lejos, a evitar cosas similares por las penas de ellas: para que después de que recibáis lo que merecéis, y hayáis portado las maldades de vuestros ídolos: entonces conozcáis que yo soy el Señor. Estas cosas empero todas tropológicamente, y bajo el tipo de las adúlteras han sido dichas contra Samaria y Jerusalén, que entregadas a los asirios y a los caldeos, fueron llevadas a la cautividad, y las ciudades de ellas con incendio concremaron: fueron muertos los pueblos, que en vez de Dios los simulacros de los demonios veneraron. Pueden estas cosas también después del advenimiento de Cristo entenderse, que los hombres justos de los pueblos de las naciones ellos mismos juzguen a los samaritanos y a los judíos por la comparación de sí, y los entreguen para el devoramiento, a los cuales el Señor había dicho (Mt. 23, 38): "Se os dejará vuestra casa desierta". Y: "Cuando veáis rodeada por un ejército a Jerusalén, sabed que se acerca la desolación de ella" (Lc. 21, 22). Hasta hoy pues han sido adulteradas, y por las piedras de todo el orbe son oprimidas. Puesto que enviaron nuntios a aquellos que estaban lejos, y decir no podían: "Yo Dios acercándome, y no Dios de lejos, dice el Señor" (Jer. 23, 23): y se prepararon para sus amantes los demonios: y todo el culto y el ornato que de Dios habían recibido por el bien natural,

lo convirtieron en el culto de los demonios, y sus obras y decoro, que en los brazaletes y en la diadema entendemos, a los amantes adúlteros los prestaron, cuyo castigo es un temor para las gentes, más bien para estos que de las gentes creyeron, para que no padezcan cosas similares, si hicieran aquellas cosas que hizo Samaria y Jerusalén. De los cuales entonces se quitarán las impiedades, cuando recibieren sus maldades, y el velo que ha sido puesto ante el rostro de Moisés (Éx. 34), quitaren de sus ojos, para que conozcan que él mismo es el Señor Jesucristo, a quien como Hijo de Dios negaron (2 Cor. 3).

(Cap XXIV Vers 1 sigs). Y fue hecha palabra del Señor a mí en el año noveno, en el mes décimo, a los diez del mes, diciendo: Hijo de hombre, escribe para ti el nombre de este día en el cual ha sido confirmado el rey de Babilonia contra Jerusalén hoy mismo. Y dirás por proverbio a la casa irritadora una parábola, y les hablarás: Esto dice el Señor Dios: Pon la olla, ponla, digo, y echa en ella agua. Congrega sus piezas en ella, toda parte buena, el fémur y el brazo, elegidas y llenas de huesos. Toma el ganado más pingüe: compón también montones de huesos debajo de ella: hirvió su cocción, y se han cocido sus huesos en medio de ella. Por tanto esto dice el Señor Dios: ¡Ay de la ciudad de las sangres, de la olla cuya herrumbre está en ella, y su herrumbre no ha salido de ella: por partes, y por sus partes échala fuera: no cayó sobre ella la suerte. Pues su sangre está en medio de ella, sobre la limpísima piedra la derramó, no la derramó sobre la tierra, para que

pudiera ser cubierta con polvo. Para que sobretrajera mi indignación, y con venganza me vengara: he dado su sangre sobre la piedra limpísima, para que no fuera cubierta. Por estas cosas esto dice el Señor Dios: ¡Ay de la ciudad de las sangres, de la cual yo haré una gran pira. Congrega los huesos que encenderé con fuego, se consumirán las carnes, y se cocerá toda la composición, y los huesos se consumirán. Ponla también vacía sobre las brasas, para que se caliente y se licúe su bronce, y se funda en su medio su inquinamiento, y se consuma su herrumbre. Con mucho trabajo se ha sudado; y no ha salido de ella su excesiva herrumbre, ni siquiera por el fuego. Tu inmundicia es execrable, porque quise limpiarte, y no has sido limpiada de tus suciedades; pero tampoco serás limpiada antes, hasta que haga descansar mi indignación en ti. Yo el Señor he hablado: vino, y lo haré: no pasaré de largo, ni perdonaré, ni seré aplacado. Según tus vías y según tus adinvenciones te he juzgado, dice el Señor.

LXX: Y fue hecho el sermón del Señor a mí en el año noveno, en el mes décimo, a los diez del mes, diciendo: Hijo de hombre, escribe para ti el día desde este día, en que fue obfirmado el rey de Babilonia sobre Jerusalén desde el día de hoy, y di a la casa exasperante una parábola, y les dirás: Esto dice el Señor Dios: 274 Pon el lebete e infunde sobre él agua, y echa en él las divisiones: toda incisión buena, la pierna y el hombro, con las carnes separadas de los huesos tomadas de ganados elegidos, e incendia los huesos debajo de ellos: hirvió, y están cocidos sus huesos en

medio de aquel. Por tanto esto dice Adonai el Señor: Oh ciudad de las sangres, lebete en el cual está la herrumbre en él, y la herrumbre no ha salido de él: por sus partes lo sacó: no cayó sobre ella la suerte, porque su sangre está en medio de aquel. Sobre la levísima piedra lo puse: no lo derramó sobre la tierra, para que fuera cubierto por la tierra. Para que ascendiera el furor en la venganza de la retribución: he dado su sangre sobre la piedra limpísima, para que no fuera cubierta. Por tanto esto dice Adonai el Señor: ¡Ay, ciudad de las sangres, y yo magnificaré el terror, y multiplicaré la leña, y encenderé el fuego, para que se consuman las carnes y se disminuya el caldo, y los huesos sean concremados y se mantenga sobre sus carbones. Ha sido encendida para que se exuste y se fría su bronce, y se concreme en medio de aquel su inmundicia, y desfallezca su herrumbre. Será humillada la herrumbre, y no saldrá de ella su mucha herrumbre: será confundida su herrumbre: tu inmundicia es ZEMMA, por aquello de que has sido contaminada tú, y no has sido limpiada de tu inmundicia. ¿Y qué será si no fueras limpiada más hasta que cumpla mi furor en ti? Yo el Señor he hablado, y vendrá, y lo haré: no diferiré, ni tendré misericordia, ni seré deprecable. Según tus vías, y según tus adinvenciones te juzgaré, dice Adonai el Señor.---Por tanto yo te juzgaré según tu sangre, y según tus pensamientos te juzgaré, inmunda y famosa, y excesiva para irritar ** De las cuales muchas cosas han sido añadidas de Teodoción, y la palabra hebrea ZEMMA (), para la cual nosotros hemos

interpretado inmundicia execrable. Y aquello ha sido añadido por ellos, lo cual en el hebreo no se tiene, y ha de ser prenotado con óbelo: Por tanto yo te juzgaré según tu sangre, y según tus pensamientos te juzgaré, inmunda y famosa, y excesiva para irritar.

Digamos pues sobre cada punto. En el año noveno de la cautividad del rey Joacim (pues en el quinto comenzó a profetizar) y en el mes décimo del mismo año noveno, en el día décimo del mes décimo, fue hecha palabra del Señor a Ezechiel profeta, constituido en la región de Babilonia, y le dijo: Hijo de hombre, escribe para ti este mismo día, y sabe que el rey de Babilonia hoy en la región de Judea ha comenzado a sitiar a Jerusalén, y a vallarla con el ejército; y describe ese sitio por una parábola y proverbio, que en el presente lugar significa metáfora y traslación. Pon, dice, la olla de bronce, esto es, el lebete, y echa en ella agua, y corta en piezas todo el cuerpo de los animales más pingües, tanto el fémur, como la pierna y el brazo, y separa diligentemente las carnes de los huesos, y puestas las carnes en el lebete, pon o compón los huesos debajo del lebete, y haz montones y cúmulos de huesos, para que hierva no una vez, sino frecuentemente la cocción del lebete, y se cocinen las carnes por dentro, y los huesos por debajo por el incendio sean concremados. ¿Quieres saber, profeta, quién es ese lebete, o cuáles las carnes o los huesos? Habla esto, dice el Señor Dios: ¡Ay de la ciudad de las sangres, esto es Jerusalén, del lebete, cuya herrumbre, esto es la malicia excesiva es en él, y aunque el fuego

haya sido puesto debajo, sin embargo su herrumbre no ha salido de él. Pues perseveraron incluso cautivos y cruciados en la antigua maldad. Por partes, y una por una consumidla, nadie quede para la salud. No cayó sobre ella la suerte para que unos perecieran, y otros fueran salvados, sino que a todos les vino el común interito. Pues su sangre, esto es, los homicidios, y las matanzas de los hijos, están en medio de ella. La cual sangre derramó sobre la limpísima piedra, para que estuviera patente a todos, ni fuera cubierta por la tierra o el polvo: para que no pasara a saber mi indignación, sino que sobre la sangre apertísima la venganza apresurara. Pues es de la naturaleza, que si la sangre se derrama en la tierra, la tierra beba el humor de la sangre, o poco a poco la tierra sea cubierta también con el polvo. Cuando empero sobre la piedra limpísima y ninguna fosa teniendo, la sangre hubiera sido derramada, se desliza y obtiene un amplio asiento. Esto empero indica, que no ocultos, sino públicos homicidios hizo, según aquello que se dice a Caín: "La sangre de tu hermano clama a mí" (Gén. 4, 10): por tanto di a la ciudad, no de una sangre, sino de muchas sangres: He aquí que yo haré en ti una gran pira, o sacaré un tizón, al que el vulgo llama titión, y no solo las carnes en ti blandas y tiernas, sino los durísimos huesos también así encenderé, que nada en ti quede que no sea quemado por el incendio. Y cuando tanto las carnes como los huesos consumidos hubieran sido y quemados, pon el mismo lebete vacío sobre las brasas, para que el bronce también de aquel se caliente y se consuma, y

consumido el bronce, la herrumbre también de aquel perezca, esto es, concremada la ciudad por el incendio, la malicia con la ciudad perezca. ¿Pero qué aprovecha haber hecho lo que ha sido mandado? Ni por el fuego siquiera la herrumbre y malicia del lebete, y de la ciudad pudo ser quitada; sino que permanece en ella la inmundicia criminal y execrable: esto pues zemma significa. Y hace una apóstrofe al lebete mismo, esto es a la ciudad misma. Quise limpiarte, y no has sido limpiada de tus suciedades, ni podrás más ser limpiada, hasta que cumpla en ti mi indignación. Yo el Señor he hablado, y mi sentencia no puede pasar. Viene ya el sitio de la ciudad, haré lo que he amenazado: ni pasaré de largo, como a menudo hice, tus crímenes; y más allá no perdonaré, ni seré aplacado contigo aunque multipliques las preces; sino que tus vías, y tus adinvenciones te las devolveré, más bien te juzgaré según las obras y tus pensamientos, para que en esto también muestre mi clemencia a semejanza del médico, que a las carnes pútridas no perdona, para que los miembros sanos sean salvados: no perdona, para que perdone; es cruel, para que se compadezca; ni considera el dolor del paciente, sino la sanidad de la herida, según aquel dicho evangélico queriendo más que perezca un miembro, que todo el cuerpo sea muerto (Mt. 5). Ha de notarse también cómo desde el principio de la profecía hasta el presente día, cuando Jerusalén comenzó a ser sitiada, por orden viene la cautividad. Primero la espada se provoca; después se ponen dos vías, Amón y Jerusalén, de las cuales a la parte derecha

la suerte cae de Nabucodonosor; se funde la plata en la ciudad, el bronce, el estaño, el plomo y el hierro; la tierra también no llueve, sino que es ocupada por las zarzas: después bajo el nombre de dos hermanas Oolla y Ooliba, los pecados de Samaria y de Jerusalén se narran, cómo aquella fue capturada, y esta ha de ser capturada. Al extremo en el año noveno, en el mes décimo, en el día décimo del mes, puesto en la cautividad Ezechiel y estos que con él estaban, y se habían entregado con el rey Jeconías, se muestra en qué día la ciudad comenzó a ser sitiada, y la similitud del lebete se pone; para que de qué manera las carnes y los huesos congregados en el lebete, por el incendio son concremados, así toda la ciudad con sus ciudadanos haya de perecer, y ninguno quede de aquellos que han sido sitiados, que por el hambre, la espada, la pestilencia no sean consumidos, y la parte restante sea llevada cautiva a Babilonia. Puede esta misma profecía también pertenecer al tiempo de la pasión del Señor, por causa de la cual el ejército rodeó a Jerusalén, y fueron muertos sus hijos, y sitiando Tito hijo de Vespasiano, hacia la salud ninguno escapó, y el templo fue subvertido; y después de conincuenta años bajo Adriano, la ciudad fue consumida por el fuego eterno. La presente cautividad empero cuando Ezechiel en Babilonia esto veía, también Jeremías la pone en el principio de su volumen: "¿Qué ves tú, Jeremías? Quien respondiendo, dice: Una olla encendida, y su faz desde la faz del Aquilón" (Jer. 1, 13). Hay quienes según la tropología, todo este lugar lo transfieren a la consumación

del mundo [Al. siglo], y el número noveno, que en las sagradas Escrituras es de las penas y de los dolores, y siempre sigue a la justicia, lo temperan con la clemencia del mes décimo y del día décimo. Por tanto pues se aplican a los enfermos las penas, para que a la salud siga el dolor. Por tanto el mundo que en el maligno ha sido puesto (1 Jn. 5, 19), en el día del juicio por el divino fuego se enciende; y la ciudad de las sangres se pone sobre los carbones del fuego, para que se cumpla aquello que está escrito en Isaías: "Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos: te serán para ayuda" (Is. 47, 14). Y aquello es difícil, cómo cuando los carbones y los huesos se consumen, de los cuales están llenos también los fariseos, a los cuales el Señor habla en el Evangelio: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que sois semejantes a sepulcros blanqueados: que por dentro están llenos de suciedad, y de los huesos de los muertos" (Mt. 23, 27), ahora se diga que la herrumbre y las suciedades del mundo consumidas no han sido, sino que incluso después de la severidad del juicio la malicia permanece. Lo cual fácilmente se soluciona, si entendemos aquel dicho del Apóstol: "Concluyó Dios todas las cosas bajo el pecado, para que de todos se compadezca" (Gál. 3, 22). Pues a la vanidad la criatura está sujeta (Rom. 8, 28). Se pone la sangre que ha sido derramada en el propatulo de la criatura universal, para que los crímenes de todos estén patentes. La piedra empero limpísima podemos recibirla, y por el Señor Salvador, la cual seguía en la soledad al pueblo de Israel, de la cual está escrito: "Bebían

empero de la espiritual subsiguiente a ellos piedra: la piedra empero era Cristo" (1 Cor. 10, 4): que en él se revelen todas las cosas; y se cumpla lo que está escrito: "Nada oculto que no sea revelado". Y dice el Señor que no se compadece, ni de los pecados del mundo pasa de largo; ni perdona a los impíos, ni es aplacado, para que las vías de los impíos perezcan, según aquello que en el fin del primer salmo se pone: "Y el camino de los impíos perecerá".

(Vers. 15 sigs.). Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, he aquí que yo quito de ti lo deseable de tus ojos de un golpe, y no lamentarás, ni llorarás, ni fluirán tus lágrimas. Gime callando, luto de muertos no harás. Tu corona esté ligada sobre ti, y tus calzados estarán en tus pies: ni con amito velarás los rostros, ni comerás los alimentos de los que lugen. Hablé por tanto al pueblo por la mañana, y murió mi mujer por la tarde, e hice por la mañana tal como me había mandado. Y dijo a mí el pueblo: ¿Por qué no nos indicas qué significan esas cosas que tú haces? Y les dije: El sermón del Señor fue hecho a mí diciendo: Habla a la casa de Israel: Esto dice el Señor Dios: He aquí que yo contaminaré mi santuario, la soberbia de vuestro imperio, y lo deseable de vuestros ojos, y sobre lo cual teme vuestra alma, y vuestros hijos, y las hijas que dejasteis, caerán por la espada. Y haréis tal como hice: los rostros con amito no velaréis, y los alimentos de los que lugen no comeréis. Las coronas tendréis en vuestras cabezas, y los calzados en los pies: no lamentaréis, ni lloraréis: sino que os consumi-

réis en vuestras iniquidades, y cada uno gemirá a su hermano. Y será Ezechiel para vosotros en portent (signo/prodigio), según todas las cosas que hizo, haréis cuando venga esto, y sabréis que yo soy el Señor Dios. Y tú, hijo de hombre, he aquí que en el día en que quitaré de ellos la fortaleza de ellos, y el gozo de la dignidad, y el deseo de los ojos de ellos sobre el cual descansan las almas de ellos, sus hijos y sus hijas. En aquel día cuando viniere el que huye a ti, para que te anuncie: en aquel día, digo, se abrirá tu boca con aquel que huye, y hablarás, y no callarás más, y serás para ellos en portent, y sabréis que yo soy el Señor. LXX: Y fue hecho el sermón del Señor a mí diciendo: Hijo de hombre, he aquí que yo quitaré de ti lo deseable de tus ojos en la batalla (o en la preparación); no lamentarás, ni llorarás, ni vendrán lágrimas a ti, gemido de sangre, luto de los riñones es. Estarán tus cabellos 279 ligados sobre ti, y tus calzados en tus pies, ni serás consolado en los labios de ellos, y el pan de los hombres no comerás. Hablé al pueblo por la mañana, tal como me había mandado, y murió mi mujer por la tarde, e hice por la mañana tal como se me mandó. Y dijo a mí el pueblo: ¿no nos anuncias qué son estas cosas que tú haces? Y les dije a ellos, el sermón del Señor fue hecho a mí, diciendo: Di a la casa de Israel: Esto dice Adonai el Señor: He aquí que yo contaminaré mis cosas santas, la soberbia de vuestra fortaleza, lo deseable de vuestros ojos, y aquellas cosas que perdonan vuestras almas. Vuestros hijos y vuestras hijas que dejasteis, en la espada caerán, y haréis tal como hice. Por la

boca de ellos no os consolaréis, y el pan de los hombres no comeréis, y vuestras cabelleras sobre vuestras cabezas, y vuestros calzados en vuestros pies. No lamentaréis ni lloraréis, y seréis consumidos en vuestras iniquidades, y consolará cada uno a su hermano, y será Jezechiel para vosotros en portent. Según todas las cosas que hizo, haréis. Y cuando vinieren estas cosas, conoceréis que yo soy Adonai el Señor. Y tú, hijo de hombre, ¿acaso no en el día cuando quitare la fortaleza de ellos, la elación de la gloriación de ellos, lo deseable de los ojos de ellos, y la elación de la alma de ellos, sus hijos y sus hijas. En aquel día vendrá el que hubiera sido hecho salvo a ti: para que anuncie en tus oídos. En aquel día se abrirá tu boca a aquel que huyera, y hablarás, y de ninguna manera más callarás, y serás para ellos en portent, y conocerán que yo soy el Señor.

Arriba el encendimiento de la olla y del lebete, había mostrado el sitio de la ciudad, ahora capturada ella y deletreada, y a todo el pueblo, o muerto por la espada, o llevado a la cautividad, el sermón profetal lo testifica. Y primero según nuestra costumbre, los fundamentos de la historia echemos. Hijo, dice, de hombre, he aquí que quitaré del conspecto de tus ojos todo lo que te es deseable, y lo quitaré en la plaga (golpe), o, como los Setenta vertieron, en la preparación: para que a saber te prepares a no hacer aquellas cosas, que suelen hacerse en el luto. No lamentaréis, ni lloraréis, ni las fluyentes lágrimas el dolor del corazón 280 mostrarán: sino que si acaso por el excesivo moeror (tristeza) hubieras sido superado, tenido

gemido tácito, ni prorrumpa en palabras. Luto de muertos no harás, o, como vertieron los Setenta, gemido de sangre, luto de los riñones es. Por lo cual muestra que su mujer ha de morir. Inmediatamente pues sigue: "Y murió mi mujer por la tarde" (Prov. 19); lo cual propiamente pertenece a la conjunción de los riñones. Nada pues para el varón más amable que la mujer buena, que por Dios al hombre se provee, y a la cual por la ley del Señor se conjuga, y un cuerpo con ella se efectúa. Y lo que sigue: "Tu corona esté ligada sobre ti, y tus calzados estarán en tus pies", esto significa: Tendrás la cabellera que se tonsura en el luto, y los calzados en los pies, que los que lugen suelen arrojar. De donde también David huyendo del hijo Absalón, y penitente sobre la muerte de Urías, con nudos pies camina (1 Rey. 12, 15, 18). Dicen los hebreos que hasta ahora los maestros babilonios, sirviendo los preceptos de la Ley, circundan su cabeza con el decálogo escrito en membránulas, y que estas son las cosas que se mandan colgar ante los ojos y en la frente, para que siempre vean lo que ha sido preceptuado. And because Ezechiel sacerdote era, de ninguna manera debía él deponer la corona de la gloriación, sino ligada tenerla en la cabeza. Esto ellos dijeran. Nosotros empero, según los Setenta, la corona de los cabellos entendamos la cabellera: aunque también la interpretación de ellos de ninguna manera la fuerza del sermón hebreo expresó. Ni con amito, dice, velarás los rostros, ni los alimentos de los que lugen tomarás, que suelen hacerse en el luto, para que cubran el rostro, y lo que los griegos

llaman perideipna, de los consoladores reciban. Hablé, dice, al pueblo por la mañana, lo que me había mandado el Señor, y por la tarde murió mi mujer, de los ojos lo deseable, y de los lomos y de la sangre el luto. E inmediatamente el otro día por la mañana hice todas las cosas que me habían sido mandadas: e interrogóme el pueblo, por qué contra la costumbre de todos hiciera. Y a los que buscaban las causas de tanta paciencia, respondí: El sermón del Señor que fue hecho a mí, para que al pueblo de Israel hablara, esto mandó: He aquí que yo, 281 esto es, ya ahora contaminaré mi santuario, para que se incendie el templo y a todos los alienígenas sea patente y profanos, y en el cual teníais la soberbia, esto es la confianza y la esperanza y el deseo de vuestra salud, y ante cuyo sitio vuestras almas temblaban: y a los hijos también y a las hijas que el hambre y la pestilencia os habían dejado restantes, consumiré con la espada. Todo lo que yo hice, también vosotros haréis. Cuando la costumbre se sirve en el luto, el dolor es medio; cuando empero tanta necesidad de males incumbe, que sea mayor que todo lloro, cada uno de su necesidad solícito, a las miserias de los otros aunque sean próximos no ingemiscit (gime). Nada, dice, haréis de lo que suele hacerse en el luto: sino que incendiada la ciudad y el templo, os estupefactaréis ante la magnitud de los males. No os tonsuraréis, ni caminaréis con nudos pies, ni lamentaréis, ni con amito los rostros velaréis, ni alimentos tomaréis de los que consuelan: sino que os tabesceréis (consumiréis), y os consumiréis en vuestras iniquidades, y ape-

nas libre tendréis gemido, no sea que ofendáis la soberbia de los vencedores, si públicamente llorar parecierais; de manera que Ezechiel profeta sea para vosotros en portent, y todas las cosas, que aquel no hizo en la muerte de su mujer, vosotros en la subversión de la ciudad y del templo no hagáis. Y todavía más apertamente: Oh, dice, hijo de hombre, en el tiempo cuando quitare de ellos la fortaleza de ellos, del templo, como dijimos, la confianza y el gozo de la dignidad, y en lo cual la esperanza sola tenían, y el deseo en el cual descansaban las almas de ellos, además a los hijos de ellos y a las hijas, se subentiende de las cosas superiores, hubiere quitado: en aquel, dice, tiempo, cuando viniere a ti de Jerusalén huyendo, o el que hubiera escapado, diciendo que la ciudad ha sido subvertida, entonces tú que antes habías callado y gemido libre no tenías, y de tanta paciencia eras, que en la muerte de la mujer y en el dolor de los lomos, lágrima no emitías, abrirás tu boca, y hablarás, no a aquel que viniera, sino con él: para que cualesquiera cosas que tú futuras habías predicho, 282 aquel las anuncie ya perfectas, y más allá no callarás; sino que los argüirás, y dirás que todas las cosas a ellos meritoriamente les han provenido: de manera que seas para ellos en portent, según aquello que en Zacharías está escrito: "Los profetas varones ser portendentes" (Zac. 3, 8). Y el Señor en otra parte habla: "en las manos de los profetas he sido asimilado" (Os. 12, 10). Estas cosas según la historia hayan sido dichas.

Vengamos a la anagogía (si empero violenta no fuera vista a la prudencia del cauto lector). Que el Hijo del hombre se diga el Señor Salvador, a nadie es duda, el cual en la extrema hora, esto es, a la tarde de este mundo, a la mujer antigua perdió, ni lloró a ella, ni con amito los rostros veló, ni recibió ninguna consolación de los hombres, y esto que había de venir predijo por la mañana, lo cual fue completado por la tarde, y de nuevo por la mañana en el segundo advenimiento probó hecho lo que predijera que habría de venir, que el santuario de los judíos, y lo que deseable habían tenido en los ojos, y sobre lo cual temlaban las almas de ellos, han sido contaminados: que los hijos también de ellos y las hijas por la espada romana han caído. Lo que empero se dice: "La corona tendréis en vuestras cabezas, y los calzados estarán en tus pies", a aquella parte referiremos, que de ninguna manera deben lugir, ni los signos del luto asumir, después de que por la sombra recibieren la verdad, y nazareos ciertos hubieran sido hechos, y cada uno sobre su hermano se consolará: de manera que Ezechiel a quien confortó Dios Padre, sea para ellos en portent, prenunciando las cosas futuras, y después de que subvertida hubiera sido Jerusalén, e incendiado el templo, y esto todo el mundo hubiera oído, y la dispersión de Israel, que los términos del orbe habita, entonces las palabras del Señor por la obra completadas, tengan libertad, y contaminado el santuario de él, la Ley completada, o destruida según la letra que mata, abierta sea la gloria del Evangelio, y conozca Israel, que él mismo es el Señor y Dios,

que esto por la mañana futuro predijera, y por la tarde y en la consumación del mundo ser completado, con su advenimiento probó.

# LIBRO OCTAVO.

283-284 Qué aproveche a otros nuestra dictación en los profetas, del juicio de Dios es, y de la conciencia de ellos, quienes, omitidas las declamaciones y el aplauso y la composición de las palabras, desean saber qué el sermón de ellos, o narra lo pretérito, o lo presente arguye, o predica que ha de ser venturo. A nosotros ínterin nos aprovecha: pues mientras esto hacemos, y nada más cogitamos, a modo de hurto a las explanaciones nos aplicamos, y las miserias de los días, con el estudio de las noches compensamos: se apacienta el ánimo, y se olvida de las calamidades del siglo, que puesto ya en el extremo fin congemiscit (gime) y parturit (está de parto) (2 Tes. 2), hasta que el que tiene sea hecho de en medio, y los pies de la estatua en otro tiempo férreos, por la fragilidad de los dedos fictiles (de barro) sean contritos. Cae el mundo, y la cerviz erecta no se flecta. Perecen las riquezas, y de ninguna manera cesa la avaricia. Se apresuran a congregar, lo que de nuevo por otros sea ocupado. Se secaron las lágrimas, toda piedad ha sido quitada. Muchos los que pidan, pocos los que tribuyan. Ni nos avergonzamos, prefiriendo la pobreza con un vil palio (capita), incubar sobre las riquezas de Creso; y el hambre y el ínterito de muchísimos en nuestros tesoros custodiar, según aquel rico pur-

purado, que aunque ninguna otra cosa hubiera hecho, pues ni las rapiñas de él ni las iniquidades la Escritura testifica (Lc. 16), la crueldad de él y la soberbia no tenía modo: a Lázaro ante las puertas yacente y semivivo, ni siquiera aquellas cosas mandó que se dieran que a los perros se proyectan. ¡Cuántos Lázaros ahora yacen, y de cuántos las púrpuras por diversos colores de vestiduras son protegidas, ni siquiera en los usos propios vertiendo lo que perecedero conservan! Estas cosas, oh virgen de Cristo Eustoquio, de la abundancia del corazón la boca haya hablado, y un poco más libremente de lo que conviene a nuestra humildad, hayamos dicho. Por lo demás el octavo libro en Ezechiel, que la increpación de los hijos de Amón y de las otras gentes contiene, y el vaticinio de lo futuro, este tendrá exordio.

(Cap. XXV.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, pon (u obfirma) tu faz contra los hijos de Amón, y profetizarás de ellos, y dirás a los hijos de Amón: Oíd la palabra del Señor Dios, esto dice el Señor Dios: Por aquello de que dijisteis, euge, euge (¡ajá!, ¡ajá!) sobre mi santuario (o porque os gozasteis sobre mi santuario), porque contaminado ha sido, y sobre la tierra de Israel, porque desolada ha sido, y sobre la casa de Judá, porque llevados han sido a la cautividad: por tanto yo te entregaré a los hijos Orientales (o CEDEM) en heredad, y colocarán sus majadas en ti, y pondrán en ti sus tiendas: ellos mismos comerán tus frutos, y ellos mismos beberán tu leche (o tu ubertad), y daré a Rabbath en habitáculo de camellos (o la ciudad de Amón

en pastos de camellos): y a los hijos de Amón en cubil de ganados, y sabréis que yo soy el Señor. Porque esto dice el Señor Dios: Por aquello de que aplaudiste con la mano, e insonaste (o golpeaste) con el pie, y te gozaste de todo afecto (o insultaste de tu ánimo) sobre la tierra de Israel: por tanto he aquí que yo extenderé mi mano 285 sobre ti, y te entregaré en direpción (saqueo) de las gentes, e interficiaré (mataré) de los pueblos, y perderé de las tierras, y te contereré (trituraré), y sabrás que yo soy el Señor.

Capturada o sitiada Jerusalén, después de que vino a Babilonia el que había podido escapar, y anunció que la ciudad ya mismito había de ser capturada, o con el templo había sido subvertida, según la costumbre de todos los profetas contra las otras naciones en el circuito, que habían insultado a la ruina de Jerusalén, y al incendio del templo, el sermón se convierte profetal, y primero contra los hijos de Amón, que tenían la metrópoli de nombre Rabbath, la cual hoy por el rey de Egipto Ptolomeo de sobrenombre Filadelfo, que Arabia obtuvo con Judea, Filadelfia es nuncupada. Hijo, dice, de hombre, pon, u obfirma tu faz contra los hijos de Amón, que de la estirpe de Lot han sido generados, y dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios (no son pues del profeta las palabras, sino del Señor. De la obfirmación del rostro, en este mismo profeta más plenamente hemos disputado): Por aquello de que dijisteis: Euge, Euge, o insultasteis, y os gozasteis, porque el templo y el santuario mió por la ingresión de los enemigos contaminado ha sido, y sobre la

tierra de Israel, puesto que desolada ha sido, y especialmente sobre la casa de Judá, esto es, de las dos tribus, que ahora llevadas han sido a la cautividad: por tanto también yo te entregaré a los hijos de CEDEM, a los cuales Orientales interpretamos. Y a nadie es duda, que los madianitas, y toda la vastedad del eremo adyacen a la tierra de Arabia, quienes tienen greyes de camellos, y multitudes de ovejas y de cabras, y de estas riquezas viven. Lo cual también a la tierra de Israel en el libro de los Jueces narra la historia (Juec. 6) que aconteció, cuando vinieron los madianitas, y depastaron, hasta Gaza, todas las regiones de ellos. Metafóricamente pues por los madianitas, ismaelitas y agarenos, que ahora sarracenos se llaman, asumiendo para sí falsamente el nombre de Sara, por lo cual a saber de ingenua y de señora parezcan haber sido generados, la Escritura significa: y se dice del rey Nabucodonosor y de todo su ejército, que venga y capture la ciudad de Rabbath, la cual o propiamente se llama con este nombre, o por causa de la magnitud. Rabbath pues máxima se dice. Y para que no dudemos que Nabucodonosor subvirtió a Arabia, después de que capturada fue Jerusalén, arriba la Escritura testifica: "Y tú, hijo de hombre, pon para ti dos vías, Amón 286 y Jerusalén, y vendrá la espada del rey de Babilonia". Y otra vez: "En la cabeza de la vía de la ciudad conyiciará (echará), y la vía pondrás, para que venga la espada a Rabbath de los hijos de Amón, y a Judá en Jerusalén munitísima" (Arriba, 21, 19, 20). Y de nuevo: "Esto dice el Señor Dios a los hijos de Amón, y al oprobio

de ellos" (vers. 28). Vendrán pues los hijos de CEDEM, y colocarán sus majadas, como pastores, y fijarán las tiendas. Ellos mismos vastarán tus frutos, y beberán la leche, y la ubertad de la tierra, inmitidas (metidas) las greyes de camellos, y de todos los pueblos: de manera que sean los hijos de Amón en cubil de ganados, y por la necesidad de los males entiendan, que él mismo es el Señor que y lo futuro predijo, y para que se hicieran imperó. Ni esto bastó a los hijos de Amón, que insultaran, y dijeran: Euge, euge sobre el templo y santuario del Señor, que contaminado estaba por el introito de diversas naciones; sino que tanta fue la lascivia de insultar, que todo el pueblo a la vez con las manos y los pies concrepaba (hacía ruido), y de todo el afecto del corazón clamaba: por aquello de que la tierra de Israel fuera desolada. Por tanto no por los ángeles, ni por otros ministerios, sino el Señor mismo, extendiendo su mano para percutir, la entregará en direpción, de ninguna manera a los camellos y a las greyes de ovejas, sino más manifiestamente a las gentes, para que del número de los pueblos penitus (totalmente) sea erradicada, y perezca, y sea redigida a la nada: y después de que contrita hubiera sido, entonces entienda que él mismo es el Señor que todas las cosas dijudica (juzga), y en todas las tierras tiene potestad. Podemos según la tropología a los hijos de Amón entender, que de Lot en la espelunca (cueva) generados son por el semen, y generados en la ebriedad y en el incesto, a todos los heréticos, de los cuales la Escritura dice y el Apóstol Juan: "De nosotros salieron, pero no eran de

nosotros." Si pues hubieran sido de nosotros, hubieran permanecido ciertamente con nosotros" (1 Jn. 2, 19). Estos pues de la inclinación nacieron, esto pues Lot en nuestra lengua se vierte: "Porque todos declinaron, a la vez inútiles hechos son: no hay quien haga el bien, no hay ni hasta uno" (Sal. 13, 3). Contra estos se pone, u obfirma, la faz profetal: para que los con su austeridad contere (triture), y les dice: Porque insultasteis a mi Iglesia en el tiempo de la persecución: por aquello de que por el vicio de diversos contaminado fuera mi santuario, o por el vicio de aquellos que a mí servían, 287 o por la crueldad de los enemigos, que a los míos perseguían: la tierra también de Israel, los sentidos viendo a Dios, estar desolada por el coro de las virtudes; y de qué manera los hijos de la casa de Judá, esto es, del que confiesa a Dios, en la cual es la verdadera fe y la recta confesión, llevados han sido a la cautividad, y servir al Señor desistieron: por tanto, oh todo insultante, serás entregado a los hijos Orientales que de la verdadera luz han profectado (salido) y serás entregado en heredad, para que tú también aprendas a confesar al Señor. Y por traslación se dice, que los hijos del Oriente pondrán sobre ellos sus majadas, y fijen tiendas, y beban leche, y coman frutos, y la ciudad en otro tiempo de la soberbia se haga en habitáculo de camellos, que puedan, depuesto el onere (carga) de los pecados, entrar por el foramen (agujero) de una aguja (Mt. 19), y en cubil de ganados, que se rigen por el pastor bueno (Jn. 10), para que cuando esto hicieran, mixtos y entregados a los pastores del

Oriente, entiendan que él mismo es el Señor. Y de nuevo les exprobra (reprocha), por qué hayan insultado con excesivo afecto del corazón a las ruinas del pueblo de Dios, y la tierra de Israel hayan pensado omnino (totalmente) desierta: por lo cual merezcan la mano del Dios que se venga, para que los que habían excedido el modo de la exultación y del gozo sobre la ruina de la casa de Judá, de ninguna manera sean entregados a los hijos del Oriente, sino sean en direpción de todas las gentes, y sean interficiados (muertos) de los pueblos, y perezcan, y sean contritos, y de ninguna manera de la estirpe de Abraham, sino de todas las naciones ser creídos sean, y entonces por la magnitud de los males conozcan, y por su contrición, e interfición (matanza) del pueblo, que él mismo es el Señor. Lo que generalmente de la Iglesia entendimos, sobre cada uno de los santos entenderse puede, a cuya ruina se gozan los hombres del siglo, y las potestades adversarias, si de mucho tiempo perdieron la pudicicia: mientras los malos consolación de sus crímenes piensan, si más tuvieran consortes de los crímenes y del suplicio: y esto nadie lo haga, si no fuera hijo de Amón, esto es hijo del pueblo, que en la inclinación ha sido generado.

(Vers. 8 sig.) Así dice el Señor Dios: Por aquello de que dijeron Moab y Seir: He aquí que como todas las gentes es la casa de Judá: por tanto he aquí que yo abriré el hombro de Moab, de sus ciudades digo, 288 y de sus confines las ínclitas de la tierra, Beth Jesimoth, y Beelmeon, y Cariathaim: a los hijos del Oriente con los hijos de Amón, y la

daré en heredad, para que no haya más memoria de los hijos de Amón en las gentes, y en Moab haré juicios, y sabrán que yo soy el Señor. LXX: Así dice Adonai el Señor: Por aquello de que dijo Moab + y Seir ** he aquí que como todas las gentes es la casa de Judá: Por tanto he aquí que yo disolveré el hombro de Moab de las ciudades de sus promontorios, la tierra elegida de la casa de Beth Jasimuth, sobre la fuente de la ciudad marítima, a los hijos del Oriente sobre los hijos de Amón le di la heredad, para que no haya memoria de los hijos de Amón en las gentes, y en Moab haré venganzas, y conocerán que yo soy el Señor. Esto que nosotros interpretamos como "y Seir", no se tiene en los LXX, sino que de la edición de Teodoción ha sido añadido.

Una ridícula pues en este lugar cuentan los hebreos fábula. Después de que la ciudad fue abierta, y el templo fue rereserado (descerrajado), y los hijos de Amón, y Moab, y Seir ingresaron al templo, y vieron a los querubines que protegían el propiciatorio, y dijeron: Así como todas las gentes cultivan (adoran) simulacros; así también Judá tiene los ídolos de su religión; y por tanto, dicen, airado se ha el Señor, y los entregó a la cautividad. Nosotros pues esto diremos, que también estos insultaron a la casa de Judá, cuando por los caldeos capturada fue, pensando que así como en las otras gentes no había allí auxilio de Dios, y por eso el reino de Judá, y Jerusalén destituido del presidio de Dios, había estado patente a la potestad de Babilonia. Por tanto no por mucho tiempo después, sino

al presente el Señor conmina que él disolverá, o abrirá el hombro, a saber el robor (fuerza) y la fortaleza de Moab de sus ciudades, para que a ellos también el babilonio vencedor introitee (entre), y las ciudades en Moab dejen de ser, y en sus confines y términos las ciudades ínclitas sean destruidas: de las cuales pone los nombres, Beth Jesimoth, y Beelmeon y Cariathaim: por las cuales no sé qué queriendo los LXX interpretaron como la casa de Beth Iasimuth, siendo que este vocablo signifique "villa desierta": Beelmeon también hasta hoy en Moab es un vicio (aldea) máximo, el cual ellos vertieron, como "sobre 289 la fuente", y Cariathaim, "ciudad marítima": y es entregada también ella con los hijos de Amón a los hijos del Oriente, a los babilonios, a saber, según aquel sentido que contra los hijos de Amón interpretamos. Y daré, dice, a Moab en heredad, para que de qué manera de los hijos de Amón no es la memoria más en las gentes, así también en Moab venganzas haga y juicios: para que conozcan que yo sea el Señor, que a Judá entregué por el pecado, y en los hijos de Amón, y en Moab vengador exista. Hasta hoy pues Moab, que se interpreta "del padre", y Seir, que en "piloso" se vierte y "hirsuto", desprecia y contemne a la casa de Judá, en la cual es la verdadera confesión, y piensa que tan fácilmente ella puede ser subvertida, como de las otras ciudades son subvertidos los munimentos. Por donde también el Señor conmina que abrirá él, o disolverá toda la fortaleza de los moabitas: para que dejen de tener ciudades, y de ninguna manera en el arte dialéc-

tica confíen: sino que todos sus términos, los cuales por la ilisión (choque) de los fletus (oleaje) llaman promontorios, sean destruidos; y las ínclitas y elegidas tierras de Beth Jesimoth, que se interpreta "casa de la soledad" y "desierta", y Beelmeon, que también ella se vierte "teniendo fuente", o "sobre la fuente", y Cariathaim, que los LXX "ciudad marítima" trasladaron, perezcan. Pues aunque tengan roboras (fuerzas) de pugnadores, e ínclitos procedan al proelio con el arte de pugnar, y de toda parte circunseptos (rodeados) y munitos (fortificados) gradúen (caminen): sin embargo su ínclita tierra no es casa de habitación, sino casa de soledad. Y porque se piensan tener fuente de ciencia, y ciudad marítima, que todas sostener pueda las tempestades del siglo, paciencia para sí y fortaleza prometiendo: sin embargo allá se convertirán, para que también ellos sean entregados a los hijos del Oriente, de la verdadera en Cristo luz; así como entregados han sido los hijos de Amón, que en la herética multitud confiaban. Y consideremos el profecto (progreso), y en la misma conminación la clemencia de Dios, para que sean entregados con los hijos de Amón los hijos del Oriente en heredad: y de ninguna manera haéresis alguna se nombre en las gentes; sino hechos en Moab sus juicios, y venganzas por la arrogancia, por el fin de las cosas conozcan que el Señor es el que todo 290 dispensa. Para aprobar pues que Moab en the presente lugar sobre la soberbia de los filósofos se entienda, de los cuales se dice: "Perderé la sabiduría de los sabios, y la inteligencia de los inteligentes reprobaré" (1

Cor. 1, 19), pocos de los profetas ejemplos han de ser replicados. Amós habla: "Esto dice el Señor: Sobre tres impiedades de Moab, y sobre cuatro no lo apartaré de él, por aquello de que quemó los huesos del rey de Idumea hasta la ceniza" (Amós 2, 1). Verdaderamente pues cualquier cosa que en el siglo de dogmas perversos es, cualquier cosa que a la terrena ciencia pertenece, y se piensa ser robusta, esto por el arte dialéctica se subvierte, e instar (a semejanza) de incendio en cenizas y favilas se disuelve; para que se pruebe de nada, lo que se pensaba ser fortísimo. Pero Isaías la soberbia arguye de Moab, diciendo: "Oímos la contumelia de Moab: contumelioso es en exceso: su soberbia quité" (Is. 16). Jeremías también, contra todas vaticinando naciones, propiamente habla a Moab: "Puesto que confiabas en tus munimentos" (Jer. 48, 7). Y después de un poquito: "Tendrás la fiduciaria (confianza) en tu gloria." ¿De qué manera decís, fuertes somos?" Y de allí: "Cerca está el día de Moab para que venga, y su malicia veloz en exceso" (Ibíd. 14, 10). Y más manifiestamente: "Decid de qué manera contrito ha sido el báculo glorioso, la virga de la magnificencia" (Ibíd., 20)? Y otra vez: "Contrito ha sido el cuerno de Moab". Estas cosas pues se dicen, para que bajo el nombre de Moab, la estulta del siglo en el cielo se efervescente (elevando) soberbia sea contrita (triturada).

(Vers. 12, 13, sig.) Así dice el Señor Dios: Por aquello de que hizo Idumea ultión (venganza), para que se vindicara de los hijos de Judá: y pecó delinquiendo, y la vindicta expetivió (buscó) de

ellos. Por tanto esto dice el Señor Dios: Extenderé mi mano sobre Idumea, y quitaré de ella al hombre y al jumento. Y la haré desierta desde el Austro (Sur), y los que faltan [Vulg. son] en Dedán, al cuchillo caerán. Y daré mi ultión sobre Idumea, por la mano de mi pueblo Israel, y haré en Edom según mi ira, y mi furor, y sabrán mi indignación, dice el Señor Dios. LXX: Así dice Adonai el Señor: Por aquello de que hizo Idumea, para que se vindicaran con ultión de la casa de Judá, y la memoria retuvieron del mal, y se vindicaron con ultión: por tanto esto dice Adonai el Señor: Extenderé mi mano sobre Idumea, e interficiaré (mataré) de ella al hombre y al ganado, y 291 la pondré desierta: y de Temán los que huyen al cuchillo caerán. Y daré mi ultión sobre Idumea, en la mano de mi pueblo Israel, y harán en Idumea según mi ira, y mi furor, y conocerán mi ultión, dice Adonai el Señor.

Arriba dos propusieron, por aquello de que dijeron Moab y Seir, y después de Seir callando, contra Moab tanto habló: ahora devuelve el comenzado problema, qué Seir, esto es, Idumea haya hecho. Que pues Esaú y Seir, y Edom, e Idumea, y Duma, una nación se llamen, no ambigará quien ciencia tuviera de las Escrituras. Y para que de los otros profetas calle, Isaías, Jeremías, Amós, que contra Idumea, y Duma, y Edom vaticinaron: Abdías profeta toda la profecía contra esta nación dirige, al cual como pudimos en otro tiempo diserimos (comentamos). Se arguye pues a Seir, que porque híspido era, del piloso el nombre recibió, y Edom el sanguinario, que por causa de la coc-

ción de la lenteja roja las primogenituras perdió, y del edulio (comida) sorteó (obtuvo) el vocablo (Gen. 25), Esaú también "hechos" se interpretan. Y esto ha de saberse, que en el hebreo nunca se escribe Idumea, sino siempre Edom, al cual Idumea expresó la traslación griega. De ninguna manera pues Idumea [Edom], como Moab habló, sino que hizo ultión de los hijos de Judá: y pecó, o la memoria del prístino (antiguo) dolor tuvo, para que la ultión de ellos tomara, por los cuales en el útero fue suplantado. Por tanto no por los ángeles, ni por otro cualquiera: sino el Señor mismo extendiendo la mano sobre Idumea, quitó de ella al hombre y al jumento, y las ciudades de ella redigió (redujo) en desierto, esto es Temán, que nosotros en el Austro vertimos: de la cual y de la otra ciudad Dedán, los interficiados (muertos) al cuchillo caerán. Y cuando ellos de Judá se hubieran vindicado, yo daré la ultión sobre los idumeos por la mano, o en la mano de mi pueblo Israel: para que por estos sean oprimidos, en los que ejercieron la vindicta. Los cuales harán en Edom, o Idumea, según mi ira y mi furor, para que mi indignación explayen, y por las manos de mi pueblo Israel, en la enemiga nación mi ira desafore (se enfurezca), e entiendan que contra la inicua ultión de Idumea, mi vindicta fue justa, dice Adonai el Señor. Según la tropología, este me parece el sentido. Idumea terrena se llama y cárnea, la cual consurge (se levanta) contra el 292 espíritu, para que no hagamos aquellas cosas que del espíritu son, y al alma en el meditullio (medio) puesta hacia sí retraer festina (se

apresura); y quiere ultiones devolver, a las que antes súbdita había sido, a los hijos de Judá, y se acuerda del dolor antiguo, porque no de propia fuera potestad, y por eso la vindicta expetivió (buscó) de ellos, que recediendo (apartándose) de la carne al espíritu seguían. Por tanto el mismo Señor de los hijos de Judá vengador existiendo, extiende la mano sobre Idumea, y quita de ella al hombre y al jumento, cualquier cosa que o de razón parece tener, o de simple fe, para que la redija (reduzca) en soledad. Y de Temán, que se interpreta "deficiente", y Dedán, que también ella "parentesco" suena, a todos al cuchillo interfirió, el cual puso en la mano de su pueblo Israel, para que sea subvertido Edom, y la ira del Señor sienta y el furor, e entienda que su vindicta a esto ha profectado (progresado), para que sirva a la casa de Judá. Esto es aquello de lo cual también el Apóstol disputa escribiendo: "A Jacob amé, mas a Esaú odio tuve" (Rom. 9, 13). Ama pues a Jacob, porque lo cárneo y terreno suplanta y supera, y las bendiciones de aquel merece recibir. Primero pues según la carne, y después según el espíritu vivimos. Antes los vicios, luego las virtudes, por las cuales los vicios se subruyen (derrumban), porque el corazón apuesto del hombre hacia la malicia desde la puericia, y los errores de la adolescencia la edad madura condena (Gen. 8). De donde también David: "Los delitos", dice, "de mi juventud, e ignorancias mías no recuerdes" (Sal. 24, 7). Y sin embargo ha de saberse que Jacob la primera recibió bendición, Esaú la segunda. Y lo que al extremo se dice de él: "Siervo serás

de tu hermano" (Gen. 27, 40), esto significa, que después de que la carne al espíritu sujeta hubiera sido, y a aquel conjunta, carne ser desista, e Idumea pase a Judea.

(Vers. 15, 16.) Así dice el Señor Dios: Por aquello de que hicieron los palestinos en vindicta, y se vindicaron de todo su ánimo interficiendo (matando), y llenando las enemistades viejas. Por tanto esto dice el Señor Dios: He aquí que yo extenderé mi mano sobre los palestinos, e interficiaré (mataré) a los interficiadores (matadores), y perderé las reliquias de la región marítima, y haré en ellos ultiones (venganzas) grandes, arguyendo en el furor, y sabrán que yo soy el Señor, cuando diera mi vindicta sobre ellos. LXX: Por tanto esto dice Adonai el Señor: Por aquello de que hicieron los alienígenas ultión, y suscitaron vindicta insultando, de ánimo, para que delearan (borraran) hasta en el eterno: por tanto 293 esto dice Adonai el Señor: He aquí que yo extenderé mi mano sobre los alienígenas, y disperderé, o interficiaré a los cretenses, y perderé las reliquias del litoral marítimo, y haré en ellos ultiones grandes en vindicta del furor, y conocerán que yo soy Adonai el Señor, cuando diera mi ultión sobre ellos.

Después de los hijos de Amón, Moab, y Seir, que también ellos mismos son idumeos, y por Lot y Esaú al pueblo de Israel, y a la casa de Judá por cognación (parentesco) se socian, viene a los Filisteos, a los cuales los Setenta "alófilos", esto es alienígenas trasladaron, no por el nombre general de todas las gentes, que no son del género de los judíos, sino por el especial de su propia gente,

que ahora se llama Palestina, mudada la letra PHE, según la costumbre de los griegos, en PI (π), así como también entre nosotros por el hebreo PHASE (), el griego y latino "pascha" (pascua) se celebra. Filisteos se interpretan "cayentes por el póculo (copa)", quienes también ellos mismos del áureo cáliz de Babilonia inebriados (embriagados) están, y sañan (se enfurecen), y de todo ánimo insultan, de las enemistades contra Israel viejas acordándose, por las cuales del pueblo de Dios divididos están. Y diciendo el Señor: "Mía es la vindicta, y yo retribuiré" (Deut. 32, 35), ellos mismos se vindican interficiendo (matando), y llenando los antiguos odios. Por las cuales cosas la extendida sobre sí mano del Señor sentirán, la cual interficiará a los interficiadores. Por lo cual los LXX, no sé qué queriendo, "cretenses" interpretaron, siendo que tanto Aquila como Símaco, y Teodoción el mismo verbo hebreo CHORETHIM (), o "interficiadores", o "interfición" vertieran, no solo en el presente lugar, sino también en Sofonías, donde contra los palestinos estas cosas se dicen: "Gaza direpta (saqueada) será, y Ascalón en perdición, y Azoto y Acarón serán erradicados. ¡Ay de los habitadores del funículo (cordel) del mar, acolas (vecinos) de los cretas!, la palabra del Señor sobre vosotros Canaán tierra de los alienígenas, y os disperderé de la habitación, y será Creta en pábulo de pastores, y cubil de ovejas" (Sof. 2, 4 sigs.). Y aquí pues habiendo los Setenta vertido "Creta", los otros trasladores "ólethron", esto es interfición, o perdición, interpretaron. De lo cual en el supradicto profeta, Dios prestando

lo que nos pareció, dijimos. De donde también de las dos legiones de David, de las cuales una se llamaba Feletí, y la otra Ceretí (2 Rey. 15), la última por aquello de que interfirieran y yugularan (degollaran), 294 Choretím, esto es, de los interficiados el nombre recibió. Y pierde el Señor todas las reliquias de la región marítima, que por las salsas (saladas) ondas es tundida (golpeada), y vindictas no pequeñas, sino grandes hará en el furor, para que su furor tenga fin de misericordia, y después de que la ultión hiciera, arguyendo con furor, entonces conozcan los palestinos, que él mismo es el Señor.

(Cap. XXVI.) Y hecho es en el undécimo año, en la primera (o una) del mes, hecha es la palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, por aquello de que dijo Tiro (o Sor) de Jerusalén: Euge, confractas (rotas) han sido las puertas de los pueblos (o gentes): conversa (vuelta) es a mí, implebor (seré llena), desolada es (o la que fue plena, desolada es); por tanto esto dice el Señor Dios: He aquí que yo sobre ti, Tiro (o Sor): y ascender haré sobre ti gentes muchas, así como asciende el mar fluctuante. Y disiparán los muros de Tiro, y destruirán las torres de ella, e raderé (o ventilaré) el polvo de ella de ella, y la daré en limpidísima (o nitidísima) piedra. Desecación de sagenas (redes) será en medio del mar, porque yo he hablado, dice el Señor Dios, y será en direpción (saqueo) a las gentes. Las hijas también de ella que están en el agro (o en el campo) al cuchillo serán interficiadas (muertas), y sabrán que yo soy el Señor.

Consecuentemente el orden de la profecía se contexe (teje). Había hablado contra los hijos de Amón y Moab y Seir, que también ellos mismos son idumeos, y los filisteos que están en el litoral, y en el funículo (cordel) del mar el mismo límite tienen. Después de los palestinos pues sucede la región de Fenicia, cuya metrópoli es la ciudad de Tiro, la cual se llama en el sermón hebreo y sirio SOR (). Y porque capturada Jerusalén, también ella se gozó, e insultó y dijo: "Confractas han sido las puertas de los pueblos", yo puerto tutísimo (segurísimo) tengo, y aquella subvertida, a mí toda la multitud conversa (vuelta) es, la cual por el arbitrio de aquella se regía, y porque aquella desolada es, por tanto yo seré llena, o la que plena fue antes, será redigida (reducida) en soledad. Porque pues estas cosas dijiste, y a las ruinas de Jerusalén, que por el juicio de Dios por sus pecados subvertida ha sido, insultaste, por tanto no por nuncios (mensajeros), ni por cualesquiera otros, sino yo mismo seré contra ti, Tiro, e instar (a semejanza) de los fletus (oleajes) del mar haré ascender contra ti a los babilonios con plurísimas naciones, por cuya 295 opugnación tus muros y torres serán destruidos, intanto que hasta el suelo concidan (caigan), y el polvo de ella sea radido, o en partes varias ventilado, y así será humillada, que a piedra nitidísima sea comparada: y tanta será en la ciudad, en otro tiempo frecuentísima, la soledad, que las sagenas de los pescadores se expandan y se sequen en medio de ella. Yo pues el Señor he hablado, cuyas palabras irritas (vanas) ser no pueden, y la entregaré en direpción a las

gentes. Las hijas también de ella, que están en el agro o en el campo, esto es en el litoral de Fenicia, las ciudades y los oppidos (plazas), los vicios (aldeas) y los castillos serán interficiados al cuchillo: metafóricamente, porque a las hijas llamó, la interfición pone del cuchillo, para que por el fin de las cosas conozcan que yo soy el Señor, que hacerse estas cosas preceptué (mandé). Puede según la tropología, porque el nombre hebreo SOR se vierte en "angustia", toda alma que por perturbaciones ocupada está, Sor ser llamada, la cual cuando viera por sus vicios y pecados por el juicio de Dios ser subvertida Jerusalén, en la cual fue el templo y la visión de la paz, exsulta y hacia sí piensa el imperio de la ciudad en otro tiempo ínclita haber de ser transferido. Lo cual tanto en los contrarios dogmas se acepta, como en los hombres del siglo, cuando hubieran visto al hombre santo por negligencia haber prolapsado (caído) y se gozan y exsultan, casi (como si) la ruina de los otros, sea su propia resurrección. Por tanto el Señor conmina, que él mismo contra los hombres de esta clase dimique (luche), y haga ascender contra ellos instar de los fletus marinos plurísimas naciones, que destruyan en ellos cualquier cosa que munitísima y firme parece, y así todos sus argumentos subvierte, para que en polvo sean redigidos. Las sagenas también y las redes con las que antes a la decepta (engañada) multitud pescaban, las haga cesar, y en el suelo de la ciudad desierta, expandirse y secarse, para que por aquellas otros sucedan pescadores, a los que el Señor a pescar envió. Pero también las hijas

de ella, que antes casi en el tálamo eran servadas (guardadas), y por las místicas y secretas doctrinas a ninguno fácilmente eran creídas, habiendo de procesar y ser protraídas (sacadas) a lo público, y por el mucrón (espada) eclesiástico haber de ser truncadas, para que entiendan que él mismo es el Señor, que y a Jerusalén por los pecados por un poco dejó, y de Tiro por la insultación de ella y el gozo los munimentos destruyó.

296 (Vers. 6 sig.) Porque esto dice el Señor: He aquí que yo aduciré (conduciré) a Tiro (o a ti SOR) a Nabucodonosor rey de Babilonia desde el Aquilón (Norte), rey de reyes, con caballos, y carros, y jinetes, y con un coeto (asamblea) y pueblo grande. A tus hijas, que están en el agro (campo), al cuchillo interficiará (matará), y te circundará con munimentos (fortificaciones), y comportará un agger (terraplén) en giro, y levará contra ti el clípeo (escudo), y las vineas (máquinas), y los arietes (o lanzas) temperará en tus muros, y tus torres destruirá en su armadura. Por la inundación de sus caballos te operirá (cubrirá) el polvo de ellos, por el sonido de los jinetes, y de las ruedas, y de los carros se moverán tus muros, mientras hubiera ingresado por tus puertas casi como por el introito de una ciudad disipada (o casi como ingrediendo la ciudad desde el campo). Con las úngulas (pezuñas) de sus caballos conculcará todas tus plateas (calles): a tu pueblo al cuchillo caederá (degollará), y tus estatuas nobles a la tierra corruerán (o la substancia de tu fortaleza a la tierra deducirá). Vastarán (o vastará) tus opes (riquezas), diripirán (saquearán)

tus negociaciones (o espoliará tu substancia) y destruirán (o destruirá) tus muros, y tus casas preclaras (o deseables) subvertirán (o vertirá) y tus piedras y tus leños y tu polvo en medio de las aguas pondrán (o en medio del mar inyectará). Y haré quiescer (descansar) la multitud de tus cantores (o cánticos), y el sonido de tus cítaras (o la voz de tus órganos) no se oirá más. Y te daré en limpidísima (o nitidísima) piedra. Desecación de sagenas (redes) será en medio del mar, porque yo he hablado, dice el Señor Dios, y será en direpción (saqueo) a las gentes.

Ambas ediciones según la costumbre conjunté, y en las que discrepan, desde el lado copulé (uní), para la brevedad de los volúmenes proviniendo. Por tanto lo que había dicho: "Ascender haré hacia ti gentes muchas así como asciende el mar fluctuante", y "será Tiro en direpción (saqueo) a las gentes", entonces lo pone más manifiestamente, que a Nabucodonosor rey de Babilonia aduzca el Señor desde el Aquilón, rey de reyes, con caballos y carros, y con infinita multitud de ejército, que primero a las súbditas a Tiro en 297 el litoral ciudades y castillos subvierta, y después haga ser sitiada a Tiro, y la valle (rodee) con el ejército, y con el agger, y con los munimentos, y con las vineas (y clípeos) y arietes impugne los muros y los destruya, y tanta sea la multitud de sus jinetes, que por el polvo de la caballería, y por el sonido del ejército ululante, y por el estrépito de las ruedas y el relincho de los caballos, los fundamentos de la ciudad se muevan, y así ingrese a la ciudad disipados los muros, casi como

desde el campo seguro ingrediendo, y tanta sea la seguridad del ejército vincente, que las plateas de Tiro conculquen las úngulas de los caballos, y todo el pueblo en medio corrua (caiga) de la ciudad, y las estatuas en otro tiempo nobles, o la universal substancia a la tierra corrua, y nada de las prístinas riquezas en la ciudad expugnada se serve (guarde), sino que con los muros las casas también nobles sean destruidas, y tanta sea de los vencedores la saevicia (crueldad), que los leños y las piedras, que residuos del incendio hubieran sido, en medio del mar sean proyectados, y o Nabucodonosor, o el mismo Señor haga quiescer toda la leticia (alegría) de la ciudad, con la que antes en cánticos y salterios personaba (sonaba), y hasta el suelo subvertida, sea desecación de sagenas. Y lo que sigue: "No serás edificada más", parece hacer una cuestión, de qué manera no sea edificada, la que hoy cernimos (vemos) como la nobilísima y hermosísima ciudad de Fenicia. Por lo cual algunos quieren que en el último tiempo estas cosas Tiro haya de pasar, la cual después no haya de ser edificada. ¿De qué manera la persona de Nabucodonosor podrán servar (mantener)?: mayormente cuando leamos en las consecuentes que Nabucodonosor opugnó a Tiro, y del labor suyo no recibió la merced (premio): y por tanto se le entrega Egipto, porque al juicio de Dios en la opugnación de Tiro sirvió. Dicen las griegas y de los fenicios y máxime de Nicolás Damasceno, y otras de los bárbaros dicen ellos, que a esta historia contradicen, haber leído historias, y nada sobre la opugnación por los caldeos haber halla-

do de la tiria ciudad, siendo que probar podamos muchas cosas decirse en las Escrituras hechas, que en los volúmenes griegos no se hallen; ni debemos nosotros a la autoridad de ellos acquiescer (acceder), cuya perfidia y mentiras detestamos. Puede pues lo que se dice, "ni serás edificada más", así ser aceptado, que de ninguna manera más sea reina de los pueblos, ni propio tenga imperio, de qué manera tuvo bajo Hiram y los otros reyes; sino que o a los caldeos, o a los macedonios, o a los ptolomeos, y al postrero a los romanos reyes haya de servir. A ninguno pues es ambiguo según la anagogía, que por Nabucodonosor rey de Babilonia, que viene del Aquilón, el diablo sea entendido, quien aunque sea viento durísimo y siniestro, con nombre de "diestro" 298 presumiendo para sí la dignidad del nombre, y es rey de reyes y de todos los reinos, que mostró al Señor, y dijo hacia él: "Todas estas cosas a mí entregadas son, las cuales te daré si procidente (postrado) me adorares" (Mt. 4, 9). Este tiene caballos y carros, de los cuales escrito está: "Falaz el caballo para la salud" (Sal. 32, 17). Y: "Durmieron todos los que ascendieron a los caballos" (Sal. 75). Y en otro lugar: "Al caballo y al ascensor proyectó en el mar" (Ex. 15, 1). Este a las hijas de Tiro, almas en angustia y en un cierto cárcel de pecados puestas, interficia en el agro y campo latísimo, y circunda a Tiro con sus munimentos, para que clausa (cerrada) la tenga, y ninguno de ella del rey babilonio pueda evadir el imperio. Destruirá los muros y las torres subvertirá, y cualquier cosa que por fuerte tuvo en los dogmas,

por la inundación de sus caballos y el sonido de los jinetes y el estrépito de las ruedas y de los carros pertremecerá, e ingredirá (entrará) por sus puertas, ninguno prohibiendo, y por las plateas de la ciudad: "Porque lata (ancha) y espaciosa vía es la que conduce a la muerte" (Mt. 7, 13), las úngulas de sus caballos calcarán, y la universal substancia o las estatuas nobles, con las que para sí imágenes fingieran de falsedad, de las cuales escrito está: "Señor, en tu ciudad las imágenes de ellos disiparás" (Sal. 72, 20), a la tierra deyectará (derribará), y destruidos los muros, las casas también nobles serán subvertidas, las que para sí había parado (preparado), y en las que exsultaba, y en tanta desolación vendrá, que las piedras de ella y los leños con los que había edificado los muros, y los cementos construyera, proyecten en el profundo, y los cánticos de ella y la música, con los que para sí en la sabiduría de este siglo confiaba, y todo sonido de las cítaras no se oirá más, y la pesca de ella cesará, y será humilde, de manera que desecación de sagenas, y más no sea edificada, porque al juicio del Señor entregada a Nabucodonosor, omnino (totalmente) subvertida está, según lo que también el Apóstol dice: "A los cuales entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar" (1 Tim. 1, 20). Los lugares difíciles son, e el principio lector y diligente debe ignoscer (perdonar) al labor mío. O si mejor algo hubiera podido hallar, yo también en el juicio de él pasaré: con tal que conociera el perdón que a mí me tribuiera, él de los otros habrá de recibir.

(Vers. 15 y ss.) Así dice el Señor Dios a Tiro: ¿Acaso no se conmoverán las islas al sonido de tu ruina y al gemido de tus muertos, cuando hayan sido asesinados en medio de ti? Y descenderán de sus sedes todos los príncipes del mar: y se quitarán sus despojos, y arrojarán sus variados vestidos, y se revestirán de estupor. Se sentarán en la tierra, y atónitos por tu repentina caída se admirarán, y tomando sobre ti una lamentación, te dirán: ¿Cómo pereciste tú que habitas en el mar, ciudad ínclita, que fuiste fuerte en el mar con tus habitantes a quienes todos temían? Ahora se pasmarán las naves en el día de tu pavor, y se turbarán las islas en el mar, porque nadie sale de ti. LXX: Porque esto dice el Señor Dios a Sor. ¿No se conmoverán las islas a la voz de tu ruina cuando hayan gemido tus heridos, cuando haya sido desenvainada la espada en medio de ti, y descenderán de sus sedes todos los príncipes del mar, y se quitarán sus coronas, y de sus variados vestidos serán desnudados? Enloquecerán de furor: se sentarán en la tierra y temerán su propia perdición, y gemirán sobre ti, y tomarán sobre ti una lamentación, y te dirán: ¿Cómo pereciste y fuiste disipada en el mar, ciudad alabada, que fuiste fuerte en el mar tú misma y tus habitantes, que diste tu temor a todos tus moradores? Y temerán las islas en el día de tu ruina, y se turbarán las islas en el mar a tu salida. Primeramente despleguemos las mismas palabras de la historia, abriendo el sentido de lo dicho con una brevísima metáfrasis. Así dice Adonai el Señor a Tiro, que en hebreo se llama SOR: ¿Acaso en el

día de tu ruina, cuando hubieres caído bajo el ataque de Nabucodonosor, y en el gemido de los heridos o de los muertos que hayan sido asesinados en medio de ti, no se conmoverán las islas? Y descenderán todos los reyes de sus sedes o de sus solios, y los príncipes del mar que imperan sobre diversas islas, y se quitarán las diademas de sus cabezas, deponiendo toda la gloria de reinar, y las vestiduras preciosísimas que fulgen con increíble variedad las arrojarán de sí, y por la magnitud del estupor se volverán amentados, y abatidos en la humildad se sentarán en la tierra, y cuando te hayan visto caída, temerán cosas semejantes para sí mismos: y nada pensarán que sea perpetuo en los bienes de la tierra; sino que por el contrario tomarán sobre ti una lamentación y recordarán un cántico fúnebre, diciendo: ¿Cómo pereciste tú que habitas (o: habitabas) en el mar, ciudad ínclita o alabada? Pues leemos en las historias griegas, latinas y bárbaras que Tiro fue una isla y no tuvo ningún acceso desde tierra: pero después por Nabucodonosor, rey de los caldeos, o, como algunos afirman, por Alejandro, rey de los macedonios, fueron arrojados terraplenes, y el lugar fue preparado con obras de asedio, empalizadas y arietes, y de isla fue convertida en península. Tú pues, oh Sor, oh Tiro, que en otro tiempo fuiste la más fuerte entre todas las islas, o alabada por la voz de todos entre las ciudades, con tus habitantes a quienes todos temían, ¿cómo repentinamente caíste? Ahora se pasmarán o temblarán sobre ti las islas, y, como mejor se lee en el hebreo, las naves, en el día de tu pavor y ruina, y se turbarán las

islas en el mar. De donde es más consecuente leer 'naves' arriba, para que no se pongan 'islas' por segunda vez; porque nadie sale de ti, o, como tradujeron los Setenta, en el día de tu salida: cuando hayas sido llevada cautiva. Queden entretanto estas cosas echadas como ciertos fundamentos de la historia: ahora nos esforzaremos por imponer la cumbre espiritual. Imagina a alguien que, habiendo conservado largamente la castidad, había florecido con muchas virtudes, y después se desplomó en algún pecado grave y mortal: ¿acaso al sonido de su ruina y de las virtudes asesinadas no se conmoverán todas las islas: esto es, aquellos que son golpeados por las saladas y amargas olas de este siglo? Y descenderán del trono de su soberbia todos los que en la salmuera de este siglo parecían príncipes, y abatidos en la humildad se quitarán las diademas de sus cabezas que parecían poseer por las buenas obras, y arrojarán las variadas vestiduras de la diversidad de las virtudes y se revestirán de estupor, o por la magnitud del temor parecerán de algún modo insensatos; y se sentarán en el suelo, y estupefactos por su repentina caída se admirarán: hasta tal punto que todos tomarán llanto y lamentación sobre el que cayó, y dirán: ¿Cómo pereciste tú, que antes estabas salvo? ¿Cómo caíste tú, que por tanto tiempo habías permanecido en pie, que en el mar de este siglo entre todos los ínclitos eras estimado, que eras por la opinión de todos tenido por robusto? Y tus habitantes, esto es, los pensamientos fortísimos que resistían contra todos los dardos encendidos del diablo, que antes eran es-

panto para todos los adversarios, se convirtieron en estupor. Pero también las naves, esto es, todos los santos que atraviesan las olas de este siglo, se pasmarán cuando te hayan visto caer. En el día de tu pavor y de tu ruina se turbarán las islas, no sea que ellas mismas también sufran cosas semejantes. Pues las ruinas de otros son ejemplos para los justos, mientras todos moramos en este siglo en un estado enfermo y débil y con paso fluctuante, y nunca es nuestra victoria cierta ni segura: cuando salgan de ti los que antes estuvieron firmes; o en tu salida; en tu fin y consumación. Pues no somos juzgados por las cosas pasadas, sino por las presentes. Y hay que guardarse y siempre temer, no sea que la tempestad de una sola hora subvierta la antigua gloria y la sólida firmeza.

(Vers. 19 sig.) Porque esto dice el Señor [Vulg. añade Dios]: Cuando te diere como ciudad desolada casi como las ciudades que no se habitan. Y cuando adujere (condujere) sobre ti el abismo, y te operiren (cubrieren) las aguas muchas. Y te detrajere (bajara) con estos que descienden al lago (o a los que descienden a la fosa) al pueblo sempiterno. Y te colocare en la tierra novísima (o en lo profundo de las tierras) casi como las soledades veteranas, con estos que son deducidos al lago (o descienden a la fosa), para que no seas habitada. Y [Vulg. Por lo demás cuando] diere gloria en la tierra de los vivientes (o para que no resurjas en la tierra de los vivientes). A la nada te redigiré (reduciré) (o perdición te daré) y no serás. Y requisita (buscada) no serás hallada [Vulg. añade más] en sempiterno, dice el Señor Dios. Con las

superiores junta las cosas que dichas son. Cuando te diere, oh Tiro, como ciudad en perpetuo desolada, casi como las ciudades son otras que omnino (totalmente) no se habitan. Y adujere sobre ti el abismo, y te operiren las aguas muchas, o las infinitas multitudes de los enemigos. O ciertamente quien a la isla habla y a la ciudad en la isla constituida tropológicamente la frecuencia de los adversarios a los fluctos (olas) del abismo compara. Y te detrajere con estos que descienden al lago, o a la fosa, a aquellos que en el infierno están. De los cuales también en los Salmos leemos: Entrarán en las inferiores de la tierra: serán entregados en las manos de la espada, partes de las vulpes (zorras) serán (Sal. 62, 10. 11). Al pueblo sempiterno, donde es el fleto (llanto) de los ojos, y el estridor de los dientes, y te pusiere en la tierra novísima, en la cual el antiguo dracón (dragón) constituido está. Y casi como las veteranas soledades y los desiertos, donde ninguna recordación de los bienes, sino penas serán sempiternas. Ni te hiciere ser suscitada en la tierra de los vivientes, de la cual escrito está: Bienaventurados los mansos, porque ellos mismos poseerán la tierra (Mt. 5, 4). Y en otro lugar: Placeré al Señor 302 en la región de los vivos (Sal. 114, 9). Entonces serás redigida a la nada, o perecerás en eterno, y más no serás, según aquello que en otro salmo escrito está: "Dimíteme (perdóname) para que me refrigere antes de que me vaya, y más no seré" (Sal. 38, 14).

No porque deje de ser quien en las penas está sempiternas: sino porque quien para Dios

no vive, en las Escrituras santas se diga no subsistir. Por lo cual también Ester contra los ídolos hablando: "No entregues," dice, "tu cetro a estos que no son" (Esther 14). Ciertamente eran aquellos a quienes obsecra (ruega) que no se entregue; pero para Dios no eran, quienes por sus virtudes, y para el Dios viviente habían cesado de ser. Y esto ha de ser notado, que es buscada Tiro por Aquel que vino a buscar y a hacer salvo lo que había perecido, y dejadas las noventa y nueve ovejas en los montes, busca una oveja errónea (Lc. 19). La mujer también que una dracma había perdido, busca, y halla, y 302 convoca a las vecinas a la sociedad de la leticia (Lc. 15). Pero si requisita (buscada) no es hallada Tiro, no es vicio del que busca, sino de aquel que hubiera huido de la mano del buen pastor. Y más, dice, no serás en sempiterno; o como en el hebreo LOLAM, y en el griego Ayón, se escribe, un siglo significa, según aquello de Isaías, que después de setenta años dice que Tiro ha de ser restituida a su íntegro estado (Is. 23). Dicen pues que un siglo, esto es, el tiempo de la edad humana, en número de setenta años se suputa (computa), diciendo el Salmista: "Los días de nuestros años, en ellos setenta años." Pero si en las potentados (poderes), ochenta años, cualquier cosa por encima, labor y dolor es (Sal. 89, 10). Esto metafrásticamente (parafrazeando) brevemente de Tiro dijimos.

Lo cual también a aquellos referirse puede que en la angustia de este siglo constituidos, son deducidos a los infiernos, y son operidos por los abismos y por los fluctos de las penas, y son

traídos a las inferiores de la tierra, y a estos se copulan que en la veterana soledad están, y son deducidos al lago, o a la fosa sempiterna, para que más no sean habitados por el Espíritu Santo. De los cuales escrito está: "El impío cuando cayere en lo profundo de los males, contemne (desprecia)" (Prov. 18, 3). Ni de lo demás estarán en la tierra de los vivientes, sino que perecerán, y serán redigidos a la nada, y para Dios cesarán de ser. De cuyos testimonios abusan aquellos que dicen de los impíos y no pecadores las penas ser perpetuas: quienes buscados por Dios, no fueron hallados, 303 y en eterno cesaron de ser: porque por su propio vicio perdieron a Aquel que dice: "Yo soy la vida" (Jn. 14, 6).

(Cap. XXVII.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Tú pues, hijo del hombre, asume sobre Tiro un lamento, y dirás a Tiro que habita en el introito (entrada) del mar, en la negociación de los pueblos hacia muchas islas (o desde muchas islas). Esto dice el Señor Dios.

Si quisiera toda la profecía contra Tiro, o sobre la lamentación de Tiro, en un solo sermón comprender, o la haría larga, o el sentido del lector oscuro; mientras todas las cosas simultáneamente no puede en la mente retener, principalmente en las que del hebreo en este lugar la edición de la LXX discrepa, esto es, qué cosas hubieran añadido, o cuáles hubieran sustraído. Por tanto con nuestra interpretación estaremos contentos, y si en algo disuenan, desde el lado las copularemos (uniremos), dejando la perfecta ciencia de todas las cosas a Dios: y qué a nosotros nos parezca en

cada una, brevemente amonestaremos (advertiremos). Quien es plañido (lamentado), todavía es de cuidado para aquel por quien es plañido. Por lo cual también Samuel flebaba (lloraba) y plañía sobre Saúl (1 Sam. 15). Y el apóstol Pablo se lamenta y luge (llora) sobre aquellos que han fornicado y no han hecho penitencia (2 Cor. 12). Y Jeremías las Lamentaciones sobre la eversión de Jerusalén escribe en cuatro alfabetos.

Habita pues, según la letra, Tiro, o SOR, en el introito del mar: o porque antes fue isla, o porque en un puerto tutísimo (muy seguro) recibe a las naves que vienen de lo alto (mar adentro), y es negociación de los pueblos hacia muchas islas, o de muchas islas. Lo cual ciertamente hasta hoy persevera, de manera que en ella se ejercen los comercios de casi todas las gentes. Siguiendo empero la interpretación comenzada, cualquier cosa que de Tiro se diga, refirámosla a la synochē, esto es, las angustias de este mundo, que en el maligno puesto está, y por varias perturbaciones casi como por fluctos (olas) es coartado (estrechado) y percutido. De los negociadores de esta clase también en el salmo con místico sermón se narra: Los que descienden al mar en naves, haciendo operaciones en muchas aguas, ellos mismos vieron las obras del Señor, y sus mirabilias (maravillas) en el profundo (Sal. 106, 23. 24).

(Vers. 3.) Oh Tiro, dijiste: De perfecto decoro yo soy (o dijiste: Circundé para mí yo el decoro) y en el corazón del mar sita (situada). El primer crimen es de Tiro, si algo parece tener de bueno, no de Dios pensarlo, sino suyo, y 304 todo el

decoro (belleza), que a ella de diversas regiones viene, estimarlo como propio de su diligencia y virtud. Pues dijo: De perfecto decoro yo soy, o yo para mí circundé el decoro, siendo que en el corazón, esto es, en medio del mar está sita, y casi como isla se mueve, y fluctúa, y por las ilisiones (choques) de las ondas es confrita (quebrantada). Pero que el corazón del mar el medio signifique, también aquel sermón profético demuestra: Por tanto no temeremos cuando conturbada fuera la tierra, y traslados los montes al corazón del mar. Sonaron y turbadas fueron las aguas de ellos (Sal. 45, 2. 3). Pero también nuestro Señor en el corazón de la tierra, esto es, en el medio, a los infiernos se dice haber descendido. Pero la verdadera y perfecta pulcritud (belleza) en ninguno de los hombres está, sino en el cuerpo de Cristo, que se interpreta como la Iglesia, y se congrega por las virtudes de muchos santos. Por lo cual también Él mismo habla a la esposa: Toda pulcra (bella) eres, próxima mía, y mácula (mancha) no hay en ti (Cant. 4, 7).

(Vers. 4, 5.) Tus colindantes que te edificaron, cumplieron tu decoro (belleza). Con abetos de Sanir te construyeron con todos los tablados del mar. Cedro del Líbano tomaron, para hacerte un mástil. Por lo cual, queriendo no sé qué, así los LXX tradujeron: Beelim tus hijos te circundaron el decoro: el cedro de Sanir fue edificado para ti: tenues tablas cipresinas del Líbano tomaron, para hacerte mástiles de abeto. Pues el término Beelim, en este lugar entre los hebreos penitus (totalmente) no se tiene, sino que en lugar de

Beelim está escrito GEBULAIC, lo que significa tus términos (fronteras). En aquello también que dijeron, "tus hijos", por la ambigüedad de la palabra fueron deceptos (engañados), y por la similitud de la escritura, siendo que por pronunciación diversa las mismas letras, de los "cementarios" (constructores), y de los "hijos", BONAICH y BENAICH se leen.

Oh pues Tiro, que dijiste por soberbia: De perfecto decoro yo soy, o yo para mí el decoro circundé, siendo que estás sita (situada) en medio del mar, oye cuántas cosas por la largueza de Dios te han sido colatas (concedidas). Tus fínitimos (vecinos) y conterminos, que no son de regiones longincuas (lejanas), sino de las vecinas, ellos mismos cumplieron tu decoro, ¿y tú piensas ser tuyo lo que es ajeno? Y habla casi como a una nave tropológicamente, significando la pulcritud de la ciudad, y la abundancia de todas las cosas, para que después de que hubiera descrito la universal supeléctil (mobiliario) de ella: el mástil, las antenas (vergas), 305 los remos, las velas, la prora, la carina (quilla), los funes (cables), los operatorios (cubiertas), las pelles (pieles), y lo demás que el uso de las naves óptimamente instruidas índiga (necesita): entonces denuncie venir a ella la tempestad, y el viento austro (sur), por el cual los fluctos máximos se conmoverán, y ella subyacer al naufragio. Por cuyas cosas significa la eversión de la ciudad tiria por el rey Nabucodonosor, o, como muchos piensan, por Alejandro rey de los macedonios, quien por seis meses la misma ciu-

dad se narra haber sitiado y tomado, después de que venció a Darío en Licia.

Según los místicos intelectos empero, con abetos o cedros de Sanir, los tablados de la nave tiria son caedizos (cortados), con los que se teje y se compinge (ensambla), y con cedro o cipariso (ciprés) del Líbano el mástil de ella: con los abetos por la levidad (ligereza) y las junturas de las tablas que más blandamente entre sí se tienen y muerden: o con los cedros, porque ese leño es imputrescible. De Sanir empero se dice, que se interpreta como "vía de la lucerna" (lámpara); o como nosotros más verdaderamente arbitramos, "diente de las vigilias", por el hecho de que toda la prosperidad de la nave, e ilustración, haya venido de la verdadera luz. Sanir empero es el monte según la letra el mismo que también Hermon, al cual otros llaman Sanior. Lee la historia. El Líbano se interpreta como "candor" (blancura), o "dealbación" (blanqueamiento): lo cual también ello mismo a la gracia pertenece que viene de otra parte.

(Vers. 6.) Encinas de Basán dolaron (tallaron) para tus remos: tus transtra (bancos) te hicieron de marfil índico, y praetoriola (camarotes) de las islas de Italia. LXX: De Basán hicieron tus remos, y tus templos, e hicieron para ti de marfil casas silvestres de las islas de Chettiim. Cuánta pulcritud de la nave, y de la supeléctil (mobiliario) de ella, que remos tuviera cedrinos, no de cualquier lugar, sino de Basán, y bancos ebúrneos (de marfil), y camarotes, o celarios, en los cuales las mercancías preciosísimas se reponen, de las islas

de Chettiim, lo cual nosotros en Italia vertimos: de aquella región que a Grecia es más propincua (cercana), entendiendo todas las partes de las islas occidentales.

Digamos pues según la anagogía, que los remos se hacen de la nave tiria de Basán, de la cual también en los Salmos se escribe: Dijo el Señor: de Basán convertiré de lo profundo del mar (Sal. 67, 23). Basán en nuestra lengua se interpreta como "ignominia". A aquellos pues que fueron en el profundo del mar, y en la ignominia de los pecados, 306 convirtió Dios, y los convirtió en remos, para que con los Apóstoles navegando, puedan a la tierra, y a los litorales pervenir; y se hacen bancos de marfil, cuando hubieran mortificado sus cuerpos: o el uso de los dientes a las alabanzas de Dios hubieran colato (concedido), y camarotes, o celarios de las islas de Chettiim, la cual según la etimología del sermón hebreo se vierte en "percutida" (percussam), para que por las plagas del diablo no tanto fuera interfecta (muerta) como probada.

Podemos del marfil, también casas silvestres decir de las islas de Chettiim, las cuales los herejes no en la casa de Dios, sino en la nave tiria fabricar se conan (esfuerzan). Y ellos mismos teniendo el marfil de su sermón, y de la lengua edificando templos contrarios al templo de Dios, y casas silvestres, habitáculos de las bestias, siendo que la Escritura diga en la casa de Dios los némores (arboledas), y las selvas, y los lucos (bosques sagrados) no haber de ser plantados (Deut. 12).

(Vers. 7.) Biso (lino fino) vario de Egipto tejido te fue para la vela, para que se pusiera en el mástil: jacinto y púrpura de las islas de Elisa, hechos fueron tu operimento (cubierta). LXX: Biso con variedad de Egipto hecho te fue para el estrato (lecho), para que circundara para ti la gloria, y te operiera (cubriera) con jacinto, y púrpura, de las islas de Elisa hechos fueron tus operatorios. Porque había dicho Tiro: De perfecto decoro yo soy, o yo para mí circundé la pulcritud, se le arguye qué de cada una de las regiones recibió, según aquello de la Escritura: ¿Qué tienes que no recibiste? Si empero recibiste, ¿por qué te glorías casi como si no hubieras recibido? (1 Cor. 4, 7). Se describe pues qué cada una de las provincias manda, según aquello virgiliano (Geórgicas, lib. 1): "India manda el marfil: los blandos sabeos sus inciensos: Pero los cálibes duros el hierro, y el Ponto el venenoso castóreo", y lo demás. El biso en Egipto es donde máxime nace, de lo cual contexta (tejida) está de la nave tiria la vela, la cual se suspende en el mástil, y el operimento de aquel, que en el calor del sol y en lo tranquilo a los nautas y vectores presta umbráculo (sombra), de jacinto y púrpura se hace; que son de las islas de Elisa, llamando así a las islas del mar Jónico. Por lo demás según los Setenta de biso para el estrato, y para el requie (descanso) de la nave tiria se tejen velamentos, para que con estos operta (cubierta) más gloriosa sea, y circundada tenga un amito (vestido) más pulcro. Pero que el biso se refiera a la tierra, porque de la tierra nace, y el jacinto al aire, la púrpura al mar del cual se confecta (hace),

añadido el cocino (escarlata) dos veces tinto, con los cuales las vestimentas del Pontífice 307 se tejen, a menudo amonestamos que los cuatro elementos significan: tierra, fuego, aire, y aguas, de los cuales constan todas las cosas, que para sí asume Tiro, para que de las criaturas de Dios no use con gracia, sino diga: De perfecto decoro yo soy: o, para mí el decoro circundé.

(Vers. 8, 9.) Los habitantes de Sidón y los aradios fueron tus remeros. Tus sabios, Tiro, hechos fueron tus gobernantes (pilotos). Los ancianos de Biblos y los prudentes de ella prestaron nautas para el ministerio de tu varia supeléctil (mobiliario). Todas las naves del mar y los nautas de ellas estuvieron en el pueblo de tu negociación.

LXX: Tus príncipes habitaban en Sidón, y los aradios fueron tus remeros. Tus sabios de Sor que estaban en ti, estos fueron tus gobernantes. Los ancianos de Biblos y los sabios de ella estaban en ti: estos confortaban tu consejo, y todas las naves del mar y los remeros de ellas hechos te fueron en el Occidente del Occidente.

Había dicho arriba: Tus finítimos (vecinos) que te edificaron, llenaron tu decoro: antes que vengan a aquellos que lejos habitan, describe los auxilios de las provincias próximas. Tus habitantes, dice, o los príncipes de Sidón y de Arvad, que es una isla vecina, son tus remeros. Tus sabios, oh Tiro, hechos han sido tus gobernantes. Pues a los sabios propiamente pertenece la gobernación, diciendo la Escritura: Aquellos para quienes no hay gobernación, caerán casi como hojas (Prov. 11, según los LXX). Los ancianos o seniores de

Biblos y sus prudentes prestaron nautas para tu ministerio, o confortaron el consejo de Tiro, y prestaron varia supeléctil: y todas las naves del mar y los nautas de ellas estuvieron en el pueblo de la negociación tiria, o en el Occidente del Occidente.

Esto por lo pronto según la letra. Por lo demás, según los místicos intelectos, porque los sidonios se interpretan "cazadores", y los aradios "deponentes" (los que deponen): diremos que la gloriosa Tiro, y la ciudad superbísima que, al soplar el viento, después ha de ser contrita (triturada), tiene ciudadanos o príncipes cazadores, de los cuales está escrito: 308 Nuestra alma casi como un gorrión ha sido arrebatada del lazo de los cazadores. Pues donde nosotros leemos "de los cazadores", en el hebreo está escrito "de los sidonios". Estos cazan las almas incautas constituidas en lo sublime, para que a lo terreno las deduzcan, y se hacen remeros, para que las conduzcan a los naufragios. Pero los sabios de Tiro, que en mala parte se aceptan, por la cual más sabios son los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz, ellos mismos gobiernan a Tiro preparada para el naufragio.

(Vers. 10.) Persas y lidios [Vulg. Lidia] y libios estaban en tu ejército, tus varones belatores (guerreros): escudo y galea (casco) suspendieron en ti para tu ornato (o peltas, y galeas suspendieron en ti ellos dieron tu gloria). Que los persas fueron fortísimos, cuyo rey Ciro, como por el vaticinio de Isaías se predica (Is. 45), subverso Astiages, rey de los medos, capturó Babilonia, tanto la sa-

grada como la secular historia lo narra. Jenofonte escribe plenísimamente que los lidios también en aquel tiempo entre las gentes robustísimas fueron reputados, cuyo rey Creso por el mismo Ciro fue capturado. Y que los libios con los troglo-ditas y etíopes vinieron contra Jerusalén, en el volumen de los Paralipómenos leemos (2 Par. 12): quienes porque en aquellos tiempos eran floren-tísimos, famosos pugnadores para las batallas, de la ciudad tiria defensores ser se memoran, y para aterrar a los enemigos escudos y galeas entre los propugnáculos de los muros suspendieron. Pero la inteligencia espiritual aquello suena, que los persas, que se interpretan "tentantes", o "tenta-dos"; y los lidios, que entendemos "generados"; y los libios, que en el sermón hebreo se llaman FUT, y se vierten en "boca" (de os, oris, no de os, ossis), en vano se nitan (esfuerzan) en defender a Tiro, siendo que por la tentación sean superados, y a la generación y a la libido sirvan, y solo palabras vanas multipliquen, no teniendo la galea de la salud, ni el escudo de la fe (Ef. 6); sino solo la gloria y el estrépito de los sermones pretenden para el ornato de ella.

(Vers. 11.) Los hijos de los aradios con tu ejérci-to estaban sobre tus muros en circuito: pero tam-bién los pigmeos (GAMADIM) que estaban en tus torres, sus aljabas suspendieron en tus muros por el giro (alrededor), ellos mismos completaron tu pulcritud. LXX: Los hijos de los aradios, y tu fortaleza sobre tus muros, en circuito custodios en tus torres estaban. Sus aljabas suspendieron sobre tus propugnáculos por el giro. Ellos mismos

perfecionaron tu decoro. La palabra GAMADIM, la primera edición de Aquila la interpretó como "pigmeos": Símaco, "medos": los Setenta, "custodios": Teodoción interpretó "Gomadim", lo mismo del hebreo. Arvad, isla que toda ella es una ciudad, y contra sí tiene el opido (pueblo) de Antarvad puesto, y es vecina de Tiro, y se pretende en el litoral fenicio 310 de la tierra continente, hasta hoy la cernimos (vemos): estos son en el ejército de la ciudad tiria custodios de las torres de ella, y suspendieron sus aljabas por el giro, y completan la pulcritud de ella, para que sagitarios ser se enseñen, o pigmeos son, esto es bellatores (guerreros), y para las guerras prontísimos, de pygme, que en el sermón griego en "certamen" se vierte. Si empero los aradios suenan "deponentes", todo el que pretende la ciencia de falso nombre, y tiene en la aljaba de su pecho los dardos encendidos del diablo, con los cuales los corazones de los deceptos (engañados) vulnera y enciende, aradio ha de ser llamado. Pues desea deponer a aquellos que se nitan a lo alto ascender, y completa la pulcritud de Tiro, de la cual en los Proverbios está escrito: No te decipia (engañe) el deseo de la pulcritud, para que no seas capturado por tus ojos (Prov. 6, 25). Y de nuevo: Como inauris (pendiente) en las narices de una puerca, así a la mujer de malas costumbres la pulcritud (Ibid. 11, 22).

(Vers. 12.) Los comerciantes cartagineses, por la multitud de todas las riquezas, con plata, hierro, estaño y plomo llenaron tus ferias. No solo en el presente lugar, sino también en Isaías, donde está escrito: «Aullad, naves de Cartago»

(Is. 23, 14), los demás intérpretes vertieron la palabra hebrea THARSIS, la cual nadie duda que es una colonia de los tirios. Ellos mismos desde las partes del Occidente con plata, hierro, estaño y plomo llenaron las ferias de Tiro. Tarsis en nuestra lengua suena «exploración del gozo». Pero no debemos entender aquí a los exploradores en buena parte, como los que Moisés había enviado para explorar la tierra de la promesa (Núm. 13), sino en la contraria, como aquellos que también el Apóstol dice que él evita: «Por causa de los falsos hermanos introducidos secretamente, que entraron a explorar nuestra libertad que tenemos en Cristo» (Gál. 2, 4): y de los cuales habla José: «Exploradores sois: a considerar los vestigios de la región habéis venido» (Gén. 42, 9). Y sus hermanos, entendiendo que el crimen no es pequeño explorar lo ajeno por insidias, respondieron: «No son exploradores tus siervos». Estos, por tanto, las ferias de Tiro no con oro, ni con piedra preciosa, sino con plata, hierro, estaño y plomo las multiplican, teniendo la venustez del elocuio, y armas para expugnar; y en el estaño la similitud del elocuio que miente (falsifica) la plata; y en el plomo la impiedad gravísima, según Zacarías (Zac. 5), en el cual una mujer se sentó sobre un talento de plomo, y los egipcios fueron sumergidos en lo profundo como el plomo. Larga es la disputa de cada uno de los metales, pero se ha de estudiar la brevedad.

(Vers. 13, 14.) Grecia, Tubal y Mesec, ellos mismos tus comerciantes, esclavos y vasos de bronce trajeron a tu pueblo: de la casa de Togarmah

caballos y jinetes, y mulos trajeron a tu foro. LXX: Grecia toda, y sus partes adyacentes, ellos mismos tus negociantes en las almas de los hombres, y vasos de bronce dieron a tu mercado: de la casa de Thorgama, caballos y jinetes, y mulos dieron a tus ferias. Los jonios, dice, que en hebreo se llaman Javan, y Tubal, esto es, los iberos orientales, o de las partes de Occidente los hispanos, que por el río Ebro con este vocablo son nombrados, y Mesec, a quienes entendemos ser los capadocios, cuya metrópoli que después por el César Augusto fue llamada Cesarea, hasta hoy en la lengua de ellos se dice Mazaca: estos hicieron precioso el comercio de Tiro, de modo que esclavos y vasos de bronce de Corinto trajeran a Tiro, y de la casa de Togarmah, esto es, de Frigia, caballos, y jinetes y mulos, de la cual provincia antaño hubo máxima copia. Dicen los hebreos que Grecia, esto es, Javan, se interpreta «es y no es»: lo cual propiamente se refiere a la sabiduría secular, en la cual si rectamente algo encuentran, se llama «es»; si en la parte contraria, «no es». Pues muchas cosas por el bien de la naturaleza también ellos discurren sobre los oficios, sobre la continencia, sobre el desprecio de las riquezas: lo cual propiamente para sí los estoicos vindican, y parecen las almas de los hombres a quienes decepcionaron (engañaron) lucrar (ganar): y tienen vasos de bronce, con los cuales mienten (falsifican) la similitud del oro, que ingieren a los pueblos de Tiro, para que los suplanten por la opinión de la falsa doctrina. De la casa también de Togarmah, que se interpreta «peregrino» y «advenedizo», al foro y ferias de

ella caballos serán traídos, y jinetes y mulos, de los cuales está escrito: «Falaz el caballo para la salud» (Sal. 32, 17). Y en otro lugar: «Durmieron todos los que ascendieron a los caballos» (Sal. 75, 7). Y en los Salmos: «No queráis ser como el caballo y el mulo, en los cuales no hay intelecto» (Sal. 31, 9). Por lo cual también Doeg, acusador e interfector (matador) de los sacerdotes, prefecto de muchos fue, y que estos son de la casa del advenedizo y peregrino, que no comen las carnes del cordero, de los cuales está escrito: «El advenedizo y el mercenario no comerán de él» (Éx. 12, 43); de modo que todas las ferias de Tiro se completen con estas mercancías.

Los hijos de Dedán fueron tus negociadores. Por lo cual los Setenta, no sé qué queriendo, interpretaron "los hijos de los rodios": a no ser que tal vez por la falsa similitud de la primera letra (daleth y resh), para que en lugar de Dadan leyeran Radan, la cual también es la máxima de las Cícladas, y antaño ciudad potentísima en el mar Jónico, y por el certamen naval gloriosa, y por el tutísimo (segurísimo) puerto receptáculo de todos los mercaderes. Y porque los rodios en nuestra lengua se vierten "videntes el juicio" (los que ven el juicio), de estos ahora tropológicamente se dice, que cernen (ven) la verdad del juicio, y ellos mismos no la hacen, diciendo el Apóstol: Por lo cual inexcusable eres, oh hombre todo, que juzgas. Pues en lo que juzgas a otro, a ti mismo te condenas. Pues las mismas cosas haces que juzgas (Rom. 2, 1). Pero mejor es DADÁN el

nombre de otro lugar aceptar, como tanto en el hebreo, como ante los demás intérpretes se tiene.

(Vers. 15, 16.) Muchas islas fueron la negociación de tu mano: colmillos de marfil y de ébano conmutaron en tu precio. Siria fue tu comerciante, por la multitud de tus obras, propusieron estacte, púrpura y bordados (scutulata), y biso y seda, y Chodchod propusieron en tu mercado. LXX: De las islas multiplicaron tu negociación: colmillos de elefante, y a aquellos que eran introducidos devolvías tus mercedes. Hombres fueron tu negociación por la multitud de tu mercado: en Afec, estacte y polímitos de Tarsis y Ramot y Chodchod dieron en tus ferias. Mucho discrepa de lo hebreo en el presente lugar la edición de los Setenta; por lo cual según ambas pocas cosas han de ser dichas: para que no, ocupados en las mercancías de Tiro, a las restantes profecías más tardíamente pasemos. Los hijos de Dedán negociantes de Tiro, de muchas islas multiplicaron la negociación de ella, de modo que colmillos de elefantes dieran a aquellos que venían a su comercio, y tuvieran hombres en las ferias por la multitud de la negociación. Tuvieran empero en Afec, lo cual de la edición de Teodoción en los Setenta fue añadido: por lo cual Símaco vertió polímitos. Estacte también, por lo cual todos los otros púrpura interpretaron, que en hebreo se dice ARGAMÁN: y variedades de Tarsis, por lo cual en el hebreo se dice BUS, que por todos en biso (lino fino) fue vertida. Tarsis empero en el presente lugar no se tiene en absoluto. Y Ramot, dicen, y Chodchod dieron en tus ferias; lo cual así

se tiene en el hebreo, salvo que por Ramot, Aquila interpretó seda, o cosas sutiles. Chodchod empero todos los intérpretes, tal como en el hebreo está puesto, lo vertieron. Por tanto, según los Setenta, los hijos de los rodios negociantes de Tiro, de islas plurísimas multiplicaron la negociación de ella: según lo hebreo, después de los hijos de Dedán negociantes de ella, las islas también de diversas gentes aumentaron en el comercio de ella, trayendo colmillos de marfil de la India, y maderos de ébano, que de color negro son preciosísimos, y conmutaron con otras mercancías de Tiro. Siria también fue negociante de Tiro: por lo cual en lo hebreo está puesto ARAM, en cuyo lugar los Setenta hombres interpretaron, por ARAM leyendo ADAM, y de las letras RES y DALET, como arriba, deceptos (engañados) por la similitud. Hasta hoy empero permanece en los sirios el ingénito ardor de la negociación, que por todo el mundo por la codicia del lucro discurren, y tanta tienen la vesania de mercar, que, ocupado ahora el orbe romano, entre las espadas y las muertes de los míseros busquen riquezas, y la pobreza por los peligros huyan. De este tipo de hombres son los negociantes de Tiro, que polímitos, púrpura y bordados (scutulata) mercan: biso también y seda, y Chodchod proponen en el mercado de ella. Por la púrpura, que todos interpretaron; estacte, esto es, gota, los Setenta vertieron. Chodchod empero qué signifique, hasta el presente no he podido encontrar. Dicen los hebreos que todas las preciosísimas mercancías por este nombre son significadas, o que es cierta especie de preciosas

mercancías que el sermón romano no resuena, o por vocablo común las baratijas de los que venden.

De las muchas islas empero, para que pasemos a la anagogía, que por las salsas (saladas) y amargas fluctuaciones de este siglo son batidas, difieren los negociantes de Dedán colmillos de marfil, prometiendo el candor de la elocuencia; de los cuales está escrito: «Desde las casas de marfil por las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor» (Sal. 44, 9). Pero no son cándidos, ni imitan a la esposa, de la cual se dice: «¿Quién es esta que asciende blanqueada, apoyándose sobre su primo?» (Cant. 8, 5). En verdad de ébano de color negro, que no pueden su negritud mudar, diciendo Jeremías: «Si mudará el etíope su piel, y el pardo su variedad» (Jer. 13, 21). Siria también, esto es, Aram, que se interpreta «excelso», y se hincha de soberbia, negociante de Tiro es, y en la multitud de las obras de los tirios difiere la ciencia de falso nombre, prometiendo muchas variedades, y estacte de óptimo olor, y púrpura de regia dignidad, y bordados (scutulata) del arte dialéctica, y biso, por el cual los Setenta Tarsis interpretaron dedicado a las obras de la tierra: y seda, por lo cual en lo hebreo está escrito RAMOT, que se interpreta «visión de muerte». Pues todas las obras terrenas al interito (destrucción) se apresuran; y Chodchod, lo que quiera que sea aquello que se entiende, proponiendo en las ferias de Tiro. Dedán empero de estas mercancías que por los negociantes de ella y por las islas se dicen ser traídas, o se ha de entender la región de

la India, o de los idumeos y de la vasta soledad, como algunos estiman, y suena «cognación» (parentesco), para que la similitud de los divinos dogmas en los heréticos conozcamos.

(Vers. 17.) Judá y la tierra de Israel ellos mismos fueron tus instituidores (comerciantes); por el primer trigo: bálsamo y miel, y aceite, y resina propusieron en tus nundinas (mercados). LXX: Judá y los hijos de Israel, estos tus negociadores en el comercio del trigo y en los ungüentos: primero miel y aceite, y resina dieron en tus nundinas. La palabra hebrea PHANAG Aquila, Símaco y Teodoción así, como entre los hebreos puesta está, la trasladaron: por lo cual los LXX "ungüentos", nosotros "bálsamo" vertimos. Se dice empero, en qué copias (recursos) la tierra de Judea, que ahora se llama Palestina, abunde: en trigo, bálsamo, miel y aceite, y resina, las cuales cosas de Judá y de Israel a las nundinas de Tiro son deferidas.

Y puesto que manifiesta es la letra, según el sentido espiritual diremos, que no debe la tierra de la confesión, y el sentido del que ve a Dios que se refiere a la Iglesia, deferir a Tiro el primer trigo, el cual cayendo en la tierra se multiplica, y se toma por la palabra de Dios: Pues no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios (Deut. 8, 3). Luego el bálsamo que nace en las viñas de Engadi, o el ungüento, de lo cual escrito está: Como el ungüento en la cabeza, que desciende a la barba, la barba de Aarón (Sal. 132, 2). Y la miel sobre la cual habla también Salomón: Miel hallaste, come cuanto basta. Pues si más co-

mieres, lo vomitarás (Prov. 25, 16), mientras por la saciedad excesiva la miel se vierte en ajenjo. El aceite también de lo cual en el tabernáculo de Dios la lámpara se enciende, para que no se nos adapte aquel dicho profético: Aceite en Egipto vendías (Oseas 12, 1). Que si en Egipto, y en Tiro estuviere, se verterá en lo contrario, y se dirá de ello: El aceite empero del pecador no pringue mi cabeza (Sal. 140, 5). Pero también la resina es suave [Al. leve], apta para los cuerpos, y por medicina se recibe. Por lo cual también en Jeremías escrito está: ¿Acaso resina no hay en Galaad: o médico no hay allí? ¿Por qué no subió la curación de la hija de mi pueblo (Jer. 8, 22)? Esta resina tenía también Jacob, la cual enviaba a su hijo José con miel, y terebinto, nueces, incienso, y estacte (Gén. 43). Los ismaelitas también que compraron a José de la tierra de Israel, estas mismas cosas de la tierra de Galaad a Egipto portaban.

(Vers. 18.) Damasco fue tu negociadora en la multitud de tus obras: en la copia [Vulg. multitud] de diversas riquezas: en vino pingüe (rico), en lanas de color óptimo. LXX: Damasco tu negociadora en la multitud de tus obras, de la multitud de toda tu fortaleza: vino de Helbón, y lanas de Mileto. Por "vino pingüe", lo cual interpretó Símaco, y tanto en Aquila como en Teodoción, y en el mismo hebreo tiene, "vino de HELBÓN". Y de nuevo donde nosotros pusimos "lanas de color óptimo", o "resplandecientes", tanto Aquila como Teodoción trasladaron "en lanas de Soor". Significa empero que entre las otras negociaciones de Tiro, a las nundinas de ella de Damasco se

defería vino pinguísimo, y lana especial: lo cual hasta hoy vemos. Que si Damasco se interpreta "bebiendo sangre", y es verdadera tradición de los hebreos que el campo en el cual fue muerto Abel por el parricida Caín (Gén. 4), estuvo en Damasco, de donde también el lugar con este vocablo señalado esté, justamente también Pablo tras la muerte de Esteban, primer mártir en Cristo, marchó a Damasco, para que a los creyentes en Cristo llevara atados a Jerusalén: y por la misericordia de Dios, que hizo al que ve y al ciego, los ojos de la carne perdió para que los de la mente recibiera: y cayeron las escamas del dragón de sus ojos, por las cuales la luz había perdido de la verdad, para que fuera a la calle que se llama Recta, y hallara a Ananías, que en nuestra lengua se interpreta "obediente" (Hech. 9). De esta tierra, pues, a la cual fue dicho: Maldita la tierra que abrió su boca y bebió la sangre de tu hermano (Gén. 4, 11). Las nundinas de Tiro se congregan, y vino pingüe y lanas resplandecientes: o vino de Helbón que se interpreta "lácteo". Los Setenta por "lanas de color óptimo", lanas de Mileto, o Soor sintieron. Mileto en el hebreo no se tiene; pero porque de allí lanas especiales son deferidas, por SOOR "Mileto" interpretaron. De lo cual es perspicuo que Tiro se alimenta de la leche de la infancia, y no tiene vestimentas propias, sino de otra parte y de varias provincias congregadas. Aquello que Damasco se interpreta "sangre de cilicio", y "sangre de ósculo", [presenta...]

(Vers. 19.) Dan y Grecia y Mozel en tus nundinas propusieron hierro fabrefacto (labrado):

estacte y cálamo en tu negociación. LXX: + Dan y Javán y Mozel en tus nundinas ** las cuales en la edición de ellos de Teodoción añadidas han sido. Hierro hecho por obra, y una rueda en tu mixtura hay. Del nombre del patriarca Dan y de la tribu, y el lugar en el cual habitó la tribu, el nombre recibió, donde hoy Paneas, que en otro tiempo Cesarea de Filipo se llamaba. De donde también el río Jordán sorteó su vocablo, Jor, a saber "arroyo", y Dan, que fluye del Líbano. Javán empero suena como Grecia, la cual se interpreta, como hemos dicho, "es, y no es". Por Mozel también Símaco trasladó "deferente" (el que lleva), para que sea el sentido: Dan y Grecia llevaron en tus nundinas hierro labrado, y lo demás. Aquila en verdad por "Mozel" puso "de Uzal". De las cuales regiones ha de creerse que hierro y estacte y cálamo a las nundinas de Tiro fueron deportadas. Y digamos que Grecia, esto es, Javán, tiene hierro fabrefacto (labrado), y prontísimo para las guerras, y por el arte dialéctica construido, jactándose de que todas las cosas por juicio y razón profiere: y repromete el sonido vocal, que se interpreta en el cálamo, y estacte de olor óptimo, o hierro labrado, y una rueda que por la composición de las palabras se vuelva, y tenga el curso de la oración (discurso).

(Vers. 20.) Dedán fueron tus instituidores (comerciantes), en tapices para sentarse. LXX: Dedán tus negociadores, con jumentos elegidos para los carros. Mucho el hebreo y los Setenta en el presente lugar discrepan, fuera del nombre de la región que es vecino, Dedán y Dadán. Infinita por cierto es la distancia en tapices para sentarse,

y en jumentos elegidos para los carros: ni hay duda de que las cuadrigas de los carros y los caballos, en mala parte se toman, si son terrenos. Por lo demás también Elías a los lugares celestiales por un carro es raptado, y es llamado por Eliseo: "padre, padre, auriga y carro de Israel" (4 Rey. 2, 12). Y a Giezi se le abren los ojos, para que vea carros en el monte, y caballos sin jinetes, preparados para la sesión del Señor (Ibíd. 6). En los tapices empero, la hermosura de los sermones se muestra; en los cuales son llevados y descansan los instituidores de Dedán con sesión compuesta, viniendo a las nundinas de Tiro.

(Vers. 21.) Arabia y todos los príncipes de Cedar, ellos mismos 318 negociadores de tu mano, con corderos, y carneros y cabritos vinieron a ti. Por corderos, carneros y cabritos, los Setenta camellos y carneros, y corderos interpretaron. Arabia empero y los príncipes de Cedar (que hoy es la región de los sarracenos, como en el sermón de Jeremías, que contra Cedar se escribe, plenísimamente se ha demostrado) abundan en estos animales, a saber corderos, y carneros, y cabritos, y las nundinas de Tiro con esta ilación (ofrenda) multiplican (Jer. 49). Pero también de camellos fertilísima es la región por la latitud de los pastos [Al. pastos] del erial, y la templanza del aire, con las cuales este animal se deleita. Arabia empero se interpreta "tarde": y Cedar, "tinieblas". De la cual también en los Salmos se dice: "Habité con los habitantes de Cedar" (Sal. 119, 5). Las cuales regiones defieren a Tiro camellos, con gravísimos pesos de pecados agravados, o corderos, y carne-

ros, y cabritos, los cuales inmolan en sus altares, que de inicuo y rebelde corazón fingieron. Pero también en este mismo profeta en la visión de los pastores, carneros las aguas purísimas conturbando, y empujando con los lados a las ovejas, y con los cuernos combatiendo leemos (Infra 34): cabritos también, que a la izquierda estar acostumbraron, y corderos que mienten ser el cordero (Mat. 25): de lo cual escrito está: "He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo" (Juan 1, 29). En buena parte empero camellos escribe Isaías (Is. 60), de Madián, que se interpreta "juicio del Señor", venir a Jerusalén, y Efá, y carneros de Nabayot, y Sabá deferentes oro e incienso: de los cuales los dos últimos también por los Magos son ofrecidos al Señor (Mat. 2). Y estos mismos camellos, depuesto el peso de los pecados, pueden entrar por la estrecha y angosta vía, que conduce a la vida (Mat. 7 y 19).

(Vers. 22.) Los vendedores de Sabá y Reamá [Al Rema], ellos mismos tus negociadores con todos los primeros aromas, y piedra preciosísima [Vulg preciosa], y oro que propusieron en tu mercado. En los Salmos donde escrito está: "Los reyes de los árabes, y Sabá munera (dones) te ofrecerán" (Sal. 71, 10), en el hebreo tiene: "los reyes de Sabá y Seba munera te ofrecerán": de los cuales uno, Sabá, por la letra SIN se escribe, el otro por SAMECH, que a nuestra letra es similar. Porque por tanto "Seba" se interpreta "conversión", esto ha de decirse: que en el presente lugar no la conversión signifique, sino la aversión, 319 de la cual a Tiro munera son deferidos con todos los

aromas, y olores óptimos, y piedra preciosa, y oro las cuales cosas todas en las nundinas de Tiro se proponen. Pues ellos mismos también mienten el olor óptimo, y la piedra preciosa, con la cual exstruer (edificar) las iglesias de su perversidad se esfuerzan, y el oro que se promete en el sentido, y todas las cosas perversas son. Pues nada gratuitamente reciben, ni gratis atribuyen, sino que todo lo mercan, mientras los reyes de Arabia y de Sabá gratis a Cristo munera ofrecen. Estos son los que todas las cosas por causa de torpe lucro hacen: y de él estos dones recibieron, que dice en el Evangelio: "Pues estas cosas me han sido entregadas: las cuales te daré, si postrado me adorares" (Mat. 4, 9). Reamá, o según los Setenta Regma, en ningún otro lugar de las Escrituras pude hallar, ni qué región sea, ni qué signifique; sino que manifiesto es, también por lo que se le junta, que Sabá es región vecina a esta provincia.

(Vers. 23, 24.) Arán, y Cané, y Edén, tus negociadores; Sabá, Asur, Celmad, tus vendedores: ellos mismos tus negociadores de muchas maneras en envoltorios de jacinto, y de polímitos (bordados) y de tesoros preciosos, los cuales envueltos y atados estaban con cuerdas. LXX: Carrán, y Caná, y Edne, estos tus negociadores: Sabá, Asur, y Calmán, tus instituidores, llevando la negociación + en Machalim, y en Galima ** jacinto, y + polímitos ** tesoros elegidos con cuerdas ligados. Y estas naciones conteniendo los nombres de diversos lugares. Lo que empero de Teodoción en los Setenta añadido ha sido, "en Machalim y en Galima", Símaco lo interpretó como "en en-

voltorios preciosos". Los polímitos también, que Teodoción interpretó como "varios", de Aquila y Símaco los hemos añadido. Tan preciosas vestes empero en los envoltorios de los negociadores se llevaban, que con cuerdas jacintinas se apretaban. Arán, o, como los Setenta dijeron, Carrán, en nuestra lengua suena como "forámenes" (agujeros): Cané, "preparación": Edén, "delicias": por lo cual entre los Setenta se dice "Edne", lo cual en el hebreo no se tiene, y qué suene ignoramos: y la etimología de un nombre ficticio buscar no debemos. En la negociación, pues, de Tiro por los sentidos carnales que se indican en los forámenes, toda la preparación de los hombres del siglo es la de quienes solo delicias piensan si aumentan los comercios de la ciudad tiria. 320 De Sabá arriba dijimos. Asur se interpreta "dirigente": Celmad, o como en algunos ejemplares se contiene, "Cherma", se traslada en "viñas": no hay duda de que de los sodomitas, que vienen en el mercado de Tiro, para que las cosas depravadas dirijan, o más bien las arguyan con penas, y corrijan las que habían sido depravadas, según aquello que en los Salmos se dice: "Para que destruyas al enemigo y al vengador" (Sal. 8, 3). Y tienen multifaria (variada) supeléctil (mobiliario), y con increíble variedad distinta, la cual en envoltorios de jacinto atada está; o los tesoros de ellos con cuerdas se constriñen, los cuales atesoraron para sí en la tierra, según aquello que escrito está: "Con las cuerdas de sus pecados cada uno es constreñido" (Prov. 5, 22). Ni tuvieron negociación libre, sino que todas las cosas con vínculos de pecados enlazaron. Ce-

dros también tenían en tus negociaciones. Naves del mar (o como en el hebreo se contiene, Tarsis), tus príncipes en tu negociación. Por "cedros", los Setenta "cipreses" trasladaron. Y porque arriba de ambos dijimos, superfluo es aumentar el fastidio del lector.

(Vers. 25.) Y llena estás, y glorificada (o agravada) en demasía en el corazón del mar. Nada, dice, te faltó de lo que a las riquezas pertenece de las islas. La cual glorificación empero, fue agravación del poseedor, mientras no puedes moderadamente llevar las riquezas, aunque también de la pobreza a menudo tentación haya (Prov. 30). De donde también Salomón las cosas necesarias solamente postula (pide); y las riquezas, y la pobreza por igual detesta, para que no en lo uno la soberbia, en lo otro subrepa la impaciencia y la mentira.

(Vers. 26.) En aguas muchas te llevaron tus remeros. Arriba a los remeros de la ciudad tiria sidonios leímos, y aradios, de los cuales los unos "cazadores", los otros se interpretan "deponentes" (los que deponen). Cazan empero las almas de ellos, a quienes entre los de este siglo flujos (olas) por su propio arbitrio llevan, y no a las cosas excelsas los sublevan, sino en los profundos los sumergen: ni imitan a aquellos que hasta la vigilia matutina navegando, rompieron los insanos flujos del mar, y al Señor Salvador recibir merecieron, y al punto con tal vector y compañero llegaron al puerto del reposo. De lo cual en el Evangelio plenísimamente se escribe.

El viento Austro te contritos (rompió) en el corazón del mar (Mat. 14). 321 Todas las riquezas de Tiro, al soplar el Austro perecen, el cual más significantemente CADIM, en griego "kauson" se interpreta; el cual nosotros en "viento abrasador" podemos trasladar. De lo cual decía el santo David: "Por el día el sol no te quemará, ni la luna por la noche" (Sal. 120, 6). Por este viento Jacob había sido quemado, y sin embargo no contrito (roto), mientras dice: "Estuve por el día quemado por el calor, y por el hielo de la noche" (Gén. 31, 40). Aquellos también que desde la hora primera fueron contratados, de todo el día el calor y los ardores llevaron, y sin embargo reciben un denario, porque fueron quemados, y no contritos. De donde también la esposa dice en el Cantar: "Negra soy, pero hermosa, porque me ha despreciado (mirado de arriba) el sol" (Cant. 1, 4): o, como mejor en el hebreo se contiene, "me descoloró el sol".

Tus riquezas y tus tesoros, y tu múltiple instrumento (equipo). Muchos así leen: "En el corazón del mar tus riquezas y tus tesoros, y tu múltiple instrumento"; para que todas las riquezas y tesoros de Tiro, y toda la substancia en el corazón del mar esté puesta, y por los flujos (olas) del siglo sea abrumada, y nada estable tengan sus habitantes ni perpetuo, cumplido aquel dicho evangélico: "Necio, esta noche te quitarán el alma; las cosas empero que preparaste ¿de quién serán?" (Luc. 12, 20). Y aquel apostólico: "Los que quieren hacerse ricos, inciden en tentación y en lazos muchos, y son arrastrados a lo profundo" (1

Tim. 6, 9). Manifiesta es la historia; y por eso a cada uno casi de los versículos breves sentenciolas coaptamos (ajustamos). Pues ya hacia el fin del libro se apresura la oración (discurso).

(Vers. 27). Tus nautas (o remeros), y tus gobernadores (pilotos), que tenían tu supeléctil (mobiliario), y a tu pueblo presidían: y tus varones guerreros que estaban en ti, con toda tu multitud que está en medio de ti, caerán en el corazón del mar en el día de tu ruina. Los remeros o nautas de la ciudad tiria sidonios leímos y aradios, de los cuales ya se ha dicho; y según la edición de los Setenta los consejeros de Biblos, que hebraicamente se llama GEBAL: los varones también guerreros de ella persas, lidos y libios, los cuales todos caerán, y se mostrará que son nada, cuando cayere Tiro, y toda la gloria de ella fin tuviere de ruinas. La multitud empero que como "mixtura" los Setenta trasladaron, exceptuados los príncipes, al vulgo significa; que sin nombre de dignidades, 322 por similar juicio serán contritos. Mixta es la profecía entre la ciudad y la nave, para que de lo uno lo otro entiendas: y sin embargo ambos a la consumación del siglo pertenezcan, y hacia el naufragio.

(Vers. 28, 29.) Al sonido del clamor de tus pilotos se turbarán las flotas, y descenderán de sus naves todos los que tenían el remo. Los nautas, y todos los pilotos del mar, los pasajeros y los proretas (proretae) en tierra estarán, y aullarán sobre ti con gran voz, y clamarán amargamente: y echarán polvo sobre sus cabezas, y de ceniza se rociarán (o extenderán ceniza para sí).

Lo que empero sigue: "Y raerán sobre ti calvicie, y se ceñirán con cilicios: y te llorarán en amargura de alma con llanto amarguísimo, y tomarán sobre ti un cántico fúnebre, y te planirán", en los Setenta no se tiene, sino que de la Edición de Teodoción fue añadido. Cuando Tiro cayere, los pilotos de ella se turbarán, y descenderán de las flotas, y los remeros y pasajeros y proretas o nautas, y todos los pilotos del mar sacudidos por los flujos, en algún momento con paso estable consistirán; y aullarán sobre ella con voz grande, a la cual antes con sus mercancías enriquecían, y la amargura de la mente con clamor señalarán: polvo también o tierra echarán sobre sus cabezas, por las obras terrenas haciendo penitencia (poenitentia).

Y serán rociados con ceniza sea de la vaca, según la Ley (Num. 20), para que sean purificados: o ciertamente subextenderán ceniza para sí, según aquello que se dice a Jerusalén: "Esparce tierra sobre tu cabeza, y subextiende ceniza para ti, y haz llanto" (Jer. 6:16). Y en el Evangelio escrito está: "Si en Tiro y Sidón se hubieran hecho estas señales, hace tiempo en saco y ceniza hubieran hecho penitencia (poenitentia)" (Luc. 10:13). Y el Salmista dice: "Ceniza como pan manduqué" (Sal. 101:10). Y raerán sobre Tiro la cabeza, y harán calvicie (calvitium), lo cual en el luto suele hacerse, en aquel tiempo en que la magnitud del dolor toda alegría excluya.

Pero los cabellos de los Apóstoles estaban numerados, porque su crin a semejanza de los Nazarenos al Señor habían consagrado (Mat. 10;

Luc. 6). Y Sansón mientras tuvo cabellos, poseyó la fortaleza; empero quitada la cabellera, fue capturado por los alófilos (Allophylis) (Juec. 16). Cuando empero se dice: "y se ceñirán con cilicios (ciliciis)", la antigua libido de los lomos es condenada, para que los que habían vivido en delicias, después penitentes vivan en austeridad y dureza. Los ninivitas tuvieron sacos (Jon. 3). Y de nuevo a Jerusalén se dice: "Plora hacia mí como esposa ceñida con cilicio sobre su varón virginal" (Joel 1:8).

"Y te llorarán", dice, "en amargura de alma con llanto amarguísimo". Pues mejor es entrar en la casa del luto, que en la casa del convite (Ecli. 7): para que plañan a Tiro, y el cántico fúnebre dupliquen, lo cual la siguiente Escritura subyace. Para que empero sepamos el provecho de aquellos que plañen a la que cae, y que antes en el corazón del mar y en medio de él versaban, el ejemplo del profeta nos enseñe: quien él mismo es mandado a plañir a Tiro, para que, cumplido el tiempo de la penitencia, sea restituida a su antiguo estado (antiquum statum), y, asumida la cítara, al Señor resuene. Lee a Isaías.

Algunos ridículamente (pero sin embargo lo que leemos debe decirse) a los pilotos como obispos de los herejes, a los consejeros como presbíteros, a los proretas como archidiáconos, a los remeros y nautas como diáconos interpretan, a los pasajeros empero a todo el pueblo refieren; lo cual si hubieran añadido al diablo como patrón de la nave, hubieran completado la tragedia. Los cuales todos aullarán pariter, y llorarán amar-

guísimamente, y harán penitencia (poenitentia), después de que el naufragio sintieren de su nave, y en tierra estuvieren, y todo el decoro del falso nombre de la ciencia perdieren; y por el gozo y la alegría, en la amargura del corazón la penitencia con dolor señalaren.

(Vers. 33 seqq.) ¿Quién es como Tiro, que enmudeció (o calló) en medio del mar? (Lo cual en los Setenta no se tiene.) Quien en el éxito de tus negociaciones (o qué merced encontraste) del mar, llenaste a muchos pueblos. En la multitud de tus riquezas, y de los pueblos, enriqueciste a muchos reyes. Ahora contrita eres por el mar (o en el mar) en los profundos de las aguas; tus riquezas (o tu negociación) y toda tu multitud, que estaba en medio de ti, cayeron. Todos los habitadores de las islas se estuporecieron (o fueron contritos) sobre ti, y todos los reyes de ellas, por la tempestad percutidos (o vueltos en amencia), mudaron los rostros (o lloraron). Los negociadores de las gentes (o de los pueblos) sibilaron sobre ti; a nada has sido deducida (o hecha perdición eres: y no serás más hasta el siglo (o perpetuamente).

Los pilotos, remeros, proretas, y pasajeros, en el llanto de Tiro estas cosas recordarán: qué otra de las ciudades así calló, que de hablar confianza no tuviera; y oyera aquel Evangelio: "Calla, y enmudece" (Mar. 4:39)? ¿Y de los Salmos: "Mas al pecador dijo Dios: ¿Por qué tú enarras mis justicias, y asumes mi testamento por tu boca?" (Sal. 49:16). ¿Con cuántas mercancías, oh Tiro, has sido enriquecida? ¿Y qué con tanto trabajo

buscaste, para que en los días y noches lo que ha de perecer por naufragio congregaras? Llenaste por cierto a muchos pueblos, y con tus riquezas enriqueciste a reyes, de los cuales escrito está: "Asistieron los reyes de la tierra, y los príncipes se convinieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo" (Sal. 2:2).

Mas ahora contrita eres en el mar, y en los profundos de las aguas, según aquello que de Faraón escrito está: "Los carros de Faraón, y la fortaleza de él proyectó en el mar" (Éx. 15:4). Quien fue sumergido en lo profundo como piedra, y decir podía: "Vine a lo profundo del mar, y la tempestad me sumergió" (Sal. 68:3). Todas las islas, o habitadores de las islas, que por los flujos de este siglo son golpeadas, se estuporecerán sobre ti, y los reyes de ellas, percutidos por la tempestad, sentirán su interito, imitando la voz de la culebra, sibilarán y dirán: "A nada has sido deducida, o hecha perdición eres"; para que no la naturaleza de la perdición tuvieras, sino la voluntad.

"Y no serás." Que si hasta aquí hubiera dicho, gran cuestión nacería, de cómo no sería la que ahora vemos edificada. Mas de lo que sigue: "Hasta el siglo (usque in saeculum)", el tiempo de un siglo muestra, que según la edad del hombre en un círculo de setenta años se computa. O no serás para Dios, diciendo el Apóstol: "Quien llamó aquellas cosas que no eran" (Rom. 4:17). And el profeta Isaías: "He aquí se confundirán y avergonzarán todos tus adversarios. Serán pues como si no fuesen" (Is. 41:11). Y Ester según los Setenta Intérpretes: "No entregues tu cetro a estos que no

son" (Est. 14:11). Y en el salmo: "Remíteme para que sea refrigerado antes de que me vaya, y ya no seré" (Sal. 38:14). Qué testimonios en qué sentido hayan de ser recibidos, arriba dijimos.

Todas estas cosas empero a la persona de los herejes podemos referir, quienes en la contrición de Tiro y el naufragio, sentirán su error, y puestos en medio del mar, liberar sus almas concupiscerán, y plañirán las riquezas mal congregadas, con las cuales a muchos habían enriquecido reyes, a saber, sus patriarcas, y al vulgo innoble, cuyas riquezas en medio caerán del mar. Los habitadores también de todas las islas [si sin embargo quisiéramos a la buena parte referir lo que se ha dicho] se estuporecerán sobre la contrición de Tiro, y los reyes de todas las islas, o ellos mismos como por la tempestad percutidos, mudaron los rostros, o ciertamente el dolor del corazón con llanto y lágrimas indicarán, y la magnitud del estupor con admiración y sibilo testificarán de cómo a nada ha sido hecha, y pereció la que salud a muchas gentes prometía. "Y más no será", de ninguna manera por cierto tiempo, para que interpretemos aiōna en el siglo; sino para siempre: porque el mismo sermón ambos significa.

# LIBRO NOVENO.

325-326 Consecuente era, hija Eustoquio, que la profecía de Tiro, y del príncipe de Tiro, en un volumen la comprendiera, y tan unidos tanto por los lugares como por la vaticinación, de ninguna manera por el orden de los libros los separara. Mas porque son más las cosas que se dicen, y el modo de la prolijidad exceden: por eso al noveno libro fue dilatada la explanación, la cual por tus oraciones y las de todos los santos creemos que llegará al fin: para que también contra Faraón, y toda Egipto, las cosas que en Ezequiel escritas están, diseramos. Las cuales también ellas por nosotros, por la longitud de sí, en el libro décimo han de ser divididas: por lo cual y la medida de los volúmenes entre sí se conserve; y el dividido trabajo del que dicta, del que escribe, y del que lee, respire en las partes.

(Cap. XXVIII.---Vers. 1 sigs.) "Y fue hecho sermón del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro: Esto dice el Señor Dios: Por cuanto se ha elevado tu corazón, y has dicho: Dios yo soy, y en la cátedra de Dios me senté en el corazón del mar: siendo tú hombre, y no Dios, y diste tu corazón como corazón de Dios: ¿he aquí más sabio eres tú que Daniel? Todo secreto no está escondido de ti. En tu sabiduría y prudencia te hiciste fortaleza y adquiriste oro y plata en

tus tesoros. En la multitud de tu sabiduría, y en tu negociación multiplicaste para ti la fortaleza, y elevado se ha tu corazón en tu vigor. Por tanto esto dice el Señor Dios: Por cuanto se ha elevado tu corazón como corazón de Dios: por eso he aquí yo aduciré sobre ti a extranjeros robustísimos de las gentes, y desnudarán sus espadas sobre la hermosura de tu sabiduría, y polucionarán tu decoro. Interfecirán y te entregarán, y morirás en el interito de los occisos en el corazón del mar. ¿Acaso diciendo hablarás: Dios yo soy, delante de los que te interfecen, siendo tú hombre y no Dios, en mano de los que te occiden? De muerte de incircuncisos morirás en mano de extranjeros, porque yo lo he hablado, dice el Señor Dios. Setenta: Y fue hecho sermón del Señor a mí, diciendo: Y tú, hijo de hombre, di al príncipe de Tiro: Esto dice el Señor Dios: Por cuanto ha sido exaltado tu corazón, y has dicho: Dios yo soy, habitación de Dios habité en el corazón del mar: tú empero eres hombre, y no Dios, y diste tu corazón como corazón de Dios, ¿acaso más sabio eres que Daniel? Sabios no te erudieron con su disciplina: ¿acaso en tu erudición, o tu prudencia te hiciste fortaleza, e hiciste oro y plata en tus tesoros, o en tu mucha erudición, 327 y tu negociación multiplicaste tu fortaleza? Elado se ha tu corazón en tu fortaleza, por tanto esto dice el Señor Dios: Porque diste tu corazón como corazón de Dios, por esto he aquí yo aduciré sobre ti a extranjeros pestilentes de las gentes, y evainarán sus espadas en ti sobre la hermosura de tu doctrina, y humillarán tu hermosura en perdición, y te deducirán,

y te dispondrán, y morirás de muerte de vulnerados en el corazón del mar. ¿Acaso hablando dirás, Dios yo soy, en conspecto de los que te interfecen? Tú empero eres hombre, y no Dios, en la multitud de los que te vulneran. De muertes de incircuncisos morirás en las manos de extranjeros, porque yo lo he hablado, dice Adonai el Señor."

Dondequiera que según los Setenta en segundo lugar se pone "Señor, Señor", el primer nombre es el tetragrámaton, que propiamente pertenece a Dios y se dice inefable; el segundo el común (Adonai), que a menudo en los hombres se encuentra.

Como empero de la ciudad tiria bajo la figura de nave primero las riquezas, después la ruina y el llanto se han descripto: así al príncipe de Tiro primero se hace el sermón profético, de que sea erigido por la soberbia, ni bien haya abusado de las riquezas que tenía: después el luto y la lamentación, de cuántos bienes a cuántos males haya llegado. Primero pues lo primero ha de decirse.

Escrito está en Isaías (Is. 14) al rey de Babilonia Nabucodonosor, que se equiparó a la potencia de Dios, y en tanta fue elado arrogancia, que osara decir: "Sobre los astros del cielo ascenderé, y seré semejante al Altísimo." Y precipitado del solio, mereció oír: "¿Cómo cayó Lucifer que por la mañana se originaba?" Y de Faraón en este mismo profeta: "Míos son los ríos, y yo los hice" (Infra 29: 9). Y del príncipe de Tiro, que con elado corazón dijo arrogantemente: "Dios yo soy, y en la cátedra de Dios me senté", o "en el habitáculo de Dios habité", siendo él hombre, y no Dios.

Aunque estas cosas parezcan exceder las fuerzas de la fragilidad humana, y no tanto de hombres ser palabras como de insanos demonios, sin embargo hipérbole debemos recibir, que intanto se intumecieron, y no supieron su medida, 328 que elados por la felicidad del siglo y la potencia del reino, mientras los presentes bienes piensan ser perpetuos, hombres se ser no supieron, y eterno para sí imperio vindicaron.

Aunque bajo el tipo de príncipes, reyes, y de singulares ciudades, o provincias, las potestades adversarias se demuestren, de las cuales escribe también el apóstol Pablo: "No es para nosotros pugna contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y las potestades y los rectores de estas tinieblas, y las espirituales de nequicia en los celestiales" (Ef. 6:12). Y en otro lugar: "Sabiduría hablamos entre los perfectos: Sabiduría empero no de este mundo, ni de los príncipes de este siglo, que se destruyen" (1 Cor. 2:6). Y de nuevo sobre la sabiduría disputando, dice, "la cual ninguno de los príncipes de este mundo conoció. Pues si la hubieran conocido, nunca al Señor de la gloria hubieran crucificado" (1 Cor. 2:8).

En la profecía de Daniel también pérspicuamente se lee, el Príncipe del pueblo israelítico Miguel, y el príncipe de Grecia, y el príncipe de los Persas (Dan. 10). Y Moisés más abiertamente escribe en el Cántico del Deuteronomio: "Cuando dividía el Altísimo las gentes, y diseminaba a los hijos de Adán, constituyó los términos de las naciones según el número de los ángeles de Dios" (Deut. 32:8); o como mejor se tiene en el hebreo:

"según el número de los hijos de Israel." Y fue hecha parte del Señor su pueblo Jacob, funículo de su heredad en Israel.

Ni nos maravillaremos si en la parte contraria los pesimistas reyes en tipo de prevaricadores precedan a los príncipes, cuando a los óptimos reyes David, y Salomón, y Josías, y a los patriarcas y profetas, en figura del Señor Salvador preceder enseñemos. Por tanto según ambas inteligencias, de los reyes paritariamente soberbios y de los apóstatas príncipes, lo que escrito está diseramos. Dice pues: Aunque en medio del mar y en las angustias de la isla seas tenido, más diré, siendo tú hombre, y de la fragilidad de la carne humana circundado, por el tumor del corazón elado, en el solio de Dios, en los cielos te habitar arbitraste.

Y a la vez porque jactas la sabiduría, intanto que los hombres de tu reino a Salomón con enigmas provocaran: ¿acaso más sabio eres que Daniel, quien por la gracia de Dios venció a todos los magos y ariolos, 329 y ahora en Babilonia sapientísimo es? O así ha de entenderse: Aun si más sabio fueras que Daniel, quien por confesión de todos es sapientísimo, y por la magnitud de las riquezas y de la potencia a la potencia de Dios te desees equiparar: sin embargo serás capturado por los adversarios, y perdida la ciudad, por muchas heridas serás confodido: y más no dirás, Dios yo soy: sino docto por el interito, hombre te ser conocerás, no Dios.

Si empero quisiéramos al príncipe de Tiro decir la misma potestad, a la cual por Dios entregada fue la misma ciudad, o provincia, aquello

asumamos testimonio: "Yo dije, dioses sois, e hijos del Excelso todos. Vosotros empero como hombres moriréis, y como uno de los príncipes caeréis" (Sal. 81:7). Entregadas pues les fueron para regir las provincias como a jueces por el Emperador. Quienes olvidados de que su honor de la jussión de otro pendía, cual recientemente Heracliano en África fue, fueron erectos con mente tiránica contra su rey y Señor: para que en todo el orbe dispersos, bajo los nombres de la idolatría, de los dioses para sí los nombres asumieran, e inflados de soberbia, en el juicio del diablo incidieran y el lazo. De lo cual también el Salvador hablado en el Evangelio ha: "Vi a Satanás como fulgor cayendo del cielo" (Luc. 10:18).

(Vers. 11 sigs.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, eleva un planto sobre el rey de Tiro, y dirás a él: Esto dice el Señor Dios: Tú sello de la similitud, lleno de sabiduría, y perfecto en el decoro: en las delicias del paraíso de Dios estuviste. Toda piedra preciosa, tu cobertura: sardio, topacio, y jaspe, crisólito, ónice, y berilo, zafiro, carbunclo, y esmeralda. El oro obra de tu decoro, y tus forámenes en el día en que fundado fuiste, preparados han sido. Tú Querubín extendido y protegiendo, y te puse en el monte santo de Dios. En medio de las piedras ígneas ambulaste: perfecto en tus vías, desde el día de tu condición: hasta que fue hallada iniquidad en ti. En la multitud de tu negociación rellenas han sido tus entrañas de iniquidad, y pecaste, y te eyecté del monte de Dios, y te perdí, oh Querubín, protegiendo de medio de las piedras ígneas.

Y fue elevado tu corazón en tu decoro: perdiste la sabiduría en tu hermosura [Vulg. *tu sabiduría en tu decoro*], en la tierra te proyecté: ante la faz de los reyes te di, para que te cernieran. En la multitud de tus iniquidades y la iniquidad de tu negociación poluiste tu santificación. Produciré pues fuego de medio de ti, que te coma, y te daré en ceniza sobre la tierra, en conspecto de todos los que te ven. Todos los que te vieren en las gentes, estupescerán sobre ti. En nada has sido hecho, y no serás en perpetuo. LXX: Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, toma un planto sobre el príncipe de Tiro, y dirás a él: Esto dice el Señor Dios: Tú sello de la similitud, lleno de sabiduría, y corona de decoro: en las delicias del paraíso de Dios estuviste. De toda piedra buena circundado estás: sardio y topacio, y esmeralda, y carbunclo, y zafiro, y jaspe, y plata, y oro, y ligurio, y ágata, y amatista, y crisólito, y berilo, y oniquino, y con oro rellenaste tus tesoros, y tus alfolíes en ti, desde el día en que fundado fuiste, prepararon con el Querubín ungido por Dios, y habitante en el tabernáculo, te puse en el monte santo de Dios: hecho fuiste en medio de las piedras ígneas. Fuiste inmaculado en tus días, desde el día en que creado fuiste: hasta que halladas han sido iniquidades en ti, por la multitud de tu negociación rellenaste tus celarios de iniquidad, y pecaste, y vulnerado has sido por el monte de Dios, y te adujo el Querubín obumbrante de medio de las piedras ígneas: Elado fue tu corazón en tu decoro: corrupta ha sido tu disciplina con tu decoro. Por la multitud de tus pecados en la

tierra te proyecté: en conspecto de los reyes te di, para que fueras deshonrado. Por la multitud de tus pecados, y las iniquidades de tu negociación contaminé tus cosas santas. Y educiré fuego en medio de ti, este te devorará. Y te daré en ceniza sobre la tierra en conspecto de todos los que te ven, y todos los que te conocieron en las gentes, se contristarán sobre ti. Perdición hecho has sido: y no serás más en el siglo.

Porque hemos dicho quién sea el príncipe de Tiro, y de qué modo haya caído por la soberbia, las lamentaciones de él sobre la prístina gloria conozcamos. Primero es conmonido de qué haya sido, para que duela de haber perdido lo que tuvo. Tú, dice, sello de la similitud; según aquello, que propiamente del Salvador dice Juan el Evangelista: "A éste pues Dios el Padre signó" (Juan 6:27). Y de los hombres: "Signó, pues Dios veraz es" (Juan 3:33). En los Salmos: "Signada está sobre nosotros la luz de tu vulto, Señor" (Sal. 4:7). Y en otro lugar: "Carísimos, ahora hijos de Dios somos, y aún no ha aparecido qué seremos. Sabemos que cuando aparezca, símiles a él seremos" (1 Juan 3:2). De donde también a Dios se dice: "¿Quién símil será a ti?" (Sal. 35:10). Otra cosa es pues la similitud, otra la igualdad. De donde saevísima herejía es, la cual en Cristo tanto la similitud del Padre confiesa, quita la naturaleza. Nosotros empero en el Hijo no sólo similitud decimos, sino igualdad. Por eso pues lo perseguían los judíos: porque no sólo solvía el sábado, sino que también igual se hacía a Dios (Juan 5). Donde empero igualdad hay, allí la misma naturaleza y

una sola substancia. Esto es aquello que de la similitud habla también el Apóstol: "Hijitos míos, a quienes de nuevo parturo: hasta que Cristo se forme en vosotros" (Gál. 4:19), para que recibáis, a saber, la similitud de él, la cual por vuestro vicio perdisteis. Y porque en los códices latinos por sello, resignaculum se lee, mientras con mal celo (kakozelos) el verbo por el verbo expresando, quien interpretó según la traducción de los Setenta puso aposphragisma, esto es, puso resignaculum. De donde algunos así entienden, que el sello de Dios y la figura que cual en cera molísima expresada fuera, el rey de Tiro la haya resignado y perdido, para que por sello haya hecho resignáculo, de ningún modo teniendo la imagen y similitud de Dios, según la cual también el primer hombre fundado fue, diciendo Dios: "Hagamos al hombre a imagen y similitud nuestra" (Gén. 1:26). Y ha de notarse, que la imagen entonces haya sido hecha tanto, la similitud en el bautismo de Cristo se complete. Y consecuentemente a aquel a quien dicho es: Tú sello de la similitud, se junge, lleno de sabiduría, perfecto en el decoro, o, corona de decoro. Donde pues la similitud de Dios está, allí también la plenitud de la sabiduría, y el perfecto decoro, o cual de diversas flores ornada, y compuesta corona de virtudes, la cual por el propio estudio aumenta el diligente, mientras la industria nutre el bien de la naturaleza, y el negligente minuye, según aquello que en los Proverbios bajo la figura de la mujer pulcra, y de malas costumbres se dice: "Como inauris en las narices de una puerca, así a la mujer de malas

costumbres la pulcritud" (Prov. 11:22). Sigue: En las delicias del paraíso de Dios estuviste: por lo cual en el hebreo se tiene EDÉN lo cual también la historia del Génesis narra. Edén empero se vierte en delicias. Y pulcramente para distinción paraíso de Dios lo nomina; para que ostente haber también un paraíso contrario no de Dios, ante aquellos que la verdad mutan en mentira (Rom. 1), y de tener paraíso se jactan. Con cuyo sermón demuestra, de ningún modo ser hombre aquel de quien se escribe, sino una fortaleza contraria, la cual otrora en el paraíso de Dios haya conmorado: aunque los judíos esto por el tropo, que se apellida hipérbole, sobre Hiram rey de Tiro estimen ser profetizado. Pero a aquel a quien se dice: En las delicias del paraíso de Dios estuviste, o fuiste hecho, qué haya tenido, ostenta, o qué haya perdido. Por lo demás lo que a la habitación del paraíso se copula, toda piedra preciosa tu cobertura, o tu coligación, y circundación, sardio, topacio, y jaspe, crisólito, y ónice, y berilo, zafiro, y carbunclo, y esmeralda, o, como en los LXX, con diverso orden y nombres otros, doce piedras se contienen, esto ha de observarse, no de toda piedra preciosa al rey de Tiro haber sido circundado, o cubierto, y como Símaco trasladó, vincto y constricto: sino que toda piedra que tuvo el príncipe de Tiro, haya sido preciosa. Por lo demás muchas son las preciosas piedras que en el presente lugar la Escritura no nomina, calcedonia, sardónice, crisoprasa, jacinto, cristal también, y el preciosísimo margarito. Pero tanto Aquila como Símaco y Teodoción en el presente lugar mucho entre sí,

y los LXX Intérpretes no sólo por el orden, sino también por el número discrepan y por los nombres. En el Apocalipsis también de Juan, donde de las vivas piedras de Jerusalén exstructa se memora, un poco en las extremas partes por el orden conmutado, las mismas en los fundamentos de ella se ponen piedras, así que las puertas de ella por la luz del cristal se escriban edificadas (Apoc. 21). Pero también en el pecho del pontífice, por cuatro órdenes en el Racional (Éxod. 28), las mismas piedras se describen, y en los hombros de él dos piedras oniquinas, en las cuales los nombres de los doce patriarcas están escritos, los cuales el verdadero pontífice, de quien escrito está: "Tú eres sacerdote en eterno según el orden de Melquisedec" (Sal. 110:4), porta en el pecho, porta en los hombros, para que en las doce piedras el número de los apóstoles; y en las dos los servicios de ambos Testamentos demuestre, de los cuales uno, Juan el Evangelista recumbió en el pecho de él, para que hauriera los fluentes de la sabiduría, y pudiera decir: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era ante Dios, y Dios era el Verbo: esto era en el principio ante Dios" (Juan 1:1, 2). Éstas son las piedras vivas, de las cuales se edifica la Iglesia, y de las cuales escribe el Apóstol Pedro: Si habéis creído, que suave es el Señor: al cual accediendo como a piedra viviente, por los hombres ciertamente reprobada, por Dios empero electa y honorable, y vosotros mismos como piedras vivientes, edificaos casas espirituales en Sacerdocio santo, para ofrecer espirituales víctimas placientes a Dios por Jesucristo: pues

dice la Escritura (Isa. 28:16): He aquí pondré en Sión una piedra angular, electa, preciosa, y el que cree en él, no será confundido" (1 Ped. 2:3 sigs.). Sobre lo cual también el vaso de elección con par voz consiente, diciendo: "superedificados en el fundamento de los apóstoles y de los profetas, por la misma piedra angular Cristo Jesús Señor nuestro, en el cual toda edificación construida, crece en templo santo de Dios" (Ef. 2:20). Éstas son las piedras, de las cuales también en otro lugar leemos: "Las piedras santas se vuelven sobre la tierra a instar de las ruedas" (Zac. 9:16), un poco tangiendo el humo, y por su volubilidad a las celestiales festinando. De las cuales también la Escritura conmemora: "He aquí yo preparo el carbunclo piedra tuya: y tus fundamentos zafiro, y pondré tus propugnáculos jaspe, y tus puertas piedra cristal, y tu muro piedras electas: y todos tus hijos doctos por Dios, y en mucha paz tus hijos, y en justicia serás edificada" (Isa. 54:11-13). Sobre lo cual qué nos pareciera, en las explanaciones del mismo profeta hemos dicho. De piedras de este modo también el vigésimo salmo canta: "Señor, en tu virtud se alegrará el rey, y sobre tu salud ha exultado vehementemente. El deseo de su alma le tribuiste, y por la voluntad de sus labios no lo defraudaste. Pues lo preveniste en bendiciones de dulzor: pusiste en su cabeza una corona de piedra preciosa" (Sal. 21:1 sigs.). Éstas son las margaritas de los profetas y de los apóstoles las cuales por comparación de Cristo, todas se venundan en el Evangelio (Mat. 13), para que se emat el preciosísimo margarito, y la piedra

de la cual Zacarías escribe, que siete tenga ojos, esto es, siete gracias del Espíritu santo (Zac. 3 y 4). Lee a Isaías. Y se pone por el apóstol Pablo en el fundamento de la Iglesia, sobre el cual se edifiquen oro, plata, y piedras preciosas (1 Cor. 3): cuyos colores y naturalezas y eficiencias de cada uno, no es de este tiempo diserir; sino que propio volumen desean: de modo que en Ezequiel, y en el Éxodo, y en el Apocalipsis y en Isaías, todas para sí las piedras, y los órdenes de las piedras comparados, gran cuestión tanto al que lee, como al que disere hagan. Sobre las cuales también el varón santo Epifanio obispo un propio volumen me entregó presente. Y el libro 37 de Plinio el Segundo, Historia Natural, tras múltiple ciencia de todas las cosas, de las gemas y piedras disputa. A cuya noticia el diligente por nosotros ha de ser enviado lector. Por lo demás la interpretación de Símaco, a este príncipe de Tiro, cual preciosísimo monile por piedras escribe ser distinto. Denique tambor (tympanum) de oro lo voca, en el cual infijas estén las piedras. De donde también según el hebreo sigue: El oro obra de tu decoro, y tus forámenes en el día en que fundado fuiste, preparados han sido. Por lo cual pusieron los Setenta: Con oro rellenaste tus tesoros y tus boticas, al sentido y mente referentes, que la cogitación de él haya patido a los divinos sacramentos, y haya congregado para sí riquezas espirituales, de las cuales el Señor preceptuó: "Tesaurizad para vosotros tesoros en el cielo: donde ni la herrumbre, ni la tiña demuele, ni los ladrones efodian y furtan. Donde está pues tu tesoro, allí está

también tu corazón" (Mat. 6:21). Éste es el tesoro abscondido, de lo cual también en el Evangelio habla: "Símil es el reino de los cielos al tesoro abscondido en el campo, el cual quien lo hallare, lo absconde, y por su gozo va; y vende todo lo que tiene, y emite aquel campo" (Ibíd., 13). Las boticas empero son, o los alfolíes, de los cuales en otro lugar escrito está: "Benditas tus boticas, y tus reliquias" (Deut. 28:5). Tras estas cosas se dice, según el hebreo: Tú Querubín extendido y protegiendo, se subentiende el arca de Dios y el propiciatorio, o según los Setenta, que él mismo con el Querubín ungido haya sido y creado. De lo cual se ostenta que al hombre príncipe de la ciudad tiria esto pertenecer no pueda: sino a una otrora santa y principal fortaleza, la cual príncipe de la ciudad tiria puesta haya sido. Y te puse, dice en el monte santo de Dios; de ningún modo dudando de que el paraíso signifique, al cual tras el cielo tercero el apóstol Pablo raptado haber sido se dice (2 Cor. 12). Querubín empero en género masculino, número singular: y en plural se dicen Querubines, que se interpretan multitud de ciencia: sobre los cuales requiesce, y se sienta Dios, y de este carro usa, diciendo el profeta a él: "Tú que te sientas sobre los Querubines, maniféstate" (Sal. 80:1). Y en otro lugar: "Ascendió sobre los Querubines, y voló: voló sobre las plumas de los vientos" (Sal. 18:10). Este Querubín empero, o creado con el Querubín, extendido y protegiendo los sacramentos, puesto fue en el monte santo de Dios, de lo cual crebro hemos dicho. Y el apóstol Pablo habla, si alguien empero la Epístola a los

Hebreos suscipe: "Accedisteis al monte Sión y a la ciudad del Dios viviente, Jerusalén celestial, y a los millares de ángeles" (Heb. 12:22). O ciertamente el monte santo de Dios, el paraíso (como dijimos) ha de entenderse. Ambuló también en medio de las piedras ígneas, de las cuales escrito está: "Quien hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente" (Sal. 104:4). Y no sólo Dios que se voca fuego consumente, el heno, los maderos, y la estípula consuma (Deut. 4): sino también los ángeles que se vocan piedras ígneas, y fervientes en espíritu. De donde también el Señor: "Fuego", dice, "vine a mitir sobre la tierra, y cuánto quiero que arda" (Luc. 12). Y lo que sigue: Perfecto en tus vías desde el día de tu condición (por lo cual pusieron los LXX: Fuiste inmaculado en tus días, desde el día en que fundado fuiste), hasta que hallada fue iniquidad en ti, ostenta que toda criatura buena por Dios fue fundada, y perfecta tuvo la virtud, y por esto el príncipe también de Tiro haber sido inmaculado, para que deinceps la mácula no sea de la naturaleza, sino de la voluntad. Hasta que hallada fue iniquidad en ti. Hallada por Dios, la cual en los tesoros de tu pecho por la soberbia y la abusión de la potestad que habías aceptado, se tenía inclusa. En la multitud también de la negociación de él rellenas han sido sus entrañas, o sus celarios, de iniquidad. Mientras pues muchas cosas conquiere, y no está contento con la ciencia que había aceptado, ni con la potestad a la cual prepósito era, rellenó los celarios, y las entrañas de su pecho: para que saturado, e incrasado calcitrase contra su

Criador. Manducó pues Jacob, y saturado fue, y recalcitró el dilecto, incrasado y impingüado, y dilatado, y dereliquió al Dios que lo había hecho (Deut. 32:15). Y del corazón proceden las cogitaciones pesimistas (Mat. 15:19): por las cuales dice Dios: Pecaste, y te eyecté del monte de Dios, o vulnerado has sido por el monte de Dios, lo cual leyendo, de temer somos compelidos. Si pues el Querubín extendido y protegiendo, puesto en el monte santo de Dios, y en medio de las piedras ígneas perfecto, e inmaculado, por la multitud de la negociación rellenó sus entrañas de iniquidad, y pecó, y eyectado fue del monte de Dios, esto es, de la habitación del paraíso, o vulnerado por el monte de Dios, el cual pérspicuamente Cristo se entiende, o ciertamente en el monte de Dios constituido y habitando, por sí mismo vulnerado fue, y por el mal de la conciencia compungido, mientras se entiende de la habitación del monte indigno: ¿qué de nosotros ha de ser estimado? Por lo cual se dice a él: Y te perdí, oh Querubín protegiendo de medio de las piedras ígneas: para que de ningún modo entre las piedras ígneas consistieras, sino que perecieras. Oh el mismo Querubín, o los Querubines que te protegían, te eduje de medio de las piedras ígneas: según aquello que también de Adán escrito está: "Eyectó a Adán, y lo constituyó [o a los Querubines] contra el paraíso de las delicias" (Gén. 3:24). Y las causas rinde, por qué haya sido educido, o proyectado de medio de las piedras ígneas. Elado fue pues tu corazón en tu decoro: mientras piensas ser tuyo lo que de Dios es. De donde también el apóstol,

el estímulo de la carne y al ángel de Satanás haber aceptado se dice, quien lo colafizara, para que por la magnitud de las revelaciones no se soberbeciera, e incidiera en el juicio del diablo (2 Cor. 12). Y por eso corrupta ha sido, dice, tu doctrina con tu decoro, o, perdiste tu sabiduría en tu decoro: para que mientras más quieres ser de lo que fundado fuiste, y más saber de lo que de Dios habías aceptado, también aquello perdieras que tenías, y por la pulcritud y la doctrina, la deformidad y la estulticia te poseyeran: de donde a la tierra fuiste proyectado, quien antes habitabas en el monte de Dios. De lo cual también Isaías escribe: "¿Cómo cayó Lucero, que por la mañana oría" (Isa. 14:12)? Y el Salvador en el Evangelio: "Veía", dice, "a Satanás cual fulgor de cielo cayendo" (Luc. 10). Lo cual también Jeremías habla a Jerusalén: "¿Cómo obscureció el Señor en su ira a la hija de Sión: proyectó del cielo a la tierra la gloria de Israel" (Lam. 2:1)? Proyectado fuiste empero en conspecto de todos los reyes, para que por tu ejemplo se terrericen, o de los buenos reyes, cuyo corazón en la mano de Dios está (Prov. 21), o de los malos reyes, cuyos reinos ostentó el diablo al Salvador (Mat. 4): quienes ocurrieron al rey babilonio, diciendo: "Y tú capturado has sido como nosotros, e entre nosotros reputado has sido." Por lo cual también poluyó su santificación la cual había tenido, cuando habitaba en el monte, y conversaba en medio de las piedras ígneas. Sigue: Produciré fuego en medio de ti que te devore. Aquel fuego en el corazón del rey de Tiro había sucendido aquel cuyos dardos son

ígneos, y de quien escrito está: "Todos adulterando cual clíbanos sus corazones" (Oseas). De cuyo fuego habla también Isaías: "Ambulad en la luz de vuestro fuego, y en la llama que sucendisteis" (Isa. 50), para que fuera egrediendo, devore al poseedor, según aquello que en el mismo Isaías escrito está: "Devoró cual heno la materia" (Isa. 5). En aquel día se extinguirán los montes, y los collados, y los saltos, y devorará desde el alma hasta las carnes. Este fuego que ajeno se apellida, Nadab y Abiú al altar del Señor habían ofrecido, e idcirco por el divino fuego consumidos han sido (Lev. 10). De donde también Moisés dice: "Ésta es la palabra que dijo el Señor: En éstos, que se aproximan a mí me santificaré." La santificación empero de Dios es la pena de los pecantes. Tras estas cosas se dice: Y te daré en ceniza, para que el fuego consuma todo lo que superedificaste sobre tu mala conciencia. Quien cuando debieras haber requiescido en el sábado, y de ningún modo haber hecho obra servil, maderos en el sábado colegiste: para que tuviera el incendio qué devorar en tu pecho. Perderá también todas las malas obras, convirtiéndolas en ceniza, para que el fuego nocivo penitus se extinga, para que todos conspician y estupescan que ha perecido el rey tirio, y que en nada ha sido hecho, no en muchos siglos, sino en uno, o ciertamente en perpetuo, para que se implea aquello que escrito está: "No te parceré, y no me miseraré." Suelen los hebreos entre sus otras fábulas y genealogías y cuestionas interminables, estas cosas contra Hiram rey de Tiro dichas entender, habiendo desde Salomón

hasta Ezequiel años muy plúrimos, los cuales es pérspicuo que los hombres en aquel tiempo no vivieran: y así pronunciar, cual si por ironía el profeta a él hable: ¿Acaso tú eres el sello de la similitud de Dios, lleno de sabiduría, y perfecto en el decoro: tú ornado con todas las piedras, tú el Querubín, o creado con el Querubín: cuando econtrario hayas pecado, y en ceniza hayas de ser disuelto? Añaden también a su fábula un milagro, para que contra la Escritura, immo sin la autoridad de la Escritura, digan que Hiram vivió mil años. Pero cuán violenta sea esta interpretación, sin nuestro juicio el prudente lector entiende.

(Vers. 20 sig.) Y fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, pon (o obfirma) tu faz contra Sidón, y profetizarás de ella, y dirás: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo a ti, Sidón, y seré glorificado en ti (o en medio de ti): y sabrán que yo el Señor, cuando hiciere en ella (o en ti) juicios, y santificado fuere en ti (o en ella). Y emitiré en ella (o en ti) pestilencia, y sangre en sus plazas (o tuyas): y caerán los interfectos (o vulnerados) en medio de ella por la espada (o por las espadas) por circuito, y sabrán que yo el Señor. Y no habrá más para la casa de Israel escándalo de amaritud, y espina dolor infiriendo por todas partes por el circuito de aquellos que se adversan a ellos (o que hubieren hecho contumelia): y sabrán que yo el Señor Dios: Esto dice el Señor Dios: Cuando congregare la casa de Israel, de los pueblos (o de las gentes), en los cuales dispersos están, santificado seré en ellos ante las gentes. Y habitarán en su tierra, la cual di a mi siervo Jacob, y habitarán en

ella seguros (o en esperanza): y edificarán casas, y plantarán viñas, y habitarán confidentemente (o en esperanza) cuando hiciere juicios en todos los que se adversan [Vulg. añade *a ellos*] por circuito (o les hubieren hecho contumelia): y sabrán que yo el Señor Dios de ellos.

Y lo que sigue según los LXX: Y tú Dios de los padres de ellos, en el hebreo no se tiene. Consecuentemente empero tras Tiro, el sermón se hace a Sidón; de una sola pues ambas ciudades provincia es. Y en el Evangelio Tiro y Sidón parmente se nominan: "Si en Tiro y Sidón hechas hubieran sido las virtudes que hechas han sido en ti" (Mat. 11:21). Predice empero el sermón divino que por los babilonios, también ella haya de ser capturada, y de los males conozca por el peso, que él mismo sea el Señor: cuando la hubiere juzgado, y santificado hubiere sido en aquélla, y por el hambre a ella y la pestilencia, y por la espada la hubiere consumido: de modo que caiga en las plazas de aquélla, y de ningún modo más sea escándalo de amaritud y espina de dolor para la casa de Israel. Esto empero se entiende mejor sobre el Israel espiritual, cuando congregado fuere de las gentes en las cuales disperso estaba, y cuando el Señor santificado hubiere sido en ellos, y habitarán en su tierra, a saber en la confesión de la verdadera fe, y en la herencia de las Escrituras, la cual dio a su siervo Jacob, que se apellida suplantador de vicios. Y habitarán en ella en esperanza (por lo cual la Vulgata puso *seguros*): mientras pues estamos en el cuerpo, peregrinamos del Señor, y por la fe ambulamos, no por la especie (2 Cor. 5);

y en esperanza salvos nos hacemos: la esperanza empero que se ve, no es esperanza (Rom. 8:24). según aquello que se lee en Isaías: "Los que ablactados estáis de la leche, los que abstractos del ubre, tribulación sobre tribulación esperad, y esperanza sobre esperanza" (Isa. 28:9 sigs.). Edificarán empero casas, las cuales también en el Evangelio edifica, quien no sobre la arena, sino sobre la piedra los fundamentos constituyó (Mat. 7). De las cuales escrito está: "Si el Señor no edificare la casa, en vano laboraron los que la edifican" (Sal. 127:1). Y en el Éxodo, según los Setenta: "Porque temían las parteras al Señor, hicieron para sí casas" (Éxod. 1:21), y muchas cosas de este modo. Cuando empero hiciere el Señor juicio contra aquellos que se adversan, o con contumelias afectan a Israel en circuito: entonces toda criatura conocerá que él mismo es el Señor, cuyos verdaderos juicios son, y justificados en sí mismos. De donde también la cananea, cuya hija por un demonio era vejada porque egresó de los fines de Tiro y Sidón, lo que había postulado, impetró (Ibíd., 15).

(Cap. 29.---Vers. 1, 2.) En el año décimo (o según los LXX, duodécimo), en el décimo mes (o, según el hebreo, duodécimo), en el primer (o un) día del mes, fue hecha palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, pon (o obfirma) tu faz contra Faraón rey de Egipto, y profetizarás de él, y de Egipto universal hablarás, y dirás: Esto dice el Señor Dios.

Tras Sidón, la cual también ella en el litoral fenicio constituida está, el sermón se hace al

profeta el décimo año de la cautividad del rey Joaquín, y en el duodécimo mes, y en un solo día del mes, para que ponga su faz, o la obfirme contra Faraón rey de Egipto, y hable de él, y de la universal Egipto, o a todo Egipto: por otra parte pues de Judea en el mismo litoral constituida la provincia de Egipto está, y qué cosas a aquélla hayan de venir, profetice. Si empero conviene decir algo de los números, qué lugar tenga entre diez días uno: de donde también en el principio del Génesis no fue dicho: "Fue hecha tarde y mañana día primero", sino "uno" (Gén. 1), para que el mismo día revolverse siempre enseñe: el mismo orden poseerá entre diez décadas el número décimo, esto es, el número centenario, porque para víctima el cordero se asume, para que se inmole el día decimocuarto, y de este modo hasta mil y diez mil, y cien mil, y más allá por sus décadas el orden de los números procede. Tras el décimo año empero, el mes duodécimo se pone, para que el perfecto número de los doce apóstoles y profetas (que en un solo volumen se contienen) se demuestre. Por lo demás según los LXX, el décimo mes que en hebreo se apellida TEBETH, y ante los egipcios *Tybi*, ante los romanos enero se dice, por eso que ante aquéllos del año sea la puerta (*janua*): todo calor quitado, contiene el principado del frío invernal. Esto sobre los números haber dicho suficie. Por lo demás aquello vel máxime ha de ser requerido, si el mismo sea Faraón que en el Éxodo, e Isaías, y Jeremías, y Ezequiel, y en muchos otros lugares, y en el Cantar de los Cantares se nomina: "A mi equitación en los carros

de Faraón te asimilé proxima mía" (Cant. 1): ¿o otro y otro? Y me parece no ser uno, sino muchos, según la distinción de los lugares: Faraón empero se interpreta "denudador" (*denudans*), porque denuda de todas las buenas obras a aquellos que le están sujetos, no permitiendo elevar los ojos al cielo; sino que según el Evangelio y el ejemplo de aquella mujer, a la cual por dieciocho años el diablo había incurvado, siempre a las cosas terrenas demergiendo (Luc. 13). Veamos pues qué sea la conminación contra Faraón y todo Egipto.

(Vers. 3 sig.) He aquí yo a ti, Faraón rey de Egipto, drago magno, que cubas (o te sientas) en medio de tus ríos, y dices: Mío es el río, y yo me hice a mí mismo (o a ellos). Y pondré freno (o lazo) en tus maxilas, y aglutinaré los peces de tus ríos a tus escamas (o plumas), y te extraeré de medio de tus ríos: y universos peces tuyos, a tus escamas se adherirán. Y te proyectaré (o depondré) velozmente (o en el desierto): y todos los peces de tu río, sobre la faz de la tierra (o de tu campo) caerás. Ni serás colegido, ni congregado; a las bestias de la tierra y a los volátiles de cielo te di para devorar. Y sabrán todos los habitadores de Egipto, que yo soy el Señor: por eso que hecho has sido (o fuiste) báculo (o virga arundínea) a la casa de Israel, cuando aprehendieron (o aprehendió) a ti con su mano [Vulg. calla *su*], y confracto has sido, y laceraste todo el húmero de ellos, e innitentes ellos sobre ti, conminuido has sido, y disolviste (o confregiste) todos los riñones de ellos.

Por estudio de brevedad ambas ediciones mezclamos, donde no mucho entre sí discrepan.

Por lo demás donde hay gran diversidad, ambas proponemos. Dice empero contra Faraón el príncipe de Egipto, y bajo la figura de él a una gran potestad habla, a la cual Egipto fue tradida para regir, y nihilominus se soberbece contra su Criador, para sí la dominación de la tierra vendicando, y entregándose para ser colenda a las gentes egipcias. Y habla según el sitio de la provincia, cual a un rey, que en la inundación del Nilo confía, y las lluvias de cielo no magnopere desea, y autor de sí mismo se piensa, o que los ríos, esto es, los canales (*diorychas*), y los arroyos del Nilo por sí hechos hayan sido se jacta. No, dice, un Ángel enviaré, sino, oh drago magno, que cubas y resides en medio de tus ríos, yo mismo a ti vendré para ser punido. Osaste pues decir: Mío es el río Nilo, y yo de mí cónditor soy: o, yo mismo hice el río, por el cual todo Egipto se irriga. Y cuando viniere, pondré freno en tus maxilas: o constriñiré con lazos tu boca, con la cual magníficamente hablabas, y a todos tus socios y duques, que se vocan peces de los ríos, aglutinaré a tus escamas, esto es, a tu soberbia, por la cual piensas volar. Pues el drago plumas tiene, immo tuvo cuando en el paraíso de Dios y en medio de las piedras ígneas estaba, de quien Isaías dice: "Inducirá el Señor el gladius sobre el drago, serpiente voladora" (Isa. 27:1). Hay también otros ríos, que Faraón para sí vendica, de los cuales David canta: "El ímpetu del río laetifica la ciudad de Dios" (Sal. 46:4): de ningún modo dudando de que la Iglesia signifique. Consideremos pues, qué sea la pena del drago, o qué su suplicio. Sigue: Y pondré freno,

o lazo en tus maxilas. A lo cual símil es aquello de Job: "Aducirás empero al drago en el anzuelo, y pondrás cabestro en torno a las narices de él. Confía que entre el Jordán en su boca: en su ojo lo suscipiet. Perforará empero sus narices una armilla, y los labios de aquél" (Job 40:19 sigs.). Pone empero el Señor en las maxilas de este drago el freno, y perfora sus labios y los constriñe con el círculo de la armilla, cuando por los varones eclesiásticos, que en las Escrituras santas eruditos están, le impone silencio, y universos dogmas de perversidad se disuelven. Y aglutina los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, por las cuales los heréticos por la soberbia a las alturas festinan, para que también ellos vinctos con el drago, un solo cuerpo con él efectúen, y se copulen a él o en el consorcio del error, o en la similitud de la pena: de qué modo "quien se adhiere al Señor, un solo espíritu es" (1 Cor. 6:17). Ni verdaderamente un solo río tiene el drago egipcio, sino muchos ríos, con los cuales irriga a Egipto humilde y deyecta nada en sí teniendo de montes: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino túrbidas y cenosas (Isa. 8). De donde también lo extrae el Señor de medio de sus ríos, para que de ningún modo sobre ellos incumba, ni se siente en ellos: y todos los peces a las escamas de aquél se adhieran, por la cualidad de los vicios por todo el cuerpo del drago, o a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y extremas partes adhiriéndose: para que extraído el drago, los peces también, que se adhieren a él, parmente sean extraídos. Y: Te proyectaré, dice, en el desierto, para que de ningún modo

reperies a quienes decipias. O ciertamente te depondré de la cima de tu soberbia, y te depondré velozmente, según aquello del Apóstol: "El Dios de la paz empero contera a Satanás bajo vuestros pies velozmente" (Rom. 16:20); para que con el drago contrito y depuesto, los peces también de aquel río sean depuestos, y caiga el autor de los crímenes, que antes estar de pie se arbitraba, y en todo el orbe discurrir. Caiga empero sobre la faz de su tierra, a la cual del cielo precipitado fue, para que de ningún modo más en las Iglesias de los heréticos sea colegido, ni se congregue, o sea sepultado en éstos que hubieren creído en él, cuando de él hubieren sido liberados, sino que se dé para devorar a las bestias de la tierra, y a los volátiles de cielo. A las bestias, de las cuales escrito está: "No tradas a las bestias el alma confitente a ti" (Sal. 74:19). Y a los volátiles de cielo, que junto a la vía la sementera comen, y por el Salvador se interpretan ser los diablos (Mat. 13). No sólo pues el príncipe de la malicia, sino también sus discípulos, diablos se nominan, según aquello que de Judas se dice: "¿Acaso no os elegí yo a los doce, y uno de vosotros diablo es?" (Juan 6:71). De cielo empero se vocan volátiles, porque para sí cosas sublimes repromiten, para que tras que el drago con sus peces depuesto hubiere sido y proyectado, y tradido para devorar a las bestias de la tierra, que nada en sí tienen de mansedumbre, y a éstos que se circunferen por todo viento de doctrina (Ef. 4), entonces entiendan todos los habitadores de este siglo, que él mismo sea el Señor. Toda empero la causa de las penas es, que

frustra a la casa de Israel prometió auxilio, y fue para ella virga, o báculo arundíneo, vacuo e inane, y nada en sí teniendo de plenitud, porque no podía decir: "Nosotros empero todos de la plenitud de él aceptamos" (Juan 1:16); cuando la Escritura preceptuó: "No aparecerás en conspecto del Señor Dios tu vacuo, o inane" (Éxod. 23:15). Que empero no debamos de Egipto auxilio postular, también en otro lugar la Escritura testifica: "Ay de ellos que descienden a Egipto para auxilio" (Isa. 31:1). De báculo arundíneo de este modo también Rabsaces frustra exprobra a Ezequías rey de Judá diciendo: "He aquí confías en la virga arundínea y confracta ésta, sobre Egipto: a la cual: quien se hubiere innixado, ingresa en su mano. Así es Faraón rey de Egipto para todos los que confían en él" (Isa. 36:6). Y aquél ciertamente sobre el justo rey mentía estas cosas conmemorando, quien se interpreta "mucho en copa" (*multus poculo*). Embriagado pues estaba del áureo cáliz de Babilonia, e idcirco las cosas que eran suyas, ingerid a al pueblo al Señor confitente. Aquí verdaderamente se exprobra a Faraón, que fue para la casa de Israel, virga, o báculo arundíneo, vano para ellos y frágil y cito conminuendo auxilio repromitiendo. Para que empero saber valamos, quién sea el báculo arundíneo, sobre el cual la casa de Israel confiar no deba, del contrario báculo y virga del Señor entender podremos, de la cual al Señor se dice: "Tu virga y tu báculo, ellos mismos me consolaron" (Sal. 23:4). Esta virga tuvo también Aarón, la cual a los dragos egipcios devoró, y cuando percutió los aggeres del Nilo, y los cinifes

en toda Egipto generados han sido (Éxod. 7, 8). Moisés también, según los LXX, extendió esta virga, y la elevó al cielo, y el Señor indujo viento austro sobre la tierra todo aquel día y toda la noche, y por la mañana elevó el viento, y adujo langostas sobre toda la tierra de Egipto. De esta virga pienso escribirse también en el libro de los Números, que haya florido, y nueces o almendras germinado (Núm. 17). Ésta tenía también el Apóstol cuando decía: "¿Qué queréis, en virga vendré a vosotros?" (1 Cor. 4:21). Y los que la Pascua celebraban, báculos tenían en las manos, sin los cuales sustentando la imbecilidad del cuerpo humano, las carnes del cordero comer no podían. Ésta es la virga de la raíz de Jesé, sobre la cual siete espíritus requiescieron. Pero no tal Faraón, ni el báculo de Egipto y la virga arundínea que decipit a los que se aprehenden de ella, y lacera los húmeros de ellos, esto es, la fortaleza. Y quienquiera sobre ella hubiere sido innixado, se disuelven sus lomos y estar de pie no puede: ni acinto de riñones la Pascua celebrar. Lo cual a éstos congruye, cuyos corazones y riñones escruta Dios.

(Vers. 8 sigs.) Por eso esto dice el Señor Dios: He aquí yo aduciré sobre ti el gladius, e interfeciré de ti al hombre y al jumento. Y será la tierra de Egipto en desierto (o perdición) y soledad: y sabrán que yo soy el Señor: por eso que hubiere dicho (o hubieres dicho) el río mío es, y yo lo hice a él (o los ríos míos son, y yo los hice a aquéllos). Idcirco he aquí yo a ti y a tus ríos: y daré la tierra de Egipto en soledades, por el gladius disipada (o disperdita) desde la torre de Syene (o desde

Migdol y Syene) hasta el término de Etiopía. No transirá por ella pie de hombre, ni pie de jumento gradietur en ella, y no se habitará por cuarenta años. Y daré la tierra de Egipto desierta en medio de las tierras desiertas, y las ciudades de ella en medio de las urbes subversas serán [Vulg. y serán] desoladas por cuarenta años. Y dispergeré (o diseminaré) a los egipcios en las naciones, y los ventilaré en las tierras. Porque esto dice el Señor Dios: Tras el fin de cuarenta años, congregaré a Egipto (o a los egipcios) de los pueblos (o gentes) en los cuales dispersos habían sido. Y reduciré la cautividad de Egipto, y los colocaré en la tierra de Patures, en la tierra de su natividad (o en la tierra de la cual asumidos son). Y estarán allí en reino (o principado) humilde, entre los reinos restantes será la más humilde [Al. el más humilde]. Y no se elevará más sobre las naciones, e inminuiré a ellos, para que no imperen a las gentes (o para que no sean más entre las gentes). Ni serán más para la casa de Israel en confidencia (o en esperanza) enseñando iniquidad, para que huyan, y los sigan (o los reduzcan a la memoria de la iniquidad para que los sigan a aquéllos) y sabrán que yo soy el Señor Dios.

Junge a las anteriores las cosas que siguen. Porque fuiste báculo arundíneo a la casa de Israel, y no sólo confracto has sido en su mano, sino según Isaías (Isa. 36), perforaste su mano, y ahora laceraste el húmero, y tú mismo conminuido has sido, y de los que se innitían sobre ti disolviste los lomos: idcirco yo induciré sobre ti el gladius de los hostes, y con los hombres los jumentos vastaré,

y se redigirá la tierra de Egipto en soledades, y por segunda vez sabrán los egipcios que él mismo sea el Señor. Y entonces conocerán los hombres y los jumentos, y la tierra disperdita que él mismo sea el Señor: en aquel sentido en que en el septuagésimo séptimo Salmo escrito está: "Cuando los interfecía, entonces lo buscaban" (Sal. 78:34). Todo pues el que busca, hallará. De la misericordia de Dios ciertamente es, que del mundo este perezca la abundancia, y los fluentes de Egipto se sequen, immo la tierra de ellos sea en soledades, y la sentencia del Señor se disipe desde la torre de Syene, la cual se interpreta "giro" (*gyrus*): para que nada en sí de recto tenga, hasta la tierra de los etiopes, que humildes se apellidan: para que a saber toda soberbia que se contra la ciencia de Dios había erigido, se destruya, y se humille para su salud. Ni pie de hombre, esto es, algo racional transe por Egipto, ni pie de jumento gradietur en ella: para que a los simples cualesquiera no tenga, a los cuales dimitidos los hombres, Faraón en Egipto tener cupía, Moisés contradiciendo, y queriendo que los jumentos también de la cautividad de Egipto fueran liberados. Y no, dice, se habitará por cuarenta años, el cual número siempre de aflicción y de pena es. De donde también Moisés, y Elías, y el mismo Salvador, por cuarenta días ayunaron y noches, y por cuarenta años el pueblo estaba en la soledad, para que tras esto circuncidado en Gálgalas, del oprobrio e ignominia de Egipto fuera liberado (Éxod 34; 1 Rey 19; Mat 4; Núm 14). En el sacramento de cuyo número, también este mismo profeta por la tribu

de Judá por cuarenta días duerme en el lado derecho, y por cuatrocientos años el pueblo que ha de servir en Egipto se nuncia (Gén. 15): los cuales hacen cuarenta décadas, o cuatro centenas (*hekatontadas*). Las lluvias también del diluvio por cuarenta días infieren al orbe el naufragio. Justo pues era, que quien por los cuatro elementos del mundo, por los cuales todas las cosas constar se dicen, mientras los dilige y fove, a Dios ofende, en el mismo número fuera punido: e Israel que había pecado en el sábado, de siete décadas, esto es, de setenta años el suplicio sustentara. Y se da la tierra de Egipto desierta, y las ciudades de ella en medio de las tierras y urbes subversas, las cuales no están exstructas de piedras, sino de ladrillo y pajas, para que se disperja Egipto que mal para sí había sido copulada, y se ventile en las tierras, por lo cual a saber el trigo de las pajas se separe, y el fin de cuarenta años completado, sea la restitución de Egipto, y se reduzca la cautividad de ella, y se coloque en la tierra de Patures, la cual se interpreta "pan conculcado"; donde aquel pan que había dicho: "Yo soy el pan que de cielo descendí" (Juan 6:51), por la pravidad herética conculcado fue: para que cuando vinieren a la Iglesia, habiten en el pan conculcado, y de ningún modo se eleven en soberbia, sino que sean en reino humilde. Y para que también cuando restituidos fueren en el prístino estado, se por la humildad deyecten, porque en Egipto vivieron, y de ladrillo exstruyeron las ciudades, y entre los muchos reinos de la Iglesia sean humildes, y sepan en quién pecaron, y más no se eleve Egipto sobre las Iglesias en todo

el orbe divisas, sino que se redija en paucidad, y pocos en ella remanezcan entre las gentes, según aquello que escrito está: "Da a ellos, Señor. ¿Qué darás a ellos? Da a ellos vulva estéril, y ubres secos" (Oseas 9:14): para que de ningún modo gocen y se extollen en la multitud de los deceptos, sino que se redijan en pocos: "Muchos pues los vocados, pocos empero los electos" (Mat. 20). Y más no decipian a la casa de Israel, esto es, a la Iglesia; ni vana para ellos esperanza y confidencia repromitan, enseñando iniquidad, para que huyan de la eclesiástica disciplina, y sigan las egipcias voluptuosidades. Estas cosas empero se harán, para que por tercera vez conozcan los egipcios, que él mismo sea el Señor. Lo cual me parece por eso decirse, para que la cognición primera de los egipcios en la carne sea, la segunda en el alma, la tercera en el espíritu. Primero, sobre la tierra, segundo, de este mundo la conversación finida, tercero, tras la resurrección.

(Vers. 17 sig.) 351 Y aconteció en el vigésimo séptimo año, en el primer mes, y en el primer día del mes, que se hizo palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, Nabucodonosor rey de Babilonia hizo servir a su ejército con servidumbre grande contra Tiro: toda cabeza fue decalvada, y todo hombro depilado fue, y la merced no le fue rendida, ni a su ejército sobre Tiro, por la servidumbre con la cual me sirvió contra ella.

Por tanto, esto dice el Señor Dios: He aquí que yo daré a Nabucodonosor rey de Babilonia en la tierra de Egipto, y se llevará [Vulg. recibirá] la multitud de ella, y depredará sus despojos, y

dirripirá sus despojos, y será por merced a su ejército y para la obra, por la cual me sirvió contra ella: le he dado la tierra de Egipto, por lo que laboraron [Vulg. laboró] para mí, dice el Señor Dios.

En aquel día pullulará el cuerno de la casa de Israel, y a ti te daré la boca abierta en medio de ellos, y sabrán que yo soy el Señor.

Se pregunta cómo después del décimo año del sermón superior, inmediatamente el vigésimo séptimo se pone el año, y en los consiguientes el décimo y el duodécimo, y en la extrema descripción del templo, el vigésimo quinto.

Pero la solución es fácil. Porque como sobre Egipto tanto la superior, como esta que ahora se dice, la profecía se contextea, aunque en diversos tiempos haya sido hecha: sin embargo, como de una provincia se profetiza, juntas para sí están.

Lo cual también en Jeremías frecuentemente leemos, que con prepóstero orden los tiempos se describen. Pues primero de Sedequías en algunas partes los gestos se refieren, y después de Joaquín que antes de él fue.

En los Salmos empero porque es Carmen lírico, el orden de la historia no se busca. Digamos pues primero según la letra.

Nabucodonosor cuando impugnaba a Tiro, y los arietes, máquinas, y vineas por lo cual ceñida estaba por el mar, a los muros no podía adjuntar, una infinita multitud del ejército mandó piedras y terraplenes comportar, y expleto el medio mar, o más bien el estrecho angustiosísimo, el vecino litoral de la isla hizo continuo [Al. contiguo].

Lo cual cuando vieran los tirios ya ya perfeccionado, y por la percusión de los arietes, los fundamentos de los muros se sacudieran, cualquier cosa preciosa en oro, plata, y vestiduras, y variada supeléctil que la nobleza tuvo, impuesta en naves, a las islas asportó: de modo que capturada la urbe, nada digno de su labor encontrara Nabucodonosor.

Y porque de Dios en esta parte había obedecido a la voluntad, después de algunos años de la cautividad tiria, se le da Egipto; y mucho más saeva Tiro que Egipto.

Aquella pues impugnaba a Jerusalén; esta vano prometía auxilio. Otra cosa es pues con la esperanza la imbecilidad decipir: otra contra el pueblo de Dios dimicar.

Esto es pues lo que dice Nabucodonosor rey de Babilonia, en la impugnación de Tiro a su ejército para mí servir hizo, para que cumpliera mi voluntad: Toda cabeza decalvada, y todo hombro depilado fue, de los gestantes de los cofines de tierra, y las piedras por las cuales se rayan los hombros, y se decalva la cabeza; y sin embargo ni él mismo, ni su ejército algo digno encontró en Tiro.

Y cuando en esto me haya servido, y mi voluntad contra Tiro haya cumplido, por tanto le daré la tierra de Egipto.

Lo cual algunos dicen bajo Nabucodonosor haber sido completado: otros bajo Cambises hijo de Ciro, que Egipto hasta Etiopía vastó, de modo que a Apis interfiriera, y todos los simulacros de ellos deliera.

Por cuya causa piensan que él fue vuelto en amencia por la caída del caballo, y con el propio puñal confoso.

Plenísimamente esta historia la narra Heródoto: donde también todo Egipto por pagos y castillos y vicos se describe, y el origen del Nilo y de la gente de aquel pueblo, y la mensura de la tierra por el circuito hasta el desierto de Etiopía y los litorales del Magno mar, y de Libia y de Arabia los confines se demuestran.

La causa empero de la ira del Señor contra Egipto, es aquella, que al pueblo de Dios con su auxilio decipió, para que no esperara en Dios, y a él a la iracundia provocara.

En aquel, dice, día en que Egipto capturada fuere, pullulará el cuerno de la casa de Israel: sin duda alguna que al género regio significa.

Lo cual algunos [Al. ciertamente] a Zorobabel hijo de Salatiel, que por Jeconías de la estirpe de David generado fue, otros al último tiempo refieren, cuando piensa que también Elías ha de venir.

Nosotros empero el cuerno del Señor sobre [Al. por] Cristo entendiendo, la presente historia carpimos.

Y cuando, dice, oh Profeta, esto primero hubiere sido expleto, entonces se abrirá tu boca, y tu vaticinio de ningún modo con dudosa promesa penderá, sino que se cernirá en la obra perpetrada: para que sepan todos los que oyeren, que yo soy el Señor, de quien el haber dicho, es el haber hecho.

Estas cosas según la letra, o más bien según la verdad dichas sean de la profecía.

Por lo demás de aquello que Nabucodonosor merced recibió de la buena obra, entendemos también que los étnicos, si algo de bueno hicieren, no sin merced por el juicio de Dios son preteridos.

De donde también por Jeremías Nabucodonosor paloma de Dios es llamado, por aquello que contra el pueblo pecador de Dios sirvió a la voluntad.

Y aduciré, dice, a mi siervo Nabucodonosor (Jerem. XXV).

Por lo cual es perspicuo que somos condenados por la comparación de los gentiles, si ellos por la ley hagan natural, las cuales nosotros también escritas negligimos.

De lo cual plenísimamente a los Romanos Pablo el apóstol disputa.

Y para que no algo preterir parezcamos según la inteligencia espiritual, preguntamos dónde este número, esto es, el vigésimo séptimo leímos.

En el libro del Génesis la Escritura testifica (Gén. VII), en el seiscientos año de la vida de Noé, en el segundo mes, en el vigésimo séptimo día del segundo mes, sobre la faz de la tierra las aguas fueron inducidas del diluvio, y después en el séptimo mes del mismo año, que es vecino al sábado, y en el vigésimo séptimo día del mismo mes séptimo, las aguas cesaron del diluvio, y se asentó el arca de Noé sobre los montes de Ararat, que se interpretan Armenia.

Por lo cual entendemos, que es medio el número y a uno y otro puede conferirse, cuando en esto tanto la ira de Dios empieza por el diluvio,

como su clemencia en el séptimo mes en el mismo número de días se demuestra.

Y porque entre los hebreos el mes, que entre nosotros por las Calendas y Nonas e Idus se desenvuelve, según el curso de la luna se computa: de donde también por el vocablo griego mēnē, esto es, luna, del mes el nombre recibió, esto fue dicho en el vigésimo séptimo día de la luna un poco algo de luz haber remanecido, para que no penitus su ira sin misericordia sea.

Cuando empero todo el orbe de la luna se imple, entonces también la pascua se celebra, y todas las máximas solemnidades.

Lo cual estrictamente pusimos, para que sepamos que en este número, tanto las buenas como las malas cosas pariter se contienen. Las buenas de Nabucodonosor, a cuya labor la merced se rinde; las malas a los egipcios, de quienes la vastidad se nuncia.

(Cap. XXX.---Vers. 1 sigs.) Y se hizo palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, profetiza, y di: Esto dice el Señor Dios: Ululad, ¡ay, ay del día!: porque cerca está el día, y se aproxima el día del Señor, día de nube, tiempo de las gentes será.

Y vendrá la espada en Egipto, y habrá pavor en Etiopía, cuando cayeren los vulnerados en Egipto, y abducida fuere la multitud de ella, y destruidos sus fundamentos. Etiopía y Libia, y los lidios, y todo el resto del vulgo, y Chub, y los hijos de la tierra del pacto con ellos por la espada caerán.

Esto dice el Señor Dios: Y corruerán los que fulcen a Egipto, y se destruirá la soberbia de su

imperio, desde la torre de Siene [Al. Soene] por la espada caerán en ella, dice el Señor de los ejércitos. Y se disiparán en medio de las tierras desoladas, y las ciudades de ella en medio de las ciudades desiertas estarán.

Y sabrán que yo soy el Señor, cuando hubiere dado fuego en Egipto, y triturados fueren todos los auxiliadores de ella.

En aquel día saldrán nuncios de mi faz en trirremes para conterer la confianza de Etiopía, y habrá pavor en ellos en el día de Egipto, porque sin duda vendrá.

Esto dice el Señor Dios: Y haré cesar la multitud de Egipto en la mano de Nabucodonosor rey de Babilonia: él y su pueblo con él, los fortísimos de las gentes, serán aducidos para disperder la tierra. Y evainarán sus espadas sobre Egipto, e impleirán la tierra con los interfectos.

Y haré los álveos de los ríos áridos, y tradicionaré la tierra en la mano de los pesidísimos, y disiparé la tierra y la plenitud de ella en la mano de los ajenos: yo el Señor he locutado.

Esto dice el Señor Dios: Y disperderé los simulacros, y haré cesar los ídolos de Menfis, y duque en la tierra de Egipto no habrá más, y daré terror en la tierra de Egipto.

Y disperderé la tierra de Patures, y daré fuego en Tafnis, y haré juicios en Alejandría, y efundiré mi indignación sobre Pelusio el robur de Egipto, e interfeciré la multitud de Alejandría, y daré fuego en Egipto.

Cual parturienta dolerá Pelusio, y Alejandría será disipada, y en Menfis angustias cotidianas.

Los jóvenes de Heliópolis y de Bubasto [Al. Bugasto] por la espada caerán, y ellas mismas cautivas serán ducidas.

Y en Tafnis se nigrecerá el día, cuando hubiere contrito allí los cetros de Egipto, y hubiere defecido en ella la soberbia de su potencia: a ella misma la nube la operirá, las hijas empero de ella en cautividad serán ducidas. Y haré juicios en Egipto: y sabrán que yo soy el Señor.

En la historia de nuevo el orden se sirve, y las ciudades niliacas se evierten, y toda la tierra de Egipto o por el fuego, o por el hierro, o por el hambre, o por la cautividad se vasta, para que sepan todos los egipcios que él mismo sea el Señor.

Por lo demás según la tropología, el pavor será en Etiopía, esto es, en los que con atra conciencia y con las suciedades de los pecados están inquinados, cuando cayeren los vulnerados en Egipto.

Donde pues los cultores de este mundo fueren interfecidos, y la multitud de ellos abducida, y destruidos los fundamentos sobre los cuales habían edificado, entonces aquellos que antes por las tinieblas estaban involutos, la magnitud del pavor sustentarán.

Etiopía pues y Libia, y los lidios, y todo el resto del vulgo, y Chub, y los hijos de la tierra del pacto, que se interpretan, humildad, y libido, y dolo, y toda la congregación de aquellos que con Egipto pactos pepigieron, por la espada del Señor concidirán.

Corruerán también los que fulcen a Egipto, esto es, todos los filósofos y heréticos, que con su mentira el error del mundo fulcir se conan, y se

destruirá la soberbia de su imperio, desde la torre de Siene, la cual se interpreta, visión, o mandato.

Desde la torre de Siene por la espada caerán, para que los que pensaban que veían, y los mandatos de la ley sabían, por la espada del sermón de Dios interean.

Y se disiparán en medio de las tierras desoladas: donde pues ninguna es la virtud, allí la desolación es sempiterna.

Y sabrán al Señor, cuando hubiere dado fuego en Egipto, y triturados fueren todos los auxiliadores de ella, de los cuales arriba dijimos.

Nuncios también saldrán de la faz del Señor en trirremes, para que conteran la confianza de Etiopía, y se haga pavor en ellos en el día de Egipto.

Los nuncios de aquí recíbelos o como los Apóstoles, o como los Ángeles, que para conterer la malicia serán aducidos.

Cesará también la multitud de Egipto en la mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, quien él mismo y su pueblo los fortísimos de las gentes se apelan.

E interfecirán con sus espadas todas las cosas que en Egipto mal habían vivido, y los álveos de los ríos, esto es, los ríos de la elocuencia con los cuales los errores egipcios, el junco y el cálamo se rigaban, se arefagan, y sean tradiccionados en la mano de los pesidísimos, que los torquean, y la plenitud de la tierra de Egipto, que mal había crecido, se delea en la mano de los ajenos de Dios.

Ni pues los buenos, sino los malos Ángeles a los tormentos están prepositos.

Estas cosas es necesario que sepan, porque ha locutado el Señor.

Lo cual frecuentemente se asume, para que sepan los que oyen que no del profeta las palabras son, sino del Señor, cuyos preceptos irritos ser no pueden.

Sigue: Y disperderé los simulacros, que las abominaciones.

Los Setenta traslataron: Y haré cesar los ídolos o los optimates de Menfis, y duque, o príncipe en la tierra de Egipto, no habrá más.

Pues del clementísimo Señor es, lo mal ficto subvertir, para que ninguna similitud que miente la imagen de la verdad, remanezca en Egipto: los optimates también perezcan de Menfis, la cual se interpreta "de la boca"; de lo cual todos los ídolos conficcionaron, para que truncadas las cabezas y los maestros de los ídolos, no sea el príncipe en Egipto, y con el terror y perdición todo Egipto se implea.

De cuyas urbes se dice: Y disperderé la tierra de Patures, y daré fuego en Tafnis, o en Tanín, y haré juicios en NO, la cual los Setenta Diospolis traslataron: y efundiré mi indignación sobre Saín, el robur de Egipto.

Patures se interpreta, conculcación del pan: Tafnis, mandato humilde: Diospolis, por la cual en el hebreo puesta está NO, requie. Saín, tentación: con cuyos nombres diversos conciliábulos de heréticos y de todas las mentiras se demuestran: que conculcan el pan eclesiástico y lo contemnen, y siguen el mandato humilde, y que a las celestiales cosas no perduce, y a las delicias

vacan, y están en el requie; cual en el Evangelio leemos al rico purpurado (Luc. 16); y a los tentadores insirven: de los cuales uno expete del Señor, para que de tentar a Job tuviera potestad.

Todas estas cosas el Señor las disperderá y las sucenderá, y efundirá sobre ellas su indignación, y el robur de Egipto disipará, para que redactados a nada, de ningún modo al pueblo de Dios soliciten, y en su auxilio esperar hagan; para que desierta la verdad, busquen la mentira, y como por el báculo arundíneo así por su presidio sean vulnerados.

(Vers. 20 sig.) Y aconteció en el undécimo año, en el primer [Vulg. añade mes], en el séptimo del mes, que se hizo palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, el brazo de Faraón rey de Egipto he contrito, y he aquí que no está obvoluto, para que se le restituyera la sanidad, y se ligara con paños, y se sarciera con linteolos (o para que recibiera malagma): y aceptado el robur, pudiera tener la espada.

Por tanto esto dice el Señor Dios: He aquí que yo contra Faraón rey de Egipto, y comminuiré su brazo fuerte, pero confracto (o los brazos fuertes, y dispuestos): y deyectaré la espada de su mano, y disperderé (o diseminaré) a Egipto entre las gentes, y los ventilaré en las tierras.

Y confortaré los brazos del rey de Babilonia, y daré mi espada en su mano, y confrangeré los brazos de Faraón, y gemirán con gemidos los interfectos delante de su faz (o como en los LXX se contiene: E inducirá la espada sobre Egipto,

y populará sus presas, y espoliará sus despojos. Sigue):

Y confortaré los brazos del rey de Babilonia, y los brazos de Faraón caerán: y sabrán que yo soy el Señor, cuando hubiere dado mi espada en la mano del rey de Babilonia, y la hubiere extendido sobre la tierra de Egipto, y disperderé [Vulg. disperjaré] a Egipto entre las naciones, y los ventilaré en las tierras, y sabrán que yo soy el Señor.

Revierte al orden de la profecía; pues tras el vigésimo séptimo año ahora pone el undécimo. Cuya cuestión también en las cosas superiores se contiene.

Pues cuando el sermón del Señor contra Tiro fue hecho en el año undécimo, que antes fue puesto, en los consiguientes loque a Faraón en el año décimo: y de nuevo pone el vigésimo séptimo, como dijimos, y ahora el undécimo.

Para que las demás cosas preterire parezca que en el orden de los salmos se contienen: se pregunta, cómo el tercer salmo se prepone a estos salmos en los cuales mutó su faz David delante de Abimelec, y sobre Doeg el edomita, y cuando encontrado fue en la espelunca, y el quincuagésimo de la penitencia, en cuyo título se demuestra, que entró a Betsabé mujer de Urías, cuando anteriores sean estos salmos al tercero, en el cual huir se nota de la faz de su hijo Absalón.

Pero en los Salmos fácil es la respuesta, que el carmen es lírico, y en esta clase de obra no se busca el orden de la historia; sino los cármenes de los hechos singulares.

En la historia empero aquello debe decirse, que las cosas que sobre una cosa en diversos tiempos fueron dichas, no deben por la oración dividirse, sino en la narración de un solo lugar concluirse. Por ejemplo, para que lo que sobre Egipto fue dicho en uno y otro tiempo, en un solo orden de lección se conozca.

Cuando esto hubiéremos dicho, remanece sin embargo la cuestión: Por qué en este mismo lugar primero fue hecho el sermón del Señor a Faraón en el undécimo año, y después en el vigésimo séptimo, y deinceps en el décimo año, cuando utique según el orden, primero el décimo, segundo el undécimo, tercero el vigésimo séptimo año, en las singulares profecías debieron preanotarse.

A lo cual aquello podemos responder: ¡Oh profundo de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán inescrutables sus juicios e investigables sus vías! (Rom. 11:33). Y en otro lugar: ¿El abismo y la sabiduría quién investigará? (Ecl. 1:2-3).

Podemos empero esto decir, que también en los Profetas de ningún modo el orden de la historia se sirve, al menos no en todas, sino en algunos lugares, pues no narran las pretéritas, sino que preanuncian las futuras, según la voluntad del Espíritu Santo fuere.

En la historia empero, como son los cinco libros de Moisés, y de Josué, y los volúmenes de los Jueces, Rut también y Ester, Samuel y los Reyes, el libro del Paralipómenos y de Esdras, junto a sí pariter Nehemías, una prepóstera narración de ningún modo se reperye.

Estas cosas sobre el orden de los años haber dicho baste. Ahora veamos qué profecía contra Faraón, o sobre Faraón sea.

Su brazo haber contrito se dice, y no estar obvoluto ni ligado, ni sarcido con linteolos, ni haber recibido malagma, según aquello que escrito está: No hay malagma que imponer, ni óleo, ni aligaturas (Isa. 1, según los LXX).

Lo cual si hecho hubiera sido, utique recepta la fortitud, podría tener la espada, y a las guerras proceder.

Por lo tanto el clemente y misericordioso Dios de nuevo comminuyó su brazo, o sus brazos, para que penitus caiga la espada de su mano, y en las gentes Egipto se disperja, y se ventile en las tierras.

En el brazo empero el robur recibe y la fortitud, diciendo la Escritura: Contere el brazo del pecador y del maligno (Sal. 10:15). Lo cual se contere en nuestros adversarios, cuando nos persiguen ciertamente, pero oprimir no pueden.

Y por la salud de los siervos de Dios contra Faraón el rey de Babilonia frecuentemente consurge, para que al potente oprima el más potente, y los malos sean tradiccionados a los peores, confortando Dios los brazos de los pesidísimos, para que sepa quien liberado ha sido, que él mismo sea el Señor: pues provecto es de la virtud, saber que él mismo sea el Señor.

Econtrario podemos decir: Los hijos de Helí, hijos de pestilencia, no conociendo a Dios (1 Sam. 2:22).

Y en la buena parte sobre los reyes que recto hicieron en el conspecto de Dios escrito está, que conocieron al Señor.

Aquello empero que en los LXX se dice: Y contereré sus brazos fuertes y dispuestos, que en griego se dice *tetagmena*, por el vicio de los escritores depravado fue. Pues ellos interpretaron no *tetagmena*, sino *tetamena*, esto es, no dispuestos, sino extensos. Por lo cual según su consuetud otros intérpretes "excelsos" pusieron.

# Libro D

*ÉCIMO.*

Querría, como antes ya dije, las profecías contra una sola provincia, o un solo rey, en los mismos libros explanar, y de ningún modo el sentido del lector dividir. Pero ¿qué haré con la longitud, la cual si no se divide en partes, el modo del volumen egredira; y una infinita congerie, tanto para el dictante como para el leyente 367-368 es molesta? Por lo tanto tras el sermón contra Egipto y su llanto, y el rey de Egipto, sobre cuyo brazo de ningún modo obvoluto, ni restituido a la prístina sanidad, en la última parte del noveno libro dijimos, pasamos al principio del décimo libro contra el mismo Faraón rey de Egipto, que se compara al rey asirio, y tras una larguísima profecía, la lamentación sobre el mismo se asume, y deinceps contra todo Egipto. En los cuales diserendo, oh virgen de Cristo, Eustoquia, eleva con Moisés las manos para que nuestra victoria el fruto de tus oraciones sea. Pues no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. 9:16), quien loque al profeta: Abre tu boca y la impleiré (Sal. 81:10); respondiendo el profeta al Señor: Abrí mi boca, y atraje el espíritu (Sal. 119:131); quien donde quiere espira. Donde empero el espíritu del Señor, allí la libertad (Juan

3:8; 2 Cor. 3:17), con la cual libertad nos donó el Señor. La cual en vano los judíos tener se jactaban diciendo: Simiente de Abrahán somos, y a nadie servimos nunca (Juan 8:33), a muchos vicios y pecados subjetos, e ignorando aquella sentencia: por quien alguno es vencido, de él también siervo es (2 Ped. 2:19).

(Cap. XXXI.) Y aconteció en el undécimo año, en el tercer mes, en el primer día del mes, que se hizo palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, di a Faraón rey de Egipto y a su pueblo: ¿A quién te has hecho similar en tu magnitud?

He aquí Asur cual Cedro (o Ciprés) en el Líbano, bello con ramas y con frondas nemoroso, excelso en altitud, y entre las densas frondas (o en medio de las nubes) elevada fue su cima. Las aguas lo nutrieron: el Abismo lo elevó [Vulg. exaltó]: sus ríos manaban en el circuito de sus raíces, y sus arroyos emitió a todos los maderos de la región.

Por lo tanto elevada fue su altitud sobre todos los maderos de la región (o del campo): y multiplicados fueron los arbustos (o ramas), y elevados fueron sus ramos por las muchas aguas.

Y cuando hubiera extendido su sombra, en sus ramas hicieron nidos todas las volátiles del cielo, y bajo sus frondas engendraron todas las bestias de los saltos, y bajo su sombra [Vulg. umbráculo] habitaba el coeto de todas las naciones.

Y era bellísimo en su magnitud, y en la dilatación (o multitud) de sus arbustos (o ramos): pues eran sus raíces junto a las aguas.

Los cedros (o cipreses) no fueron más altos que él en el paraíso de Dios, y los abetos (o pinos) no adecuaron su sumidad, y los plátanos (o abetos) no fueron equívalentes (o similares) a las frondas (o ramos) de aquel.

Todo madero del paraíso de Dios (o en el paraíso de Dios) no fue asimilado a él y a su pulcritud, porque especiosa [fem., refiriéndose a la madera] [Vulg. especioso] la hice [fem.] [Vulg. lo hice], y con muchas y densas frondas, y lo emularon todos los maderos de la voluptuosidad (o de las delicias) que estaban en el paraíso [Vulg. añade de Dios].

Por tanto esto dice el Señor Dios: Por aquello que fue sublimada [al. sublimado] en altitud, y dio su sumidad verdeante y densa (o en medio de las nubes), y elevado fue su corazón en su altitud:

lo tradiccioné [fem.] (o lo tradiccioné [masc.]) en la mano del fortísimo (o del príncipe) de las gentes: haciendo hará por él: (o y haré su perdición): según su impiedad lo eyecté [fem.].

Y lo sucidirán [fem.] los ajenos y los crudelísimos de las naciones (o los pestilentes de las gentes), y lo proyectarán [fem.] sobre los montes, y en todos los valles corruerán sus ramos, y se confrangerán sus arbustos en todos los riscos (o campos) de la tierra, y recederán de su umbráculo todos los pueblos de la tierra, y lo relinquirán [fem.].

(Cap. XXXII.---Vers. 1 sig.) Y aconteció en el duodécimo año, en el duodécimo mes (o el décimo), en un día del mes, que se hizo palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, asume

lamento sobre Faraón rey de Egipto, y dirás a él: A un león de las gentes asimilado te has, y a un dragón que está en el mar, y ventilabas con el cuerno en tus flúmenes, y conturbabas las aguas con tus pies, y conculcabas los flúmenes de ellas [Vulg. de ellos] (o los tuyos). Por tanto esto dice el Señor Dios: Expandiré sobre ti mi red en multitud de muchos pueblos, y te extraeré en mi sagena (o te extraeré en el anzuelo). Y te proyectaré (o extraeré) en la tierra: sobre la faz del agro te abyectaré (o tus campos se repleciónarán): y hacer habitar (o sedear) haré sobre ti a todas las volátiles del cielo, y saturaré de ti a las bestias de toda la tierra, y daré tus carnes sobre los montes, y impleciónaré los collados [Vulg. añade los tuyos] (o los valles) con tu sanie (o con tu sangre) e irrigaré la tierra (o será irrigada la tierra) con el putor [Vulg. fetor; al. suciedad] de tu sangre (o con tus estiercolaciones) sobre los montes, y los valles se impleciónarán de ti. Y operiré cuando extinguido fueras, el cielo, y nigrecer haré sus estrellas: al Sol con nube tegeré, y la luna no dará su lumbre. Todas las luminarias del cielo moerecer haré (o contenebrecerán) sobre ti: y daré tinieblas sobre tu tierra, dice el Señor Dios. E irritaré el corazón de muchos pueblos cuando indujere tu contrición (o cautividad) en las gentes sobre las tierras (o en la tierra) que no sabes. Y estupescer haré (o se contristarán) sobre ti los pueblos: (o muchas gentes) y sus reyes con horror nimio formidarán sobre ti, cuando volare comenzare mi espada sobre las faces de ellos, y obstupescerán de repente cada uno por su alma en el día de tu ruina (o

expectando su ruina desde el día de tu) ruina. Porque esto dice el Señor Dios: La espada del rey de Babilonia vendrá a ti. En las espadas de los fuertes (o de los gigantes) deyectaré tu multitud (o tu fortitud): inexpugnables gentes todas estas (o pestilentes de todas las gentes): y vastarán (o perderán) la soberbia (o la injuria) de Egipto, y se disipará su multitud (o se contererá toda su fortitud). Y perderé todos sus jumentos que estaban sobre las aguas muchas (o de las aguas muchas): y no las conturbará pie de hombre más, ni úngula de jumentos las turbará (o conculcará). Entonces purísimas reddiré sus aguas (o para que alguna vez quiescan sus aguas), y sus flúmenes como óleo adduciré (o como óleo fluirán), dice el Señor Dios, cuando diere la tierra de Egipto desolada (o perdida). Desertada será la tierra de su plenitud (o con la plenitud) cuando percutiere (o diseminare) a todos sus habitadores: y sabrán que yo soy el Señor. Plancto es, y lo plangerán las hijas de las gentes sobre Egipto y sobre su multitud (o sobre toda su fortitud) lo plangerán, dice el Señor Dios.

Mezclamos ambas ediciones, al menos en aquello en lo que discrepan. Por lo demás, donde hay un solo sentido, seguimos el Hebreo. En muchos ejemplares, según los LXX, se pone el duodécimo año y el décimo mes; según los demás intérpretes, empero, el décimo año y el duodécimo mes, para que o bien ya haya sido capturada Jerusalén, y el gozo de Faraón, con los males inminentes para sí, se le quite: o ciertamente por ser capturada, y se duela más por sus miserias que se alegre por la cautividad de los otros. E ínterin,

yaciendo brevemente ciertos fundamentos de la historia, percurramos qué entienden los Hebreos sobre este lugar. Al león es comparado Faraón, no de una sola gente, sino de muchas gentes; o al dragón en el mar, para que posea la tierra y las aguas quien por la irrigación de los flúmenes se erigía en soberbia, la cual se llama cuerno, y por la multitud de su ejército, transiendo todas las aguas, podía conturbarlas: por eso dice que expande su red sobre su multitud, y lo extrae con su sagena o anzuelo, y lo proyecta, o lo extiende sobre la tierra, quien cual colúber en muchas espiras había sido involucionado, para que por todas las volátiles del cielo sea devorado. Y cuando no solo las aves, sino todas las bestias de la tierra lo hubieren lacerado, sus carnes reliquias, los montes y valles y campos impleciónarán, de modo que todo escatezca de vermes. Esto empero lo habla por metáfora, para que después que las volátiles del cielo y las bestias de la tierra hubieren sido saturadas de sus carnes, esto es, su ejército, y toda la multitud reliquia parte en vermes y sanie se convierta. Entonces, dice, los cielos en tinieblas se obvolverán: el sol, y la luna, y las demás luminarias no darán su lumbre, sino que sobre ti todo nigrecerá: y nada te será ledo, y ante tu interito todos los pueblos y todos sus reyes con horror nimio formidarán conspiciendo mi espada hinc inde volitar y a ninguno parcer, y en tu ruina, una ruina similar pertimescerán. Para que empero sepas quién sea esa espada, oye más manifiestamente: La espada del rey de Babilonia vendrá a ti: en las espadas de los fuertes, o

de los gigantes deyectaré toda tu multitud. Los cuales gigantes, son inexpugnables gentes, que eran tenidas por el ejército del rey babilonio. Estos vastarán o perderán la soberbia de Egipto, y toda su multitud: y nada en Egipto remanecerá, sino que con los hombres, y los jumentos y brutos animales paritariamente serán ablacionados. Y tanta será la soledad en Egipto, que ni por pie de hombre, ni por úngula de jumento sus aguas sean conturbadas, sino que quietas estén todas: y las aguas de sus flúmenes como óleo fluyan purísimas y nitentes, nulo por ellas transiendo, ni sus fluentes turbando. Esto empero se hará por la soledad de Egipto, que será redigida en desierto de toda su multitud: cuando a sus habitadores el Señor hubiere percutido, para que entiendan los que remanecerán que él mismo es el Señor. Por eso es el plancto de Faraón, y lo plangerán las hijas de las gentes en el circuito. No solo empero sobre él, sino también sobre su multitud, la cual, el Señor vastando, ha sido deletada. Esto sobre la simple letra haber dicho cursivamente suficie; vengamos a la inteligencia espiritual.

Ni puto que hay que laborar magnoperalmente por noscer quién sea Faraón rey de Egipto, cuando arriba plenariamente hubiéremos dicho, a saber, aquella potestad, a la cual Egipto fue acreditada; o una provincia, o el Egipto de todo el mundo, la cual no fue león condita, sino por propio vicio asimilada al león de las gentes. El hombre empero cuando estaba en honor, no entendió; comparado fue a los jumentos insipientes, y similar fue hecho a ellos (Sal. 48, 13). De este león

también Pedro habla: Nuestro adversario el diablo cual león rugiente circuye, queriendo a quién devore (1 Ped. 5, 8). En el noveno salmo (Vers. 9) escrito está: Insidia en lo abscondito cual león en su spelunca; insidia para que rapte al pobre. Y en Jeremías el Espíritu santo dice: Un león de la selva los percutió (Jer. 5, 6). Al dragón empero ser dicho el diablo (por lo cual Aquila interpretó Leviatán, el nombre del dragón exponiendo) según la superior explanación con muchos testimonios docí, quien había dicho: Míos son los flúmenes y yo los hice. Aquel dragón, pues, con sus flúmenes cual cuernos ventilaba a plurísimas naciones: las cuales sobre Marción, Valentino, Arrio, Eunomio, y los demás príncipes de las herejías entender podemos, quienes imitan a los eclesiásticos varones, diciendo al Señor Salvador: En ti a nuestros enemigos ventilaremos con el cuerno (Sal. 43, 6): y no ventilan para la salud, para que de la tierra al cielo leven, sino para que en lo profundo abyecten. Denique sigue: Y conturbabas las aguas con tus pies; según aquello del Apóstol: Quien empero los conturba, portará el juicio (Gál. 5, 10). No quiere pues las aguas de Siloé beber, que van con silencio (Is. 8), sino las aguas de Egipto túrbidas y cenosas, las cuales antes de que por los pies fueran conculcadas del dragón, puras eran, y en su orden fluyentes: después empero que por sus pies fueron conturbadas, el orden de su curso perdieron. Ni pues usan los heréticos testimonios de las Escrituras a sí coherentes, sino que conturban todo. Y porque él mismo es el enemigo y el ultor, no solo las aguas ajenas el dragón egipcio contur-

ba con sus pies, sino que conculca sus flúmenes, para no parcer a ellos, a quienes una vez en su potestad hubiere redigido. Lo cual evitar cupiendo el justo, precatur: No venga a mí pie de soberbia (Sal. 35, 12). Y en otro lugar, conculcado pide que no sea iteradamente conculcado: Miserere, dice, de mí, Señor, porque me conculcó el hombre (Sal. 55, 1). El enemigo hombre empero es el diablo, de quien también otro salmo habla: Para que no se magnifique ultra el hombre sobre la tierra. Por tanto esto dice el Señor Dios: Expandiré sobre ti mi red, en multitud de muchos pueblos (Sal. 9, 18). La red del Señor del viejo y nuevo Testamento por razón contexta, se envía sobre el dragón, que habita en la multitud de los pueblos, y siempre por las turbas y la multitud de los pueblos se delecta: para que lo extraiga en su sagena, o en su anzuelo. Esta es la sagena, que en el mar de este siglo se envía, y extrae muchos otros peces para ser elegidos, y otros para ser abyectados (Mat. 13). O este es el anzuelo de que en Job escrito está: Aduccirás empero al dragón en el anzuelo, y circundarás el cabestro sobre sus narices (Job 40, 19); por lo cual interpretó Aquila: Extraerás al Leviatán en el anzuelo, y con funes coligará su lengua. Se extrae empero el dragón, o el Leviatán del mar con el anzuelo, o sagena del Señor, para que sea proyectado, o extendido sobre la tierra, y todas sus espiras, con que sus insidias ocultaba, se aperan y proferan en público, y en la tierra sean abyectadas, y yazca quien en el cielo había puesto su boca, y de ser similar al Altísimo se jactaba. De donde sigue: Y hacer habitar, o sedear haré sobre

ti a todas las volátiles del cielo y saturaré de ti a las bestias de toda la tierra, según aquello que escrito está: Lo diste por esca a los pueblos de los Etíopes (Sal. 73, 14). Los cuales o volátiles son vocados, o bestias de la tierra (Mat. 13; Luc. 8). Las volátiles, que la semente, como dijimos, junto a la vía raptan. Las bestias de la tierra, por los vicios eferadas, lo cual a los heréticos y gentiles referirse puede.

Empero lo que sigue: Y daré tus carnes sobre los montes, e impleciónaré tus collados con tu sanie; o, impleciónaré los valles con tu sangre, este tiene el sentido: para que a las volátiles del cielo, y a las bestias de la tierra, a los pueblos de los deceptos entendamos, y a la crudelidad de los gentiles, los montes empero a los príncipes refiramos de las herejías, cual fue Valentino y Marción, y a los collados a sus succesores que se saturan con la sanie del dragón; o a los valles, que se impleciónan con la sangre del dragón, a los inferiores cualesquiera de los creyentes. O ciertamente los montes a las adversarias potestades, que en el aire discurren, y los valles, que los ínferos penetran, y a los eternos suplicios mancipadas están. Por lo demás lo que se dice: E irrigaré la tierra con el putor de tu sangre sobre los montes, o, será irrigada la tierra de tus estiercolaciones sobre los montes, y los valles se impleciónarán de ti, aquello significa que toda la soberbia y arrogante tumor de los heréticos, no tanto por vital y pura, cuanto por pútrida y fetente sangre se impleciónе, según aquello que escrito está: Ponlos como estiércol de la tierra (Sal. 82, 11). De lo cual el

santo por el Señor es liberado: Quien suscita de la tierra al inope, y del estiércol erige al pobre. Para que lo coloque con los príncipes, con los príncipes de su pueblo (Sal. 112, 7. 8). Los valles empero en lo ínfimo depressos, como arriba dijimos, o los ínferos significan, o el humilde sentido de los heréticos por la voluptuosidad y las terrenas opes todo lo haciendo.

Empero lo que se junge: Y operiré cuando extinguido fueras, el cielo, y nigrecer haré sus estrellas: al sol con nube tegeré y la luna no dará su lumbre, todas las luminarias del cielo moerecer, o contenebrecer haré sobre ti, y daré tinieblas sobre tu tierra, dice el Señor Dios, si seguimos la letra, penitus entenderse no puede. Pues ¿cuándo, interfecto Faraón, o el dragón, el sol, y la luna, y las estrellas no dieron su lumbre, y el cielo operto fue con tinieblas, según aquello poético (Virgilio, I Georg.): "Y los impíos siglos temieron la eterna noche"? Por tanto esto hay que decir, que extinguido Faraón, que se transfiguraba en Ángel de luz, de quien en otro lugar escrito está: La luz de los impíos se extinguirá (Job 18), el cielo o los cielos se operirán con tinieblas. De los cuales también Pablo habla: Y las espirituales de nequicia en las celestiales (Ef. 6, 12). Y nigrecer hará el Señor sus estrellas, o del dragón, o del cielo. Sobre lo cual también Judas Apóstol escribe: Sideras errantes, para las cuales la calígine de las tinieblas para lo eterno es reservada (Judas 13). El sol también con nube se tegerá, el sol de la iniquidad, que es contrario al sol de la justicia, con nube empero, o por el mismo Señor Salvador,

que descendió a Egipto sobre una nube leve (Is. 19), por nulo peso de pecados pregravada, o por los profetas y apóstoles, de los cuales leemos: Mandaré a las nubes que no luevan sobre ella imbre (Is. 5, 6). Y en los Salmos: Tu verdad hasta las nubes (Sal. 35, 6). Cuando empero el sol de la iniquidad hubiere sido obscurado, la luna que como la Iglesia de los heréticos sentimos, y que por el sol de la iniquidad la lumbre se putaba acciper, no dará su lumbre, ni decipirá a los creyentes con la scientia de falso nombre. Todas las luminarias también y lo que se videt en los heréticos ser de doctrina, extinguido el dragón, se siccará, o moerecerán, el príncipe perdido, de modo que el mismo Señor la tierra de los heréticos operat con tinieblas, por la ignorancia a saber de la verdad, para que los ciegos a los ciegos duccan a la fovea, y los habitadores de la tierra sean enviados a las tinieblas exteriores, donde es el fletus y el stridor de dientes.

Después de estas cosas se dice: E irritaré el corazón de muchos pueblos, cuando indujere tu contrición, o tu cautividad en las gentes sobre la tierra que no sabes, para que quienes antes a Faraón habían servido, se irascan contra él, videntes su cautividad a otra tierra, que el dragón no sabía ser, perducida. Ni debemos ambigüer que buenas son las tierras, que Faraón no sepa, a saber cuando la cautividad de Faraón por otra cautividad se muta, de la cual se dice al Salvador: Ascendiendo a lo alto, cautiva dujo la cautividad: accepió (o, según el Apóstol (Ef. 4, 8), dio) dones a los hombres (Sal. 67, 19). Y estupescer, dice, haré sobre ti

a los pueblos muchos, para que quienes antes de Faraón admiraban la potencia, después lo admiren de su culmen haber caído. Los reyes también de los pueblos con horror nimio formidarán sobre él, cuyos reinos al Señor el diablo ostendió, y de los cuales en el salmo se dice: Astitieron los reyes de la tierra, y los príncipes convinieron en uno (Sal. 2, 2). Esto empero se hará cuando volitar comenzare la espada del Señor sobre las faces de ellos, se subaudiere de los reyes, o de los pueblos. La espada del Señor empero ha de entenderse como el viviente sermo de Dios, y eficaz, y agudo sobre toda espada de ambas partes aguda, que volita y percurre y perstringe los ojos de los cernientes y el vulto deterre, para que obstupescentes sobre la ruina de Faraón, se vean en aquel estar deyectados. Y de cierto la espada del Señor, de la cual escrito está: He aquí este puesto está para la ruina y resurrección de muchos (Luc. 2, 34), a los yacentes eleva, y a los mal erectos, con la humildad conmuta.

Empero la espada del rey de Babilonia vendrá sobre el dragón egipcio, para que en las espadas de los fuertes, o de los gigantes deyecte el Señor su multitud, que al rey de Egipto sectaba. Inexpugnables, dice, o pestilentes de las gentes todos estos, para que los malos para punición sean tradiccionados a los peores, de los cuales escrito está: Inmisión por los Ángeles péssimos (Sal. 77, 49). Y el Apóstol: A quienes tradiccioné, dice, a Satanás, para que discan no blasfemar, o para el interito de la carne, para que el espíritu salvo se haga (1 Tim. 1, 20). Cuando empero por ministros

de esta laya hubiere sido deyectada la soberbia de Egipto, y su multitud disipada, se perderán todos sus jumentos, que estaban sobre las aguas muchas, y no las conturbará pie de hombre más. Si pues es beato quien semina sobre las aguas, donde el buey y el asno conculca (Is. 32): al contrario infeliz quien a los simples de cierto ultra podrá en su error retinir, de modo que el pie de hombre no conculque en ellos, por lo que ni signo de sapiencia y razón las aguas egipcias en sí habere se videan. La úngula también de los jumentos no las conturbará, para que de las limpidísimas y nitentes las haga túrbidas y cenosas. Entonces se reddirán no por otro, sino por el mismo Señor, aguas purísimas, que del dragón habían sido por la dominación conturbadas: de modo que sus flúmenes laban como óleo, y sean el nutrimento de la verdadera lumbre. Estas cosas empero se harán, cuando hubiere dado el Señor la tierra de Egipto desolada, y hubiere perdido su multitud, y percutidos hubieren sido todos sus habitadores, para que con este profecto puedan noscer que él mismo es el Señor. Lo que empero se junge: Plancto es, y lo plangerán las hijas de las gentes sobre Egipto, y sobre su multitud lo plangerán, dice el Señor Dios, es perspícuo que las almas de todas las gentes, que antes habían sido oppressas o de aquellas gentes que necuacuam en Egipto moraban, sino en la región de los vivientes, al interfecto dragón planger, y a toda su multitud: no con esperanza de salud, sino porque de tanta potencia por su vicio y soberbia deyecto ha sido en los eternos suplicios.

(Vers. 17, sig.) "Y aconteció en el duodécimo año, en la décimo quinta del mes, que se hizo palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, canta lúgubremente sobre la multitud de Egipto, y detrae a ella misma, y a las hijas de las gentes robustas a la tierra última, con aquellos que descienden al lago. Por cuanto más bello eres, desciende, y duerme con los incircuncisos. En medio de los interfectos por la espada caerán: la espada dada ha sido: la atrajeron a ella, y a todos sus pueblos. Le hablarán a él los potentísimos de los robustos desde el medio del infierno, quienes con sus auxiliadores descendieron, y durmieron con los incircuncisos, e interfectos por la espada. Allí Asur y toda su multitud, en su circuito sus sepulcros, todos interfectos, y los que cecideron por la espada, cuyos sepulcros dados han sido en lo novísimo del lago: y hecha fue su multitud por el giro de su sepulcro, universos interfectos y cadentes por la espada que habían dado otrora formídine en la tierra de los vivientes. Allí Elam y toda su multitud por el giro de su sepulcro: todos estos interfectos y ruyentes por la espada, que descendieron incircuncisos a la tierra última: que pusieron su terror en la tierra de los vivientes: y portaron su ignominia con aquellos que descienden al lago. En medio de los interfectos pusieron su cubículo en universos sus pueblos: en su circuito su sepulcro. Todos estos incircuncisos, e interfectos por la espada. Habían dado pues su terror en la tierra de los vivientes, y portaron su ignominia con aquellos que descienden al lago: en medio de los interfectos puestos están. Allí

Mosoc y Tubal, y toda su multitud en el circuito de él sus sepulcros. Todos estos incircuncisos, e interfectos y cadentes por la espada, que dieron su formídine en la tierra de los vivientes. Y no dormirán con los fuertes, y cadentes, e incircuncisos, que descendieron al infierno con sus armas, y pusieron sus espadas bajo sus cabezas: y fueron sus iniquidades en sus huesos, porque terror de los fuertes hechos son en la tierra de los vivientes. Y tú por tanto en medio de los incircuncisos serás conterido, y dormirás con los interfectos por la espada. Allí Idumea, y sus reyes, y todos sus duques que dados han sido con su ejército con los interfectos por la espada, y que con los incircuncisos durmieron, y con aquellos que descendieron al lago. Allí los príncipes del Aquilón todos: y universos los sidonios (o venadores) que deducidos han sido con los interfectos paventes, y en su fortitud confusos, que durmieron incircuncisos con los interfectos por la espada, y portaron su confusión con aquellos que descienden al lago. Vio a ellos Faraón, y consolado fue sobre universa su multitud, que interfecta fue por la espada, Faraón, y todo su ejército, dice el Señor Dios. Porque di [al. dio] mi terror en la tierra de los vivientes, y durmió en medio de los incircuncisos con los interfectos por la espada, Faraón y toda su multitud, dice el Señor Dios."

Mucho en este lugar la edición de los Setenta intérpretes, tanto en el orden como en la translación discrepa, y algunas cosas en ella de Teodoción añadidas están. Por lo que necesidad habemos tenido de ponerla también, necuacuam

parciendo a la longitud, y a la diligencia del estudioso lector sirviendo.

LXX. Y aconteció en el duodécimo año en la décimo quinta del mes: que se hizo palabra del Señor a mí: diciendo: Hijo de hombre, luge sobre la fortitud de Egipto, y deyectadas haz a sus hijas, y a las gentes: y detráelas a lo profundo de la tierra, a los descendientes al lago. ¿A quién eres mejor? Desciende, y duerme con los incircuncisos. En medio de los interfectos por la espada caerán con él: y dormirá toda su multitud. Te hablarán los gigantes, diciendo: En lo profundo de la fóvea está. ¿Mejor eres? Desciende, y duerme con los incircuncisos, en medio de los interfectos por la espada. Allí Asur y toda su multitud: universos sus interfectos dados están allí: y sus sepulcros en lo profundo de la fóvea: y hecha fue su multitud en el circuito de su sepulcro: universos vulnerados cadentes por la espada, que dieron su temor en la tierra de los vivientes. Allí Elam, y toda su multitud en el circuito de su sepulcro: universos interfectos, y cadentes por la espada: que descendieron incircuncisos a lo profundo de la tierra: que dieron su temor en la tierra de los vivientes, y acceperon su suplicio con los descendientes al lago. En medio de los interfectos dado le fue su lecho con toda su multitud en el circuito de su sepulcro: universos interfectos cadentes por la espada: porque dieron su temor en la tierra de los vivientes, y acceperon su suplicio con los descendientes al lago: en medio de los interfectos puestos están. Allí Mosoc y Tubal, y toda su multitud en el circuito de su sepulcro: universos

interfectos vulnerados y cadentes por la espada: que dieron su temor en la tierra de los vivientes. Y durmieron con los gigantes cadentes desde el siglo, que descendieron al infierno con armas bélicas, y pusieron sus espadas bajo sus cabezas: y hechas fueron sus iniquidades en sus huesos, por cuanto aterreron a los gigantes en su vida. Y tú por tanto en medio de los incircuncisos serás conterido, y dormirás con los vulnerados por la espada. Allí Edom, y sus reyes, y todos sus príncipes, que dieron su fortitud a los vulnerados por la espada: y estos con los interfectos durmieron, y con los descendientes al lago. Allí todos los príncipes del Aquilón: universos los duques de Asur, que descienden vulnerados con su temor: y de su fortitud confusos están, y durmieron incircuncisos con los interfectos por la espada: y acceperon su suplicio con los descendientes al lago. Verá a ellos Faraón el rey, y se consolará sobre toda la multitud de ellos: interfectos por la espada Faraón y toda su virtud, dice el Señor Dios: Porque di su temor en la tierra de los vivientes: y dormirá en medio de los incircuncisos con los vulnerados por la espada Faraón, y toda su multitud, dice el Señor Dios.

En este lugar rursus lo mismo se repite, que el hebreo sermo arriba personó; salvo que por 'potentísimos robustos', gigantes pone; y por 'mujer robusta', o 'gente', gigantes rursum; y por 'espadas que bajo las cabezas se ponen', 'iniquidades en los huesos'; para que en estos los gigantes aterrer haber se videan. Si empero los gigantes sus iniquidades en los huesos hubieron: consecuen-

temente también Faraón, que en medio de los incircuncisos conterirse se dice, dormirá con los vulnerados por la espada, de los cuales ya arriba dijimos. De lo cual aparece que Faraón y todos los hostes de Dios, núncuam en la tierra de los vivientes mansuros, sino detraendos a la tierra última, y a lo profundo del lago, donde están los gigantes, que otrora aterreron al orbe; a los cuales el Señor a los ínferos detruyó. En los cuales también los príncipes del Aquilón, y los duques de Asur, y universos los sidonios, que venadores se vierten, paritariamente deyectados han sido. Al Aquilón empero, y a los sidonios, y venadores, a las contrarias potestades debemos referir; las cuales a los simples cualesquiera en este siglo venaban. Y lo que se dice al fin: 'Verá a ellos Faraón, y se consolará sobre toda su multitud': este tiene el sentido, que Faraón, esto es, el diablo, no esté solo en las penas, sino que tenga muchos socios de cruciatos; y en el suplicio de aquellos, sus tormentos solarse se videan. No porque las penas se minúan, cuando muchos se torquean: sino porque para aquellos que en los tormentos están, costumbre sea, con la ajena miseria la suya consolar.

No ignoro que será fastidiosa para el delicado lector tanta discrepancia entre las dos ediciones. Pero ¿qué haré a mis calumniadores, quienes si algo de la translación de los LXX intérpretes substrajere, me sacrílego y sin temor del Señor vociferan, máxime quienes cuando en la verdad de la fe discuerdan, y los errores de los maniqueos siguen, en ello las almas de los imperitos

conmueven, si de lo viejo algo pudieren mostrar mutado de la costumbre, libentosamente errar cupiendo, que algo de un émulo verdadero discir? E ínterin según la historia manifiesto es el sentido. En el mismo año duodécimo, y en el mismo, como putamos, mes, pero no en el primer día, como arriba, del mes, sino en el décimo quinto día, necuacuam sobre Faraón, sino sobre la fortitud, o multitud de Egipto el plancto se asume, que es detraído de su soberbia con universas sus hijas, o de las gentes robustas a la tierra última, esto es, a lo profundo del infierno, y se dice al rey de Egipto: ¿En qué mejor eres, para que la muerte merezcas evadir? Pues cuando Asur, y Elam, esto es, los persas, y Mosoc, que se interpretan capadocios, y Tubal, a quienes otros íberos, otros ítalos entender quieren: los idumeos también y los príncipes del Aquilón, y los sidonios con universos sus ejércitos, con cuyo auxilio horror a cunctas las gentes preberon, muertos estén, e interfectos por la espada, y hayan puesto sus espadas bajo sus cabezas, lo cual dicho enfáticamente (ἐμφατικώτερον) ha de acciperse, ¿tú solo podrás no lo mismo sustentar? Quin potius cuando vieres tanta multitud contigo cabe los ínferos durmiendo, y tu sepulcro de los fortísimos otrora príncipes ser circundado por las memorias, tendrás consolación, estimando los tormentos más leves por el consorcio de plurísimos. Esto ínterin según el simple sentido estrictamente haber dicho suficie. Ahora con la misma brevedad, cuanto la dificultad de la explanación lo permite, las sumas cualesquiera de la inteligencia espiritual

carpamos. Arriba en un día del mes se hizo palabra del Señor al Profeta: aquí en el décimo quinto. En el primero empero para ellos, esto es, en las calendas, es el exordio del mes: en el décimo quinto, cuando todo el orbe de la luna se implecióna, y si de cierto el primer mes fuera, de los Ázimos es el primer día; si empero el séptimo, de las Escenopegias, cuando se figuran los tabernáculos (cuyas solemnidades cabe los hebreos, vel máxime son). Se hace empero plancto sobre la fortitud de Egipto, para que de ser fuerte en el mal desista: y recipa la infirmidad, y cuando más infirmo fuera, entonces más fuerte. Por 'fortitud' de Egipto, en el Hebreo tiene 'multitud'. Lata pues y espaciosa vía es la que duce a la muerte, y muchos ingresan por ella (Mat. 7, 13): como al contrario se dice a Israel: Vosotros empero sois pocos entre todas las gentes (Deut. 28): siempre pues la virtud rara es, y arcta y angusta la vía que duce a la vida, y pocos son los que ingresan por ella. Lo que empero Egipto se plange, y sus muertas hijas, según los LXX, o de las gentes robustas son deducidas a la tierra última al lago, o a la fóvea profundísima, se significan las almas en el Egipto de este siglo conmorantes que perdieron a aquel que dice: Yo soy la vida (Juan 14, 6): y muertas por los pecados, por el peso de ellos a los ínferos son detraídas, diciendo el pecador: Porque mis iniquidades supergresaron mi cabeza, y como peso grave gravadas han sido sobre mí (Sal. 37, 5). Estas son de las que escrito está en otro lugar: Ingresarán en lo inferior de la tierra, tradiccionadas serán en las manos de la espada, partes de vulpes serán (Sal. 62, 10).

Quien pues fode la fóvea, incidirá en ella (Eclo. 27, 29; Sal. 7, 16). De donde también leemos: El lago aperió, y lo efodió, e incidió en la fóvea que hizo. Y lo que sigue: '¿De quién más bello eres? desciende, y duerme con los incircuncisos', propiamente al Faraón rey de Egipto el sermo se dirige, o como en los LXX de Teodoción añadido está, al mismo Egipto: 'Del agua bellísima desciende, y duerme con los incircuncisos'. Lo cual especialmente a aquel pertenece, que en el bautismo de Cristo renacido, y oyendo con la Iglesia: '¿Quién es esta que asciende blanqueada, innitente sobre su primo?' (Cant. 8, 5) después o por fornicación, o por otros vicios sordidado, es eyectado de la Iglesia, y se dice a él: Del agua bellísima desciende, y duerme con los incircuncisos, esto es, con los inmundos, según aquel sentido que pone el Apóstol: Nosotros somos la circuncisión (Fil. 3, 3), que en espíritu a Dios servimos, y gloriantes en el Señor, y no en la carne confidentes. Estos todos en medio de los vulnerados, o de los interfectos caerán con Faraón, con aquella espada que vino a enviar el Señor sobre la tierra. Como pues la espada de Cristo a los buenos de los malos separa, diciendo: No vine a enviar paz sobre la tierra, sino espada (Mat. 10, 34): así la espada de los heréticos a todos los pueblos trunca, y a los vulnerados al infierno deduce. Estos son los gigantes potentísimos, y rebeldes, y poniendo en lo excelso su boca, y cuanto por la soberbia a lo excelso se sustollan, tanto a lo profundo de la fóvea, y a lo novísimo del infierno son detraídos, quienes todos interfectos han sido por la espada. Y para que supiera o

Faraón, o toda la fortitud de Egipto, que a los ínferos detraída ha sido, a quiénes tuviera en las penas por socios, el siguiente sermo demuestra: 'Allí Asur, y toda su multitud', o su sinagoga. El príncipe pues de los heréticos es el diablo, cuya congregación verdaderamente sinagoga es, de la cual en el Apocalipsis se dice: Que son de la sinagoga de Satanás (Apoc. 2, 9). Los siguientes versículos empero, que con óbelo se prenotan, puto que han de preterirse, y decir lo que se habere en el Hebreo: 'En su circuito, los sepulcros de ellos', a saber de los deceptos por él. Quienes todos vulnerados, o interfectos han sido por la espada, y por tanto corrueron, cuyos sepulcros dados han sido en lo novísimo del lago. Lo que empero el lago se vocque el infierno, perspicuamente aquel salmo demuestra, en el cual el penitente habla: Asimilado he sido con los que descienden al lago (Sal. 27, 1). Al cual necuacuam debemos según la propiedad del latín sermo entenderlo como el que en griego λίμνη se dice, como es el lago de Tiberíades, y el lago Lario, y el Benaco, y muchos otros, sino lo que no solemos apelar cisternas. Los cuales lagos, porque las aguas refrigeran, y todo el calor del espíritu de ellas ablacionan, los pecadores y cunctos los heréticos foden, y cuanto en mi memoria está, nulo de los santos haber efodido un lago, esto es, una cisterna, la Escritura testifica; sino todos los pecadores, de los cuales fue Ozías el rey leproso y que por su soberbia corruyó, de quien se escribe que hombre fue a las obras de la tierra incubante, y muchas torres de soberbia edificó en los ángulos, y lagos efodió

(2 Par. 26). Al contrario al justo se dice: Bebe el agua de tus vasos, y de las fuentes de tus pozos (Prov. 5, 15). Y rursum: La fuente de tu agua sea propia. De donde habla también el Señor: A mí me derelincueron fuente de agua viva, y efodieron para sí lagos, esto es, cisternas, que las aguas continer no pueden (Jer. 2, 13). Sigue: 'Y hecha fue su multitud por el giro de su sepulcro'. Estos todos cinguen al asirio, y es de ellos plurísima multitud, que universos vulnerados están e interfectos, y cadentes por la espada. Nadie pues de ellos estar puede con Moisés, ni oír: Quienes estáis en la casa del Señor (Sal. 134, 2); sino todos vulnerados e interfectos están, y cadentes quienes otrora habían dado formídine en la tierra de los vivientes, formídine empero a aquellos que a las Iglesias estaban prepositados, para que en la tierra de los vivientes no hicieran pueblos de muertos, y a los simples cualesquiera decipieran. De donde también Pablo decía: Temo empero, no sea que forte como la serpiente decipió a Eva con su malicia, así se corrumpan vuestros sentidos de la simplicidad que es en Cristo (2 Cor. 11, 3). Pero este temor con la esperanza del Señor se mitiga, diciendo el eclesiástico varón: El Señor es mi iluminación, y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿ante quién trepidaré (Sal. 26, 1. 2)? Después de estas cosas se dice: 'Allí Elam, y toda su multitud por el giro de su sepulcro', sin duda que los asirios. Elam en nuestra lengua se vierte, 'ascenso de ellos'. Todos pues los que, contemnida la humildad de Cristo, ascendieron la soberbia del diablo, y se estimaron

en la scientia de falso nombre ser algo, elamitas han de ser nuncupados, que el sepulcro del rey asirio ambuyen, e interfectos están y vulnerados por la espada. Y licet en lo excelso hayan puesto su boca, tamen descendieron inmundos, e incircuncisos a la tierra última, para que cuanto más sublimemente habían sido elevados, tanto más fuertemente cayeran. Estos pusieron su terror no una vez, sino secunda en la tierra de los vivientes. ¿Quién pues de los eclesiásticos del terror de los elamitas de esta laya seguro está, y no alguno de su grey perdió? Y pulcramente la Iglesia de Cristo se apela tierra de los vivientes, para que al contrario los conciliábulos de los heréticos tierra de los muertos ser se crean. Y portaron, dice, su ignominia, o su tormento con aquellos, a quienes consigo detrajeron al lago, y a lo profundo del infierno: cuyo cubículo en medio de los interfectos está: de aquellos a saber a quienes con su mucrón yugularon, y son circundados por pueblos de esta laya. Estos pueblos, del rey asirio pueblos son, y licet ser circuncisos se jacten: tamen incircuncisos e interfectos están por la espada, y por tercera vez dieron terror y formídine en la tierra de los vivientes. De donde portaron su tormento y su suplicio en medio de aquellos, a quienes con sus fraudes decipieron. Allí también está, esto es, junto al asirio Mosoc, y Tubal, y toda su multitud en el circuito de su sepulcro: todos incircuncisos e interfectos, y cadentes por la espada, que habían dado su formídine en la tierra de los vivientes. Por Mosoc y Tubal, Símaco y Teodoción interpretaron 'el cubículo de ellos', para que ostendieran

que los cubículos de los heréticos, immo fóveas sempiternas, del rey asirio son los suplicios. Mosoc se interpreta 'insania': Tubal, 'conversión', no a lo bueno desde el mal, sino de lo bueno a lo malo; o 'universa', para que ofenda que todos los heréticos insanen, y con par estudio a lo peor se conviertan (Rom. 12). Ni es miraguano si insanientes, y coacervados en lo malo tienen multitud, cuando del rey egipcio socios son, que se goza en la multitud. Todos estos interfectos por la espada que habían dado su formídine, no una vez, ni secunda, sino por tercera vez en la tierra de los vivientes, de los cuales arriba plenariamente dijimos. Sigue: 'Y no dormirán con los fuertes, o gigantes y los cadentes, y los no circuncisos, que descendieron al infierno con sus armas: y pusieron sus espadas bajo sus cabezas; y fueron sus iniquidades en sus huesos; porque terror de los fuertes hechos son en la tierra de los vivientes'. Estos, dice, que príncipes de los heréticos habían existido, a tanto culmen de malicia y cruciato pervinieron, que ni con los fuertes y gigantes, que desde el principio corrueron, merezcan ferir similares suplicios. Quienes, necuacuam de su error acta la penitencia, descendieron a los ínferos con sus armas, rebeldes contra Dios, y su Iglesia; consigo armas deferentes, de las que escrito está: Los dientes de los hijos de los hombres son armas y sagitas (Sal. 56, 5); y pusieron, dice, sus espadas bajo sus cabezas, requiescentes en ánimo perduel; y por suma victoria, los jáculos de sus sentencias complexando: en tanto que sus iniquidades han sido en sus huesos, esto es,

fortísimos figmentos, y los dogmas de su error poseyendo. Porque terror de los fuertes hechos son en su vida, o en la tierra de los vivientes. Lo cual por cuarta vez se dice, para que a los fortísimos cualesquiera, y habientes la scientia de las Escrituras, y que fueran de la región de los vivientes, con su perversidad aterreran, mientras descienden al infierno con sus armas, y ponen sus espadas bajo sus cabezas, y sus iniquidades hasta los huesos pervinieron. Después de estas cosas escrito está: 'Y tú por tanto en medio de los incircuncisos serás conterido' (Rom. 16, 20), lo cual o a Faraón, o a la fortitud, o multitud de Egipto se dice, y que ella misma se contera, según aquello que escrito está: El Dios empero contera a Satanás bajo vuestros pies velozmente. Y dormirás, dice, con los interfectos por la espada, en sueño perpetuo. Allí con el asirio, y con la egipcia multitud estará Idumea, y sus reyes, todos los que a las obras terrenas sirvieron, o en la sangre se delectaron. Etenim Idumea, tanto 'terrena', como 'sanguinaria' suena. Todos los reyes y universos los príncipes de los que crebro también el Apóstol habla (Fil. 3), incubantes a las obras terrenas, y efundiendo cotidianamente la sangre de aquellos a quienes con su fraude decipieron, con los incircuncisos e inmundos durmieron, y con los que descendieron al lago, de los que arriba dijimos. En el mismo comitatus estarán, también los príncipes del Aquilón, desde el cual se exardecen los males sobre la tierra. Y desde el cual o en Jeremías (Jer. 1), o en este mismo profeta (Arriba 22), aquella olla llena de carnes y huesos

se succiende. Y no solo los príncipes del Aquilón, verum todos los magistrados de Asur, por lo que en el Hebreo más verdaderamente puesto está, 'universos los sidonios', a quienes nosotros en 'venadores' vertemos, según aquello que escrito está: Nuestra alma cual pártula erepta ha sido del laqueo de los venantes (Sal. 123, 7), por lo cual en el Hebreo puesto está, 'de los sidonios'. Los cuales sidonios, o venadores, deducidos serán a los ínferos paventes, en su otrora fortitud confisos, y dormirán inmundos, y portarán su confusión o su tormento, habiendo sempiterna penitencia de mala consciencia: de modo que su fuego no se extinga (Is. 66), y su verme no muera (Mar. 9). A los cuales todos cuando viere Faraón, se consolará, o habiendo todavía la malicia prístina, y viéndose tener muchos socios de su pena, o ciertamente consolado fue, viendo también a aquellos confundirse en sus suplicios y terrores sobre universa su multitud que interfecta fue por la espada, de Faraón a saber, o de todos sus socios, y precipuamente del rey asirio, y de Mosoc y Tubal y de los idumeos, y de los príncipes del Aquilón, y los sidonios. Estos pues habían dado su terror en la tierra de los vivientes. Lo cual por quinta vez se dice, para que de todas las naciones de esta laya caver, y fugir debamos, que en cunctos nuestros sentidos nos decipieron, y noscer ser horribiles, ni fácilmente poder ser vitadas, a menos que con toda custodia hubiéremos servado nuestro corazón. Durmió, dice, y el mismo Faraón con sus socios interfectos por la espada, cuyos socios,

multitud de él son, por la lata, y espaciosa vía pergentes a los suplicios sempiternos.

(Cap. XXXIII.---Vers. 1 seqq.) Y se hizo palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo, y dirás a ellos: La tierra cuando indujere yo sobre ella la espada, y tomare el pueblo de la tierra a un varón de sus novísimos (o a un hombre de los suyos), y lo constituyere sobre sí por especulador; y aquel viere la espada viniendo sobre la tierra; y caniere con la buccina, y lo anunciare al pueblo. Oyendo empero cualquiera que sea aquel el sonido de la buccina, y no se observare: y viniere la espada, y lo tomare (o lo comprendiere): la sangre de él mismo sobre su cabeza será. El sonido (o la voz) de la buccina oyó, y no se observó, su sangre en él mismo será: si empero se custodiere, su alma salvará. Que si el especulador viere la espada viniendo, y no insonare con la buccina; y el pueblo no se custodiere, y viniere la espada, y tomare de estos [Vulg. ellos] el alma: aquel de cierto en su iniquidad capturado es, su sangre empero de la mano del especulador requeriré. Y tú, hijo de hombre, especulador te he dado a la casa de Israel. Oyendo pues de mi boca el sermo, les anunciarás de mi parte. Si diciendo yo al impío: Impío, de muerte morirás, no hubieres locucionado, para que se custodie el impío de su vía, el mismo impío en su iniquidad morirá: su sangre empero de tu mano requeriré. Si empero anunciando tú al impío, para que de sus vías se convierta, no hubiere sido convertido de su vía, él mismo en su iniquidad morirá: por lo demás tú tu alma liberaste.

Rursum al profeta se hace el sermo del Señor, que por algún tiempo había silenciado, por aquello que no puede el profeta, ni la humana fragilidad sustentar un yugo y continuo vaticinio para sí; y habla lo mismo que en lo superior se contiene. Hijo de hombre, especulador te he dado a la casa de Israel, y oirás de mi boca la palabra, y les conminarás de mi parte, en aquello que diga al inicuo: de muerte morirás, y no le anunciaste, ni locucionaste para que anunciaras al inicuo, y se convirtiera de sus vías y viviera, aquel inicuo en su iniquidad morirá, y su sangre de tu mano requeriré. Y tú si hubieres anunciado al inicuo, y no hubiere sido convertido de su iniquidad, y de su vía, aquel inicuo en su iniquidad morirá, y tú tu alma liberaste [Al. liberarás]. Las cuales cosas si diligentemente inspecionas, entiendes ser similares de cierto: pero no las mismas, mientras en plerísimas discuerdan. Y esto en todas las Escrituras santas observar debemos, donde videtur alguna similitud ser de la sentencia, no en todas decirse lo mismo: sino o substraerse plerísimas, o añadirse, y de las singulares palabras entre sí discrepantes habere razón. E ínterin antes de que a lo más alto vengamos, breve ha de ser explicada la sentencia. Si un especulador hubiere sido constituido en los pueblos, para que anuncie la espada del Señor y la ira viniente, y, anunciando él, el pueblo oír no quisiere, el especulador libre será, y aquel que oppresso ha sido por la espada, él mismo el reato de su sangre sustentará: que si oyere, salvará su alma. Si empero el especulador no sonare con la buccina, y el pueblo ignorante de la

espada ventura necuacuam se observare, el pueblo de cierto en su iniquidad morirá, attamen la sangre del moriente de la mano del especulador requeriré. Y para que supiera el profeta Ezequiel que la general disputación a él potísimamente pertenecía. Y tú, dice, hijo de hombre, no por la tierra y por el pueblo de la tierra, como arriba dije, sino por mí constituido has sido especulador a la casa de Israel. Si pues diciendo yo al impío: Impío, de muerte morirás, no hubieres locucionado a él, para que se custodie, y del interito sea liberado: y él de cierto en su iniquidad morirá, que antes había cometido, de la cual si hubieras anunciado, pudo ser liberado; su sangre empero de tu mano requeriré. Que si tú hubieres anunciado y preceptuado al impío para que se convierta de sus vías pesímas, y él esto hacer no quisiere: él de cierto en su iniquidad morirá; tú empero liberaste del interito de la negligencia tu alma. De cuyas palabras discimos, poder el hombre por más que sea inicuo, e impío, si las palabras del maestro oyere, y egeriere penitencia, de su impiedad salvarse: ni menos el maestro subir el discrimen, si docer no quisiere, o por el temor del discrimen, o por la desesperación del pecante: mientras reo es de la sangre de aquel que liberado pudo ser, y de la muerte eruido, si por el silencio del maestro no hubiese concidido, y en uno y otro servarse el libre arbitrio, mientras tanto en la voluntad del maestro está o tacer, o loqui, como en el arbitrio del auditor o oír, y hacer y salvarse, o contemner, y por el propio perecer contempto. Ni statim sigue: que porque el profeta predice, venga

lo que predijo. No pues predice para que venga, sino para que no venga: ni porque Dios habla, necesario es hacerse lo que mina, sino por eso conmina, para que se convierta a la penitencia aquel a quien mina, y no se haga lo que futuro es si las palabras del Señor se contemnen.

Podemos empero tripliciter este lugar diserir: para que la tierra que para sí constituyó especulador, o bien según la letra, sea la tierra judea, o bien según la inteligencia espiritual, la Iglesia, que a veces de los novísimos de su pueblo elige especulador, a aquel a saber, a quien también el Apóstol escribiendo a los Corintios asume por juez (1 Cor. 15), o ciertamente el alma del creyente, que la mente y la razón prepondrá al pueblo y a la turba de sus cogitaciones: para que no todos los incentivos de las cogitaciones suscipia, sino que juzgue y discierna cuáles han de ser sectados por sí, o cuáles han de ser fugidos. El especulador de la tierra judea, o el rey puede entenderse, o el profeta: el especulador empero de la Iglesia, o el obispo, o el presbítero, porque por el pueblo electo ha sido, y por la lección de las Escrituras conociendo, y previniendo lo que futuro ha de ser, anuncie al pueblo, y corrija al delinquente. De donde magnoperalmente ha de ser formidado, no sea que a este oficio accedamos indignos y asumidos por el pueblo, a la negligencia nos demos y a la desidia: y lo que es peor que esto, a las delicias y al vientre y al ocio sirviendo, honor nos putemos haber accepió, no ministerio. Siquidem el Hijo de hombre no vino a ser ministrado, sino a ministrar (Mat. 20, 28): y los pies de los discípulos

lavó (Juan 13), para que ostendiera que todas las sordes y vicios por los maestros en los discípulos deben ser diluidos y purgados. Ni statim respondamos, ¿qué prodest docer, si no quiere el auditor hacer lo que hubieres docido? Uno cada cual pues de su ánimo y oficio es juzgado. Tú si locucionado no hubieres, él si oír contempserit. De los maestros negligentes Salomón habla: Sapiencia abscondita, y tesoro occulto, ¿qué utilidad en ambos (Eclo. 20, 32)? Tal algo se significa también en el Evangelio (Mar. 9), que quien escandalizare a uno de los mínimos de la Iglesia, le expidiera que se aligara a su cuello una mola asinaria, y fuera abyectado en lo profundo, que constituido en la espécula, a plerísimos nozca.

"Convertíos y volved de universas vuestras impiedades, y no serán para vosotros en tormento las iniquidades" (Ibíd., 8). Allí pues a ellos se hace el sermo, que quieren agere penitencia, y de sus errores respirar. Por lo demás aquí de estos se dice, que en su iniquidad mueren, y la sangre de ellos sobre ellos está, y de la mano del especulador, si callare, se requiere. El cual especulador no solo por otros, como arriba dijimos, es elegido: sino también por sí mismo uno cada cual elegir debe por especulador a su ánimo, que con racionable vigilia siempre la espada del Señor pertimesca, y anuncie a su carne y a las cogitaciones pecatrices, que se custodien de los vicios, y necuacuam de la carne y de este mundo por los illecebras sean obruidos. Lo cual si hiciere, etiamsi no oyere el cuerpo, ni la fragilidad de la carne seguir pueda la voluntad, su ánimo liberó.

(Vers. 10 sigq.) "Y tú, hijo de hombre, di a la casa de Israel: Así habéis locucionado, diciendo: Nuestras iniquidades, y nuestros pecados sobre nosotros están, y en ellos nosotros nos tabescemos: ¿cómo pues vivir podremos? Di a ellos: Vivo yo, dice el Señor Dios: no quiero la muerte del impío, sino que se convierta el impío de su vía, y viva. Convertíos, convertíos de vuestras vías pesímas: ¿y por qué moriréis, casa de Israel? Y tú, hijo de hombre, di a los hijos de tu pueblo: La justicia del justo no lo liberará en cualquier día que pecare: y la impiedad del impío no le nozquerá en cualquier día que convertido fuere de su impiedad: y el justo no podrá vivir en su justicia en cualquier día que pecare. Etiamsi dijere al justo que de vida vivirá, y confiso en su justicia hiciere iniquidad: universas sus justicias a la oblivión serán tradiccionadas, y en su iniquidad que operó, en ella misma morirá. Si empero dijere al impío: De muerte morirás: y egeriere penitencia de su pecado, e hiciere juicio y justicia, y el pignore restituyere aquel impío, y la rapiña reddiere, en los mandatos de la vida ambulare, ni hiciere nada injusto: de vida vivirá, y no morirá. De todos sus pecados que pecó, no recordaré: juicio y justicia hizo, de vida vivirá. Y dijeron los hijos de tu pueblo: No es de equo ponder la vía del Señor: y la vía de ellos mismos injusta es. Cuando pues recediere el justo de su justicia, e hiciere iniquidades, morirá en ellas. Cuando pues recediere el impío de su impiedad, e hiciere juicio y justicia, vivirá en ellas. Y decís: No es recta la

vía del Señor. A uno cada cual según sus vías os juzgaré, casa de Israel."

En lo superior la persona del especulador describió, y docer a aquel que en la espécula constituido está, o libremente deber decir, o si callare, de los ajenos pecados subir el discrimen. Ahora a ellos responde que desesperan de la salud, y dicen: "Nuestras iniquidades, y nuestros pecados sobre nosotros están, y en ellos nosotros nos tabescemos: ¿cómo pues vivir podremos?" a los cuales jurando el Señor responde por el Profeta: "Vivo yo, dice el Señor Dios: no quiero la muerte del impío, sino que se convierta el impío de su vía, y viva." Si pues para esto el especulador di, para que anuncie la espada, y os convirtáis de vuestros vicios: perspícuo es que no quiero vuestra muerte, sino la penitencia. Y lo que se dice: "La justicia del justo no lo liberará en cualquier día que pecare: y la impiedad del impío no le nozquerá en cualquier día que convertido fuere": aquello nos doce, que ni el justo de su justicia confíe, cuando pueda caer: ni el pecador desespere de la salud, cuando pueda por la penitencia los prístinos vicios diluir. Si pues el justo confiso en su justicia hiciere iniquidad, cunctas sus justicias a la oblivión serán tradiccionadas: y en la iniquidad que operó, él mismo morirá. Y al contrario el impío que antes había oído que él había de morir, si egeriere penitencia, e hiciere juicio y justicia, de vida vivirá y no morirá.

Y reddere la razón de qué sea hacer juicio y justicia: "Si el pignore", dice, "restituyere, y la rapiña reddiere, y en los mandatos de la vida am-

bulare." Pignore es, lo que el deudor por pecunia al fenerador dar es compelido: lo cual si aquel reddiere, antes de que el sol occida (Exod. 22), justicia hizo. Rapiña empero, es lo que por fuerza se rapta: lo cual también ello mismo, según la ley del Señor, con la quinta parte debe ser restituido (Lev. 6). Quien empero en los mandatos de la vida ambulare, ni hiciere nada injusto, no recordará el Señor de todos sus pecados que pecó: sino juicio y justicia haciendo, de vida vivirá. Porque vero los judíos murmuraban, y decían: "No es de equo ponder la vía del Señor", sino injusta, que al justo punía si pecare, y al impío libere si egeriere penitencia: responde a ellos Dios, más de ellos ser injusta la vía, que no quieran que uno cada cual por el presente estado, sino por el pretérito tiempo sea juzgado. Si pues hacerse puede, que quien antes bueno fue, se haga malo: y quien malo, después se haga bueno: ¿por qué Dios o a los en lo bueno permanentes punirá, o a los en lo malo perseverantes no damnará? Ni statim digamos: Injusto es que quien cien años laboró en lo bueno, por el pecado de un día todo el labor pierda: y quien por otros tantos años en lo malo, por la penitencia de un día sea liberado. A uno cada cual pues según sus vías Dios juzga: y en qué estado cada uno hubiere estado cuando muere, en aquel o es punido, o premiado. De donde también en el salmo leemos: "La verdad requiere el Señor" (Sal. 30, 24). Quien pues en el presente tiempo bueno es, y por la verdad se confirma, necuacuam por el justo Juez por el pretérito tiempo debe ser conde-

nado. Y quien malo es en el presente, no por ello debe hacerse beato, porque antes fuera justo.

(Vers. 21, 22.) Y aconteció en el duodécimo año, en el décimo mes, a los cinco del mes de nuestra transmigración (o cautividad): vino a mí uno que había huido (o que había sido salvado) de Jerusalén, diciendo: "Desvastada (o capturada) está la ciudad." Y la mano del Señor se había hecho sobre mí por la tarde, antes de que viniera el que había huido: y abrió mi boca hasta que viniera a mí por la mañana, y abierta mi boca no callé más. En el undécimo año del reino de Sedecías, en el quinto mes, fue capturada la ciudad de Jerusalén. Esta profecía, empero, en el duodécimo año, en el décimo mes, a los cinco del mes de la cautividad, o transmigración, cuando fue capturado Jeconías. Por lo cual se muestra que, después de un año y cuatro meses, y veinticinco días de capturada Jerusalén, vino a Babilonia uno de los ciudadanos de Jerusalén, para anunciar la ciudad capturada y desvastada.

Antes de un día, empero, de que viniera el que aquello narrara, por la tarde se hizo la mano del Señor al profeta Ezequiel, la cual abrió su boca, que por mucho tiempo había estado cerrada, y todo lo que él había de decir, aquí ya hecho antes replicó: ni calló más, viendo su profecía por la obra completada, y para que necuacuam dudara el pueblo que estaba en Babilonia, o aquellos que habían sido capturados, del vaticinio profetal. Entonces pues se abre la boca del profeta, cuando lo que antes había anunciado, por la obra mostrare el efecto: y con toda libertad proclama el que

necuacuam las cosas futuras, sino o las presentes, o las transactas demuestra.

Esto según la letra. Por lo demás, según la anagogía, si Ezequiel se interpreta fortaleza de Dios (fortitudo Dei): y Cristo es la virtud de Dios, y la sabiduría (1 Cor. 1, 24), esto ha de entenderse, que capturada Jerusalén y subvertida, cualquiera que la perfidia de los judíos hubiere podido evadir, cuales fueron los apóstoles, y las reliquias que fueron hechas salvas, él mismo a Cristo anuncia que todas las ceremonias de los judíos han sido subvertidas, las cuales algunos hasta hoy piensan que deben ser observadas, no oyendo aquello del Apóstol: De la gracia habéis caído los que en la Ley os justificáis (Gál. 5, 4). Y admiro la pertinacia de los hombres, de querer defender aquello con el sermo, que por la obra no se atrevan a cumplir, si no es que acaso bajo la piel de las ovejas, esto es, de los cristianos, se ocultan los lobos judaicos. ¿Qué persona el defensor de la sinagoga en las Iglesias de Cristo?

Capturada, pues, Jerusalén y subvertida, se abre la boca del Señor por los apóstoles, y los varones apostólicos, que pueden decir: Mi boca abierta está hacia vosotros, oh Corintios; y: Abierta me ha sido una puerta grande y eficaz (2 Cor. 6, 11). Y aquello: Mi boca abrí, y atraje el espíritu (Sal. 118, 131), lo cual nunca podrá callar, ni oír con Israel: Oye, Israel, y calla; sino que en todo el orbe resonará, y el Evangelio de Cristo pandirá a las gentes. De donde, según este sentido, también el duodécimo año se refiere a las doce tribus, y el décimo mes al tiempo de la propiciación judaica,

que en griego se dice hilasmós: y el quinto día del mes a los sentidos carnales, todas las cuales cosas, capturada Jerusalén, y sucediendo el Evangelio, mostramos que habían sido deletreadas y que habían pasado: y por la tarde, esto es, en la consumación del mundo, hecha la mano del Señor al verdadero Ezequiel, que las futuras ruinas de la ciudad había cantado por los profetas, y por la mañana mostró que habían sido cumplidas.

(Vers. 23 sigq.) Y aconteció palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, los que habitan en estos ruinosos sobre el suelo de Israel hablando, dicen: Uno era Abraham, y poseyó la tierra: nosotros empero muchos somos [Vulg. tacet somos], a nosotros ha sido dada la tierra en posesión. Por tanto dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios: Los que en sangre coméis, y vuestros ojos levantáis a vuestras inmundicias, y sangre fundís, ¿acaso [Al. nunca] la tierra por heredad poseeréis? Habéis estado en vuestras espadas, habéis hecho abominaciones, y uno cada cual a la mujer de su prójimo habéis polluido, ¿y la tierra por heredad poseeréis? Esto dirás a ellos: Así dice el Señor Dios: Vivo yo, que los que en los ruinosos habitan por la espada caerán, y el que en el agro está, a las bestias será tradiccionado para ser devorado: los que empero en los presidios y en las espeluncas están, por la peste morirán. Y daré la tierra en soledad, y en desierto, y desfallecerá la soberbia fortaleza de ella, y serán desolados los montes de Israel, por cuanto no haya quien por ellos transite. Y sabrán que yo soy el Señor, cuando diere la tierra de

ellos [Vulg. tacet de ellos] desolada y desierta, por universas sus abominaciones, que operaron.

Y tú, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo [Vulg. addit. que] hablan de ti junto a los muros, y en los ostios de las casas, y dicen uno al otro, el varón a su prójimo hablando: Venid, y oigamos qué sea el sermo que egresa del Señor. Y vienen a ti, cuasi si ingresara el pueblo (o del modo que el pueblo congregarse suele); y se sientan delante de ti, pueblo mío, y oyen tus sermones, y no los hacen, porque en cántico de su boca los vierten; y su avaricia sigue el corazón de ellos. Y eres para ellos cuasi un carmen músico que con suave y dulce sonido se canta, y oirán tus palabras, y no las harán, y cuando viniere lo que ha sido predicho, he aquí que pues viene: entonces sabrán que el profeta está en medio de ellos.

Primero ha de saberse, que ocho más o menos versos desde aquel lugar que pusimos: Los que en sangre coméis, y vuestros ojos levantáis a vuestras inmundicias, hasta aquel lugar donde está escrito: Esto dirás a ellos, así dice el Señor Dios, en los LXX no se tienen. Y nuestros latinos, immo los invidiosos cristianos, y para decirlo más abiertamente, los herederos de la facción Grunniana, contra nosotros ladran, por qué según el hebreo disertamos. Ciertamente si no nos tienen fe, lean las otras ediciones, de Aquila, Símaco, y Teodoción; interroguen a los hebreos no de un solo lugar, sino de diversas provincias.

Capturada, como dijimos, Jerusalén y el templo subvertido, los pobres de la tierra, de los cuales escribe Jeremías (Jer. 39), solos habían

sido dejados en Jerusalén, para que las viñas y los agros colieran, y en las ruinas de la ciudad inciensa habitaran. Y como debieran agere penitencia sobre aquello por lo cual la cautividad había venido, a sí mismos con casa esperanza decepcionándose hablaban: Uno fue nuestro padre Abraham, y sin embargo esta tierra por heredad poseyó.

A los cuales respondió el Señor: Que Abraham uno por la fe poseyó la tierra de la repromisión. Los que en sangre coméis, y vuestros ojos levantáis a las inmundicias, esto es, a vuestros ídolos, y sangre fundís, esto es, homicidio perpetráis: ¿acaso esto haciendo podréis la tierra por heredad retener?

Responde pues a ellos, oh profeta, y esta sentencia sobre ellos de mi sermo prome. Juro por mí mismo, que los que habitan en los ruinosos, y parietinos, por la espada caerán: y los que en los agros están, o en el campo, por las bestias sean devorados: y los que en los murados, o en presidios y espeluncas, la ira de Dios evitar no puedan, sino que de hambre mueran, y de pestilencia.

Todo herético en parietinos habita, y desiertos, y poseer se piensa la tierra de Israel.

Primero pues coméis en sangre, efundiendo la sangre de aquellos, a quienes escandalizáis. Deinde vuestros ojos levantáis a las inmundicias o abominaciones vuestras, que de vuestro ánimo confijasteis. Tercero sangre fundís, no vivificando a aquellos que sedujisteis, sino interficiéndolos.

A los cuales habla Dios, que cualquiera que en los ruinosos conciliábulos de los heréticos habitare, por la espada caiga eclesiástica.

Los cuales montes son llamados Israel, porque bajo el nombre de Cristo a cualesquiera decepcionados suplantan: y nadie por ellos transitará.

Sigue: El mismo día ciertamente, y al mismo tiempo, esto es, en el duodécimo año, en el décimo mes, a los cinco del mes, cuando vino el que había huido de Jerusalén. Estos junto a los muros se sentaban, y en los ostios de las casas: necuacuam en el sentido del profeta deseando entrar; sino que mutuo se exhortan y dicen: Venid y oigamos qué sea el sermo que egresa del Señor. De tal modo me parecen a ellos símiles, que por los cármenes teatrales son ludidos: y o a los trágicos oyen, o a los cómicos, y allí con voluptuosidad son palpados.

# LIBRO UNDÉCIMO.

El undécimo libro de las explanaciones sobre Ezequiel contendrá en su extrema parte el vaticinio contra Gog y Magog, y llegará hasta el exordio de la ciudad puesta en el monte, y del templo en ella situado. El cual si, ayudando el Señor, y sus misterios disertando, pudiere hasta el calce mismo perducir, por mucho tiempo me será y mucho de dudar, si al espiritual templo deba enviar las manos, o abiertamente mi ignorancia confesar: presertim cuando tanto entre los judíos, como entre nosotros sobre la interpretación de ello haya un grande silencio. Y ínterim, para que la cura del presente proyecto nos tenga, sepas, oh virgen de Cristo Eustoquio, que ha de ser orado por ti para nosotros. En la profecía dificilísima aquello brevemente amonesto, que un varón de nuestra edad nada innoble, al Emperador escribiendo, sobre esta nación dijera: Este Gog, el Godo es; a lo cual por qué razón puedan todas las cosas que en ella están escritas coaptarse, no es mío, sino de aquellos que esto piensan, disertar.

(Cap. XXXIV.) Y aconteció palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, profetiza de los pastores (o a los pastores) de Israel, profetiza, y dirás a los pastores: Esto dice el Señor Dios: Ay de los pastores de Israel que se apacentaban a sí mismos. ¿No son los rebaños apacentados por

los pastores? La leche comíais, y con las lanas os operíais, y lo que craso era occidíais: mi rebaño empero no apacentabais. Lo que enfermo fue no solidasteis (o confortasteis): y lo que egroto, no sanasteis: lo que fracto, no ligasteis, y lo que abyecto era (o erraba) no redujisteis; lo que había perecido, no buscasteis: sino con austeridad imperabais a ellos, y con potencia. Y dispersas han sido mis ovejas, por cuanto no hubiera pastor (o pastores), y han sido hechas en devoración para universas las bestias del agro, y dispersas han sido.

Por tanto, oh pastores, oíd la palabra del Señor: Vivo yo, dice el Señor Dios, que por aquello de que han sido hechos mis rebaños (o ovejas) en rapiña, y mis ovejas en devoración de universas las bestias del agro, por cuanto no hubiera pastor (o pastores). He aquí yo mismo sobre los pastores requeriré mi rebaño de la mano de ellos, y cesar los haré, para que ultra no apacienten mi rebaño; ni apacienten más los pastores a sí mismos (o a las ovejas), y liberaré mi rebaño (o ovejas) de la boca de ellos, y no serán más para ellos en esca.

Y las educiré (o los educiré) de los pueblos (o de las gentes), y las congregaré (o los congregaré) de las tierras (o regiones), y las induciré (o los induciré) en su tierra, y las apacentaré (o los apacentaré) en los montes de Israel, en los ríos y en cunctas las sedes de la tierra. Yo apacentaré mis ovejas, y yo las haré accubiar (o requiescer), dice el Señor Dios.

Vosotros empero, rebaños míos (o ovejas mías), esto dice el Señor Dios: He aquí yo juzgo entre pecus, y pecus, de los arietes y de los hircos.

Y suscitaré sobre ellas (o ellos) un pastor uno que las apaciente (o los apaciente), a mi siervo David: él mismo las apacentará (o los apacentará): y él mismo será para ellos en pastor. Yo empero el Señor seré para ellos en Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos.

Frecuentemente amonesté que mezclo mi edición de ambas, para que evite la magnitud de los libros, en aquellas cosas al menos que no mucho de sí en la traducción discuerdan.

A los pastores de Israel empero el sermo se dirige, a los cuales o los reyes, o los príncipes, Escribas y Fariseos, y maestros del pueblo judaico debemos aceptar.

En la leche entiende universas las escas: en las lanas, la múltiple variedad de las vestiduras.

Estos lo que enfermo está, no confortan, o consolidan.

Y dispersado está el pueblo de Dios, o por los vicios, o por el error de los heréticos: por cuanto no hubiera pastor bueno, que pusiera su alma por las ovejas: sino todos mercenarios, que solo los lucros de los rebaños consideran, y cuando vieren al lobo, huyen.

Entonces serán educidas de las tierras, para que sean inducidas en su tierra, que es la tierra de los vivientes: y él mismo las apacentará en los montes de Israel.

Lo cual también todos ciertamente los heréticos hacen, que carpan los eloquios de las Escrituras, y cuanto en sí es, los maculen.

Entonces suscitará un pastor uno, que dice en el Evangelio: Yo soy el pastor bueno (Juan 10, 11); a su siervo David según aquello de que la forma de siervo se dignó asumir (Filip. 2).

Y cesar hará a las bestias pesímas de la tierra, los vicios, o las perturbaciones, por las cuales las almas son vejadas humanas: o las adversarias potestades, por las cuales son impugnadas.

Vosotros empero ovejas mías, y ovejas de mi pascua hombres sois. Cuncto pues el sermo divino sobre los hombres es, a los cuales dice: Yo soy el Señor Dios vuestro, dice el Señor Dios.

(Cap. XXXV.) Y aconteció palabra del Señor a mí diciendo: Hijo de hombre, pon (o convierte) tu faz contra el monte Seir, y profetizarás de él (o a él) y dirás a él, esto dice el Señor Dios: He aquí yo a ti, monte Seir, y extenderé mi mano sobre ti, y te daré desolado, y desierto. Tus urbes demoleré (o en tus urbes haré soledad): y tú desierto serás, y sabrás, que yo sea el Señor: por cuanto fuiste enemigo sempiterno, y concluiste a los hijos de Israel en la mano de la espada. Por tanto vivo yo, dice el Señor Dios, por cuanto a la sangre te tradaré (o por cuanto en sangre pecaste) y la sangre te perseguirá: y cuando la sangre odiares, la sangre te perseguirá. Y daré al monte Seir desolado y desierto, y auferiré de él al que va y al que vuelve (o hombres y jumentos). Y sabréis que yo soy el Señor: por cuanto dijiste: dos gentes y dos

tierras (o regiones) mías serán, y por heredad las poseeré, cuando el Señor estaba allí.

Por tanto vivo yo, dice el Señor Dios: porque haré según tu ira (o enemistad): y según tu celo, que hiciste, odio teniendo de ellos, y conocido seré hecho para ti cuando te juzgare, y sabrás que yo soy el Señor. Oí universos tus oprobios (o la voz de tus blasfemias) que locucionaste, de los montes de Israel, diciendo: los desiertos a nosotros han sido dados para ser devorados. Esto dice el Señor Dios: Alegrándose universa la tierra, en soledad te redigiré: así como te gozaste sobre la heredad de la casa de Israel, por cuanto fuera disipada; así haré a ti: Disipado (o desierto) serás, monte Seir: y toda Idumea, y sabrán, que yo soy el Señor.

Si siempre en los profetas fuera el sermo de Dios, y yugo en el pecho de ellos tuviera hospicio, nunca tan crebro Ezequiel pondría: Y aconteció palabra del Señor a mí diciendo.

Toda empero la profecía de este capítulo es contra el monte Seir, a saber de los hijos de Esaú y Edom, que en lengua griega y nuestra se llaman Idumeos.

Pon, dice, o convierte tu faz contra el monte Seir. La faz empero no del cuerpo, sino del ánimo. El monte Seir empero, que se interpreta híspido y piloso, una contraria fortaleza ha de ser aceptada, que presidía a la gente de los hijos de Esaú, y se había erigido contra el pueblo de Judá, esto es, de la confesión y de la verdadera fe.

He aquí yo a ti, monte Seir, no enviaré Ángeles, ni de otros usaré ministros, sino yo mismo a ti

vendré. Toda empero la causa del pecado es, que fueras enemigo sempiterno.

Hay empero también otro pecado del monte Seir: que por cuanto odiaba la sangre de los justos, la cual en cada una de las persecuciones deseaba efundir, de la misma sangre sustente la persecución.

Dos gentes, y dos tierras, o regiones mías son, a saber Idumea y Judea, y a los heréticos, y a los Eclesiásticos poseeré pariter. Por montes de Israel, a Moisés, los profetas y apóstoles debemos aceptar, a los cuales los heréticos y el príncipe de los heréticos el diablo para sí piensan tradicionados para ser devorados.

Alegrándose pues universa la tierra de los vivientes, y la tierra de los santos, y todos conversos a la servidumbre de Dios, tú disipado serás, monte híspido, monte piloso, y toda Idumea.

(Cap. XXXVI.—Vers. 1 sigs.) "Tú empero, hijo de hombre, profetiza sobre los montes de Israel, y dirás: Montes de Israel, oíd la palabra del Señor: esto dice el Señor Dios, por cuanto ha dicho el enemigo de vosotros: ¡Euge!, las alturas (o soledades) sempiternas en posesión [Vulg. heredad] dadas han sido a nosotros, por tanto vaticina, y di: esto dice el Señor Dios: Por cuanto desolados habéis sido, y conculcados por el circuito (o por cuanto dispersos habéis sido por los que en vuestro circuito están), y hechos en heredad (o en posesión) para las restantes gentes, y ascendisteis sobre el labio de la lengua, y en oprobio a los pueblos [Vulg. pueblo] (o gentes). Por tanto, montes de Israel, oíd la palabra del Señor Dios:

Esto dice el Señor Dios a los montes y colinas, a los torrentes, y a los valles y a los desiertos parietinos (o disipados) y a las urbes derelictas que han sido despobladas, y subsannadas (o conculcadas) por las restantes gentes por el circuito. Por tanto esto dice el Señor Dios: Por cuanto en el fuego de mi celo he locucionado de las restantes gentes, y de Idumea universa, que dieron mi tierra para sí en heredad con gozo [Al. espada], y de todo corazón, y desde el ánimo, y la eyectaron para que la vastasen (o con odio despreciando las almas, para que las subvirtiesen en la vastación). Por tanto dice [Vulg. tacet 'dice'], vaticina sobre la tierra de Israel, y dirás a los montes y colinas, a los yugos y valles, esto dice el Señor Dios: He aquí yo en mi celo, y en mi furor he locucionado, por cuanto la confusión (o los oprobios) de las gentes hayáis sustentado. Por tanto esto dice el Señor Dios (o Adonai Señor): Yo levanté (o levantaré) mi mano: para que las gentes que en vuestro circuito están, ellas mismas su confusión (o ignominia) porten. Vosotros empero, montes de Israel, vuestros ramos (o vuestras uvas) germinad, y vuestro fruto aferid a mi pueblo Israel: pues cerca está para que venga. Porque he aquí yo a vosotros, y me convertiré a vosotros (o os respetaré), y seréis arados, y recibiréis la simiente, y multiplicaré en vosotros los hombres, y toda la casa de Israel, y se habitarán las ciudades, y las ruinosas serán instauradas (o los desiertos serán edificados). Y os repletaré de hombres y jumentos, y se multiplicarán, y crecerán, y habitaros haré como desde el principio, y con bienes os donaré mayores que

los que tuvisteis desde el inicio: y sabréis que yo soy el Señor. Y aduciré (o engendraré) sobre vosotros hombres, mi pueblo Israel, y por heredad te poseerán (o os poseerán), y serás (o seréis) en posesión [Vulg. heredad], y no añadirás más, para que sin ellos estés (o y no añadiréis más, para que sin hijos os hagan). Esto dice el Señor Dios: Por cuanto dijeron de vosotros (o de ti): devoradora de hombres eres, y sofocante de tu gente: por tanto hombres no comerás más, y a tu gente no necarás más, dice el Señor Dios: ni haré oída en ti (o en vosotros) más la confusión (o ignominia) de las gentes, y los oprobios de los pueblos de ninguna manera portarás (o portaréis), y a tu gente no admitirás más (o tu gente sin hijos más no estará), dice el Señor Dios."

Arriba se pone la faz del profeta, o se convierte contra el monte Seir: aquí el hijo de hombre habla a los montes, o sobre los montes de Israel, que son mandados a oír el sermo de Dios. Y para diferir un poco la tropología, de toda la profecía a los montes de Israel brevemente este es el sentido: Porque os insultó el enemigo, esto es, el monte Seir, y pensó que a perpetuidad él mismo os poseería, y que las alturas antaño del Señor ahora desiertas le habían cedido a él en heredad, y no solo lo dijo, sino que por algún tiempo os poseyó: de tal manera que soberbiamente hablaba contra vosotros, de que erais oprobio para todas las gentes: por tanto esto dice el Señor Dios, no solo al monte Seir, sino también a sus montes y colinas, torrentes y valles, y a los lugares desiertos y vastados, y a las urbes derelictas: por cuanto en el fuego de

su celo, y contra todas por cierto las gentes, pero principalmente contra Idumea ha locucionado, la cual con las demás, dice, gentes tuvo mi tierra en posesión, y la poseyó con la espada, y de todo corazón la poseyó, para eyectar a los habitadores de ella, y vastar la tierra. Por tanto habla, dice, profeta, sobre la tierra de Israel, y dirás a los montes, y a las colinas, y a los yugos (por los cuales los Setenta interpretaron *taîs nápaîs*, que nosotros entendemos como lugares nemorosos) y a los valles. Esto dice el Señor Dios: en mi celo, y en mi furor, como vengador de vuestro oprobio existiré, y levantaré mi mano, para que las gentes que en vuestro circuito están, porten su ignominia y confusión: vosotros empero, oh montes de Israel, según el antiguo estado germinad vástagos, y enviad ramos, o, según los LXX, aferid uvas, con las cuales mi pueblo Israel sea saturado. Que no penséis que esto ha de ser tras largo tiempo, cerca está, insta, y vendrá el tiempo. Y para que no os parezca esto ser difícil, yo mismo vendré a vosotros, y yo que de vosotros me había retirado, me convertiré a vosotros, para que recibáis la antigua cultura, y con simiente todas las cosas se completen, de tal manera que muchos en vosotros sean los hombres, y se habiten las ciudades, que antes habían sido destruidas. Y no solo multiplicaré los hombres: sino que los jumentos igualmente se multiplicarán y crecerán, y habitar os haré como desde el principio, cuando bajo el guía Moisés, trans Jordán dos y media tribus recibieron la posesión (Núm. 32), y bajo Jesús hijo de Navé, las otras nueve y media tribus poseyeron la tierra de

Judea (Jos. 1 y 13): y con bienes os donaré mucho mayores, que los que tuvisteis desde el inicio antes de que sintierais varias cautividades. Y cuando esto por vosotros hiciere, entonces conoceréis que yo sea el Señor. Y serás repletada, dice, oh tierra de Israel, con mi pueblo, que te ha de tener por heredad, y serás para ellos posesión, y no añadirás más, para que sin hijos estés. Cuando empero multiplicado fuere vuestro habitador, oh montes de Israel, entonces de ninguna manera dirán vuestros enemigos, contra vosotros, que devoréis a los hombres, y que sin hijos sea vuestra posesión; sino al contrario multipliquéis los hombres: y larguísima prole vuestra posteridad germine. Ni oirás, dice, más, ni sustentarás la confusión de las gentes, sino que ni admitirás a tu gente, para que alguna vez sustentes cautividad, porque el Señor ha locucionado.

Estas cosas parafrásticamente (*paraphrastikōs*) al modo judaico las habremos dicho, las cuales ellos esperan en el reino de mil años, cuando aseren que la ciudad de Jerusalén ha de ser construida, y el templo, que al fin de este volumen se describe, y la felicidad de todas las cosas, de los cuales algunos arbitran que bajo Zorobabel estas cosas fueron completadas.

¿Pero cómo podrá estar esto que se dice: "Y habitar os haré como desde el principio, y con bienes os donaré mayores, que los que tuvisteis desde el inicio"? Bajo Zorobabel empero, Esdras y Nehemías pocos del pueblo fueron reductos, y ellos mismos obedientes a los Medos y Persas, y de ahí en adelante a los Macedonios y Egipcios y

Romanos, sirvieron a los reyes de diversas gentes hasta Tito y Vespasiano, y hasta hoy sirven: de modo que no puede estar de ninguna manera esto que al extremo se dice en la profecía: "Y el oprobio de los pueblos de ninguna manera portarás, y a tu gente no admitirás más".

Y porque largo es ahora decir en una breve explanación contra el dogma judaico, y la beatitud que sirve al vientre y a la garganta judaica, que desean todas las cosas terrenas, y dicen: "Comamos y bebamos", de los cuales también el Apóstol habla: "El cebo para el vientre y el vientre para los cebos: Dios empero y a este y a aquel destruirá" (1 Cor. 6:13): ahora a la inteligencia espiritual pasemos, según la cual también las extremas partes de Isaías hemos interpretado.

Ni empero según las fábulas judaicas, que ellos llaman *deuterōseis*, esperamos una Jerusalén enjoyada y áurea del cielo: ni otra vez habremos de padecer la injuria de la circuncisión, ni habremos de ofrecer víctimas de toros y carneros, ni dormiremos en el ocio del sábado. Lo cual también muchos de los nuestros, y principalmente el libro de Tertuliano, que se titula "De la Esperanza de los Fieles", y el séptimo volumen de las "Instituciones" de Lactancio promete, y las crebras exposiciones de Victorino obispo de Petabio, y recientemente nuestro Severo en el diálogo al cual impuso el nombre de "Galo". Y para nombrar a los griegos, y para conjuntar al primero y al último, Ireneo y Apolinario. Nosotros pues diremos que los montes de Israel son los profetas y apóstoles, que oyen el sermo de Dios, y a los cua-

les el diablo enemigo insultó diciendo: "¡Euge!, montes antaño excelsos, de los cuales está escrito: 'Montes en su circuito, y el Señor en el circuito de su pueblo' (Sal. 124:2), a mí me han sido dados en posesión", cuando por las angustias de la persecución fueron desolados, y conculcados por el circuito, y hechos en heredad para las restantes gentes, y por todos blasfemados.

Por tanto habla el Señor a los montes conculcados y desolados, y no solo a los montes, sino también a los inferiores y a los constituidos por cada uno de los grados en la tierra de Judea, esto es, en el monte de la Iglesia, de la cual está escrito: "No puede esconderse una ciudad puesta sobre un monte" (Mat. 5:14); y a las colinas y torrentes, cuya fe por el invierno de las persecuciones y la tempestad de la presión se aumenta. A los valles también a estos que en la humildad han sido deprimidos, y a las Iglesias desiertas, y a los parietinos, y a los conciliábulos de las Iglesias derelictos en todo el orbe: cual fue bajo Diocleciano y Maximiano en todo el orbe la persecución, por la cual fueron proscritas las Iglesias y vastadas: cuando subsannaron a la Iglesia todas las gentes de los gentiles y de los heréticos por el circuito, porque en el fuego del celo de su furor haya locucionado, y propiamente contra Idumea que con obras terrenas quería todos, depuesta la imagen del celestial, portar la imagen del terreno (1 Cor. 15). Ellos empero dieron la tierra de Dios para sí en heredad, y de todo corazón y desde el ánimo persiguieron a la Iglesia del Señor, y la eyectaron de sus sedes, y la vastaron. Pero ¿qué aprovechó a

las naciones, qué ayudó a las gentes de los heréticos haber insultado a la tierra del Señor: cuando el Señor habla a ella, y a sus montes y colinas y yugos, o lugares nemorosos, que con la amenidad del paraíso verdeaban: y a las colinas, de las que arriba dijimos, haya locucionado en su celo y en su furor: y por el oprobio de las gentes levante su mano contra los adversarios, que persiguieron a la Iglesia, para que porten su confusión e ignominia? Entonces, interfectos los perseguidores, y restituida la paz de la Iglesia, los montes de Israel, a saber los Apóstoles y varones apostólicos, germinarán sus árboles, y extenderán sus ramos, y aferirán uvas para ser pisadas en el lagar del Señor, de las cuales se funden los mostos, que inebrien a los pueblos de los creyentes, y se exprime el vino que laetifica el corazón del hombre (Sal. 103): para que todo el fruto de los montes, de los cuales se conficiona el pan descendiente del cielo, sea comido por el pueblo de Dios Israel. Y para que tal vez no desesperemos en las persecuciones, se añade: "Cerca está el tiempo para que venga". "Pues viniendo vendrá, y no tardará" (Hab. 2:3). De donde su advenimiento promete a los montes y a los que en las tribulaciones perduraron, y promete que tras el ardor de la persecución sea ejercida la tierra antes decerpta por el vómer de Cristo, y reciba toda la simiente de las virtudes, de la cual nazcan y se multiplicen los hombres, y toda la casa de Israel. Y cuando las ciudades, esto es, las Iglesias de los creyentes hubieren sido habitadas por las turbas que regresan, entonces de ninguna manera solo los hombres

que polían en la ciencia de las Escrituras: sino también los jumentos, cada uno de los simples de los creyentes, se multiplicarán y succrecerán, y se habitarán las Iglesias como desde el principio, esto es, antes de que fuera la persecución: y con bienes florecerán mayores, que los que tuvieron desde el inicio, coronadas con las victorias de los mártires. Y entonces sabrán que él mismo sea el Señor, que restituyó a su plebe al antiguo estado, la cual posea las Iglesias, y ella misma sea la heredad de las Iglesias, y de ninguna manera más esté sin hijos, a los cuales en la persecución había perdido. De donde se manda al profeta, que hable a la tierra de los mansuetos, y a la tierra de los vivientes, o a los montes de Israel, y diga: De los perseguidores más no padecerás el oprobio, ni insultarán a tu pueblo yugulado, como ovejas de matanza. Pues restituida la paz, los oprobios universos cesarán, ni sustentarás la confusión e ignominia entre las diversas naciones en el circuito, sino que a tu gente tendrás y al pueblo, porque la verdad de la promesa, el Señor locucionando, firmada ha sido.

(Vers. 16 sigs.) "Y aconteció la palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, la casa de Israel habitaron (o habitó) en su tierra, y la polluyeron en sus vías, y en sus estudios (o ídolos): según la inmundicia de la menstruada hecha ha sido la vía de ellos coram me. Y efundí mi indignación (o mi furor) sobre ellos, por la sangre que fundieron sobre la tierra: en sus ídolos la polluyeron, y los dispersé en las gentes, y ventilados han sido (o los ventilé) en las tierras (o

regiones) según sus vías, y sus adinvenciones (o pecados) los juzgué, y entraron a las gentes, a las cuales introdujeron, y polluyeron mi nombre santo, cuando se decía de ellos: El pueblo del Señor este es, y de su tierra han egresado. Y pepercí a mi nombre santo (o les pepercí por mi nombre santo) el cual había polluyente la casa de Israel en las gentes, a las cuales entraron. Por tanto dirás a la casa de Israel, esto dice el Señor Dios: No por vosotros yo haré, casa de Israel: sino por mi nombre santo, que polluisteis en las gentes a las cuales entrasteis. Y santificaré mi nombre magno, que polluyente es entre las gentes, que polluisteis en medio de ellas, para que sepan [Vulg. añade 'las gentes'], que yo soy el Señor, dice el Señor de los ejércitos, cuando santificado fuere en vosotros coram eis. Pues os tomaré de las gentes, y os congregaré [Vulg. añade 'a vosotros'] de universas las tierras, y os aduciré en vuestra tierra. Y efundiré (o aspergeré) sobre vosotros agua munda, y seréis mundados de todos vuestros inquinamientos, y de universos vuestros ídolos os mundaré. Y os daré un corazón nuevo, y un espíritu nuevo pondré en medio de vosotros (o os daré) y auferiré el corazón lapídeo de vuestra carne, y os daré un corazón cárneo. Y mi espíritu pondré en medio de vosotros (o os daré) y haré que en mis preceptos (o mis justificaciones) ambuléis, y mis juicios custodiéis, y los operéis (o los hagáis) [Vulg. tacet 'los']. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y me seréis en pueblo, y yo os seré en Dios. Y salvos os [Al. os salvaré] haré de universos vuestros inquinamientos (o inmun-

dicias), y vocaré al frumento, y lo multiplicaré, y no impondré (o daré) a vosotros el hambre, y multiplicaré el fruto del leño, y los genímines del agro, para que no portéis más el oprobio del hambre en las gentes. Y os recordaréis de vuestras vías pesimistas, y de los estudios no buenos, y os displacerán vuestras iniquidades, y vuestros sceleres. No por vosotros haré, dice el Señor Dios, sea conocido por vosotros. Confundíos y erubescid sobre vuestras vías, casa de Israel. Esto dice el Señor Dios: En el día en que os mundare de todas vuestras iniquidades, y hiciere habitar las urbes, e instaurare las ruinosas, y la tierra desierta fuere exculta, que antaño era desolada en los ojos de todo viador, dirán: Aquella tierra inculta (o desierta) hecha ha sido como huerto de voluptuosidad, y las ciudades desiertas, y destituidas y [Vulg. cualesquiera] sufosadas, munidas se sentaron. Y sabrán las gentes que derelictas fueron en vuestro circuito, que yo el Señor edifiqué las disipadas, y planté las incultas: yo el Señor lo he locucionado, y lo habré hecho. Esto dice el Señor Dios: Todavía en esto me hallará la casa de Israel (o seré buscado por la casa de Israel) para que les haga [Vulg. en ellos]. Los multiplicaré como grey de hombres (o como ovejas hombres) como grey santa (o como ovejas santas) como la grey (o ovejas) de Jerusalén en sus solemnidades: así serán las ciudades desiertas, plenas de greyes (o ovejas) de hombres, y sabrán que yo soy el Señor.

Perspicuas son las cosas que se dicen, y todo el sentido de los montes de Israel, que antes desiertos habían sido, y después restituidos, ahora más

manifiestamente se pone. Y rinde las causas Dios por qué al pueblo de Israel a la cautividad lo tradujera, y por su clemencia promete que los ha de reducir a la tierra de Judea, y mucho más amplias cosas ha de tributar, que las que había quitado. Lo cual algunos de los judíos lo refieren a los tiempos de Zorobabel, cuando, el rey Ciro de los Persas laxando la cautividad de ellos, de la tribu de Judá, y de Benjamín muchísimos fueron reductos a la Judea. Otros empero al reino de mil años lo refieren, cuando bajo el Cristo, que piensan que ha de venir, para que la ciudad de Jerusalén sea exstruida, y se edifique el templo, del cual en la última parte de esta profecía habremos de decir. Y entre tanto, para que las fábulas judaicas dejemos, y las interminables genealogías, según nuestra costumbre, brevemente la pericopa (*perikopēn*) de este capítulo percurramos, y qué a nosotros nos parezca, según la inteligencia eclesiástica diseramos. La casa de Israel, esto es, el pueblo de los judíos habitó antaño en su tierra, esto es, en la tierra de Judea, cuando fue educta de Egipto; pero la polluyeron en las vías y en los estudios, o ídolos suyos, e intanto existieron pollutos, que a la inmundicia de la mujer menstruada han sido comparados. Por lo cual Dios efundió su indignación sobre ellos, por la sangre de los profetas y de los justos, que habían fundido sobre la tierra, diciendo en el Evangelio el Salvador: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y lapidas a los que a ti han sido enviados" (Mat. 23:37). Y otra vez (Vers. 35): "Amén, amén os digo: se requerirá la sangre que ha sido efundida por esta generación desde

la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, al cual fundieron entre el altar y el templo". No solo empero fundieron sangre, sino que también polluyeron la tierra con sus sceleres (2 Par. 24). Por lo cual los dispersó, o bajo la cautividad babilonia, o bajo la romana: cuando verdaderamente fundieron la sangre de Cristo, y ventilados fueron en las tierras, como las pajas son ventiladas, y según sus vías e invenciones pesimistas juzgados, de modo que en las gentes también a las cuales cautivos habían sido ductos, polluyeran el nombre santo de Dios: por cuanto por irrisión decían universas las naciones: "He aquí el pueblo de Dios este es, que se jactaba de conocer propiamente el culto de Dios". Lo cual cuando hubiera visto, dice, no por ellos, sino por mi nombre santo (Creador empero de todos soy) les pepercí, y los santifiqué, y a la gloria antigua los restituí: de modo que sobre los creyentes, y desde el error conversos, efundiera el agua munda del Bautismo salutífero, y los mundara de sus abominaciones, y de universos los errores, por los cuales habían sido ocupados, y les diera un corazón nuevo, para que creyeran en el Hijo de Dios, y un espíritu nuevo, de los cuales David habla: "Corazón mundo crea en mí, Dios, e innova un espíritu recto en mis vísceras" (Sal. 50:12). Y ha de ser considerado, que el corazón nuevo y el espíritu nuevo se den por la efusión y aspersión del agua. Cuando empero el corazón nuevo dado fuere y el espíritu nuevo, entonces se auferirá de todo corazón judaico toda dureza, que a la piedra se compara, para que por el corazón lapídeo sea

corazón cárneo, muelle y tierno, que el espíritu de Dios en sí pueda recibir, y ser inscripto con letras salutíferas. Entonces ambularán en los preceptos del Señor, y custodiarán sus juicios, y habitarán en la tierra de la confesión, que había dado a sus padres Abraham, Isaac y Jacob, y a todos los santos y profetas, y serán en pueblo de Dios, y el Señor les será en Dios, lo cual en el presente tiempo se comprueba. Y cuando salvados fueren, vocará el Señor al frumento, y lo multiplicará. Pues "si el grano de trigo cayendo en la tierra, muerto no fuere, él solo permanece" (Juan 12:24). Y de ninguna manera padecerán hambre (Amós 8:11): no hambre de pan y sed de agua, sino hambre de oír el sermo de Dios, que padeció aquel que habiendo marchado del Padre, toda la substancia que había recibido, disipó: cuando, por la necesidad del hambre compeliente, con las siliquas de los puercos fue apacentado (Luc. 15). Entonces se multiplicará el fruto del leño, esto es, de la sabiduría, de lo cual está escrito: "Leño de vida es para todos los que la requieren" (Prov. 3:18): y los genímines del agro a la similitud de Jacob, cuyo olor era casi olor de agro pleno, al cual bendijo el Señor (Gén. 27:27). Ni más portarán el oprobio del hambre en las gentes, lo cual hoy todavía padece la incredulidad de los judíos: pero después de que la beatitud hubieren consecuente, imitarán al Apóstol que dice: "No soy digno de ser vocado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios" (1 Cor. 15:9). Y se recordarán de sus vías pesimistas, y de los estudios no buenos, con los cuales habían ofendido a Dios: y les displacerán sus iniquida-

des, y sus sceleres con los cuales antes habían errado. Estas cosas empero todas las ha de tributar el Señor, no por ellos que por el propio error perecieron; sino por su nombre santo. De donde provoca a la casa de Israel, para que se confunda y erubesca sobre sus previos vicios, y a su Creador entienda. Después empero de que mundare al pueblo de los que creen desde los judíos de sus iniquidades, y hiciere habitar las urbes de la Iglesia, e instaurare las ruinosas que en las sinagogas habían concidido, y la tierra de la confesión fuere exculta por las ceremonias de Dios, la cual antaño fue vista desolada por todos los santos, que las obras de la conversación terrena pretermiten: entonces todos dirán: "¿Cómo la tierra de Judea que antaño fuera inculta, ahora tiene la similitud del paraíso de Dios; y las ciudades de Judea, que desiertas habían sido y destituidas, y por su incredulidad sufosadas, ahora erectas y munidas están en la confesión, y en el nombre del Señor Salvador?". De modo que toda criatura conozca, y las multitudes de los Ángeles, que ambientan la tierra de Israel, que el Señor las ciudades disipadas edificara, y las regiones incultas plantara, y lo que había prometido por los profetas, lo hubiera completado en la obra. Ni en esto de su liberalidad para con el pueblo al que salvara estará contento con el munere; sino mucho mayores cosas prestará. Pues será hallado por la casa de Israel, el que por mucho tiempo buscado fuera, y no hallado. Y después de que lo hallaren, los multiplicará como ovejas: no de brutos animantes, sino ovejas de hombres, que de razón y confesión

son plenas, como ovejas santas y greyes de Jerusalén, en la cual propiamente está el culto de Dios, y la visión de la paz, en sus solemnidades: cuando comemos los ázimos de la sinceridad y de la verdad (1 Cor. 5), y de las carnes del Cordero nos apacentamos y con el cruor somos potados, y en las siete semanas, y en los tabernáculos de este siglo las fiestas dominicas celebramos, para que las ciudades antaño desiertas plenas se hagan de greyes de hombres, y por esta razón conozcan, que él mismo sea el Señor, que todas las cosas prestara.

Estas cosas según la verdad de la historia, o mejor según la fe de la profecía: cómo el pueblo de Israel sea restituido al íntegro estado, y las reliquias del pueblo de los judíos, enseñando el Apóstol Pablo (Rom. 9-11), salvas sean en el Apóstol, y en todos los que desde los judíos en el principio creyeron, y hasta hoy regresan a la Iglesia, brevemente haber dicho baste.

Ahora por la misma brevedad el sentido de la tropología ha de ser abierto. Cualquiera que es de la casa de Israel, y cierne la paz de Cristo, que exsupera todo sentido, habita en su tierra, esto es, la Iglesia, o en el hospicio de la carne, que le ha sido tradiccionado por Dios. Mas si polluyere ambas tierras en sus vías pesimistas, y a la inmundicia de la mujer menstruada fuera comparado: efunde Dios su indignación sobre él, por la sangre, o suya, o de aquellos, a los que escandalizara, y fundiera sobre la tierra, y por los pensamientos perversos con los cuales la polluyó. Entonces será dispersado en las gentes, para que

a los incrédulos sea coaequado, y será ventilado en la tierra a instancia de las pajas, para que del frumento de la Iglesia sea separado, y sea juzgado según sus vías. Que si ni así sintiera su pecado, sino que polluyere su nombre santo, dirán todos entre los cuales habitare: "He aquí el pueblo de Dios, he aquí el que egresó de su tierra, o mejor fue proyectado". Mas si hicieren penitencia, y yo fuere santificado en medio de ellos, entonces toda la turba de los gentiles conocerá, que yo los tomo de las tierras en las que dispersos estaban, y los reduzco a la tierra de la Iglesia, y efundiré sobre ellos de ninguna manera las aguas del Bautismo salutífero, sino las aguas de la doctrina y del sermo de Dios: y los mundaré de todos sus inquinamientos, y de universos los ídolos y errores que en su corazón habían simulado. Y daré, dice, a ellos un corazón nuevo, que por el pecado habían perdido, y el espíritu recto innovaré en los corazones de ellos. Y auferiré el corazón lapídeo, el corazón a saber incrédulo; y daré un corazón cárneo, muelle y tierno, que los preceptos de Dios suscipa; de modo que ambulen en mis preceptos, y hagan los juicios, que antes habían negligido, y habiten en la tierra que había dado a sus padres, a los maestros a saber y doctores: y otra vez sea el pueblo de Dios, y el Señor a ellos se convierta en Dios, a quien antes habían ofendido. Entonces serán salvados de universos sus inquinamientos, y se multiplicará para ellos el frumento, del cual se eficia el pan celestial; y no padecerán más hambre del sermo de Dios; y se multiplicará en ellos el leño de la sabiduría, y los genímines en

el pecho de ellos se completarán. Ni serán más oprobio en las gentes; sino que después de que se hubiere miserto de ellos Dios, se recordarán de sus vías pesimistas, y sabrán dónde estuvieron, y se displacerán a sí mismos en sus iniquidades. Que dice el Señor que no por ellos, sino por su clemencia lo hace. De donde también cohorte a los errantes, para que se confundan y erubescid en sus vías, y sean restituidos a las urbes de la Iglesia, que otra vez sean habitadas por ellos, y todas las cosas que en ellas habían corruido, sean edificadas: y a las antiguas ceremonias regresen, y la tierra antaño desierta, que a los acolas y peregrinos, y a los que transitan por la conversación de este mundo había sido vista desolada, revierta al antiguo estado; y todos se miren, y digan: "Aquella tierra inculta, tierra desierta, en la que antaño todas las virtudes perecieron, ahora hecha ha sido casi como huerto de voluptuosidad y paraíso de Dios; y las ciudades antaño desiertas, que a Dios como huésped no tenían, y destituidas estaban del Espíritu Santo, y sufosadas por la credulidad, munidas estarán por la fe de Cristo:" para que sepan todos en el circuito, que el Señor edificara las almas disipadas, y plantara en ellas, y consevara los árboles de todas las virtudes; y él mismo en las cosas prestara, lo que con el sermo prometió. Y otra vez cohorte el sermo profético a los penitentes, para que aun cuando hubieren regresado a la Iglesia, siempre requieran al Señor, y lo hallen: para que se multiplicen por las turbas de los que regresan las greyes del Señor: no de jumentos y brutos animantes, sino greyes de

hombres, que de la fe y de la razón sean plenos, greyes santas, greyes de la ciudad de Jerusalén, en todas las solemnidades, que por la clemencia de Dios recibieron; para que después de que las ciudades del Señor de este modo la multitud de las greyes completara, entonces sepan todos, que él mismo sea el Señor.

(Cap. XXXVII.—Vers. 1 sigs.) "Hecha ha sido sobre mí la mano del Señor, y me edujo en el espíritu del Señor: y me dimitió en medio del campo, que estaba pleno de huesos, y me circundujo por ellos en giro [Vulg. en el giro]. Eran empero muchos en exceso sobre la faz del campo, y secos vehementemente. Y dijo a mí: Hijo de hombre, ¿piensas tú, vivirán los huesos estos? Y dije: Señor Dios, tú lo sabes. Y dijo a mí: Vaticina de los huesos estos, y dirás a ellos: Huesos áridos, oíd la palabra del Señor: esto dice el Señor Dios a los huesos estos: He aquí yo intromitiré en vosotros el espíritu, y viviréis: y daré sobre vosotros nervios, y succrecer haré sobre vosotros carnes, y superextenderé en vosotros la cutis, y daré a vosotros el espíritu, y viviréis y sabréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me había mandado: y hecho ha sido [Vulg. hecho ha sido empero] un sonido, profetizando yo, y he aquí una commoción, y accedieron los huesos a los huesos: cada uno a su juntura. Y vi, y he aquí sobre ellos nervios, y carnes ascendieron, y extendida ha sido en ellos la cutis desde arriba y espíritu no tenían. Y dijo a mí: Vaticina al espíritu: Vaticina, hijo de hombre, y dirás al espíritu: esto dice el Señor Dios: De los cuatro vientos ven, espíritu, e insufla

sobre estos interfectos, y revivifiquen. Y profeticé como me había mandado, e ingresó en ellos el espíritu y vivieron: y se pararon sobre sus pies un ejército grande sobremanera en exceso. Y dijo a mí: Hijo de hombre, los huesos estos universa la casa de Israel es. Ellos dicen: Se secaron nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y abscisos hemos sido. Por tanto vaticina, y dirás a ellos: esto dice el Señor Dios: He aquí yo abriré vuestros túmulos, y os educiré de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os introduciré en la tierra de Israel: y sabréis que yo soy el Señor, cuando hubiere abierto vuestros sepulcros, y os hubiere educto de vuestros túmulos, pueblo mío, y hubiere dado mi espíritu en vosotros, y viviereis, y requiescer os haré sobre vuestro humus, y sabréis que yo el Señor lo he locucionado, y lo habré hecho, dice el Señor Dios."

LXX: "Y hecha ha sido sobre mí la mano del Señor, y me edujo en el espíritu del Señor, y me puso en medio del campo, y este estaba pleno de huesos de hombres, y me circundujo sobre ellos por giro en el circuito, y he aquí muchísimos sobre la faz del campo y áridos vehementemente, y dijo a mí: Hijo de hombre, ¿si vivirán los huesos estos? Y dije: ¿De dónde, Señor, Señor, tú sabes estas cosas? Y dijo a mí: Hijo de hombre, profetiza sobre los huesos estos y dirás a ellos: Huesos áridos, oíd la palabra del Señor: esto dice el Señor Dios a los huesos estos: He aquí yo aduciré sobre vosotros el espíritu de vida: y daré sobre vosotros nervios, e induciré sobre vosotros carnes, y extenderé sobre vosotros la piel, y daré mi espíritu sobre vosotros,

y viviréis: y conoceréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me mandó: y hecha ha sido una voz cuando yo profetizara, y he aquí una commoción, y accedían los huesos a los huesos a su juntura. Y vi, y he aquí sobre ellos nervios, y carnes orían, y ascendían sobre ellos las pieles desde arriba, y el espíritu no estaba en ellos. Y dijo a mí: Profetiza, hijo de hombre, profetiza sobre el espíritu, y di al espíritu: esto dice el Señor Dios: De los cuatro espíritus ven, espíritu, e insufla sobre estos muertos y vivan. Y profeticé como me había mandado, e ingresó en ellos el espíritu, y vivieron, y se pararon en sus pies: una congregación mucha vehementemente en exceso. Y locucionó el Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, los huesos estos toda la casa de Israel es. Ellos dicen: Áridos hechos han sido nuestros huesos: pereció nuestra esperanza, desesperamos: por tanto vaticina, y di a ellos: esto dice el Señor Dios: He aquí yo abriré vuestras memorias, y os reduciré de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os introduciré en la tierra de Israel, y conoceréis que yo soy el Señor, cuando hubiere abierto vuestros sepulcros, para que os educza de vuestros sepulcros, pueblo mío, y daré mi espíritu en vosotros, y viviréis, y os pondré sobre vuestra tierra, y conoceréis que yo soy el Señor: lo he locucionado y lo haré, dice el Señor Dios."

Famosa es la visión, y de todas las Iglesias de Cristo por la lección celebrada: por la cual causa vel maxime ambas ediciones íntegramente las puse; para que ninguna calumnia por los Hebreos se nos hiciera, si al menos en las palabras en algo discreparan. Suelen pues reírse de nosotros,

y atollar el supercilio y con las bucas infladas ructar la ciencia de las Escrituras, si no digo la discrepancia de los sentidos (la cual si hubiere, por derecho se reprehende), si la disonancia de las palabras en nuestros códices hubieren podido demostrar.

Los que pues piensan del Dios ser el sermo acerca de la resurrección, la cual por todos tanto Judíos como Cristianos es creída, estas cosas suelen decir: Hecha ha sido sobre el profeta la mano del Señor, esto es, el Señor, y Salvador, por el cual el Padre todas las cosas ha operado. Pues todas las cosas por él han sido hechas, y sin él hecho ha sido nada de lo que ha sido hecho. Y me edujo, dice, en el espíritu del Señor, se subentiende, la mano del Señor. Lo edujo empero en el espíritu: no en el cuerpo, sino fuera del cuerpo, y lo puso, o lo dimitió en medio del campo, que pleno estaba de humanos huesos: ni le permitió requiescer, sino que hizo todos los huesos circuir, que no estaban opertos por el humus, sino sobre el campo yacentes: ni solo muchos, sino muchísimos, y por la vetustad del tiempo áridos y secos vehementemente, y nada de humor en sí habientes. Y cuando le hubiera interrogado el sermo divino, si estimara que estos huesos pudieran vivir, respondió: Señor Dios, tú lo sabes, que plena tienes la ciencia de las cosas futuras. Y dijo a él el Señor: Vaticina de los huesos, o sobre los huesos estos, y dirás a ellos: Huesos áridos, oíd la palabra del Señor. En lo cual ha de ser mirado cómo a los huesos áridos haya locucionado, los cuales antes de los nervios, carnes y cutis, y el espíritu vivificante, del

Dios pudieran oír el sermo. Y primero los huesos con otros huesos por los vínculos de los nervios son coligados: después son repletados de carnes, y desde arriba por la pulcritud se extiende la cutis, que de las nudas carnes opiera la foeditad; y entonces accipen el espíritu, que vivir los haga, y después de que hubieren vivido, entonces conozcan, que él mismo sea el Señor. Diciendo pues el profeta lo que le había sido imperado, estátim hecha ha sido la commoción, y los huesos en su compago han sido aplicados, astrictos por los nervios, plenos de carnes, por la piel coopertos: y yacían los humanos cuerpos espíritu no habientes. Por lo cual el profeta vaticina al espíritu, y dice: Esto dice el Señor Dios: De los cuatro vientos ven, espíritu: de las cuatro a saber plagas del mundo, para que como en la primera condición del hombre, insufló Dios en la faz de él, y hecho ha sido en alma viviente (Gén. 2, 7): así también la segunda condición, esto es, la resurrección de los muertos, insuflando el espíritu, sea vivificada: el cual ingresó en los humanos cuerpos, y estátim vivieron, y se pararon sobre sus pies. De donde también la resurrección se dice de los muertos, congregación, o Iglesia mucha (Sal. 103, 30), y como en el Hebrew se tiene, grande ejército; y por aquel tiempo se completa: Emite tu espíritu y serán creados, e innovarás la faz de la tierra.

Lo que empero se sigue: "Y dijo a mí: Hijo de hombre, los huesos estos universa la casa es de Israel", parece hacer cuestión, por cuanto no de la general resurrección, sino propiamente de la resurrección se diga de la casa de Israel, la cual diga:

Se secaron nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y abscisos hemos sido de nuestra tierra, o totalmente desesperamos: a los cuales diciendo estas cosas, por tercera vez Ezequiel a profetizar es compelido, y a decir a los huesos áridos: "Esto dice el Señor Dios: He aquí yo abriré vuestros túmulos". En lo cual se quaere: Si abre los túmulos, cómo arriba dijera: Eran empero muchos en exceso sobre la faz del campo, y secos vehementemente. Y educiré, dice, a vosotros de vuestros sepulcros, pueblo mío, según aquello que escrito está en el Evangelio: Viene la hora cuando los que en los sepulcros están, oirán la voz del Hijo de Dios, y exirán los que las buenas cosas hicieron a la resurrección de la vida (Juan 5, 28). Y otra vez: Los que oyeron vivirán (Ibíd.). Y si, como algunos arbitran, de la general resurrección dice el sermo divino, ¿qué necesidad fue que especialmente se dijera: Y os introduciré en la tierra de Israel, cuando en todo el orbe de las tierras resurgir deban los muertos de aquellos lugares en los que sepultos están? Y cuando, dice, os hubiere educto de vuestros túmulos, y hubiere dado mi espíritu en vosotros, y hubiereis vivido, entonces requiescer os haré sobre vuestro humus; para que después de que hubiereis requiescido en la tierra de Israel, entonces conozcáis, que yo mismo sea el Señor, que mis promesas con la obra habré completado.

Los que pues de la general resurrección estas cosas dichas entienden, aquello que parece hacer cuestión: Los huesos estos universa la casa es de Israel, a la resurrección de los santos lo refieren, de la cual también el Apóstol Juan en el Apoca-

lipsis habla: Beato y santo, el que tiene parte en la resurrección primera, sobre este la segunda muerte no tiene potestad (Apoc. 20, 6): porque a saber otra sea la resurrección de los santos, otra la de los pecadores. De donde también en el salmo primero se dice: No resurgen los impíos en el juicio, ni los pecadores en el consejo de los justos. La tierra empero de Israel que a los que resurgen el Señor promete, aquella ser confirman de la cual está escrito: Beatos los mansuetos, por cuanto ellos poseerán la tierra (Mat. 5, 4). Y: Placeré al Señor en la región de los vivientes (Sal. 114, 9). Estas cosas locucionan, los que de la general, como dijimos, resurrección que Ezequiel escribiera autuman.

Los que empero de tal manera interpretan estas cosas, no deben hacernos envidia, porque este lugar de otra manera exponiendo, la resurrección negar parezcamos. Sabemos pues que mucho más robustos testimonios, y en los cuales ninguna sea la dubitación, en las Escrituras santas se reperen, como es aquello de Job: Suscitará [o suscitarás] mi piel, la cual estas cosas sustenta (Job 19). Y en Daniel: Muchos de los que duermen en el pulvere de la tierra resurgirán; estos a la vida eterna, y aquellos al oprobio, y a la confusión eterna (Dan. 12, 2). Y en el Evangelio: No queráis temer a los que el cuerpo interfieren, el alma empero no pueden occidir; temed empero a aquel más, que puede y al alma y al cuerpo perder en la gehenna (Mat. 10, 28). Y el apóstol Pablo: El cual vivificará vuestros mortales cuerpos por su espíritu que inhabita en vosotros (Rom. 8, 11), y

muchas otras cosas. Por lo cual es perspicuo que no nosotros la resurrección neguemos, sino estas cosas no escritas de la resurrección contendamos, y por la parábola de la resurrección, de la restitución de Israel se profetice que por aquel tiempo cautivo estaba en Babilonia. Ni estátim a los heréticos ocasión daremos, si estas cosas de la resurrección común entenderse denegamos. Pues nunca se pondría la similitud de la resurrección para significar la restitución del pueblo israelítico, si no estuviera la misma resurrección, y futura se creyera: porque nadie de las cosas no existentes las inciertas confirma. Y toda nuestra aserción allí tiende, que como parece incrédulo, que a los huesos áridos, y por mucha vetustad confectos, la futura resurrección se prometa: y sin embargo futuro es lo que se promete; así también la restitución del pueblo de Israel, que fue ducto a la cautividad, y en todo el orbe disperso, parece por cierto increíble a estos que del Dios no conocen la potencia, mas sin embargo futura es: porque yo, dice, el Señor lo he locucionado, y haré como he prometido. Denique también en la anterior profecía, en la cual a los montes de Israel el antiguo estado se repromete, dice a ellos el Señor: Y me convertiré a vosotros, y seréis arados, y recibiréis la simiente, y multiplicaré en vosotros los hombres, universa la casa de Israel (Supra 36, 9, 10): y otra vez, que la casa de Israel ha de habitar en su tierra, que antaño inculta, después ha de ser casi como huerto de voluntad, y las ciudades desiertas, y destituidas se munan; y se multiplique en ellas la casa de Israel, como grey de ovejas, y las

demás cosas que se siguen al mismo sentido pertenecer, que ahora bajo la tropología y parábola se dice de los áridos huesos, y penitus ningún humor de vida habientes, impleto aquello que en el Evangelio escrito está: Las cosas que ante los hombres imposibles parecen, ante Dios posibles son (Mat. 19, 26). Eyectos han sido empero de sus sepulcros, de los sepulcros de la cautividad, y de los vínculos con los cuales por la servidumbre babilonia eran tenidos astrictos. Mas estas cosas todas los Judíos, o bajo Zorobabel, como antes dije, expletas confirman, cuando magna hecha ha sido la commoción; y el reino de los Caldeos a los Medos, y a los Persas fue traslato: o en la presencia de su Cristo, al cual piensan que ha de venir. Nosotros empero espiritualmente tras la cruz del Señor Salvador completas las memoramos; y cotidianamente hacerse en estos vel maxime, que a instancia de Lázaro por las fascias de sus pecados coligados, a la voz del Señor son suscitados (Juan 11); y verdaderamente son la casa de Israel, arente antaño, y ninguna esperanza habiente de salud: mas intrante en sí el espíritu de la gracia, y porrigente el Señor la mano, de lo profundo del ínfero sean liberados: y los que antes habían dicho: "Señor Dios, tú sabes estas cosas", después oigan liberados: "De módica fe, ¿por qué dudasteis" (Mat. 14, 31)?

(Vers. 15, sig.) "Y aconteció la palabra del Señor a mí, diciendo: Y tú, hijo de hombre, sume para ti un leño uno, y escribe sobre él de Judá, y de los hijos de Israel sus socios, y toma un leño otro, y escribe sobre él de José el leño de Efraín, y de toda

la casa de Israel sus socios. Y adjunta ellos uno al otro para ti en leño uno; y serán en unión en tu mano. Cuando empero dijeren a ti los hijos de tu pueblo, locucionando: ¿No nos indicas qué en estas cosas para ti quieras? Locucionarás a ellos: esto dice el Señor Dios: He aquí yo assumiré el leño de José, que está en la mano de Efraín; y las tribus de Israel, que junctas están a él: y las daré pariter con el leño de Judá, y las haré [Vulg. añade 'en'] leño uno, y serán uno en las manos de él. Serán empero los leños sobre los cuales hubieres escrito en tu mano en los ojos de ellos: y dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo assumiré los hijos de Israel de medio de las naciones, a las cuales abieron: y los congregaré de todas partes, y los aduciré a su humus, y los haré gente una en la tierra en los montes de Israel, y un rey uno será a todos imperante. Y no serán más dos gentes, ni se dividirán más en dos reinos; ni se polluyerán más en sus ídolos, y en sus abominaciones [Vulg. añade 'sus'], y en cunctas sus iniquidades, y salvos los haré de universas sus sedes, en las cuales pecaron, y los mundaré, y me serán pueblo [Vulg. en pueblo], y yo les seré Dios [Vulg. en Dios]. Y mi siervo David rey sobre ellos, y un pastor uno será de todos ellos: en mis juicios ambularán, y mis mandatos custodiarán, y los harán. Y habitarán sobre la tierra, que di a mi siervo Jacob: en la cual habitaron vuestros padres, y habitarán sobre ella ellos y sus hijos, y los hijos de sus hijos hasta en sempiterno: y David mi siervo, príncipe de ellos en perpetuo. Y percutiré para ellos un foedus de paz: un pacto sempiterno será para ellos, y los

fundaré, y los multiplicaré [Vulg. tacet 'los'], y daré mi santificación en medio de ellos en perpetuo. Y será mi tabernáculo en ellos, y les seré Dios, y ellos me serán pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor el santificador de Israel, cuando fuere mi santificación en medio de ellos en perpetuo.

LXX: "Y aconteció la palabra del Señor a mí, diciendo: Y tú, hijo de hombre, assume para ti una virga una, y escribe sobre ella Judá, y los hijos de Israel que appositos están a él, y una virga segunda assumirás para ti, y escribirás sobre ella José, la virga de Efraín, y todos los hijos de Israel que appositos están a él, y las conjungirás invicem para ti en virga una, para que las copules, y serán en tu mano. Y será cuando dijeren a ti los hijos de Israel locucionando: ¿No nos indicas qué sean estas cosas para ti? Y dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo assumiré en la tribu José por la mano de Efraín las tribus de Israel, que adjunctas están a él, y los daré todos sobre la tribu Judá, y serán en virga una, y serán una en la mano de Judá. Y serán las virgas que inscribiste así en tu mano coram eis: y les dirás, esto dice el Señor Dios: He aquí yo assumiré toda la casa de Israel de medio de las gentes, a las cuales entraron: y los congregaré de todos los que en su circuito están, y los induciré en la tierra de Israel, y los daré en gente una en mi tierra en los montes de Israel, y un príncipe uno será de todos estos en rey. Y no serán más en dos gentes: ni se dividirán más en dos reinos, para que no se polluyerán más en sus ídolos y en sus offendículos, y en todas sus impiedades. Y los eruam de todas sus iniquidades, en las cuales pecaron, y

los mundaré y me serán en pueblo, y yo les seré en Dios. Y mi siervo David príncipe en medio de ellos, y un pastor uno será de todos estos, porque en mis preceptos ambularán, y mis juicios custodiarán, y los harán. Y habitarán en su tierra que di a mi siervo Jacob, donde habitaron sus padres, y habitarán en ella ellos y sus hijos, y los hijos de sus hijos hasta en sempiterno. Y David mi siervo, príncipe de ellos será en perpetuo. Y dispondré para ellos un testamento de paz, un testamento sempiterno será con ellos: y los daré, y los multiplicaré, y pondré mis santa en medio de ellos en perpetuo, y será mi tabernáculo en ellos, y les seré Dios, y ellos me serán pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor que los santifico, cuando fueren mis santa en medio de ellos en perpetuo."

Narra la historia de los Reyes (3 Rey. 12), que bajo Roboam hijo de Salomón las doce tribus fueron divisas, y dos, esto es, Judá y Benjamín con los Levitas y sacerdotes siguieron a Roboam, que reinó en Jerusalén, y el reino de él fue vocado Judá. A las otras empero diez tribus que dijeron: "No es para nosotros parte en David, ni heredad en el hijo de Isai [Al. Jesé]", Jeroboam hijo de Nabat de la tribu de Efraín, que fue hijo de José, submetieron las cervices, y le sirvieron: y fueron vocadas por la magna parte del pueblo por el antiguo nombre Israel; y por mucho tiempo el reino de Judá e Israel tuvieron certámenes adversum se, y a sus propios reyes obedecieron (4 Rey. 25): y primero las diez tribus captas por los Asirios, y después de algún tiempo las que se vocaban Judá, por los Caldeos a Babilonia fueron ductas

captivas, y la tribu de Judá tras setenta años, a la antigua tierra fue reddita: las diez empero tribus que se vocaban Israel, hasta hoy en los montes y urbes de los Medos sirven captivas (4 Rey. 25).

La presente igitur profecía esto por la boca del Señor promete, que uno y otro imperio se le junja, esto es, el reino de Judá, y el reino de Israel; y se tollere la virga de Efraín, que de la estirpe de José fue generado, con las restantes tribus, que le están sociadas, y se junja a la virga de Judá, para que de ninguna manera se voque Judá e Israel, sino por un nombre se vocasen Judá: y bajo la figura del profeta, que precede en el typo del Señor Salvador, de ninguna manera por dos manos, sino por una sola mano de Cristo sean tenidos. Dice empero que él assume los hijos de Israel de medio de las naciones, a las cuales captivos ductos han sido, y los ha de reducir a la tierra y a los montes de Israel, de los cuales arriba leímos: y que han de ser vocados gente una, y por el imperio de un solo rey han de ser regidos: para que más no se polluyan en sus ídolos y abominaciones; sino que cuando fueren de las sedes de la cautividad liberados, en las cuales pecaron, de todos los vicios han de ser mundados, y han de ser pueblo de Dios, de tal manera que el Señor sea Dios de ellos. Y mi siervo, dice, David rey sobre ellos (Luc. 1). De lo cual también el Ángel locuciona en el Evangelio, que ha de reinar sobre la casa de Jacob, y del reino de él no haya fin: y de tanta será clemencia, que no solo rey, sino también pastor sea vocado, por cuanto el soberbio nombre del imperio, con el vocablo del pastor mitigue. Los cuales después

de que fueren en gente una, y en la tierra de Israel, y en los montes habitaren, han de ambular en todos los juicios del Señor, y los preceptos de aquel han de custodiar; han de habitar empero no en otra tierra, sino en aquella que dio a su siervo Jacob, en la cual habitaron sus padres, Abraham, Isaac y Jacob, y los restantes santos, y no solo ellos mismos han de habitar, sino también sus hijos y los nietos según aquel virgilianismo (Eneida lib. 4): "Y los nacidos de los nacidos, y los que nacerán de aquellos": y habiten no por breve tiempo, sino en perpetuo. ¿Queréis empero, dice, saber quién sea este rey y pastor? Él mismo es de quien arriba dije, mi siervo David. El cual cuando en la forma de Dios estuviera, no juzgó rapiña ser él mismo aequal a Dios; sino que se exinanivit, accipiendo la forma de siervo, y hecho fue obediente al Padre hasta la muerte, muerte empero de cruz (Filip. 2, 6 sigs.). Y cuando bajo tal rey fueren, percutiré para ellos un foedus de paz: de ninguna manera como en el antiguo Testamento de certámenes y guerras, sino un pacto de paz, que exsupera todo sentido, de la cual el Salvador locuciona a los Apóstoles: "Mi paz os doy, mi paz os relinco" (Juan 14, 27). Y el profeta dice: "Hecho ha sido en paz el lugar de él" (Sal. 75, 2). A los cuales cuando en la Iglesia fundara y stabilierit, de tal manera que puedan decir: "Statuit sobre la piedra mis pies" (Sal. 39, 3): entonces se multiplicarán o por el número de los creyentes, o por la multiplicación de las virtudes. Y daré, dice, mi santificación, o mi santuario en medio de ellos en perpetuo, lo cual los Judíos del templo interpretan, que

bajo Zorobabel fue exstruido. ¿Pero cómo podrá estar esto que se dice, *en perpetuo*: cuando aquel templo que por Zorobabel fue exstruido y después por muchos instaurado, por el fuego romano fue succenso? Lo cual todo ha de ser referido a la Iglesia, y a los tiempos del Salvador, cuando el tabernáculo de él fue puesto en la Iglesia: donde hecho fue Dios nuestro, y nosotros su pueblo. Y el provecho de todos es, para que sepan que él mismo sea el Señor, y él mismo santifique a Israel, no según la carne, sino según el espíritu: cuando la santificación de él en medio de los creyentes hecha fue en perpetuo. Que empero el Señor abyectara a la tribu de Efraín, y eligiera a la tribu de Judá, también en los Salmos leemos, en los cuales escrito está: "Y repelió el tabernáculo de José, y a la tribu de Efraín no eligió; sino que eligió a la tribu de Judá" (Sal. 77, 67, 68), de la cual escrito está: "No desfallecerá el príncipe de Judá, ni el dux de los fémures de él, hasta que venga a quien repositado está: y él mismo será la expectación de las gentes" (Gén. 49, 10). Verdaderamente empero en el adviento del Señor Salvador, las dos virgas, y como en el Hebreo se ha puesto, los dos leños en un solo sceptro han sido junctos, y en el bautismo de Cristo los hace poco separados se socian: para que se hagan en un solo hombre nuevo, y en una sola gente, ni se polluyan más en los ídolos y abominaciones; sino que por el lavacro del mundo, sean pueblo de Dios, e impere a ellos Cristo, y habiten sobre la tierra de los mitis, la tierra de los vivientes, que diera a su siervo

Jacob, el cual al pueblo de Israel en el útero de la madre suplantó.

Mas si quisiéramos según la profecía de Oseas, que casi toda a las diez tribus se dirige, esto es, a José y Efraín, y Samaria, e Israel, entender la ciencia del falso nombre, y las diversas turbas de los heréticos, esto diremos, que en el último tiempo cuando subintrara la plenitud de las gentes, y todo Israel salvo fuera (Rom. 11), entonces también los adversarios pueblos, que contra la casa de Judá y la confesión de la Iglesia pugnaron, se tradant a la fe eclesiástica, y universos los errores derelictos, y los príncipes de este mundo que se destruyen, y a sus patriarcas, que los en el barathro de las blasfemias dedujeron, consurjan, y relincan sus ídolos, y sus abominaciones, las cuales de su corazón habían confingido, y de todas sus sedes, en las cuales pecaron, transiten a la fe eclesiástica, y sean mundados, y sean pueblo de Cristo, y él mismo sea el Dios de ellos: lo cual más plenamente en Oseas profeta haber dictado me conozco.

Que si los Judíos y los Cristianos Judaizantes, estas cosas al reino de mil años quisieran referir, por la necesidad son compelidos, para que suscipan todos los que salvos fueren que han de habitar en la tierra de Israel, que se ha de edificar Jerusalén, exstruir el templo, cunctas las ceremonias de la Ley han de ser ejercidas, observar el sábado, accipere la injuria de la circuncisión, manducar y beber, y la abundancia de las riquezas por suma beatitud y cunctas las opes estimar, cuando el Apóstol diga: "El cebo para el vientre, y el vientre

para los cebos: Dios empero y a este y a aquellas destruirá" (1 Cor. 6, 13). Cómo empero en el typo de la resurrección el superior sermo profético la resurrección del pueblo judaico demostró, no carnal, sino espiritual: así también esta profecía de ninguna manera a la de la carne, sino a la de la alma pertenece felicidad, y a la fe de Cristo, por la cual somos mundados en el bautismo, cuyo reino en perpetuo es, para que no expectemos las cosas futuras que transactas están, y cotidianamente transigir conocemos.

(Cap. XXXVIII.) "Y aconteció la palabra del Señor a mí, diciendo: Hijo de hombre, pon tu faz contra Gog, la tierra de Magog, el príncipe de la cabeza (o ros) de Mesec y Tubal, y vaticina de él. Y dirás a él: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo a ti, Gog, príncipe de la cabeza (o ros) de Mesec y Tubal; y te daré la vuelta, y pondré un freno en tus maxilas, y te educiré (o te congregaré), y a todo tu ejército, caballos y jinetes todos ellos vestidos con lorigas, una multitud magna, de los que arripian la hasta y el clípeo, y la espada (o peltas y galeas, y espadas): los persas, etíopes y libios con ellos, todos escutados y galeados: Gomer, y todos sus agmines: la casa de Togarma, los flancos del Aquilón (o desde los extremos del Aquilón), y todo su robor, y pueblos (o gentes) muchos contigo. Prepárate e instrúyete, y a toda tu multitud que coacervada está a ti, y sé para ellos en precepto (o y me serás en custodia). Tras días muchos serás visitado: en lo novísimo de los años vendrás a la tierra que reversa (o perversa) ha sido por la espada, y ha sido congregada de pueblos muchos

hacia el monte (o montes/tierra) de Israel, que fueron desertos jugiter: esta de los pueblos ha sido educta y habitarán en ella confidentemente universos. Ascendiendo empero como tempestad vendrás, y como nube, para que operias la tierra tú y todos tus agmines, y pueblos (o gentes) muchos contigo. Esto dice el Señor Dios: En aquel día ascenderán sermones sobre tu corazón, y cogitarás una cogitación pésima, y dirás: Ascenderé a la tierra (o sobre la tierra) sin muro (o abyecta): vendré a los quiescentes que habitan seguro (o en paz): todos [el Vulg. añade 'estos'] habitan sin muro, no hay para ellos vectes ni puertas: para que diripias los despojos, e invadas la preda: para que infieras tu mano sobre los que habían sido desertos, y después restituidos, y sobre el pueblo que está congregado de las gentes, que comenzó a poseer, y a ser habitador del ombligo de la tierra. Saba y Dedán, y los negociadores de Tarsis (o los cartagineses y todos los leones de la villa de él) y todos sus leones te dirán: ¿Has venido para que diripias los despojos? He aquí, ¿has coacervado tu multitud para invadir la preda, para que quites la plata y el oro, y lleves el mobiliario y la sustancia, y diripias riquezas infinitas? Por tanto, vaticina, hijo de hombre, y dirás a Gog: Esto dice el Señor Dios: ¿Acaso no sabrás en aquel día, cuando mi pueblo Israel habitare confidentemente? Y vendrás de tu lugar, de los flancos del Aquilón, tú y pueblos muchos contigo, todos ellos cabalgando sobre caballos, una multitud magna, y un ejército potente. Y ascenderás sobre mi pueblo Israel como una nube, para que operias la tierra. En los

novísimos días serás, y te aduciré sobre mi tierra: para que me conozcan las gentes, cuando fuere santificado en ti en los ojos de ellos, oh Gog. Esto dice el Señor Dios: Tú igitur eres aquel de quien locucioné en los días antiguos por la mano de mis siervos los profetas de Israel, que vaticinaban en aquellos días y tiempos, que yo te aduciría sobre ellos. Y será en aquel día, en el día del adviento de Gog sobre la tierra de Israel, dice el Señor Dios, ascenderá mi indignación en mi furor. Y en mi celo, en el fuego de mi ira he locucionado: porque en aquel día habrá una conmoción magna sobre la tierra de Israel: y se moverán ante mi faz los peces del mar, y las aves del cielo, y las bestias del campo, y todo lo reptante que se mueve sobre el humus, y todos los hombres que están sobre la faz de la tierra: y se subvertirán los montes, y caerán los valladares, y todo muro caerá al humus. Y llamaré contra él en todos mis montes la espada, dice el Señor Dios: la espada de cada cual será contra su hermano. Lo juzgaré con pestilencia, y sangre, y lluvia inundante, y piedras de granizo ingentes: haré llover fuego y azufre sobre él, y sobre su ejército, y sobre pueblos muchos que están con él. Y seré magnificado, y seré santificado: y seré conocido en los ojos de muchas naciones: y sabrán que yo soy el Señor."

(CAP. XXXIX.---Vers. 1 sig.) "Tú empero, hijo de hombre, vaticina adversum Gog, y dirás: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo sobre ti, Gog, príncipe de la cabeza (o Ros), de Mesec y Tubal; y te daré la vuelta (o te congregaré); y te reduciré (o te deduciré); y te haré ascender de los flancos (o

de lo novísimo) del Aquilón; y te aduciré sobre los montes de Israel. Y percutiré (o perderé) tu arco en la mano (o de la mano) izquierda tuya, y tus saetas de la mano derecha tuya; y te deyectaré sobre los montes de Israel, y caerás tú y todos tus agmines, y los pueblos (o gentes) que están contigo. A las fieras, aves, y a todo lo volátil, y a las bestias de la tierra te di para ser devorado. Sobre la faz del agro (o del campo) caerás: porque yo he locucionado, dice el Señor Dios. Y enviaré fuego en Magog, y en aquellos que habitan en las islas confidentemente (o y serán habitadas las islas en paz): y sabrán que yo soy el Señor. Y mi nombre santo haré noto en medio de mi pueblo Israel, y no polluyeré (o no se polluyerá) mi nombre santo más; y sabrán las gentes que yo soy el Señor santo de Israel. He aquí viene, y hecho ha sido (o y sabrás que será), dice el Señor [el Vulg. añade 'Dios']: este es el día de que locucioné. Y egresarán los habitadores de las urbes [el Vulg. 'de las ciudades'] de Israel, y succenderán y comburirán las armas, el clípeo y las hastas (o peltas y contos), el arco y las saetas, los báculos de las manos [el Vulg. 'mano']: y los contos (o lanzas): y los succenderán con fuego por siete años. Y no portarán (o no assumirán) leños de las regiones (o de los campos), ni succidirán de los saltos: por cuanto succenderán las armas con fuego, y depraedarán a aquellos para quienes habían sido predas; y diripirán a sus vastadores, dice el Señor Dios. Y será en aquel día, daré a Gog un lugar nominado sepulcro en Israel; el valle de los viadores al Oriente del mar, que hace estupescer [el Vulg. 'hará'] a

los transeúntes (o el *polyandrion* de aquellos que vinieren al mar, y edificarán por el circuito la boca del valle; y sepultarán allí a Gog y a toda su multitud; y se vocará el valle (o GE) de la multitud de Gog. Y los sepultará la casa de Israel, para que munden la tierra, por siete meses. Y los sepultará todo el pueblo de la tierra, y les será en un lugar nominado, en el día en que yo fuere glorificado, dice el Señor Dios. Y separarán hombres para un trabajo jugiter [el Vulg. 'de la tierra'] que circuyan la tierra, y sepulten a aquellos que habían remanecido sobre la faz de la tierra, para que la munden: tras siete meses comenzarán a escrutar. Y circuirán pasando por la tierra: y cuando vieren el hueso de un hombre, statuerán junto a él un signo, hasta que los sepultadores lo sepulten en el valle de la multitud de Gog. Pues el nombre de la urbe es Amona (esto es, Multitud): y mundarán la tierra."

(Vers. 17 sigs.) "Tú ergo, hijo de hombre, esto dice el Señor Dios: di a toda volucre, y a universas las aves, y a cunctas las bestias del agro (o del campo): Convenid y properad: concurrid de todas partes (o por el circuito) a mi víctima que yo he inmolado [el Vulg. 'inmolo'] para vosotros, una víctima grande sobre los montes [el Vulg. 'monte'] de Israel, para que comáis la carne, y bebáis la sangre. Las carnes de los fuertes (o de los gigantes) comeréis, y la sangre de los príncipes de la tierra beberéis: de los arietes, corderos, e hircos, y tauros altiles y pingües todos. Y comeréis el adipe en saturidad, y beberéis la sangre en ebriedad, de la víctima que yo he inmolado [el Vulg. 'inmola-

ré'] para vosotros. Y os saturaréis sobre mi mesa del caballo, y del jinete fuerte (o gigante): y de universos los varones beligerantes, dice el Señor Dios. Y pondré (o daré) mi gloria entre las gentes (o en vosotros): y verán todas las gentes mi juicio que yo hubiere hecho, y mi mano que yo hubiere puesto (o inducido) sobre ellos. Y sabrá la casa de Israel, que yo soy el Señor Dios de ellos desde aquel día y en adelante. Y sabrán todas [el Vulg. tacet 'todas'] las gentes que por sus iniquidades captiva haya sido la casa de Israel, por cuanto me relincaron, y yo abscondí (o avertí) mi faz de ellos, y los tradité en manos de los hostes (o de sus enemigos) y cayeron por la espada universos. Según las inmundicias de ellos y sus sceleras (o iniquidades) hice para ellos, y abscondí (o avertí) mi faz de ellos. Por tanto esto dice el Señor Dios: Ahora reduciré la cautividad de Jacob, y tendré misericordia de toda la casa de Israel: y assumiré celo por mi nombre santo, y portarán su confusión (o ignominia), y toda la prevaricación, por la cual prevaricaron en mí, cuando habitaren en su tierra confidentemente (o en paz), de nadie temiendo, y los hubiere reducido de los pueblos (o gentes); y los hubiere congregado de las tierras de sus enemigos (o de las regiones de las gentes), y santificado fuere en ellos en los ojos (o en el conspecto) de gentes plurímas. Y sabrán que yo soy el Señor Dios de ellos, por cuanto [el Vulg. 'en que'] los hice transmigrar entre las gentes; y los congregué sobre su tierra, y no relinqué a ninguno de ellos allí. Y no absconderé más mi faz

de ellos, por cuanto efundí mi espíritu sobre toda la casa de Israel, dice el Señor Dios."

# Libro D

*UODÉCIMO.*

Mi trepidación en la explanación del templo de Ezequiel, immo la perseverancia de callar, tus ruegos, hija Eustoquia, y las promesas del Señor superaron, del que dice: "Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis, llamad, y se os abrirá" (Mat. 7, 7). Y la excusa de que nosotros usamos, para que en el calce del anterior volumen dijéramos: mejor es nada, que poco decir; tú la vertiste en lo contrario, para que referir pienses al menos poco, que nada decir: porque en lo uno la voluntad pronta, en lo otro la desesperación de toda la obra está: y conmemoras que la naturaleza de tales hombres es, que no tengan tanta gratitud por aquello que hubieres tribuido, cuanto dolor sobre aquello que hubieres negado. Con menor empero estudio las virtudes laudamos, que los vicios reprehendemos: y aunque hermosos sean los cuerpos, por la pravidad y deformidad de un solo miembro más insignes se hacen. Obedeceré igitur a tu voluntad, y flante el Espíritu Santo, las velas suspenderé, ignorando a qué litorales he de pervenir, y con este mismo profeta clamitando: De los cuatro vientos ven, espíritu; y al fastidioso lector, immo al ánimo perduel que ha de leer lo nuestro, aquello en la explanación del templo con

toda libertad denuncio, que si la verdad desidera, la busque de otros. Nosotros empero aquello que en la obra dificilísima podemos sospechar, simplemente confesamos y dictamos, habiendo de dar gracias al Señor, si no en todo, lo cual es imposible, sino en lo más nos hubiere abierto las puertas de la ciencia. Primera empero, como dice el sublime orador: "Al que sigue cada cosa, honesto es incluso en las segundas o terceras consistir."

(CAP. XL.---Vers. 1 sig.) "En el vigésimo y quinto año de nuestra transmigración (o cautividad) en el exordio del año (o en el primer mes) a la décima del mes, en el décimo cuarto año después de que percusada (o capta) fue la ciudad: en este mismo día (o en aquel día) hecha fue sobre mí la mano del Señor, y me adujo allá. En las visiones (o en la visión) de Dios, me adujo a la tierra de Israel, y me dimitió (o puso) sobre un monte excelso nimis, sobre el cual estaba como un edificio de ciudad, vergente hacia el Austro (o de la región de enfrente). Y me introdujo allá: y he aquí un varón, cuya especie era como especie de bronce (o de bronce esplendente); y un funículo líneo (o de los cementarios) en su mano, y un cálamo de mensura en su mano. Estaba empero en la puerta: y locucionó a mí el mismo varón: Hijo de hombre, ve con tus ojos, y con tus oídos oye: y pon tu corazón en todo lo que yo te ostenderé (o pon en tu corazón todo lo que te hubiere ostendido): porque para que se te ostendan has sido aducto (o has entrado) aquí: y anuncia (o mostrarás) todo lo que tú ves a la casa de Israel."

Si en el quinto año de la cautividad, o de la transmigración del rey Joaquín, en el cuarto mes, a la quinta del mes se abrieron los cielos a Ezequiel profeta, junto al río Cobar, y vio visiones de Dios, ahora empero se dice, que en el vigésimo y quinto año de la transmigración del mismo Jeconías en el exordio del año, a la décima del mes hecha haya sido sobre él la mano del Señor, y aducto a la tierra de Israel, y puesto sobre un monte excelso nimis, para que viera el edificio de una ciudad vergente hacia el Austro, para nadie es duda, que cumplidos diecinueve años, y nueve meses y cinco días del año vigésimo, toda su profecía está contextuada. Que si según Teodoción, el cual en aquel lugar donde nosotros pusimos, *en el exordio del año*, interpretó, *en el nuevo año, a la décima del mes* (el nuevo año empero entre los Hebreos se voca el mes séptimo, que entre ellos tiene el vocablo THESRI, de tal manera que en las Calendas del mes séptimo sea el clamor de las tubas, y el décimo día del mismo mes, el día del ayuno y de la placación; el décimo quinto empero en que se celebran los Escenopegia, es el décimo día del mes), veamos qué sea el exordio del año o el nuevo año.

(Vers. 5 sigs.) «Y he aquí un muro exterior en el circuito de la casa por todas partes, y en la mano del varón una caña de medida de seis codos y un palmo; y midió la latitud del edificio con una caña, y la altura también con una caña. Y vino a la puerta que miraba hacia la vía Oriental, y ascendió por sus gradas, y midió el umbral de la puerta con una caña de latitud, esto es, un umbral con

una caña de latitud; y una habitación de una caña de largo, y una caña de ancho; y entre las habitaciones cinco codos; y el umbral de la puerta junto al vestíbulo de la puerta por dentro, de una caña. Y midió el vestíbulo de la puerta de ocho codos, y su frente de dos codos; el vestíbulo empero de la puerta estaba por dentro. Además, las habitaciones de la puerta hacia la vía Oriental eran tres de este lado y tres de aquel; una misma medida de las tres, y una misma medida de los frentes de ambas partes. Y midió la latitud del umbral de la puerta de diez codos, y la longitud de la puerta de trece codos. Y el margen ante las habitaciones de un codo, y un codo era el fin por ambos lados; las habitaciones empero eran de seis codos de este lado y de aquel. Y midió la puerta desde el techo de una habitación hasta el techo de ella, una latitud de veinticinco codos, puerta contra puerta. LXX: Y he aquí un muro fuera de la casa por el giro, y en la mano del varón una caña de medida de seis codos, y un palmo [palaestes], y midió el muro, la latitud igual a la caña, y la altura de la misma medida. Y entró en la puerta que miraba al Oriente, por siete gradas, y midió el *thee* [habitación] seis de este lado y seis de aquel ** el *aelam* [vestíbulo] de la puerta igual a la caña en longitud, e igual a la caña en latitud, y el *aelam* en medio de *theelath* de seis codos, y el segundo *thee* igual a la caña en latitud, e igual a la caña en longitud, y el *aelam* de cinco codos. Y el tercer *thee* igual a la caña en latitud de tres, e igual a la caña en longitud de tres, y el *aelam* de la puerta que estaba junto al *aelam*

de la puerta de ocho codos, y el *aelam* de dos codos, y el *aelam* de la puerta por dentro, y el *thee* de la puerta de la región opuesta, tres de este lado y tres de aquel, y una misma medida de las tres: una misma medida del *aelam* de este lado y de aquel. Midió la latitud del ingreso de la puerta de diez codos, y la latitud de la puerta de trece codos, y un codo se reducía a la vista del *theer* de un codo, y el término de un codo por ambos lados, y el *thee* de seis codos de este lado y de aquel. Y midió la puerta desde el muro del *thee* hasta la pared del *thee*, una latitud de veinticinco codos. Esta puerta estaba contra la puerta». Cuando era niño en Roma, y era erudito en los estudios liberales, solía con los demás de la misma edad y propósito, los domingos, circular por los sepulcros de los apóstoles y mártires. y frecuentemente ingresar en las criptas, las cuales cavadas profundamente en la tierra, por ambas partes de los que ingresan tienen por las paredes los cuerpos de los sepultados. y tan oscuras son todas las cosas, que casi aquel dicho profético se cumple: *Descientan vivos al infierno* (Sal 54, 16). y raramente admitida la luz desde arriba, templa el horror de las tinieblas, de tal manera que no tanto pienses que es una ventana, sino un foramen de luz descendida. y de nuevo paso a paso se accede, y rodeados por ciega noche aquello virgiliano se propone (Eneida, lib. II):

El horror por todas partes los ánimos, a la vez los mismos silencios aterran.

Esto sea dicho por mí, para que el prudente lector entienda qué sentencia tenga sobre la ex-

planación del templo de Dios en Ezequiel, de lo cual está escrito: *Nube y calígine bajo sus pies* (Sal 96, 2). Y de nuevo: *Tinieblas su escondrijo* (Sal 17, 12): de donde también Moisés ingresó en la nube y la calígine, para que pudiera contemplar los misterios del Señor. los cuales el pueblo puesto lejos, y permaneciendo abajo, no podía ver (Ex 24 y 34). Finalmente después de cuarenta días, el vulgo innoble, con los ojos caligantes, no veía el rostro de Moisés, porque *glorificada estaba*, o como se contiene en el Hebreo, *cornuta* la faz de Moisés. Así también a mí leyendo la descripción del templo místico me acontece, dondequiera que el ojo del corazón se abre, y yo estimare ver algo y tener al esposo. (que los Judíos según la letra en el advenimiento de su Cristo, a quien nosotros comprobamos ser el Anticristo, piensan que ha de ser edificado, y nosotros referimos a la Iglesia de Cristo, y diariamente en sus santos vemos edificarse) y gozoso dijere: *Enregistré a quien buscó mi alma, lo tendré, y no lo dejaré* (Cant 3, 4); de nuevo me desierta el sermón divino, y huye el esposo de las manos. y se cierran los ojos por la ceguedad, de tal manera que sea obligado a decir: *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! cuán inescrutables son sus juicios, e investigables sus vías* (Rom 11, 33)! Y lo que en otro lugar está escrito: *Los juicios del Señor abismo mucho* (Sal 35, 7). Y: *Desde los profundos clamé a ti, Señor, Señor, exuda mi voz* (Sal 129, 1): y aquello de Eliseo, el cual seguía con los ojos del corazón al maestro raptado de sí, diciendo: *Padre, padre: el carro de Israel y

su auriga* (4 Rey 2, 12). Simplemente por tanto ha de confesarse que yo no quiero disertar con temeridad el templo del bienaventurado Ezequiel, que todos los siglos callaron. sino por la fe y el temor de Dios, deseo demostrar la conjetura de mi ánimo a los lectores. para que si yo ofreciere al tabernáculo de Dios pieles de cabras y pelos, de donde las espinas y aguijones de los pecados sean protegidos, y sean alejadas las lluvias y tempestades. otro que es rico, por la calidad de sus méritos, ofrezca o hierro, o bronce, o plata, oro y piedras preciosísimas. y no desprecie las nuestras, porque son menores; sino que se goce en sus propias riquezas. Pues si no hubiere ínfimas, no podrán ser sumas: y para que las mayores sean laudadas, por la comparación de las menores crecen. Veamos por tanto, qué vio primero, luego oyó, Ezequiel habiendo ingresado en el edificio de la ciudad vergente hacia el Austro: *Y he aquí*, dice, *un muro exterior en el circuito de la casa por todas partes.* Por *muro*, que Aquila y Teodoción interpretaron, Símaco y los Setenta pusieron *perímbolon* [recinto]. El muro por tanto, o *perímbolas*, rodeaba por todas partes la casa, esto es, el templo del Señor. y tenía el varón, cuya especie era como especie de bronce, no solo el funículo geométrico y de los cementeros, sino que también tenía la caña en la mano. cuya medida arriba es callada, y ahora se pone de seis codos y un palmo, que más rectamente en Griego se dice *palaisté*, y es la sexta parte del codo. De otro modo *palmus* suena *spithamén*, que algunos para distinción llaman *palmam*: además acos-

tumbraron llamar *palaistén* al *palmo*. Con esta caña por tanto midió la latitud y altura del muro, y ambas, esto es, la latitud y la altura fueron de una caña, esto es, de seis codos y un palmo. Y habiendo muchas puertas, no quiso por otras puertas entrar, sino por aquella que miraba hacia la plaga Oriental. Y porque no era igual el lugar, pues tanto el muro por el circuito, como la misma casa de Dios en lugares más excelsos edificada estaba, por eso por gradas ingresa, immo asciende. las cuales solos los LXX nombran *siete*, cuando tanto en el Hebreo, como en los demás traductores leímos solo gradas sin número. E ingresado en la puerta, inmediatamente midió el umbral de la puerta, que los LXX nombran *theé*: por lo cual en el Hebreo está escrito SEPH. Y al diligente y estudioso lector pienso que debe ser amonestado: si empero es conducido por la ciencia de las Escrituras, y no por las vanas declamaciones de los oradores. que sepa casi todas las palabras Hebreas, y los nombres, que en la traducción Griega y Latina están puestos, por la nimia antigüedad corrompidos, y por el vicio de los escritores depravados. y mientras de lo inemendado se escriben cosas más inemendadas, de las palabras Hebreas se han hecho Sarmáticas, immo de ninguna nación. mientras tanto hayan dejado de ser Hebreas, como no hayan comenzado a ser ajenas. El umbral por tanto de la puerta, o *theé*, immo *seph*, que Símaco interpretó *oudón* [umbral]: Aquila y Teodoción *próthyron* [puerta delantera/vestíbulo], tenía una caña, esto es, seis codos y un palmo en latitud. por lo cual no sé qué

queriendo los LXX añadieron de lo suyo, *seis de este lado y seis de aquel*. Después del umbral empero de la puerta, según el Hebreo, midió la habitación o dormitorio, como Símaco trasladó, *parastádas*, esto es, *postes* de ambas partes por una caña, tanto en largo, como en ancho. Lo cual también los LXX trasladaron *aelam* (Ailam), que en las cosas consecuentes Símaco interpretó *anteliminar*. Entre las dos habitaciones empero, o dormitorios, y *parastádas* había cinco codos, y otro prolimen de la puerta junto al vestíbulo por dentro de una caña. El tercer vestíbulo también de la puerta tenía ocho codos, y en el frente del mismo, o en los márgenes dos codos. El cual vestíbulo para que nadie piense que es el mismo que arriba, añadió: *El vestíbulo empero era de la puerta interior*: por lo cual los Setenta trasladaron primero, y segundo, y tercer vestíbulo. Las habitaciones empero, esto es, los dormitorios, que después de la puerta Oriental estaban edificados en los vestíbulos, miraban hacia la vía Oriental. Y para que sepamos cuántas hayan sido las habitaciones, se junta, *tres de este lado, y tres de aquel*: mirando a saber al Septentrión y al Mediodía, y a la vía Oriental. y una misma medida de los frentes era de ambas partes. Midió también la medida en ancho del umbral de la puerta, y halló diez codos, y en largo trece codos. y en un codo se estrechaban los extremos de las habitaciones, o como Símaco trasladó, de las *parastádÅ n*, y cada frente tenía sendos codos. Las habitaciones empero, o *parastádas*, y como los Setenta pusieron de lo suyo *theeláth*, de

ambas partes tenían seis codos. Y midió la puerta desde el techo de la habitación, o *parastádos*, hasta el techo o hasta la pared de ella: y halló entre techo y techo, una latitud de veinticinco codos. Tanto era empero de espacio entre puerta y puerta, o entre puerta y puerta. Estas cosas brevemente con ánimo de uno que más bien adivina que explica habremos dicho, queriendo según la letra oscura, y casi no aparente, adumbrar la pintura. Por lo demás las pocas cosas que podemos sospechar, estrictamente y dudando las pondremos. El apóstol Pablo, queriendo que los Efesios (Cap. 3) conocieran cosas más sagradas, impreca por ellos, para que sean repletos de la sabiduría y caridad del Señor. para que radicados y fundados, puedan saber y comprender cuál sea la latitud, y longitud, y altura, y profundidad de sus riquezas. y a los mismos habla: *Por tanto de ninguna manera sois peregrinos, sino ciudadanos de los santos, y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas*. por la misma piedra angular Jesucristo, en quien toda la edificación compacta crece hacia el templo santo en el Señor: en el cual también vosotros sois superedificados para habitáculo de Dios y en el Espíritu Santo* (Ef 3, 2). Pedro el apóstol también en casi las mismas palabras, porque por el mismo espíritu, habla en la Epístola: *Si es que creísteis que bueno es el Señor*. a quien accediendo como a piedra viviente, por los hombres ciertamente reprobada, por Dios empero elegida y honrada. también vosotros mismos como piedras vivientes sois edificados como casa espiritual para el sa-

cerdocio santo, ofreciendo víctimas espirituales aceptables a Dios por Jesucristo* (1 Ped 2, 3 sigs.). Por lo cual es perspícuo que el Señor Salvador, que es el verdadero arquitecto, prueba las piedras que puedan ser puestas en los fundamentos del templo. cuáles en medio, cuáles en los lugares superiores, y de menor medida, o no de tan sólida firmeza en el muro, y fuera del templo en el circuito del *peribólou* ser colocadas. No es pues de pequeño robo ni de mínima firmeza sostener las piedras impuestas desde arriba. De donde escribe el Apóstol a los creyentes: *Llevando unos las cargas de los otros* (Gál 6, 2). En otro lugar está escrito: que no debemos asumir un peso que no podamos llevar. La caña empero de la medida, que tenía seis codos y un palmo, significa aquello, que es conocida por Dios nuestra conversación. que en los seis días en que el mundo fue hecho se contiene, y es conocida la razón de las obras individuales, de tal manera que uno pertenezca a las obras, otro a la mente. De donde también la latitud es igual a la altura: de las cuales la latitud a las obras, como dijimos; la altura se refiere al ánimo, que hacia lo alto festina. Aquello empero baste haber amonestado una vez: que sé que *cubitum* y *cubita* se apelan de género neutro. pero por la simplicidad y facilidad de la inteligencia, y la costumbre del vulgo, las pongo también de género masculino. No tenemos pues cuidado de evitar los vicios de los sermones, sino disertar la oscuridad de la santa Escritura con cualesquiera palabras. Ingresa por tanto el varón, cuyo nombre es Oriente, por la puerta Oriental,

para que ilumine a aquellos que hallare en el primer frente del vestíbulo, o en el mismo ingreso de la puerta. no por una, sino por muchas gradas, cuyo número se calla, para que de la ascensión aparezca la dificultad. y cuantas gradas te propusieres, sepas que es menos de aquello que se deja dudoso. Esta estimo que es la puerta de la cual también en los Salmos se canta: *Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella* (Sal 117, 20). Y midió el umbral de la puerta, para que podamos saber que todas las cosas están patentes a la noticia de Dios. El cual umbral en la latitud se dice de una caña, y de la altura y longitud se calla. Es pues la vía e ingreso, y por ella ha de peregrinarse hacia lo interior. (aunque en este lugar los Setenta superfluamente dijeran *longitud*, o como se contiene en muchísimos códices, *altura*); las habitaciones empero, esto es, los tálamos y *parastades*, tanto en largo como en ancho tengan sendas cañas. pero entre habitación y habitación, hay solo cinco codos, para que lo interior de los dormitorios tenga la plena medida de la caña, esto es, de seis codos y un palmo, mientras las obras paritariamente y la razón consienten. Aquellas cosas en verdad que están por fuera, esto es, entre habitación y habitación, son cinco codos; pues aún no penetraron los secretos de Cristo, ni pueden decir: *Me introdujo el rey en su dormitorio* (Cant 1, 3). Y en otro lugar: *Toda la gloria de la hija del rey por dentro* (Sal 44, 14). Pero con los discípulos demorándose en casa con Cristo, no pueden oír sus misterios, y desean que salga hacia ellos fuera el sermón de

Dios. y por eso la medida de cinco codos se pone en ellos, para que se les enseñe a referir todas las cosas a los cinco sentidos. El umbral también de la otra puerta, o como se contiene en los Setenta, del segundo vestíbulo y del tercero, es de la misma medida de una caña. Después del cual vestíbulo de ella, esto es, el umbral de la puerta, en el ingreso se ponen ocho codos. para que lo interior del vestíbulo de ninguna manera tenga el número septenario, y seis codos, y un palmo, sino el octonario, que pertenecen al sacramento de la resurrección y del día del Señor. Y en el frente, dice, del mismo vestíbulo había dos codos, que o pertenecen a ambos Instrumentos [Testamentos], o a la letra y al espíritu. o al misterio de las tenazas con que en Isaías el carbón es aprehendido del altar y es deferido para purgar los labios del profeta. Y para que sepamos qué sea este vestíbulo, que por ocho y dos codos se termina, pone más manifiesto: *El vestíbulo empero de la puerta estaba por dentro*, por el cual llegamos al templo de Dios. Las habitaciones también, y los dormitorios que estaban hacia la vía de la puerta Oriental, por los cuales los Setenta escriben *Elau*, eran tres de este lado y tres de aquel, de una misma medida. esto es, de una caña, que tenía seis codos y un palmo, de lo cual arriba fue dicho: *Y el ailam de una caña de largo, y una caña de ancho, y entre las habitaciones cinco codos.* Para que por tanto no pensáramos que solo había dos habitaciones, puso tres de cada parte: para que demostrara el número senario. que también se indica en las hidrias del Evangelio (Jn 2), en

las cuales las aguas en vinos fueron mudadas. y diariamente las linfas judaicas se vierten en vino, que alegra el corazón del hombre: y se hace más dulce por el cruor de Cristo. Midió también la latitud del umbral [o límite] de la puerta de diez codos, el cual es número perfecto, y o se contiene en el Decálogo, o en el sacramento de los cuatro Evangelios. El cual empezando desde uno, así llega hasta cuatro, que llena el número denario. Cuya longitud tenía trece codos: por lo cual en los Setenta de nuevo se pone la latitud, lo cual me parece depravado por la negligencia de los escritores. Pues no habría dicho la Escritura en un lugar latitud, y de nuevo latitud de diez o trece codos. Puede empero la puerta del umbral, en que fue consagrado el número del antiguo y nuevo Testamento, entenderse o el mismo Señor, que dice: *Yo soy la puerta* (Jn 10, 9). o ciertamente todos los santos, por quienes ingresamos a la noticia de Dios, de quienes el apóstol Pablo hablaba: *Mi boca está abierta para vosotros, oh Corintios; y: Dilataos también vosotros* (2 Cor 6, 11). Trece codos empero después del número octonario, contienen el sacramento de los libros de Moisés, que también se muestran en los cinco panes (Mt 14), y en la Samaritana del Evangelio (Jn 4). que es argüida porque tuvo cinco varones, y el sexto que pensaba tener, no lo tenía. y sin embargo el número octonario y quinario, en un codo, esto es, al decimocuarto se consuma: porque en Cristo se recapitulan todas las cosas. De donde se dice: *Y un codo el fin por ambos lados:* mientras tanto el antiguo como el nuevo Testamento una sola me-

dida de Cristo abraza, y la altura de treinta codos del arca de Noé un solo codo incluye. Las habitaciones empero, dice, o como los Setenta pusieron *thau* o *theé*, vertiendo y mudando por los lugares individuales, como quisieron los nombres Hebreos, eran de seis codos por cada parte. lo cual se dice *de este lado y de aquel*, y de ninguna manera tenían el palmo ni la razón añadida desde arriba. que provocara la presente conversación a la futura beatitud, sino solo seis codos. De donde sigue: *Y midió la puerta desde el techo de la habitación hasta el techo, o pared de ella: y halló de latitud veinticinco codos.* cuyo número mismo, aunque sea cuadrado, sin embargo se refiere a los sentidos. Pues si ordenares cinco codos contra sí cinco veces, efectuarás el número veinticinco: que está entre el techo de las habitaciones y el techo. y sin embargo ambos puestos desde la región opuesta de sí, tienen puerta contra puerta desde las sumas partes. Estas cosas no parezcan ser frívolas al lector, aunque a mí mismo que las digo me desplacen, sintiendo que pulso una puerta cerrada; pero han de ser leídas con venia. de otro modo podría simplemente haber confesado la ignorancia, y amputado todo el deseo de los estudiosos. Pues así como de la perfecta ciencia estamos lejos, estimamos de culpa más leve al menos decir poco, que nada en absoluto decir.

(Vers. 14 sigs.) «Y hizo los frentes por sesenta codos, y hacia el frente el atrio de la puerta por todas partes por el circuito. Y ante la faz de la puerta, que pertingía hasta la faz del vestíbulo de la puerta interior, cincuenta codos, y ventanas

oblicuas en las habitaciones, y en los frentes de ellas que estaban dentro de la puerta por todas partes por el circuito. De igual modo empero estaba también en los vestíbulos ventanas por el giro por dentro: y ante los frentes la pintura de las palmas. LXX: Y bajo el cielo [sub divo] el *aelam* de la puerta de sesenta codos, y los *theim* del atrio de la puerta por el circuito. Y bajo el cielo del atrio por fuera el *aelam* de la puerta interior de cincuenta codos: y ventanas escondidas sobre los *theim*, y sobre el *aelam* dentro de la puerta del atrio por el circuito. E igualmente los *elamoth*, y ventanas en el circuito por dentro, y sobre el *aelam* palmas de este lado y de aquel».

Símaco interpretó este lugar así: *Y hizo peristáseis*, las cuales nosotros podemos decir *circunstancias* [lo que está alrededor/postes]: por lo cual en el Hebreo tiene ELIM, que Aquila interpretó *kríoma*, y nosotros vertimos en *frentes*. De nuevo donde los Setenta pusieron *theim* del atrio, en el Hebreo tiene EL en número singular, que Símaco trasladó *cerca del atrio*, Aquila *kríoma*, esto es *el frente del atrio*. También *bajo el cielo* [sub divo] *el aelam de la puerta*, Aquila interpretó *ante la faz de los postes de la puerta*: Símaco, *contra la faz del vestíbulo de la puerta*. Las ventanas *escondidas* que Hebraicamente se apelan ATEMOTH, Símaco trasladó *tóxikas* [sagitales/oblicuas]. Y donde dijeron los Setenta, *sobre el theim*, y *sobre el aelam*, el mismo Símaco puso *postes*, y *circunstancias*; Aquila, *habitaciones*, y *los frentes de ellas*: por lo cual en el Hebreo está escrito THEIM y ELE.

Además ELAMOTH, que los Setenta y Teodoción igualmente trasladaron; Símaco interpretó *circunstancias*, Aquila *frentes*. *Aelam* empero, por lo cual en el Hebreo está escrito EL [o UL], se apela *puerta* o *pórtico*. Por las palmas también en el Hebreo está escrito THAMARIM, en número plural: porque el número singular, *palma*, voca THAMAR.

Estas cosas al fastidioso lector sé que le serán molestas: pero quise brevemente ostender cuánto por la longitud del tiempo, immo por el vicio de los escritores, y para que hable más abiertamente, por la impericia, discrepe de la verdad Hebrea la antigua traducción. y principalmente en los nombres Hebreos, que nosotros de las ediciones de otros expresamos en el sermón Latino, indicando no tanto la explanación de las dicciones, cuanto nuestra sospecha simplemente.

Pienso empero que entre el muro del templo por fuera por el circuito, y la misma casa en el atrio, esto es, en medio, hubo ciertas cosas puestas por el ornato, que Símaco interpreta *circunstancias*. esto es, ciertos estados, y de la tierra del suelo erectos a lo sublime, y que estos obtienen el espacio de sesenta codos. Y de nuevo para los que egresan de la puerta interior hacia la faz del vestíbulo, que miraba hacia la puerta exterior, obtuvieron el lugar de cincuenta codos, en los cuales las ventanas eran oblicuas, las cuales los Setenta vocan *escondidas*, Símaco *tóxikas*. Y estas ventanas estaban en las habitaciones, esto es, en los dormitorios individuales, y en los pórticos que ante los dormitorios se

tendían, obteniendo cincuenta codos. Las cuales ventanas oblicuas o *toxikaí*, por eso percibieron el vocablo de las saetas [sagittis], porque a instar de las saetas admiten una luz angosta en la casa, y por dentro se dilatan. todas las cosas por el circuito llenas estaban de hujuscemodi ventanas.

Y ante los frentes, dice, de los pórticos, la pintura o escultura de las palmas: por lo cual se ostende en el ingreso de la puerta, e inmediatamente a los que ingresan el muro, que ocurren sesenta codos con varios ornatos. que se refieren a la condición del mundo, para que por las criaturas el Creador sea entendido. y todas las cosas corriendo con orden y razón, ostenten la variedad del mundo, el cual entre los Griegos se llama *cosmos*, del *ornato* tomó el nombre: y en seis días fue hecho. para que por cada día se suputen sendas décadas, el cual número perfecto arriba dijimos.

Después de esto, ingresando nosotros al atrio interior, ocurren ante el mismo vestíbulo de la puerta interior habitaciones con ventanas oblicuas, que tienen el espacio de cincuenta codos, el cual número mismo también es consagrado. Y después de siete semanas plenas de festividad y gozo, comienza el primer día de la Ogdoada, que es de la resurrección, y nos introduce a la vecindad del templo. Pues cuando hayamos hecho todas las cosas, haciendo penitencia del error anterior: entonces nos hacemos vecinos y próximos a Dios. para que en el atrio exterior, el orden y constancia de las criaturas nos enseñe la noticia del Creador, y en el interior el verdadero jubileo,

en el cual todas las cosas debidas por nosotros se nos perdonan, instruya la *teología*, e introduzca a los Santos de los santos.

Ha de notarse también que el atrio interior tiene más ventanas, no directas y iguales, sino oblicuas, y angostas por fuera, y dilatándose por dentro. para que por ciertos pequeños forámenes podamos penetrar hacia lo interior, y llegar a la plenitud de la clarísima luz que se versa en el templo. Finalmente después de sesenta y cincuenta codos, y las habitaciones, y los pórticos, y los frentes de los pórticos, y muchísimas ventanas por el circuito, la escultura o pintura de las palmas se nos muestra, para que poseyendo la victoria del mundo, seamos hechos dignos de ver las palmas de las virtudes.

(Vers. 17 sigs.) «Y me edujo al atrio exterior, y he aquí gasofilacios [tesoros/habitaciones], y un pavimento solado de piedra en el atrio por el circuito: treinta gasofilacios en el circuito del pavimento. Y el pavimento en el frente de las puertas según la longitud de las puertas estaba más bajo. Y midió la latitud desde la faz de la puerta inferior hasta el frente del atrio interior por fuera, cien codos al Oriente, y al Aquilón. LXX: Y me introdujo en el atrio interior, y he aquí tálamos, y los intercolumnios del atrio por el circuito, treinta tálamos por las columnas, y pórticos tras las puertas en la longitud de las puertas ante las columnas más abajo. Y midió la latitud del atrio desde aquel lugar que estaba bajo el cielo [sub divo] de la puerta exterior hasta lo interior: bajo el

cielo de la puerta interior que miraba a las cosas exteriores, cien codos, y vergía hacia el Oriente».

Por los treinta tálamos, que vertieron los Setenta, o gasofilacios y celarios, como interpretó Aquila, Símaco puso *exedras*. Y por los cien codos del espacio exterior, que tendían hasta la puerta Oriental, en el Hebreo el mismo número de codos se dice que tiende al Aquilón: en los Setenta empero el nombre del *Aquilón* fue quitado.

Aquel varón por tanto que tenía el funículo de los cementeros en la mano, y la caña de la medida, y estaba en la puerta, entre las demás cosas que mostraba al aspecto del profeta. después del atrio de sesenta codos, y el otro vestíbulo de la puerta interior que tenía cincuenta codos, edujo al profeta al atrio exterior, o como se contiene en los Setenta, lo introdujo al atrio interior. Y me admiro bastante según la letra y los Setenta, de qué modo después de las cosas exteriores del atrio, que tienen sesenta y cincuenta codos, sea interior el atrio, que en la latitud se tienda por espacios de cien codos. a no ser que tal vez según los místicos intelectos, y los progresos de los que ingresan, las cosas que fueren interiores en las doctrinas, sean más anchas.

Introducido empero en el atrio interior, o ducido al atrio exterior, como se contiene en el Hebreo, inmediatamente intuyó treinta tálamos o gasofilacios, o como Símaco interpretó, *exedras*. que para la habitación de los Levitas y de los sacerdotes habían sido preparadas, y un pavimento solado de piedras vivas o intercolum-

nios. para que se ostente que el atrio interior o el exterior tiene ante las puertas un orden de columnas, y un pavimento en el frente de las puertas, o pórticos tras la espalda de las puertas. En cuyos pórticos pienso que las columnas en orden fueron dispuestas, para que ante los gasofilacios hubiera pórticos, y en los frentes de los pórticos columnas que sustentaran los pórticos. El pavimento empero que estaba solado de piedras, y se tendía ante los pórticos del atrio, estaba más bajo en la ascensión de los pórticos, y tenía la misma longitud que la edificación de los tálamos poseía.

Y midió el mismo varón, en cuya mano estaba el funículo y la caña, desde la faz de la puerta inferior, o como los Setenta quieren, la exterior, hasta el frente del atrio o puerta interior, cien codos al Oriente, y como se dice en el Hebreo, y al Aquilón.

Por lo cual entendemos que aquel dicho Evangélico que es narrado por el Salvador (Mt 13), de la simiente enviada al campo en tierra buena, que multiplique los frutos por la variedad de las virtudes en número tricenario, y en sexagenario, y centenario, conviene con el vaticinio de este lugar. Pues también aquí se pone el número trigésimo, y sexagésimo, y centésimo, para que por estos como por gradas podamos llegar a la perfecta ciencia; de tal manera solamente que a lo interior de la Iglesia el número quincuagenario nos perduzca, el cual terminado el sábado de siete semanas, erupcionó en el día de la resurrección.

Gasofilacios empero se apelan los que están llenos de riquezas espirituales, de lo cual está

escrito: *La redención de la alma del varón, sus propias riquezas* (Prov 13, 8). Sobre los cuales también Pablo apóstol gratula a sus discípulos, porque estén llenos de todo verbo y de toda ciencia (Fil 1).

*Gaza* empero en la lengua de los Persas se nuncupan las riquezas. O ciertamente los tálamos, que en Griego se dicen *pastophoria*, ostentan dormitorios preparados para el advenimiento del esposo, que fueron treinta en número, para que demostraran la edad perfecta de los habitadores.

Y el pavimento estaba solado de piedra: para que por el lodo, y la tierra, y el polvo de los pecados de los habitadores no se poluyeran los vestigios; sino para que sobre piedras vivas caminaran, con las cuales se edifica el templo de Dios. O los intercolumnios estaban ante las puertas de los tálamos, que sustentaran el edificio impuesto desde arriba. Estas son las columnas de las cuales también Pablo apóstol escribe: *Me dieron las diestras a mí y a Bernabé, Pedro y Juan que parecían ser columnas* (Gál 2, 9). Y en otro lugar: *Columna y firmamento de la verdad* (1 Tim 3, 15). Y en el Apocalipsis de Juan leemos: *Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios, y no egresará fuera más* (Apoc 3, 12).

El pavimento por tanto que estaba en el frente de las puertas, de lo cual ya dijimos, o los pórticos tras la espalda de las puertas, que defendían a los habitadores de los tálamos de las lluvias, estaba más bajo. Pues siempre las cosas que son inferiores en las más altas se colocan, para que a

las cosas místicas y secretas, y llenas de riquezas espirituales, por la ascensión y las gradas podamos llegar. Y el número pleno y perfecto está en el número de diez décadas, el cual también multiplica la simiente de Isaac con fruto centenario (Gén 26).

Pero porque estaba en la tierra, y aún podía decir: *Advenedizo soy, y peregrino como todos mis padres* (Sal 38, 13), se narra que sembró cebada, y que segó el fruto centésimo. Pues aún no había muerto en la tierra el grano de trigo, que hiciera muchos frutos (Mt 13, Jn 12). y saturara el hambre del pueblo Judaico de oír el sermón de Dios, con aquel pan que descendió del cielo (Amós 8, Jn 6). De qué modo empero los cien codos no solo hayan sido hacia la puerta Oriental, sino también hacia la puerta del Aquilón, el testimonio siguiente lo demostrará.

(Vers. 20, 21.) «La puerta también, que miraba hacia la vía del Aquilón del atrio exterior midió, tanto en longitud como en latitud, y sus tres habitaciones de este lado, y tres de aquel, y su frente, y su vestíbulo, según la medida de la puerta anterior, de cincuenta codos su longitud, y de latitud veinticinco codos. Las ventanas empero de ella, y el vestíbulo, y las esculturas, según la medida de la puerta que miraba al Oriente. De siete gradas era su ascenso, y el vestíbulo ante ella. Y la puerta del atrio interior contra la puerta del Aquilón, y la Oriental. Y midió desde puerta hasta puerta cien codos.

LXX: Y me introdujo al Aquilón, y he aquí una puerta que miraba al atrio exterior. Y midió ella

en longitud, y en latitud, y sus *thee* [habitaciones] tres de este lado, y tres de aquel, y *elau*, y *elamoth* (que en el Hebreo no se tiene, y su palma): y fue hecho según la medida de la puerta que mira al Oriente: de cincuenta codos su longitud, y su latitud de veinticinco codos. Y sus ventanas, y sus *elamoth* y sus palmas como en la puerta que miraba al Oriente; y en siete gradas se ascendía a ella, y el *elamoth* por dentro, y la puerta del atrio interior mirando a la puerta del Aquilón (y lo que en el Hebreo no se tiene, como la puerta que mira al Oriente). Y midió el atrio desde puerta hasta puerta de cien codos».

Qué signifiquen los vocablos Hebreos *thee*, y *elau* y *elamoth*, arriba más plenamente dijimos: pero también en la presente colación de sí enseñará nuestra traducción.

Midió empero el varón cuyo funículo estaba en la mano, también la puerta del Aquilón del atrio exterior, o introdujo al profeta por la puerta del Aquilón al atrio exterior. En lo cual ha de considerarse, que primero sea introducido por la puerta del Aquilón; segundo, por la puerta del Austro; tercero, por la puerta Oriental. Del Aquilón pues se encienden los males sobre los habitadores de la tierra (Jer 1, 14). Y bellamente el que es habitador de la tierra, y no advenedizo y peregrino, está patente a los dardos de aquel que viene del Aquilón, cuyos dardos son ígneos, los cuales según el Apóstol con el escudo de la fe se restinguen (Ef 6).

Y al Aquilón el atrio exterior se nomina: al mediodía en verdad, esto es, al Austro, no exterior, sino interior. Dice pues la Escritura: *Y me

introdujo al atrio interior a la puerta Austral*, lo cual también en el atrio Oriental se halla escrito igualmente. El primer ingreso pues a la virtud es calcar el Aquilón con los pies, y por el número quincuagenario, y vigésimo y quinto, llegar a la cumbre del centenario: luego ser introducido a la plaga Austral, y expeler el frío del Aquilón: y entonces venir a la perfecta virtud, esto es, a la puerta Oriental, en la cual nace el sol de justicia, y por la cual solo ingresa el pontífice.

Y esto ha de observarse, que habiendo cuatro plagas, de la puerta Occidental se calle de la cual en el principio del salmo sexagésimo séptimo está escrito: *Haced camino al que asciende sobre el Occidente, el Señor es su nombre* (Sal 67, 5). para que después de que nosotros preparemos el camino al Señor, y cumplamos aquello que Juan el Bautista clama en el eremo: *Preparad el camino al Señor, haced rectas sus sendas* (Mt 3, 3). podamos oír lo que en la extrema parte del mismo salmo se dice: *Cantad a Dios, salmead al Señor, que asciende sobre el cielo del cielo hacia el Oriente* (Sal 67, 33).

Que empero se digan habitaciones tres de este lado, y tres de aquel, esto enseña, que tanto la letra como el espíritu, y ambas inteligencias, tanto la de la historia como la de la tropología, pertenecen a los sacramentos de la Trinidad.

Y aquello que se dice: *Y su frente, y el vestíbulo según la medida de la puerta anterior*, significa la puerta Oriental, que se nuncupa anterior no por orden, sino por mérito. Y tenía, dice, cincuenta codos en longitud, y veinticinco en latitud;

para que en cincuenta después de siete semanas el descanso eterno se demuestre. tendiendo por el día de la resurrección a los reinos de los cielos, en los cuales está el verdadero descanso. En veinticinco empero, de cuyo número antes ya dijimos, se conserve la medida de los cinco sentidos por cinco órdenes del cuadrángulo, de los cuales uno se coadapta a la longitud, otro a la latitud. para que en la longitud el descanso, y la delectación de la ciencia más sagrada: en la latitud de las cosas presentes que pertenece a los sentidos, la razón sea demostrada.

Y lo que se infiere: *Y sus ventanas, y los vestíbulos, y las esculturas*, o como los Setenta añadieron, *las palmas eran según la medida de la puerta que miraba al Oriente*. esto sutilmente se indica, que cualquiera puesto en el ingreso de las virtudes, hubiere ingresado en las tres y tres habitaciones, y hubiere reconocido el frente y el vestíbulo de la medida de la puerta anterior, llegue a aquellas cosas, y aquellas conspicué, que también en la puerta Oriental plenísimamente ha de recibir.

Por lo demás lo que sigue: *Y de siete gradas era su ascenso, y el vestíbulo ante ella*, o *interior*, tiene este sentido, que por las siete gradas de la semana, y de la olla que se enciende de la faz del Aquilón, y las ceremonias de los Judíos a quienes dio Dios preceptos no buenos. y justificaciones en las cuales no vivan en ellas, escandamos a lo más alto y al vestíbulo de ella, esto es, de la puerta, por lo cual los Setenta trasladaron *elamoth*.

El cual vestíbulo ante la puerta está, o es interior. Ni solo hay una puerta del Aquilón, la cual arriba se apela puerta exterior: sino también otra interior, que tiene la similitud de la puerta Oriental, como más manifiestamente dijeron los Setenta. Y la puerta del atrio interior mirando a la puerta del Aquilón, como era la puerta que miraba al Oriente. Y midió desde la puerta exterior del Aquilón hasta la puerta del mismo Aquilón interior cien codos: para que por estos como gradas y medidas, recediendo de la puerta exterior, podamos llegar a la interior, de cuyo sacramento del número arriba fue dicho.

(Vers. 24 sigs.) «Y me edujo hacia la vía Austral, y he aquí una puerta que miraba hacia el Austro. Y midió su frente y su vestíbulo, según las medidas superiores, y sus ventanas, y los vestíbulos en el circuito, como las demás ventanas: en la cual era de cincuenta codos la longitud, y la latitud de veinticinco, y en siete gradas se ascendía a ella, y el vestíbulo ante sus puertas, y había palmas esculpidas, una de este lado, y otra de aquel en su frente. Y la puerta del atrio interior en la vía Austral, y midió desde puerta hasta puerta en la vía Austral, cien codos. Y me introdujo en el atrio interior a la puerta Austral, y midió la puerta según las medidas superiores, su habitación, y su frente, y su vestíbulo, con las mismas medidas, y las ventanas de los vestíbulos en el circuito, cincuenta codos de longitud, y de latitud veinticinco codos. Y el vestíbulo por el giro de longitud de veinticinco codos, y de latitud de cinco codos. Y su vestíbulo hacia el atrio exterior, y sus palmas

en el frente, y ocho eran sus gradas, por las cuales se ascendía a ella».

Los Setenta consienten en las mismas palabras, excepto por *thee*, y *elau*, y *elamoth*, y *elam*, por lo cual en el Hebreo está puesto *ulam*.

*Thee* empero se interpreta *umbral*, o *frente*; *elau*, cerca de él, o *sustentáculos*; *elamoth*, *propyla* [propileos], o *vestíbulos*; *ulam* *propylon*, esto es, *ante las puertas*.

Aquello empero que según el Hebreo pusimos: *Y el vestíbulo, o propylon, en el circuito por el giro de longitud de veinticinco codos, y de latitud por cinco codos*, en los Setenta no se tiene.

Pero también esto ha de notarse, que en la puerta Austral según los Setenta no se diga vía, sino simplemente: *y me edujo al Austro, y he aquí una puerta que miraba al Austro*.

Por los ingresos individuales por tanto Ezequiel, a quien confortó Dios, pues esto suena su nombre, es ducido. y de la puerta del Aquilón pasa a la puerta Austral, cuyos frentes, y umbrales *propropylaia*, o vestíbulos y ventanas por el circuito tenían medidas similares. cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de latitud, y por siete gradas se ascendía a ella, esto es, a la puerta Austral. y su vestíbulo, esto es, *elamoth*, ante sus puertas: también dos palmas esculpidas, de las cuales dijimos en la puerta de la plaga Septentrional.

Y esto solo baste haber amonestado, que cualesquiera cosas que allí se ponen, según la inteligencia más vil, esto es, según la letra, en la puerta

meridiana entendemos según el sentido espiritual. Pues por las mismas líneas corre tanto la historia como la tropología: pero aquella es más humilde, esta más sublime: aquella se adhiere a la tierra, esta sobrevuela a lo celestial. Y en el circuito por las ventanas todas las cosas estaban plenas de luz.

Pues los *problÄ“mata* [problemas/cuestiones] individuales tienen sus términos, y una luz propia ingresa por ellos a la alma del creyente. principalmente si la longitud de su vida hubiere sido prolongada por el misterio del año quincuagenario, esto es, del jubileo, y hubiere podido llegar a la latitud de un sentido más divino. En cuya latitud y plazas actúa la sabiduría confiadamente, y clama con voz sublime: y por siete gradas ingresa, para que llegue al vestíbulo, y por las palmas de su propósito y conato, tenga la victoria sempiterna.

Y para que no pensáramos que hay un solo atrio hacia la parte Austral, del segundo atrio se dice: *Y la puerta del atrio interior en la vía Austral: y midió desde puerta hasta puerta en la vía Austral cien codos;* para que después de los sacramentos de la semana y del Antiguo Instrumento [Testamento], llegara a la tierra buena y a la gracia del Evangelio.

Ni solo en la puerta Austral hay un segundo atrio; sino un tercero, del cual ahora se dice: *Y me introdujo en el atrio interior a la puerta Austral, y midió la puerta según las medidas superiores*, etc. Pues los atrios individuales tienen sus medidas y órdenes, y en las mismas medidas hay

diversa gracia, mientras conocemos las mismas cosas de otro modo en el principio, de otro modo en el progreso, de otro modo en el fin.

Esto en verdad que en los Setenta no se tiene, *y el vestíbulo, o propylon, por el giro de longitud de veinticinco codos, y de latitud de cinco codos*, parece hacer cuestión. por lo cual en la vieja interpretación no fue puesto, de qué modo después del progreso del tercer grado se pongan veinticinco codos y cinco. Pero quita la ambigüedad aquello que sigue: *Y su vestíbulo hacia el atrio exterior: y sus palmas en el frente;* para que a saber este atrio que tenía en longitud veinticinco codos, y en latitud cinco, sea del atrio exterior, no del interior. para que la latitud del atrio anterior, esto es, veinticinco codos, la posea la longitud del atrio exterior, y en latitud tenga cinco codos.

Las cuales medidas, esto es, veinticinco y cinco, referimos a los mismos sentidos, a saber la vista y el oído, el gusto, y el olfato, y el tacto. los cuales si ascendemos a cosas más altas, duplicamos cinco veces, y de sentidos carnales hacemos espirituales, como es aquello: *Levantad vuestros ojos, y ved, porque ya las mieses están blancas para segar* (Jn 4, 35). y: *El que tiene oídos de oír, oiga* (Lc 8, 8). Y: *Gustad y ved, porque suave es el Señor* (Sal 33, 8). Y: *Buen olor de Cristo somos para Dios en aquellos que creen* (2 Cor 2, 15). Y en la Epístola de Juan se dice: *Lo que oímos y vimos, y nuestras manos palparon del Verbo de la vida* (1 Jn 1, 1).

Y al extremo de ninguna manera como en la plaga septentrional bastan siete gradas solamen-

te: sino que después de siete se pone el número octonario, para que de la Sinagoga a la Iglesia, del antiguo instrumento al nuevo, de lo terreno a lo celestial pasemos.

(Vers. 28 sigs.) Y me introdujo en el atrio interior por la vía Oriental: y midió la puerta según las medidas superiores; su habitación, y su frente, y su vestíbulo como arriba, y sus ventanas y sus vestíbulos en el circuito, de cincuenta codos de longitud, y de veinticinco codos de latitud. Y su vestíbulo, esto es, del atrio exterior (por lo cual los Setenta y Símaco pusieron el interior); y había palmas esculpidas en el frente de aquella de este lado y de aquel, y en ocho gradas era su ascenso.

De la región Septentrional, en cuyo atrio se ascendía por solo siete gradas, pasa a la puerta Austral y al atrio de la misma región, al cual no solo se asciende por siete, como arriba, sino por ocho gradas: a saber, para que por lo antiguo pasemos a lo nuevo; y para que hable más manifiestamente, por los patriarcas y profetas, vengamos a los apóstoles: para que en el uno haya una semana [siete], y en el otro una ogdoada [ocho].

Mas ahora viene a lo último, o mejor dicho a lo sumo, e introduce al profeta por la vía de la puerta interior, o por el atrio, al cual se va por la vía Oriental. La vía según los Setenta se tiene solo en este lugar; en la región Septentrional y Austral está totalmente callada, para que podamos entender que solo en la puerta Oriental ha de entenderse aquella vía, que dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6). Pues por él venimos al Padre, y de él está escrito: Bienaventurados los

inmaculados en el camino (Sal 118, 1), que nada siniestro sienten acerca de Cristo, sino que su fe es pura, y de ninguna manera contaminada por la suciedad de los herejes.

Y el mismo número de habitaciones, frentes y vestíbulos, y de ventanas, y de la luz de ellas, y la misma medida de longitud y latitud: conservando a saber los sacramentos de cincuenta y veinticinco codos, y el vestíbulo de aquella puerta o del atrio interior, que según el Hebreo se pone como exterior, para que por la luz Oriental todas las cosas se tengan incluidas, según aquello que está escrito: Ni hay quien se esconda de su calor (Sal 18, 7). Mas si recibimos tanto el atrio exterior como el interior: así ha de entenderse, que Dios, en quien vivimos, nos movemos y somos, es fuego consumidor, y alimenta todas las cosas como el espíritu interior, como dice el poeta:

En el principio, el cielo y las tierras, y los campos líquidos, y el luciente globo de la luna, y los astros Titanios, un espíritu alimenta desde dentro: e infusa por los miembros, una mente agita la masa entera, y se mezcla con el gran cuerpo.

Y cuando por las armas de la justicia a derecha e izquierda, por la gloria y la ignominia, por la buena y la mala fama, por las alabanzas y vituperios, hubiéremos tomado la victoria de este siglo (2 Cor 6): entonces se nos dan palmas de ambos lados, a quienes ni los gozos cambiaron, ni el dolor, ni las cosas prósperas ni las adversas superaron: y de ninguna manera por siete gradas, como en la región del Aquilón, ni por siete y ocho, como se contiene en el mediodía: sino por solo

ocho gradas ascendemos a lo sumo: por cuanto nos basta el número octonario, esto es, el sacramento Evangélico; para que podamos decir según el Apóstol: Y si habíamos conocido según la carne a Cristo, mas ya ahora no lo conocemos (2 Cor 5, 16), se subentiende según la carne.

(Vers. 35 ss.) «Y me introdujo a la puerta que miraba hacia el Aquilón, y midió según las medidas superiores, su cámara (thalamum), su frente, su vestíbulo, y sus ventanas en derredor: de longitud cincuenta codos, y de latitud veinticinco codos. Su vestíbulo miraba hacia el atrio exterior, y la escultura de palmas en la frente de aquel de una y de otra parte, y en ocho gradas su ascenso. Y por cada uno de los gasofilacios una puerta en los frentes de las puertas: allí lavarán el holocausto. Y en el vestíbulo de la puerta, dos mesas de una parte, y dos mesas de otra parte, para que se inmolara sobre ellas el holocausto, tanto por el pecado como por el delito. Y al lado exterior, que asciende a la entrada de la puerta que va hacia el Aquilón, dos mesas, y al otro lado ante el vestíbulo de la puerta, dos mesas. Cuatro mesas de una parte, y cuatro mesas de otra parte: por los lados de la puerta, había ocho mesas, sobre las cuales inmolarán: cuatro mesas empero para el holocausto de piedras cuadradas construidas, de longitud de un codo y medio, y de latitud de un codo y medio, y de altura de un codo, sobre las cuales pondrán los vasos en los cuales se inmola el holocausto y las víctimas. Y los labios de ellas de un palmo, reflejados intrínsecamente

en derredor: sobre las mesas empero las carnes de la oblación».

Mucho en este testimonio la Verdad Hebrea discrepa de la edición de los Setenta Intérpretes. Pues esto que hemos dicho: «Allí lavarán el holocausto, y en el vestíbulo de la puerta dos mesas de una parte», y de nuevo: «Para que se inmolara sobre ellas el holocausto tanto por el pecado», en los Setenta no se tiene: sino que en muchísimos códices de Teodoción fue añadido. De nuevo donde dijimos: «Y los labios de ellas de un palmo reflejados intrínsecamente en derredor», los Setenta vertieron: «y teniendo un giso de un palmo labrado intrínsecamente en derredor». Palabra que, sea hebrea o griega, no podemos saber, sino solo esto, que por giso, Símaco y Teodoción vertieron «labios», la primera edición de Aquila «epistaseis», en número plural; la segunda, «labios» vertieron: por lo cual en lo hebreo se tiene ASEPHATHAIM. Y donde dijimos: «sobre las mesas empero las carnes de la oblación», los Setenta pusieron de su parte: «y en las mesas techos por encima, para que se cubran de la lluvia y de la sequedad». Aquillo empero que en nombres hebreos publicaron, Thee, y Elau, y Elalamoth, y Aelam, qué signifique, tanto arriba lo advertimos, como de frente lo puede mostrar nuestra traducción: ni es necesario sobre esto advertir a menudo al lector, y desconfiar de su prudencia y de su estudio. Es introducido por tanto de nuevo a la puerta que miraba hacia el Aquilón: pero de ningún modo como arriba al atrio exterior, sino al interior. Pues en aquello que en lo subsiguien-

te se dice: «Su vestíbulo miraba hacia el atrio exterior», se muestra que este atrio había sido intrínseco. Por lo cual se muestra el progreso del que ingresa; mientras que en cada uno de los lugares los nombres y las medidas son propias, y las ventanas en derredor mostrando todas las cosas llenas de la luz de la ciencia, y por los cincuenta y veinticinco codos los sacramentos de la remisión y de los divinos sentidos están puestos, para que puestos en el vestíbulo del atrio interior, veamos las cosas exteriores: contemplando la noticia de las cosas pretéritas y presentes, por la cual vengamos a las dobles palmas y victorias, y los misterios de las ocho gradas conozcamos, ingresados los gasofilacios, en los cuales las riquezas del templo se contienen, y se lavan nuestras oraciones de toda suciedad de pecado: y las mesas de cada parte de dos en dos están puestas, para que primero se inmole el holocausto, «Siguen al vigilante del hato según la costumbre paterna, y los dardos, y el ladrador Sidón, etc.» que todo el fuego sagrado asuma, después por el pecado, y al extremo por la ignorancia: lo que o bien sabiendo cometimos, o bien ignorando. Al lado también exterior según los Setenta había un río fabricado, que los cenales de los holocaustos, y las virulencias (o jugos) de las carnes llevaba hacia afuera: o bien eran dos mesas, y al otro lado del vestíbulo de la misma puerta dos mesas, esto es, de cada parte de cuatro en cuatro, cuatro de una parte, y cuatro de otra, y tras la espalda, o al lado de ellas otras ocho mesas: para que a la vez hagan dieciséis mesas: por cuyo número los misterios

de los profetas se demuestran: para que lo que quiera que por la dignidad Evangélica ofrecemos, lo aprobemos predicho por los vaticinios de ellos. Y que se introducen cuatro mesas de piedras cuadradas construidas, y estas mismas para el sacrificio y el holocausto, estos son las piedras vivas que se vuelven sobre la tierra, y tienen consigo la piedra angular, por la cual las paredes del antiguo y del nuevo Instrumento se contienen. El número cuatro empero demuestra los sacramentos Evangélicos, teniendo en longitud y latitud un codo y medio, esto es, por el cuadro, que unidas a la vez hacen tres codos, los cuales tres codos tienen en la altura un codo; para que los misterios de la Trinidad de un codo, esto es la medida de la divina majestad conserve, diciendo el Señor a los discípulos: Id, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt. 28, 19). El nombre empero de Dios, como de un codo de una altura, es el que tres propiedades abraza, y los holocaustos de nuestras oblaciones siempre asume. Sobre las mismas empero cuatro mesas de los holocaustos construidas con piedras vivas, cuya longitud, y latitud, y altura está descrita, se ponen los vasos en los cuales se inmola el holocausto de los mártires, de los cuales se dice: Preciosa en el conspecto del Señor la muerte de sus santos (Sal. 115, 5); y las víctimas de aquellos, que por la continencia y la santidad del cuerpo, sus almas inmolan al Señor. Y por el nombre de estas mesas, pienso que en los apóstoles Mateo y Lucas, Marcos y Juan se contiene: cuya corona por encima flexionada intrínsecamente, en derredor

los márgenes rodeaba, para que contuviera los holocaustos intrínsecamente, y no permitiera fluir por doquier, y tuviera las carnes de la oblación, o como los Setenta vertieron: «y las mesas mismas estaban techadas por encima», por causa de la violencia de las lluvias, y de la excesiva sequedad del sol estival: para que las carnes puestas por encima, puedan decir con el profeta: Por el día el sol no nos quemará, ni la luna por la noche (Sal. 120, 6). De los cuales lo uno, por las excesivas lluvias y tempestades de las tribulaciones disuelve las oblaciones; lo otro por el vehemente estío de las persecuciones reseca lo que quiera que ha sido ofrecido. Ignora, lector, la dificultad de los lugares: o si algo mejor puedes encontrar, enseña: gustosamente aprendemos lo que no sabemos.

(Vers. 44 ss.) «Y fuera de la puerta interior los gasofilacios de los cantores en el atrio interior, que estaba al lado de la puerta que miraba al Aquilón, y las caras de ellos contra la vía austral: una del lado de la puerta oriental, que miraba hacia la vía del Aquilón. Y me dijo: Este es el gasofilacio que mira hacia la vía meridiana de los sacerdotes, que vigilan en las custodias del templo. Por lo demás, el gasofilacio que mira hacia la vía del Aquilón, será de los sacerdotes que vigilan al ministerio del altar: estos son los hijos de Sadoc que acceden de los hijos de Leví al Señor, para ministrarle. Y midió el atrio en longitud de cien codos, y en latitud de cien codos por cuadro, y el altar ante la faz del templo. Y me introdujo en el vestíbulo del templo: y midió el vestíbulo por cinco codos de una parte, y cinco codos de otra, y

la latitud de la puerta de tres codos de una parte, y tres codos de otra. La longitud empero del vestíbulo de veinte codos, y la latitud de once codos, y por ocho gradas se ascendía a ella, y las columnas de ellas, en los frentes, una de una parte, y otra de otra parte».

Por gasofilacios, los Setenta vertieron «exedras». Y aquello que nosotros dijimos «exedras», o «gasofilacios de los cantores», por ellos fue omitido. Y de nuevo tras la medida del vestíbulo de cinco codos de una parte, y cinco codos de otra parte, añadieron de su parte: «y la latitud de la puerta de catorce codos», cuando en el hebreo solo está puesto: «y la latitud de la puerta de tres codos de una parte, y tres codos de otra parte». Esto al lector advertí, para que no por la diversidad de las traducciones se turbe, sino que en el presente lugar, y máxime en las medidas del templo, con la verdad hebrea contento esté. Por tanto tras el muro, que los Setenta vertieron «perí bolo», que todo el templo por cuadro rodeaba en circuito, leemos introducido al profeta en el atrio interior, y de allí al Aquilón, y al Austro, y a la puerta oriental, y de nuevo al Aquilón: de los cuales, como pudimos, dijimos, y en cuyas diversidades, o de nombres, o de medidas, qué nos pareciera, el sermón pasado lo mostró: cuyo sentido el testimonio del Salvador brevemente muestra diciendo: «En la casa de mi Padre muchas mansiones hay» (Jn. 14, 2). Cumplidas las cuales cosas, ingresa al templo, esto es, al Sancta sanctorum, de las cuales ahora se dice, y dentro de la puerta interior, los gasofi-

lacios, o exedras de los cantores. A los cuales es aquel imperio: «Cantad al Señor un cántico nuevo» (Sal. 95, 1). Quienes con los ángeles claman: «Gloria en las alturas a Dios, y sobre la tierra paz en los hombres de buena voluntad» (Lc. 2, 14). El cual atrio interior estaba situado al lado de la puerta, que miraba al Aquilón, y al Austro, y al Oriente; para que siempre recuerden los cantores del Señor, y los que por el oficio de los ángeles son retenidos, por qué gradas a lo sumo llegaron; y los misterios de cada uno de los lugares diligentemente reconozcan. Finalmente aquel varón cuya caña, y cordel estaba en la mano, introducido el profeta en el atrio interior que miraba la vía meridiana, estas cosas habló: «Este es el gasofilacio» o «exedra»; y como Teodoción puso, «tálamo», que para la habitación de los sacerdotes está separado, de los observantes en las vigilias del templo. Por lo demás el gasofilacio que mira hacia la vía del Aquilón, será de los sacerdotes, que vigilan al ministerio del altar. En lo cual se ha de notar, que los sacerdotes a quienes las custodias del templo han sido delegadas, habitan en el gasofilacio que mira hacia la vía meridiana, en la cual la luz es plenísima. Estos empero que vigilan al ministerio del altar, en el cual se ofrecen las víctimas por el pecado, en el gasofilacio estén que mira la vía del Aquilón, a aquellos que del Aquilón vienen, y ofrecen víctimas por los pecados, recibir y salvar deseando. Quienes ambos por sus oficios sirviendo al Señor, se llaman hijos de Sadoc, que se interpreta «justo», o «justificante», a saber, el Dios omnipotente, de quien está escrito: «Justo el

Señor, y las justicias amó: la equidad vio su vulto (rostro)» (Sal. 10, 8). Estos empero hijos de Sadoc de los hijos de Leví, que se interpreta «asumido»: y ellos mismos son asumidos por el Señor, para que accedan a él, y de ningún modo se diga solo de Moisés: «Moisés accedía al Señor; los otros empero no accedían» (Éx. 19); sino que también todos los que le sirven, y ministran, al Señor aproximarse se dicen. Aquel varón empero que introdujo a Ezequiel en el atrio interior, y para así hablar, al Sancta sanctorum, midió el atrio mismo, en el cual estaban las dos exedras o gasofilacios de los custodios del templo, o delegada a los habitáculos del altar, y halló de longitud, y de latitud por cuadro centenos codos: para que los sacerdotes del ministerio de Dios sirviendo, que por la estrecha y angosta vía habían entrado, tengan deambulatorios latísimos, y en el perfecto y consumado número de las virtudes moren. Y en el atrio mismo estaba el altar ante la faz del templo: para que nunca de los santos hacia Dios cese la oración. El supradicho varón también introdujo a Ezequiel en el vestíbulo, o propileo del templo, que midió por cinco codos de una parte, y cinco codos de otra parte: puesto que el que fue introducido, por los divinos sentidos había sido erudito, y ni la derecha conocían, ni la siniestra, sino por la vía regia ingresaba. La latitud empero de la puerta misma, por la cual era el ingreso al vestíbulo del templo, tenía tres codos de una y de otra parte. En lo cual de la Escritura santa se ha de observar la elegancia: que no dijera «a la derecha y a la siniestra», para que no pareciera

en el Sancta sanctorum algo siniestro nombrar; sino «de una y de otra parte», esto es, de cada parte. Y al punto el prudente lector entiende, que el trino número al misterio de la Trinidad pertenece, la cual puerta es de los que ingresan hacia Dios, mientras tanto el Padre en el Hijo está, y el Hijo en el Padre, y en ambos el Espíritu Santo. El cual trino número, una puerta es de aquellos que tras el bautismo de la Trinidad llegan a la salud. Lo que empero sigue: «Longitud del vestíbulo de veinte codos, y latitud de once codos», parece hacer cuestión, cómo el número dual que se refiere a dos décadas, y el undécimo que uno parece tener de menos, para que el sagrado número complete el duodécimo, en el vestíbulo del templo se diga estar. Lo cual muchísimos así resuelven: Aunque santos sean los sacerdotes y en los ministerios del templo colocados, y cotidianamente víctimas ofrezcan a Cristo: sin embargo porque en este mortal y frágil corpúsculo, y a las enfermedades y vicios sujeto moran, el vicenario número tienen y el undécimo. De donde decía también el Apóstol: «Mísero de mí hombre, quién me librará del cuerpo de esta muerte» (Rom. 7, 24). No porque según la saquísima herejía, abolendos los cuerpos ser creamos; sino porque de nuestro voto sea ser sobrevestidos, no despojados, y este mortal reciba la inmortalidad, y lo corruptivo induzca la incorrupción. Aquello empero que sigue: «Y por ocho gradas se ascendía a ella» (1 Cor. 15), esto es, a la puerta interior, a los conocedores de la lengua hebrea, les hace gran dificultad. Finalmente Símaco, a quien en este lugar hemos seguido,

ocho gradas puso: los Setenta, diez; Teodoción y la segunda edición de Aquila, once; la primera empero ningún número puso, sino absolutamente dijo: «y por las gradas en las cuales se ascendía a ella»: para que o bien según la costumbre de las anteriores puertas, ocho entendamos gradas, como entendió también Símaco, o ciertamente las que tenía la puerta interior, cuyo número la Escritura no dijo (por lo cual en el hebreo está puesto, UROB, esto es «y latitud», ASTE, ESRE. Lo cual si así se lee, once significa: si empero por ESRE, esto es «diez», leemos ESER, no significa «diez», sino el prohombre «quien»). Estas cosas a los expertos del sermón hebreo delirios parezcan: pero ahora no controversias escribimos, u oraciones, en las cuales se suele jugar con la composición de las palabras, sino explanaciones, y comentarios de los volúmenes hebreos. Pero volvamos a lo empezado. Por ocho o diez gradas que es el número perfecto, u once, de lo cual ya dijimos, se asciende a la puerta de los santos, en cuyos frentes columnas había, una de una parte, y otra de otra parte. No dijo «dos», para que no en el número dual incurriera, sino una y una, que es el número perfecto, y por la unión de sí imita a Dios. Estas empero eran las dos columnas, de las cuales también en el Apocalipsis se dice: «Quien venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios, y fuera no egresará (saldrá)» (Apoc. 3, 12). Y Pedro y Juan columnas se llaman de la Iglesia (Gál. 2), por los cuales ingresamos al Sancta sanctorum, y por cuya doctrina, hacia Cristo nuestro ingreso es.

(Cap. XLI.---Vers. 1 sigs.) «Y me introdujo en el templo, y midió los frentes de seis codos de latitud de este lado, y seis codos de latitud de aquel lado, la latitud del tabernáculo. Y la latitud de la puerta era de diez codos, y los lados (o hombros) de la puerta de cinco codos de este lado, y cinco codos de aquel lado. Y midió su longitud de cuarenta codos, y la latitud de veinte codos.»

Después de muchos misterios, y varios ingresos, y las propiedades de cada lugar, finalmente por fin el varón, cuyo cordel de constructores y caña de medir estaba en su mano, introduce al profeta Ezequiel en el templo, y midió el frente del templo: por el cual los Setenta tradujeron aelam; y Teodoción aelim; y Símaco en el circuito. Y de cada parte la latitud del tabernáculo era de seis codos, conteniendo el sacramento de todas las criaturas: pues en seis días el mundo fue consumado. Por cuyo conocimiento y causas de la condición y razón entramos al templo de Dios, y del orden y constancia de las criaturas conocemos al Creador.

Además, la latitud de la puerta del templo era de diez codos, el cual es un número sagrado y perfecto, y en el cual mes séptimo, en el día décimo del mes, hay ayuno y propiciación. Y en el día décimo del primer mes, que se llama Nisán, se toma el cordero para la inmolación, 494 y preparación de la Pascua. En el séptimo mes, por lo tanto, los diezmos se ofrecen en los hórreos de Dios, o, como la Escritura suele llamar, los lagares. De donde dice también el Apóstol: Dilataos también vosotros (2 Cor 6); para que después que alguien

hubiere ingresado al templo por los diez codos de la puerta, los lados de esa misma puerta de cada parte, o como propiamente se dice en hebreo, los hombros, sean medidos, los cuales siempre se refieren a las obras. De donde también Isacar deseó el bien (Gén 49), descansando entre las medias suertes, y viendo el descanso, que es bueno, y la tierra, que es pingüe, puso su hombro para trabajar, y se hizo varón agricultor. Y en la vestidura del pontífice, el humeral [efod] se ciñe con el racional [pectoral], para que las obras se acoplen a la razón, y pueda decir el varón Eclesiástico: Por tus mandamientos entendí (Sal 118, 104).

Estos hombros de la puerta, de cada lado, tenían cinco pórticos, para que por los sentidos terrenos y divinos, sobre cuya diferencia a menudo hemos escrito, entremos en los adytos [santuarios íntimos] del templo, de los cuales midió aquel varón, que era el guía del profeta, la longitud de cuarenta codos, y la latitud de veinte codos, o como es mejor, la longitud y latitud de la puerta: porque arriba solo de la latitud y de sus hombros había hablado. Que cuarenta veces veinte haga el número ochocientos, el cual es cercano al octonario, a nadie es duda. De donde en el Eclesiastés se preceptúa: Da partes a siete, dallas también a ocho (Ecl 11, 2). Sobre el sacramento de cuyo número sé que frecuentemente he disputado, ya sea porque por las tribulaciones y angustias de este siglo entramos al santuario del Señor: por eso la longitud de la puerta tenía cuarenta codos, cuyo número siempre está puesto en el trabajo. De donde también Moisés y Elías por

cuarenta días no comen pan y no beben agua (Deut 9; 1 Rey 19; Deut 29). Y por cuarenta años el pueblo de Israel es vejado y probado en la soledad, y por muchos trabajos entra en la tierra de la promesa. Y el Señor y Salvador según la fragilidad del cuerpo asumido es tentado por cuarenta días en la soledad. Para que tras la victoria se acerquen los ángeles y le ministren (Mt 4).

Mas cuando por las tribulaciones y angustias podamos decir aquello Apostólico: En todo atribulados, pero no angustiados (2 Cor 4, 8), y aquello profético: En la tribulación me dilataste (Sal 4, 1), entonces se nos abre un anchísimo ingreso, que tiene veinte codos de latitud. Para que superados los certámenes del mundo y las cosas terrenas, el cual es también un número dual, ingresemos en los penetrales del templo. Y oigamos al Señor mandando a los discípulos: Confiad: yo he vencido al mundo (Jn 16, 34).

(Vers. 3, 4.) «Y habiendo entrado dentro (o en el atrio interior), midió en el frente (o aelam) de la puerta dos codos, y la puerta de seis [al. diez] codos, y la latitud de la puerta de siete codos (o y los hombros de la puerta por siete codos de este lado, y siete codos de aquel lado). Y midió su longitud (o de las puertas) de veinte codos y la latitud de veinte codos ante la faz del templo. Y me dijo: Este es el Santo de los santos.»

Por más que progresemos, siempre se nos abre un progreso mayor. De donde tras el ingreso del templo de nuevo entramos dentro, o como los Setenta tradujeron, al atrio interior, en cuyo frente, o AEL, por el cual Símaco [tradujo] cerca de la

puerta, Teodoción AELAM, el hebreo UL, Aquila puerta, nosotros interpretamos como frente, había dos codos: para que según el sentido superior por el número dual entremos a aquel lugar donde está el Santo de los santos. De donde también la puerta misma era de seis codos, por la cual habiendo entrado, poseemos el descanso eterno, que se demuestra en el número septenario [siete]. Por lo cual los Setenta tradujeron, y la latitud de la puerta de siete codos de este lado, y siete codos de aquel lado, en el hebreo y demás ediciones una sola vez se pusieron siete codos, en la latitud de la puerta.

Pero lo que sigue: Y midió su longitud, o como los Setenta tradujeron, de las puertas de veinte codos, por lo cual en muchísimos códices según los Setenta se contienen cuarenta, también la latitud de veinte codos ante la faz del templo, significa esto: que ante la faz del templo, y el ingreso de él, la medida del trabajo y certamen pasado siempre nos sale al encuentro. Pues qué razón posee el número doble en los números singulares, esa misma tienen las dos décadas [veinte]. Y esto ha de considerarse, que ingresando dentro por la puerta de dos codos en el frente, y teniendo seis codos, y siete en la latitud de cada parte, y veinte codos de longitud, 496 y otros tantos en las mismas puertas del templo, se le enseñe al profeta qué sea aquel lugar, o con qué vocablo se llame. Pues dijo, dice, a mí: Este es el Santo de los santos. Mas si ante el templo, o como la Escritura lo denomina, ante la faz del templo está el Santo de los santos, ¡cuánta bienaventuranza

en los adytos del templo, y en los interiores de él debemos estimar! De la cual el profeta habla: Esto es un trabajo en mi presencia, hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en sus postrimerías (Sal 72, 16. 17). Pero también esto ha de notarse, que en la descripción del tabernáculo se dicen Sancta sanctorum [Santos de los santos], en número plural; mas aquí Sanctum sanctorum, en número singular, para que tras las cosas santas vengamos a lo Santo: como tras muchos cánticos llegamos al Cantar de los cantares, que es el cántico de todos los cánticos, y el cual cantando, nos unimos a los abrazos del esposo.

(Vers. 5 sigs.) «Y midió la pared de la casa de seis codos, y la latitud del lado de cuatro codos por todas partes en el circuito de la casa. Mas los lados, lado a lado, estos treinta y tres [Vulg. tres], y había eminencias que entraban por la pared de la casa en los lados en el circuito, para que contuvieran, y no tocaran la pared del templo. Y había una galería ascendiendo en redondo: llevaba hacia arriba por un caracol [escalera] y al cenáculo del templo por el giro. Por eso era más ancho el templo en las partes superiores, y así de las inferiores se ascendía a las superiores en medio y de las medias a la tercera planta [tristega] y Thrael.» Lo que se pone en los LXX, Y de las medias a la tercera planta, esto es, a los tres cenáculos, y Thrael, en el hebreo no se tiene. Por Thrael también (que no sé qué signifique; pues ni se tiene en el hebreo) se lee entre ellos URAITHI, que tanto nosotros como los demás tradujeron, y vi, para que siga el orden del testimonio.

(Vers. 8 sigs.) «Y vi en la casa una altura en el circuito: los lados estaban fundados a la medida de la caña, por un espacio de seis codos, y la latitud por la pared del lado de fuera, de cinco codos, y la casa interior en los lados de la casa, y entre los gasofilacios una latitud de veinte codos en el circuito de la casa por todas partes. Y la puerta del lado para la oración (que no se tiene en los Setenta), una puerta hacia el camino del Aquilón, y una puerta hacia el camino del Austro, 497 y la latitud del lugar para la oración» (que tampoco los Setenta tradujeron), «de cinco codos en el circuito. Y el edificio que estaba separado y vuelto hacia el camino que mira al mar, de una latitud de setenta codos: mas la pared del edificio de cinco codos de latitud por el circuito, y su longitud de noventa codos».

Después que llegó al Santo de los santos, de lo cual arriba dijimos, aquel varón venerable midió la pared del Santo de los santos, la cual por la fábrica del mundo, y toda criatura visible, que en seis días fue fundada, tenía seis codos, y la latitud de un lado de cuatro codos: no de un solo lado, sino por el circuito. Mas la latitud de cuatro codos ocupaba por el circuito de la casa, para que mostrara los cuatro elementos, de los cuales todas las cosas están compactadas, y máxime los cuerpos humanos, contra los cuales los santos luchando, y sometiéndose a la potestad del alma, merecen entrar a los interiores, y conocer los arcanos del Señor. Mas aquellos mismos lados que estaban en el circuito de la casa, y se separaban de las paredes del templo por un espacio de cuatro

codos, estaban unidos entre sí: de modo que un lado tocaba a otro lado, y tenía en longitud no treinta y tres codos, sino dos veces treinta y tres, esto es, sesenta y seis. El Antiguo Testamento en el Levítico habla, en el nacimiento del varón tras una semana, tanto por la que engendró, como por el que nació, de cumplir treinta y tres días para que vengan a la purificación (Lev 12). Además, si pariere hembra, se observa el número doble, esto es, sesenta y seis. Y porque, para que vengamos al santo de los santos, no solo necesitamos la primera natividad, sino también la segunda, para que nacidos en la carne, renazcamos en el espíritu: por eso no sesenta y seis, sino dos veces treinta y tres se pone el número: para que ambas natividades se deban a Dios autor y a su clemencia, y por un doble muro rodeen los lados de la casa que sostienen el edificio del templo.

Lo que sigue según el hebreo: «Y había ciertas eminencias, que salían por la pared de la casa por los lados en el circuito, para que contuvieran, y no tocaran la pared del templo», significa esto: que los varones santos en la multitud de los creyentes brotan por la pared del templo, a saber por todos los lados en el circuito, y contienen los fundamentos de la Iglesia, y sin embargo no tocan la pared del templo: 498 contentos solo con haber visto, y desde lejos haber adorado los inefables misterios. Pues ahora vemos por espejo en enigma, y no podemos tocar ni comprender la plenísima verdad. Mas que la galería era en redondo, ascendiendo hacia arriba por un caracol [escalera], y llevaba al cenáculo del templo por

el giro: y por eso era más ancho el templo en las partes superiores, y así de las inferiores se ascendía a las superiores, y al medio: pienso que es perspicuo para el lector, que siempre son más estrechas las cosas que están abajo en los ayunos, chamaeuniais [dormir en el suelo], y la continencia de vida, y poco a poco mientras ascendemos a lo sumo, se nos abre una vía más ancha, y se cumple lo que está escrito: en la tribulación me dilataste (Sal 4, 1).

Mas por lo redondo y por el caracol ascendemos al cenáculo del templo, cuya figura entre todos los schemata [figuras] es aprobada como más bella también por los filósofos de este siglo: mientras tanto el cielo, como el sol, y la luna, y los demás astros, y el punto de la tierra, en los cuerpos humanos también, los ojos, como otros astros, y la figura de la cabeza, que es el receptáculo de todos los sentidos, y los dedos redondeados, y el muslo, y los brazos prefieren esta redondez. Por lo demás, el cenáculo del templo, al cual de las cosas más estrechas ascendemos a las más altas, pienso que es aquel que en el volumen de los Reyes Elías tuvo, y Eliseo, y en los Hechos de los Apóstoles, Tabita, esto es, dorcas y nuestra corza poseyó, la cual por las buenas obras había ascendido a lo sumo (3 Rey 17; 4 Rey 4; Hech 9; Hech 10). Mas el Apóstol Pedro, sobre quien el Señor consolidó los fundamentos de la Iglesia, trascendió el cenáculo, y llegó al techo, que más significativamente en griego se dice doma, esto es, el solario del techo: y conoció los sacramentos de la Iglesia antes incógnitos para el siglo. El Sal-

vador del género humano también hizo la pascua en un cenáculo, y en un grande y ancho cenáculo, y purgado de toda suciedad y alfombrado, y preparado para el convite espiritual, donde entregó el misterio de su cuerpo y sangre a sus discípulos, y nos dejó la eterna festividad del cordero inmaculado. Y lo que añadió: Y de las medias a la tercera planta [tristega], esto es, los terceros cenáculos y Thrael, me parece que debe anotarse con un óbelo. Pues ¿qué necesidad hay de disertar sobre cosas dudosas y no escritas, cuando debemos incumbir en aquellas que se contienen en los libros de los hebreos? Sigue: «Y vi en la casa una altura en el circuito fundada 499 en los lados a la medida de la caña, por un espacio de seis codos: y la latitud por la pared del lado de fuera de cinco codos, y entre los gasofilacios» (que Símaco llama exedras) «la latitud de veinte codos por el circuito de la casa». Por cuyos números se muestra, que de este mundo, y de los sentidos terrenos, y del número dual de las dos décadas, que se refiere a veinte, merezcamos ascender no solo al santo de los santos, sino también a los cenáculos de ellos, y siempre tener en la memoria, que por los seis días de nuestra condición, y por los cinco sentidos, y por los veinte codos de latitud ascendimos al cenáculo del templo, y dejando la humildad terrena, y el sentido de la letra, pasamos a la cumbre de la Iglesia, y disfrutemos del consorcio del Espíritu Santo.

Y la puerta, dice, del lado para la oración contra el camino del Aquilón (Jer 1, 14), desde el cual se encienden los males sobre toda la

tierra, y a quien el Señor promete que alejará de nosotros, diciendo: Y al que es del Aquilón, alejaré de vosotros (Joel 2, 20). Y bellamente en la puerta contra el Aquilón es el lugar de la oración, para que según el Apóstol (1 Tes 5), oremos sin cesar, y digamos con Jeremías: No calle la pupila de mi ojo (Lam 2, 18), o deseando evitar los males presentes, o dando gracias por los pasados. Pues mientras estamos en el tabernáculo de este cuerpo, gemimos y decimos: ¡Miserable de mí hombre! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? (Rom 7, 24). Pero también hacia el camino del Austro había una puerta, y ella misma según el hebreo teniendo lugar de oración y extendiéndose por cinco codos por el circuito. Pues tras el frío del Aquilón pasamos al calor Austral, y sin embargo de nuevo buscamos el lugar de la oración, en la puerta del Aquilón, para que evadamos los peligros: en la Austral, para que demos gracias por los pasados, y sea para nosotros la segura posesión de la victoria. Mas los cinco codos, también en este lugar, indican los sentidos divinos, por los cuales de las cosas terrenas ascendemos a las más altas. Y el edificio, dice, que estaba separado y vuelto hacia el camino que mira al mar, de una latitud de setenta codos: para que tras los trabajos, y peligros, y los flujos y naufragios de este siglo, y los setenta años de los que escribe Jeremías, y Daniel, y Zacarías (Jer 25 y 29; Dan 9; Zac 9); consigamos el verdadero y legítimo sábado de siete décadas 500: para que sea para nosotros el descanso eterno, y por la latitud de cinco codos vengamos a la longitud de

noventa codos. En cuya edad de la promesa Sara engendró un hijo, la cual de noventa años, esto es, nueve décadas, parió a Isaac, unida a Abraham centenario (Gén 21), esto es, que tenía el misterio de diez décadas. Qué signifique este número, la Escritura siguiente lo mostrará.

(Vers. 13 sigs.) «Y midió la longitud de la casa de cien codos. Y el edificio que estaba separado, y sus paredes de una longitud de cien codos. Mas la latitud ante la faz de la casa, y de lo que estaba separado contra el Oriente, de cien codos. Y midió la longitud del edificio contra la faz de él, que estaba separado al dorso. EKTHETAI (esto es, eminencias) de cada parte de cien codos: Y el templo interior, y los vestíbulos del atrio. Los umbrales y las ventanas oblicuas, EKTHETAI, en el circuito por tres partes contra el umbral de cada uno, y entablado de madera por el giro en el circuito: mas la tierra estaba hasta las ventanas: Y las ventanas cerradas. Sobre las puertas, y hasta la casa interior: Y por fuera por toda la pared en el circuito por dentro: Y por fuera a medida. Y fabricados Querubines y palmas: Y una palma entre Querubín y Querubín: y dos caras tenía el Querubín: la cara de hombre junto a la palma de esta parte, y la cara de león junto a la palma de la otra parte; expresada por toda la casa en el circuito. De la tierra hasta lo superior de la puerta los Querubines y las palmas estaban esculpidos en la pared del templo. El umbral era cuadrangular: Y la faz del santuario el aspecto contra el aspecto del altar de madera, de tres codos su altura: Y su longitud

de dos codos: Y sus ángulos, y su longitud, y sus paredes de madera.

LXX: Y midió contra la casa una longitud de cien codos: y lo restante y lo que separaba y sus paredes, en longitud de cien codos: Y la latitud contra la faz del templo, y lo restante de enfrente de cien codos. Y midió la longitud de lo que separaba contra la faz de lo restante, que estaban tras el dorso de aquella casa, y lo restante de este lado y de aquel de cien codos de longitud. Y el templo y los ángulos, y el Aelam exterior entablado de madera, y ventanas hechas a modo de red tres, para lucir, para que se mirara por ellas. Y la casa, y aquellas cosas que estaban próximas, entabladas de madera por el circuito: Y el pavimento, 501 y del pavimento hasta las ventanas. Y las ventanas se abrían triplemente, para que se mirara por ellas: y hasta la casa interior, y la exterior, y por toda la pared en el circuito por dentro y por fuera la medida, y esculpidos Querubines, y palmas entre Querubín y Querubín. Dos caras del Querubín: la cara de hombre hacia la palma de este lado, y la cara de león hacia la palma de aquel: esculpida toda la pared por el circuito desde el pavimento hasta los artesonados Querubines, y palmas esculpidas. Y el santuario y el templo se abría por cuatro ángulos contra la faz de los santos: una visión como la especie de altar de madera: de tres codos su altura, y longitud de dos codos: y latitud de dos codos: y tenía cuernos, las basas también y sus paredes de madera.»

La palabra contra, que los LXX tradujeron al principio del testimonio, donde está escrito: Y

midió contra la casa, no se tiene en el hebreo, y por eso debe anotarse con un óbelo: para que sea más recto y verdadero, y midió la casa en longitud de cien codos, y lo demás. Se describen por lo demás el Santo de los santos y el templo interior, que tras noventa codos, se diga que tiene por tres partes cien codos, a saber el número perfecto de diez décadas: para que tanto con la mente, como con la palabra, y con las obras sirvamos al Señor, recordando aquel ejemplo Apostólico en el que dice: Para que podamos saber cuál sea la latitud, y longitud, y profundidad, y altura (Ef 3, 18). Mas lo que en el hebreo se dice, edificio separado y sus paredes, los LXX interpretan como lo restante y lo que separa, que no se adhieran a las paredes del templo, sino que tengan cercanas y propias sus paredes. El mismo templo también y sus ángulos, y el Aelam, esto es, propylon, o vestíbulo, por fuera estaban entablados de madera, a saber la sabiduría, que la Escritura conmemora como el árbol de la vida situado en el paraíso (Gén 2). Las ventanas también estaban hechas a modo de red, a semejanza de cancelas: para que no se cerraran con piedra especular, ni con vidrio, sino con maderas talladas y vermiculadas: por las cuales en el hebreo tiene ventanas oblicuas, que estaban en solo tres partes del templo, a saber a la derecha y a la izquierda, y tras el dorso, esto es, al Mediodía, y al Aquilón, y al Occidente. La parte Oriental mas no tenía ventanas, porque el ingreso mismo enviaba clara luz por dentro, y todos los interiores del templo se llenaban 502 con la luz de las puertas, de modo que por cada una de las

ventanas y los forámenes de las cancelas alguien pudiera mirar hacia dentro. Y no solo lo exterior estaba entablado de madera, sino que era tanta la abundancia de maderas por el circuito, que tanto el pavimento como desde el pavimento hasta las ventanas, todas las cosas se unieran con maderas. Las cuales ventanas según los Setenta se abrían triplemente: para que abiertas ellas, se mostrara una triple inteligencia en el templo de Dios, según aquello que en otra parte se dice: Tú mas descríbelas triplemente (Prov 22, 20). Se mira mas por ellas no solo interiormente, sino también exteriormente: para que las cosas que son interiores, invisibles; las que son exteriores, visibles conozcamos: para que una muestre la mente, otra la carne, otra la inteligencia espiritual, otra la simple historia, y por todas las paredes en el circuito, tanto por dentro como por fuera, estaban sus medidas. Pues nada sin razón y medida en el templo de Dios, y máxime en el santo de los santos fue hecho por Dios. Esculpidos también estaban los Querubines, sin duda que en las maderas, que llegaban desde el pavimento hasta las ventanas, y tan fabricadas estaban las esculturas, que no parecían talladas, sino aplicadas. Querubines se interpretan como multitud de ciencia. Por tanto por dentro en los interiores del templo tras la multitud de ciencia se esculpen también palmas, en las cuales está el signo de la victoria, diciendo el Apóstol: Mas persigo hacia el premio establecido de la soberana vocación de Dios, en Cristo Jesús (Fil 3, 14). Estas palmas estaban entre Querubín y Querubín, de modo que un Querubín

fuera vallado por los lados de dos palmas: el cual Querubín de ninguna manera, como leemos al principio de este profeta, tenía cuatro caras, a saber de hombre, y de león, y de becerro, y de águila; sino solo dos, esto es, de hombre y de león, de los cuales el primero pertenece a la razón, el siguiente al furor [ánimo], que más significativamente en griego se llama thymós. Mas decimos furor, no aquel que es próximo a la perturbación y al vicio: sino el que consolida la molicie de la mente, y hace más fuerte el ánimo del que lucha. Pues al principio estamos sujetos a la concupiscencia, que se refiere al becerro, por las obras terrenas; y unas cosas son carnales, otras espirituales, de las cuales lo extremo se disputa al águila. Mas cuando hubiéremos entrado a los santos 503 de los santos, y hubiéremos poseído los interiores del templo, de ninguna manera necesitamos otra cosa, sino razón y fortaleza, 503 de las cuales la una se refiere al sentido y la prudencia, la otra a la perseverancia del ánimo. Toda la pared por tanto por el circuito del templo desde el pavimento hasta los artesonados, tenía Querubines y palmas esculpidas con arte admirable: tras lo cual se abría el santuario y el templo por cuatro ángulos contra la faz de los santos. Pues primero tenemos la multitud de ciencia, por la cual conseguimos la victoria sobre el enemigo, y después se nos abre el santuario y el templo, que tiene cuatro ángulos, y una estación firmísima, y que en ninguna parte sea más declive. Esta naturaleza tiene mas la medida del cuadrángulo, que consista en base estable, y en el número místico,

que es perspicuo al lector prudente, posea sólidos y perpetuos los cuatro elementos de los cuales constan todas las cosas. Y todas las cosas miraban contra la faz del santuario: ante cuyo santuario, o en cuyo santuario estaba la especie de altar de madera de tres codos de altura, y de longitud de dos codos, latitud de dos codos, que unidos hacen siete codos. El cual altar tenía cuernos; y tanto las basas como las paredes de él, esto es, los lados eran de madera, en el cual los misterios de la sagrada Escritura el discurso humano no puede explicarlos: cómo el altar, en el cual el fuego debía encenderse, a saber la mesa del incienso, nada padezca por el fuego, sino que para decirlo así, se haga más puro por el fuego. Como pues las obras de los santos, de las cuales escribe el Apóstol: La obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará (1 Cor 3, 13), no perecen, sino que por el fuego se muestran más puras, así también las maderas del altar que son de las maderas del paraíso, no se queman por el fuego cercano, sino que se rinden más puras. Ni es de admirar creer esto del santuario, y de los interiores del templo y del altar del incienso, cuando incluso el amianton, que es un género de lino, o que tiene la semejanza del lino, cuanto más hubiere ardido, tanto más limpio se encuentre. Perdona, lector, la dificultad, y atribuye venia a la pobre inteligencia. Pues por las ventanas oblicuas y hechas a modo de red, y que siempre están cerradas, apenas hasta la casa interior de nuestro corazón podemos introducir el ojo, para que todas las cosas que discernimos, 504 veamos en sombra y en imagen, y con el

Apóstol clamemos: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán inescrutables son sus juicios, e investigables sus caminos (Rom 11, 33)! Y: ¿Quién conoció el sentido del Señor (Is 40, 13), sino aquel que es el ángel del gran consejo, y puede abrir sus misterios a los dignos? Los ekthetas mas en Roma llaman a los solarios [balcones] eminentes de las paredes de los cenáculos, o Meniana por aquel que primero los inventó, que algunos de los griegos llaman exostras.

(Vers. 23 sigs.) «Y me habló: Esta es la mesa delante del Señor, y había dos puertas en el templo y en el santuario, y en las dos puertas de cada parte había dos puertecillas, que se plegaban entre sí. Pues había dos puertas de cada parte de las puertas, y estaban esculpidos en esas puertas del templo Querubines y esculturas de palmas, así como en las paredes también estaban expresadas. Por lo cual también maderas más gruesas [Vulg. más gruesas] estaban en el frente del vestíbulo por fuera: sobre las cuales había ventanas oblicuas, y la semejanza de palmas de este lado y de aquel en los hombrillos del vestíbulo, según los lados de la casa y la latitud de las paredes.»

Mucho en este lugar la edición de los Setenta discrepa de la verdad hebrea. De donde esto solo advertiré que por maderas más gruesas, spoudaia, esto es, necesarias, o dignas de cuidado tradujeron, y por ventanas oblicuas, escondidas, y lo que al final del testimonio se puso: y midió de este lado y de aquel los artesonados del umbral, o del vestíbulo, y los lados de la casa compactos,

o conjuntos, que ellos dijeron, ezygomena, por los cuales podemos traducir de igual peso. Aquel varón pues que al profeta en las cosas escondidas del templo había introducido, y entre las demás le había mostrado el altar de madera, que tanto ángulos como cuernos según los LXX, y paredes tenía de madera, le dijo: Este altar que contemplas, es la mesa delante del Señor, la cual en semejanza de la zarza arde, y no se consume; de la cual el santo habla a Dios: Preparaste en mi presencia una mesa, contra los que me atribulan (Sal 22, 5). Dos también puertas había en el templo y en el mismo santuario, por las cuales los sacramentos de ambos instrumentos [Testamentos] se muestran, y en las dos puertas de cada parte había dos puertecillas, que se plegaban entre sí: para que tanto en la historia tengas inteligencia espiritual, como en la tropología la verdad de la historia, de los cuales cada uno necesita del otro, 505 y si uno faltare, carece de ciencia perfecta.

Mas lo que sigue: Había dos puertas de cada parte de las puertas, según la letra es perspicuo. Suelen pues en los triclinios mayores adherirse y conjuntarse dos [puertas] entre sí: para que el ingreso mayor de ninguna manera por dos e ingentes, sino por cuatro menores puertas se cierre, o se abra. En las cuales puertas del templo, o del santo de los santos estaban esculpidos Querubines, de los cuales arriba dijimos, y esculturas de palmas, para que tras la multitud de ciencia, se ofreciera la victoria a los que entraban. Cuya escultura de palmas en todas también las paredes del Templo estaba. Y rinde las causas por las que

fueron esculpidos Querubines en esas puertas, y expresadas las semejanzas de las palmas. De donde también maderas más gruesas estaban en el vestíbulo de la puerta por fuera: para que tanto firmeza tuvieran, como pudieran recibir la escultura. Y bellamente según la inteligencia espiritual, más firmes y esculpidas son las puertas, para que tanto firmeza tengan como hermosura, no sea que alguien en los sants de los santos semejante a Ozías pueda irrumpir, y para sí vindicar el sacerdocio (2 Par 26). Sobre las cuales puertas había ventanas oblicuas, o escondidas, para que la luz misma que se ofrecía por dentro, no tuviera ciencia perfecta, ni clara luz y patente a todos: sino que para muchísimos 506 en parte estuviera escondida. Pues ahora vemos en enigma (1 Cor 13, 12); y aún no conocemos como nos conviene conocer: mas cuando viniere lo que es perfecto, entonces lo que en parte había sido, se destruirá. Y había semejanza de palmas de este lado y de aquel. Elegantemente en los interiores del Templo, y en los santos de los santos no puso derecha e izquierda: para que no pareciera decir algo "siniestro" en estas cosas que son grandes y arcanas; sino de este lado y de aquel, según aquello que en el Evangelio está escrito: Al que te hiriere en la mejilla derecha, ofrécele también la otra (Mt 5, 39). ¿Acaso no pudo decir, y la izquierda? Pero cuando se hiere la derecha, se ofrece la otra derecha: porque en el varón santo cada una es derecha, cada una es perfecta. Y en los hombrillos del vestíbulo según los lados de la casa, y la latitud de las paredes: por lo cual los LXX tradu-

jeron, en los artesonados del Aelam, esto es, del propylon, y los lados de la casa, de igual peso, o medida: por los cuales latentemente se muestra, tanto que los postes del umbral, o del vestíbulo (esto pues parecen significar los hombrillos) como los lados de la casa, y la latitud de las paredes, todas las cosas están llenas de razón y de medida, y nada en el templo del Señor se encuentre que sin medida y sabiduría esté constituido.

# Libro D

*ECIMOTERCERO.*

505-506 El decimotercer libro de las Explicaciones sobre Ezequiel es el segundo de la exposición del templo, el cual deseo, con la ayuda de nuestro Salvador, dictar hasta el final como el decimocuarto, cantando ese mismo número con David en el salmo decimocuarto: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en tu monte santo? (Sal 14, 1). Lo cual debemos aceptar tanto por difícil como por imposible. De donde también en otro lugar, como varón de deseos, suplica más encarecidamente y dice: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré; que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, para que vea la alegría del Señor y visite su santo templo (Sal 26, 4. 5). Y de nuevo: ¡Cuán amables, dice, son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Codicia y desfallece mi alma en los atrios del Señor (Sal 83, 1).

Anticipo las maldiciones de los rivales, 507-508 que consideran no lo que ellos mismos pueden, sino lo que yo no puedo: y mientras juzgan lo nuestro, no ofrecen lo suyo para ser juzgado: nunca luchando en el certamen, sino juzgando a los que luchan con ánimo ocioso, o más bien soberbio. Es fácil dar dictados sobre el

pueblo, y calumniar cada golpe, y reírse de la sangre ajena, y disertar a la manera de un inexperto instructor de gladiadores sobre dónde debió infligirse la herida. Yo, en la explicación del templo de Ezequiel y de las demás cosas que pertenecen al final de ese volumen, confieso que, por la magnitud del asunto, no escribo nada digno, y en lo poco, si es que mereciere recibir algo, doy gracias al Salvador. Pues escrito está: Si no creyereis, no entenderéis (Is 6). Y en otro lugar: Si tuviereis fe como un grano de mostaza, y dijereis a este monte: pásate de aquí y trasplántate en el mar, se hará (Mt 17, 19). ¿Y cómo el Apóstol conmemora que el grano de mostaza no es una pequeña porción de fe, sino toda la fe, diciendo: Y si tuviere toda la fe, de manera que traslade los montes (1 Cor 13, 2)? Por tanto, este grano de mostaza, aunque sea pequeño, crece hasta convertirse en un gran árbol, y las aves del cielo habitan en sus ramas (Lc 13). Por lo cual a ti, hija Eustoquio, que recibes de buen grado nuestras obras cualesquiera que sean, quiero que quede atestiguado, y brevemente advierto aquello del retórico Victorino, para que sepas que la oscuridad de los volúmenes proviene de tres cosas: o de la magnitud del asunto, o de la impericia del maestro, o de la dureza del que escucha: de los cuales confesaré claramente lo primero y lo segundo en esta obra; lo tercero, la agudeza de tu ingenio y el deseo de las Escrituras fácilmente lo rechaza: tú que, por el privilegio virginal y la continencia de vida, posees a Dios, no diré como huésped frecuente, sino como huésped

perpetuo. Por tanto, acometamos el decimotercer libro sobre Ezequiel, cuyo principio es este:

(Cap. XLII.—Vers. 1 sigs.) «Y me sacó al atrio exterior por el camino que lleva al Aquilón, y me introdujo en el gasofilacio (gazophylacium) que estaba contra el edificio separado, y contra la casa que vertía hacia el Aquilón. En la faz de la longitud cien codos de la puerta del Aquilón: y de latitud cincuenta codos, contra los veinte codos del atrio interior: y contra el pavimento solado de piedra del atrio exterior, donde había un pórtico unido al pórtico triple. Y ante los gasofilacios un paseo de diez codos de latitud, que miraba hacia las partes interiores de un camino de un codo: y las puertas de ellos hacia el Aquilón, donde había gasofilacios en las partes superiores más bajos, porque los pórticos que de ellos sobresalían cargaban [Vulg. sostenían] desde los inferiores y desde los medios del edificio. Pues eran de tres plantas (tristega), y no tenían columnas, como eran las columnas de los atrios: por eso sobresalían de los inferiores y de los medios [Al. se añade atrios] desde la tierra por cincuenta codos. Y el perímbolo (peribolus) exterior según los gasofilacios, que estaban en el camino del atrio exterior ante los gasofilacios: su longitud de cincuenta codos. Porque la longitud de los gasofilacios del atrio exterior era de cincuenta codos y la longitud ante la faz del templo de cien codos. Y había debajo de estos gasofilacios esta entrada por el Oriente de los que entraban en ellos desde el atrio exterior: en la latitud del perímbolo del atrio que estaba contra el camino Oriental en la faz

del edificio separado. Y había ante el edificio gasofilacios, y un camino ante su faz según la semejanza de los gasofilacios, que estaban en el camino del Aquilón, según la longitud de ellos, y así la latitud de ellos. Y toda la entrada de ellos, y las semejanzas, y las puertas de ellos, según las puertas de los gasofilacios, que estaban en el camino que miraba al Austro [Vulg. Notum], la puerta en la cabecera del camino, el cual [Vulg. añade camino] estaba ante el vestíbulo separado por el camino Oriental para los que entraban. LXX: Y me sacó al atrio exterior ÷ al Oriente ** contra la puerta del Aquilón, y me introdujo, y he aquí cinco exedras cerca de la parte del edificio, y cerca del edificio separado hacia el Aquilón: 509 y contra cien codos de longitud hacia el Aquilón, y de latitud cincuenta codos descritas así como las puertas del atrio interior, y como las columnas del atrio exterior, por orden contra la faz del pórtico triple, y contra las exedras un paseo de diez codos de latitud, por cien codos de longitud en el camino interior de un codo, y las puertas de ellas hacia el Aquilón. Y los paseos de los cenáculos de la misma manera, puesto que sobresalían las columnas de las columnas inferiores, y el espacio era semejante. Y los pórticos eran triples, y no tenían columnas como las columnas en las partes exteriores: por eso sobresalían de aquellos que estaban abajo, y en medio desde la tierra de cincuenta codos, y la luz exterior así como de las exedras del atrio exterior, que miraban contra las exedras del Aquilón, de longitud de cincuenta codos. Pues la longitud de las exedras que mira-

ban al atrio exterior, era de cincuenta codos. Y estas están contra su faz, todas de cien codos y las puertas de estas exedras a la entrada Oriental, para que se entre por las mismas en el atrio exterior, según la luz que estaba al principio del paseo hacia el Austro contra el mediodía y la faz del resto del edificio, y del separado. Y las exedras y el paseo contra su faz, según las medidas de las exedras y el camino hacia el Aquilón, y la longitud de ellas, y la latitud de ellas y toda la salida de ellas, y la entrada, y las luminarias, y las puertas de las exedras contra el Austro, y la entrada desde el principio del deambulatorio hacia la luminaria en el espacio de una caña: y para que al Oriente se fuera por ellas.»

Esto que los LXX tradujeron al Oriente, en el Hebreo no se tiene, y es manifiesto que es superfluo. Pues ¿cómo es sacado a la puerta exterior al Oriente, cuando sigue, contra la puerta del Aquilón? Aquello que tanto arriba como en este lugar pusimos: Y me sacó al gasofilacio, que estará contra el edificio separado, y contra la casa que vertía hacia el Aquilón por lo cual se tiene en los LXX: Y me sacó: y he aquí cinco exedras del resto del edificio y cerca del separado hacia el Aquilón: por separado, que Aquila y Símaco tradujeron, la segunda edición de Aquila, y Teodoción, pusieron la palabra misma, GAZERA, en todos los lugares de la misma manera expresándola: y otras muchas cosas que en el presente lugar se han puesto entre el Hebreo y los LXX 510 discrepan no solo en el orden, sino también en el número, y en la interpretación de las palabras, de modo que si

quisiéramos detenernos en cada una, y buscar la diversidad de ellas, y explicar la razón, mucho nos desviaríamos del propósito. Y había querido, por la desesperación y la magnitud del asunto, pasar el presente testimonio en silencio: pero juzgué mejor decir algo, que no decir absolutamente nada, asumiendo aquello socrático: Sé que no sé [Al. no sepa]. Pues es parte de la ciencia, saber lo que no sabes. Después pues de que aquellas cosas que estaban dentro, el profeta más diligentemente contempló, lo sacó el varón, cuyo cordel y caña estaba en la mano, al atrio exterior, por el camino que llevaba al Aquilón, el cual ya arriba había visto, antes de que penetrara las cosas interiores. Pero de otra manera vemos teniendo ciencia perfecta, y de otra manera al principio de la instrucción. Y es necesario que quien las cosas interiores haya contemplado, según la misma forma y medidas y arcanos sacramentos, vea también las que son exteriores. Fue sacado pues a un gasofilacio (gazophylacium), o como Símaco y los LXX tradujeron, una exedra, o como Teodoción, pastophorion, que en tálamo se vierte: que estaba contra el edificio separado. Pero lo que los LXX añadieron por el gasofilacio, cinco exedras, en el Hebreo no se tiene. El cual gasofilacio estaba contra el edificio separado, de lo cual ya arriba dijimos. GAZERA. Pero estaba separado, recibiendo a los que del Aquilón venían, y estaba contra la casa que vertía hacia el Aquilón, esto es, mirando ciertamente a las partes del Aquilón, pero no puesto en el Aquilón, para que fuera más fácil el tránsito a estos, que los fríos del Aquilón

dejaban, desde el cual se encienden los males sobre la tierra (Jer 1). Leemos en el libro de los Números, que las tribus de Dan y Neftalí, y Aser hijos de Bilhá y Zilpá, esclavas de Raquel y Lía, en las regiones del Aquilón tuvieron sus campamentos. Ahora también en la faz de la longitud de la puerta del Aquilón hubo cien codos, y de latitud cincuenta: para que de diez décadas, un número cuadrangular y perfecto, y de siete semanas, que es el número de la remisión, y estalla en el principio de la unión, esto es, del ogdoas, se mostraran los espacios sacerdotales en el templo de Dios.

511 Aquello que según el Hebreo se une, contra los veinte codos del atrio interior, por lo cual los LXX tradujeron, estaban descritas así como las puertas del atrio interior, tiene este sentido: que el número centenario y quincuagenario del atrio exterior, tiene la misma fuerza que el vicenario del atrio interior. Pues si cuatro cinco veces supuetas, en el número vicenario, en ambos encontrarás el Testamento: para que tanto la Ley se tenga en el Evangelio como el Evangelio nazca de la raíz de la Ley. Por el cual número los LXX, la semejanza del atrio interior, interpretaron, quizá temiendo poner el número vicenario, en el que se ofrecen a Esaú los dones, en el atrio interior. Sigue: Y contra el pavimento solado de piedra del atrio exterior: donde había un pórtico, unido al pórtico triple; por lo cual los LXX tradujeron: Y así como las columnas del atrio exterior por orden puestas, contra la faz de los pórticos triples. Significa pues, que el pavimento del atrio exterior, de piedra viva fue solado: para que ni por el polvo del

verano, ni por el lodo del invierno, los pasos de los sacerdotes se polucionen. De donde también el Señor, a punto de ascender al Padre, lava los pies de los Apóstoles (Jn 13), para que con los pasos mundados y purgados escalen los reinos de los cielos: e impera a los apóstoles, que en cualquier ciudad que hubieren entrado, y no los hubieren recibido, sacudan el polvo de sus pies (Mt 10; y Mc 6): por lo cual ciertamente nada de los dones terrenos de ellos permitan que permanezca en sí. No solo pues el pavimento estaba solado de piedra: sino que también el pórtico estaba unido al pórtico triple. Un Pórtico que de la lluvia y del calor protege a los sacerdotes, y unido al pórtico triple demuestra el misterio de la Trinidad, que aunque se divida con los nombres del Padre y del Hijo, y del Espíritu santo, sin embargo por una sola divinidad se conjuga consigo misma. Había también ante los gasofilacios, o exedras, o tálamos, un paseo de diez codos de latitud, que miraba hacia las partes interiores de un camino de un codo. Aquello que por los LXX se añadió: Por cien codos de longitud, es superfluo: porque en el Hebreo no se tiene, lo cual poniendo, quitaron aquello que se tiene en el Hebreo, mirando hacia las partes interiores de un camino de un codo, que nosotros de la verdad Hebrea tradujimos. Significa pues, que ante las puertas de todos los gasofilacios, o exedras, y tálamos hubo un paseo, teniendo una latitud de diez codos, 512 que también él mismo es número perfecto, sea por el Decálogo, sea por el sacramento del Evangelio. Pues si de uno por dos y tres al cuarto número

vengas, el número denario de los Evangelios se efectúa: en cuya latitud deambulan los sacerdotes, caminando ante cada uno de los gasofilacios: de tal manera al menos que siempre miren hacia las partes interiores de su camino, el cual conduce a un codo, a saber, al culto de una sola divinidad, diciendo el Hijo al Padre: He revelado tu nombre a los hombres (Jn 17, 6). Ella es pues la vía, mirando hacia las cosas interiores, que dice en el Evangelio: Yo soy el camino, y la vida, y la verdad (Jn 14, 6): porque nadie viene a la noticia del Padre, sino por el Hijo. Sigue: Y las puertas de ellos al Aquilón, donde había gasofilacios en las partes superiores más bajos: porque sostenían los pórticos que de ellos sobresalían desde los inferiores y los medios del edificio. Pues eran de tres plantas (tristega), y no tenían columnas como eran las columnas de los atrios: por eso sobresalían de los inferiores y de los medios desde la tierra por cincuenta codos. Aquello que se une: las puertas de ellos, se subentiende, de las exedras, o de los gasofilacios de los que el sermón arriba fue. Los cuales gasofilacios estaban en las partes superiores, esto es, en los cenáculos más bajos. Los cuales cenáculos subió Elías y Eliseo (3 Re 17; 4 Re 14): y el Señor con los discípulos para hacer la Pascua (Mc 14), y Tabita que tanto por la fe del Apóstol como por el mérito de sus virtudes fue resucitada (Hch 9). Esos son los cenáculos, de los cuales en el salmo está escrito: El que riega los montes desde sus cenáculos (Sal 103, 13). Pues a no ser que alguien haya sido hecho monte, y a las cosas más altas haya subido, por las lluvias del Señor no será regado,

quien por la diversidad de los méritos desde el primero, segundo y tercer cenáculo es regado. Los mismos también gasofilacios, esto es, los tresoros de las riquezas (gazarum) del Señor en las cosas superiores son más bajos (Ef 3). Cuanto pues más excelso alguien hubiere sido, tanto más con el Apóstol es abatido por la humildad, diciendo: Que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (1 Cor 15, 9). Eran pues los mismos gasofilacios en los cenáculos más bajos, porque sostenían los pórticos que de ellos sobresalían de los inferiores y de los medios del edificio. Y rinde las causas de por qué los gasofilacios puestos en los cenáculos, fueran más bajos. Porque sostenían, dice, los pórticos, que de la libertad del aire gozaban, y sobresalían de los inferiores, y de los medios del edificio: para que el segundo cenáculo fuera más eminente que el pavimento de la 513 casa inferior, y el tercer cenáculo fuera más excelso que el segundo, y cuanto más alguien a las cosas superiores ascendiera, de tanto más alto cenáculo usaría, el cual por la humildad crecía, diciendo el Señor: El que quiera entre vosotros ser mayor, hágase el mínimo de todos (Mc 9, 34). Pues no por otras columnas eran llevados, como leemos en las columnas de los atrios; sino que sobresalían de los inferiores y de los medios desde la tierra por cincuenta codos, en el número de la remisión de todas las deudas. Estas son pues las de tres plantas (tristega), de las cuales se preceptúa: Descríbelas triplemente, con consejo y ciencia, para que respondas palabras de verdad a estas cosas que se te proponen

(Prov 22, 20. 21). Las cosas inferiores pues y exteriores, necesitan columnas; mas las que son más altas e interiores, del uso de las columnas, esto es, del auxilio ajeno no necesitan. Después de estas cosas se dice: Y el peribolo exterior según los gasofilacios, que estaban en el camino del atrio exterior ante los gasofilacios, su longitud de cincuenta codos: porque la longitud de los gasofilacios del atrio exterior era de cincuenta codos, y la longitud ante la faz del templo, de cien codos. Peribolus significa un muro que era exterior, y ceñía los gasofilacios en el camino del atrio exterior, teniendo en la longitud cincuenta codos: del sacramento de cuyo número frecuentemente hemos dicho. Por lo demás, la longitud ante la faz del templo, de ninguna manera era de cincuenta codos, como ante los gasofilacios; sino de cien codos: para que tras la remisión de todos los pecados, esperemos los premios perfectos en el número centenario (Lv 12). Por peribolo, o muro, que en Hebreo se dice GADER, los LXX luz interpretaron, que viene de fuera, e ilumina los ojos de nuestro corazón: no siendo suficiente la naturaleza de nuestra luz, que se versa en el sentido, para tener el fulgor perfecto de la ciencia, a no ser que por fuera por la gracia de Dios entre. Lo cual primero ilumina los ojos de nuestro corazón, y hace que todo el atrio exterior, que en cincuenta codos de latitud se extiende, resplandezca. Después en verdad cuando hubiéremos venido ante la faz del templo, recibiremos en el número centenario los premios perfectos. Había pues debajo de los gasofilacios una entrada por

el Oriente de los que entraban en ellos desde el atrio exterior. Conviene pues que poseamos las riquezas de Dios, y desde el atrio exterior debajo de los gasofilacios del Oriente encontremos la entrada, y por la latitud del perímbolo, que mira al camino del Oriente, vengamos 514 al edificio que para los santos está separado, ante el cual están los gasofilacios, y en el mismo camino la semejanza de los gasofilacios, que estaban en el camino del Aquilón. Pues aunque al ingreso del Oriente lleguemos, sin embargo la semejanza de las cosas mayores está en las menores, y no podemos al Oriente llegar a la luz, sino por el camino del Aquilón, esto es, por las cosas menores y más bajas a las mayores y más altas tendamos. En el mismo pues ingreso la longitud era semejante a la latitud, esto es, la misma medida por cuadro: y toda la entrada y las semejanzas, y las puertas tenían la misma medida y semejanza que los gasofilacios que estaban en el camino que miraba al Austro. Por el Oriente ciertamente extinguiendo los fríos del Aquilón, llegamos al Austro, en el cual el esposo recuesta al mediodía, y en plena luz se versa. En la cabecera pues del mismo camino, esto es, del Oriental, que está patente para los que entran, está la puerta, la cual a no ser que haya sido abierta por aquel que dice: Yo soy la puerta (Jn 10, 9) y que tiene la llave de David, al vestíbulo de los santos separado por las virtudes, y que a los que del Aquilón vienen recibe, no podemos llegar (Is 22). Superfluo es según los LXX disertar sobre cada una de las palabras de este lugar: puesto que tanto estas cosas que se han dicho, no carecen de

oscuridad, como aquellas que callamos, son casi semejantes a estas cosas que hemos dicho.

(Vers. 13, 14.) «Y me dijo: Los gasofilacios del Aquilón, y los gasofilacios del Austro que están ante el edificio separado, estos son los gasofilacios santos en los cuales comen los sacerdotes que se acercan al Señor en el santo de los santos. Allí pondrán el santo de los santos, y la ofrenda por el pecado y por el delito: porque el lugar es santo. Mas cuando hubieren entrado los sacerdotes, no saldrán de los lugares santos al atrio exterior, y allí repondrán sus vestimentas en las cuales ministran, porque santas son: y se vestirán con otras vestimentas, y así procederán al pueblo.»

Aquel varón que fue el guía del profeta, después de que lo llevó al atrio exterior, y mostró todas aquellas cosas que el sermón pasado narró, los gasofilacios también, o exedras, en los cuales permaneció muchísimo tiempo, le dijo: Estos son los gasofilacios, o exedras, y tálamos al Aquilón y al Austro, que están ante el edificio separado, y se llaman gasofilacios santos, en los cuales comen los sacerdotes, que se acercan al Señor 515 en el santo de los santos. De lo cual aprendemos, que muchas son las diversidades de los manjares, de los cuales es lícito o no es lícito que coman los sacerdotes, y de estos mismos que es lícito tomar como alimento, no en todos los lugares se toman, ni por todos, ni en todo tiempo. Los gasofilacios del Aquilón y del Austro pienso que son aquellos que o contienen la simplicidad de la historia, o los sacramentos de la inteligencia espiritual, para

que por el Aquilón vengamos al Mediodía. Pues ni así ha de leerse la letra, y echarse los fundamentos de la historia, que no vengamos a las cumbres; ni así han de ponerse los techos a un hermosísimo edificio que de ninguna manera los fundamentos sean sólidos. Mas los sacerdotes que comen en los celarios, en los cuales muchas riquezas se contienen, ellos son los que se acercan al Señor: de los cuales la Escritura testifica (Ex 24), que Moisés se acercó al Señor, y los demás no pudieron acceder. En la edificación del templo místico, y en el sacramento de la Iglesia, muchos son los sacerdotes y varones apostólicos que acceden al Señor, y no en cualquier lugar, sino en el santo de los santos. Lo que según los LXX se dice: Los hijos de Sadoc, que se interpreta justo, en el Hebreo no se tiene. Allí, dice, los sacerdotes pondrán el santo de los santos, y la ofrenda, esto es, la víctima del holocausto, tanto por el pecado como por la ignorancia: para que no solo ofrezcan un sacrificio perpetuo, sino que por la diversidad de los tiempos, y la calidad del pecado y de la ignorancia, sepan aplacar al Señor, porque el lugar mismo es santo, y la dignidad sacerdotal en él habita, la cual pueda rogar por los demás. Cuando en verdad se ha de proceder a aquellos que no pueden penetrar los santuarios del templo, ni conocer los arcanos de la ciencia divina: salgan, dice, fuera a ellos los sacerdotes al atrio exterior: de ninguna manera con estas vestimentas con las que por dentro estaban vestidos, a saber, las entrañas de la misericordia y al Señor Salvador, de las cuales está escrito: Vestíos del Señor Jesucristo (Rom

13, 14); ni usen aquellos discursos, de los cuales habla Dios: Mi misterio para mí y para los míos: no sea que incurran en aquello que el Salvador prohíbe, diciendo: No deis lo santo a los perros, ni arrojéis vuestras perlas ante los cerdos (Mt 7, 6). Mas pondrán sus vestimentas 516 por dentro, con las cuales se visten cuando ministran en los santuarios del templo; pues santas son, y ante aquellos que no tienen santidad perfecta, no deben ser proferidas: y recibirán otras vestimentas, y así procederán al pueblo. Así, dice, hablarán al pueblo, de la manera que puede oír el pueblo. De donde también el Apóstol hablaba a los Corintios (1 Cor 5), entre los cuales se oía de fornicación, y tal fornicación, que ni aun entre las gentes: Leche os di a beber, no manjar, esto es, alimento sólido: pues aún no podíais comprenderlo (1 Cor 3, 2). A los cuales de nuevo dice: Hijitos míos, de quienes otra vez estoy de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál 4, 19). Pues a los párvulos y lactantes no solo no aprovecha el alimento sólido, sino que los mata, el cual a los hombres de edad perfecta conviene. Mas aquello que por los Setenta fue añadido: Por eso no saldrán al atrio exterior los sacerdotes, para que siempre sean santos los que ofrecen, anotémoslo con un óbelo, porque en el Hebreo no se tiene.

(Vers. 15 sigs.) Cuando hubo completado las medidas de la casa interior, me sacó por el camino de la puerta que miraba al camino oriental; y la midió por todas partes en contorno (o la semejanza de la casa en contorno por orden). Midió pues contra el viento Oriental (o y estuve tras

las espaldas de la puerta que miraba al Oriente) con la caña de la medida por contorno quinientas cañas, en la caña de la medida por el giro [Vulg. contorno]. Y miidió contra el viento del Aquilón quinientas cañas, en la caña de la medida por el giro. Y al viento Austral midió quinientas cañas, en la caña de la medida por contorno. Y al viento occidental midió quinientas cañas, en la caña de la medida. Por los cuatro vientos midió [Vulg. añade aquello] su muro por todas partes en contorno, de longitud de quinientos codos, y de latitud de quinientos codos, dividiendo entre el santuario y el lugar del vulgo.

Ha de saberse que tras el viento Oriental y el Aquilón, en el viento Austral y el Occidental en los Setenta el orden es invertido. Pues ellos primero pusieron el Occidental, esto es, el mar; y después el Austral, cuando en los Hebreos primero se pone el viento Austral, y después el Occidental. Y lo que la Escritura dice ahora: y cuando hubo completado las medidas de la casa 517 interior, me sacó por el camino de la puerta que mira al camino Oriental, muestra que todas las cosas que arriba se han dicho, tanto por fuera como por dentro y en los interiores del templo, esto es, el santo de los santos, propiamente pertenecen al edificio del templo, y del templo interior. De donde ahora sigue: Me sacó por el camino de la puerta, que miraba al camino Oriental, y la midió por todas partes en contorno, o la semejanza de la casa. Por lo cual se demuestra que no es la casa misma, sino la semejanza de la casa la que se discierne: porque ahora vemos por un espejo en enigma:

mas cuando viniere lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será destruido (1 Cor 13). De donde tanto Moisés en el tabernáculo como Salomón en el edificio, no hicieron la verdad de la tienda del templo, sino una semejanza y figura: para que por estas cosas que son menores y terrenas, podamos entender aquellas que en las celestiales y en el edificio espiritual están. Mas el varón que al profeta había sacado, de ninguna manera al atrio exterior, sino por el camino de la puerta que miraba al camino Oriental, primero midió contra el viento Oriental, esto es, en la región Oriental quinientas cañas por el giro; segundo, al Aquilón; tercero, al Austro; cuarto, al mar, esto es, al Occidente, por los cuatro vientos a saber, el muro en contorno, tanto en longitud como en latitud, esto es: por cuadro, el cual muro junto tenía dos mil cañas. Mas si la caña era de seis codos y un palmo (palaistē), el cual palmo es la sexta parte del codo, es manifiesto que el muro exterior tuvo por contorno dos mil cañas, que hacen doce mil trescientos treinta y tres codos, y la tercera parte de dos mil. Lea el lector prudente y diligente el libro de Josué (Jesús Navé), y encontrará cómo en los suburbios se guarda esta medida. De donde también la legión de los demonios eligió este número en la sofocación de los cerdos (Lc 8), para que quien por precepto del Señor fue separado para los que sirven a Dios, en la parte contraria se refiera a la perdición de aquellos que siguen una vida digna del cieno y de las suciedades. Mas todo el muro que es exterior, y tiene una espaciosísima longitud y latitud por cuadro, contiene el número

de los apóstoles, esto es, doce mil 518: para que a cada uno de los apóstoles se le dipute el número milenario, y sin embargo no llegue a la medida de la plenitud de Cristo y del varón perfecto, a no ser que se le unan también los palmos (palaistai), que son trescientos treinta y tres codos y la tercera parte de un codo: por los cuales se demuestra el misterio de la santa y venerable Trinidad, que ciñe y valla todas las cosas, y presenta segurísimos a los habitantes de su templo. De donde el arca de Noé tiene una longitud de trescientos codos, y una altura de treinta codos, que se consuma en un codo (Gén 6). Mas el que allí se añadan cincuenta codos en la latitud, significa (como a menudo hemos dicho) el sacramento de la remisión. De donde también el Señor vino al bautismo a los treinta años, y este profeta mismo en el principio de su volumen pone el año trigésimo: el cual número trecentésimo y trigésimo se completa con tres añadidos y la tercera parte. Mas aquello que por la simplicidad de la interpretación, mientras atendemos poco en la celeridad del dictado, tanto los Setenta tienen como nuestra traducción, su muro por todas partes en contorno, de longitud de quinientos codos, y de latitud de quinientos codos, el discurso hebreo no lo contiene: sino simplemente, una longitud de quinientos, y una latitud de quinientos, para que se subentienda, de cañas: así como en el cuarto lugar arriba se dijo, al viento Oriental, y al Aquilón, y al Austro y al mar con quinientas cañas, el muro de cada una de las partes fue medido por aquel que tenía la caña. Mas el número quingentésimo, que es

cercano al quincuagenario, el que pertenezca a la remisión de todos los pecados, no solo la antigua Escritura (Lv 25), sino también las palabras del Salvador en el Evangelio lo demuestran, diciendo: Dos deudores había a cierto prestamista: uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta (Lc 7, 41). Y el muro divide entre el santuario y el lugar del vulgo. De lo cual entendemos que toda la descripción del templo arriba fue delegada a los ministerios de los Sacerdotes, que son los hijos de Sadoc. Mas este muro, que por tanto espacio se dilate y a todas las cosas rodee, separa el santuario y el lugar del vulgo.

(Cap. XLIII.—Vers. 1 sigs.) «Y me llevó [Vulg. condujo] a la puerta que miraba al camino Oriental: y he aquí la gloria 519 del Dios de Israel entraba por el camino Oriental: y su voz era como la voz de muchas aguas: y la tierra resplandecía por su majestad. Y vi una visión según la especie que había visto, cuando vino para destruir la ciudad: y la especie según el aspecto que había visto junto al río Cobar, y caí sobre mi faz. Y la majestad del Señor entró en el templo por el camino de la puerta que miraba al Oriente. Y me elevó el espíritu, y me introdujo en el atrio interior: y he aquí la casa estaba llena de la gloria del Señor. Y oí a uno que me hablaba desde la casa. Y el varón que estaba junto a mí, me dijo: Hijo de hombre, el lugar de mi trono, y el lugar de los vestigios de mis pies, donde habito en medio de los hijos de Israel para siempre. Y no polucionarán más la casa de Israel mi santo nombre, ellos y sus reyes en sus fornicaciones, y en las ruinas de sus reyes,

y en los lugares excelsos: quienes fabricaron su umbral junto a mi umbral, y sus postes junto a mis postes: y el muro estaba entre mí y ellos: y polucionaron mi santo nombre en las abominaciones que hicieron: por lo cual los consumí en mi ira. Ahora pues alejen lejos su fornicación, y las ruinas de sus reyes de mí: y habitaré en medio de ellos siempre. LXX: Y me condujo a la puerta, que miraba contra el Oriente ÷ y me sacó ** y he aquí la gloria del Dios de Israel venía por el camino del Oriente: y la voz de los campamentos como voz de muchos que duplican: y la tierra resplandecía como un relámpago por la gloria en contorno. Y la visión que vi según la visión que había visto cuando entraba para que ungiera la ciudad ÷ Y la visión del carro que vi ** según la visión que había visto sobre el río Cobar: y caí sobre mi faz. Y la gloria del Señor entró en la casa por el camino de la puerta, que miraba al Oriente. Y me tomó el espíritu, y me introdujo en el atrio interior: y he aquí la casa llena de la gloria del Señor. Y estuve, y he aquí una voz desde la casa de uno que me hablaba: y un varón estaba junto a mí, y me dijo: has visto, hijo de hombre, el lugar de mi trono, y el lugar del vestigio de mis pies, en los cuales habitará mi nombre en medio de la casa de Israel para siempre. Y no contaminarán más la casa de Israel mi santo nombre, ellos y sus duces en su fornicación y en los homicidios de los duces en medio de sí, cuando ponían mi umbral en sus umbrales, y mis postes junto a sus postes. Y dieron mi pared 520 como conexa entre mí y ellos: y contaminaron mi santo nombre en sus

iniquidades que hacían. Y los trituré en mi furor y en la matanza. Y ahora arrojen su fornicación, y los homicidios de sus duces de mí: y habitaré en medio de ellos para siempre.»

Primero sobre la variedad de la traducción se ha de decir. Esto que ponen los Setenta: Y me sacó, en el Hebreo no se tiene. Pues si había sido aducido a la puerta que miraba al Oriente, ¿qué necesidad hubo de que fuera sacado, cuando para eso fue introducido, para que viera qué se hacía en la puerta Oriental? Después donde se dice: La voz era para él, sin duda que de Dios, como voz de muchas aguas, lo cual también Juan en su Apocalipsis confirma, los Setenta pusieron: Y la voz de los campamentos como voz de muchos que duplican (Ap 14). Tercero en el Hebreo se tiene: Vi una visión según la especie que había visto, cuando vino, para destruir la ciudad. Vino pues aquel que en el principio de este profeta estaba vestido de linos, y tenía un tintero a los lomos, con otros seis, para destruir la ciudad, no para ungirla, lo cual los Setenta tradujeron, quienes cuarto dijeron: Y la visión del carro que había visto, lo cual en el Hebreo no se tiene. Digamos estrictamente sobre cada cosa, cuanto la dificultad de la explicación permite: no sea que mientras estudiamos la brevedad, el velo no solo de Moisés, sino también del profeta Ezequiel permanezca en nosotros, que deseamos con la faz revelada contemplar la verdad del Señor (Ex 34; 2 Cor 3). La gloria pues del Dios de Israel entra por el camino Oriental, por el cual también había salido, cuando la ciudad del Señor fue herida

por el furor. Entra pues, más bien regresa a ella porque había mostrado el templo del Señor edificado en el monte. Y sin embargo mucho más es lo que en las consecuencias se dice: Me elevó el espíritu, y me introdujo en el atrio interior: y he aquí la casa estaba llena de la gloria del Señor. Pues aquí solo la gloria del Dios de Israel entra: allí en verdad se dice que la plenitud de la gloria del Señor estuvo en el Templo: de la cual también Isaías escribe: Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado: y llena estaba la casa de su gloria (Is 6, 1); cuando con la faz revelada contemplando la gloria del Señor, somos reformados en la imagen del Creador. La voz también era de Dios, como voz de muchas aguas, de todos 521 a saber los pueblos en todo el orbe, como Juan el Evangelista interpreta (Ap 14): o como voz de los campamentos, y como voz de muchos que duplican, para que el ejército de Dios conociera los sacramentos. Lo cual entendiendo Jacob, llamó el nombre de aquel lugar, Campamentos (Gén 32). De los cuales también en otro lugar está escrito: El carro de Dios de diez mil múltiple, miles de los que se alegran (Sal 67, 18). Mas una sola voz se dice de los campamentos y de la multitud, por el único consenso en la alabanza de Dios. Y se duplica la voz de los que cantan al Padre, y al Hijo, y al Espíritu santo: Santo, santo, santo el Señor Dios de los Ejércitos, llena está la tierra de su gloria (Is 6, 3). Sigue: Y la tierra resplandecía por su majestad (Sal 18). Lo cual propiamente en el advenimiento de Cristo se hizo; cuando a toda la tierra salió el sonido de los apóstoles, y hasta los

confines del orbe de la tierra las palabras de ellos (Rom 10): y diariamente se cumple en los creyentes, y se completará para la perfección, cuando este corruptible se vista de incorrupción, y este mortal haya sido vestido de inmortalidad (1 Cor 15). Mas lo que se infiere: Y vi una visión según la especie que había visto, cuando vino para destruir la ciudad; por lo cual los Setenta tradujeron: cuando entré, para que ungiera la ciudad, siendo que según el Hebreo es perspicuo; según los Setenta tiene muchísima oscuridad: cómo Ezequiel entró para que ungiera la ciudad; ante cuya profecía y conminación cayó: a no ser que quizá digamos aquello, que la corrección del profeta es la unción de la ciudad, y la unción del óleo de la exultación sacerdotal y real, la cual quienes de buen grado recibieren, y quisieren oír, se hacen ungidos del Señor, de los cuales está escrito: No toquéis a mis Cristos: y en mis profetas no queráis maliciar (Sal 104, 15). Aquel pues puede según la anagogía ungir la ciudad, de la cual está escrito: Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Sal 86, 2); quien vio la visión del carro y de los misterios de Dios, la cual contempló Ezequiel sobre el río Cobar, que significa carga y peso. Pues ¿qué hay más grave que los ríos babilonios, sobre los cuales David se sentó y lloró cuando se acordaba de Sion? De los cuales también en otro lugar está escrito: Pues pasa la figura de este mundo (Sal 136). Y nada pienso que en la confusión de este siglo sea perpetuo: sino que todas las cosas pasan y fluyen (1 Cor 7, 31). Quien estas cosas considerare, caerá sobre su faz entendiendo cuán

lejos está de la majestad de Dios, y doblará las rodillas ante el Padre en el nombre de Jesucristo. 522 Cuando, dice, yo hube caído, la majestad del Señor entró en el templo por el camino de la puerta que miraba al Oriente, e inmediatamente me elevó el espíritu (pues yo mismo yacente no podía proceder), y me introdujo en el atrio interior [¿error en el texto original interitus?], pues fuera había caído; y he aquí, quien antes había contemplado la gloria del Dios de Israel viniendo por el camino Oriental, vi la casa del Señor llena de su gloria, y oí una voz que me hablaba desde la casa interior. La cual qué haya hablado, la Escritura no lo narra, a no ser quizá aquello del Apóstol: Y oí palabras inefables que no es lícito al hombre hablar (2 Cor 12, 4). Mas el varón, dice, que estaba junto al profeta, le dijo: a quien perspicuamente entendemos como el Señor. ¿A quién otro podrá convenir lo que sigue: Hijo de hombre, el lugar de mi trono, y el lugar de los vestigios de mis pies, donde habito en medio de los hijos de Israel para siempre, sino a aquel que habita en la Iglesia en medio de los hijos de Israel que ven a Dios, y habita a perpetuidad, no según el templo de Salomón por un tiempo? Y su lugar es aquel de quien está escrito: Y fue hecho en paz su lugar (Sal 75, 2), la cual sobrepuja todo sentido: Y el lugar de los vestigios de sus pies, diciendo los Apóstoles: Adoremos en el lugar donde estuvieron sus pies (Sal 131, 7). Y bellamente dijo, estuvieron: pues en la Iglesia están los pies del Señor, en la sinagoga caminan y pasan de largo. Mas para que sepamos que esto se dice de la Iglesia, se une: Y

no polucionarán más la casa de Israel mi santo nombre: lo cual propiamente pertenece a los que en santa conversación permanecen en la Iglesia. Quiénes sean pues los que polucionaron antes el santo nombre de Dios, lo pone más manifiestamente: Ellos y sus reyes, tanto el pueblo como los sacerdotes, en sus fornicaciones por las cuales fornicaron de Dios: y en las ruinas de sus reyes, quienes en vano para sí por la soberbia asumen el nombre real. Finalmente sigue: Y en los lugares excelsos. Pues la mente arrogante ofende a Dios: la humilde provoca a la misericordia. Quienes tras la soberbia, más bien por la soberbia, fabricaron su umbral junto al umbral de Dios, y sus postes junto a los postes de aquel. Oigan estas cosas según la letra las mujercillas cargadas de pecados, que son llevadas en contorno por todo viento de doctrina, siempre aprendiendo y nunca llegando a la ciencia de la verdad; que la mente unida a Dios, no la vecindad de las Iglesias y la habitación 523 próxima, provoca la clemencia de Dios en sí; sino más bien se conmueve la indignación del Señor cuando en los lugares consagrados a Dios, hay un habitante indigno. Fabricaron, dice, su umbral junto a mi umbral, para que nada interesara entre lo sagrado y lo profano, y sus postes junto a mis postes, para que uno solo fuera el ingreso de los laicos y de los sacerdotes. De donde también el Apóstol dice: Pruébese pues a sí mismo el hombre, y así acceda al cuerpo y sangre del Señor (1 Cor 11, 28). Y para que hiciera más grave lo que decía, une el siguiente versículo: Y el muro estaba entre mí y ellos; para que los sacrifi-

cios sacerdotales y los lugares de los sacramentos del cuerpo y sangre de Cristo, un muro brevísimo dividiera. Y polucionaron, dice, mi santo nombre en las abominaciones que hicieron. ¿De qué aprovecha la vecindad de la habitación, y la pared media entre nuestra celda y el altar del Señor, cuando en estas cosas que en secreto hacemos, y que es torpe aun decir, se contamina y poluciona el nombre del Señor? Yo juzgo esto, que no poluciona el nombre del Señor sino aquel que ha sido visto creer en su nombre, y ser censado por su vocablo. Y como quita los miembros de Cristo y los hace miembros de una meretriz quien antes creyó en Cristo: así aquel poluciona el nombre de Dios, quien antes la fe de su nombre hubiere recibido. Por lo demás el étnico y el judío, como están polucionados y contaminados, más bien la contaminación misma y polución, no pueden polucionar y contaminar el nombre de Dios: el cual polucionan aquellos a quienes se dice: Mi nombre por vosotros es blasfemado en las gentes (Rom 2, 24). Por estas causas pues los consumí en mi ira, porque hicieron estas cosas que hemos dicho. Y sin embargo el clemente Señor de nuevo al profeta preceptúa que les mande alejar lejos de sí las fornicaciones prístinas, y abandonar las ruinas de sus reyes y príncipes, y repelerlas no tanto de sí como de Dios: e inmediatamente promete los premios de la buena obra diciendo: Y habitaré en medio de ellos, de lo cual en el Evangelio se dice: En medio de vosotros está a quien vosotros no conocéis (Jn 1, 26): y habitará no por poco tiempo,

como en la Sinagoga; sino para siempre, lo cual en la Iglesia de Cristo se comprueba.

(Vers. 10 sigs.) «Tú pues, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel el templo: y confúndanse por sus iniquidades 524, y midan [Al. mediten] la fábrica, y avergüéncense de todas las cosas que hicieron. La figura de la casa y de la fábrica de ella, las salidas y los ingresos, y toda la descripción de ella, y todos los preceptos de ella: y muéstrales todo el orden [Vulg. añade de ella], y todas las leyes de ella, y lo escribirás ante sus ojos, para que custodien todas las distribuciones [Vulg. descripciones] de ella, y los preceptos de aquella, y los hagan. Esta es la ley de la casa en la cima del monte: Todos los confines [Vulg. Todo el confín] de ella en contorno, el Santo de los santos será [Vulg. es]. Esta es pues la ley de la casa.» LXX: «Y tú, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel la casa, y cesarán de sus pecados, y la visión de ella, y la disposición de aquella: y ellos mismos sostenían su tormento por todas las cosas que hicieron. Y describirás la casa y la preparación de ella, y las salidas e ingresos de ella, y la substancia de ella y todos los preceptos de aquella, y todas las cosas legítimas de ella, y todas las leyes de ella les mostrará, y describirás ante ellos: y custodiarán todas mis justificaciones y todos mis preceptos, y los harán, y la descripción de la casa en el vértice del monte, todos los términos de ella en contorno son el Santo de los santos. Esta es la ley de la casa.»

No es de pequeño esfuerzo demostrar a los oyentes lo que con los ojos de la carne o con la

mente hubieres contemplado, para que también ellos mismos parezcan haberlo visto contigo. Por lo cual escribe también Josefo que aquellos que fueron enviados para describir la tierra por Josué hijo de Nun, fueron geómetras (γεομέτρας), y poseyeron el arte de la Geometría, que ahora es propia de los filósofos. A la casa de Israel, pues, de aquellos que con el ánimo contemplan a Dios, se les muestra la casa, esto es el templo que Ezequiel contempló situado en el monte, y no solo en el monte, sino como ahora se dice, en la cima del monte: la cual de ningún modo pensemos que es aquella que por Salomón construida se narra en los libros de los Reyes y de los Paralipómenos. Pues aquella es de otro orden y medida, y posee en cada detalle gran diversidad: y es tanto inferior al templo que ahora se muestra a Ezequiel, que no solo los cultores de él y los edictos, sino aun el mismo fabricador de él, Salomón, pecó y ofendió a Dios, aunque después hizo penitencia, escribiendo los Proverbios, en los cuales dice: «Últimamente yo hice penitencia, y miré atrás para elegir la disciplina» (Prov. 24, 32).

Mas esta que a Ezequiel, y por Ezequiel a la casa de Israel se muestra, es tal: que quien ella con la 525 mente contemplare, cese de sus iniquidades: no de algunas, sino de todas: o como en el Hebreo se contiene, se confunda y sostenga su tormento por todas las cosas que hubiere hecho. Mas sostiene el tormento de sus iniquidades quien cesa de hacer los pecados pasados: y mucho le aprovecha a quien antes pecó ver la casa de Dios, y conocer la razón de toda la fábrica de

ella; para que desista de pecar, y teniendo deseo de ella, diga al Señor: «Señor, amé el decoro de tu casa: y el lugar de la habitación de tu gloria» (Sal 25, 8). Y de nuevo: «Una cosa pedí al Señor, esta requeriré: que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida» (Sal 26, 4), cuando hubiere comenzado a vivir y a estar con Cristo, que es la vida de los creyentes.

Sigue: «Las salidas de ella y el ingreso», se sobrentiende, de la casa. Mas las salidas son de aquellos que salen a los que están fuera, y los ingresos de aquellos que por la disciplina de los maestros penetran a lo interior. «Y toda», dice, «la descripción de ella», o la substancia de ella, como los Setenta tradujeron, la cual no tanto a la naturaleza de la casa cuanto a los muebles y las riquezas pertenece. «Y todos los preceptos, y todo el orden, y todas las leyes del templo mostrarás a ellos», que portaron el tormento de sus iniquidades y cesaron, o se confundieron sobre estas cosas que antes habían gestado. Por eso pues muéstraselo, para que custodien todas las cosas que han sido preceptuadas. Pues nada aprovecha saber la descripción de la casa y todas las distribuciones de ella, de las cuales está escrito: «Muchas mansiones hay en la casa de mi Padre» (Jn 14, 2). Y de nuevo: «Estableció los términos de las gentes según el número de los hijos de Israel», o «de los ángeles de Dios» (Dt 32, 8), a no ser que hicieres lo que ha sido preceptuado.

Mas la casa y la ley de todos los preceptos de Dios, y la ciudad que en la cima del monte está constituida, aquella se ha de creer que es de la

cual está escrito: «No puede esconderse la ciudad puesta sobre el monte» (Mt 5, 14). Y: «El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios» (Sal 45, 5): la cual perspicuamente se refiere a la Iglesia, y está situada en aquel monte que está en el vértice de todos los montes, y por el cual fue vulnerado el príncipe de Tiro: y todos los confines y términos de esta casa, son el Santo de los santos. En aquella casa, esto es, en el tabernáculo que fabricó Moisés, y en el templo que por Salomón fue construido, lo interior solamente, donde estaban los 526 Querubines, y el propiciatorio, y el arca del testamento, y la mesa del incienso, se llamaban el Santo de los santos. Mas en esta casa que se muestra a Ezequiel, y que en la cima del monte está constituida, todos los términos de ella se reputan en el Santo de los santos. Y lo que se infiere: «Esta es la ley de la casa», o pertenece a las cosas pasadas, de las cuales ya se ha dicho, o a aquellas que se han de decir después.

(Vers. 13 sigs.) «Estas son las medidas del altar en el codo verísimo que tenía un codo y un palmo (o Ï€Î±Î»Î±Î¹ÏƒÏ„á½´Î½): en el seno de él había un codo: y un codo en la latitud: y la definición [Vulg. añade de él] hasta el labio de él en el contorno de un palmo [Vulg. un palmo]. Esta también era la fosa del altar. Y desde el seno de la tierra hasta la crepídine novísima dos codos, y la latitud de un codo, y desde la crepídine menor hasta la crepídine mayor cuatro codos, y la latitud de un codo. Mas el mismo ariel [era de] cuatro codos, y desde el ariel hasta arriba [Vulg. hacia arriba] cuatro cuernos. Y el ariel de doce codos en

la longitud, por doce codos de latitud, cuadrángulo [Vulg. cuadrangulado] con lados iguales. Y la crepídine de catorce codos de longitud, por catorce de latitud en sus cuatro ángulos, y la corona en el contorno de ella de medio codo, y el seno de ella de un codo por el contorno. Mas sus grados estaban vueltos hacia el Oriente.» LXX: «Y esta es la medida del altar en el codo perfecto, un codo y un Ï€Î±Î»Î±Î¹ÏƒÏ„„á¿†Ï‚: el seno de aquel la altura en el contorno y un codo de latitud: y un gisus por el labio de él en el contorno de un palmo. Y esta es la altura del altar desde lo profundo del exordio en su seno hasta el propiciatorio grande, que estaba debajo de dos codos, y la latitud de un codo. Y desde el propiciatorio menor hasta el propiciatorio mayor cuatro codos: y la latitud de un codo: y el ariel de cuatro codos: y desde el ariel hasta lo superior de los cuernos un codo. Mas el ariel mismo tenía doce codos en la longitud: y doce codos en la latitud de los cuatro ángulos por sus partes individuales: y el propiciatorio de catorce codos en la latitud por sus cuatro partes: y el gisus de él por el contorno girando alrededor de él en medio codo: y el contorno de él en un codo: por el giro y sus grados mirando hacia el Oriente.»

Escrito está: «¿El abismo y la sabiduría quién investigará?» (Eclo 1, 2). Y: «Oh profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios» (Rom 11, 33): ¿cuya alta profundidad, y quién la hallará? Mucho es si quisiéramos comparar el templo de Salomón a este templo, 527 y todas sus partes y tabernáculos. Lo cual porque es dificilísimo, entre tanto en

el presente el altar que a Ezequiel fue mostrado, al altar que en el Éxodo leemos, en parte módica comparemos (Éx 38). Allí el altar de cinco codos en la longitud y cinco codos en la latitud, esto es, cuadrángulo, y de tres codos en la altura se describe: mas aquí recediendo de los cinco sentidos, tiende a la unión, en la cual el codo perfecto, o verísimo se pone, al cual se une el palmo, esto es, Ï€Î±Î»Î±Î¹ÏƒÏ„á½´, que tiene la sexta parte del codo, como arriba dijimos. Mas en el seno de él, esto es, del altar, había un codo, el cual a saber recibía aquellas cosas que por el fuego se consumían, y en la latitud de él otro codo: para que lo interior, esto es, lo secreto, y los espacios del altar que en la latitud se demuestran, con un solo codo se finieran. Mas lo que sigue: «Y la definición hasta el labio de él», por lo cual Aquila, Símaco y Teodoción pusieron término, los Setenta de nuevo tradujeron gisus. De cuya palabra, como ya antes dije, no puedo saber la razón; ni de qué lengua sea decir con confianza: sino amonestar esto al lector, que donde ahora he interpretado definición, arriba traduje corona. Y aquello brevemente se demuestra, que en el contorno del mismo altar, esto es, en el margen y círculo, fue expandido el labio, y como corona a modo de lirio, que tiene en el aspecto muchísima venustad. Cuya definición, o gisus por el contorno de un palmo, o Ï€Î±Î»Î±Î¹ÏƒÏ„Ï„á¿†Ï, en latitud se tendía. Mas la fosa del altar, o lo profundo y la altura, por lo cual en el Hebreo se pone GAB, desde el seno de la tierra hasta la crepídine novísima, o hasta el propiciatorio máximo, era de dos codos, y la

latitud de él de un codo. Pues lo inferior y profundo, y lo que a la tierra se une, en número dual, el cual también en los animales inmundos fue puesto, se contienen (Gén 7): mas lo superior y lo que llega hasta la crepídine, o propiciatorio, que Teodoción llamó por el mismo nombre hebreo AZARA, tienen la latitud de un codo, para que el número dual pase al solitario; y el bien de los matrimonios, que es inferior, llegue a la bienaventuranza de la unión. 528 Y lo que sigue: «Y desde la crepídine menor hasta la crepídine mayor, de cuatro codos, y la latitud de un codo», por lo cual en los Setenta se puso: «Y desde el propiciatorio menor hasta el propiciatorio mayor»; y Teodoción en ambos tradujo AZARA, aquello se ha de entender, que el propiciatorio menor es la piedra cortada del monte sin manos, y el propiciatorio mayor, la piedra misma que creció hasta ser un monte grande, e inundó el universo orbe (Dan 2). O según otro sentido, el propiciatorio menor es cuando se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo (Filip 2), y el propiciatorio mayor cuando recibió la gloria que tuvo ante el Padre antes de que el mundo se hiciera (Jn 17). Pues primero conocemos lo más humilde de Cristo, y así llegamos a la altura de su divinidad: y sin embargo el propiciatorio de ambas naturaleza, esto es, de la menor y de la mayor, pertenece al sacramento del único altar. Mas entre los dos propiciatorios, el menor y el mayor, había cuatro codos, que significan los cuatro elementos del mundo, los cuales también ellos mismos llegan a la altura de un solo codo. Y esto se ha de advertir que en la medida del altar

el primer codo en latitud a ninguno se acopla, sino que por su unión es perfecto: mas el segundo codo de latitud, tras dos codos crece hasta lo sumo, y el tercer codo, tras el propiciatorio menor y mayor por los cuatro elementos tiende al misterio de un solo codo; y uno y otro, y el tercer codo en el altar del Señor, de ningún modo primero, segundo y tercero; sino que se diga ser uno y uno, y uno. Mas el ariel mismo era de cuatro codos, y desde el ariel hasta arriba cuatro cuernos: o como en los Setenta se dice, desde el ariel hasta lo superior de los cuernos un codo. Ariel (אריאל) como muchísimos estiman se interpreta, mi luz es Dios. De lo cual también en el profeta Isaías, donde está escrito: «Ay de ti, ciudad Ariel, la cual expugnó David», o «rodeó», más plenamente dijimos (Is 29, 2). Mas según yo juzgo, león o fuerte de Dios: cuyo nombre se refiere propiamente al altar, en el cual o está la iluminación de Dios, o el león y la fortaleza de él, diciendo Jacob a Judá: «Cachorro de león es Judá, a la presa, hijo mío, subiste: reposando te echaste como león, y como 529 leona, ¿quién lo despertará?» (Gén 49, 9). Mas es de cuatro codos, y tiene cuatro cuernos; o lo superior de los cuatro cuernos se fina en un solo codo; para que la medida de los Evangelios y la fortaleza que discurre por todo el orbe, bajo la iluminación de Dios y la fortaleza del león se demuestre, y lleguen a un solo codo de la divina confesión. Y para que paulatinamente la oscuridad del presente lugar se haga más manifiesta, sigue: «Y el Ariel de doce codos en la longitud, por doce codos de latitud, cuadrángulo de lados iguales.» Lo

cual nadie duda que pertenece a las doce tribus que en el Apocalipsis de Juan están escritas, y al número de los Apóstoles, de cuyo sacramento recuerdo haber dicho arriba (Ap 7). Mas por los cuatro lados del mundo, los doce codos juntos efectúan cuarenta y ocho codos de las ciudades sacerdotales, para que con estos como cimientos divididos en todo el orbe se solidezca la fortaleza de la Iglesia. Además la crepídine, por la cual los Setenta [tradujeron] propiciatorio, Teodoción como arriba AZARA; Símaco Ï€ÎµÏÎ¹Î´ÏÎ¿Î¼á½´Î½, esto es contorno, eran de catorce codos de longitud por catorce de latitud, en sus cuatro ángulos, y la corona en el contorno de ella de medio codo; por la cual de nuevo los Setenta tradujeron gisus, y el seno, o según Símaco la consumación y perfección de ella, de un codo por el contorno, aquello latente muestra que nuestro Señor, que verdaderamente se dice propiciatorio no solo por nuestros pecados, sino por todo el mundo, vino por catorce generaciones desde Abraham hasta David; y de nuevo por otras catorce hasta la cautividad de Jeconías, y por el sacramento del mismo número descendió a lo terreno: para que en la tercera Ï„ÎµÏƒÎ±ÏÎ±Î¹Î´ÎµÎ¹á½±Î´Î¹, y por el sacramento del número [Al. don] divino salvara los cuatro ángulos del mundo, de los cuales está escrito: «Muchos de Oriente y Occidente, y del Aquilón y del Mediodía vendrán, y se recostarán con Abraham, e Isaac, y Jacob en el reino de los cielos» (Mt 8, 11). Y lo que sigue, «y la corona», o gisus por el contorno de ella, 530 se sobrentiende del propiciatorio, tenía medio codo, y el seno

del mismo propiciatorio, o la consumación y perfección que Símaco interpretó Ï€ÎµÏÎ¹Î´ÏÎ¿Î¼á½´ ´Î½, tenía un codo, aquello significa que tanto los pecadores como los justos por la propiciación del Señor se salven, diciendo el apóstol Pablo: «Hemos sido reconciliados con Dios en la sangre de su Hijo» (Rom 5, 10). Y de los pecadores se dice que tienen la medida de medio codo por el contorno; que sin embargo son salvados por la misericordia del Creador, según aquello que en el Salmo está escrito: «Por nada los salvarás» (Sal 55, 8). De los justos: que en uno se salven por el número solitario y perfecto, e imiten a la única divinidad, diciendo el mismo Apóstol: «Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo» (2 Cor 5, 19). Mas lo que en el fin de este testimonio se pone, «y sus grados vueltos hacia el Oriente», los grados de este propiciatorio o por los veinticuatro libros del antiguo Instrumento deben ser aceptados: que tenían cítaras en el Apocalipsis de Juan (Cap. 5), y coronas en sus cabezas: o el sacramento del Padre y del Hijo y del Espíritu santo, en el cual se nos da la verdadera propiciación. Y para que digamos más abiertamente, por eso el número de los grados se deja incierto, para que con cuanto quiera que estudio hayamos podido escalar a lo más alto, en lo inferior nos pensemos colocados, y pensemos aquello del Salmista: «Irán de virtud en virtud» (Sal 83, 8).

(Vers. 18 sigs.) «Y me dijo: Hijo de hombre, esto dice el Señor Dios: Estos son los ritos del altar, en cualquier día que fuere fabricado, para que se ofrezca sobre él holocausto, y se derrame

la sangre. Y darás a los sacerdotes, los Levitas que son de la simiente de Sadoc, que se acercan a mí, dice el Señor Dios: para que me ofrezcan un becerro del armento por el pecado. Y tomarás de la sangre de él, y la pondrás sobre los cuatro cuernos [Vulg. añade de él], y sobre los cuatro ángulos de la crepídine, y sobre la corona en contorno: y lo limpiarás y lo expiarás. Y tomarás el becerro que hubiere sido ofrecido por el pecado, y lo quemarás en el lugar separado de la casa fuera del santuario. Y en el día segundo ofrecerás un macho cabrío de las cabras inmaculado por el pecado, y expiarán el altar como lo expiaron en el becerro.» LXX: 531 «Y me dijo: Hijo de hombre, esto dice el Señor Dios: Estos son los preceptos del altar en el día en que fuere hecho, para que se ofrezcan sobre él holocaustos, y se derrame sobre él la sangre. Y darás a los Sacerdotes Levitas que son de la simiente de Sadoc, y se aproximan a mí, dice el Señor Dios, para que me ministren un becerro de los bueyes por el pecado: y tomarán de la sangre de él, y la pondrán sobre los cuatro cuernos del altar, y sobre la base de él en contorno, y lo limpiarán y lo expiarán. Y tomarán el becerro por el pecado, y será quemado en el lugar separado de la casa fuera de los santos. Y el día segundo tomarán dos cabritos de las cabras inmaculados por el pecado, y expiarán el altar como lo expiaron en el becerro.»

Después de que al profeta mostró el altar, y el codo de él, y los dos codos; y de nuevo el codo y los cuatro codos, y tercero el codo, también doce codos por otros doce, y los cuatro cuernos

del altar: también el Ariel de doce codos por doce codos, y la crepídine, esto es, el propiciatorio de catorce codos por catorce codos: también la corona de aquel, y el seno de medio codo y de un codo por el contorno: y los grados hacia el Oriente, cuyo número es incierto, habló el varón, cuya caña y cordel estaba en la mano, y le enseña cómo, perfeccionada la obra del altar, el altar debe ser expiado y consagrado. Y primero se ofrece la víctima, y se da a los sacerdotes del género de Leví, que son de la simiente de Sadoc (Sadoc), a quien por qué los Setenta nombren Saduc (Sadduc), no puedo saberlo. Mas Sadoc se interpreta justo: y se ofrece según los Setenta y Teodoción un becerro; según Símaco un toro, que en hebreo se dice PHAR. Mas al becerro que por nosotros fue inmolado, tanto muchos lugares de las Escrituras, y principalmente la Epístola de Bernabé, que se tiene entre las escrituras apócrifas, lo nombra. Y el macho cabrío de las cabras se ofrece en el segundo día. De donde también los que van a hacer la Pascua toman del greba un cordero y un cabrito, y los que no pudieron hacer la primera pascua, la hacen en el segundo mes: de los cuales uno pertenece a los justos, el otro a los penitentes.

Mas si la interpretación de los Setenta nos place, que dijeron: «mas el día segundo tomarán dos cabritos inmaculados 532 por el pecado», audaz por cierto es lo que vamos a decir, pero sin embargo se ha de poner simplemente la sentencia de otros, que dicen que dos cabritos inmaculados tras la pasión del Señor fueron ofrecidos al

altar del Señor, Santiago y Esteban: de los cuales uno fue del número de los apóstoles, el otro fue el príncipe de los siete electos para el ministerio del Señor (Hech 22). Este es el Santiago que vio al Salvador transformado en el monte (Ibíd., 7), que contempló a la hija del archisinagogo resurgiendo con el Señor y Pedro y Juan (Mt 17), que en el catálogo de los apóstoles, en el cual se unen los nombres de dos en dos, se pone antes que su hermano (Mc 9). A este lo mató Herodes (Mt 9), y como a un cabrito inmaculado tras la pasión del Salvador lo inmoló en el día segundo (Mc 3). A Esteban también (a cuya sabiduría y doctrina nadie podía resistir (Hech 14), y que vio al Hijo de pie a la diestra del Padre, y dijo (Hech 14, 7): «Señor Jesús, recibe mi espíritu») los judíos lo abrumaron con piedras. Y como a ciertos de los creyentes primicias de Acaya y de Asia el Apóstol nombra: así también estos fueron primicias de los mártires (1 Cor 16), a quienes la confesión de Cristo después coronó.

Y esto se ha de notar, que el becerro todo se ofrece en holocausto, y la crasitud de su cuerpo por el fuego divino es consumida. Pues aunque habíamos conocido a Cristo según la carne: mas ya ahora no lo conocemos según la carne (2 Cor 5, 16). Mas Santiago y Esteban, que en el segundo día fueron ofrecidos, o el macho cabrío que según el Hebreo se narra ofrecido, se ofrece por cierto en víctima, mas el holocausto para la presencia del Señor se reserva. Mas lo que se toma la sangre, de la cual habla Pedro: «Hemos sido redimidos de nuestra vana conversación de la tradición pa-

terna por la preciosa sangre de Cristo» (1 Pe 1); y Pablo apóstol enseña: «Con precio habéis sido redimidos» (1 Cor 7, 23); y en otro lugar: «Haciendo la paz por la sangre de su cruz, sea en la tierra, sea sobre los cielos» (Col 1, 20), aquello significa que por la sangre del Salvador se purifiquen los cuatro cuernos del altar, esto es, las cuatro regiones del mundo: y se asperja la corona del propiciatorio, o las bases por el contorno, para que todas las cosas se purguen y sea firme la propiciación. Mas por eso en el segundo día, o los dos cabritos de que arriba dijimos, o el macho cabrío se asume; porque es un animal siempre hacia lo excelso apresurado, y nada de peligro sosteniendo en los 533 precipicios, y allí halla el camino donde para los demás seres animados hay destrucción. De donde también en el sermón griego la grey de las cabras y machos cabríos se dice conversación de los sublimes, esto es, αἰπόλιον como si fuera αἰποπόλιον, siendo que αἶπος significa lo excelso, [y] πόλιον [Mss. πολεῖν] significa conversación. Por lo demás el altar de Cristo se expía con sangre, para que las oraciones de los santos puras permeen hacia Dios. Esto también se ha de notar, que según el Hebreo el mismo Ezequiel, como si fuera sacerdote, es mandado asumir el becerro, y hacer el holocausto, y asperjar la sangre de él en contorno, tanto del altar como de los ángulos y de la corona, o base. Mas los Setenta intérpretes demuestran que otros sacerdotes hacen esto, de los cuales se dijo: «Darás a los sacerdotes Levitas, que son de la simiente de Sadoc, que se acercan a mí.»

(Vers. 23 sigs.) «Y cuando hubieres acabado de expiarlo, ofrecerás un becerro del armento inmaculado, y un carnero del greba inmaculado. Y los ofrecerás en conspecto del Señor, y echarán los sacerdotes sobre ellos sal; y los ofrecerán en holocausto al Señor. Siete días harás un macho cabrío por el pecado diariamente, y un becerro del armento y un carnero de las ovejas inmaculados ofrecerán. Siete días expiarán el altar, y lo limpiarán: y llenarán la mano de él. Expletis los días, en el día octavo y en adelante harán los Sacerdotes sobre el altar vuestros holocaustos, y las cosas que por la paz ofrecen, y seré aplacado para con vosotros, dice el Señor Dios. LXX: Y cuando hubieres acabado la expiación, ofrecerán un becerro de los bueyes inmaculado, y un carnero de las ovejas inmaculado, y ofreceréis ante el Señor, y asperjarán los sacerdotes sobre ellos sal; y los ofrecerán holocaustos al Señor. Siete días harás un cabrito por el pecado diariamente, y un becerro de los bueyes, y un carnero de las ovejas inmaculado harán por siete días. Y expiarán el altar, y lo limpiarán, y llenarán las manos de ellos, y consumarán los días. Y será desde el día octavo y en adelante, harán los sacerdotes sobre el altar vuestros holocaustos, y por vuestra salud, y os recibiré, dice el Señor Dios.»

Después de que el altar y las medidas de él en el vértice del monte fueron demostradas; y de nuevo la expiación y consecración de aquel al profeta fue mostrada, por un becerro inmaculado y un macho cabrío, o dos cabritos, de los cuales el primero al Señor Salvador, los dos siguientes a

los apóstoles y ministros referimos, no sea que en la consecración del altar espiritual y propiamente perteneciente a la Iglesia, 534 la ley y los profetas parecieran excluidos, por eso consagrado el altar, un becerro inmaculado se asume y un carnero, y se ofrece en conspecto del Señor; y los hijos de Sadoc, esto es, los sacerdotes de los justos asperjan sobre las cabezas de ellos sal, para que tanto la Ley como los Profetas con el sabor del Evangelio sean condimentados. Ni hay sacrificio alguno (según el imperio de la ley y la interpretación del Apóstol, que dice (Col 4, 6): «Vuestro sermón sea condito con sal») que carezca de sal. Mas uno y otro se ofrece en holocausto al Señor, para que el cuerpo de la pingüe letra que se significa en la Ley, y el nublado de la profecía, por el fuego del Señor, esto es, por el Espíritu santo, de quien dice Pablo «fervientes en espíritu» (Rom 12, 11), en substancia espiritual y tenue se conviertan. Queremos saber más abiertamente quién sea el becerro del armento inmaculado, y el carnero de las ovejas de purísimo vellón, entendamos a Moisés y a Elías (Núm 12, 1 Rey 19); de los cuales el primero fue el más manso entre todos los hombres que versaban en la tierra; el otro por el ardor de la fe semejante a Moisés. De donde también osaba decir: «Yo he quedado solo.» Mas lo que en el Hebreo está escrito: «Ofrecerás un becerro», [y] en los Setenta «ofrecerán los sacerdotes», ninguna sea la cuestión. Pues el mismo Ezequiel a quien estas cosas se dicen, es del número de los sacerdotes, de plena edad y perfecta; y el grado sacerdotal la gracia de la profecía aumentó. Y

Moisés y Elías se ven en el monte con el Señor, esto es, la ley y los profetas, que le anunciaban lo que en Jerusalén había de padecer. Expiado pues el altar, por siete días se ofrece un macho cabrío o cabrito por el pecado diariamente, y un becerro del armento, y un carnero de las ovejas inmaculado, para que por estos sacrificios de siete días para la perfección se expíe el altar. En los siete días el sabatismo se muestra que según el Apóstol (Heb 4) al pueblo de Dios se reserva: en los cuales el eterno y verdadero descanso esperamos, y de ningún modo hagamos la obra servil de los pecados. Mas en el macho cabrío, y en el becerro, y en el carnero tres delitos generales se demuestran, a los cuales todo el género de los mortales subyace. Pues o con los pensamientos, o con el sermón, o con la obra pecamos. El pensamiento se refiere al carnero, que es el primero de todos los pecados, y del cual los otros dos pecados nacen. Mas el cabrito o macho cabrío [se refiere] al elocuio o sermón que siempre de las cosas más excelsas disputa. Mas las obras propiamente al becerro 535 se deputan: puesto que al vómer y al trabajo y a las obras terrenas está mancipado. Estas cosas pues inmaculadas por siete días del verdadero sábado y perfecto a Dios debemos ofrecer, y expiar el altar, para que nuestra oración munda pervenga hacia Dios. Mas lo que se infiere: «Y lo limpiarán, y llenarán la mano de él», lo cual tanto el Hebreo como los demás intérpretes tradujeron, aquello significa que del altar mismo, por cuya expiación se ofrece el sacrificio, los dones se han de completar, así como se ofrece por los sacerdo-

tes y el pueblo y el pontífice; no sea que algo vacío pareciera haber estado en conspecto del Señor. Por lo cual pusieron los Setenta: «y lo limpiarán, y llenarán las manos de ellos», para que se sobrentienda los sacerdotes, quienes cuando hubieren estado llenos de buenas obras —pues esto las manos llenas significan—, trascurrido el sábado, vengan al día octavo de la resurrección, y digan con el Apóstol: «Resucitamos con Cristo» (Rom 6, Col 3); y más allá de la octava tiendan a lo celestial, y ofrezcan por nosotros holocaustos, o las cosas que por la paz de nuestros pecados y por nuestra salud son: para que por el fuego del Espíritu santo, todas las cosas que pensamos, hablamos y hacemos, en substancia espiritual se conviertan: y el Señor delectado con esta clase de sacrificios, se nos haga placable.

(Cap. XLIV.---Vers. 1 sigs.) «Y me convirtió al camino de la puerta del santuario exterior, la cual miraba hacia el Oriente, y estaba cerrada. Y me dijo el Señor: Esta puerta estará cerrada, y no se abrirá, y varón no pasará por ella: porque el Señor Dios de Israel ha entrado (o entrará) por ella; y estará cerrada para el príncipe. El príncipe mismo se sentará en ella para comer pan ante el Señor. Por el camino del vestíbulo (esto es, Aelam), por la puerta saldrá, y por el camino de ella saldrá. Por lo que en el Hebreo está escrito: «estará cerrada para el príncipe», los Setenta tradujeron: «estará cerrada: porque el duque mismo se sentará en ella.»

Muchas son las puertas que en la descripción del templo de Ezequiel la Escritura conmemora,

tanto dentro como fuera. El sermón pasado también recorrió la figura del altar, y la consecración y los sacrificios. Finito el cual, vino a la puerta del santuario exterior, la cual miraba hacia el Oriente, y estaba cerrada: e inmediatamente aquel varón que era el ductor del profeta y le demostrabas todas las cosas, le habló: «Esta puerta que contemplas cerrada, siempre estará cerrada, y no se abrirá, 536 y ninguno de los varones pasará por ella.» Y rinde la causa de por qué esté siempre cerrada: porque el Señor Dios de Israel ha entrado, o entrará por ella: y estará cerrada según el Hebreo para el príncipe, a quien los Setenta tradujeron duque. El cual príncipe y duque, esto es, NASI, se sentará en ella para comer pan ante el Señor: y por el camino del vestíbulo de la puerta entrará, y por ella misma saldrá.

¿Cuál es esta puerta que siempre está cerrada, y solo el Señor Dios de Israel entra por ella? A saber aquella de la cual el Salvador habla en el Evangelio: «Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, y ay de vosotros doctores de la ley, que quitáis la llave de la ciencia: vosotros mismos no entráis, y a los que entran prohibís» (Mt 23, 23). De esta bajo el nombre de libro escribe también Isaías: «Serán las palabras de este libro como las palabras de un libro sellado: el cual cuando hubieres dado a un hombre que no conoce las letras, y le dijeres, Lee: y te responderá, No conozco las letras. Y lo darán a un hombre que conoce las letras, diciendo: Lee; y dirá: No puedo leer, porque está sellado» (Is 29, 11). Mas este es el libro cuyos sellos nadie puede soltar y abrir, ni en el cielo, ni

en la tierra, ni bajo la tierra, sino aquel de quien en el Apocalipsis de Juan se dice: «He aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz y el linaje de David: para abrir el libro y soltar sus sellos» (Ap 5, 5). Pues antes de que el Salvador asumiera el cuerpo humano y se humillara a sí mismo tomando forma de siervo (Filip 2), cerrada estaba la Ley y los Profetas, y toda la ciencia de las Escrituras, cerrado estaba el paraíso. Mas después de que él pendió en la cruz y habló al ladrón: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43), inmediatamente el velo del templo se rasgó y se abrieron todas las cosas; y quitado el velamen decimos: «Mas nosotros todos contemplando con revelada faz la gloria del Señor, en la misma imagen somos transformados de gloria en gloria» (2 Cor 3, 18). Mas si reveladas están todas las cosas —pues en Cristo según el sermón de Pablo todas las cosas se revelan (Ibíd., 13)—, ¿cómo la puerta estará cerrada y no se abrirá, y varón no pasará por ella? De lo cual aprendemos que, aunque hayamos venido a la suma ciencia, por comparación de la ciencia divina, ahora en parte sabemos y en parte conocemos; mas cuando viniere lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será destruido. De donde también en otro lugar el mismo Apóstol de sí mismo ser imperfecto habla, y de nuevo perfecto. Lo cual si carece de interpretación, parece ser contrario. Pues dice: 537 «No porque ya haya recibido, o porque ya sea perfecto. Hermanos, yo no juzgo haber aprehendido; mas una cosa, olvidando las cosas que quedan atrás y extendiéndome a las que están delante, prosigo

al hito por el premio de la suprema vocación de Dios» (Filip 3, 12. 14). Y cuando pensáramos que él según su profesión no era ya perfecto, y más buscaba que había hallado lo que es verdadero, no solo a sí mismo, sino también a los otros dice ser perfectos: «Cuantos pues somos perfectos esto sintamos.» Mas el sentido de este lugar es: A comparación de los demás hombres, que no tienen cuidado de la noticia de las Escrituras ni de los misterios de Dios, confieso ser perfecto; mas en cuanto a la ciencia de la divina majestad, ahora en enigma veo y por nublado y calígine, y digo con el profeta: «Mirable se ha hecho tu ciencia sobre mí, se ha confortado, y no podré llegar a ella» (Sal 138, 6). Esta puerta pues que a todos está cerrada (pues varón no pasará por ella), estará cerrada para el príncipe o duque, y por el advenimiento de aquel se reserará, el cual se sentará en ella para comer pan ante el Señor: de quien él mismo en el Evangelio profesa, diciendo: «Mi comida es que haga la voluntad de aquel que me envió y complete su obra» (Jn 4, 34). Él mismo es el príncipe y el pontífice según el orden de Melquisedec, y la hostia y el sacerdote, quien en conspecto del Padre con nosotros come el pan celestial y el vino bebe, de quien habla en el Evangelio: «No beberé del fruto de esta vid hasta que lo beba nuevo en el reino de mi Padre» (Mt 26, 29): en aquel reino a saber de que él mismo también en otro lugar dice: «El reino de Dios dentro de vosotros está» (Lc 17, 21). Y cerrada estará la puerta. Pues nadie puede conocer por la majestad de la cosa los sacramentos de la pasión del Señor, y del cuerpo

de él y de la sangre. Y de tanta bondad es y de clemencia nuestro príncipe, que aun cuando solo se sienta en la puerta que está cerrada y come el pan ante el Señor, quiera tener de su mesa y de su convite a muchos consortes, y diga: «He aquí que yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo» (Ap 3, 20). Mas solo come el pan ante el Señor, porque la substancia de él y la divina naturaleza de todas las substancias de las criaturas está separada. Él mismo por la misma puerta del vestíbulo entra 538 y sale: porque está tanto dentro como fuera, esto es, infuso y circunfuso a todas las cosas; y entrando por la puerta para introducir consigo a aquellos que sin la doctrina y el auxilio de él no pueden entrar; y saliendo para de nuevo introducir a otros; y hablar a aquellos que no captan las cosas más difíciles. Mas que la puerta Oriental fuera de los términos del mundo siempre esté cerrada, y al humano de ningún modo patente aspecto, el Evangelio de Juan prueba [al] decir: «A Dios nadie vio jamás: el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, él lo narró» (Jn 1, 18). Como si con otras palabras hubiera dicho: «Y estará cerrada para el príncipe.» El príncipe solo se sentará en ella para comer el pan de la perfecta y consumada ciencia. «Pues nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y a quien el Hijo quisiere revelar» (Mt 11, 27). Bellamente algunos la puerta cerrada por la cual solo el Señor Dios de Israel entra, y el duque para quien la puerta está cerrada, a María Virgen entienden, la cual tanto antes del parto

como después del parto virgen permaneció. Pues por cierto en el tiempo en que el ángel hablaba: «El Espíritu santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te obumbrará, y por tanto lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35), y cuando nació, virgen permaneció eterna; para confundir a aquellos que arbitran que ella tras el nacimiento del Salvador tuvo hijos de José por ocasión de los hermanos de él que se llaman en el Evangelio (Mc 3). Sobre cuya cuestioncilla, en Roma contra Helvidio, herético de aquel tiempo, en mi adolescencia sé que escribí un libro no grande.

(Vers. 4 ss.) «Y me llevó por la vía de la puerta de Aquilón al conspecto de la casa; y vi, y he aquí que la gloria del Señor había llenado [Vulg. llenó] la casa del Señor; y caí sobre mi faz.» «Y me dijo el Señor: Hijo de hombre, pon tu corazón, y ve con tus ojos, y con tus oídos oye todas las cosas que yo te hablaré de todas las ceremonias de la casa del Señor, y de todas sus leyes; y pondrás tu corazón en las vías del templo por todas las salidas del santuario.»

El varón que es el conductor del profeta, y por quien conoce todas las cosas en el templo bajo su indicación, después de que le hubo mostrado la puerta cerrada que nunca se ha de reserar, y no obstante abierta para aquel que entró por las puertas cerradas, conduce al profeta a la vía de la puerta de Aquilón, la cual no obstante también ella misma estuviera en el conspecto de la casa, sin que haya duda de que significa el templo. Y cuando el profeta hubo visto de frente la casa

del Señor llena de la gloria del Señor, la misma a saber que, puesto en la plaga de Aquilón, divisaba en contra, al punto cayó sobre su faz, no sosteniendo llevar la majestad de la gloria del Señor. Por lo cual, porque había sido abatido por la humildad, dice a él, de ningún modo el varón, sino el Señor: «Hijo de hombre, pon tu corazón», y lo demás.

En la consumación del tabernáculo y del edificio del templo que fue construido por Salomón, apareció la gloria del Señor, la cual después fue destruida por la comparación de la gloria evangélica, diciendo el Apóstol: «Pues por cierto no ha sido glorificado lo que fue glorificado en esta parte, por causa de la excelente gloria.» «Pues si lo que se destruye es por la gloria, mucho más lo que permanece está en la gloria» (2 Cor 3, 10). Y se debe evitar que pensemos que la destrucción de la gloria anterior es una abolición; sino que se ha de sentir así: que después de que viniere lo que es perfecto, aquello que había sido en parte será destruido; como si compararas la lámpara con los rayos del sol, o la luz de la lucerna [o lucernilla] con la de la lámpara. Por lo cual también de Juan el Bautista se dice: «Él era la lucerna que luce en la casa» (Jn 5, 35). Mas después de que vino el sol de justicia (Sol Justitiae), la luz de la lucerna fue escondida, diciendo el propio profeta y Bautista: «A él le conviene crecer, mas a mí serme disminuido» (Jn 3, 30).

Cayó pues sobre su faz el profeta, para que, mientras desea discernir más de lo que puede la fragilidad humana intuir, no perdiera incluso la

misma luz de los ojos. Por lo cual más familiarmente lo llama el Señor, hijo de hombre; y preceptúa que ponga su corazón, y vea con los ojos, y con las oídos oiga. Pues primero para entender lo que se dice ha de ser abierta el alma; segundo, ha de entenderse con los ojos del corazón, de los cuales se dice a Abraham: «Leva tus ojos y ve las estrellas del cielo» (Gén 15, 5); tercero, con estos oídos ha de oírse de los cuales el Salvador dice: «Quien tiene oídos de oír, oiga» (Lc 8, 8); para que pueda entender todas las ceremonias del templo y las cosas legítimas de él, y al extremo poner su corazón en las vías del templo; porque diversos son los ingresos hacia Dios. O bien por las vías del templo significa el orden de las ceremonias y las salidas del santuario. Proemio es, pues, y preparación del profeta para entender las cosas que después ha de conocer sobre el orden del templo. Y esto se ha de notar: que en la plaga de este mundo, el cual está puesto en el maligno y constituido en el frío de Aquilón, se nos muestra el orden celestial de las ceremonias.

(V. 6 ss.) «Y dirás a la casa de Israel que me exaspera: Esto dice el Señor Dios: bástennos todos vuestros crímenes, casa de Israel, por cuanto introducís hijos ajenos (o alienígenas) incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne, para que estén en mi santuario y polucionen mi casa,» «y ofrecéis mis panes, el adipe y la sangre, y disolvisteis (o traspasasteis) mi pacto en todos vuestros crímenes;» «y no guardasteis los preceptos de mi santuario y pusisteis custodios de mis observaciones en mi santuario para vosotros mismos.»

Cuando dice: «bástenos todos vuestros crímenes», o «vuestras iniquidades», exhorta a la penitencia de los pecados anteriores, para que no aumentemos pecados con pecados, y preparemos materia para el futuro incendio; sino que oigamos aquello que Isaías habla: «¡Ay de aquellos que atraen los pecados como con un funículo largo, y como con el yugo de la correa del becerro las iniquidades!» (Is 5, 18). Y el primer pecado es que introducen a hijos ajenos, o alienígenas incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne, para que estén en el santuario de Dios y polucionen la casa de Dios. Pues «un poco de fermento corrompe toda la masa» (1 Cor 5, 6); y en algunos ejemplares de los Proverbios se dice: «No introduzcas al impío en los tabernáculos de los justos».

Nos urgen en este lugar los judíos y los ebionitas, que reciben la circuncisión de la carne: ¿cómo podemos exponer el presente lugar, «incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne»? Por lo cual a saber, tras la inteligencia espiritual, debamos también suscipir la circuncisión de la carne. Pero nosotros que leemos a Pablo diciendo: «Mas protesto a todo hombre que se circuncida, que si os circuncidáis, Cristo de nada os aprovechará» (Gál 5, 2). Y aquello de Jeremías: «He aquí vuestras orejas incircuncisas, y no quisisteis oír» (Jer 6, 10). Y en el Éxodo habló Moisés en conspecto del Señor diciendo: «He aquí que los hijos de Israel no me oyeron; ¿y cómo me oirá Faraón?» «Pues yo soy de tardo sermón» (Éx 6, 12), por lo cual los Setenta dijeron: «¿acaso yo soy álogos (sin palabra)?»; lo cual mejor se tiene en

el hebreo: «Mas yo soy incircunciso de labios»; interroguémoslos, o mejor, obliguémoslos a circuncidar las orejas y a desecar los labios, para que se vea que cumplen la Escritura.

Mas si empezaren a interpretar la circuncisión de las orejas como cuando no nos permitimos oír nada torpe e deshonesto, y la circuncisión de los labios como cuando no hablamos nada indecente: digámosles que esa misma exposición debéis guardarla también en el corazón y en la carne. Circuncidamos el corazón con el cuchillo de Dios, y se quita de nuestro corazón el prepucio, cuando las torpes cogitaciones de ningún modo salen de nuestro corazón, ni se dice de nosotros: «Se ha empingüado el corazón de este pueblo, y con sus orejas pesadamente oyeron» (Hech 28, 27). Por tanto, también la carne similarmente se circuncida, para que de ningún modo hagamos obras terrenas, que por necesidad del cuerpo somos compelidos a hacer, como tomar comida, y bebida y sueño, y usar vestidos: las cuales cosas entonces circuncidamos si no para las delicias, y para la lujuria, y para la inercia, sino para la necesidad de la naturaleza y el sustentáculo de este cuerpo hiciéramos todo. Quien bebe un poco de vino por causa del estómago y las frecuentes enfermedades, y odia la ebriedad, circuncida su carne (1 Tim 5). Quien duerme cuanto la naturaleza permite, oirá de Salomón: «Si te sentares, sin temor estarás; si durmieres, suavemente dormirás, y no temerás el pavor que te sobreviene, ni los ímpetus de los impíos que sobrevienen» (Prov 3, 24). Y quien huye de la fornicación, y devuelve

el débito a la mujer volviendo a lo mismo para que no lo tiente Satanás (1 Cor 7), oirá con el pueblo de Israel: «En este día quité de vosotros el oprobio de Egipto». Usará también vestidos que repelan el frío; no los que por su tenuidad muestren los cuerpos desnudos. La carne atenuada por los ayunos y circuncidada por la continencia (Jos 5), huye del oprobio de los egipcios que son de grandes carnes, y puede decir aquello que en muchísimos lugares según la edición de los Setenta se lee: «Como contabeció mi carne en tierra desierta, invía e inacuosa, así en el santo me aparecí a ti» (Sal 62, 3).

Si alguna vez, pues, quisiéramos introducir alienígenas en el templo de Dios, circuncidamos las orejas de ellos, y los labios, y el corazón, y toda la carne, y los ojos, el gusto y el olfato, para que todo lo hagamos con el temor de Dios y con razón. Oigan esto los obispos y los presbíteros y todo el orden eclesiástico, para que no introduzcan hijos ajenos incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne, para que no estén en el santuario de Dios y polucionen su casa. Pues si esto hicieren, se les adaptará lo que sigue: «Y ofrecéis mis panes», los panes a saber de la proposición en todas las Iglesias y en el orbe de las tierras, que brotan de un solo pan, y no solo los panes, sino también el adipe de quien está escrito: «Del adipe del trigo los saturó» (Sal 80, 17), y la sangre que fue efundida en la pasión de Cristo. Y se ha de leer así, y así se ha de restituir el orden de la lección: «Cuando introducís hijos alienígenas incircuncisos de corazón y de cuerpo en mi santuario, y polucionáis

mi casa, osáis ofrecer los panes y el adipe y la sangre, los misticos sacramentos,» «y no entendéis que habéis disuelto y traspasado mi pacto en todos vuestros crímenes e impiedades, y no habéis guardado los preceptos de mi santuario, ni habéis puesto custodios de mis ceremonias en mi santuario.» Toda la conminación es pues contra aquellos que no oyeron al Apóstol premonizando: «A nadie impongas pronto las manos, ni comuniques con los pecados ajenos» (1 Tim 5, 22). O por cierto se ha de entender así: «Disolvisteis mi pacto en todos vuestros crímenes, y no guardasteis los preceptos de mi santuario, y osáis poner custodios indignos y ajenos en la observación de mi santuario para vosotros mismos», para que se subentienda: «no para mí». Y es el sentido: «Que os sirvan y ministren en las cosas carnales: y por vuestros refrigerios polucionen mi santuario».

(Vers. 9 ss.) «Esto dice el Señor Dios: Todo alienígena incircunciso de corazón e incircunciso de carne no entrará en mi santuario: todo hijo ajeno que está en medio de los hijos de Israel.» «Sino también los Levitas que lejos se retiraron de mí en el error de los hijos de Israel, y erraron de mí tras sus ídolos, portarán su iniquidad, los cuales estaban en [Vulg. y portaron su iniquidad, estarán en, etc.] mi santuario como aedituos y janitores de las puertas de la casa, y ministros de la casa; y ellos mismos mactaban los holocaustos y las víctimas del pueblo, y allí estaban ante ellos para ministrar por ellos.» «Por cuanto pues ministraron por ellos en [Vulg. ellos mismos mactarán, estarán en el conspecto de ellos para

ministrarles por cuanto les ministraron en, etc.] el conspecto de sus ídolos, y se hicieron a la casa de Israel en escándalo de iniquidad: por eso levé mi mano sobre ellos, dice el Señor Dios, y portaron [Vulg. portarán] su iniquidad.» «Y no se aproximarán a mí para fungir el sacerdocio para mí: ni accederán a todo mi santuario junto al santo de los santos: sino que portarán su confusión y sus crímenes que hicieron.» «Y los daré como janitores de la casa en todo el ministerio de ella, y en todas las cosas que se hacen [Vulg. se harán] en ella.» «Mas los sacerdotes Levitas hijos de Sadoc, que guardaron las ceremonias de mi santuario cuando erraban los hijos de Israel de mí, ellos accederán a mí para ministrarme: y estarán en mi conspecto para ofrecerme el adipe y la sangre, dice el Señor Dios.» «Ellos entrarán en mi santuario: y ellos accederán a mi mesa para ministrarme, y guarden mis ceremonias.»

LXX: «Por esto estas cosas dice el Señor: Todo hijo alienígena incircunciso de corazón e incircunciso de carne no entrará en mis santos en todos los hijos de los alienígenas que están en medio de la casa de Israel; sino también los Levitas que lejos se retiraron de mí cuando erraba Israel de mí tras sus cogitaciones, y recibirán su iniquidad, y estarán en mis santos ministrantes, ostiarios en las puertas de la casa, y ministros de la casa.» «Estos inmolarán los holocaustos y las víctimas al pueblo, y estos estarán ante el pueblo para que les ministren.» «Por cuanto les ministraron ante la faz de sus ídolos, y se hizo a la casa de Israel en tormento de iniquidad: por

eso levé mi mano sobre ellos, dice el Señor Dios, y recibirán su iniquidad: y no accederán a mí para fungir el sacerdocio para mí: ni para que ofrezcan a todos los santos de los hijos de Israel: ni a los santos de mis santos: y suscipirán su ignominia en el error por el que erraron.» «Y los pondrán para que sirvan las custodias de la casa en todas las obras de ella: y en todas las cosas que hicieron en ella.» «Los sacerdotes Levitas hijos de Sadduc, que guardaron las custodias de mis santos cuando erraba la casa de Israel de mí, estos accederán a mí para ministrarme, y estarán ante mi faz para que me ofrezcan hostia, adipe y sangre, dice el Señor Dios.» «Estos entrarán en mis santos, y estos accederán a mi mesa para ministrarme, y observen mis custodias.»

Según una y otra edición puse el testimonio, para que de la comparación de ellas podamos saber qué sintieron los LXX y qué tiene el hebreo. Los Setenta significan esto: que los alienígenas incircuncisos de corazón y de carne que habitan en medio de los hijos de Israel no deben entrar en el santuario de Dios. Mas los Levitas, esto es, el grado sacerdotal, que lejos se retiraron del Señor en el error de los hijos de Israel, y erraron tras sus ídolos, después de que recibieren su iniquidad, estén en el santuario del Señor como aedituos y janitores, y ministros de la casa, y macten los holocaustos y las víctimas del pueblo: y estos estén en el conspecto de ellos para ministrarles lo que les ministraron en el conspecto de sus ídolos, y se hicieron a la casa de Israel en tormento de iniquidad: y por eso dice el Señor Dios que levó su mano

sobre ellos: para que no accedan a él y funjan el sacerdocio para él, ni le ofrezcan en el santo de los santos, y porten su ignominia en el error en que erraron: a saber, para que sean puestos en la observación de las custodias de la casa en todas las obras de ella, y en todas las cosas que se hacen en la casa.

Si esto es así, ¿cómo podrá estar en pie que los Levitas que lejos se retiraron de Dios en el error de los hijos de Israel, y erraron de él tras sus ídolos, ellos mismos ministren en la casa y macten los holocaustos y las víctimas del pueblo, y ellos mismos estén en el conspecto de ellos para ministrarles? Pues ¿qué harán de más los sacerdotes hijos de Sadoc, que guardaron las ceremonias del santuario de Dios, de quienes dice: «Ellos accederán a mí para ministrarme, y estarán en mi conspecto para ofrecerme el adipe», y lo demás?

Mas el hebreo tiene este sentido: Todo alienígena incircunciso de corazón e incircunciso de carne no entrará en mi santuario, aunque se vea estar con el pueblo de Israel. Mas los Levitas, esto es, el grado sacerdotal, que lejos se retiraron de mí en el error de los hijos de Israel, y siguieron los ídolos, portarán su iniquidad, por cuanto estuvieron en mi santuario ministrando en el oficio de las puertas de la casa, y ministros de ella. Pues ellos ofrecían el holocausto y las víctimas del pueblo, y ellos mismos estaban en el conspecto de ellos para ministrar por ellos. Porque pues ministraron por ellos en el conspecto de sus ídolos, y fueron a la casa de Israel en escándalo de iniquidad, por eso levé mi mano sobre ellos, dice

el Señor Dios: y portaron su iniquidad, y no se aproximarán a mí para fungir el sacerdocio para mí: ni accederán a todo mi santuario junto al santo de los santos: sino que portarán su confusión y sus crímenes que hicieron. Pues en vez del oficio sacerdotal, que solían ofrecer el holocausto y las víctimas y todo sacrificio, serán reducidos al último grado, y serán janitores de la casa, en ignominia sempiterna, para que por todo el pueblo sean vistos al entrar y al salir, de qué sublime dignidad a qué último grado llegaron.

Mas los sacerdotes, dice, esto es, los Levitas que son hijos de Sadoc (esto es, de los justos, o el justo de Dios), y que en el tiempo del error de todo Israel guardaron las ceremonias de mi santuario, ellos accederán a mí para ministrarme, y estarán en mi conspecto, y me ofrecerán el adipe (esto es, la hostia pingüísima) y la sangre, hostia a saber viva y placentera a Dios, y ellos entrarán en mi santuario y accederán a mi mesa para encenderme el timiama, y guarden todo rito del sacrificio.

Mas si esto es así, que los que en el tiempo del error y de la persecución siguieron los ídolos que de su corazón habían forjado, y no solo de voz, sino también por subscripción de la mano aserueron que el Hijo de Dios es criatura, y sirvieron a la criatura más que al Creador, que es bendito por los siglos, ¿cómo asumen para sí el fastigio sacerdotal y pontifical, y osan ofrecer víctimas a Dios, siendo otrora cultores de los ídolos? Mas como el ardentísimo poeta testifica: «Cuanto por muchos se peca, está impune». La multitud de los pecantes hizo más impetrable para los impíos el

perdón, de modo que quienes, reducidos a laicos, debieron deplorar los crímenes de su antiguo sacrilegio, ahora se sientan resupinos en el solio pontifical y nos eructen las náuseas de una fe simulada, o mejor, los abiertos compendios de una perfidia encubierta. Oigan pues siquiera tarde, y observen los preceptos de Dios omnipotente. «Todo alienígena incircunciso de corazón e incircunciso de carne no entrará en mi santuario». Aunque aquel sea hijo, aunque esté asociado por el parentesco, aunque nos esté ligado por antigua necesidad: si es incircunciso de corazón o de carne, no sea introducido en el santuario de Dios: no sea que a los ministros de Cristo los hagamos ministros nuestros, y por refrigerios carnales polucionemos los altares del Señor.

Por lo que nosotros pusimos: «Y los daré como janitores de la casa en todo el ministerio de ella, y en todas las cosas que se hacen en ella»; a saber, a aquellos de los Levitas que lejos se retiraron de Dios en el error de los hijos de Israel y siguieron los ídolos a los cuales inmolaron víctimas. Símaco, considerando el orden de la lección y el sentido, interpretó más rectamente diciendo: «Pues los había puesto como custodios de las puertas de la casa de todo el ministerio de ella y de todas las cosas que se hacen en ella», para que no pertenezca a los que han de estar en el templo en el futuro, sino a los que estuvieron.

(Vers. 17 ss.) «Y cuando entraren por las puertas del atrio interior, de vestidos (o estolas) líneos se inducirán: ni ascenderá sobre ellos nada láneo (o y no se inducirán de lanificios) cuando minis-

tran en las puertas (o desde las puertas) del atrio interior e intrínsecamente.» «Vitas líneas habrá en sus cabezas (o cidares líneas tendrán sobre sus cabezas) y feminales líneos habrá en sus lomos, y no se ceñirán en sudor (o violentamente).» «Y cuando salieren al atrio exterior al pueblo, se despojarán de sus vestimentos (o estolas) en los cuales habían ministrado, y los repondrán en los gasofilacios [Vulg. gasofilacio] (o exedras) del santuario (o de los santos) y se vestirán de otros vestimentos (o estolas), y no santificarán al pueblo en sus vestimentos (o estolas).» «Mas su cabeza no raerán, ni nutrirán la cabellera, sino que tondiendo tonderán sus cabezas (o sus cabezas no raerán, y las cabelleras no al raso tondearán: cubriendo cubrirán sus cabezas).» «Y vino no beberá todo sacerdote cuando haya de ingresar al atrio interior.»

Primero se han de abrir las palabras de la historia. Entre las demás cosas que el sermón dominico preceptúa a los sacerdotes, manda también observar esto: que en las mismas puertas del atrio interior se induzcan vestidos, esto es, estolas líneas: ni usen indumentos láneos tanto en las puertas del atrio interior como intrínsecamente, esto es, en los aditos y en el santo de los santos: y las vitas o cidares líneas estén en sus cabezas, y los feminales líneos en los lomos.

Y lo que sigue según los Setenta: «Y no se ceñirán violentamente», por lo cual Aquila y Símaco tradujeron: «en sudor»; Teodoción, expresando la misma palabra hebrea, puso «in JEZE»; la segunda edición de Aquila, «BUSA» [o BUZA]:

por lo cual significa que no se han de ceñir ellos violentamente, estrecha y constreñidamente al modo de los ligados, para que en los ministerios sacerdotales y levíticos no se hagan inhábiles, y no puedan tener y mactar las víctimas, y atraerlas también y discurrir.

Y porque una vez había preceptuado qué vestidos debían usar los sacerdotes cuando estuvieran intrínsecamente en los ministerios, de nuevo manda que, saliendo a los gasofilacios (gazophylacia) o a las exedras de los santos, se despojen de sus anteriores vestidos e induzcan otros: no sea que, si tuvieren los santos vestidos, santifiquen al pueblo puesto fuera, que aún no haya sido santificado, ni se haya preparado para la salvación del templo, para que sea Nazareno (Nazaraeus) del Señor. Por lo cual aprendemos que no con cotidianos y cualesquiera vestidos polucionados por el uso de la vida común debemos ingresar en el santo de los santos, sino con conciencia munda y mundos vestidos tener los sacramentos del Señor.

Mas lo que sigue: «Mas su cabeza no raerán, ni nutrirán la cabellera, sino que tondiendo tonderán sus cabezas», se demuestra perspicuamente que ni con cabezas rasas como los sacerdotes y cultores de Isis y de Serapis debemos ser nosotros; ni de nuevo dejar caer la cabellera, lo cual es propiamente lujurioso, y de bárbaros y de militantes; sino que un hábito honesto se demuestre en la faz de los sacerdotes. Por lo cual dijeron los LXX: «Sus cabezas no raerán, y sus cabelleras no tondearán al raso; sino que cubriendo cubrirán

sus cabezas», según lo cual aprendemos que ni la calvicie ha de hacerse con la navaja, ni se ha de tondear la cabeza tan al raso que parezcamos símiles a los rasos, sino que se han de dejar los cabellos tanto que la cutis esté cubierta. O por cierto los sacerdotes siempre deben cubrir sus cabezas, según aquello virgiliano: «Velar las cabelleras con purpúreo amicto, cubierto». Pero esta es una interpretación violenta.

Mas el vino no solo no lo beberán los sacerdotes y Levitas en el ministerio; sino que ni siquiera al haber de ingresar en el santo de los santos, no sea que se oprima la mente y el sentido se haga más craso. Por lo cual también el Apóstol dice: «Bueno es no beber vino, y no comer carne» (Rom 14, 21). Y en otro lugar: «Y el vino en el cual está la lujuria» (Ef 5, 18). Pues el pueblo comió y bebió, y se levantaron a jugar. Y lo que concede a Timoteo, que beba un poquito de vino, demostraba perspicuamente por qué concedió esto: «por causa del estómago», dice, «y las frecuentes enfermedades» (1 Tim 5).

Usan vestidos líneos los sacerdotes egipcios no solo intrínsecamente, sino también extrínsecamente. Por lo demás, la religión divina tiene un hábito en el ministerio, y otro en el uso y la vida común. Los feminales rectamente se asumen para que la honestidad y el decoro se guarde: a saber, para que, ascendiendo los grados del altar y discurriendo en el ministerio, no revelen la torpitud. Cabezas rasas tiene la superstición gentil. Mas en cuanto al vino, por lo que pertenece a mi

noticia, no pienso que alguno de los gentiles se abstenga.

Qué indique todo esto según el sentido espiritual, las palabras siguientes lo mostrarán. Que hay indumentos santos y espirituales, lo enseña también el Apóstol diciendo: «Inducios del Señor Jesucristo» (Rom 13, 14). Y en otro lugar: «Inducios de vísceras de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia» (Col 3, 12). Y de nuevo: «Expoliados del viejo hombre con sus obras, e inducidos del nuevo que se renueva en ciencia, según la imagen del Criador» (1 Cor 15, 54); lo cual pienso que significa también aquello: «Conviene pues que esto corruptible se induzca de incorrupción, y esto mortal se induzca de inmortalidad.» «Mas cuando esto corruptible haya sido inducido de incorrupción, y esto mortal de inmortalidad, entonces se hará el sermón que está escrito», y lo demás. De los vestidos sacerdotales en el Éxodo plenamente está escrito (Éx 28): y nosotros en otro tiempo editamos un libro, a cuya interpretación se ha de remitir al diligente lector. Pues no podemos comprender una materia tan lata en un breve sermón. Estos vestimentos los confeccionamos con nuestro propio trabajo, los cuales están tejidos desde arriba, cual también el Señor tenía la túnica que no pudo ser escindida (Jn 18); de los cuales nos inducimos cuando conocemos los secretos del Señor y los arcanos, y tenemos el espíritu que escruta incluso las cosas altas y profundas de Dios, las cuales no se han de mostrar al vulgo, ni se han de proferir al pueblo que no está santificado, ni preparado para

la santidad del Señor: no sea que, si oyeren cosas mayores que ellos, no puedan llevar la majestad de la ciencia y sean como sofocados por la comida sólida los que aún han de ser nutridos con la leche de la infancia. Que hay, por el contrario, vestimentos pésimos, lo enseña la Escritura divina, como es aquello que en los Salmos se canta sobre Judas el traidor: «Se indujo de la maldición como de un vestimento» (Sal 108, 29). Y tras un poco: «Hágase a él como el vestimento con que se circunda, y como la zona con que siempre se ciñe». Por lo cual también el Señor, que dolió por nosotros y portó nuestros pecados, en Zacarías se dice que tiene vestimentos sórdidos, de los cuales está escrito: «Y Jesús estaba inducido de vestidos sórdidos» (Zac 3, 4); los cuales después depone, diciendo la Escritura: «Quitad de él los vestimentos sórdidos, e inducidlo de poderis (podere)», y lo demás.

(Vers. 22 ss.) «Viuda y repudiada (o eyectada) no recibirán por mujeres, sino virgen de la simiente de la casa de Israel.» «Sino también a la viuda que fuere viuda de sacerdote recibirán: y a mi pueblo docerán qué hay entre lo santo y lo poluto, y entre lo mundo y lo inmundo les mostrarán.» «Y cuando hubiere controversia (como en los LXX se añadió, de sangre) estarán en mis juicios, y juzgarán mis leyes, y mis preceptos en todas mis solemnidades custodiarán.»

Todo este lugar contiene los preceptos de los sacerdotes, quienes después de muchas cosas que arriba expusimos, se les manda no recibir por mujeres a la viuda y a la repudiada, o eyectada.

Viuda y repudiada es la sinagoga, esto es, la congregación de los judíos que no recibió al Señor. Por lo cual rectamente se dice eyectada, o viuda la sinagoga. Eyectada por cierto la frecuencia de los heréticos que salieron de nosotros, porque no eran de nosotros. Mas la virgen, dice, de la simiente de la casa de Israel, la cual ha sido nutrida en la casa de Dios, en la ley y los profetas, de la cual también el Apóstol habla: «Quiero exhibiros a todos como virgen santa a Cristo» (2 Cor 11, 2). Esta es la virgen de la cual también en otro lugar dice el sermón divino: «Ámala, y te servirá: circúndala, y te exaltará: hónrala, para que te ampare» (Prov 4, 8). Cuál sea, pues, la virgen que ha de ser amada y que custodie a su amador, lo sabrá quien leyere aquello: «A esta amé y busqué desde mi adolescencia, y busqué conducirla para mí como esposa, y fui amador de su decoro» (Sab 8, 2). Y de nuevo: «Y el Señor de todas las cosas la amó». Mas no solo a la virgen, sino también a la viuda deben conducir los sacerdotes, la cual no obstante haya sido mujer de otro sacerdote; la ciencia a saber que otro cultor de Dios hubiere hallado. Pues no debemos estar contentos solo con la doctrina nueva, sino también cultivar la antigua y unirlas a nuestra comitativa, si no obstante hubiere sido erudita en el culto sagrado. También es oficio del sacerdote docer al pueblo qué hay entre lo santo y lo poluto, entre lo mundo y lo inmundo; para que primero lo refiramos a los dogmas, segundo a las obras que se efectúan por la carne. Pues ¿quién entiende los delitos (Sal 8, 13)? Y cuando hubiere controversia sobre

toda cosa, o como los Setenta habían traducido, «de sangre», esto es, lo que pertenece al crimen mortal, estarán los sacerdotes en mis juicios, para que no juzguen según el honor, ni acepten la persona del pobre o del rico en el juicio: sino que estén en los juicios de Dios, y se acuerden de aquel salmo: «Dios estuvo en la sinagoga de los dioses, mas en medio dijudica a los dioses» (Sal 81, 1), llamando dioses a los que tienen la potestad de juzgar sobre los hombres: que en el juicio en que juzguen, se juzgará de ellos (Mt 7). Mis leyes, dice, y mis preceptos en todas mis solemnidades custodiarán, para que sepan cómo Cristo fue inmolado para nosotros como Pascua (Pascha); cómo debemos cumplir siete semanas de gozo y de alegría, y humillar nuestras almas en el ayuno; y entender el clamor de las tubas y las escenopegias (scenopegias) espirituales, en las cuales decimos: «Advena soy yo y peregrino como todos mis padres» (Sal 38, 13). Estas son las verdaderas solemnidades de Dios, las cuales más consecuentemente interpretará quien diserte el Pentateuco. La primera virtud del sacerdote es no tanto docer lo que supiere, sino custodiar todas las festividades de Dios, para que pueda a otros preceptuar las cosas que se han de custodiar, las cuales él mismo también haya observado. Mas que el oficio de los sacerdotes es tener la noticia de la ley, también lo aprendemos en Malaquías, quien dice: «Los labios del sacerdote custodiarán la ciencia, y la ley requerirán de su boca: porque es el ángel del Señor de los ejércitos» (Mal 2, 7).

(Vers. 25 ss.) «Y mis sábados santificarán, y a hombre muerto no entrarán, para que no se poluyan» (por lo cual los Setenta tradujeron: «y sobre el alma del hombre no entrarán, para que no se poluyan»): «sino para el padre», dice, «y la madre, el hijo y la hija, el hermano y la hermana que no tuvo marido, se contaminarán. Y después de que fuere purificado, siete días se le numerarán, y en el día de su entrada en el santuario y al atrio interior, para que me ministre en el santuario, ofrecerá por su pecado al Señor Dios» (o «ofrecerá una aplacación»). «Mas no habrá para ellos heredad: yo soy su heredad, y posesiones no les daréis en Israel: yo soy su posesión.»

Todavía se preceptúa a los sacerdotes: en lo cual se ha de observar que no dijo absolutamente: «y los sábados santificarán»; o según Isaías: «Vuestras neomenias y vuestros sábados odia mi alma» (Is 1, 13): sino con distinción, «mis sábados». Por lo cual también en el Evangelio está escrito: «Los sacerdotes en el templo violan el sábado, y están sin culpa» (Mt 12, 5): no el sábado de Dios, sino el sábado de la letra, el sábado de los judíos, el cual rectamente violan quienes son linaje elegido, real, sacerdotal.

Por lo demás, aquel sábado que fue santificado, entendamos aquel que también el Apóstol enseña que ha sido dejado para el pueblo de Dios, de cual se dice: «Si entraren en mi reposo» (Sal 94, 11): el cual en hebreo se nombra «sábado». Mas santifica el sábado de Dios quien no porta la carga del pecado en el sábado, ni dice: «Como carga pesada se han agravado sobre mí» (Sal 37,

5). Quien tal es, no recoge leña en el sábado; ni superedifica sobre el fundamento de Jesucristo leña, heno, estopa (1 Cor 3): ni enciende fuego que consuma la materia inútil, y en el día del sábado permanece en un solo lugar: ni sale fuera, sino que como columna puesta en el templo de Dios permanece, sobre lo cual Juan escribe en el Apocalipsis: «Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios, y no saldrá fuera más» (Apoc 3, 12).

Y lo que sigue: «Y a hombre muerto no entrarán, para que no se poluyan»: es propiamente del oficio sacerdotal no tocar cosas muertas (morticina), para que quien por los vicios de otros depreca, él mismo acceda limpio al altar. De cuales muertos también el Salvador habla en el Evangelio: «Deja a los muertos que sepulten a sus muertos» (Mt 8, 22). Estos se contaminan en el padre muerto cuando abandonan a su Creador: y en la madre muerta, recediendo de la Iglesia: en el hijo también y la hija, que uno pertenece a los pensamientos, otro a las obras, lo cual más significantemente se dice en griego tà noētā kaì aisthētá. También al hermano y la hermana, que por el mismo espíritu ha renacido, si lo juzgare muerto, se contamina en él: de tal modo al menos si la hermana permaneciere virgen, ni hubiere sido maculada por el complejo de ningún varón.

De lo cual entendemos el privilegio virginal, que el contacto de cualquier varón quita la perfecta pureza, lo cual, si rectamente o erróneamente se ha dicho, lo dejemos al arbitrio del lector.

También sobre esto se prueba el afecto de la naturaleza, para que por el orden de la caridad según lo que está escrito: «Ordenad en mí la caridad» (Cant 2, 4), después de Dios pariente de las cosas, el padre de la carne también y la madre sean amados; el hijo y la hija; el hermano y la hermana; de tal modo al menos si de casa no hubiere salido, ni hubiere pasado a la potestad de otro.

Mas después de que el sacerdote hubiere sido emundado por el orden de purificación que en la ley mosaica ha sido escrita, siete días se le numerarán, o el número perfecto de la penitencia, o después de la consumación del mundo, cuando pasamos a la verdadera ogdoada, para que entre en el santo de los santos (esto es en efecto el atrio interior) y pueda ministrar en el santuario y siempre ofrecer por el pecado de la conciencia una víctima: ni haya ningún tiempo en que no se acuerde que fue maculado sobre el padre y la madre, el hijo y la hija, el hermano y la hermana.

Pues muchas cosas somos compelidos a hacer constituidos en las angustias de este siglo, o por la condición de la carne, o por la fragilidad de la naturaleza.

Mas quien tal hubiere existido, que ministre en el santuario, y el atrio ingrese interior, y ofrezca siempre a Dios sacrificio, de modo que sea verdadero sacerdote, más aún imitador de aquel de quien está escrito: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Sal 109, 4), este ninguna tendrá heredad, sino a Dios que es su heredad: ni recibirá posesión en Israel, esto es, entre el vulgo innoble; sino sacerdotal, para

que diga de él el Señor: «Yo soy su heredad y yo soy su posesión». A quien cuando hubieren hallado, hablarán y dirán: «Lo tendré, y no lo soltaré»; y salmearán con el profeta: «Mi parte es el Señor» (Sal 72, 26).

(Vers. 29, 30.) «La víctima tanto por el pecado como por el delito (o por ignorancia) ellos mismos comerán, y todo voto (o separación) en Israel será de ellos. Y las primicias de todos los primogénitos, y todos los libamentos de todas las cosas que se ofrecen, serán de los sacerdotes, y las primicias de vuestras comidas daréis al sacerdote, para que reponga la bendición para su casa [Vulg. tuya] (o para que ponga bendiciones sobre vuestras casas).»

Por «víctima y sacrificio», que en hebreo se dice MANAA, Aquila y Símaco interpretaron «don». Nuevamente, por «voto» que los Setenta tradujeron aphórisma, esto es «separación», Aquila y Símaco y Teodoción interpretaron anáthēma, que en hebreo se dice HEREM. Y se ha de considerar que todas las cosas que ahora el Señor habla por el profeta, ya antes las había dicho por Moisés. Y se ha de preguntar por qué repite las mismas cosas que fueron dichas: a saber, para que aquellas cosas que están en las mentes de los hombres, borradas sea por la negligencia de leer, sea por el desprecio de oír y el olvido, se innoven por viva voz, la cual no esté escrita con cálamo y atramento, sino por el espíritu y la palabra de Dios. Por lo cual también el Salvador ningún volumen de su propia doctrina dejó, lo cual en muchísimos de los apócrifos fingen delirios: sino

que por el Espíritu del Padre y por el suyo propio habla diariamente en el corazón de los creyentes. Y esta será la respuesta contra aquellos que calumnian a los profetas, de por qué replican en sus volúmenes las cosas que se contienen en el Pentateuco.

La víctima, pues, tanto por el pecado como por el delito, o ignorancia, coman los sacerdotes, de quienes está escrito: «Los pecados de mi pueblo comerán» (Os 4, 8). Ni se ha de gozar tanto por la oblación de los dones, cuanto se ha de temer por la condenación del honor, si de él abusamos indignamente. Las primicias (primitiva) según la letra son de los animales y de las cosas inanimadas que primero nacen, y las que primero la tierra engendra. Las primicias de nuestras comidas también se ofrecen a los sacerdotes, para que nada gustemos de los nuevos frutos, si el sacerdote antes no hubiere gustado. Mas esto hacemos para que el sacerdote reponga la bendición y nuestra oblación en su casa: o para que a su imprecación el Señor bendiga nuestras casas. Grande es la dignidad de los sacerdotes: pero grande es su ruina si pecan. Alegrémonos por el ascenso, pero temamos por el lapso. No es de tanto gozo haber tenido las cosas excelsas, de cuanto es de dolor haber caído de las más sublimes. Pues no solo por nuestros delitos daremos razón: sino por los de todos cuyos dones abusamos, y en modo alguno somos solícitos de su salud.

(Vers. 31.) «Todo mortecino (morticinum) y capturado por la bestia, de las aves y de los ganados, no comerán los sacerdotes.» Tanto según la

letra, para todo linaje elegido, real y sacerdotal, que propiamente se refiere a los cristianos, que han sido ungidos con óleo espiritual, de cual está escrito: «Te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría sobre tus partícipes» (Sal 44, 8), estos preceptos convienen: que el mortecino (morticinum) no coma tanto de las aves como de los ganados, cuyo en modo alguno el sangre ha sido efundido, lo cual en los Hechos de los apóstoles se dice «sufocado» (suffocatum); y cuales cosas que necesariamente se han de observar, la Epístola de los apóstoles desde Jerusalén amonesta (Hech 15): y «capturado por la bestia»; porque también ello similarmente ha sido sufocado: y condena a los sacerdotes que, en tordos, higueros, lirones y otros de esta clase, no custodian estas cosas por la avidez de la gula.

Mas podemos según la anagogía llamar mortecino aquello en lo cual el sangre del alma ha muerto, e imita a Nabal el carmelita, que se interpreta «estúpido»: y oída la ira de David contremeció de pavor, y murió su corazón en él (1 Sam 25). Mas capturado por las bestias, de cuyos mordiscos para que no sea laniado suspira el profeta, diciendo: «No entregues a las bestias el alma que te confiesa» (Sal 73, 19), aquel se ha de decir que es devorado por los mordiscos del león adversario, y del leopardo que no cambia su variedad, y de la osa que se ensaña arrebatados los cachorros, y de los lobos de Arabia, y de las restantes bestias, que recibimos en la variedad de los demonios. Mas a aquellas aves decimos que son las que ponen en el cielo su boca, y a aquellos

ganados que, pronos y vergentes hacia la tierra, sirven al vientre solamente y a aquellas cosas que bajo el vientre están.

(Cap. XLV.---Vers. 1 ss.) «Y cuando empezareis a dividir la tierra por suerte, separad primicias para el Señor, lo santificado de la tierra, de longitud veinticinco mil: y de latitud diez mil: santificado será en todo su término por el circuito. Y habrá de esto (Vulg. cada parte) santificado, quinientos por quinientos cuadrifariam por el circuito, y cincuenta codos (Vulg. añade en) para sus suburbios por el giro. Y desde esta medida medirás la longitud de veinticinco mil, y la latitud de diez mil, y en ello estará el templo (o santificación) y el santo de los santos. Santificado de la tierra será para los propietarios ministros del santuario, que acceden al ministerio del Señor, y será para ellos lugar para casas, y para santuario de santidad. Veinticinco mil de longitud, y diez mil de latitud. Mas los levitas que (Vulg. serán para los levitas, que etc.) ministran a la casa: ellos poseerán veinte gasofilacios (gazophylacia)» (por lo cual los Setenta tradujeron: «ellos mismos tendrán la ciudad para habitar»). «Y la posesión de la ciudad daréis a cinco mil de latitud, y de longitud veinticinco mil, según la separación del santuario para toda la casa de Israel. Al príncipe también de aquí y de allá, de la separación (o primicias) del santuario en posesión de la ciudad contra la faz de la separación del santuario, y contra la faz de la posesión de la ciudad desde el lado del mar hasta el mar, y desde el lado del Oriente hasta el Oriente; mas la longi-

tud según cada una de las partes desde el término occidental hasta el término oriental, de la tierra (Vulg. de la tierra) será para él posesión en Israel: y no se acoplarán (o vastarán) más los príncipes a mi pueblo: y (Vulg. sino) la tierra darán a la casa de Israel según sus tribus.»

Después de las ceremonias de los sacerdotes, y su culto y comida, qué cosas deban tomar, qué evitar: ahora hace la descripción de la tierra santa, y antes de que toda la divida en tribus, manda que de todas las tribus se elija un lugar que en longitud tenga veinticinco mil, y en latitud diez mil. Y porque no se ha puesto si de codos o de pies o de ulnas, se da a entender que significa el cálamo que estaba en la mano del varón, y tenía por medida seis codos y la sexta parte de un codo, esto es, palaistén (un palmo). El diligente lector calcule cuántos cálamos hacen una milla, y cuántos miles hubo en longitud y latitud. Después de cuya descripción, nuevamente preceptúa que de la tierra santificada que fue elegida de todas las tribus de Israel, esto es, de veinticinco mil cálamos en longitud y diez mil en latitud, se elija para edificar el santuario, esto es el templo del Señor, otra tierra intrínseca de quinientos cálamos por el circuito, esto es, de dos mil. Y para que acaso otras edificaciones no se unieran a la edificación del templo, preceptúa que por cincuenta codos por el circuito la tierra esté vacía en suburbios: o como Símaco y Teodoción y los LXX tradujeron, en término, y separación y espacio.

Finalizada esta descripción, se preceptúa otra medida de la santificación que se ha de separar

íntegramente, para que tras la medida superior, se mida otra tierra de veinticinco mil cálamos en longitud y diez mil de latitud, en la cual en modo alguno esté el templo, esto es lo santo, sino lo santo y el santo de los santos, y habiten en ella los sacerdotes que acceden al ministerio del Señor. Mas habiten en aquel tiempo cuando desempeñan el oficio sacerdotal, y sea la posesión misma, como dijimos, de veinticinco mil cálamos en longitud y diez mil en latitud. Por lo demás los levitas, que sirven a los sacerdotes y tienen sus propios ministerios, recibirán lugar para edificar veinte gasofilacios (gazophylacia); según Aquila, exedras; según Símaco, tálamos; según Teodoción, gazeras, o como los LXX tradujeron, ciudad. Por lo cual entendemos un cierto lugar separado para la habitación de los levitas, que se llama con el nombre de ciudad, cuyo lugar tenga cinco mil cálamos en latitud y veinticinco mil en longitud. Mas todas estas cosas, esto es, el santuario, y el otro santuario, el santo de los santos, y los habitáculos de los sacerdotes, y las casas de los levitas que ministran a los sacerdotes, se llaman lugares separados y consagrados para el ministerio y para la santificación para la casa de Israel.

Después de la cuádruple descripción de la tierra santa, se pone la quinta división. El príncipe, o el duque del pueblo reciba de aquí y de allá, esto es, de cada parte del santuario en su posesión, y en la ciudad se verse: y respete su posesión al lugar separado para el templo, y la faz de la ciudad: y sea desde el lado del mar, esto es, desde el Occidente, hasta el otro lado del mar, teniendo

la latitud que más abajo en la descripción de las tribus singulares describe el profeta. Finalmente sigue: «En longitud mas según cada una de las partes» que las tribus singulares reciben, «desde el término occidental», esto es, del mar, «hasta el término oriental», donde se termina, lo conoceremos en la descripción de las tribus. Y esta será la posesión del duque, o príncipe, en la tierra de Israel.

Estas cosas se digan entretanto, para que se conozca el simple sermón de la historia.

Por lo demás si quisiéramos comparar espirituales con espirituales, y según ciertos intérpretes ascender a cosas más altas, que asertan que las cosas presentes son figura de las futuras, y que todas las cosas que se dicen pertenecen a la Jerusalén celestial, que es madre de todos nosotros, y a la Iglesia de los primogénitos, no será ciertamente difícil decir las cosas que han sido dichas por otros: pero tememos que el prudente lector en modo alguno reciba una exposición de este tipo. Por lo cual al tiempo presente, y a la Iglesia que ahora labora en el mundo y a las cosas celestiales ir festina, se han de referir todas las cosas, para que del universo mundo se elijan unos para la posesión de Dios, que posean lo santo; otros, que a mayores cosas hubieren aprovechado, tengan los santos de los santos.

En los ministros también el orden es diverso de los sacerdotes y levitas, de los cuales unos por sus oraciones y virtudes diariamente ofrecen sacrificios a Dios; otros están en el segundo y menor grado, para que les ministren y por medio de ellos

que a las cumbres de las virtudes ascendieron; y al extremo sea el duque o príncipe, que tanto pueda que contra una tribu reciba posesión; y el mérito de uno compense los méritos de muchísimos, y primero mientras se versa en el siglo, desde el mar hasta el mar la latitud posea; después desde el Occidente, o desde el mar hasta el Oriente, para que las cosas presentes abandonando, a las futuras festine, y tenga su cierta posesión, y en modo alguno los príncipes las cosas ajenas deseen, y cada tribu su propia parte tenga: lo cual propiamente a los obispos y presbíteros puede referirse, a quienes se les dice que no vasten ni depopulen más al pueblo de Dios, ni la tierra de Israel por heredad posean: sino que cada uno tenga su propia posesión que ha sido constituida para su grado.

Mas veinticinco mil se refieren a los sentidos, que han sido puestos cuatro veces. Por lo demás diez mil a la perfecta ciencia, para que en uno solo se tenga la simple historia, en el otro también de teología y sobre las supernas virtudes se diserte: porque el denario es número perfecto.

Aquillo también se ha de considerar, que los sacerdotes, que están constituidos en el grado mayor, posean veinticinco mil en longitud y diez mil en latitud. Mas los levitas, esto es el grado inferior, tenga el mismo número en longitud, esto es, veinticinco mil: mas la latitud de ellos se termina por el número quinario. Por lo cual también veinte solamente tienen gasofilacios (gazophylacia): en cuyo número se ofrecen los dones de Esaú.

Mas el príncipe que verdaderamente príncipe en el pueblo es, y merece recibir el nombre de duque, recibe de aquí y de allá la posesión del santuario: de todos a saber los que le están sujetos por voluntad, y habitador de la ciudad es, y la salud de muchos hace su merced. En el primer templo que se llama santuario, quinientos por cada uno de los lados cálamos se describen: y de nuevo cincuenta codos, por los cuales toda la posesión de los sacerdotes se separa. Mas en el segundo santuario, donde están los santos de los santos, la latitud del templo y el espacio no se describe, sino que el número es incierto. Lo cual por cierto también hallamos en la posesión del príncipe, que sin número alguno tiene posesión en el pueblo de Israel, mientras el aprovechamiento de los universos redunda al príncipe: y la salud de los discípulos es el premio de los maestros.

(Vers. 9.) «Esto dice el Señor Dios: Básteos, oh príncipes de Israel: la iniquidad y las rapiñas intermitid, y el juicio y la justicia haced, e haced separación de vuestros confines de mi pueblo, dice el Señor Dios.» Por «rapiñas» los LXX tradujeron «miseria»; por «confines», «opresión». Mas el sentido es: Puesto que habéis recibido vuestra parte, oh príncipes, diciendo la Escritura: «Al príncipe también de aquí y de allá en la separación del santuario la posesión de la ciudad», se sobreentiende «daréis»; y tanta es vuestra potencia, que una parte de una tribu recibió vuestra posesión: por eso preceptúo y amonesto, que baste hasta aquí haber hecho iniquidad y rapiñas,

mientras las cosas ajenas invadís y diripís. Y porque está escrito: «Aparta del mal y haz el bien»; por el contrario, «juicio haced y justicia» (Sal 36, 27), juzgando para el pupilo y justificando a la viuda: separad vuestros confines de mi pueblo, para que a saber no trasladéis los términos. Y porque la vecindad misma hiere al más humilde, que el supercilio del mayor y más potente no puede sostener, de aquí por Isaías se dice: «Ay de los que conjungís casa con casa, y campo a campo acopláis hasta el término del lugar».

Esto entretanto se diga al pueblo de aquel tiempo. Por lo demás también a nuestros príncipes el precepto podrá coaptarse, que al modo de Faraón y de los egipcios oprimen a los hijos de Israel por la potencia, ni se acuerdan de lo escrito: «Duce te constituyeron, no te eleves: sino sé entre ellos como uno de ellos mismos» (Ecl 32, 1). Y aquello que en el Evangelio katà Loukân (según Lucas) el Señor habla: «Mas si dijere aquel siervo en su corazón: Mi señor se demora en venir, y empezare a percutir a los siervos y a las ancilas, a comer y a beber y a embriagarse, vendrá el señor de aquel siervo en el día en que no piensa, y en la hora que no sabe, y lo dividirá, y su parte pondrá con los infieles» (Lc 12, 45, 46). A sus discípulos también en el Evangelio según Mateo con estos preceptos los erudita: «Sabéis que los príncipes de las gentes se enseñorean de ellas; y los que son mayores, potestad ejercen en ellas. No así será entre vosotros: sino el que quisiere ser el primero, sea siervo de todos. El Hijo del hombre no vino a ser ministrado, sino a ministrar, y a dar su vida

en redención por muchos» (Mt 20, 25). Muchas son las cosas si quisiere de las sagradas Escrituras revolver, donde la soberbia de los mayores se coercer, y a la humildad todos son provocados por el Señor que dice: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).

# Libro D

*ECIMOCUARTO.*

561-562 Lo que en el principio del templo de Ezequiel debí decir, ahora en orden prepóstero al fin voy a decirlo, de aquel versículo memor (Virgilio, lib. 6 Eneida): «Este es aquel trabajo de la casa, e inextricable error». De lo cual también en otro lugar el mismo poeta decanta (Eneida 5): «Como otrora en la alta Creta se dice el laberinto: De paredes tejido ciegos el camino, y ancípita Con mil vías haber tenido el dolo, donde los signos del seguimiento Fallara el indeprenso, e irremeable error».

Así también yo, habiendo entrado en el Océano de estas Escrituras, y en el laberinto, por así decir, de los misterios de Dios, de cual está escrito: «Puso las tinieblas por su escondrijo»; y: «Nubes en su circuito» (Sal 17, 12): ciertamente la perfecta ciencia de la verdad no me atrevo a vindicar para mí, sino a quienes desean saber haberles proporcionado algunos indicios de doctrina, no por mis fuerzas, sino por la misericordia de Cristo, quien para nosotros que erramos él mismo los dolos del techo y las ambages resuelve, rigiendo con el Espíritu Santo los ciegos vestigios; al cual siguiendo, al puerto de las explanaciones del profeta Ezequiel podremos llegar, en el cual

está el extremo, esto es, el decimocuarto libro. El cual si, orando tú, virgen de Cristo Eustoquio, hasta el fin lo hubiere llevado, y el Señor de esta vida hubiere concedido el espacio, pasaré a Jeremías, que uno solo nos queda de los profetas; cuya interpretación, de mi trabajo por cierto, y de tus oraciones, pero propiamente de la clemencia de Cristo será.

563 (Cap. 45, Vers. 10 y sigs.) «Balanza justa y efá justo y bato justo habrá entre vosotros. El efá y el bato serán iguales, y de una misma medida, de modo que el bato contenga la décima parte de un coro, y el efá la décima parte de un coro: según la medida del coro será su igual pesada. El siclo, empero, tiene veinte óbolos. Además, veinte siclos, y veinticinco siclos, y quince siclos hacen una mina.» Los Setenta: «Balanza justa, y medida justa, y jénice justo habrá para vosotros para medida, y el jénice asimismo será uno para recibir. La décima parte de un gomer será un jénice, y la décima parte de un gomer, un efá. Un gomer será igual al peso de veinte óbolos. Veinte siclos: veinticinco siclos, y quince siclos será una mina para vosotros.»

Este lugar según los Setenta no guarda coherencia, y de ningún modo puede entenderse, por cuanto no solo los números de las medidas, sino también los nombres cambiaron. Pues en lugar de «efá» interpretaron «medida», nombre general por el especial, y por «bato», «jénice»; por el «homer» hebreo también, que en griego se dice «coro», tradujeron «gomer»; y de nuevo por «bato», «jénice». Digamos, pues, según el hebreo y

la letra, y expliquemos más abiertamente qué nos parece en cada caso. La balanza, que en hebreo se dice «MOZENE», se entiende en aquellas cosas que se pesan. El «efá», empero, que en el habla griega se dice corruptamente «Ephi», pertenece a la medida de varias mieses, verbigracia, de trigo, de cebada, de legumbres. Además, el «bato», que en hebreo es «BATH», es la misma medida que el «efá», y solo en las especies líquidas, de vino y de aceite, y cosas por el estilo. El «coro» tiene treinta modios, y en ambas medidas, esto es, tanto de las áridas como de las líquidas, tiene el principio. La décima parte del coro en aquellas cosas que se miden con modio se llama «efá», esto es, tres modios; y la décima parte del coro en las especies líquidas se llama «Bato» o «Vado»; de modo que sea de la misma medida el «efá» y el «bato».

Además, el siclo, que en griego se dice «estáter», tiene veinte óbolos. La mina, empero, que se llama «mna», tiene sesenta siclos, que hacen mil doscientos óbolos. El hecho de que se diga que veinte siclos, y veinticinco siclos, y quince siclos hacen una mina, no debe turbar al lector. Pues por eso se pone la dificultad en los números, para que 564 haga atento el ánimo del oyente. De donde también muchas cosas se dicen en parábolas y enigmas, para que «el que tiene oídos de oír, oiga» (Lc 8). Y toda profecía contiene la verdad en la oscuridad, para que los discípulos oigan por dentro; el vulgo innoble, y puesto fuera, no sepa qué se dice. Preceptúa, pues, la Escritura divina, que sean justos los pesos, diciendo: «No habrá en tu bolsa medida grande y menor: balanza

verdadera y justa habrá para vosotros, y medida verdadera y justa habrá para vosotros» (Lev 19, 36). Y en los Proverbios se dice: «Balanza grande y menor, abominable es entrambas cosas en el acatamiento de Dios» (Prov 11, 1). Lo cual ciertamente no solo en los comercios, y en el uso de la vida cotidiana debemos observarlo, sino que en todo debe guardarse la justicia, diciendo la Escritura: «A tus palabras harás balanza y pesada» (Eclo 28, 23), para que tanto en las palabras, como en la obra, y en los pensamientos, todo lo hagamos con peso y razón. El óbolo, empero, esto es, la vigésima parte del siclo, o estáter, que es la mínima porcioncilla, lo leemos en otro lugar: «De aquel que es fiel, todo el mundo de las riquezas; de aquel, empero, que es infiel, ni un óbolo» (Prov 17, 6 según los LXX). Como si en otras palabras hubiera dicho: El infiel nada posee en el mundo, sino que incluso de la mínima porción carece. De lo cual en otras palabras se dice en el Evangelio: «No saldrá de allí, sino hasta que pague el último cuadrante» (Mt 5, 26), esto es, incluso el extremo numo y menudo. Leemos de diez minas entregadas a cada uno de los siervos para negociar (Lc 19); y en otra parábola de talentos divididos entre los siervos; y de un deudor de quinientos denarios, y cincuenta (Mt 25); y de los operarios de la viña que reciben sendos denarios (Lc 7); y de la mujer viuda, que había perdido la dracma, y apenas la encontró encendiendo la lucerna (Mt 20, Lc 15). Qué sentido tengan todas estas cosas, no es de este tiempo disertar.

(Vers. 13, 14). «Y estas son las primicias que tomaréis: la sexta parte de un efá de un coro de trigo, y la sexta parte de un efá de un coro de cebada. Y la medida del aceite: un bato de aceite es la décima parte de un coro: y diez batos hacen un coro: porque diez batos llenan un coro.» Los Setenta: «Y estas son las primicias que separaréis. La sexta parte de una medida de un gomer de trigo, y la sexta parte de un efá de un coro de cebada, y el precepto del aceite una cotila, esto es, un ciato, de aceite diez cotilas, porque diez cotilas son un gomer.» 565 Y aquí, cambiados los nombres de las medidas en la edición de los Setenta, todo está confuso, de modo que no puede entenderse lo que se dice. Pues quienes arriba para el efá habían dicho «medida», y para el bato «jénice», y para el coro «gomer», para el siclo «pesada», también aquí para el efá pusieron «medida»; para el coro, ora «gomer», ora el mismo «coro»; y en la medida del aceite para el bato pusieron «kotyle», esto es, «ciato».

Digamos, pues, primero según la letra: una «década» (*dekada*), esto es, la décima parte de todos los frutos, el pueblo debía por la ley a la tribu levítica. A su vez, de estos mismos diezmos, los levitas, esto es, el grado inferior de los ministros, daban diezmos a los sacerdotes; y esto es lo que se llama «deutero-década». Había también otros diezmos, que cada uno del pueblo de Israel separaba en sus graneros, para comerlos cuando fuera al templo en la ciudad de Jerusalén, y en el vestíbulo del templo, e invitaban a los sacerdotes y levitas a los convites. Había además

otros diezmos, que reservaban para los pobres, los cuales en lengua griega se llaman «ptochodekadai». Pero en verdad las primicias que ofrecían de los frutos no estaban definidas por un número especial, sino dejadas al arbitrio de los oferentes. Y hemos recibido una tradición de los hebreos, no mandada por la ley, sino arraigada por el arbitrio de los maestros: quien más daba, daba la cuadragésima parte a los sacerdotes; quien menos, la sexagésima; entre la cuadragésima y la sexagésima era lícito ofrecer lo que quisieran. Lo que, pues, en el Pentateuco quedó dudoso, aquí se define especialmente a causa de la avaricia de los sacerdotes, para que no exijan más del pueblo al llevar las primicias, esto es, que ofrezcan la sexagésima parte de lo que nace de la tierra. Pues si el «coro», que en hebreo se llama «HOMER», y por los Setenta se dice «gomer», tiene treinta modios, tanto en las especies áridas como en las líquidas; y el «efá» y el «bato», según lo que arriba dijimos, es la décima parte del coro, y se manda que se dé a los sacerdotes la sexta parte tanto del efá como del bato al ofrecer las primicias, lo cual de tres modios hace medio modio, se computa perspicuamente que los sacerdotes deben recibir la sexagésima parte de las primicias. Baste por ahora haber sentido y oído estas cosas según la letra, y según la verdad hebrea.

Ahora volvamos a la inteligencia espiritual, 566 en la cual primero debe preguntarse cómo se dice: «Honra al Señor de tus justos trabajos, y dale de los frutos de tu justicia: para que se llenen tus graneros de trigo, y tus lagares rebosen de vino»

(Prov 3, 9); para que después de que hubieres ofrecido las primicias de tus trabajos y virtudes, y hubieres dicho: «He aquí que ahora te he traído las primicias de los frutos de la tierra, que me diste, Señor», merezcas oír: «Bendito tú en la ciudad, y benedito tú en el campo: benditos los hijos de tu vientre, y los frutos de tu tierra, y el fruto de tus jumentos» (Dt 28, 3), y lo demás, y poseas, según el Apóstol (Ef 1), toda bendición de las cosas espirituales en los celestiales en Cristo; mientras que todo lo que tienes, no pienses que es de tu virtud, sino de su misericordia, que dio los frutos. Y si por cierto tuviéramos tanta ciencia de las Escrituras, que explicáramos y enseñáramos cualesquiera cosas místicas a los hombres, esto es, al animal racional, damos las primicias de nuestro trigo. Pero si tras la anagogía, seguimos solo la pura historia, que puede nutrir a los simples, según aquello que está escrito: «A los hombres y a los jumentos salvarás, Señor» (Sal 35, 7), damos las primicias de nuestra cebada, porque Isaac sembró cebada, pero en la tierra de los extranjeros, y le nació el céntuplo (Gén 26). Quien da las primicias de la cebada, puede decir: «El Señor me pastorea, y nada me faltará; en lugar de pastos allí me colocó; sobre aguas de refracción me educó» (Sal 22, 1. 2). Quien, empero, apacienta animales racionales, vuelve la sentencia, y dice: «Preparaste ante mi acatamiento una mesa contra los que me atribulan». Y después de que hubiere ofrecido las primicias de aceite y vino, une y habla: «Pringaste en aceite mi cabeza, y tu cáliz embriagante cuán preclaro es», con aquel aceite que sin hez,

purísimo, se prepara para la lucerna del Señor. Quien lo hubiere preparado, se alegra su faz en el aceite; con el aceite de la exultación, con el cual fue ungido Cristo sobre sus partícipes; y hecho oliva, cantará con el profeta: «Yo, empero, como oliva fructífera en la casa de Dios» (Sal 51, 10). Y con aquel vino, que rebosa de la verdadera vid en los lagares del Salvador, diciendo el Señor: «Yo soy la vid, vosotros empero los sarmientos, mi Padre el agricultor» (Jn 15, 5). Sobre estos lagares leemos tres salmos, el octavo, y el octogésimo, y el octogésimo tercero, que todos se refieren a los sacramentos de la Iglesia. Y en la antigua ley, por cierto, sin medida estaban, y en número las primicias; pues no por medida daba Dios el espíritu. 567 En la segunda, empero, edificación del templo que la profecía de Ezequiel contiene, hay cierta medida, esto es, el número sexagenario, por el cual el mundo se completa, como se nos dice: «En la medida en que hubiereis medido, se os remedirá» (Mt 7, 2).

(Vers. 15 y sigs.) «Y tomarán un carnero de un rebaño de doscientos, de los que nutre Israel para sacrificio, y para holocausto, y para pacíficos, para expiar por ellos, dice el Señor Dios: Todo el pueblo de la tierra estará obligado a estas primicias para el príncipe en Israel. Y sobre el príncipe estarán los holocaustos, y el sacrificio, y las libaciones en las solemnidades, y en las calendas, y en los sábados, y en todas las solemnidades de la casa de Israel. Él mismo hará el sacrificio por el pecado, y el holocausto, y los pacíficos, para expiar por la casa de Israel.» Arriba dijo qué parte

de las cosas que se pesan, y de las medidas tanto de las especies áridas como de las líquidas, debe ofrecerse al príncipe; ahora mantiene el mismo orden de las primicias en los seres animados: para que mande ofrecer un carnero de un rebaño de doscientos, que nutre Israel, para sacrificio y para holocausto, y para pacíficos, para expiar por el pueblo de Israel, dice el Señor Dios.

Lo que hemos traducido como «de los que nutre Israel», en hebreo está escrito *MEMMASCE*, que Áquila y Simaco interpretan «de las aguas», los Setenta y Teodoción, «de los abrevaderos»; de los cuales uno suena a lugares irrigados, el otro a canales o estanques: para que, evidentemente, las primicias del príncipe no se nutran sino en lugares irrigados. Y como en lo superior leímos que la sexagésima parte debe ofrecerse al príncipe de lo que se pesa y de lo que está sujeto a medida; así ahora se manda ofrecer la ducentésima parte de los seres animados, y que todo el pueblo esté sujeto a preceptos de esta clase de ley, para que ofrezca al guía o príncipe, pues por él se ofrecen para el pueblo los holocaustos, y sacrificios, y libaciones en cada solemnidad, y se expía la casa de Dios. De lo cual debe advertirse que, así como el pueblo es deudor de las primicias que deben ofrecerse al príncipe, así el príncipe es deudor al pueblo de ofrecer víctimas por él, a quien según la tropología no podemos entender sino como el Señor Salvador. Él es quien de doscientos 568 seres animados recibe el carnero, o como el habla hebrea más significativamente demuestra, *boskēma*, que puede referirse a todos los animales

y no propiamente al carnero; y recibe el animal o carnero que ha sido nutrido en los lugares irrigados, a saber, de las sagradas Escrituras, y puede decir: «El Señor me pastorea, y nada me faltará; en lugar de pastos allí me colocó, sobre aguas de refracción me educó» (Sal 22, 1. 2). Estos eran los lugares irrigados, mejor dicho, estos canales, a los cuales también Jacob llevaba sus ganados, para que en ellos bebieran y concibieran, y según el color de las varas, dieran crías al Señor (Gén 30). Por «sacrificio», esto es, *thysia*, Áquila y Simaco interpretan «don»; lo cual en hebreo se dice *MANAA* (*minjá*), y propiamente no pertenece a la hostia, sino a lo que de flor de harina, y polenta y aceite se ofrece en sacrificio. El «holocausto», empero, es lo que se ofrece todo a Dios, y se consume por el fuego sagrado. Los «pacíficos», cuando nos reconciliamos con Dios; y por nosotros habla el Apóstol: «Rogamos por Cristo, reconciliaos con Dios» (2 Cor 5, 20). Y en otro lugar: «Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo» (ibid., 19). Este príncipe, empero, a quien se ofrecen las primicias de los animales, él mismo es también rey; como también se demuestra en el título de la cruz con letras hebreas y griegas y latinas. Y esforzándose los judíos para que se quitara el título triunfal, la turba de las naciones en Pilato respondió: «Lo que escribí, escribí» (Jn 19, 22). Bajo el príncipe, dice, estarán. Bellamente se amonesta la dignidad sacerdotal, a la cual está sujeta por oficio; para que sepa que debe ofrecer el sacrificio y las libaciones que se ofrecen de la tierra por el pueblo en todas

las solemnidades: tanto, a saber, en las calendas, esto es, neomenias, como en los sábados: cuando, cubriéndolo todo las tinieblas, es el comienzo de la luz lunar; y en el descanso de los sábados: para que haga, a saber, por el pecado, para expiar por la casa de Israel, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y firmamento de la verdad. Esta es, pues, la casa del Dios vivo, y la casa de Israel, que necesita la expiación de sus pecados.

(Vers. 18 y sigs.) «Esto dice el Señor Dios: En el primer mes, al primero del mes tomarás un becerro del hato inmaculado, y expiarás el santuario. Y tomará el sacerdote de la sangre 569 de lo que será por el pecado, y la pondrá en los postes de la casa, y en los cuatro ángulos de la crepídine del altar, y en los postes de la puerta del atrio interior. Y así harás en el séptimo del mes por cada uno que hubiere ignorado, y por error hubiere sido engañado, y expiaréis por la casa. En el primer mes, al día catorce del mes, será para vosotros la solemnidad de la pascua: siete días comerán ázimos. Y hará el príncipe en aquel día por sí, y por todo el pueblo de la tierra, un becerro por el pecado. Y en la solemnidad de siete días hará holocausto al Señor: siete becerros, y siete carneros inmaculados diariamente por siete días, y por el pecado un macho cabrío de las cabras diariamente. Y hará sacrificio de un efá por becerro, y un efá por carnero: y un hin de aceite por cada efá. En el séptimo mes, al día quince del mes en la solemnidad, hará como arriba se ha dicho por siete días: tanto por el pecado, como por el holocausto, y en el sacrificio y en el aceite.» He puesto todo el

capítulo, para que dividido por partes no turbara el ánimo del lector. Y primero debe decirse sobre la variedad de la interpretación. Donde nosotros hemos interpretado «en los cuatro ángulos de la crepídine del altar», los Setenta tradujeron «y sobre los cuatro ángulos del templo, y sobre el altar». Y donde nosotros dijimos «por cada uno que ignoró, y por error fue engañado», ellos pusieron «por el ignorante, y por el párvulo». En aquello también donde nosotros dijimos «y hará sacrificio de un efá por becerro, y un efá por carnero: y un hin de aceite por cada efá», la edición de ellos mantiene: «y darás sacrificio, y cocción para el becerro, y cocción para el carnero, y un hin de aceite de la cocción». En el último versículo también, donde nosotros dijimos «en el sacrificio y en el aceite», ellos dijeron «como en el manjá, como en el aceite».

«En el primer mes», dice, «y en el primer día del mes» (no cabe duda de que significa Nisán), «tomarás un becerro del hato»: no que haya sido nutrido en casa, sino que esté en el hato, esto es, del rebaño y número de muchísimos. También en el séptimo día del mismo mes: cuyas dos solemnidades, esto es, el primer día del primer mes, y el séptimo del mismo, no se tienen en la ley mosaica. El día catorce, empero, del mes, en el cual se celebra la Pascua, también Moisés mandó que se observara, cuando por siete días comemos ázimos. La cuarta solemnidad, empero, de la cual dice: «en el séptimo mes, al día quince del mes en la solemnidad» (Ex 12), y lo demás, me parece 570 significar la escenopegia, que aquí puso sin

nombre. Corramos, pues, a cada punto, y de lo que nos parece, brevemente disertemos. Que hay solemnidades espirituales, también el Apóstol enseña: «Nadie, pues, os juzgue en comida o en bebida, o en parte de solemnidad, o de neomenia, o de sábados, que son sombra de lo por venir» (Col 2, 16). Y así por Isaías habla Dios: «Vuestras neomenias, y vuestros sábados, y el día grande no recibo: el ayuno, y las ferias, y las neomenias, y vuestras solemnidades odia mi alma» (Is 1, 13). Manifiesto es que quien odiare las solemnidades de los judíos, ama las suyas, el sábado a saber que ha quedado para el pueblo de Dios: para que veamos lo que de Dios nos ha sido dado, y hablemos, no con doctas palabras de humana sabiduría, sino en la doctrina del espíritu, comparando lo espiritual con lo espiritual.

En el presente siglo, pues, que en el maligno está puesto, no podemos ver días buenos, sino en el nuevo: sobre cuyos días en el cántico mosaico el Espíritu Santo canta: «Acuérdate de los días de la antigüedad: entiende los años de generación en generaciones» (Dt 32, 7). De los cuales también el Santo hablaba en el salmo: «De noche en mi corazón meditaba» (Sal 76, 7). Y de nuevo: «Y los años eternos tuve en mente, y medité» (ibid., 6). Quien no reciba este entendimiento, responda cómo puede exponer aquello que Isaías profetiza sobre el futuro, y nuevo siglo: «Habrá mes de mes, y sábado de sábado: y vendrá toda carne a adorar al Señor» (Is 66, 23): cuando los verdaderos adoradores de ningún modo adorarán en el monte Garizim, ni en Jerusalén, sino en espíritu,

y verdad (Jn 4); cuando habrá cielo nuevo, y tierra nueva, y será librada toda criatura de la servidumbre de la corrupción, a la libertad de los hijos de Dios, y el sol recibirá siete veces tanta luz, y la luna al sol se comparará (Rom 8, Is 65). Nos hemos acercado, pues, al monte Sión, que se interpreta «atalaya», y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén celestial, y a las solemnidades de miles de ángeles. Sobre cuya solemnidad habla también otro profeta: «¿Qué haréis en los días de la congregación, y en los días de la solemnidad del Señor?» (Os 9, 5). Esto es aquello que también en otro lugar se dice: «Celebra, Judá, tus festividades: paga tus votos» (Nah 1, 15). Si, pues, hemos aprendido las solemnidades espirituales, consecuentemente seremos enseñados también sobre las víctimas espirituales. Se toma un becerro del hato, o un toro, como interpretó 571 Simaco, libre y de ningún yugo oprimido, esto es, del peso de los pecados, e inmaculado: quien pecado no hizo, ni dolo se halló en su boca, becerro novillo, echando cuernos y pezuñas: para que en él se limpie, y se expíe el sanuario.

Y tomará, dice, el sacerdote de la sangre de lo que será por el pecado de todos: quien en otras palabras se llama cordero en el Éxodo, y en el Evangelio, diciendo Juan el Bautista: «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (Jn 1, 29). La sangre, empero, misma es la preciosa en la que somos redimidos en la pasión del Señor Salvador; con cuyas carnes nos nutrimos, y con cuyo cruor somos potados; con que se tocan los cuatro ángulos de la crepídine del altar, que

Teodoción puso la misma palabra hebrea, *AZARA*, o del templo, como tradujeron los Setenta: para que se santifique la casa y el altar. Todos, pues, los elementos del mundo con esta sangre se santifican: para que cuando alguien hubiere sido expiado y limpiado, entre por la puerta del atrio interior, y pueda conocer los arcanos del Señor, y consecuentemente venir al séptimo día del mes primero, y conseguir el descanso, y ofrecer al Señor sacrificio tanto por la ignorancia, de la cual habla David: «Los delitos de mi juventud, y mis ignorancias no recuerdes» (Sal 24, 7), como por el párvulo, que cuando hubiere llegado a la medida de varón perfecto, destruirá lo que es de párvulos, y hablará confiadamente: «Cuando yo era párvulo, como párvulo hablaba, como párvulo sabía» (1 Cor 13, 11). O por aquel que por error fue engañado, y no tanto por voluntad, como por opinión de bien pecó. Completas, empero, las dos solemnidades del primer mes, esto es, del primer día, y del séptimo de él, viene al día catorce del mes, en el cual es la solemnidad de la Pascua: sobre la cual está escrito: «Etenim nuestra Pascua inmolado es Cristo» (1 Cor 5, 7). Entonces comemos siete días ázimos en el descanso y seguridad de todas las cosas, cuando destruyendo el fermento de malicia, y de nequicia, manducamos ázimos de sinceridad y de verdad, ofreciendo nuestro príncipe todo esto por nosotros, y primero por sí mismo. Recibió, pues, el cuerpo humano, y por el pecado destruyó el pecado, quien por nosotros se duele, y porta nuestras enfermedades: luego por su casa, lo cual está escrito en los Setenta; pero en

el hebreo no se tiene, esto es, por la Iglesia, y por todo el pueblo de la tierra, 572 a saber el universo género humano. El Salvador es, pues, de todos los hombres, y máxime de los fieles, y él mismo es la propiciación por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino por todo el mundo.

Ofrecido, empero, el becerro por todo el pueblo de la tierra, en los siete días restantes de la pasión del Señor siete becerros, y siete carneros inmaculados se ofrecen diariamente, para que por el holocausto y fuego del Señor sean quemados. Siete, empero, becerros, y siete carneros son, que se configuran a la pasión del Señor, para que imiten al verdadero becerro, y al verdadero carnero, y por la sangre de los mártires por siete días los pecados de todo el mundo se purguen. También un macho cabrío de las cabras se ofrece por el pecado diariamente, a saber por siete días. Y debe advertirse más diligentemente, que en el sacrificio se ofrecen un efá por becerro, y un efá por carnero, y un hin de aceite, cosas que por la Ley están preceptuadas. En la oblación, empero, del macho cabrío, ni el efá, ni (como los Setenta tradujeron) la cocción se pone, quienes por «efá» interpretaron *pemma*, esto es, «cocción». El hin, empero, que es cierta medida de aceite, de la cual antes ya dijimos, se asume en el sacrificio del becerro y del carnero: para que el fomento de la luz sempiterna, y el descanso del trabajo, y la sanidad del cansancio, tras la placación de los pecados podamos recibir. En el séptimo mes también, al día quince del mes, esto es, de las escenopegias, el mismo orden de oblación y de sacrificios debe

guardarse, tanto por el pecado como por el holocausto, y en el sacrificio, y en el aceite; para que la festividad del Señor, ahuyentadas las tinieblas y surgida la luz del aceite, consigamos: y tengamos más claras solemnidades, en las cuales todos los pecados se perdonan.

(Cap. 46, Vers. 1 y sigs.). «Esto dice el Señor Dios: La puerta del atrio interior que mira al Oriente, estará cerrada los seis días en que se trabaja; el día de sábado, empero, se abrirá, y también en el día de las neomenias se abrirá. Y entrará el príncipe por el camino del vestíbulo de la puerta de fuera, y estará al umbral de la puerta: y harán los sacerdotes su holocausto, y sus pacíficos, y adorará sobre el umbral de la puerta, y saldrá; la puerta, empero, no se cerrará hasta la tarde. Y adorará el pueblo de la tierra a la entrada de aquella puerta en los sábados, y en las neomenias ante el Señor. El holocausto, empero, que ofrecerá el príncipe al Señor en el día del sábado será este: seis corderos inmaculados, y un carnero 573 inmaculado, y el sacrificio de un efá por el carnero; para los corderos, empero, el sacrificio que diere su mano, y un hin de aceite por cada efá. En el día de la neomenia, empero, un becerro del hato inmaculado, y seis corderos, y carneros inmaculados habrá. Y hará sacrificio de un efá por el becerro, y un efá por el carnero; para los corderos, empero, según hallare su mano, y un hin de aceite por cada efá.»

Donde nosotros hemos interpretado «efá», que es la décima parte de un coro, los Setenta tradujeron *pemma*, que en nuestra lengua

suena «cocción». Y donde nosotros dijimos «sacrificio», ellos pusieron la misma palabra hebrea *MANAA* (*minjá*), que Áquila tradujo «don» o «sacrificio», y Teodoción «sacrificio». Y entretanto, antes de que lo que esto signifique disertemos, las palabras parafrásticas de la misma Escritura han de abrirse. La puerta, dice, del atrio interior por seis días, sobre los cuales está escrito: «Seis días trabajarás, y harás todas tus obras» (Ex 20, 12), estará cerrada; ni una puerta cualquiera, sino la que mira al Oriente, de donde nace el Sol de justicia. Además en el día del sábado, esto es, el séptimo, en el cual hay descanso, se abrirá por cada una de las semanas, y de nuevo completados treinta días, cuando es el fin de un mes y el exordio de otro, esto es, la neomenia, el día a saber de las calendas, se abrirá, para que el privilegio que tiene el séptimo día en la semana, este privilegio tenga el exordio del mes. Por qué, empero, se abra el día séptimo, y el día de las neomenias la puerta del atrio interior que mira al Oriente, el discurso siguiente lo mostrará. Y entrará, dice, el príncipe por el camino del vestíbulo de la puerta de fuera, a saber del atrio exterior: y estará en el umbral de la puerta del atrio interior, la cual mira al Oriente: ni entrará al atrio interior, sino que estando él, otros sacerdotes harán por él el holocausto, que Simaco interpretó «oblación»: y los pacíficos, o lo que pertenece a la salud, para que después de que las hostias del príncipe hayan sido quemadas por el fuego sagrado, y el guía reconciliado con Dios, entonces pueda adorar sobre el umbral de la puerta del atrio interior en que hubiere estado,

y salga. ¿Qué, pues? ¿Tras la salida del príncipe inmediatamente se cerrará la puerta? De ningún modo, sino que estará abierta hasta la tarde; para que tras el príncipe, todo el pueblo de la tierra adore hacia la entrada de aquella puerta: y adore en los sábados, y en las neomenias 574 cuando se abre la puerta.

Y porque arriba había dicho: «Harán los sacerdotes su holocausto y sus pacíficos», y no había significado el número de los holocaustos; ahora añade: «El holocausto, empero, que ofrecerá el príncipe al Señor en el día del sábado». Ofrecerá, empero, no por sí, sino por los sacerdotes, sobre los cuales está escrito: «Y harán los sacerdotes su holocausto y sus pacíficos: seis corderos», dice, «inmaculados, y un carnero inmaculado»: de modo que el sacrificio del carnero sea la medida de un efá, que en hebreo se llama *EPHA*. Para los seis corderos, empero, sea el sacrificio que hubiere podido ofrecer la mano de quien ofrece; y por cada efá, será la medida de aceite que se llama «hin». El día de las calendas, empero, esto es, de las neomenias, tendrá este privilegio más que el día del sábado, que se inmole un becerro del hato, o un toro inmaculado. Lo demás, empero, esto es, seis corderos inmaculados, y un carnero inmaculado, y sus sacrificios, poseerán el rito del sábado: de modo que así como en el carnero se ofrece un efá de sacrificio, esto es, de flor de harina y un hin de aceite, así se ofrezca también en el becerro. Estas cosas sean puestas por causa de perspicuidad: ahora el sentido espiritual, donándolo el Señor, descerrajemos.

Por los seis días en que trabajamos en el mundo, la puerta oriental del atrio interior está cerrada para nosotros. Después, empero, de que hayamos llegado al día séptimo, esto es, al día del sábado, en el cual hay eterno descanso, o al día de las neomenias, cuando tras la ciega noche y las horribles tinieblas, es el comienzo de la luz, se nos abre la puerta oriental: y si alguno de nosotros por los méritos de las virtudes hubiere conseguido el nombre y la dignidad de guía por el camino del vestíbulo de la puerta de fuera, esto es, por los trabajos de este mundo: y entrare por la puerta de la Iglesia, que todavía está puesta en los términos terrenos: no el atrio interior, pues esto se escribe en el presente lugar; sino al umbral de la puerta interior, y estará en ella. Si, empero, el príncipe en la presente Escritura no entra al atrio interior, sino que está en su umbral, a nadie es duda que ahora vemos en parte, y en parte conocemos; y aún no con la faz revelada contemplamos la gloria del Señor (1 Cor 13). Finalmente, estando el príncipe en el umbral de la puerta del atrio interior, los demás sacerdotes, a quienes este oficio ha sido delegado (a quienes podemos 575 entender como virtudes angélicas), harán por él el holocausto y los pacíficos.

Necesitamos, pues, la misericordia de Dios, y toda criatura en comparación del Creador es inmunda, y ha de ser purgada por el fuego divino, por el cual también los labios del profeta Isaías fueron purgados: para que después de que por el sacrificio haya recibido la paz, entonces constituido en el umbral, adore la omnipotencia de

Dios, y se confiese indigno del ingreso del atrio interior, e inmediatamente entre (Is 6). Después, empero, de que el que es el primero haya salido, no se cerrará hasta la tarde de este siglo la misma puerta del atrio interior, sino que estará abierta: para que el pueblo también de la tierra esté a la entrada, y adore ante ella: de ningún modo en todo tiempo, sino cuando hubiere descansado de los pecados, y ahuyentadas las tinieblas por la fe, hubiere recibido la luz de la ciencia.

Este mismo holocausto que ofrece el príncipe por los sacerdotes en el día del sábado, se termina en el número de seis corderos inmaculados; por los seis días a saber en que trabajamos en el mundo, y un carnero inmaculado, que es el príncipe del rebaño; de modo que por cada carnero se ofrezca en sacrificio un efá, esto es, la décima parte de un coro. En el sacrificio, empero, de los seis corderos, no se pone cierta medida: sino cuanto diere la mano de quien ofrece, esto es, según la calidad y medida de las obras (Mt 25). Ofrecerá, empero, un hin de aceite por cada efá, esto es, el aceite que las cinco vírgenes se prepararon; para que unja la flor de harina, o la mezcle, y toda oblación de Dios esté llena de la luz de la verdad, y se alegre la faz del que ofrece el aceite. En el día de las neomenias, empero, esto es, el día trigésimo, cuando los primogénitos y los levitas se cuentan en la Ley, además de todo Israel, de los cuales arriba dijimos, se ofrece un becerro inmaculado del hato, sobre el cual más plenamente en el capítulo anterior disertamos, y seis corderos, y carneros inmaculados, y lo demás

que se ofrece en los sábados, para que el eterno descanso consigamos, y merezcamos oír: «Euge, siervo bueno, porque en lo poco fuiste fiel, sobre mucho te constituiré, entra en el descanso de tu Señor» (Mt 25, 21; Lc 19, 17); y no solo a la puerta del atrio interior lleguemos, sino que también sus penetrales entrar podamos, y poseamos aquello por la obra: «Plantados en la casa del Señor: en los atrios de nuestro Dios florecerán» (Sal 91, 14).

576 (Vers. 8 seqq.) "Y cuando el príncipe entre, por la vía del vestíbulo de la puerta entre, y por la misma vía salga. 9. Y cuando el pueblo de la tierra entre en presencia del Señor en las solemnidades, el que entra por la puerta del Aquilón para adorar, salga por la vía de la puerta meridional; y el que entra por la vía de la puerta meridional, salga por la vía de la puerta del Aquilón. No volverá por la vía de la puerta por la cual entró, sino que por la región de enfrente de ella saldrá. 10. El príncipe, empero, en medio de ellos, con los que entran entrará, y con los que salen saldrá. 11. En las ferias y en las solemnidades será el sacrificio de un efá por becerro, y un efá por carnero. Mas para los corderos será el sacrificio según hallare su mano: y un hin de aceite por cada efá."

Aquel príncipe, del cual arriba se dijo: "Y entrará el príncipe por la vía del vestíbulo de la puerta de fuera, y por la misma puerta entre, y por la misma salga" (Jn 10), pues es de libre albedrío, y tiene potestad de poner su alma, y de nuevo resumirla: y tanto viniendo a nosotros, cuanto ascendiendo a las cosas celestiales, usa de la misma libertad de su majestad. Finalmente,

no busca ferias, ni solemnidades, ni observa diferencia alguna de días: porque todo tiempo para él es festividad. El pueblo, empero, solo en las ferias y en las solemnidades entra y sale: y no por la misma vía, sino por una y otra. Pues está escrito: "Y cuando el pueblo de la tierra entre en presencia del Señor en las solemnidades: el que entra por la puerta del Aquilón para adorar, salga por la vía de la puerta meridional, y el que entra por la vía de la puerta meridional, salga por la vía de la puerta del Aquilón: no volverá por la vía de la puerta por la cual entró, sino que por la región de enfrente de ella saldrá."

Lo cual no solo se preceptúa a estos que salen de Sodoma, y se les dice: "No mires atrás" (Gén 19, 17); ni a aquellos que ponen la mano en el arado, para que no miren las cosas que están tras la espalda. sino que también a los constituidos en la casa del Señor, se manda que no miren tras las espaldas, y vuelvan a los elementos pobres y débiles, y comenzando por el espíritu, sean consumidos por la carne. sino que de las cosas espirituales también a las mayores procedan, y digan con el Apóstol: "Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante" (Fil 3, 13). para que de ningún modo conozcan en parte, y en parte profeticen, 577 sino que vengan a lo perfecto según aquella perfección que puede captar la naturaleza humana. para que entendamos aquello evangélico: "Y vosotros, cuando hayáis hecho todas las cosas, decid: Siervos inútiles somos; lo que debimos hacer, hicimos" (Lc 17, 10).

De donde también el Apóstol en la misma Epístola habla de dos perfecciones: pues escribe como imperfecto: "No porque ya lo haya alcanzado, o como si ya fuese perfecto: mas persigo por si aprehendo aquello en lo que también he sido aprehendido por Cristo" (Fil 3, 12). E inmediatamente habla como perfecto: "Una cosa empero, olvidando lo posterior, extendiéndome a lo que está delante: según el propósito persigo hacia el premio de la soberana vocación. Por tanto, cuantos somos perfectos, esto sintamos" (Fil 3, 13-15). Pues ¿cómo puede estar en pie la sentencia, de que quien había dicho: "No porque ya lo haya alcanzado o porque ya sea perfecto", se atreva a decir: "Por tanto, cuantos somos perfectos, esto sintamos"? Por lo cual es perspicuo que todo hombre, y la criatura universal, aunque haya llegado a la perfección, sin embargo necesita de la misericordia de Dios, y posee la plena perfección por la gracia, no por el mérito.

Se preceptúa, pues, al pueblo de la tierra, que si entra por la puerta del Aquilón para adorar, salga por la vía de la puerta meridional. ¿Quién es este pueblo al cual esto se preceptúa? A saber, el de los gentiles; para que el que, abandonando la puerta del Aquilón, desde donde se encienden los males sobre la tierra, hubiere entrado en el templo, no salga sino por la vía de la puerta meridional, hacia la puerta de la luz, hacia la puerta del calor, hacia la puerta en la cual el esposo sestea al mediodía (Jer 1). Finalmente se dice en el mismo Cantar de los Cantares: "Levántate, Aquilón, y ven, Austro" (Cant 4, 16). El que,

empero, entra por la vía de la puerta meridional, salga por la vía de la puerta del Aquilón. ¿Quién es aquel pueblo? a saber, el de los judíos, que abandonando la puerta de la vía de la luz, va a la puerta del Aquilón, del cual se dice: "Aquilón, viento durísimo" (Jer 1). Pues también la olla de Jeremías desde la faz del Aquilón se enciende. Digamos también de otro modo: Por la puerta del Aquilón entra el que abandona los pecados, y sale por la puerta meridional el que sigue las virtudes. Al contrario, si el justo hubiere caído en pecados, entra ciertamente por la puerta meridional, pero sale por la vía de la puerta del Aquilón.

578 "El príncipe, empero", dice, "estará en medio de ellos", a saber, de los que entran y de los que salen, según aquello que está escrito: "En medio de vosotros está, a quien vosotros no conocéis" (Jn 1, 26). Y el Apóstol: "¿Acaso ignoráis que Cristo está en vosotros?" (2 Cor 13, 5). Pues si a los que ignoran se les dice que en medio de ellos está Cristo: ¡cuánto más a los que saben! Mas cuando entre los que saben Cristo estuviere: entonces el cuerpo se hará muerto por causa del pecado, y el espíritu viviente por causa de la justicia. Entra, empero, el príncipe con los que entran, y sale con los que salen, asistiendo como testigo de la virtud y del pecado de unos y otros. En las ferias, pues, y en las solemnidades, de los sábados a saber, y de las neomenias, y de la universal festividad, de la cual en lo anterior hemos hablado, tanto en el becerro como en el carnero por cada efá se ofrecerán en sacrificio. En los corderos, empero, no habrá número cierto, ni albedrío dejado a la voluntad;

sino que cada uno usará sus fuerzas, y el bien de la conciencia: para que cuanto pueda, no cuanto quiera ofrezca, y sobre todo un hin de aceite por cada efá, para que se unja la flor de harina, y se encienda la lámpara en presencia del Señor; y el que la usa, pueda decir: "Yo empero como olivo fructífero en la casa del Señor" (Sal 51, 10).

(Vers. 12 seqq.) "Y cuando hiciere el príncipe holocausto espontáneo, u ofrendas pacíficas voluntarias al Señor, se le abrirá la puerta que mira al Oriente, y hará su holocausto y sus pacíficos, según suele hacerse en el día del sábado: y saldrá, y se cerrará la puerta después de que hubiere salido. 13. Y un cordero añojo inmaculado hará holocausto cada día al Señor: mañana tras mañana lo hará. 14. Y sacrificio (o *manjá*) hará sobre él mañana tras mañana, la sexta parte de un efá (o de la medida); y de aceite la tercera parte de un hin, para que se mezcle (o según Simaco, se rocíe) de flor de harina el sacrificio (o *manjá*), al Señor cosa legítima, perpetua y continua. 15. Haréis el cordero y el sacrificio y el aceite mañana tras mañana, holocausto sempiterno."

Donde nosotros leemos "inmaculado", en el hebreo está escrito *THAMIM*: Aquila lo interpreta como "perfecto". Y donde los Setenta pusieron *MANAA*: Teodoción traduce "sacrificio"; Aquila y Simaco lo vierten como "don". En lugar, empero, de lo que nosotros dijimos "espontáneo", los Setenta vertieron *homologian*, esto es, "confesión": y 579 en lugar de "príncipe", "duque", pues esto significa *NASI*. Todavía, empero, el discurso es sobre el príncipe, de quien

Isaías habla: "He aquí que lo di por testimonio a los pueblos, por príncipe y maestro a las naciones" (Is 55, 4). Y Ezequiel: "Y yo el Señor seré para ellos por Dios: y David príncipe en medio de ellos" (Ez 34, 24).

Cuando pues este príncipe hubiere hecho lo espontáneo, y hubiere dicho: "Lo espontáneo o voluntario de mi boca acepta, Señor" (Sal 118, 108): holocausto espontáneo, para que todo él se ofrezca a Dios, y pacíficos voluntarios, lo cual en lo anterior no se halla; pues está escrito: "Y harán los sacerdotes su holocausto y sus pacíficos": y sobre los espontáneos y voluntarios, de los que ahora se habla, se calla del todo, para que no por necesidad lo hagan, sino por voluntad: tras el holocausto ofrezca pacíficos, y se reconcilie con Dios. De donde también la virginidad es mayor que las nupcias (1 Cor 7), porque no se exige, ni se devuelve, sino que se ofrece.

Por los "pacíficos", que en hebreo se dicen *SELAMIM*, los Setenta interpretan "salutares": para que la misma reconciliación de los pacíficos sea la salud del que ofrece. Cuando pues esto hiciere el príncipe, se le abrirá la puerta: o según los Setenta, "se abrirá a sí mismo la puerta que mira al Oriente"; aquella puerta a saber, de la cual está escrito: "Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella" (Sal 117, 20), y de donde nace el Sol de justicia. Y "hará", dice, "su holocausto y sus pacíficos": de los cuales ahora dijimos. Hará, empero, porque es sacrificio espontáneo, y no otros sacerdotes harán por él, a saber, según suele hacerse en el día del sábado.

Por tanto en todo tiempo el holocausto y el pacífico, que se ofrece voluntariamente, tiene franqueada la puerta del Señor: ni observa el sábado, sino que todos los días se le reputan por descanso. Finalmente, después de que hubiere ofrecido el holocausto y los pacíficos, inmediatamente sale, y se cierra tras él la puerta, o cierra la puerta: para que se guarde al príncipe su privilegio, ni sus sacrificios se mezclen con el pueblo. Y porque en general había dicho, holocausto espontáneo u ofrendas pacíficas voluntarias al Señor, ni había puesto toro o becerro, ni carnero u oveja, y macho cabrío por el pecado, enseña qué sea el mismo holocausto: "Un cordero añojo inmaculado", diciendo, "hará por holocausto": y no en ciertos días, sino diariamente, ni a cualquier hora, sino mañana, 580 mañana tras mañana lo hará: por cada mañana a saber, cuando, salido el sol, es el comienzo de la luz.

De la cual mañana David habla en el salmo: "Mañana oirás mi voz: mañana estaré ante ti y veré" (Sal 5, 4). Y en otro lugar: "Por la tarde se demorará el llanto, y en la mañana la alegría" (Sal 29, 6). Y de nuevo: "Dios, Dios mío, para ti desde la luz vigilo" (Sal 62, 1). Quién sea, empero, este cordero inmaculado o perfecto y añojo, Isaías lo enseña más plenamente diciendo: "Como oveja al matadero fue llevado, y como cordero ante el que lo trasquila sin voz, y no abrió su boca" (Is 53, 7). Y Jeremías: "Yo empero como cordero inocente llevado al matadero, no lo supe" (Jer 11, 19). Y Juan el Bautista: "He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo" (Jn 1, 29).

Este es el cordero que se inmola en Egipto, con cuya sangre se arman los postes de la fe, y el exterminador es excluido (Éx 12). Añojo, empero, porque predicó el año del Señor aceptable, y el día de la retribución. Ni se maraville el lector si el mismo es príncipe, y sacerdote, y becerro, y carnero, y cordero, pues en las sagradas Escrituras por la variedad de las causas leemos que él es Señor, y Dios, y hombre, y profeta, y vara, y raíz, y flor, y príncipe, y juez, y rey, justo, y justicia. apóstol, y obispo, brazo, siervo, ungüento, pastor, hijo, y niño, unigénito, y primogénito, puerta, vía, ángel, saeta y sabiduría, y muchas otras cosas, de todas las cuales, si quisiere decir los testimonios, necesitan de un libro propio.

En el holocausto pues de este cordero inmaculado y añojo, que siempre en la mañana se ofrece, hará el mismo príncipe un sacrificio, o *MANAA*: y flor de harina, o don mañana tras mañana la sexta parte de un efá, se sobrentiende de flor de harina. La sexta parte de un efá, empero, es medio modio. Pues si el efá es la décima parte del coro, esto es, tres modios: a nadie es duda que la sexta parte de un efá hace medio modio. Del aceite también de la medida hin, se ofrece la tercera parte: para que se mezcle o se rocíe de flor de harina el sacrificio a Dios, cosa legítima, perpetua y continua, que en ningún día se intermita: sino que en todo tiempo, salido el sol, siempre se ofrece, para que se cumpla lo que al fin de este capítulo se pone: "Hará el cordero en sacrificio: y el aceite mañana tras mañana holocausto sempiterno."

581 (Vers. 16, 17 et seqq.) "Esto dice el Señor Dios: Si diere el príncipe (o el duque) un don a alguno de sus hijos, la herencia de él será de sus hijos: la poseerán por herencia. 17. Mas si diere un legado de su herencia a uno de sus siervos, será de él hasta el año de la remisión (por el cual Teodoción puso la misma palabra hebrea, *DEROR*), mas volverá al príncipe: la herencia de él empero de sus hijos será. 18. Y no tomará el príncipe de la herencia del pueblo por violencia, y de la posesión de ellos: sino que de su posesión dará herencia a sus hijos: para que no se disperse mi pueblo cada uno de su posesión."

Hasta aquí el discurso fue sobre el príncipe, ahora sobre sus herederos se dan los preceptos: más bien sobre los dones, herencia y legados, a quiénes deba dar, y de quiénes sea o por el tiempo, o la posesión eterna. Si, dice, a sus hijos hubiere dado o un don, o una herencia, ellos mismos la poseerán: porque por derecho de sucesión se les debe, y de uno a otro no puede pasar la posesión. Mas si hubiere dado a uno de sus siervos bajo nombre de legado, tanto tiempo tendrá la posesión, cuanto hasta que o el séptimo año de la remisión, que se dice *DEROR*, o el jubileo, esto es el quincuagésimo, llegue: cuando toda compra y donación vuelve a los dueños anteriores: de modo que el siervo tenga el uso por el tiempo, y el hijo del príncipe la propiedad de la posesión. Lo que empero sigue: "Y no tomará el príncipe de la herencia del pueblo por violencia" (Lev 23), o como los Setenta tradujeron, "para que no los oprima", o como Aquila y Simaco, "para que no

los aflija y entristezca: sino que de su posesión dará herencia a sus hijos": censura no solo a los sacerdotes y príncipes de aquel tiempo, sino también a los nuestros, que se hacen más ricos por la dignidad del sacerdocio, y fuera de aquellas cosas que por disposición del Señor se les deben, quitan a los pobres por violencia: o bajo nombre de honor despojan a los ricos, de modo que a sus mismos hijos también, a quienes se debe la herencia paterna, nada deban dejarles, sino lo que a ellos mismos les fue dejado por sus padres. Por tanto el sacerdote que es más rico de lo que vino al sacerdocio, cualquier cosa que tuviere de más, no a sus hijos debe darla, sino a los pobres, y a los santos hermanos, y a los domésticos de la fe, que vencen los méritos de los hijos, para que devuelva aquellas cosas que son del Señor, 582 a su Señor, que habla en el Evangelio: "Cualquier cosa que a uno de estos hicisteis, a mí me la hicisteis" (Mt 25, 40). Pues él mismo en los pobres es recibido en hospitalidad; es visitado en la cárcel: desnudo es cubierto: sediento bebe: es saciado hambriento. "Para que no se disperse", dice, "mi pueblo de su posesión". Pues si el príncipe tuviere licencia, o de tomar, o de arrebatar, o bajo figura de honor de tener lo que no es suyo, y de dejarlo a sus hijos, el pueblo que en el nombre de Dios había sido congregado, se dispersará en partes y será lacerado: o según la Ley, para que poco a poco la herencia de uno no pase a otro, y perezca el cordel de la división, por el cual por suerte a cada uno llegó la herencia. Dispersa, pues, al pueblo de Dios, y quita de él la posesión de la fe

sempiterna, quien deja a sus hijos y hermanos y consanguíneos los dones o bienes ajenos, ya sea por rapiña, o por adulación, o por halagos, o bajo pretexto de religión.

(Vers. 19 seqq.) "Y me introdujo por el ingreso que estaba al lado (o tras la espalda) de la puerta, a los gasofilacios del santuario para los sacerdotes (o a las exedras y tálamos), los cuales miraban al aquilón: y he aquí que allí había un lugar que declinaba hacia el occidente (o hacia el mar: y como los Setenta tradujeron, 'separado'). 20. Y me dijo: Este es el lugar donde cocerán los sacerdotes por el delito y por el pecado (o por la ignorancia y por ello), donde cocerán el sacrificio (o *manjá* y don), para que no los saquen al atrio exterior, y sea santificado el pueblo. 21. Y me sacó al atrio exterior, y me llevó en derredor por los cuatro ángulos del atrio: y he aquí que había un atriolillo en el ángulo del atrio, atriolillos singulares por los ángulos del atrio. 22. En los cuatro ángulos del atrio atriolillos dispuestos, de cuarenta codos por lo largo, y treinta por lo ancho. 23. De una sola medida eran los cuatro: y una pared en derredor rodeaba los cuatro atriolillos: y había cocinas fabricadas bajo los pórticos en torno (o por causa de los lechos que Aquila interpretó *stibadas*; Simaco *periphraymata*; Teodoción puso la misma palabra hebrea, *TUROTH*). 24. Y me dijo: Esta es la casa de las cocinas, en la cual cocerán los ministros de la casa las víctimas del pueblo [la Vulgata añade 'al Señor' (o la víctima): pues esto significa *ZEBA* en hebreo]."

El varón que tenía la caña en la mano y el cordel de albañil, con el cual el edificio 583 se medía, "me introdujo", dice, "por el ingreso que estaba del lado de la puerta, o tras la espalda de la puerta". Ni puso de qué puerta, si Oriental, Austral, u de otra parte: sino que lo dejó incierto, para que fuera al lugar del santuario, y a los gasofilacios, o a los aposentos de los sacerdotes, que miraban al aquilón y al mar: al septentrión a saber y al occidente: teniendo la sagrada Escritura esta costumbre, que por el sitio de la tierra de Judea, siempre llama al mar Occidente. Y debe considerarse que el lugar de los sacerdotes, donde por el delito, o ignorancia, y por el pecado se cuecen los sacrificios, para que no se ofrezcan crudos, esté puesto en el atrio exterior hacia el Aquilón y el Occidente: de donde el viento friísimo nace, y donde la luz del sol se pone. Por lo cual se muestra que cualquier cosa que pertenece al alimento, o es por el error, o por el pecado. Mas si también por la ignorancia se ofrece sacrificio, ¡cuánto más por la conciencia del delito! De donde también Job ofrecía mañana tras mañana una hostia por sus hijos (Job 1), temiendo no hubieran delatado por ignorancia. Lo que empero sigue: "Para que no ofrezcan en el atrio exterior, y sea santificado el pueblo", que no había sido preparado para la sanctificación, significa aquello, de que no fácilmente demos las cosas santas a los no santificados: ni echemos, según el Evangelio, las margaritas ante los puercos, ni demos lo santo a los perros (Mt 7). Finalmente Moisés quiere que por tres días de toda inmundicia, y del complejo

de las esposas se santifique el pueblo, para que acceda al monte Sinaí, y santificado reciba las cosas santas (Éx 19). Si empero los que han de acceder a oír y recibir las palabras de Dios, se mandan santificar de sus esposas, manifiesto es que en la Ley se contiene aquello Apostólico: "No os defraudéis unos a otros, si no es por ventura de consentimiento por un tiempo, para vacar a la oración" (1 Cor 7, 5): y de consentimiento hay que abstenerse de las esposas, para vacar a la oración.

Después de esto está escrito: "Y me sacó al atrio exterior, y me llevó en derredor por los cuatro ángulos del atrio: y he aquí que había un atriolillo en el ángulo del atrio, atriolillos singulares por los ángulos del atrio, en los cuatro ángulos del atrio atriolillos dispuestos". Aquel varón que a menudo conmemora, lo sacó del lugar de los sacerdotes que declinaba hacia el Aquilón, 584 o que estaba separado, donde cuecen los sacerdotes por el delito, y por el pecado, o ignorancia: lo sacó empero al atrio exterior. Por lo cual entendemos que aquel atrio de donde salió, fue el interior, y que hay muchos atrios en las sagradas Escrituras, de los cuales leemos: "Los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios" (Sal 134, 2). Y en Juan: "Y otras ovejas tengo que no son de este atrio, y a aquellas conviene que yo las traiga: y oirán mi voz, y se hará un solo atrio y un solo pastor" (Jn 10, 16): pues esto significa en griego *aulē*, que la sencillez latina tradujo en "aprisco". Cuando empero dice, "de este atrio", muestra que hay también otro: lo cual o en la turba de las gentes para distinción de Israel, o

en los cielos para separación del atrio terreno se demuestra: y según la calidad de los méritos a cada oficio se delega un atrio, sobre lo cual en lo anterior más plenamente se disputó. Este atrio empero de que ahora es el discurso, por cada ángulo tenía cuatro atriolillos, que los Setenta llaman menores, y nosotros por la facilidad del sentido los dijimos atriolillos hipocorísticamente. De cuarenta codos eran por lo largo, y treinta por lo ancho. De cuyos números recuerdo haberme disputado en este mismo Profeta, de que uno a las tribulaciones y angustias, otro a la edad perfecta se refiere. De donde por cuarenta días Moisés, y Elías, y el Señor y Salvador en el yermo ayunaron (Éx 34; 3 Rey 19; Mt 4; Lc 3): y al oficio sacerdotal no después del vigésimo quinto año de edad, sino después del trigésimo acceden. Por lo cual también el Señor era de treinta años cuando vino al bautismo: y en este mismo Profeta el trigésimo año se pone en el exordio. Donde pues hay alimentos, allí también angustia y tentación, por las cuales se preparan los alimentos. Y donde hubiéremos venido a la edad del varón perfecto, allí han de ser holladas todas las cosas, y decir: "Teniendo sustento y con qué cubrirnos, estemos con esto contentos" (1 Tim 6, 8). Y: "Si me diere el Señor pan para comer, y vestido para cubrirme" (Gén 28, 20). O ciertamente aquello: "La comida para el vientre, y el vientre para las comidas: Dios empero y a este y a aquellas destruirá" (1 Cor 6, 13). Ni pues en lo futuro comeremos y beberemos, sino que nos alimentaremos de aquel pan que bajó del cielo, del cual en el Salterio se canta: "El

pan de los ángeles 585 comió el hombre" (Sal 76, 25). Y: "Mi comida es, que haga la voluntad de aquel que me envió" (Jn 4, 34). Lo que empero una sola medida de los atriolillos era cuatro, que los ángulos del atrio mayor poseían, significa las cuatro regiones del mundo (Gén 3): que en el sudor de nuestro rostro comamos el pan, y todo trabajo al vientre y al estiércol aproveche: los cuales cuatro atriolillos, o una pared rodeaba, y las cocinas estaban fabricadas bajo los pórticos en torno, o tenían cercanos lechos: para que donde hay alimentos, allí también la preparación de las medidas. Y para que por ventura no ignorara el profeta qué eran las cosas que veía, dijo a él: "Esta es la casa de las cocinas, en la cual cocerán los ministros del Señor las víctimas del pueblo". Las víctimas del pueblo a saber, que se ofrecen por el delito, o pecado, e ignorancia, son los alimentos y refrigerios de los sacerdotes: para que recuerden que nada más deben apetecer, cuando también en el templo las carnes para sus refrigerios están preparadas.

(Cap XLVII---Vers 1 seqq.) "Y me volvió a la puerta de la casa. y he aquí que aguas salían por debajo del umbral de la casa hacia el Oriente. Pues la faz de la casa miraba al Oriente. Las aguas empero descendían al lado derecho del templo hacia el mediodía del altar. 2. Y me sacó por la vía de la puerta del Aquilón, y me volvió a la vía de fuera de la puerta exterior, la vía que miraba al Oriente, y he aquí aguas que brotaban del lado derecho. 3. Cuando salió el varón hacia el Oriente, el cual tenía el cordel en su mano, midió

mil codos, y me hizo pasar por el agua hasta los tobillos (o pasó en el agua el agua de la remisión). 4. Y de nuevo midió mil, y me hizo pasar por el agua hasta las rodillas (o pasó en el agua el agua hasta los muslos). Y midió mil, y me hizo pasar por el agua hasta los riñones (o y pasó el agua hasta los lomos). 5. Y midió mil un torrente, que no pude pasar, porque habían crecido las aguas profundas del torrente, que no podía vadearse." Por lo cual los Setenta tradujeron: "Y midió mil, y no podía pasar: porque se llevaba el agua a modo de torrente precipitado, que no puede pasarse."

Estas aguas que salían por debajo del umbral de la casa, esto es del templo, no se llevaban hacia el Aquilón y hacia el 586 Occidente: sino también hacia el Oriente, y en el lado derecho del templo, esto es, hacia el Mediodía, y el mismo Mediodía no de cualquier lugar, sino del altar. Por lo cual se hace perspicuo que son sagradas las aguas, y que significan la doctrina de nuestro Salvador, según aquello que está escrito: "De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén" (Is 2, 3). Y en otro lugar: "Llenas están todas las cosas de la ciencia del Señor, como mucha agua cubriendo el mar" (Is 11, 9). De estas aguas también Zacarías el Profeta vaticinó, diciendo: "En aquel día saldrá agua viviente de Jerusalén, y la mitad de ella hacia el mar primero: la otra mitad de ella hacia el mar último" (Zac 14, 8). De estas aguas también a la Samaritana el Señor hablaba: "Si supieras quién es el que te dice: Dame de beber, tú por ventura le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viviente" (Jn 4, 10). Y de nuevo: "Todo el que bebe

de esta agua, tendrá sed de nuevo: el que empero bebiere de la agua que yo le daré, no tendrá sed para siempre" (Ibíd., 13). Y en el templo clamaba y decía: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí (como dice la Escritura) ríos de su vientre fluirán de agua viva: esto empero dijo del espíritu que habían de recibir los que creían en él" (Jn 7, 37, 38). Estas son las aguas de las que el profeta hablaba en el salmo: "Sobre las aguas de la recreación me crió" (Sal 22, 2). Y Ezequiel: "Os tomaré de las gentes y de las tierras, y rociaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias" (Ez 36, 24, 25). Pues aparecieron fuentes de aguas. Y en el salmo noventa y dos se canta: "Elevaron los ríos, Señor, elevaron los ríos sus voces ante las voces de muchas aguas. Admirables las elevaciones del mar" (Sal 92, 2, 3). Estas son las aguas de Siloé, que van con silencio, de las cuales habla Isaías: "Sacaréis aguas de las fuentes del Salvador" (Is 12, 3). Y el Salmista: "Bendecid al Señor desde las fuentes de Israel" (Sal 67). Y el mismo Isaías sobre el Señor Salvador: "Este", dice, "habitará en la excelsa caverna de la piedra fortísima. Pan se le dará, y el agua de él es fiel" (Is 33, 16). Pues brotó en el desierto agua, y un valle en la tierra sedienta. Y se dice a los creyentes: "No temas, porque te redimí; mío eres tú, y si pasares por el agua, contigo yo soy" (Is 43, 1, 2). Y de nuevo: "Los que tenéis sed, id al agua" (Is 55, 1): Y por Jeremías habla Dios: "Dos males 587 hizo mi pueblo. A mí me dejaron, fuente de agua viva, y cavaron para sí lagos, que no pueden contener el agua" (Jer 2, 13).

Como pues leemos en buena parte las aguas que salen del umbral del templo, y se refieren a la doctrina de la Iglesia: así hay aguas amargas, y aguas malísimas a las cuales Jeremías el profeta nos prohíbe acceder, diciendo (Ibíd. 18): "¿Qué os pasa a vosotros y al camino de Egipto, para que bebáis de las aguas de Geón?", las cuales en hebreo se dicen *SIOR*, esto es, turbias y cenagosas. De las cuales airado sobre los herejes habla Dios: "He aquí que yo los alimentaré con angustias, y les daré por bebida agua de hiel" (Jer 9, 15); en la cual el dragón reina egipcio, que dice: "Míos son los ríos, y yo los hice"; que todo lo excelso ve, y él mismo es rey de los que en las aguas están. De donde el varón Eclesiástico al Señor depreca, y dice: "Sálvame, Señor, porque entraron las aguas hasta mi alma. Estoy hincado en el limo del profundo, y no hay sustancia, y la tempestad me sumergió" (Sal 68, 1, 2). Y de nuevo: "Líbrame de los que me odian, y de los profundos de las aguas: no me precipite la tempestad del agua, ni me absorba el profundo, ni apriete sobre mí el pozo su boca" (Ibíd. 15, 16). Y en otro salmo: "Si no es porque el Señor estaba en nosotros, diga ahora Israel: si no es porque el Señor estaba en nosotros. Cuando se levantaban los hombres contra nosotros, por ventura vivos nos habrían devorado. Cuando se encendía el furor de ellos sobre nosotros, por ventura el agua nos habría absorbido" (Sal 123, 1-3). Y la Esposa en el Cantar de los Cantares: "Agua mucha no podrá extinguir la caridad, y los ríos no la sumergirán" (Cant 8, 7). Esta es la agua, de la que dice Oseas: "Me despreció Galaad

la ciudad, que obra vanidades, conturbando el agua, y la fortaleza de ella hombres piratas" (Os 6, 7, 8). Cuya agua por otro nombre se llama *MARA*, esto es, *amaritudo*; en la cual el leño de la Cruz se mete, y las amargas se vuelven en dulces. Considera la ley de Moisés, si se entiende según el sentido carnal de los judíos, cómo sea amarga, sacando ojo por ojo, diente por diente (Éx 21): mira en Tamar la fornicación (2 Sam 13), y a Oseas unido a la fornicaria, el *perizōma* de Jeremías (Os 1, Jer 13), la esposa etíope de Moisés, y la interfección del egipcio, y mil otras cosas, que si entendemos según la letra que mata, y no según el espíritu que vivifica, amargas son, y a su lector no tanto edifican como destruyen (Núm 12, Éx 2).

588 Estas aguas pues que salen del templo del Señor, y se dirigen al Oriente, y descienden al lado derecho del Templo, al mediodía del altar, donde el esposo a sus convidados apacienta, y sestea. Lo que empero sigue: "Y me sacó por la vía de la puerta del Aquilón, y me volvió a la vía de fuera de la puerta exterior, la vía que miraba al Oriente", aquello latente muestra, que inmediatamente a la puerta Oriental llegar no podemos, si no es por la vía de la puerta del Aquilón en largo circuito llegamos a ella. Pues si el viento friísimo no hubiéremos vencido por el calor de la fe, y hubiéremos hollado sus regiones: para que se cumpla en nosotros aquello Apostólico: "Dios empero quebrantará a satanás bajo vuestros pies velozmente" (Rom 16, 20), la puerta por la cual salen las aguas, y están al lado derecho, entrar no

podremos. And nota que estas aguas que entran por la puerta del Oriente, tanto las partes izquierdas huyen, que por las derechas del altar hacia el Mediodía dirigirse se describen. El varón empero, dice, aquel que tenía el cordel en la mano, cuando me hubo llevado por la puerta del Aquilón por fuera a la vía que miraba al Oriente, y él mismo también estuviera en el mismo lugar, midió de la misma agua mil codos. y me hizo pasar por el agua hasta los tobillos, los cuales Aquila y Simaco, y Teodoción interpretaron *astragalous*, por los cuales los Setenta tradujeron: "y pasó en el agua, el agua de la remisión". lo cual entender podemos que significa los primeros pecados de los hombres, que al entrar nosotros en las aguas del Señor se perdonan, y muestran la gracia salutar del bautismo y son los inicios de los progresos, aunque sean cosas sublimes. Finalmente hasta los tobillos llegan, que están vecinos a la planta y al talón, que está patente a las mordeduras de la culebra, diciendo el Señor: "Tú de él observarás la cabeza, y él observará tu talón" (Gén 3, 15, según los LXX). Y en el Salterio sobre Judas el traidor se dice: "El que comía mis panes, magnificó sobre mí la suplantación" (Sal 40, 10), o el talón, pues esto el griego *pterna* significa. Mas tras mil codos que llegan hasta el tobillo, midió otros mil codos en el agua, y me hizo pasar hasta las rodillas. Tras la remisión a saber de los pecados, y el camino de los progresos, cuando un poquito de las cosas terrenas a las más altas 589 intentamos ascender, doblamos al Señor las rodillas, diciendo el Apóstol: "Para que toda rodilla se doble, de los

celestiales, terrestres e infernales: y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre" (Fil 2, 10). Tercero midió otros mil codos, y me hizo pasar, dice, por el agua hasta los riñones. Pues por estos grados a las cosas sublimes llegamos: las cuales empero mismas sublimes hasta los lomos y riñones llegan, para que toda innoble libido en nosotros se trunque; y poseamos la santificación del cuerpo, sin la cual nadie ve a Dios. De donde también en este mismo profeta (Arriba 8): desde los pies hasta los lomos Dios ígneo se divisa. Necesitan pues de fuego y de purgación las obras de los lomos, diciendo el justo: "Porque mis lomos llenos están de ilusiones" (Sal 37, 8), por los cuales a nosotros tanto en el día como en el fantasma de las noches nos ilude el enemigo. De los lomos empero hasta la cabeza y el vértice, con el fulgor del metal preciosísimo ámbar resplandece: para que nada sórdido en sí, nada tenga de vileza. De donde ahora cuarto se dice: "Y midió mil", se sobrentiende codos, "un torrente" (lo que los Setenta no tradujeron) "que no pude pasar": mucho mejor que los Setenta que dijeron: "y no podía pasar". Pues el profeta y toda la naturaleza humana, tras los lomos el torrente de los pensamientos, y los incentivos de los vicios en el corazón, no puede pasar. El varón empero aquel que estaba vestido de *BADDIM*, y el guía del profeta, límpidamente pasó: el cual pecado no hizo, ni dolo se halló en su boca (Is 53). Y las causas rinde por qué el profeta el cuarto millar de codos no pudo pasar: "porque", dice, "habían crecido las aguas profundas del torrente, que no

puede vadearse". ¿Y cómo está escrito, gloriándose el profeta: "El torrente pasó nuestra alma" (Sal 123, 5)? Mas fácilmente se resuelve, si sabemos que por esto está escrito en el hebreo: "El torrente pasó por mi alma". De este torrente también Isaías habla: "He aquí que yo inclino sobre ellos como río de paz, y como torrente que inunda de gloria" (Is 66, 12). Y en el salmo treinta y cinco sobre los santos se dice: "En la protección de tus alas esperarán. Se embriagarán de la grosura de tu casa, y con el torrente de tus delicias 590 los abrevarás; porque en ti está la fuente de la vida" (Sal 35, 8, 9). Y en el ciento veinticinco: "Convierte, Señor, nuestra cautividad, como torrente en el Austro" (Sal 125, 5). Y sobre el Salvador: "Del torrente beberá en la vía" (Sal 109, 7). ¿Quién pues de los hombres gloriarse puede de tener casto su corazón (Prov 20)? ¿o a cuya mente por las ventanas de los ojos la muerte de la concupiscencia no entrará (Jer 9), y (por decir poco) la titilación del ánimo? Pues el mundo en el maligno puesto está (1 Jn 5, 19); y desde la puericia puesto está el corazón del hombre al mal, para que ni siquiera de un solo día desde el exordio de su natividad, sin pecado esté la humana condición (Job 15). De donde también David confiesa en el salmo: "He aquí pues que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre" (Sal 50, 7). No en las iniquidades de mi madre, o ciertamente mías, sino en las iniquidades de la humana condición. De donde también el Apóstol dice: "Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, también sobre aquellos que no pecaron en la si-

militud de la prevaricación de Adán" (Rom 5, 14). De que digamos *cubitos* en género masculino, y no neutral *cubita*, según la regla de los gramáticos, también en lo anterior enseñé que no por ignorancia hacemos esto, sino por costumbre por causa de los simples y indoctos, de los cuales en la congregación de la Iglesia mayor es el número.

(Vers. 6 sigs.) "Y me dijo: Ciertamente has visto, hijo de hombre; y me sacó, y me volvió a la ribera del torrente (o río). Y habiéndome vuelto (o habiéndome él vuelto), he aquí que en la ribera del torrente (o río) había muchísima madera (o muchísimos árboles) de una y otra parte. Y me dijo: Estas aguas que salen hacia los túmulos de arena del Oriente [Vulg. Oriental], y descienden a las llanuras del desierto (o esta agua que sale a Galilea, que se inclina al Oriente, y desciende a Arabia), entrarán en el mar, y saldrán, y se sanarán las aguas. Y toda alma viviente (o de animales) que se arrastra (o de los que se arrastran), a dondequiera que viniere el torrente (o río), vivirá: y habrá peces muy abundantes después que vinieren allí estas aguas: y se sanarán, y vivirán todas las cosas a las cuales viniere el torrente (o río). Y estarán sobre ellos pescadores desde Engaddi hasta Engallim, será secadero de redes. Muchísimas especies habrá de sus peces: como los peces del mar grande, de una multitud excesiva. Pero en aquellas partes que salen de las riberas y son pantonosas, no se sanarán, sino que [Vulg. porque] se darán a las salinas. Y sobre el torrente (o río) nacerá en sus riberas de una y otra parte todo árbol pomífero (o fructífero), no

caerá de él la hoja (o no envejecerá en él): y no faltará su fruto. Por cada mes dará sus primicias (o se renovarán todas las cosas); porque sus aguas saldrán del santuario, y será su fruto para comida, y sus hojas para medicina (o y su ascensión para sanidad)."

Aunque todo el capítulo sea extenso, quise ponerlo todo junto, para no interrumpir el sentido del lector, y para que el orden de la lectura dividido en partes no perturbara la inteligencia del que escucha.

Y primero debe decirse que para "torrente" en hebreo se dice *NEHEL* (נחל), y en lengua griega se llama *cheimarrhous* (χειμάρρους), los LXX tradujeron "río".

Luego para "Galilea", que en hebreo se dice *GALILA* (גלילה), Aquila interpretó *thinas* (θίνας), que significa túmulos de arena; Símaco, *methórion* (μεθόριον), que podemos traducir como confín. Para "Arabia" también Símaco tradujo "inhabitable"; Aquila, "bajos" o "llanuras"; Teodoción tradujo "Araba".

Digamos, pues, qué nos parece en cada caso.

Aquel hombre que era el guía de Ezequiel, amonesta al profeta para que mire más diligentemente y vea, y atienda con los ojos de la mente los misterios ocultos.

Lo llama, además, "hijo de hombre", o bien en figura del Señor Salvador; pues en verdad Ezequiel se interpreta como "fortaleza" o "imperio de Dios": o ciertamente para recordatorio de la fragilidad humana; no sea que se olvide de su condición mientras se le muestran cosas grandes.

y amonestado lo guía y lo vuelve a la ribera del torrente, para que ya que no había podido cruzar la profundidad media, al menos reconozca aquellas cosas que están en las riberas.

Y cuando, dice, "me hube vuelto", o "él me hubo vuelto", el que era guía y monitor; he aquí en la ribera del torrente, o río, mucha madera, o muchísimos árboles de una y otra parte.

Este torrente, que por la abundancia de las aguas corre a modo de torrente y recibe las lluvias del cielo, del cual hablamos en la lectura pasada, es llamado por los LXX "río", por el hecho de que tiene aguas perpetuas: no recogidas de aquí y de allá de las lluvias, sino manando de una fuente viva y perpetua.

Sobre este río leemos muchas cosas en las Sagradas Escrituras; pero al presente deben decirse pocas, y primero aquello: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Sal 45, 5). Y en otro lugar: "El río de Dios está lleno de aguas, preparaste la comida de ellos, porque así es tu preparación" (Sal 63, 10). Y de nuevo en plural: "Elevaron los ríos, Señor, elevaron los ríos sus voces, a causa de las voces de muchas aguas: Admirables son las elevaciones del mar" (Sal 92, 3-4). Y en Isaías: "Haré camino en el desierto, y ríos en la tierra intransitable" (Is 43, 19). Y en otro lugar del mismo autor más manifiestamente: "Aparecerá en Sión un río que corre glorioso en tierra sedienta" (cf. Is 44, 3).

Sobre este río había muchísimos árboles de una y otra parte de la ribera; para que, encerrado

entre los dos Instrumentos, el antiguo y el nuevo, corriera el río.

Y la mucha madera, o muchísimos y muchos árboles, estimo que son aquellos que la Escritura menciona en el paraíso abundando en diversos frutos; y el guía previo y maestro instruye al profeta y dice: "Estas aguas que salen, o bien a la Galilea de las naciones, según los LXX, o (como más verdaderamente se contiene en el hebreo) a los túmulos de arena oriental, y descienden a las llanuras del desierto, o a Arabia, entrarán en el mar, o a las salidas del mar, y se sanarán las aguas."

Ya dijimos hace poco que las aguas significan o la gracia del bautismo o la doctrina evangélica.

Las cuales, si salen del umbral del templo del Señor y mantienen la disciplina apostólica, hacen que los túmulos de arena, antes estériles e infértiles, sean fructíferos, y todas las llanuras y desiertos se riegan de tal modo que expresan en sí el sacramento del río de Jericó (2 Re 2): al cual Eliseo curó con la sal evangélica y apostólica, hasta el punto de que donde antes había habido esterilidad y muerte, allí hubiera abundancia y vida.

Y no solo sanaron los desiertos, sino que entran en el mar Oriental, a saber, el Mar Muerto en el cual nada vital podía haber, y un mar amarguísimo, al cual los griegos llaman *limnen asphaltitin* (λίμνην ἀσφαλτῖτιν), esto es, estanque de betún.

Y de un modo admirable, por las aguas evangélicas se sanan las aguas muertas, las cuales, por

el hecho de no tener nada vital en sí, recibieron el nombre de muerte.

Pues no conocían a aquel que dice: "Yo soy la vida y la verdad" (Jn 14, 6).

Y en verdad, según la letra, hasta aquí nada que respire y pueda andar puede hallarse en este mar, por la excesiva amargura: ni siquiera caracolillos y gusanillos pequeños y anguilas, y otros géneros de animales o serpientes, cuyos cuerpecillos podemos conocer más que sus nombres. Finalmente, si el Jordán, crecido por las lluvias, arrastrare peces fluyendo hacia allí, inmediatamente mueren y flotan sobre las aguas grasientas.

Puesto que estas cosas, por tanto, no tienen ninguna utilidad, como el lenguaje sencillo atestigua, aunque se hicieran, como cree la necia superstición de los judíos, según la inteligencia espiritual curada por el torrente del Señor, tendrán muchísimos peces, y vivirán todas las cosas a las cuales llegare este torrente;

de modo que los pescadores estén sobre las riberas desde Engaddi hasta Engallim: el primero de los cuales suena como "fuente" u "ojo del cabrito"; el siguiente como "fuente" u "ojo de los becerros".

Pues Engallim está en el principio del Mar Muerto, donde entra el Jordán. Pero Engaddi donde se acaba y consume.

Y aquel Mar Muerto pienso que es aquel del cual habla Zacarías: "En aquel día saldrá agua viva de Jerusalén, y la mitad de ella hacia el mar primero" (Zac 14, 8). Daniel también consiente en estas palabras: "Veía, y he aquí que los cuatro

vientos del cielo combatían en el mar grande" (Dan 7, 2). Y David: "Admirables son las elevaciones del mar" (Sal 92, 4). Y desde la persona del Salvador en el salmo: "Vine a lo profundo del mar y la tempestad me sumergió" (Sal 68, 3). El rey de Egipto también, según el mismo Ezequiel, es llamado dragón (Ez 32), que habita en el mar, y sopla con sus ríos como con sus cuernos. Y de nuevo: "Este mar grande y espacioso" (Sal 102, 25).

El cual, mientras no haya recibido en sí las aguas del río o torrente, mata todo lo que tiene en sí;

pero el Señor, de quien se ha dicho: "Herirá, y curará después de dos días, y en el tercer día resurgiremos, y viviremos en su presencia" (Os 6, 2), Él mismo habla en el mismo Profeta Oseas: "Yo ligué a Efraín, lo recibí en mi brazo, y no conocieron que los sané en la corrupción del hombre" (Os 11, 3-4); el cual fue herido por nuestros pecados y debilitado por nuestras iniquidades. "La disciplina de nuestra paz sobre él, y por su cardenal fuimos sanados" (Is 53, 5).

Él mismo sanó este mar que es saladísimo, y muerto por la excesiva amargura, con su muerte, el cual dice por Isaías: "El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ungió; me envió a evangelizar a los pobres; a sanar a los que están contritos de corazón" (Is 61, 1). De donde también clama por Jeremías: "Convertíos, hijos que os convertís, y sanaré vuestras contriciones" (Jer 3, 22).

Pues dijo el pueblo impaciente, y no sosteniendo llevar por más tiempo el dolor de sus he-

ridas: "Pasó el verano, pasó la cosecha, y nosotros no hemos sido salvados." Por lo cual les respondió el Señor: "¿Acaso no hay resina en Galaad, o no hay médicos allí?" ¿Por qué no subió la sanidad de la hija de mi pueblo?" (Jer 8, 22).

Y el mismo Jeremías clama y dice: "Sáname, Señor, y seré sanado: hazme salvo, y seré salvo" (Jer 17, 14).

Finalmente, los ángeles que eran los presidentes del pueblo de los judíos en aquel tiempo cuando clamó la multitud insensata y dijo: "Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (Mt 27, 25); y el velo del templo se rasgó, y todos los sacramentos de los hebreos quedaron abiertos, respondieron al Señor que mandaba y dijeron: "Curamos a Babilonia, y no ha sido sanada: dejémosla" (Jer 51, 9), a saber, a la ciudad de la confusión y de los vicios.

De donde también Josefo narra en su Historia que después de que el Señor fue crucificado, y el velo del templo se rasgó, o el umbral del templo cayó fracturado, se oyó una voz en los santuarios del templo de las virtudes celestiales: "Pasemos de estas sedes."

Todo esto se ha dicho no superfluamente, sino necesariamente, porque el Mar Muerto, fluyendo en sí el río del Señor, se dice que ha sido curado.

Sobre este mar, desde Engaddi, ojo y fuente del cabrito, que siempre se ofrece por el pecado, hasta Engallim, fuente de los becerros, que son inmolados al Señor e imitan al becerro que saca cuernos y pezuñas, el cual en tipo del Salvador es inmolado en el altar, habrá pescadores, a los

cuales habla el Señor Jesús: "Venid a mí, y os haré pescadores de hombres" (Mt 4, 19): de los cuales también Jeremías: "He aquí que yo", dice, "enviaré pescadores" (Jer 16, 16).

Y muchísimas especies, más bien géneros de peces habrá en el mar antaño muerto. Peces que Pedro, mandándolo el Señor, sacó a la parte derecha, y eran ciento cincuenta y tres: de modo que por la multitud de ellos las redes se rompían (Jn 21).

Dicen, además, los que escribieron sobre las naturalezas y propiedad de los animales, los que aprendieron *halieutika* (αἱλιευτικά) tanto en lengua latina como griega, de los cuales Opiano el Cilicio es un poeta doctísimo, que hay ciento cincuenta y tres géneros de peces, los cuales todos fueron capturados por los apóstoles, y nada quedó sin capturar, mientras que tanto los nobles como los innobles, ricos y pobres, y todo género de hombres es extraído del mar de este siglo para la salvación.

Y lo que sigue: "En sus riberas, y en los pantanos", o en aquellos que salen fuera de las riberas, "las aguas no se sanarán"

indica veladamente que el que no estuviere en el arca de Noé perecerá mientras reina el diluvio: y a los que este río no tocare, no recibirán la sanidad; sino que "se darán a las salinas", dice, según aquello que está escrito: "Azotado el pestilente, el necio será más sabio" (Prov 19, 25). Pues los ejemplos de los peores instruyen a los buenos.

O se darán a las salinas, según aquello que está escrito en el Evangelio: "Buena es la sal: pero si la

sal se desvaneciere, para nada es útil" (Mt 5, 13): para que perpetuamente carezcan de frutos y de verdor. Lo cual también demuestra una ciudad esparcida con sal tras la ruina.

Sobre el torrente o río nacerá en sus riberas de una y otra parte todo árbol pomífero, o como todos tradujeron con voz acorde, *brōsimon* (βρώσιμον), que tributa comida y sustento, y que puede ser comido:

y se llama en lengua hebrea *MACHAL* (מאכל); y nada según los Setenta envejecerá en él, sino que diariamente se renovarán sus frutos, o "no caerá de él la hoja, y no faltará su fruto"; según aquello que está escrito en el primer salmo. "Y será como el árbol que está plantado junto a las corrientes de las aguas, que dará su fruto en su tiempo, y su hoja no caerá" (Sal 1, 3).

"Por cada mes", dice, "dará sus primicias", o como está escrito en los LXX: "Su fruto en su renovación dará sus primicias"; para que todos los frutos de los creyentes sean primicias, y cada mes sea asignado a cada apóstol.

Y esto sucederá porque "sus aguas saldrán del santuario": no pensemos que sea de las riberas, o de los árboles, o de los meses, tal abundancia de frutos, da las causas de la fertilidad e infiere: "Porque sus aguas saldrán del santuario."

"No es, pues, del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Rom 9, 16).

De todos estos árboles el principado lo tiene el árbol de la vida, que se entiende como la sabiduría, de la cual está escrito: "Árbol de vida es para todos los que creen en ella" (Prov 3, 18).

Y aquello que se dice: "Y serán sus frutos para comida, y su hoja para medicina", demuestra los sacramentos de los libros divinos: de los cuales uno pertenece a la letra, el otro al espíritu: para que entendamos las palabras sencillas en las hojas, pero en los frutos el sentido latente.

Pues así como la ciencia de las Escrituras conduce a los reinos de los cielos, y nos proporciona el pan de aquel que dice: "Yo soy el pan que descendió del cielo" (Jn 6, 41): así sus hojas contienen la doctrina moral y tributan la sanidad, para que curen las heridas de los que pecan.

Para las hojas que se llaman *ALE* (עלה) en hebreo, por la semejanza de la palabra y de la voz, los LXX tradujeron "ascensión", lo cual también puede explicarse así, que tras los alimentos de los frutos, ascendamos a lo celestial por las advertencias de las palabras.

(Vers. 13, 14.) "Esto dice el Señor Dios: Este es el término en el cual poseeréis la tierra en las doce tribus de Israel, porque José tiene doble cordel. Y la poseeréis cada uno por igual como su hermano, sobre la cual levanté mi mano, para darla a vuestros padres: y caerá esta tierra para vosotros en posesión."

En lugar de lo que nosotros dijimos, "porque José tiene doble cordel", los LXX tradujeron "aumento del cordel". Pues en verdad José se interpreta como "aumento"; entendiendo la cosa por el nombre, y confundiendo el ánimo del lector. Pues restada la tribu levítica y delegada a los sacrificios del templo, permanecían once tribus, de las cuales la tribu de José fue dividida en dos,

Efraín y Manasés, quienes dijeron a Josué hijo de Nun: "¿Por qué me has dado la posesión de una suerte y de un solo cordel, siendo yo de tanta multitud, y habiéndome bendecido el Señor?" A los cuales respondió Josué: "Si eres un pueblo numeroso, sube al bosque y corta para ti espacios en la tierra del ferezeo y de los refaítas, porque te es estrecha la posesión del monte Efraín" (Jos 17, 14-15). Y de nuevo: "Y dijo Josué a la casa de Efraín y de Manasés: Eres un pueblo numeroso y de gran fortaleza: no tendrás una sola suerte, sino que pasarás al monte, y cortarás para ti y limpiarás espacios para habitar, y podrás proceder más allá, cuando hayas subvertido al cananeo, del cual dices que tiene carros de hierro y que es muy fuerte" (ibíd., 17-18).

He dicho esto por esto, porque ahora la Escritura menciona que José, esto es, Efraín y Manasés, tiene doble cordel. Y cada una de las tribus, según su multitud, recibe iguales espacios de tierra, de ningún modo por el arbitrio del que divide, sino por la suerte que consiste en la potestad del Señor. Finalmente, el mismo Josué, que fue el divisor de la tierra, no separó para sí una tierra propia, para no parecer haber elegido la mejor; sino que recibió de los príncipes de todas las tribus Tamnat-sare en el monte Efraín.

(Vers. 15 sigs.) "Este es el término de la tierra hacia la parte del Septentrión, desde el mar grande, por el camino de Etalón a los que vienen a Sadada, Emat, Berota, Sabarim, que está entre el medio de Damasco y el confín de Emat: el atrio de Ticón [Vulg. la casa de Aticón], que está junto

a los términos de Aurán (o de Auranítide). Y será el término desde el mar hasta el atrio de Enón (o Seraranán) el término de Damasco, y desde el Aquilón hasta el Aquilón el término de Emat, la parte [Vulg. y el término de Emat; mas la parte] Septentrional."

Entre la descripción de la tierra santa de las doce tribus de Josué hijo de Nun, y la que ahora se manda hacer por Ezequiel, hay esta diferencia: que allí la tierra se divide entre las tribus por suerte, aquí se delega por el arbitrio del Señor que manda.

En el libro de los Números, por tanto (Núm 34), en el cual toda la tierra de la promesa se divide por cuatro partes en un breve discurso, desde el Aquilón, esto es, la parte Septentrional, esta es la descripción: "Además, hacia la parte Septentrional desde el mar grande comenzarán los términos, llegando hasta el monte altísimo, desde el cual vendréis [Vulg. vendrán] a Emat, hasta los términos de Sadada, irán los confines hasta Zefrona y la aldea de Enam, o Aser Enón."

Y dicen los hebreos que la parte Septentrional comienza desde el mar grande, que se extiende por las riberas de Palestina, Fenicia y la Siria que se llama Celesiria, y de Cilicia, y tiende por Egipto hacia Libia.

Pero en cuanto a lo que dice: "Llegarán los términos hasta el monte altísimo" (Núm 34, 7), los mismos hebreos afirman que o se significa el monte Amano, o el Tauro, lo cual nos parece más verdadero. "Desde el cual", dice, "vendréis a Emat", que ahora se llama Epifanía, cambiado el

nombre por Antíoco el más cruel de los tiranos: pues tuvo por sobrenombre *Epifanes*. "Hasta los términos", dice, "de Sadada", cuyo lugar también se pone en la presente lectura de Ezequiel, "irán los confines hasta Zefrona", ciudad que hoy llaman la villa de Zefirio en Cilicia. Pero esto que sigue: "Y la aldea de Enam", por lo cual en hebreo está escrito *ASER ENON* (חצר עינון), o Enán, también lo contiene el presente lugar.

Y entre tanto, baste haberlo tocado brevemente según la historia, y haber acoplado la descripción tanto de los Números como de Ezequiel una al lado de la otra: para que el lector prudente entienda en qué cosas mencionaron o lo mismo, o lo vecino, o lo diverso.

Ahora, interpretados los nombres de cada uno, sigamos la anagogía, y discurramos qué nos parece en cada caso, proporcionándolo el Señor.

*Etalón* se interpreta como "cuna del dolor": *Sadada*, "su lado", entiéndase de lado, no de latitud: *Emat*, "furor", que en griego se dice *cholos* (χόλος): *Berota*, "pozos": *Sabarim*, "circuito de montes": *Damasco*, "sangre del saco y del beso", o "de la copa". Mas la casa o atrio de *Ticón*, Símaco lo interpreta como "atrio medio", que va hacia los términos de Aurán. Por tanto *Ticón* suena como "medio": *Aurán*, que los LXX vertieron a la lengua griega como *Auranítide*, "ira". Pero *Aser Enón*, que es el término de Damasco, se dice en nuestra lengua "atrio de la fuente".

La parte Septentrional, por tanto, comienza desde el mar grande por el camino de *Etalón*,

que se interpreta como "cuna del dolor", y por la penitencia viene a *Sadada*, donde está la declinación de lado. Pues entendemos que nos amenaza *Emat*, esto es, la indignación de Dios: o bien hallada la verdad en *Emat*, se nos abren los pozos de *Berota*, que cavaron los príncipes Abrahán, Isaac y Jacob: y por un largo circuito llegamos a los montes *Sabarim*, que están puestos entre Damasco, esto es, la sangre del cilicio, y el confín de Emat, como dijimos arriba, de la verdad. Pues así como por el dolor declinamos los males inminentes y los evitamos de lado: así tras la sangre y el cilicio de una vida sanguinaria, antes de que vengamos a los confines de Emat, rodeamos y llegamos a los montes de los cuales está escrito: "Los montes están en su circuito, y el Señor en el circuito de su pueblo" (Sal 124, 2). Lugar que se llama atrio de *Ticón*, esto es, "atrio medio", como interpretó Símaco, junto a los términos de *Aurán*, que suena como "ira", y digamos con el profeta: "La ira del Señor soportaré, porque pequé contra él" (Miq 7, 9). Y desde el mar hasta los términos de Damasco; en el cual también el apóstol Pablo (Hech 9), del furor judaico y de la efusión de sangre eclesiástica, vio la luz por la ceguera, y asumido el cilicio de la antigua persecución, predicó el Evangelio, para que llegara al atrio de la fuente eterna, y puesto antaño en el Aquilón, aprehendiera el término de la verdad.

(Vers. 18.) "Además la parte Oriental desde el medio de Aurán, y desde el medio de Damasco, y desde el medio de Galaad, y desde el medio de la

tierra de Israel: siendo el Jordán el que deslinda, hacia el mar oriental mediréis la parte Oriental."

Por lo cual en el libro de los Números encontré escrito así: "De allí medirán los términos contra la parte Oriental desde la aldea de Enam, esto es, Aser Enón, hasta Sefama: y de Sefama descenderán los términos a Rebla frente a la fuente: de allí llegarán contra el Oriente al mar de Ceneret, y tenderán hasta el Jordán, y al último se cerrarán por el mar." Arriba había dicho: "Y será el término desde el mar hasta Aser Enón, el término de Damasco" (Núm 34, 10, 11). Desde el fin de la parte Septentrional, por tanto, esto es, el atrio de Enán, tienden los términos según el libro de los Números hasta Sefama, a la cual los hebreos llaman Apamea: y de Apamea descienden los términos a Rebla, que ahora se llama Antioquía de Siria. Y para que sepas que esta Rebla significa la ciudad que ahora es la más noble en Celesiria, sigue: "Frente a la fuente", la cual es manifiesto que significa Dafne: de cuya fuente la ciudad sobredicha disfruta de aguas abundantísimas. Este lugar, además, fue plantado por mano militar por Cneo Pompeyo, quien primero sometió Judea al imperio romano; y de él, según la fábula de los poetas, recibió el nombre de Dafne, por los laureles y cipreses, cuyos árboles son frecuentísimos en ese mismo lugar.

De allí, dice, llegarán los términos contra la parte Oriental al mar de Ceneret, hasta el estanque de Tiberíades. Mas se dice "mar", aunque tenga aguas dulces, según el idioma de las Escrituras, por el cual las congregaciones de aguas

se llaman mares. Y tenderán, dice, los términos hasta el Jordán, y al último se cerrarán por el mar, o el mar muerto, o como otros piensan, una lengua del mar Rojo, en cuya ribera está situada Aila, donde ahora mora una Legión y el presidio de los romanos. Esto se diga según el libro de los Números. Mas según Ezequiel, "desde el medio de Aurán": que es una villa de Damasco en la soledad, y "desde el medio de Galaad", cuyo monte, acoplado a las colinas del Líbano, cayó en la suerte de Rubén, y Gad, y de la media tribu de Manasés, y está a la espalda de Fenicia y de Arabia: a cuyo monte llegó Jacob partiendo de Carrán, y fue alcanzado por Labán (Gén 31), de lo cual también habla Jeremías: "Galaad, tú para mí el inicio del Líbano" (Jer 22, 6), la cual Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, tomó de la región de los amorreos: y el fin de esta parte, el río Jordán deslindando, y el mar Oriental, que en este lugar entienden el mar Muerto, no la lengua del mar Rojo.

Digamos según la tropología: Tras los términos del Aquilón por un largo circuito por Etalón, y Sadada, y Berota, Sabarim también, Ticón, y Aurán, y Damasco, y el atrio de Enán, hasta Emat llega la parte oriental: desde el medio de la ira de Aurán, y desde el medio de la sangre de Damasco, a saber de la penitencia, y desde el medio de Galaad, que se interpreta como "revelación", o "túmulo del testimonio"; para que tras la ira y la penitencia, muestre la esperanza de la salvación: y desde el medio de la tierra de Israel, que contiene la visión de la paz, llegue hasta las

dulcísimas corrientes del Jordán: que sigue la luz del Oriente, lejos del mar separado, de modo que se termine por el río Jordán, que se interpreta como "arroyo del juicio", y por el término del Oriente. Mas lo que en los LXX se pone *phoinikōnos* (φοινικῶνος), esto es, "del palmar", no se tiene en el hebreo: por lo cual nosotros tradujimos "mediréis" (*metiemini*): y es un error manifiesto, porque en lugar de *THAMODDU* (תמדו) leyeron *THAMORRU* (תמro), engañados por la semejanza de las letras *daleth* y *resh*.

(Vers. 19.) "Y la parte Austral al mediodía desde Tamar hasta las aguas de la contradicción (o hasta las aguas de Maribot: pues esto suena como contradicción, o *diadikasmòs*, esto es, pleitos). Cades también y el torrente, hasta el mar grande, esta es la parte hacia el mediodía del Austro."

Por lo cual en el libro de los Números está escrito así: "Comenzará desde el desierto de Sin, que está junto a Edom, y tendrá por términos contra el Oriente el mar saladísimo, los cuales rodearán la parte Austral por la subida del Escorpión, de modo que pasen por Senna, y lleguen en el Mediodía hasta Cadesbarne: de donde saldrán los confines a la aldea de nombre Adar, y tenderán hasta Asemona: e irá por el contorno el término desde Asemona hasta el torrente de Egipto, y se terminará por la ribera del mar grande" (Núm 34, 3-5).

Lo cual brevemente significa esto (no sea que por ocasión de Ezequiel, parezcamos haber pasado a una exposición amplísima de los Números): rodear el término desde el desierto de Sin, que

está junto a Edom y al mar Rojo, y por la subida del Escorpión, y por Senna y Cadesbarne, y el atrio de Adar, y desde Asemona llegar hasta el torrente de Egipto, que fluye al mar junto a la ciudad de Rinacorura.

Mas este término de la parte austral, esto es del mediodía, comienza desde Tamar, cuya ciudad está en la soledad, la cual también Salomón edificó con obras admirables, y hoy se llama Palmira. Y en lengua hebrea se dice *THAMAR* (תמר), que en nuestra lengua suena como "palma", hasta las aguas de la contradicción de Cades, la cual no hay duda de que está en el desierto, y el torrente que entra en el mar grande, este que se extiende por las riberas de Egipto y Palestina, y esta es la parte Austral hacia el Mediodía.

Tras la parte, pues, del Aquilón y del Oriente, cuando nos haya salido el sol de justicia, recibimos la parte del Mediodía, cuando se nos infunde desde lo alto la luz de ellos, y con Abrahán entramos en el convite (Gén 18), y nos embriagamos con el vino que alegra el corazón del hombre (Sal 103, 15), con José y sus hermanos (Gén 43). Comienza, además, esa posesión, y estos términos de Tamar, a saber desde la palma y la victoria de los vicios, hasta las aguas de la contradicción. Pues siempre se contradice a las virtudes. De donde también a la predicación evangélica, los judíos discurriendo contra Pablo, afirman que en todo el orbe se le contradice (Hech 28). Y en el Evangelio leemos, diciendo Simeón: "Este será para ruina y resurrección de muchos, y para señal

a la que se contradirá" (Lc 2, 34). Toda contradicción, además, es de la santidad, que se interpreta como Cades, diciendo el Salmista: "Sacudirá el Señor el desierto de Cades" (Sal 28, 8); porque a saber primero no tenía la santidad del Señor: sino que fue sacudido y conmovido, para que recibiera al Dios huésped, que dice: "¿Sobre quién descansa mi espíritu, sino sobre el humilde y quieto, y el que tiembla ante mis palabras?" (Is 66, 2)? Tras el desierto de Cades, hasta el mar grande en el mediodía, está el torrente de la parte Austral, del cual hablamos arriba; el cual no de la tierra, sino del cielo tiene las lluvias recogidas de la variedad de diversas virtudes.

(Vers. 20.) "Y la parte del mar, el mar grande desde el confín por derecho, hasta que vengas a Emat, esta es la parte del mar."

De la cual más manifiesta y brevemente escribe el libro de los Números. La parte occidental, además, comenzará desde el mar grande, y se concluirá por ese mismo fin, esto es, de mar a mar: a saber desde el torrente de Rinacorura, que influye en el mar, hasta aquel lugar que está frente a Emat ciudad de Siria, de la cual dijimos arriba. El Occidente, además, según las leyes de la tropología siempre está en el mar: siempre en la sal y las olas, donde diariamente se suscitan naufragios, y muertes de miserables, y pérdida de riquezas y mercancías; y sin embargo cuando hayamos roto todas estas cosas por la paciencia, venimos por derecho a Emat, esto es, a la verdad del Señor, quien vencidas las persecuciones, nos prometió premios eternos.

(Vers 21 y ss) "Y dividiréis esta tierra para vosotros por las tribus de Israel, y la echaréis [Al mediréis] en heredad para vosotros, y para los advenedizos que se han acercado [Vulg se acercaren] a vosotros, que engendraron hijos en medio de vosotros, y serán para vosotros como los indígenas entre los hijos de Israel: con vosotros dividirán la posesión en medio de las tribus de Israel. Y en cualquier tribu que estuviere el advenedizo, allí le daréis la posesión, dice el Señor Dios."

Por este capítulo aprendemos (y se abate el ceño de los judíos) que nada está dividido entre Israel y el pueblo de las naciones. Pues si la tierra se divide para los advenedizos y extranjeros junto con los que son del pueblo de Israel, esto es, los indígenas, a nadie cabe duda de que es la misma la heredad del pueblo de las naciones y del pueblo de los judíos: con tal, sin embargo, de que se hayan convertido al culto del Dios de Israel, que propiamente posee el nombre cristiano, teniendo los judíos la letra de la Ley, y nosotros el espíritu: y ellos reteniendo las membranas, y nosotros a Aquel que está escrito en las membranas. Y en Moisés la tierra se divide por suerte; mas aquí, como dijimos, se delega por el juicio del Señor: y una misma es la posesión del advenedizo y del israelita, y en cada una de las tribus se da la heredad, mandándolo el Señor Dios.

(Cap XLVIII---Vers 1 y ss) "Y estos son los nombres de las tribus, desde los confines del Aquilón junto al camino de Etalón a los que van a Emat el atrio de Enón, el término de Damasco al Aquilón junto a Emat, y será para él desde la parte Oriental

el mar, Dan una. Y desde el término de Dan desde la parte Oriental hasta la parte del mar, Aser una. Y sobre el término de Aser desde la parte Oriental hasta la parte del mar, Neftalí una. Y sobre el término de Neftalí desde el Oriente hasta la parte del mar, Manasés una. Y sobre el término de Manasés desde la parte Oriental hasta la parte del mar, Efraín una. Y sobre el término de Efraín desde la parte Oriental hasta la parte del mar, Rubén una. Y sobre el término de Rubén desde la parte Oriental hasta la parte del mar, Judá una."

Descrita la posesión de la tierra santa, tanto según la presente profecía de Ezequiel como según el libro de los Números: ahora se describe la posesión de cada una de las tribus desde la parte Oriental hasta la parte del Occidente, esto es, del mar: y primero reciben los confines desde el Aquilón junto al camino de Etalón a los que van a Emat, el atrio o Hazar-Enán el término de Damasco al Aquilón junto a Emat, de los cuales ya dijimos antes. Comienza, además, primero la tribu de Dan: segunda Aser: tercera Neftalí: cuarta Manasés: quinta Efraín: sexta Rubén: séptima Judá, esto es, por la parte izquierda, y se completa el número septenario. Después las primicias de los sacerdotes y de los levitas, y el santuario del Señor en medio, y el santo de los santos. La ciudad misma también se describe por cada uno de los lados en cuadro, teniendo cuatro mil quinientos calamos. Los suburbios también de los sacerdotes y levitas se describen por orden, y la posesión del príncipe. Y de nuevo por la parte derecha suceden cinco tribus desde la parte igualmente

del Oriente hasta la parte del Occidente, de las cuales la primera es Benjamín: segunda Simeón, teniendo su posesión especialmente, y de ningún modo como antes mezclada con Judá: tercera Isacar: cuarta Zabulón: quinta Gad: y las puertas de la ciudad ternas por cada una de las partes: y el nombre de la ciudad misma, que se contiene en la lámina de oro en la frente del Pontífice. De todas las cuales cosas discurriremos en sus propios lugares.

Y esto ha de notarse, que de las cuarenta y ocho ciudades que en el volumen de los Números se dan a la tribu levítica para habitar con sus suburbios, aquí se callan los nombres, y las ciudades de los fugitivos: de las cuales tres al otro lado del Jordán, a saber Bosor, y Ramot, y Gaulón en las dos tribus y media fueron dadas: y tres de este lado del Jordán, a saber Cades, y Siquén, y Quiriatiarbé. Pues no era necesario en la descripción mística, y la habitación de los santos, y la conversación perfecta, describirse los auxilios de los fugitivos, de los que Israel necesitó estando aún puesto en la tierra, y por muchos trabajos y peligros apresurándose a venir a esta ciudad, y hablando en cada uno de los santos: "Advenedizo soy y peregrino como todos mis padres" (Sal 38, 13). Y en otro lugar: "Habité con los habitantes de Cedar, mucho ha peregrinado mi alma" (Sal 119, 5).

(Vers 8, 9) "Y sobre el término de Judá desde la parte Oriental hasta la parte del mar, serán las primicias que separaréis, veinticinco mil de latitud y longitud: como las partes singulares desde

la parte Oriental hasta la parte del mar, y estará el santuario en medio de él. Las primicias que separaréis para el Señor, la longitud veinticinco mil, y la latitud diez mil."

Superfluo es discurrir sobre cosas ya discutidas, y en aquellas en las que arriba trabajamos, como si no estuvieran dichas, volver a trabajar. Tras los términos de las siete tribus, desde el Oriente hasta el Occidente se describen las primicias; cuya latitud tenga veinticinco mil calamos: mas la longitud así como la tienen las tribus singulares desde el Oriente hasta el mar, de cuya longitud es incierto el número. Pues en la descripción de las tribus singulares, no se ha descrito la medida. Mas si la latitud tiene veinticinco mil calamos, se da a conjeturar que es mucho mayor el número de la longitud, que siempre es mayor que la latitud. En medio, sin embargo, se pone el santuario junto a las primicias, que están separadas para el Señor, de una longitud de veinticinco mil calamos, y de una latitud de diez mil: leyendo las cuales cosas nada más puedo decir sino aquello del Apóstol: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán inescrutables son sus juicios e investigables sus caminos!" (Rom 11, 33). Y en otro lugar: "Para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la latitud y la longitud, y la sublimidad y la profundidad: conocer también la caridad de Cristo que sobrepuja a la ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Ef 3, 18). El número vigésimo quinto, además, se refiere a los sentidos, de los cuales se ha dicho: "Poseeréis

sentido divino", y el de diez mil, a la virtud perfecta y consumada, la cual por el Decálogo del antiguo Instrumento, llegue al sacramento evangélico; y antes lo tocamos en breve discurso, y aquí en parte lo recordaremos. Pues si sumando desde el número uno llegas a cuatro, completarás el número diez [denario]; y así se hará que tanto el antiguo Testamento se estreche en el nuevo, como el nuevo se dilate en el antiguo.

(Vers. 10 y ss.) "Y estas serán las primicias del santuario de los Sacerdotes; al Aquilón de una longitud de veinticinco mil, y al mar de una latitud de diez mil, pero también al Oriente de una latitud de diez mil, y al Mediodía de una longitud de veinticinco mil: y estará el santuario del Señor en medio de él. Para los Sacerdotes será el santuario de los hijos de Sadoc, que guardaron mis ceremonias, y no erraron cuando erraban los hijos de Israel, como erraron los levitas. Y serán [Vulg. añade para ellos] primicias de las primicias de la tierra, el santo de los santos, junto al término de los levitas."

Se describen los cuatro lados de las primicias del santuario, los cuales no pertenecen al pueblo, ni al vulgo innoble, ni a los levitas, grado inferior, sino propiamente al culto de los sacerdotes: a saber del Aquilón, y del Occidente, y del Oriente, y del Austro: y por las partes se narra el orden de los progresos, para que dejando los fríos del Aquilón, vengamos al Occidente: porque a saber nos mueran los vicios y perezcan, y de allí pasemos al Oriente: e habiéndonos salido el sol de justicia, vengamos al Mediodía, en el cual está la

luz clarísima y perfecta: y tanto desde el Aquilón hasta el mar, como desde el Oriente hasta el Mediodía, haya veinticinco mil de longitud y diez mil de latitud: para que en todas partes se conserve la misma medida de longitud y de latitud. El santuario, además, esto es, el Templo del Señor, estará en medio de las primicias sacerdotales, y será cercado por lado igual por toda parte. Y en cuanto a lo que había dicho: "Y estas serán las primicias del santuario de los Sacerdotes", no sea que por nombre común todos los sacerdotes se atribuyeran la posesión de este lugar y las ceremonias que han de observarse, lo pone especialmente introduciendo: "Para los sacerdotes será el santuario de los hijos de Sadoc", que se interpreta como "justo"; de quien se dice: "Justo es el Señor, y amó las justicias: la equidad vio su rostro" (Sal 10, 8). Por lo cual "Sadoc", los LXX escriben "Sadduc". Aquel Sadoc habla en el Evangelio: "Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio dio al Hijo" (Jn 5, 22). Y de esto bajo el nombre de Salomón canta místicamente el Profeta: "Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey" (Sal 71, 1). Aquellos sacerdotes del Señor, además, poseerán el santuario, y guardarán sus ceremonias: los que no erraron cuando erraban los hijos de Israel y los levitas, de los cuales se ha disputado arriba: los cuales no ofrecen víctimas, sino contentos con el privilegio del nombre y con la humildad de su error, siempre hablan en su corazón: "Mi iniquidad yo la reconozco, y mi pecado contra [Al. ante] mí está siempre" (Sal 50, 4). Oiga esto el grado sacerdotal, tanto el superado por el ardor de la

persecución arriana, como el que después somete el cuello a la potencia de la verdadera fe para no carecer de riquezas, bastándoles si no son expulsados del templo, si retienen una cierta sombra e imagen del nombre prístino, y no, eructando delicias recostados como si fueran inmaculados y puros desde el excelso trono, nos eructen la náusea de su impericia y bárbara garrulidad. "Habrá", dice, "para ellos primicias de las primicias de la tierra", esto es para los sacerdotes: y para los que no erraron cuando erraban los hijos de Israel y los levitas. Primicias de las primicias, además, como los diezmos de los diezmos, y el santo de los santos, junto al término de los levitas: para que tengan ciertamente los levitas los confines de los sacerdotes, pero no puedan retener el ombligo [umbilicum], esto es, el medio de él, y la posesión misma.

(Vers. 13 y ss.) "Pero para los levitas igualmente junto a los términos de los sacerdotes veinticinco mil de longitud, y diez mil de latitud: toda la longitud de veinticinco mil, y la latitud de diez mil. Y no venderán de ello, ni cambiarán (o medirán), ni se transferirán (o quitarán) las primicias de la tierra, que están santificadas al Señor. Mas los cinco mil que sobran en la latitud por los veinticinco mil, serán profanos de la ciudad para habitación y para suburbios: y la ciudad estará en medio de él."

Lo que nosotros vertemos como "profano", por lo cual Aquila tradujo bébelon, Símaco y Teodoción laikòn; los LXX dijeron proteíchisma, que podemos llamar "antemural". Profano, además,

es también laico, esto es, vulgar, que a todo el pueblo le es lícito habitar por doquier. Mas aquello que dijeron los LXX: "Ni se medirá, ni se quitará", por lo que nosotros dijimos, "no se cambiará, ni se transferirá", es perspicuo que no tiene sentido. Se describe también la posesión de los levitas, la cual ciertamente es vecina a los términos de los sacerdotes, y tiene los mismos espacios en la longitud, y en la latitud por la multitud de los levitas, lo que tiene la poquedad de los Sacerdotes, pero sin embargo usa sus propios términos, y entiende que está disjunta del grado sacerdotal: para abatir la soberbia de los ministros [diáconos], que ignorando la humildad de su estado, se hinchan más allá de los Sacerdotes, esto es, los presbíteros, y estiman la dignidad no por el mérito, sino por las riquezas. Ciertamente el que fuere el primero de los ministros, porque predica por cada cosa a los pueblos, y del lado del Pontífice no se retira, estima como injuria si es ordenado presbítero: y el ministro de las mesas y de las viudas no recuerda que él fue delegado al obsequio y ministerio no solo de los Sacerdotes, sino también de las viudas y de los pobres. "Y no venderán", dice, "de ello, ni cambiarán", para que permanezca la posesión eterna de la distribución levítica, ni sea vencido por el precio el mérito de la dignidad, ni transfiramos de uno a otro: porque las cosas que están santificadas al Señor, no son de aquellos a quienes les fueron dadas, sino de Aquel en cuyo nombre se poseen. Mas los cinco mil que sobran en la latitud, por los veinticinco mil (se sobrentiende, de longitud),

serán profanos de la ciudad: para que a todos los israelitas les sea lícito habitar, y a todos los de la plebe: no porque sean inmundos, o se piense algo contaminado, pútrido y sórdido en la habitación de la tierra santa; sino porque a todos excepto a los Sacerdotes les está permitido habitar en ellos. Por lo cual entendemos que todas las cosas que referimos a los sentidos, esto es, a los placeres del cuerpo, que captamos por la vista, y el oído, el tacto, el olor y el sabor, son profanas, y no tienen la santidad del templo, ni son privilegio sacerdotal, sino de la vileza laica. La ciudad, además, estará en medio, de la cual está escrito: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Sal 45, 4). Y: "No puede esconderse una ciudad puesta sobre un monte" (Mt 5, 14): de la cual diremos en lo que sigue. Proteíchisma, esto es, "antemural", y diástēma, esto es, "espacio", que los LXX interpretaron por "suburbios", qué sentido tengan en este lugar, lo ignoramos.

(Vers. 16.) "Y estas serán sus medidas: a la parte Septentrional, cuatro mil quinientos; y a la parte Meridional, cuatro mil quinientos; y a la parte Oriental, cuatro mil quinientos; y a la parte Occidental, cuatro mil quinientos."

Lo que dice: "Y estas serán sus medidas", se ha de sobreentender, de la ciudad. Pues al fin del pasado capítulo se puso: "Y estará la ciudad en medio de ella", esto es, de la tierra. Y primero comienza desde la parte Septentrional, y en frente pone la parte Meridional. Y de nuevo devuelve igual a igual: de modo que a la parte Oriental ponga al contrario la Occidental, esto es, el mar:

y cada uno de los lados de la ciudad tenga cuatro mil quinientos calamos; los cuales hacen por cómputo once mil ochenta y cinco pasos, para que a la vez toda la ciudad, como se escribe al fin de este volumen, tenga por circuito dieciocho mil calamos, los cuales hacen cuarenta y cuatro mil trescientos cuarenta pasos. De donde también el Salmo cuadragésimo cuarto, que se inscribe "Al fin por los que se cambiarán", y pertenece a "Idida", esto es, al "amado del Señor", o como interpretó Aquila "por los lirios", y Símaco "por las flores", contiene los sacramentos de la Iglesia, que es la ciudad del Señor, de la cual se escribe en el mismo salmo: "Estuvo la reina a tu derecha con vestidura dorada, rodeada de variedad" (Sal 44, 10). Y otra vez: "Toda la gloria de la hija del rey es desde dentro" (Ibíd 14): para que no sea semejante a los sepulcros blanqueados por fuera, sino que tanto por dentro como por fuera lave todas las cosas del plato (Mt 23). Y cuando nos hayamos retirado del Aquilón, viento friquísimo, pasamos al mediodía, y tras la salida en nosotros de la luz de la ciencia, tememos el ocaso de las fortalezas, de ningún modo considerando las cosas pasadas, sino las futuras, ni teniendo una posesión cierta de la virtud, sino diariamente diciendo en la oración: "No nos metas en tentación, que no podamos soportar" (Mt 6, 13).

(Vers. 17.) "Habrá, además, suburbios de la ciudad al Aquilón, doscientos cincuenta: y al mediodía, doscientos cincuenta: y al Oriente, doscientos cincuenta: y al mar, doscientos cincuenta."

Por los suburbios, que en hebreo se dicen MAGRAS, de nuevo los LXX tradujeron diástēma, esto es, "espacio". Lo que se dice, además, "doscientos cincuenta por cada parte", se sobreentiende calamos, que tienen seis codos y un palmo; y por cada lado hacen seiscientos diecisiete pasos poco menos, y en común mil calamos, teniendo dos mil cuatrocientos sesenta y ocho pasos: cuyos espacios rodean los muros por el circuito de la ciudad, para que dividan entre la urbe y aquellas cosas que restan. Por esto se muestra que nadie tiene licencia de estos espacios para ejercer obras de la ciudad, y de recoger frutos, sino que están vacantes del uso y obra de los hombres: para que los alrededores de los muros de la ciudad tengan la amenidad de los arbustos y hierbas que nacen espontáneamente, y de lo demás que la tierra engendra.

"Mas lo que restare en la longitud según las primicias del santuario, diez mil al Oriente, y diez mil al Occidente, serán como las primicias del santuario: y sus frutos serán para comida (o para panes) a los que sirven (o trabajan) a la ciudad. Los que sirven (o trabajan), además, a la ciudad, servirán (o trabajarán) de todas las tribus de Israel. Todas las primicias de veinticinco mil por veinticinco mil en cuadro, se separarán para primicias del santuario y posesión de la ciudad."

Tras la descripción de la ciudad santa y de sus suburbios, quiere que la parte restante de las primicias del santuario, diez mil calamos al Oriente y otros diez mil que tienden al Occidente, se deleguen a aquellos que ejercen las obras de la

ciudad para varios usos, cualesquiera de los que la ciudad necesite: para que a saber se siembren, y de los frutos que en este espacio de tierra nacen, se alimenten los operarios, que o bien construyen los muros de la ciudad, o bien restauran los interrumpidos y ruinosos, para que la ciudad tenga su ornato y sus reparaciones [sarta tecta], cuando la necesidad lo pida, se instauren. Y esto no solo en Israel o en la posesión de la tierra santa se contiene espiritualmente en el misterio de la Iglesia: sino que probamos que se hace también en el imperio Romano, que ciertas aldeas [villae] pertenecen a los derechos de las ciudades, o por munificencia regia, o por las herencias y donación de muchos, para que a saber no se derrumben poco a poco los edificios, y las casas públicas, que son ornamento para la ciudad, no se vean vejadas por larga incuria. Los operarios, además, dice, o los que sirven en las obras de la ciudad, serán de todas las tribus de Israel: para que ninguno se piense inmune de la obra de la ciudad, sino que todos a porfía edifiquen la Iglesia. Lo cual leemos que se hizo también en el tabernáculo, para que según la variedad de las fuerzas, uno ofreciera oro y plata, carmesí, biso y púrpura, y variadas y diversas tramas: otros ofrecieran pieles y pelos de cabras: y siendo los dones diversos según la calidad de la sustancia, uno solo fuera el premio de los donantes: incluso mayor el de aquellos que ofrecieron ciertamente cosas pequeñas, pero mayores según sus fuerzas, al ejemplo de la viuda pobre, que echaba dos blancas en los dones del gasofilacio; fue alabada por el juicio del Señor,

que dice: "En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos: pues todos estos de lo que les sobraba echaron para los dones de Dios: mas ella de lo que le falta, todo su sustento que tenía lo echó" (Lc 21). Así pues, como dijimos sobre las obras de la ciudad, así ha de tocarse brevemente aquello, que todas las primicias del santuario y la posesión de la ciudad igualmente computadas por cuadro contengan doscientos cuarenta y seis mil y una tercera parte. Pues si veinticinco mil calamos, que tienen seis codos y un palmo cada uno, hacen de los nuestros, esto es, romanos, sesenta y un mil seiscientos sesenta y siete pasos; a nadie cabe duda de que estos computados en cuádruplo producen el número superior. Por lo cual percibimos que todo ha de entenderse espiritualmente, que la posesión de la Iglesia es mucho más amplia de lo que fue en otro tiempo en Judea, quienes ni siquiera recibieron partes de la tierra santa: sino que de cada una de las tribus de las cuarenta y ocho ciudades, recibieron no una posesión plena, sino habitación y hospederías: para que ellos también que parecen laicos, y no haber llegado al grado sacerdotal y levítico: sin embargo, si trabajan en la ciudad del Señor, se alimenten de la tierra santa, tierra de los mansos, y tierra de los creyentes, de los cuales uno hablaba: "Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes" (Sal 26, 13).

(Vers. 21, 22.) "Mas lo que sobrare será para el príncipe por toda parte, o de aquí o de allá [Vulg. calla 'o de aquí o de allá'] de las primicias del santuario y de la posesión de la ciudad frente a (o

ante la faz de) los veinticinco mil de las primicias hasta el término oriental, pero también desde el mar [Vulg. hacia el mar] frente a (o ante la faz de) los veinticinco mil hasta el término del mar igualmente en las partes del príncipe estará, y estarán las primicias del santuario y el santuario del templo en medio de él. De la posesión también de los levitas, y de la posesión de la ciudad en medio de las partes del príncipe estará entre el término de Judá y entre el término de Benjamín, y pertenecerá al príncipe."

Sobre este príncipe se disputó arriba más plenamente, y que él solo recibiría tanto como una sola tribu. Mas ahora aprendemos otra cosa, que de todas las tribus lo que sea que restare, él solo lo reciba aquí: para que no haya tribu alguna que al príncipe no ofrezca dones: no de otra parte, sino de las primicias que sirven al templo y al santuario y a las partes delegadas de la ciudad. Esto es pues lo que dice: "Frente a", o "ante la faz de los veinticinco mil de las primicias hasta el término oriental", o hasta el término del mar: para que estén las primicias entre siete y cinco tribus, y en las mismas primicias la ciudad y sus suburbios, y en medio de la ciudad el santuario del templo. Mas también de la posesión de los levitas y de la posesión de la ciudad lo que sea que reste, se deputará al príncipe: y será la parte extrema de las siete tribus vecina a las primicias y a la ciudad y al templo en la tribu de Judá; y la parte extrema de las cinco tribus por el mismo derecho que arriba en la tribu de Benjamín, esa misma parte extrema pertenecerá al príncipe. Por lo cual

los sacramentos de la sagrada Escritura son de admirar, y de pensar más que de proferir por la elocuencia (Dan 12). Pues en la anterior división de las tierras al otro lado del Jordán por Moisés, se dividió la tierra a las dos tribus de Rubén y Gad, y a la media tribu de Manasés (Josué 13): de este lado del Jordán, además, por Josué hijo de Nun y Eleazar hijo de Aarón, Judá poseyó desde el Austro (Josué 15); y Efraín y la media tribu de Manasés desde el Aquilón (Josué 18). Después, en verdad, enviados exploradores desde Silo por cada una de las tribus, y traída la descripción de la tierra a Josué y Eleazar, Benjamín recibió la posesión junto a Judá desde el Austro, y junto a Efraín y la media tribu de Manasés. La segunda tribu, Simeón, recibió la heredad en [Al. de] la tribu de Judá: para que se cumpliera lo que está escrito de Leví y Simeón: "Los dividiré en Jacob, y los dispersaré en Israel" (Gén 49, 7). La tercera, Zabulón, recibió Galilea, en la cual está el monte Tabor. La cuarta, Isacar, donde está Jezrael, hasta el Jordán. La quinta, Aser, hasta el monte Carmelo, que domina el mar grande, y Tiro y Sidón. La sexta, Neftalí, en Galilea hasta el Jordán, donde está Tiberiades, que antiguamente se llamaba Ceneret. La séptima, Dan, hasta Jope, donde están las torres de Aialón, y Selebí, y Emaús, que ahora se llama Nicópolis: aunque después leamos que tomaron para sí, traspasadas otras tribus, la ciudad de Lesem en la tribu de Dan, que hoy se llama Paneas. Como estas cosas se hallen así, y entre la anterior descripción de las tribus y la que ahora se tiene haya tanta diversidad, considere-

mos esto, cómo tanto en la presente descripción como en la pasada, entre la tribu de Judá y de Benjamín se haya colocado la ciudad y el Templo. Y en la anterior descripción ciertamente Judá estaba desde el Austro, y Benjamín desde el Aquilón: aquí en verdad se hace al contrario, que Judá esté desde el Aquilón, y Benjamín desde el Austro: tras el cual el segundo es Simeón, el tercero Isacar, y el cuarto Zabulón, el quinto Gad: cinco tribus a saber, como se dice en lo que sigue; pues está escrito:

(Vers. 23 y ss.) "Y para las demás tribus, desde la parte Oriental hasta la parte Occidental, Benjamín una. Y contra el término de Benjamín desde la parte Oriental hasta la parte Occidental, Simeón una. Y sobre el término de Simeón, desde la parte Oriental hasta la parte del Occidente, Isacar una. Y sobre el término de Isacar, desde la parte Oriental hasta la parte occidental, Zabulón una. Y sobre el término de Zabulón, desde la parte Oriental hasta la parte del mar, Gad una. Y sobre el término de Gad a la parte del Austro en el Mediodía, y será el término desde Tamar hasta las aguas de la contradicción de Cades: la heredad [o torrente] contra el mar grande. Esta es la tierra que mediréis [Vulg. echaréis en suerte] a las tribus de Israel, y estas son las particiones de ellas, dice el Señor Dios."

Porque en las cinco y siete tribus siempre se pone al fin "una", se sobreentiende o bien parte, o bien posesión, o heredad: aunque Aquila y Símaco lo interpreten en género neutro tò hórion, que significa "término". Y aquello ha de atenderse

brevemente, que en el extremo de las cinco tribus, la tribu de Gad, la cual en la anterior descripción estuvo al otro lado del Jordán, se pone en aquella parte que antes ocupó Judá, a saber a la parte del Austro en el mediodía, y su término es desde Tamar hasta las aguas de la contradicción de Cades, la heredad contra el mar grande: la misma Tamar, de la que ya dijimos, a la que ahora llaman Palmira, y antiguamente fue construida por Salomón: pues la palma en lengua hebrea se llama Tamar, y por el hecho de que allí haya muchísimos palmerales, piensan algunos que obtuvo este nombre. Y lo que sigue: "Hasta las aguas de la contradicción de Cades, heredad contra el mar grande"; por lo cual los LXX tradujeron "de Temán, y el agua de Mariboth [Al. Marimoth] Cades, heredad hasta el mar grande", aquello ha de observarse que en hebreo la misma palabra NEHELA, porque sea ambigua, suena tanto como "heredad" y como "torrente": y aquí más bien debe aceptarse "torrente" que "heredad". Pues este es el torrente que entra en el mar grande de Rinocurura, como ya dijimos antes. Cades, además, la cual en el libro de Josué se llama Cades-barne, está en el desierto, que se extiende hasta la ciudad de Petra: Mariboth, en verdad, que se interpreta como "de la contradicción", no es nombre de lugar, como estiman muchos, sino de las aguas, en las cuales el pueblo contradijo al Señor, y Moisés ofendió a Dios, diciendo el Salmo: "Le tentaron junto al agua de la contradicción, y afligido fue Moisés por causa de ellos" (Sal 105, 32). Y toda la heredad de la tierra santa por la parte austral se termina

junto a los términos de Egipto, por Rinocurura y por el torrente. Y porque "Gad" se interpreta como "tentación", en su posesión pasamos de los palmerales a las aguas de la contradicción hasta Cades, que se interpreta como "santa", para que entendamos que nosotros incluso tras la victoria del mundo debemos estar solícitos, y siempre en temor, y acordarnos de aquel versículo: "Tentación es la vida de los hombres sobre la tierra" (Job 7, 1); y llegar a la santidad impugnándonos los adversarios: y así obtener la victoria, que desde cerca contemplemos un torrente lleno de lluvias.

(Vers. 30 y ss.) "Y las salidas de la ciudad desde la parte Septentrional las medirás en cuatro mil quinientos. Y las puertas de la ciudad según los nombres de las tribus de Israel: tres puertas desde el Septentrión. La puerta de Rubén, una: la puerta de Judá, una: la puerta de Leví, una. Y a la parte Oriental cuatro mil quinientos, y tres puertas. La puerta de José, una: la puerta de Benjamín, una: la puerta de Dan, una. Y a la parte Meridional medirás cuatro mil quinientos, y tres puertas. La puerta de Simeón, una: la puerta de Isacar, una: la puerta de Zabulón, una. Y a la parte Occidental, cuatro mil quinientos, y las puertas de ellos tres. La puerta de Gad, una: la puerta de Aser, una: la puerta de Neftalí, una: por el circuito dieciocho mil, y el nombre de la ciudad desde aquel día, El Señor está allí."

Sobre el ámbito de la ciudad, que por cada uno de los lados en cuadro tuvo cuatro mil quinientos calamos, el pasado discurso narró: los cuales hacen dieciocho mil calamos, como en el presente

capítulo también se ha puesto, esto es, cuarenta y cuatro mil trescientos cuarenta pasos. Ahora se escribe que por cada lado, esto es, por once mil ochenta y cinco pasos, hubo ternas puertas, las cuales Aquila, Símaco y Teodoción llaman diéxodoi, los LXX diekbolás: nosotros las hemos interpretado como "salidas" y "egresos" de la ciudad. Y aquello ha de amonestarse primero brevemente, que las mismas tribus en el circuito del tabernáculo acamparon de tal modo, que al Oriente estuvo Judá, Isacar y Zabulón, hijos de Lía: y al Mediodía, Rubén, Simeón, Gad, dos hijos de Lía, y el tercero hijo de Zelfa esclava de Lía. Al Occidente, en verdad, Efraín, y Manasés, y Benjamín, a saber dos hijos de Raquel: porque José, por la tribu de Leví que fue deputada a los sacrificios, fue dividido en las dos tribus de Efraín y Manasés. Al Aquilón, además, Dan, y Aser, y Neftalí, de los cuales el primero y el tercero son hijos de Bala esclava de Raquel, el segundo hijo de Zelfa esclava de Lía, innobles y puestos al Aquilón: pues nacieron de la estirpe de esclavas disidentes entre sí. Esto según el libro de los Números, y la descripción del tabernáculo, la cual, mandándolo Dios, fue dictada por la boca de Moisés (Núm 34). Nuestra ciudad, en verdad, que es la ciudad del gran rey, cuyo artífice y fundador es Dios, de la cual también canta el Salmista: "¿Acaso a Sion dirá el hombre, y el hombre nació en ella, y el mismo Altísimo la fundó?" (Sal 86, 5), tiene otra descripción de las tribus en la tierra santa, y medida de la ciudad y orden de la posesión, y los lados de cada una de las tribus. Pues primero

a la parte del Aquilón se oponen tres puertas, o salidas de la ciudad, de las cuales es el primogénito Rubén, y Judá autor de la estirpe regia, y Leví sobre cuyo nombre en el tabernáculo y descripción de los sagrados ritos nada se dijo: para que poseyendo las primogenituras, como género real y sacerdotal, despreciemos los fríos del Aquilón. Segundo, en verdad, al Oriente está José, Benjamín y Dan: ambos hijos de Raquel, y uno de Bala su esclava. Al Mediodía, en verdad, Simeón, Isacar y Zabulón, que son los tres hijos de Lía. Por lo demás, al Occidente, Gad, Aser y Neftalí: de los cuales los dos primeros son hijos de Zelfa esclava de Lía, el tercero hijo de Bala esclava de Raquel. "¿Quién es sabio y entiende estas cosas? ¿el inteligente y las conocerá? Porque rectos son los caminos del Señor, y los justos andarán por ellos: mas los prevaricadores caerán en ellos" (Oseas 14, 10). Estas doce puertas, o salidas, según la calidad de los méritos y de las virtudes, juzgo que fueron delegadas a cada una de las tribus bajo los nombres apostólicos y de los patriarcas: de las cuales también en el Apocalipsis de Juan se escribe más abiertamente, y muchos sacramentos de las divinas Escrituras dan testimonio (Apoc 21). Y es necesario que tal ciudad tenga dieciocho mil calamos por circuito: bajo cuyo número, también en el salmo decimoctavo la ley natural está escrita, y se describe la gracia del Evangelio: por las cuales la Iglesia, esto es, la ciudad del Salvador, fue edificada. El nombre también de la ciudad misma de ningún modo será, como antes, Jerusalén, que se interpreta como "visión de paz", sino

ADONAI SAMA que se vierte a la lengua latina como "El Señor está allí", quien nunca se retire de ella, como del anterior pueblo se retiró antes diciendo a los discípulos: "Levantaos, vámonos de aquí" (Jn 14, 31). Y a los judíos: "Se os dejará vuestra casa desierta" (Mt 23, 38): sino que tenga posesión eterna, y sea Él mismo su posesión, reprometiendo a los mismos discípulos: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo" (Mt 28, 20).